

Víctor del Árbol **Un millón de gotas**



Lectulandia

Gonzalo Gil es un abogado metido en una vida que le resulta ajena, en una carrera malograda que trata de esquivar la constante manipulación de su omnipresente suegro, un personaje todopoderoso de sombra muy alargada. Pero algo va a sacudir esa monotonía.

Tras años sin saber de ella, Gonzalo recibe la noticia de que su hermana Laura se ha suicidado en dramáticas circunstancias. Su muerte obliga a Gonzalo a tensar hasta límites insospechados el frágil hilo que sostiene el equilibrio de su vida como padre y esposo. Al involucrarse decididamente en la investigación de los pasos que han llevado a su hermana al suicidio, descubrirá que Laura es la sospechosa de haber torturado y asesinado a un mafioso ruso que tiempo atrás secuestró y mató a su hijo pequeño.

Pero lo que parece una venganza es sólo el principio de un tortuoso camino que va a arrastrar a Gonzalo a espacios inéditos de su propio pasado y del de su familia que tal vez hubiera preferido no afrontar.

Tendrá que adentrarse de lleno en la fascinante historia de su padre, Elías Gil, el gran héroe de la resistencia contra el fascismo, el joven ingeniero asturiano que viajó a la URSS comprometido con los ideales de la revolución, que fue delatado, detenido y confinado en la pavorosa isla de Názino, y que se convirtió en personaje clave, admirado y temido, de los años más oscuros de nuestro país.

Lectulandia

Víctor del Árbol

Un millón de gotas

ePub r1.1

Carlos. 17.06.14

Título original: *Un millón de gotas*

Víctor del Árbol, 2014

Diseño de cubierta: Nik Keevil

Editor digital: Carlos. para www.epublibre.org

Corrección de erratas: Carlos.

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A mi padre y a nuestros muros de silencio

También las lobas son madres.

ANTONIO REYES HUERTAS,
Cuentos extremeños, 1945

«Toda verdad es simple». ¿No es esto una mentira al cuadrado?

FRIEDRICH NIETZSCHE,
El ocaso de los ídolos, 1888

Prólogo

Principios de octubre de 2001

Después de la lluvia el paisaje tomaba un trazo grueso y los colores del bosque se volvían más contundentes. El limpiaparabrisas seguía batiendo de derecha a izquierda con menos desesperación que al salir de Barcelona, una hora antes. Por delante quedaban las montañas que ahora, mientras anochecía, no eran más que un volumen oscuro a lo lejos. El joven conducía con precaución, pendiente de la carretera que se estrechaba curva tras curva a medida que ganaba altura; los mojones de cemento que delimitaban la trazada no parecían una protección muy sólida contra el enorme barranco que se abría a su derecha. De vez en cuando miraba por el retrovisor interior y le preguntaba al niño si se mareaba. El chico, medio adormilado, negaba con la cabeza, pero tenía el rostro pálido y pegaba continuamente la frente al cristal de la ventanilla.

—No queda mucho —dijo el joven para animarle.

—Espero que no vomite; la tapicería es nueva.

La voz ronca de Zinóviev devolvió la atención del conductor a la carretera.

—Sólo tiene seis años.

Zinóviev se encogió de hombros, alargó su enorme mano tatuada con una araña, parecida a la que le cubría media cara, y encendió un cigarrillo con el mechero del salpicadero.

—La tapicería sólo tiene tres y todavía la estoy pagando.

La mirada del joven se desvió fugazmente hacia el teléfono móvil que estaba en la bandeja. Por precaución lo había silenciado, pero estaba demasiado cerca de Zinóviev. Si la pantalla se iluminaba, Zinóviev lo vería.

La carretera terminaba en un sendero que se abría hacia el valle, rodeado de árboles. Llamaban a aquel paraje «el lago», pero en realidad se trataba de una pequeña presa que alimentaba una central eléctrica construida en los años cuarenta. En verano acudían los turistas dispuestos a pasar un día en plena naturaleza. Con los años habían mejorado algo los accesos, construido un pequeño hotel con tejados de pizarra y fachada de piedra, una zona de columpios y una cafetería. Pero en octubre la caseta del guarda forestal permanecía cerrada, no había excursionistas a los que atender en el pequeño módulo prefabricado con un anuncio de Coca-Cola, y las sillas de plástico amontonadas junto a la puerta enrejada de la cafetería dibujaban una instantánea de tristeza.

El joven detuvo el coche tan cerca de la orilla que los neumáticos delanteros besaron suavemente el agua. Apagó el motor. En el lado norte, había un cercado con

maquinaria pesada y unos grandes carteles del ministerio de Fomento. Iban a desecar el lago para construir una urbanización de lujo. En el plano del proyecto se anunciaban unas casas adosadas con piscina bordeando un gran campo de golf. Ya habían empezado a desbrozar y balizar el bosque de los márgenes y los troncos se apilaban sin orden entre hierros y montañas de hormigón y arena. No se oía nada fuera del ulular del viento sacudiendo los abetos de la orilla y el batir intermitente de un portón mal cerrado en una de las ventanas del hotel. La lluvia caía sobre el lago deshaciéndose en suaves ondas. Parecía todo irreal.

Zinóviev abrió la puerta. Cuando el joven quiso hacer lo mismo, éste lo detuvo.

—Tú espera aquí.

—Será mejor que te acompañe. El chico sólo confía en mí.

—He dicho que esperes aquí.

Zinóviev abrió la portezuela trasera y le pidió al niño que saliera. Trató de ser amable pero no estaba acostumbrado a esa clase de sutilezas. Además, su voz y su rostro tatuado inspiraban miedo y el crío se puso a llorar.

—No pasará nada. Ve con él —le animó el joven, forzando una sonrisa.

Observó cómo Zinóviev lo tomaba de la mano y se alejaba hacia la superficie gris del lago. El niño volvió la cara hacia el coche y el joven le saludó con confianza. A través del parpadeo del parabrisas entrevió la pasarela de madera y el mirador. Casi había oscurecido totalmente. Desobedeciendo la orden de Zinóviev salió del coche y se acercó. La hojarasca crujía bajo sus pies y la humedad que traspasaba la suela del calzado no tardó en empaparle. Cuando llegó al borde del mirador vio la espalda ancha y musculosa de Zinóviev. Tenía las manos en los bolsillos y una espiral de humo azulado flotaba sobre el hombro. Se volvió lentamente y observó con disgusto al joven.

—Te he dicho que esperes en el coche.

—No tenemos que hacerlo, seguro que hay otro modo.

Zinóviev se quitó el cigarrillo de la boca y sopló en la pavesa.

—Ya está hecho —dijo, caminando hacia el coche.

El joven se acercó a la orilla. El agua tranquila del lago emitía un destello de latón. «Ven», le decía aquella oscuridad. «Ven, olvidémoslo todo».

El niño flotaba boca abajo, como una estrella de mar, y las gotas de lluvia, millones de ellas, borraban su cuerpo, que, poco a poco, empezó a hundirse.

Ocho meses después, Zinóviev se concentraba sólo en su respiración. Le gustaba salir a correr por las mañanas, ocho o diez kilómetros a buen ritmo, motivándose por la música (aquella mañana, *El cascanueces* de Tchaikovsky) que escuchaba a través de los auriculares. Mientras corría le venían a la cabeza pensamientos imposibles de traducir en frases precisas. Pensaba en todos los hombres que podría haber sido, de

no ser quien era.

La culpa de todo era de las arañas. El temor más escondido de Zinóviev tenía sus raíces en un sótano de la infancia: una bodega fría y repleta de telarañas. Las arañas, pequeñas y diminutas, colonizaban aquella oscuridad por millares. Las podía sentir en la oscuridad trepando por las piernas, en los brazos, en el cuello, en la boca. Era inútil debatirse para quitárselas de encima, tanteaban la piel con sus patas como si fueran dedos peludos que quisieran envolverlo en sus trampas de seda viscosa. Si no hubiera existido aquel sótano, probablemente él habría sido otro hombre. Había aprendido a vencer esos temores, a convertir el miedo en fortaleza. Tatuarse esas arañas era una declaración de intenciones: lo que no te mata te endurece.

El último tramo de carrera era el más exigente. Al adivinar la casa entre la bruma apretó los dientes y aceleró el ritmo. Detrás de la cerca oyó el ladrido ronco y familiar de *Lionel*, su dogo argentino.

—No está mal, nada mal —se dijo, recuperando el resuello al tiempo que detenía su cronómetro de muñeca. El latido desbocado del corazón se fue calmando hasta recuperar una cadencia pausada. Abrió la portezuela de la finca y le lanzó una patada amistosa a *Lionel*. El dogo todavía andaba un poco renqueante. Aquel maldito american stanford casi le había arrancado el cuarto trasero a mordiscos en la última pelea. Zinóviev le acarició la cabeza cuadrada, de potentes mandíbulas. Debería deshacerse de él. ¿Para qué demonios servía un perro de pelea que ya no podía pelear? Pero le tenía cariño.

—¿Qué me dices, viejo guerrero? ¿Hemos tenido visitantes hoy?

Caminó hasta la entrada y se sentó en el escalón buscando en la riñonera el paquete de cigarrillos. Le encantaba fumarse uno incluso antes de que las pulsaciones hubieran vuelto a su ritmo normal. El tabaco penetraba en los pulmones como un alud. Enjugó el sudor con la manga de la sudadera y lanzó una pesada bocanada de humo. Había sido una buena idea alquilar aquella casa. Aislada y tranquila, en medio de una estampa bucólica y pastoril. Incluso desde el mirador de la colina era difícil adivinar su existencia, rodeada de frondosos pinares. Y si algún despistado se acercaba a la cerca, *Lionel* sabría disuadirlo para que continuase su camino sin detenerse. Y si con eso no bastaba, bueno, entonces tendría que recurrir a la Glock que escondía detrás del televisor.

Se quitó las zapatillas embarradas y caminó sobre el suelo de madera crujiente. La chimenea estaba encendida y el calor se filtraba bajo los calcetines húmedos. Encendió el televisor y sonrió al ver el canal de dibujos animados. Estaba aprendiendo inglés con las series de Disney, pero la verdad era que aquel ratón gigante le gustaba de verdad. Le causaba extrañeza pensar, cada vez que lo miraba, que alguna vez él también había tenido ocho años. De eso hacía ya mucho tiempo. Demasiado. Apartó la mirada del plasma y fue a la cocina a prepararse un batido de

proteínas y carbohidratos. Seguía oyéndose la televisión.

Y por encima del volumen, de repente, escuchó el gruñido sordo del perro. Retrocedió sobre sus pasos y echó un vistazo. Había olvidado cerrar la puerta. El perro gruñía con el lomo erizado y con las patas asentadas en el suelo, mirando hacia la cerca. Zinóviev inspiró con fuerza.

—¿Qué pasa *Lio*...?

El primer disparo hizo añicos el pecho del animal, que saltó en el aire con un gemido gutural, para caer a plomo de lado. Un disparo grueso, de escopeta recortada, hecho casi a bocajarro. Zinóviev corrió hacia el televisor para coger la Glock. No se dio cuenta de que Mickey le acababa de regalar un ramo de rosas a Minnie. Alcanzó la pistola a tiempo de volverse. De no haber dudado habría logrado apuntar con garantías. Pero durante unas décimas de segundo se quedó quieto, con la boca abierta en forma de queja asombrada.

—¿Tú?

Al otro lado sólo recibió una mirada fría. Una mirada que no dejaba lugar a dudas de lo que iba a ocurrir a continuación. Cuando Zinóviev quiso reaccionar, ya había recibido el impacto de la culata de la escopeta en plena frente.

¿Cuántos finales puede tener un hombre? Todos los que sea capaz de imaginar. Y las peores premoniciones pasaron por la mente de Zinóviev cuando abrió los ojos para encontrarse con una capucha de lana aplastándole el rostro. La lana se le metía en la boca y le ahogaba. La capuchaapestaba a sudor. Notó un fuerte dolor en los hombros y las manos. Lo habían desnudado y esposado en una postura antinatural a un poste o una viga. Las muñecas soportaban todo el peso de su cuerpo y los pies apenas rozaban el suelo húmedo. Colgado como una longaniza, podía notar las roturas de las fibras musculares y el metal de las esposas serrándole la carne de las muñecas.

—No deberías haberle matado. Sólo era un niño inofensivo.

Aquella voz en la nuca de Zinóviev tensó su cuerpo como una barra atravesándole las vértebras. Comenzó a sudar y a temblar. Lo peor siempre puede empeorar. Se estremeció al sentir algo frío y punzante rozando su espalda. Un cuchillo.

—¿A cuántos has inoculado tu veneno antes? ¿Los paralizas primero para que no puedan moverse mientras les haces de todo?

«Contrólate. Contrólate. Sólo quiere asustarte». A esa idea se aferraba Zinóviev. El primer tajo de machete le sacó de su error. Fue rápido, entre las costillas. Apretó los dientes. «No grites. Sólo es dolor».

—Los inocentes no le tienen miedo a los monstruos, ¿lo sabías? Los niños no le tienen miedo a la maldad.

Zinóviev notó el filo del machete descendiendo por la clavícula, hacia el pezón.

—Querría que esto durase mucho. Hazme el favor de no morirme enseguida.

Zinóviev comprendió que su muerte iba a ser atroz, como si volviera al sótano de la infancia y las arañas estuvieran esperándole. Millones de ellas.

Aguantó cuanto pudo. Pero al fin lanzó un alarido que nadie podía oír.

Laura observaba los trozos de madera varados en la arena, las botellas de plástico y la basura entre la que hurgaban las gaviotas con ese frenesí de los buitres entre la carroña. El oleaje de la noche anterior había arrastrado todo tipo de porquerías hasta la orilla. No era una imagen muy bucólica pero a ella le gustaba aquella desnudez del paisaje, la prefería al bullicio del verano con sus sombrillas, las avionetas con publicidad sobrevolando como moscardones molestos su terraza.

Volvió la cabeza hacia el dormitorio y vio que él continuaba durmiendo enredado entre las sábanas. Se sentó a los pies de la cama y lo estuvo observando unos minutos. ¿Le había dicho su nombre? Probablemente, pero lo había olvidado antes de aprenderlo.

Las cosas no encajaban todavía con nitidez en su cabeza: había estado bebiendo hasta muy tarde la noche anterior, él se había acercado directamente, como esos depredadores que saben olfatear a su presa entre toda la manada con un simple vistazo. Lo último que recordaba era que habían follado en un cajero automático. Él le había roto el broche del sujetador y le había mordido un pezón. Luego habían seguido en el taxi, hasta aquí. En la mesita de noche quedaban restos de cocaína. También estaba la alianza. Siempre se la quitaba cuando se acostaba con otros. No tenía por qué hacerlo; al fin y al cabo, Luis la había dejado, pero todavía no se había acostumbrado a su ausencia.

Alargó el pie y zarandeo la pantorrilla del bello durmiente. Él no se inmutó, más allá de un leve gemido de bebé que le estaba babeando las sábanas. Olía a esperma seco. A juzgar por los arañazos que le recorrían la espalda debía de haber sido un buen polvo. Lástima no acordarse de nada.

—Oye, Adonis: seguro que tienes un lugar donde seguir roncando y yo tengo cosas que hacer. —Él esbozó una sonrisa sin abrir los ojos y alargó la mano tratando de asir a Laura por la muñeca, pero ella se desembarazó de sus dedos inciertos. Con un error por noche era suficiente. Decidió darle una prórroga mientras se duchaba. Se encerró en el baño, abrió el grifo de la ducha y se quitó la camiseta y las bragas frente al espejo. Tenía un aspecto lamentable, y no era sólo porque a partir de cierta edad los excesos pasaran factura con más crueldad que a los veinte. La forma en que sus ojos la miraban era la de una derrota mucho más devastadora que el sexo con desconocidos, el abuso del alcohol o de las drogas.

—¿Puedo pasar? Me estoy meando.

Laura abrió la puerta del baño y se hizo a un lado. Observó la erección del pene y no sintió deseo alguno, sólo una leve náusea.

—Siéntate para mear. No quiero que riegues el váter con tu manguera.

Qué extrañeza compartir la intimidad de la higiene, el baño, las excreciones con otro hombre que no fuera Luis. Cuando se fueron a vivir juntos le resultó chocante esa manía suya de encerrarse por dentro en el baño cuando tenía que defecar. A ella no le importaba verle sentado con los calzoncillos por la pantorrilla, algo que a él le molestaba, como si esa faceta suya no fuera compatible con los fines de semana de esquí, las cenas en restaurantes caros, las veladas en el Liceo o su manera de hacerle el amor en el catamarán amarrado en la bahía de Cadaqués. Luis nunca entendió que no necesitaba ser el hombre perfecto para que ella le amase. De hecho, ahora estaba segura de que eran sus flaquezas, precisamente, las que le habían mantenido junto a él todos aquellos años.

El desconocido comprendió que los ojos grises de Laura no le miraban a él. Era hora de recoger la ropa y largarse antes de que la amargura que empezaba a asomar en aquellos bonitos labios se convirtiera en algo mucho peor.

—Me visto y me largo.

—Ésa es la idea.

Laura se metió en la ducha y corrió la cortinilla de flores. Apenas cabía en el rectángulo con gresite en el suelo y sin embargo se las habían apañado la noche anterior para entrar los dos. Sus cuatro manos estaban grabadas en la baldosa. Con un nudo de náusea en el estómago, borró aquellas huellas y abrió el grifo.

Salió del baño con la esperanza de estar sola. El desconocido se había vestido, pero seguía allí. La ropa de noche, camisa negra brillante y ceñida y pantalones de piel con marca paquete, resultaba incongruente a la luz del día. Estaba husmeando en el rincón del salón que Laura utilizaba como despacho.

—Anoche no me dijiste que eras policía. —Entre los libros había una fotografía enmarcada con el uniforme de gala de la subinspectora Laura Gil y en una esquina del marco colgaba una condecoración al mérito policial.

—Supongo que no dije muchas cosas —respondió Laura, molesta porque aquel tipo anduviera entre sus cosas.

—Y tampoco mencionaste que estás casada —añadió, señalando su retrato de boda.

El tiempo verbal se clavó en la piel de Laura como algo dañino. Casi sonrió al reconocerse tan jóvenes los dos. Luis con su esmoquin y la pajarita de terciopelo, y ella con un bonito vestido de tul sin velo pero con una hermosa y larga cola. Eran otros tiempos.

—Tendrías que marcharte. Ahora.

El desconocido asintió un tanto decepcionado. Hizo ademán de acariciar el cuello todavía húmedo de Laura, pero ella le contuvo con una mirada sin resquicios. No había nada que hacer. El tipo chasqueó los labios, no estrictamente decepcionado,

sino más bien un poco herido en su orgullo. Tensó el bíceps bajo la camisa y ensanchó el pecho como si pretendiera demostrar lo que ella se iba a perder. Se dirigió a la puerta, pero antes de marcharse le regaló una ojeada irónica.

—Deberías buscar ayuda, subinspectora. Follas como si fueras una mantis. No te veo muy centrada, y se supone que la gente como tú protege a la gente como yo. Como ciudadano, eso me preocupa.

Laura reprimió los deseos de acercarse y doblar aquel cuerpo musculoso con una patada en los cojones.

—Si follo como una mantis deberías darme las gracias por no haberte arrancado la cabeza. En cuanto a ti, deberías seguir practicando. Hay ejercicios para contener la eyaculación precoz, ¿sabes?

Cuando se quedó sola abrió el armario en busca de algo limpio que ponerse. La ropa de Luis había desaparecido, polos y camisas de verano, los pantalones bermudas que se ponía los fines de semana, los mocasines y las chancletas. Las perchas de plástico eran una metáfora de los espacios que Laura no sabía cómo llenar. Se colocó una camiseta de manga larga de los Nirvana y encima un jersey de damasco con el cuello de pico y puso un compacto en el reproductor. El principio de la sinfonía *Patética* sonó como un virus apoderándose del aire.

Llamaron a la puerta.

—¿Y ahora qué quiere ese imbécil?

Fue hasta la puerta dispuesta a demostrarle a aquel tipo lo desagradable que podía ponerse cuando le tocaban los ovarios, pero se topó de frente con un rostro muy distinto al que esperaba encontrar.

—Me acabo de cruzar con un energúmeno. Bajaba los escalones escupiendo insultos que ni siquiera tú querrías escuchar. No sé lo que le has hecho o dejado de hacer, pero estaba muy cabreado.

Alcázar estaba apoyado en la pared y sonreía con su habitual gesto irónico. Laura frunció el ceño, contrariada.

—Sólo es un gilipollas más. ¿Qué haces aquí?

Alcázar le caía bien. Su gran mostacho gris de mariscal que no se había retocado en cincuenta años le inspiraba confianza, aunque tenía la desagradable costumbre de atraparlo y chuparlo con el labio inferior cuando se quedaba pensativo. Al torcer la boca, el mostacho se movía como una cortina, de derecha a izquierda, de modo que nunca dejaba ver del todo los dientes.

—¿No me vas a invitar a pasar? —preguntó Alcázar, alzando la mirada por encima del hombro de su alumna más aventajada. Al fondo vio la ropa tirada en el suelo. También los restos de cocaína sobre el cristal de una mesita y las botellas vacías.

—No me pillas en un buen momento.

Alcázar asintió, sacando un palillo y llevandoselo a los dientes.

—Con esa música que escuchas no me extraña. ¿Cómo se llama? ¿Invitación al suicidio?

Laura negó con la cabeza.

—Deberías probar a escuchar algo que no fueran boleros y rancheras. ¿Podrías dejar de hurgarte las encías con eso? Es desagradable.

—Todo yo soy molesto y desagradable. Por eso me van a jubilar. Es lo que somos los viejos. Puntos negros y nubarrones en el horizonte de los jóvenes y sus vanas ilusiones.

—No seas cínico. No quería decir eso.

Alcázar guardó el palillo.

—He visto un chiringuito al otro lado de la cala. Hay ofertas para desayunar.

—No tengo hambre —protestó Laura, pero Alcázar la interrumpió con el dedo índice en alto. Solía utilizar aquel gesto para imponerse en comisaría cuando las discusiones se prolongaban hasta irritarlo. Alzaba el dedo índice y allí terminaba la democracia.

—He reservado mantel, velas y flores. Te espero en la playa, en cinco minutos.

El viento zarandeaba un toldo descolorido. El interior del chiringuito olía a aparejos y a pescado en malas condiciones. No había nadie, excepto el dueño, un tipo de aspecto aburrido que leía el periódico apoyando un codo en la barra. Cuando los vio entrar, no pareció muy contento. Alcázar pidió café. Laura no pidió nada, le dolía la cabeza y tenía el estómago revuelto. A pesar de que se había lavado los dientes como si quisiera arrancárselos, el sabor del Cointreau permanecía obstinadamente al fondo de la garganta. Alcázar pidió por ella: un bocadillo de queso y una Coca-Cola *light*.

Desde la mesa podía verse una porción de playa y las rocas del acantilado. Las gaviotas sobrevolaban las corrientes de aire. A veces se quedaban flotando ingravidas, otras plegaban las alas y se lanzaban en vuelo rasante sobre la cresta de las olas grises.

—¿Cómo has encontrado este sitio? Es deprimente —lanzó Alcázar. Él era hombre de ciudades, multitudes, olores a gasolina y polución.

A Laura le gustaba el mar porque podía desaparecer en el horizonte con sólo mirarlo.

—Es un sitio tan bueno como cualquier otro. ¿Para qué has venido, para cerciorarte de que no hago ninguna tontería?

El dueño del chiringuito trajo las consumiciones y las dejó en la mesa sin demasiado miramiento. Alcázar entrelazó los dedos sobre la mesa, como si fuese a bendecir el bocadillo de queso que Laura no pensaba probar.

—Zinóviev está muerto. Más que muerto, diría yo. Lo han machacado a base de

bien antes de cargárselo.

Laura palideció. Arrancó la costra del pan sin prestar atención a su gesto.

—¿Cómo ha sido?

—Desagradable. Muy desagradable. Lo han despellejado vivo, tira a tira. Le han cortado los cojones y se los han hecho tragar.

—No puedo decir que lo sienta. De hecho, me están entrando ganas de ponerme a gritar como una loca de alegría.

La mirada de escepticismo de Alcázar incomodó a Laura, como cuando era novata y su jefe le ofrecía un caramelo del frasco de cristal que había encima de la mesa. Detestaba aquellos caramelos, casi siempre rancios, que se quedaban pegados al envoltorio, pero si Alcázar asentía levemente, no le quedaba más remedio que sonreír, meterse uno en la boca y aguantarlo debajo de la lengua hasta que salía del despacho y disimuladamente lo escupía en la mano. El amargor le duraba días. Pero al volver al despacho siempre aceptaba otro.

—¿Qué esperabas que dijera? Ese hijo de puta mató a mi hijo.

—No tenemos pruebas de eso. Nunca las tuvimos. —Sus palabras le resultaron penosas y obscenas.

Laura apretó las mandíbulas y observó a su jefe durante unos segundos con expresión inescrutable.

—Pero los dos sabemos que lo hizo.

—Lo que uno sabe importa poco si no tiene pruebas para demostrarlo.

—Las pruebas no te importaban hace unas décadas.

Alcázar soportó el golpe con entereza. Apuró el café con calma, manchando el filo del mostacho.

—Los tiempos han cambiado. Ya no estamos en los años setenta.

Laura temblaba como si le hubiese dado un ataque repentino de malaria.

—Por supuesto; lo tuyo era asustar a niños. A éstos no te costaba mucho sacarles una confesión, ¿verdad?

Alcázar le sostuvo la mirada.

—Se supone que la democracia se inventó para que tipos como yo no pudieran seguir haciendo lo que hacíamos. Tú, mejor que nadie, deberías saberlo.

Se produjo un tenso silencio entre ambos, Alcázar estaba visiblemente incómodo.

—Lo siento —dijo Laura con mirada ausente, hacia la playa. Vio a su hijo de seis años corriendo por la orilla y a Luis detrás de él. Vio otro tiempo que había estado ahí hasta hacía sólo ocho meses, y que había desaparecido como si jamás hubiese existido.

—¿Has venido a detenerme?

Alcázar cogió aire y lo soltó de golpe, como cuando uno decide meterse en un barreño de agua gélida. Sin titubeos.

—Quiero que me digas si has sido tú. Puedo ayudarte, pero necesito saberlo.

Laura se desembarazó suavemente de la mirada de su jefe.

—Entiendo que sospeches. Lo entiendo perfectamente —murmuró.

—Me parece que no lo entiendes. Zinóviev tenía las muñecas esposadas a una viga. Con unos grilletes policiales. Los tuyos. También tenía una fotografía de tu hijo Roberto incrustada en el corazón con una pistola de clavos.

Laura se estremeció y clavó las uñas en el mantel de papel, como si pudiera hacerlo en los ojos negros de Zinóviev y de ese modo arrancárselos de dentro, sacarlos de sus pesadillas. Le costó levantarse y tuvo que aferrarse a la mesa.

—Si crees que he sido yo, ya sabes lo que tienes que hacer.

—No hagas tonterías, Laura.

—¿Vas a detenerme?

—Yo no, pero a estas horas ya debe de haber una patrulla en la puerta de tu apartamento.

Ella lo miró como si toda la vida se le hubiera escapado y sólo el aire sustentase su cuerpo vacío.

—No pienso ir a la cárcel.

Alcázar encogió el mostacho.

—Pues creo que vas a tener que empezar a pensarlo. No te voy a impedir salir por esa puerta. Yo no he estado aquí, ¿entiendes?

Sí. Le entendía perfectamente.

Primera parte

El lobo flaco

Barcelona, 20 de junio de 2002

—Usted no lo entiende. Esa zorra me lo va a quitar todo y encima pretende que le pase una pensión vitalicia.

Gonzalo nunca quiso ser abogado, pese a lo que decía la placa que colgaba en la puerta de su despacho: «Gonzalo Gil. Experto en derecho civil, matrimonialista y mercantil». Podría haber acabado tras el mostrador de una carnicería y no sentiría mayor emoción. Simplemente había dejado que el destino decidiese por él, y a los cuarenta años ya no servían de nada las quejas.

—La ley está de parte de su esposa. Creo que debería avenirse a un acuerdo conciliatorio. Ahorraría dinero y energías.

El cliente le observó alzando el mentón, como si aquel abogado, tan gris como el traje que llevaba puesto, le hubiese metido un dedo por el culo.

—¿Qué clase de abogado es usted?

Gonzalo entendió su perplejidad; esperaba que le mintiera. Todos lo esperaban al entrar por esa puerta, como si en lugar de asesoramiento legal acudieran en busca de un quiromántico que por arte de magia les solucionara sus problemas. La cuestión era que no sabía mentir. Por un momento, sopesó la posibilidad de darle al cliente una de aquellas tarjetas pretenciosas con el membrete del bufete de su suegro. Tan solo tendría que salir del despacho de Gonzalo y recorrer el pasillo hasta el final. Ni siquiera necesitaba salir del edificio.

—Debería haber consultado con un experto antes de poner la titularidad de la casa y sus bienes a nombre de su esposa. Yo no puedo ayudarle.

Imaginó lo que habría dicho su suegro ante semejante afirmación, poniendo los ojos en blanco: «Cuándo vas a aprender que en nuestro trabajo la mentira no presupone, necesariamente, la ausencia de la verdad, sino un mero recurso para vestirla con subterfugios legales hasta hacerla irreconocible». Además de ser uno de los mejores abogados de la ciudad, su suegro, don Agustín González, era un cínico sin redención posible. Gonzalo lo había visto hipnotizar a sus clientes enrocándose en las palabras hasta que los idiotizaba y éstos terminaban firmando lo que les pusiera delante, aunque sólo fuera para no reconocer que seguían sin entender una sola palabra de toda aquella jerigonza y evitar la mirada reprensora del viejo, que los despedía siempre con la mejor de sus sonrisas. Esa sonrisa que decía tan educadamente: «que te jodan».

Diez minutos después apareció por la puerta Luisa, su ayudante. Siempre lo hacía sin llamar, y después de tantos años, Gonzalo había desistido de convencerla de lo

contrario. Luisa manejaba con soltura los programas de ofimática, los móviles, y todos esos artilugios que a él le dejaban atrás, convirtiéndole en un analfabeto funcional. Además, le gustaban los geranios que había plantado en el balcón. «Esto está muy triste, necesita color y yo voy a dárselo», había dicho la primera vez que entró en el despacho, segura de que, con un argumento semejante, a Gonzalo no le quedaría más remedio que contratarla. Tenía razón; antes de que aquella joven llegase a su vida, las flores se morían sin remedio, convirtiéndose en burujos que se deshacían al tacto. Por supuesto, la contrató y no se arrepentía. Sólo esperaba poder mantenerla en su puesto cuando llegase la fusión con el bufete de su suegro.

—Ya veo que hemos ganado otro cliente para siempre. —Además de eficaz y colorista en su modo de vestir, Luisa tenía la capacidad del sarcasmo.

Gonzalo se encogió de hombros.

—Al menos no le he sacado la pasta con promesas inútiles.

—La honradez sólo honra al honrado, abogado. Y tenemos que pagar facturas, el alquiler de este bonito despacho a tu suegro, y... sí, pequeño detalle, mi nómina.

—¿Cuántos años tienes?

—Soy muy joven para ti; podría denunciarte por abuso de menores.

—Miedo me darás cuando tengas tu propio bufete.

Luisa hizo un mohín travieso con la boca.

—Y harás bien. Yo no dejaré que se me vaya la clientela como si la pescase con una red llena de agujeros. Por cierto, acaba de llamar tu mujer. Dice que no olvides llegar esta tarde a las seis. En punto.

Gonzalo se recostó en el respaldo del sillón que imitaba la piel. Claro, la fiesta «sorpresa» de cumpleaños de todos los años. Casi había logrado olvidarse de aquel ritual.

—¿Lola sigue al teléfono?

—Le he dicho que estabas ocupadísimo.

—Buena chica; no sé qué haría sin ti.

La expresión perspicaz de Luisa borró con rapidez una sombra de decepción y tristeza.

—Espero que recuerdes tus palabras cuando te reúnas con el viejo.

Él quiso decir algo, pero ella le ahorró el mal momento saliendo del despacho con celeridad. Gonzalo inspiró con fuerza, se quitó las gafas con montura de carey, tan pasadas de moda como sus trajes y sus corbatas, y se frotó los párpados. Su mirada se encontró con el retrato de Lola y los niños. Un óleo colgado en la pared que su esposa le había regalado cuando inauguró el bufete y todas las ilusiones permanecían intactas. Habían cambiado mucho las cosas, y no del modo que él esperaba.

Salió al balcón a tomar el aire. Los geranios compartían el breve espacio con el aparato de aire acondicionado y con una bicicleta que nunca había utilizado. En la

baranda colgaba todavía el cartel publicitario del bufete. En todos estos años no se le había ocurrido cambiarlo. El sol y la intemperie habían descolorido las letras, aunque a decir verdad, desde la calle apenas se percibía, incluso cuando era nuevo. Ese cartel era algo simbólico, una absurda bandera con la que reivindicar inútilmente la independencia de su ínsula frente a los despachos contiguos, todos ellos propiedad de «Agustín González y Asociados, desde 1895». A veces Gonzalo tenía el convencimiento de que sus únicos clientes entraban en su despacho porque se equivocaban de puerta. También sospechaba que de vez en cuando su suegro le hacía llegar desahuciados, casos que consideraba poca cosa, las migajas. A fin de cuentas, era el marido de su hija y el padre de sus nietos, y eso tenía su peso, aunque don Agustín le consideraba un perfecto inútil. La palabra exacta era pusilánime.

Después de tantos años resistiendo, debía ceder a la evidencia: iba a aceptar la propuesta de asociarse con su suegro, en cuanto éste lo propusiera. Todavía no la había formalizado, pero en la práctica significaba que trabajaría para él. Aquel cartel desaparecería, y quizá también los geranios. La nueva hipoteca, el colegio de inglés de su hija pequeña, y el próximo año de carrera de Javier en una universidad privada donde se formaban los patricios bajo el auspicio de los jesuitas, tenían la culpa. Todo eso, sí, y también su falta de valor para enfrentarse a su suegro y permitir que su vida se hubiera convertido en una parodia en la que él tenía el mero papel de figurante.

Encendió un cigarrillo y fumó mirando la ciudad. Pronto llegaría el buen tiempo, el calor de verdad, pero aquella tarde todavía podía uno asomarse al balcón sin sentir la bofetada del compresor del aire acondicionado funcionando a toda máquina. Todo el mundo daba por supuesto que le encantaba estar en el meollo de la ciudad, pero lo cierto era que nunca le gustó Barcelona. Añoraba los cielos de su infancia entre montañas, cuando el sol teñía de rojo el lago y su padre le llevaba a pescar. En realidad no tenía recuerdos reales, si es que los recuerdos podían ser tal cosa, de aquel tiempo; su padre desapareció cuando él tenía sólo cinco años, pero había oído en boca de su madre tantas veces aquellas historias de pesca que era como si de verdad hubiese ocurrido así. Resultaba difícil añorar algo inventado, tan extraño como depositar cada 23 de junio flores en una tumba donde no hay nada enterrado, excepto lombrices y hormigas que en verano dejan sus conos de tierra.

Durante años porfió con Lola para convencerla de que valía la pena arreglar la vieja casa del lago y trasladarse allí a vivir con los niños. Apenas estaban a una hora en coche de la ciudad, y ahora se podía vivir en el campo con todas las comodidades; Patricia, la pequeña, podría criarse en un entorno más sano, y él podría llevarla a pescar para que cuando se hiciera mayor no tuviera la sensación de que su padre fue un fantasma difuso. Quizá en un entorno más sosegado incluso mejoraría la relación con su hijo mayor, Javier. Pero Lola se había negado siempre en redondo.

Separar a su esposa de aquellas avenidas y de las *boutiques*, los barrios céntricos

y el barullo era casi como amputarle las piernas. Al final se había dejado convencer para comprar aquella casa en la parte alta de la ciudad, con piscina y vistas a todo el litoral, con cuatro baños y una parcela ajardinada de cuatrocientos metros cuadrados, con vecinos ricos y discretos. Había comprado un todoterreno que gastaba más gasoil que un carro de combate y había decidido, pese a saber que no podía pagarla, que aquélla era la vida que deseaba.

Uno hace lo que no quiere hacer cuando se enamora y lo disfraza de propia iniciativa, aunque en el fondo sólo sea renuncia.

Perdido en conjeturas inútiles, Gonzalo volvió la cabeza hacia el balcón contiguo donde una mujer fumaba distraída con un libro. Ella levantó la cabeza con la mirada perdida, pensando tal vez en lo que acababa de leer. Era alta, de unos treinta y cinco años, pelirroja, y tenía un corte de pelo que parecía obra de un Eduardo Manostijeras desatado: trasquilones a los lados, un largo flequillo que ella apartaba continuamente de la frente y que le rozaba la punta de la nariz. En el cuello tenía tatuadas dos grandes alas de mariposa. Sus ojos, grises con motas pardas, eran amables y desafiantes al mismo tiempo.

—Lees a mi poeta preferido, qué casualidad.

A juzgar por la expresión de la mujer, Gonzalo debía de parecerle un enfermo convaleciente al que no podían pedírsele demasiados esfuerzos.

—¿Por qué casualidad? ¿Te parece que somos las únicas personas en el mundo que han leído a Mayakovski?

Gonzalo puso en marcha el engranaje de su memoria, buscando viejas palabras largamente olvidadas. Su ruso estaba muy oxidado.

—Bromeas. Podrían contarse con los dedos de una mano las personas que pueden leer a Mayakovski en ruso en esta ciudad.

Ella le dedicó una sonrisa algo sorprendida.

—Al parecer tú sí eres capaz. ¿Dónde aprendiste mi idioma?

—Mi padre aprendió ruso en los años treinta. Cuando era pequeño nos hacía recitar el *Poema a Lenin* a mi hermana y a mí.

Ella asintió, casi por cortesía, y cerró el libro.

—Bien por tu padre —dijo, despidiéndose con otra media sonrisa antes de volver al interior.

Gonzalo se sintió estúpido. Sólo pretendía ser cortés. ¿Sólo cortés? Bueno, quizá su mirada al nacimiento del pecho de ella había sido demasiado evidente. Estaba perdiendo la práctica en eso de ser galante. Apagó el cigarrillo y entró en el baño anexo a su despacho. Se lavó minuciosamente las manos con jabón y se olió los dedos y la ropa para comprobar que no quedaba rastro de olor a tabaco. Luego se ajustó el nudo de la corbata y se alisó la americana.

—Ahí estás, en alguna parte, ¿verdad, pequeño cabrón? —dijo entre dientes,

frente al espejo.

Cada domingo, cuando iba a visitarla, su madre le recordaba que fue un niño muy guapo. «*Eras igualito a tu padre*»: los mismos ojos verdes de mirada inquisitiva, la frente amplia, las cejas marcadas, tanto como los pómulos, y ese rasgo tan característico de la familia Gil, los dientes frontales un poco separados, detalle que él había logrado corregir tras dos largos años con ortodoncia. El pelo frondoso y oscuro, el cuello ancho y ese modo de erguir el mentón que, si no se le conocía, causaba la impresión de persona arrogante. Nadie mencionaba que las orejas estuvieran un poco separadas del cráneo ni esa nariz demasiado ancha, de boxeador, tampoco la expresión agria de sus labios, lo que en conjunto hacía que no resultara especialmente atractivo. En cualquier caso, si el niño fue la promesa de una gota del padre, el tiempo lo había desmentido. En las fotografías que guardaba, a los cuarenta años su padre destilaba una humanidad arrolladora, incluso con su único ojo sano. Alto y recio, causaba una impresión de autoridad incuestionable, un hombre que pisaba con firmeza. En cambio, Gonzalo había derivado hacia una personalidad carnosa, endeble, más bajo y chato, con una barriga blanda que nunca encontraba el tiempo ni la voluntad de meter en cintura. Las entradas en las sienes anunciaban una pronta y prematura alopecia y desde luego sus ojos no eran inquisitoriales, ni siquiera tenían un brillo de inteligencia. Sólo una frágil bondad, la inseguridad de alguien tímido que inspiraba, en el mejor de los casos, una condescendencia indiferente. Los hijos de los héroes nunca están a su altura. No era una afirmación hiriente, sino la constatación de un hecho incuestionable.

Antes de marcharse pasó a ver a Luisa.

—¿Sabes quién ha alquilado el apartamento de la derecha?

Luisa se golpeó suavemente los labios con la punta de un lápiz.

—No. He visto que estaban haciendo mudanza, pero no te preocupes. El lunes lo sabré.

Gonzalo asintió y se despidió con una sonrisa un poco forzada. Aquella mujer del balcón le había dejado intrigado.

—Por cierto, feliz cumpleaños. Un año más —le deseó su secretaria, cuando ya salía por la puerta.

Gonzalo alzó la mano sin volverse.

Aparcó el todoterreno frente a su casa veinte minutos después. Alguien había pintarrajeado en su muro una diana con un punto de mira y su nombre en el centro. Unos operarios contratados por Lola intentaban borrar las pintadas con una manguera a presión. Era como jugar al gato y al ratón; al caer la noche volverían a estar en el mismo sitio. Gonzalo no necesitaba ser perito calígrafo para saber quién era el autor. Escuchó un murmullo del que sobresalía una carcajada o una voz más estridente que las demás elevándose al otro lado del jardín. Los invitados ya habían llegado y pudo

oír la música de ambiente: Sergio Gatica. Él y Lola nunca se ponían de acuerdo en sus gustos musicales. Y cuando eso ocurría, bastante a menudo, solía imponerse la voluntad de su esposa. Al contrario que a él, a Lola no le importaba discutir.

Sopesó las llaves del todoterreno y deseó que toda aquella gente estuviera en cualquier otra parte. En realidad, era él quien querría desaparecer. No iba a hacerlo, por supuesto. Era impensable algo tan inesperado en el siempre previsible, aburrido y extraño personaje por el que todos le tenían. Así que tomó aire, irguió los hombros e introdujo la llave en la cerradura, esforzándose al máximo para que su expresión de sorpresa pareciera real, aunque a nadie le importara. Lo único que le pedían era que resultase convincente, y lo logró.

Recorrió el salón estrechando manos, repartiendo besos y saludos. Ahí estaban algunos compañeros del bufete de su suegro formando corrillo. Otros amigos de última hora, vecinos de la urbanización que Lola había reclutado para hacer bulto, le felicitaron con una efusión exagerada. Alrededor de la piscina vio a su hija Patricia jugando con otros niños entre los parterres. La niña se volvió y le saludó con las manos manchadas de tierra. Gonzalo le devolvió el saludo con un sentimiento agri dulce. Estaba creciendo demasiado aprisa. Apenas necesitaba ya ponerse de puntillas para besarle la mejilla. Se le escapaba entre los dedos. Como todo lo bueno que le había pasado en la vida, la infancia de sus hijos se le iba sin tiempo de disfrutarla.

Entre todos los presentes, Lola brillaba con su hermoso vestido malva de hombros descubiertos. Su esposa había entrado mejor que la mayoría de mujeres en esa edad llena de inquietudes, pasados largamente los cuarenta. Se la veía segura de sí misma, feliz, los demás la buscaban, la tocaban y la abrazaban, deseosos de contagiarse de su vitalidad. Era hermosa, mucho más de lo que él podría haber soñado. Pero eso, la belleza, ya no significaba mucho, pensó, cuando ella se acercó para felicitarle y le besó fugazmente los labios.

—¿Esperabas algo así?

Gonzalo puso cara de circunstancias. Mentir es más fácil cuando quien escucha la mentira está predispuesto a creerla.

—Desde luego que no.

—Han venido todos —afirmó Lola con expresión de triunfo.

Eso no era del todo cierto. Había huecos difíciles de disimular. La vida dejaba cadáveres mientras avanzaba. De lejos, Gonzalo vio a su suegro.

—¿Qué hace tu padre aquí?

Lola posó una mano de uñas esmaltadas sobre su hombro. Fingía naturalidad pero estaba nerviosa. Gonzalo lo notó en el leve temblor de los dedos sobre la hombrera de la americana.

—Trata de ser amable con él, ¿quieres? Hoy va a hablarte de la fusión de los

bufetes.

Gonzalo asintió sin entusiasmo. «Fusión» era un modo generoso de eludir la palabra servidumbre. Iba a convertirse en lacayo, y aun así su esposa le pedía que fuese cortés. Resultaba agotador aquel interminable teatro en el que ella parecía sentirse tan cómoda.

Lola frunció la nariz entrecerrando un poco sus párpados de largas pestañas apelmazadas por el rímel.

—¿Has estado fumando?

Gonzalo no se inmutó. Incluso logró parecer lo bastante ofendido.

—Te di mi palabra, ¿no es cierto? No he vuelto a fumar un pitillo en cinco meses.

Lola le lanzó una mirada de recelo. Antes de que la balanza se decantara, Gonzalo cambió de tema.

—He visto a los operarios en el muro.

Lola se echó el pelo hacia atrás con un gesto exasperado.

—Deberías denunciar a ese loco a la policía, Gonzalo. Esto ya dura demasiado. He hablado con mi padre y...

Gonzalo la interrumpió, molesto.

—¿También le cuentas cuántas veces voy al baño?

—No seas desagradable. Sólo digo que esto se tiene que acabar.

Gonzalo vio acercarse a su suegro. Lola le dio un beso cariñoso y se las apañó para que pudieran hacer un aparte junto a la piscina.

—Una fiesta magnífica —le felicitó su suegro. Incluso cuando pretendía ser elogioso, la voz resultaba hosca, como su expresión, siempre al límite del desdén. Sus ojos habían perdido el color, pero desprendía una inteligencia socarrona y una vitalidad envidiable, jovial y llena de pasiones. «Todo lo contrario que tú», le escupía esa mirada. Gonzalo no lograba sobreponerse a la impresión de empequeñecimiento que le asaltaba cuando le tenía delante. Cercano a los setenta años, Agustín González todavía no había alcanzado ese punto crítico en el que algunos hombres empiezan a sentir lástima de sí mismos. En muchos aspectos era detestable, y su mala fama, merecida: un hueso duro, un litigante con muchas muelas en su haber, un corsario sin escrúpulos, arrogante y, en ocasiones, ofensivo que arrastraba el aire displicente de quien lleva demasiado tiempo en la cúspide y se cree investido del derecho divino para mantenerse ahí. Pero también era un hombre sólido, culto, y sin duda prudente. Sopesaba cada palabra evitando decir algo que más tarde pudiera lamentar. Tal vez muchos le odiasen, pero ni siquiera sus enemigos eran tan estúpidos como para reírse de él a sus espaldas.

—Me gustaría mantener una charla tranquila contigo sobre nuestra asociación. Pásate el lunes por mi despacho, a eso de las diez.

Gonzalo esperó que añadiera algo más, pero su suegro, tan parco en palabras

como en gestos, emitió un gruñido que tal vez pretendía ser amistoso y se alejó hacia un grupo de invitados.

Desde lejos, la novia de su suegro le saludó con una copa de vino en alto. Era mucho más joven que Agustín. Gonzalo había olvidado su nombre, si es que lo había dicho, pero tardaría en olvidar el extremado vestido que embutía sus carnes sin pudor y la blonda de su sujetador, que realzaba unos pechos que pugnaban por salir a respirar fuera del encaje. A su suegro le gustaban esa clase de mujeres, excesivas y obedientes. Desde que enviudó no se privaba en coleccionarlas. Cimbrea sus caderas como si se desenvolviera en un plató de cartón piedra y todos los focos estuviesen pendientes de ella. Se tocó la comisura del labio y observó con desagrado los dedos manchados de pintalabios.

Bajo la pérgola de madera que decoraba un extremo del jardín, Gonzalo vio a Javier. Aislado del resto de invitados, como siempre, su hijo mayor brillaba como lo haría un objeto fuera de lugar. Estaba apoyado en uno de los pilares, refugiado en la música de su reproductor y observándolo todo con indiferencia. Las bermudas que llevaba puestas dejaban a la vista la larga cicatriz en la pierna derecha. Aunque había pasado mucho tiempo, cada vez que Gonzalo veía aquella cicatriz se sentía culpable.

El accidente, si es que así podía llamarlo, ocurrió cuando Javier tenía nueve años. Estaban encaramados ambos en lo alto de un risco y Javier miraba el fondo de aguas calmas y cristalinas. En realidad no era una distancia muy grande, pero a él debía de parecerle inalcanzable. Desde abajo, Lola le gritaba, animándole a saltar, y él se debatía entre el miedo y las ganas de cerrar los ojos y lanzarse al vacío. «Lo haremos juntos. No pasará nada, ya verás», le dijo Gonzalo, al tiempo que le estrechó con fuerza la mano. Javier le sonrió. Si su padre estaba con él no podía pasarle nada malo. Fue su primer instante de eternidad. La sensación de caer y a la vez sentir que no pesaba nada, el rugido de su propia voz y la de su padre. El mundo convertido en un círculo de azules intensos y luego el mar abriéndose para engullirlo entre burbujas y lanzarlo de nuevo hacia la superficie. Su padre reía orgulloso de él, pero de pronto la mirada se truncó. Alrededor de Javier el agua se estaba tiñendo de un color burdeos y el niño sintió un terrible dolor en la pierna.

Aquella fue la primera vez que Gonzalo le falló. La cojera que le quedó para siempre en la pierna derecha se lo recordaba cada día.

—Supongo que debo felicitarte. —Javier tenía una voz somnolienta, aburrida y ronca. A medio hacer.

—No es obligatorio, pero sería un detalle que te agradecería.

Su hijo lanzó una mirada alrededor. La mirada de un adolescente calibrando los horizontes posibles.

—Apuesto a que no le importas una mierda a la mitad de los que están aquí. Pero parece que todos disimuláis muy bien.

¿Qué podía saber un padre sobre el mundo interior de su hijo de diecisiete años? Los chicos de esa edad hablaban sin tapujos de sí mismos, de sus emociones y de sus sentimientos por internet. Hablaban y hablaban, pero uno no podía sacar conclusiones claras sobre lo que eran o creían ser. Gonzalo observaba la mutación dolorosa de su hijo y podía notar el peso de su soledad, el modo en que el resto de su vida empezaba a cernirse sobre él.

—Supongo que no puedes resistir la tentación de hacerme daño en cuanto surge la oportunidad, ¿verdad? —Gonzalo no lograba disipar una especie de irritación cada vez que le tenía delante. Era como si hablaran dos idiomas completamente distintos y ninguno de los dos hiciera el mínimo esfuerzo para entender al otro.

Javier alzó la mirada y observó a su padre con una mezcla de anhelo e incomodidad, como si deseara decirle algo y fuera incapaz de expresarlo. Últimamente parecía mayor y más triste, parecía que su primer año en la universidad fuese a arrojarle a una tierra de nadie donde ni era ya un niño ni se situaba definitivamente entre los adultos.

—¿Qué quieres que te diga? Sólo es una fiesta sorpresa más. La misma de cada año.

Gonzalo atravesó con la mirada a su hijo.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No me pasa nada. Sólo quiero estar tranquilo un minuto.

—No quiero que empecemos a discutir, Javier. No es el momento.

Ojalá pudieran gritarse, insultarse, soltar todos los reproches que arrastraban. Pero no ocurría. Así eran las cosas.

—No lo hagamos, entonces.

Gonzalo se quedó pensativo un instante, observando las idas y venidas de Lola entre los invitados. Javier era su viva imagen, sus mismos ojos, su misma boca, y sin embargo, había algo en la amplitud de su frente, en su recio pelo negro y ensortijado que le repulsaba. Gonzalo trataba de reprimir ese sentimiento de rechazo, y Javier de algún modo lo intuía.

—A veces pienso que te pareces demasiado a tu madre. Tienes una habilidad especial para echar de tu lado a la gente que te quiere.

Javier se frotó la sien, deseando quedarse solo.

—Tú no conoces a mamá. Vives con nosotros, pero no nos conoces.

Gonzalo sonrió con tristeza. Javier admiraba a su madre, tanto como lo odiaba a él, sin un verdadero motivo, como no fuera el instinto. Pero, en realidad, idolatraba a un fantasma, y ¿acaso no era lo que hacía él?

Alguien junto a la verja de la entrada llamó su atención. Un tipo de aspecto fornido y entrado ya en años le observaba fijamente, fumando un cigarrillo. El humo se quedaba prendido de su grueso mostacho. A Gonzalo le resultó vagamente

familiar, aunque estaba seguro de no haberlo visto nunca. Quizá le confundía su apariencia, absolutamente anodina, fuera de aquel bigote frondoso. Vestía una camisa con manchas de sudor en las axilas y unos pantalones arrugados de color crema. Una gruesa barriga amenazaba con hacer saltar los botones, como si la hubiera metido en cintura a presión. Y a pesar de todo aquel mostacho de tonos grises le recordaba a alguien. Una pregunta se abría paso en su mente confusa.

Sin dejar de mirarle, el desconocido se secó el cráneo afeitado con un pañuelo.

Gonzalo se acercó a él.

—Disculpe. ¿Nos conocemos?

El hombre sacó una credencial del bolsillo, se la mostró y asintió pesadamente.

—¿Y qué hace aquí?

Alcázar lo miró sin inmutarse.

—Se trata de su hermana, Laura.

Aquel nombre sonó lejano en la mente de Gonzalo, como una leve molestia largamente olvidada. Hacía más de diez años que su hermana desapareció del mapa sin dar explicaciones. Desde entonces no había vuelto a verla.

—¿Qué ha hecho ahora esa loca?

Alcázar tiró el pitillo y lo aplastó bajo el talón con un movimiento rotatorio. Sus ojos oblicuos, enterrados bajo gruesas cejas grises y revueltas, perforaron a Gonzalo.

—Matar a un hombre y suicidarse después. Y, por cierto, esa loca era mi compañera.

El polvo que venía de la playa formaba una suave película sobre los sillones y la mesa de la terraza, y las paredes blancas desprendían un calor agobiante.

Siaka contemplaba el mar a través de la ventana con un sosegado sentimiento de indiferencia. La mujer dormitaba boca abajo, con el rostro aplastado contra la almohada, la boca un poco abierta babeando y el pelo de color vino y sudoroso aplastado sobre la frente. Era una mujer robusta, de piel sonrosada, y tenía un *piercing* en la nariz, uno de esos brillantes diminutos como un grano de cristal. Las marcas blancas de la braga y el sujetador resaltaban sobre su piel achicharrada por el sol. Los turistas nunca aprendían; apenas aterrizaban en la playa, se tiraban en la toalla como lagartijas, como si pensarán que el sol fuera a acabárseles. Siaka se desembarazó con cuidado del peso del brazo que le abrazaba la pelvis y se apartó de la piel, pegajosa como la mermelada, de la mujer. Antes de correrse, ella había lanzado una especie de relincho caballuno. Luego lo había mirado con una chispa de picardía obscena en la mirada. «¿Dónde has aprendido a hacer todas estas cosas?», le había preguntado. «Nací sabiendo», le había respondido. Ella le sonrió. Siaka estaba convencido de que ni siquiera le había entendido, y luego se quedó dormida como una niña de biberón.

Se vistió sin hacer ruido, dejando los zapatos para el final, y registró el bolso de la mujer hasta encontrar la billetera, con un buen fajo de dólares, un reloj que parecía bastante bueno y un teléfono móvil. También se quedó el pasaporte (los pasaportes americanos se cotizaban caros), pero después de pensarlo un segundo, lo devolvió al bolso, junto con el móvil. Seguro que papaíto podría mandarle dinero desde algún banco de Nueva Jersey o desde donde coño fuera, pero perder el pasaporte era más complicado. Decenas de Suzanne, Louise, Marie, llegaban de Estados Unidos o de cualquier otra parte con ganas de vivir las vacaciones de su vida, algo que recordar para siempre en las largas y frías noches de Boston o Chicago. Las rusas, las chinas y las japonesas tampoco estaban mal, pero él prefería a las yanquis. Tenían un punto de ingenuidad que le hacía gracia, se conformaban con un poco más de lo que sus novios o maridos les ofrecían y además eran generosas. Nada de pensiones baratas o polvos en un coche de alquiler. Lo llevaban a sus hoteles, y Siaka sentía devoción por los de cinco estrellas. Las cocteleras dispuestas, las sábanas bordadas, el albornoz en la ducha, las sales de baño y la moqueta limpia. Pero lo que más le gustaba eran las banderas. Los paños que flameaban en los mástiles de los hoteles de cinco estrellas siempre estaban nuevos y brillantes.

Uno no podía entender lo que era el primer mundo sin ver esas banderas desde la terraza de un hotel de cinco estrellas con vistas al mar. Cuando las turistas le preguntaban de dónde era con esa voz de intención amorosa y arrebatada, les mentía, y eso no tenía ninguna importancia. Para la mayoría de gente, África era una mancha de color ocre en medio de alguna parte. Las fronteras y los países eran iguales. Un lugar de desgracias, de hambrunas, enfermedades y guerras. Algunas historias lacrimógenas, y ellas lo escuchaban con mirada de lástima, estrechaban sus largos dedos sobre la mesa de un restaurante caro, se creían superiores y eso las hacía sentirse mal, culpables. Entonces Siaka les cambiaba el registro, le gustaba golpearlas con su cultura de la música africana, les explicaba cómo se toca el *mbira*, un piano de pulgar con teclas de hierro montado sobre una calabaza hueca, propio de su tierra, Zimbabue. O les hablaba de Nicholas Mukomberanwa, uno de los artistas más insignes de su país. Y entonces esa conmiseración se tornaba admiración, y a medida que avanzaba la cena y caían las botellas de vino, las manos o los pies de ellas se deslizaban bajo la mesa y el espíritu del amo afloraba como antaño, posándose en su entrepierna, preguntando con ojos achispados si era cierto eso que decían de los negros, que la tenían enorme, porque para ser negro se necesitaba un buen atributo masculino. Eso era lo que ellas pensaban y eso era lo que Siaka les ofrecía. Tenía un buen miembro y diecinueve años para llenarlo de energía. Y también tenía planes para el futuro.

Salió de la habitación y se calzó en el vestíbulo, guardando los dólares en el zapato. No solía ocurrir, pero a veces la seguridad del hotel le registraba, sobre todo

si se habían quedado con su cara.

No tuvo problemas en alcanzar la calle y parar un taxi.

—¿A dónde le llevo, señor?

Siaka esbozó una sonrisa complacida. Le gustaba que le trataran de usted; podía ser negro y no tener papeles, pero la ropa cara y las gafas de sol de marca le hacían a uno parecer más blanco. En cuanto a los papeles, los únicos que le interesaban a la gente eran los que guardaba en el zapato.

—¿Acepta dólares? —dijo, tendiéndole uno de cien. Con dinero uno es menos ilegal.

La casa de Gonzalo Gil estaba en una urbanización de lujo asentada sobre una loma desde la que se veía el mar. La fachada quedaba casi oculta por un alto muro de piedra viva. Se escuchaban risas y el chapoteo de una piscina. Desde la ventanilla del taxi, Siaka vio llegar una furgoneta de *catering*. La mujer morena, alta y elegante, que salió a recibirles debía de ser la esposa. Siaka trató de recordar su nombre, pero sólo le vino a la cabeza una frase: «Esa zorra presuntuosa». Por lo que sabía, el abogado tenía dos niños, uno casi de su edad y una cría más pequeña. Los había visto un par de veces coger el autobús escolar que paraba cerca.

—Oiga, el taxímetro me va a hacer rico.

—Si le llamo dentro de media hora, pongamos, ¿vendrá a recogerme? Le daré una buena propina.

Caminó a lo largo del muro oliendo las orquídeas. Aquel olor y el del césped recién cortado le recordaban a las novelas de Fitzgerald, y de un modo algo más turbio a la escuela donde estudió de pequeño. Se detuvo frente a los operarios que estaban borrando unas pintadas y sonrió. Aquella casa debía de ser un chollo para ellos. Cada tres o cuatro días aparecían para borrar los insultos dedicados al abogado y las amenazas a su guapa esposa y sus hijos con cara de querubines. Uno de ellos se lo quedó mirando. Siaka saludó con naturalidad y el tipo siguió a lo suyo. Por si acaso, el joven cambió de acera y paseó por las fincas vecinas. Desde luego, cierto tipo de gente sabía cómo vivir, y eso no tenía mucho que ver con la suerte.

Siaka se apoyó en la pared y encendió un pitillo. Se ajustó las gafas de sol y cerró los ojos, dejando que el humo flotara entre sus blancos dientes.

—Feliz cumpleaños, abogado.

Gonzalo alzó la mirada y cotejó el número de la fachada con el papel que le habían entregado en el juzgado. Entre las pertenencias de su hermana estaba la llave del apartamento donde había vivido los últimos meses. Pervivía una placa desgastada con el haz de flechas que rezaba «Propiedad del Ministerio de Vivienda». Se podía intuir la fecha de construcción del edificio entre un nudo de cables que asustarían al lampista más experimentado. El vestíbulo era angosto y estaba lleno de humedades. La luz de la escalera no funcionaba, la mitad de los buzones habían sido arrancados de cuajo y los que quedaban enteros tenían las cerraduras forzadas o la chapa doblada. Buscó sin mucha esperanza un ascensor inexistente y lanzó un vistazo resignado a la empinada escalera de caracol.

Cuando alcanzó la última planta, el sudor le corría por la espalda. Se tomó un minuto para recuperar el aliento, antes de sacar la llave del bolsillo e introducirla en la cerradura de la única puerta. Ésta se abrió con un sonido de cerrojos. Una vaharada de sudor seco y tabaco negro le dio la bienvenida. Palpó la pared hasta dar con el interruptor de la luz y una lámpara sin tulipa se encendió al fondo del largo pasillo.

Apenas penetraba la luz de la calle. El salón era muy pequeño, con el suelo de terrazo pringoso y las paredes sin adornos. Casi no había muebles: una cómoda, un sillón viejo y un televisor antiguo. En un perchero colgaba un batín con quemaduras de cigarrillo en la bocamanga. Una silla de anea estaba junto a la ventana sin cortina. Gonzalo trató de imaginar a su hermana, fumando y bebiendo sin cesar, con las persianas echadas, sumida en la oscuridad.

A la izquierda había un pequeño escritorio donde se amontonaba una montaña de papeles, libros y revistas. También había latas de cerveza y colillas. Una fotografía de la boda estaba tirada en el suelo, con el cristal roto. Gonzalo se agachó a recogerla y limpió el rastro de una pisada para contemplarla mejor. El día que Laura se casó movía los ojos de un lado a otro, buscándole a él entre los asistentes en la iglesia, asustada, como si dentro de aquella mirada revoloteara una golondrina desorientada. Esa misma mirada era la que tenía en la fotografía, rehuyendo de algún modo el abrazo por la cintura de Luis. Su excuñado se veía muy joven también en la fotografía. Siempre le cayó bien Luis, era una lástima que las cosas hubieran acabado de aquel modo tan abrupto diez años atrás; le habría gustado mantener el contacto con él.

Fue a la cocina. Olía a comida en estado de putrefacción. Un calendario de varios años atrás colgaba de una alcayata, junto a un reloj de pared que no funcionaba. Las juntas de madera de los muebles estaban oscurecidas por la mugre y en la mesa de

formica había un vaso y un plato sucio. Daba la sensación de que Laura había tenido que salir un momento pero que volvería enseguida a terminar su almuerzo. Era aquí donde Laura se había disparado en el estómago. La policía la encontró con la pistola en la mano. No era su arma reglamentaria, se la habían retirado tras la muerte de su hijo, forzándola a coger la baja psicológica, pero nadie había previsto que tuviera otra en casa.

El forense aseguraba que había sido una muerte sin dolor, se habían encontrado barbitúricos y alcohol en el estómago, que probablemente Laura ingirió antes de dispararse. A Gonzalo no le habían permitido ver más que el rostro de su hermana, pero bajo la sábana alcanzó a ver los puntos de sutura que iban desde el ombligo hasta la tráquea. Sin los órganos, Laura se había desinflado como un odre seco.

A Gonzalo no le parecía que hubiera sido una muerte placentera. El rastro de sangre seca serpenteaba desde la puerta hasta debajo de la mesa. Había acudido allí a refugiarse lo mismo que un perro abandonado y moribundo. El gran charco se había secado dejando una enorme mancha oscura en el linóleo viejo, donde los sanitarios habían abandonado los rastros de su infructuosa batalla para devolverla a la vida: unos guantes de látex, vendas, capuchones de jeringuillas y una vía. Cuando la policía llegó al apartamento, la música sonaba a todo volumen. No supieron decirle qué pieza sonaba, incluso se molestaron cuando Gonzalo insistió, como si eso no tuviera importancia. Pero la tenía, claro que la tenía; Gonzalo había visto el disco compacto encima del equipo de música. Laura había escogido la sinfonía número 7, *Leningrado*, de Shostakóvich para acallar el estruendo del disparo y los gritos de agonía ante los vecinos. Su madre detestaba al compositor; quizá ésa era la razón por la que Laura lo había elegido.

Se sentó en una silla y contempló aquel lugar que le era tan extraño como la persona (lo que quedaba, el despojo) que vio en la fría camilla metálica de la morgue. Por más que se esforzaba, la muerte de su hermana no había traspasado esa inquietud que deja la noticia cuando roza a alguien vagamente familiar, un pariente lejano del que nada sabemos y al que nada nos une. No más que una nube lejana en un día soleado. Pero cuanto más tiempo permanecía allí, más capas de polvo se levantaban dejando que aflorasen los recuerdos de una infancia donde Laura era el único referente cierto que conservaba Gonzalo.

Al entrar en el dormitorio sintió un pudor innecesario, dadas las circunstancias. A nadie podía importarle que las bragas y los sujetadores de Laura estuvieran tirados por todas partes, la cama deshecha, y aquel fuerte olor a sexo y a alcohol. Sobre la cómoda había rastros de cocaína. Los dedos de Laura seguían allí, impresos en aquel polvo de cristal. Y los de otra persona, quizá alguno de sus amantes. Se sentó en el borde de la cama y miró por la ventana que se abría a una terraza con vistas a la playa. Eso era lo que ella veía cada mañana al despertar: una porción de cielo, una de

tierra y el mar. Quizá esa visión le daba cierto alivio al abrir los ojos. Tal vez las noches le servían para mirar desde allí las estrellas y respirar el aire húmedo y cargado de salitre, quizá con su querido Bach de fondo, o con Wagner, otro de los apesados de su madre, y por tanto de los favoritos de Laura. Puede que por las mañanas, cuando el sol aparecía, saliera a nadar mar adentro (recordaba que ella siempre nadó mucho mejor que él) hasta agotarse, alcanzar aquella boya que flotaba en aguas profundas y regresar. O tal vez sólo se sentaba con la barbilla y los antebrazos apoyados en la baranda oxidada, fumando y bebiendo mientras se iban las horas, pensando en su hijo.

¿Qué clase de hermano había sido él? La clase de hermano que no sabe nada de su hermana. Recordó una conversación que tuvo con Laura. Gonzalo tenía entonces catorce años y en el colegio les habían impuesto un trabajo. Tenían que hacer un *collage* que explicase el pasado de algún familiar. Sin pensarlo, Gonzalo escogió a su padre y le pidió a Laura que le ayudase a recopilar fotografías u objetos que le hubieran pertenecido: un pedazo de tela de su chaleco, un botón, una de las cajetillas de mixtos con las que encendía sus grandes puros... La idea era que la imagen de su padre vestido de oficial soviético apareciera rodeado con una especie de aureola de santo formada por todos aquellos objetos. Gonzalo estudiaba entonces en un colegio regido por padres claretianos y sabía que ellos no aceptarían aquel desafío y que lo suspenderían. Pero no le importaba.

—¿Lo querías? —Recordaba que su hermana le preguntó, mientras él se concentraba en el *collage*. Estaba escribiendo párrafos del poema a Lenin, pero algunas palabras estaban inconclusas, como si le venciera la impaciencia y no necesitara más que apuntarlas para que quedaran presentes, mezclando frases en castellano con otros largos párrafos en ruso.

—¿Si quería a quién? —preguntó con aire distraído.

—A nuestro padre.

Gonzalo miró a su hermana con extrañeza. ¿Cuántos años tenía entonces Laura? ¿Veintiuno? ¿Tal vez veintidós? Ya era una chica desenvuelta, que viajaba por todas partes y tenía amigos que a su madre le parecían poco recomendables pero que a él le resultaban interesantes y divertidos. Tipos que leían a Kerouac o escuchaban a Dylan y que le invitaban a fumar cuando su madre no andaba cerca.

—Sí, claro que le quería.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Era nuestro padre.

—¿Cómo se quiere a alguien que no conoces? ¿Sólo porque es tu padre? —Su hermana lo miró de un modo que no duraría más que un parpadeo pero que recordaría para siempre. Con dolor, con incompreensión, con pena.

Aquella pregunta y aquella mirada seguían aquí, en este apartamento, en el que

Gonzalo ya no tenía nada por hacer. Había venido con la esperanza de encontrar alguna forma de vínculo con el pasado, pero era inútil. La persona que había vivido y muerto allí no tenía nada que ver con él.

Iba a marcharse cuando se fijó en la puerta entreabierta del armario del dormitorio. En el lado izquierdo colgaban las camisas, los vestidos y los pantalones de Laura, mientras que en el derecho se alineaban las perchas de plástico vacías. En el estante inferior sobresalía una bolsa de basura de tamaño industrial. Por mera curiosidad, la entreabrió y los ojos se le llenaron de un brillo evocador, de niño en la noche de Reyes. ¡La chaqueta de aviador de su madre!

Abrió por entero la bolsa y la extendió sobre la cama, admirándola con incredulidad. ¿Cuánto tiempo hacía que no la veía? Más de treinta años. La piel se había cuarteado y oscurecido, pero era evidente que Laura se había encargado de conservarla. Todavía era visible el aspa de la hélice bajo el fondo de la hoz y el martillo, la enseña de la Escuela de Aviación Soviética, en el parche cosido al lado derecho, y la bandera de la República española debajo. El forro de borrego del cuello estaba muy sucio pero mantenía el tacto mullido que Gonzalo recordaba de niño. Con un poco de vergüenza, se la probó. Entonces le sobraban mangas por todas partes y casi se tropezaba con los bajos, también de lana. Ahora le resultaba imposible abrochársela y temió que la cremallera se rompiera. Olió la piel, todavía con el rastro de aceite que Laura le había dado, y se transportó a 1968, 1969 y aun a 1970, cuando él y Laura jugaban a los aviadores. Gonzalo siempre le pedía prestada la cazadora a su madre y ésta accedía a condición de que tuviera cuidado de no rasgarla. No siempre lo lograba y si caía por un bancal abatido por el fuego enemigo de Laura (ella siempre era un Messerschmitt alemán y Gonzalo un Spitfire de la RAF, y se suponía que ella era la que debía ser derribada, pero se resistía obstinadamente a darse por vencida) y la cazadora se ensuciaba o sufría algún rasguño, Gonzalo arrancaba a llorar, en parte anticipando la tunda que iba a darle su madre, pero también porque quería aquella cazadora más que nada en el mundo. Hacía ya mucho que la había dado por perdida y no imaginaba que Laura la hubiera conservado.

Todavía con la emoción en la mirada notó algo en uno de los bolsillos interiores. Había un sobre postal sin señas con un objeto de plata antigua, parecido a una leontina vieja con una esfera con tapa y cierre. Aún con la cazadora puesta, Gonzalo se sentó a los pies de la cama y examinó detenidamente aquel objeto extraño. La leontina tenía en una de las caras una inscripción grabada de manera tosca, como hecha con una navaja o un objeto punzante. Las letras estaban muy desgastadas y Gonzalo tuvo que acercarse mucho la lente de sus gafas para deletrearlas con dificultad. Parecía un nombre femenino: una «I» latina, una «m» o una «n», no podía estar seguro y una «a» final. El resto estaba completamente borrado.

Al manipular la tapa, ésta cedió y se abrió con un resorte de muelle, mostrando un

portarretrato con una imagen en sepia muy desdibujada de una mujer joven. Apenas se desvelaba una porción del lado derecho del rostro, y una mirada profunda que contrastaba por su gravedad con la media expresión de la boca, que parecía sonreír. Posiblemente se trataba de un retrato de estudio: se veía parte del cortinaje detrás del sillón donde la mujer estaba sentada, con las piernas cruzadas en una posición de recato. Aunque era imposible saberlo, tal vez sostenía sobre el regazo a una niña muy pequeña. De ésta se apreciaba sólo un zapatito negro de hebilla y el faldón de un vestido claro; y alejada de la imagen, una trenza con un lazo.

Gonzalo no recordaba haber visto nunca ese portarretrato, y no alcanzaba a comprender por qué estaba en el bolsillo de la cazadora. Pero su madre quizá sí lo sabría. Su madre. No se le ocurría cómo decirle que Laura había muerto, ni podía saber cómo reaccionaría a la noticia. A los ochenta y seis años, su madre ya no tenía la fuerza de antaño. Cada vez más a menudo, desvariaba y perdía la noción de la realidad. De pronto explicaba cosas del pasado y al instante miraba a su hijo como si no le conociera. El tiempo se había distorsionado para ella, convertido en una goma elástica que iba y venía a su antojo. Los médicos que la atendían aseguraban que no se trataba de alzhéimer. Esperanza conservaba una memoria prodigiosa y una inteligencia tan afilada como siempre. Leía su colección de autores rusos con asiduidad, y últimamente andaba empeñada en una serie de dibujos al carboncillo, paisajes de su infancia, naturalezas muertas o retratos de Elías que decoraban las paredes de la habitación. La cuestión era, le aseguraban sus cuidadores, que su madre decidía cuándo y dónde vivir sin salir de la residencia, imponiendo su voluntad a los recuerdos, llamándolos o alejándolos a voluntad. Pese a su carácter agreste, no daba problemas a las cuidadoras, que le tenían cariño. Paseaba con la ayuda de un andador por el pinar cercano, se sentaba en un banco frente al mar a leer, y cuidaba escrupulosamente de su higiene. Detestaba tener que pedir ayuda para entrar en la ducha o para vestirse, y a menudo, por las noches se arrastraba hasta el baño para cambiarse el pañal si se hacía las necesidades encima. Más de una vez las enfermeras la habían encontrado a la mañana siguiente tirada en el suelo del baño, pero pese a sus regañinas, Esperanza no estaba dispuesta a ofrecerles la humillación de ver cómo se defecaba encima.

—Hoy no es domingo —dijo a modo de saludo cuando lo vio llegar.

Los domingos, a las ocho en punto de la mañana, esperaba sentada y en perfecto orden de revista a que Gonzalo la recogiera. Paraban en la misma floristería de siempre, Esperanza elegía las mejores rosas con una minuciosidad a la que la dependienta ya se había acostumbrado, y subían a la casa del lago, a depositarlas en aquella tumba donde sólo estaba enterrada la memoria. Gonzalo dejaba a su madre sola un rato, sentada bajo la higuera que daba sombra a la tumba, y se dedicaba a

inspeccionar los restos de la casa, hasta que su madre decidía que podían volver. Siempre hacían el trayecto de regreso en silencio, y algunas veces Esperanza lloraba. Gonzalo le apretaba la mano de sarmiento, pero la anciana apenas se daba cuenta. Estaba lejos, muy lejos.

—No, no es domingo.

A través de las cortinas de cretona se veía languidecer el día. Aquella visión estática de los cipreses escoltando el camino de gravilla resultaba triste en invierno. Ahora, sólo tolerable. Los ojos de Esperanza estaban en guerra con el cansancio y aun así se negaba obstinadamente a utilizar las gafas graduadas que Gonzalo le había comprado. Aquel día dibujaba en el pequeño *bureau* de su cuarto, asiendo el lápiz por la punta y con su larga nariz muy pegada a las cuartillas amarillentas.

—He venido antes porque ha ocurrido algo muy grave.

—¿El mundo se ha acabado, acaso? —preguntó ella sin despegar los ojos de la cuartilla que dibujaba.

—Sólo para Laura, madre. Ha muerto.

La anciana se quedó muy quieta. Tan frágil que espantaba siquiera mirarla. La impresión le quitó la poca carne que le quedaba en la cara. Tensó el cuello hacia atrás mostrando la corriente de venas que avanzaban con dificultad entre la piel, convertida en simple pellejo. Emitió un leve hipido, ni siquiera llegó a gemir. Se retorció las manos y volvió al dibujo, pero apenas podía dominar el trazo.

—¿Me has escuchado?

La anciana movió lentamente la cabeza.

—Ya estaba muerta hace mucho. Ahora sólo hay que enterrarla. Bien, hazlo.

Gonzalo enrojeció.

—No hables así, era tu hija.

Esperanza cerró los ojos. Si hablaba así de la muerte de su hija era únicamente porque Gonzalo era demasiado pequeño para recordar lo que ocurrió entonces, y ella era demasiado mayor para olvidarlo ahora. Dejó el lápiz y se volvió hacia la luz que entraba por la ventana. Tardó mucho rato en empezar a hablar, y cuando lo hizo su voz parecía venir de muy lejos.

—En la mesa de la cocina teníamos un frutero con frutas de cerámica: aguacates, plátanos, uvas con la hoja de parra. Aquellas superficies lisas eran más perfectas que la fruta auténtica, brillaban seductoramente. Y sin embargo, no eran más que piedras pintadas. Recuerdo que una mosca resbalaba sobre el frutero. Tu padre estaba echando la siesta en una silla, esa mosca revoloteó hasta su mejilla y se quedó un buen rato cerca de la boca entreabierta. Tú eras muy pequeño, estabas ensimismado con aquella imagen, hasta que tu padre cerró la boca y sin querer se la tragó y siguió durmiendo. Esperaste a verla salir pero la mosca no apareció. Durante todo aquel verano, te sentiste culpable. Estabas convencido de que aquella mosca pondría sus

huevas en el estómago de tu padre y que un día le saldrían cientos, miles de moscas por la boca, las orejas y la nariz. Tenías pesadillas, pensabas que se moriría de forma horrible y que la culpa sería tuya por no haberte atrevido a apartarle la mosca de un manotazo, por temor a despertarlo. Una tarde, te oí contárselo a tu hermana. Llorabas desconsolado, convencido de que habías hecho algo terrible. También escuché lo que ella te dijo: «Ojalá tengas razón y se muera». Ella tenía trece años, debería haberte consolado, explicarte que no pasaba nada, pero prefirió hacerte creer que eras un asesino. Ésa era tu hermana.

—Sólo fue una maldad de chiquillos... Como cuando le pedía que entrase en barrena y se dejara caer con mis disparos de Spitfire y ella se negaba, o como cuando corría a chivarte que había ensuciado la cazadora de aviador.

Esperanza miró de reojo a su hijo.

—¿A qué viene esa tontería?

—Mira lo que he encontrado en casa de Laura. —Gonzalo echó mano de la bolsa que traía.

La piel de Esperanza se encarnó, se separó del *bureau* y, durante unos segundos, con aquella vieja cazadora entre las manos, rejuveneció sesenta y ocho años. Se tapó la boca con los dedos y miró a su hijo con un brillo de nostalgia que sólo llega al final de una vida vivida.

—Dentro de la cazadora encontré esto. —Gonzalo le tendió el portarretrato de plata con aquel nombre grabado.

Esperanza frunció los labios haciendo más evidente la pelusilla que le había ido creciendo con los años. Apretaba el lápiz con el papel, quería empujarlo, pero no se movía. En un movimiento brusco, partió la mina. El ojo empezó a lagrimearle a borbotones. Gonzalo se acuclilló frente a ella y recogió su cara entre las manos, abiertas como un cuenco. Los gruesos lagrimones le caían entre los dedos y su madre se negaba tercamente a mirarle.

—¿Qué ocurre, mamá?

—Fue inevitable —murmuró.

Desconcertado, Gonzalo observó las pilas de cuartillas en el suelo, los libros que rodeaban la cama, la bata de tono rosado que colgaba en la percha tras la puerta. Algo había cambiado de repente en la habitación. La luz. Era más oscura a pesar de que fuera lucía el mismo cielo radiante.

—¿Qué es lo que fue inevitable?

—La muerte —musitó la anciana.

Tres días después Gonzalo recibió la autorización del juzgado para proceder al sepelio de Laura. El forense había estado buscando rastros de sangre o de piel que hubieran pertenecido a Zinóviev y que la relacionaran con el asesinato. No encontró

nada, pero el fiscal consideraba que había suficientes pruebas que probaban su autoría: los grilletos de Laura con los que había aparecido atado, la fotografía de su hijo claveteada en el pecho de Zinóviev y que los peritos habían podido demostrar que fueron disparados con una pistola hidráulica encontrada en una caja de herramientas en su apartamento, el ensañamiento al matarlo, que denotaba un fuerte componente emocional, y el hecho de que hubieran encontrado en su escritorio un mapa donde se ubicaba el posible escondite del ruso. El hecho de que Laura se hubiese suicidado apenas unas horas después de reconocer ante Alcázar que no pensaba ir a la cárcel, se daba como prueba de su culpabilidad. Para la policía y para el fiscal el caso se daba por archivado, salvo que aparecieran nuevos indicios.

Correspondía legalmente a la madre de Laura hacerse cargo del cadáver, pero ésta declinó en Gonzalo el papeleo. Este ni siquiera sabía si su hermana disponía de una póliza de entierro, pronto descubrió que no, y tuvo que encargarse de los preparativos. No había testamento ni voluntades, Gonzalo desconocía si su hermana hubiera preferido ser incinerada o enterrada. Exasperado, decidió ponerse en contacto con Luis. Después de todo, su excuñado era quien mejor la conocía.

Luis se extrañó con la llamada. Gonzalo le dio la noticia torpemente, sin encontrar las palabras adecuadas. Durante un largo minuto no se oyó nada al otro lado del teléfono, excepto el sonido de una fotocopidora.

—No sé si lo sabes, pero nos divorciamos poco después de la muerte de nuestro hijo Roberto.

Su voz no denotaba emoción alguna. Aun así se avino a una entrevista. Dijo que estaría en una hora en la cafetería que había frente al bufete de Gonzalo.

Todo lo que Gonzalo podía decir de su excuñado era que le caía bien. Un chico discreto y de buena familia, educado hasta extremos inauditos, alguien que, se mirase como se mirase, nunca imaginó como esposo de su hermana. Luis le había dicho que ahora vivía en Londres, y que estaba con otra persona. Había sido pura casualidad que lo encontrara en el despacho de arquitectos que tenía con dos de sus hermanos en la parte alta de la ciudad. Estaba de paso en Barcelona para supervisar unas obras y tenía previsto volver esta misma noche a Inglaterra.

Sin embargo, el hombre que se encontró al entrar en la cafetería nada tenía que ver con el joven que había conocido. Al principio, Luis apenas le dirigió la palabra, como si no le conociera. El traje de corte moderno y recto y el peinado pulcro, con media melena cuidadosamente echada hacia atrás, le daban un aire aposentado. El reloj que lucía en la muñeca, los gemelos y los zapatos italianos hablaban de uno de esos aspirantes a dueño del mundo. Había cogido algo de peso, no al modo de Gonzalo, sino a juego con su piel de bronceado natural: deportes al aire libre, escalada, vela y ese tipo de cosas que practicaba la gente de su esfera para ponerle

algo de adrenalina a la existencia. Pero a pesar de su indumentaria Gonzalo intuyó que en alguna parte de aquel hombre seguía el velo de la noche, una pátina de tristeza que asomaba involuntariamente en sus ojos oscuros, y de la que no podría desprenderse jamás.

Era del todo absurdo, pero Gonzalo sintió una suerte de compasión hacia aquel hombre que las mujeres miraban con disimulado placer y que los hombres observaban con recelo. Era encantador desde cualquier punto de vista. Esa clase de persona que te hace creer que brillas con luz propia, aunque en realidad sólo lo haces porque estás bajo su influjo.

Intercambiaron algunas frases de cortesía, incapaces de sacudirse la incomodidad de un encuentro que ninguno sabía cómo afrontar. Luis era quien se mostraba más nervioso. Ese nerviosismo lo traducían en una quietud exasperante de los gestos, en el modo de colocar la taza de café que estaba tomando sobre el platillo, en la precisa manera de preguntar y responder sin desfigurar la máscara que traía puesta.

—Creo que ella preferiría la incineración. Nuestro hijo está en el columbario del Bosque de las cenizas. Es allí donde ella querría estar. Por supuesto, correré con todos los gastos.

Gonzalo no había tenido tiempo material de llorar a su hermana, de asumir su ausencia como algo definitivo. Mucho menos de pensar en los gastos del entierro. Por ahora, la muerte de Laura era algo que los demás mencionaban con aire compungido y que él aceptaba como parte de una obra de teatro en la que no se sentía a gusto. Aquella misma mañana se había detenido frente a un escaparate donde se exponía un libro de recetas y se había acordado de que Laura hacía como nadie las macedonias de fruta. Parecía algo sencillo, pero no lo era. No bastaba pelar la fruta y dejarla en su jugo o añadirle un poquito de azúcar (ella le añadía canela). Laura decía que el secreto estaba en las mezclas, ácidos con dulces, tactos carnosos con otros más líquidos, por ejemplo, plátano maduro y pomelo. Había que elegir bien las piezas y dejarlas macerar el tiempo justo, ni más ni menos.

No comprendía por qué su exmarido le estaba hablando del precio de su entierro.

—Nunca me explicó cómo os conocisteis y me pregunto qué clase de casualidad juntó vuestros destinos.

Durante unos segundos el rostro de Luis se iluminó con el rescaldo de una alegría casi olvidada.

Conoció a Laura en Kabul. El padre de Luis tenía negocios allí y él aprovechaba para recorrer el país por su cuenta en una motocicleta Guzzi polvorienta y cargada de fardos. Parecía un forajido con la piel renegrida y unas gafas grandes de motorista sobre la frente. Le gustaba mimetizarse con la población autóctona vistiendo ropa amplia y cubriendo su cabeza con el típico sombrero afgano en forma de empanada. Su guía era un tipo bajito con la piel muy curtida, con dos cinchas de balas de calibre

grueso cruzadas sobre el pecho y un viejo kaláshnikov que siempre cargaba a cuestas. Luis había olvidado su nombre, pero no que sonreía como si no le tuviera miedo a la vida, con la mitad de sus dientes. Fue aquel guía quien le habló de un pequeño albergue en el paso del Jáiber entre Pakistán y Afganistán, donde solían albergarse algunos europeos de paso. «También mujeres», le confesó el guía guiñándole el ojo.

La primera vez que vio a Laura, ella estaba sentada en una terraza de adobe y piedra, contemplando el crepúsculo sobre un desierto pedregoso de colores ocres. Parecía tan absorta, tan alejada de aquel espacio físico que podía tomarse por una preciosa escultura tallada mil años atrás. «Me han dicho que había una española aquí». Ella le lanzó una mirada sin tiempo, disgustada por la interrupción. Luego se volvió hacia el desierto y continuó contemplándolo. Fue entonces cuando Luis sintió el impulso de sentarse a su lado, queriendo impregnarse de esa verdad que parecía conectarla a ella con el paisaje. Un impulso del que tal vez debería haberse arrepentido.

—Si hubiese reprimido la tentación de rozar su antebrazo con el codo, probablemente mi vida habría seguido los derroteros plácidos que me esperaban al volver a casa. En aquella época yo estaba comprometido con una amiga de la infancia, la hija de unos socios de mi padre. Acabaría en Estados Unidos el máster de arquitectura y tendría preciosos gemelos que un día heredarían el imperio familiar. De no haberme interpuesto entre la mirada de Laura y el desierto, ambos habiéramos seguido aquel viaje en nuestra burbuja sin interferir en la del otro... —Luis acarició la taza de café como si lo hiciese con una idea sobre la que había reflexionado mucho —... Todo se pone en marcha con un simple gesto. La primera gota que cae es la que empieza a quebrar la piedra, ¿no es cierto?

Gonzalo no supo qué responder. Tal vez era cierto, los cambios, las hecatombes, las revoluciones y las resurrecciones, todo empieza en alguna parte, en un momento ínfimo.

Luis se recostó en la silla y se acarició la palma de la mano, como si desempolvara un viejo manuscrito donde estaban escritos sus recuerdos de entonces.

—En los años ochenta no era muy recomendable andar por el país, y mucho menos si eras mujer. Los soviéticos habían ocupado Afganistán y los señores de la guerra no lo iban a permitir. Pero a Laura nunca le preocupó seriamente su futuro. Quemaba su juventud viajando y escribiendo aquellos artículos para una revista histórica. Además de los artículos, se ganaba un sobresueldo como traductora de ruso para el Gobierno prosoviético, pero no dudaba en cruzar el país para entrevistarse con los señores de la guerra que se enfrentaban al invasor.

Gonzalo tuvo una visión fugaz de aquellos juegos de la infancia, cuando su hermana se negaba a dejarse vencer en cualquier pelea, fingida o real, con otros chicos.

—Era alguien especial —asintió, con una sonrisa de orgullo tardío. Luis lo corroboró con una afirmación rotunda de la cabeza.

—Laura era esa clase de mujer que uno se vuelve a mirar por la calle, no importa la edad que tenga. Era hermosa. Más que eso: era extraordinaria. Para mí, lo que la hacía distinta era aquella firmeza que alteraba la atmósfera de los sitios. Transmitía a los demás deseos de vivir, no le bastaba el hecho mismo de respirar, necesitaba convertir en un milagro cuanto hacía.

Ambos se miraron con incredulidad, como si no comprendieran que después de semejante afirmación, era incongruente estar allí sentados, hablando de su entierro. Luis se casó con Laura apenas diez meses después de conocerla, y no se arrepintió de aquella premura pese a las discusiones que la decisión generó en el seno de su familia. Sus padres y sus amigos eran demasiado complacientes consigo mismos y con sus existencias, nunca logró hacerles entender que con aquella mujer efervescente y decidida vivía todo lo que puede vivirse cuando nada importa salvo darse al otro.

Alzó su hermosa cabeza de senador romano, digna de la mano de Miguel Ángel, y sus ojos brillaron, acercándose a una melancolía desesperada.

—Ella trajo al mundo lo que más he amado en esta vida. Nuestro hijo. Él me dio la medida exacta de lo que es la plenitud. Tú tienes hijos, sabes de lo que te hablo.

Gonzalo apartó la mirada. Aquella interpelación lo enfrentaba a sus propios límites como padre. Pensó en su hija Patricia. Era verdad que hasta que la tuvo en brazos nunca antes sintió lo que era estar vivo. Su hija pequeña era su centro, el lugar sobre el que gravitaban sus sentimientos, sus temores y sus esperanzas. Pero al pensar en Javier, en cambio, esos sentimientos se hacían difusos y complejos, el amor y la ternura se enredaban en una madeja de reproches y de sordo resentimiento.

—Laura y yo nos entregamos por entero a nuestro pequeño. Todo lo que hacíamos, lo que pensábamos, nuestros planes de futuro giraban en torno a su presencia. Encontré fuerzas redomadas para trabajar, para construir algo que pudiera hacerle el mundo un poco más comfortable, incluso su venida al mundo tuvo la virtud de volver a unir a mi familia y mis padres aceptaron a Laura con agradecimiento, orgullosos y felices de poder tener en los brazos un nieto. —Luis calló durante unos segundos, buscando una palabra que definiera exactamente lo que vendría a continuación, dudó, hizo la intentona, volvió a dudar y miró a Gonzalo, como si implorase su ayuda para encontrarla—. Laura siempre te quiso mucho, Gonzalo, nunca dejó de pensar en ti. Cuando Roberto nació le sugerí que era un buen momento para hacer las paces contigo y con tu madre, nunca entendí ni ella quiso explicarme el porqué de aquella distancia.

Gonzalo tampoco lo sabía, al menos con exactitud. Los odios y los rencores son más fuertes cuando antes has amado, y cuando estalló aquella discordia acabó con

todos ellos. Puede que la causa fuese la decisión de Laura de abandonar su brillante carrera como historiadora y periodista para ingresar en la policía, cosa incomprensible para su madre, teniendo en cuenta el drama vivido por su esposo a lo largo de más de sesenta años de lucha, o aquel artículo que Laura publicó en 1992 sobre su padre, destruyendo su mito. Su madre nunca la perdonó, como Gonzalo nunca aceptó los reproches de Laura por haberse casado con la hija de un reconocido militante en el franquismo. Laura siempre despreció a la familia de Lola tanto como su esposa llegó a despreciar a su hermana.

Aquella explosión de rabia múltiple había pasado inexorablemente, y al final, durante los últimos años, Gonzalo vivía aquella distancia con su hermana ya sin odio, sólo con desprecio y un olvido que se había agrandado hasta hacerse insalvable.

—Todo eso ya no importa mucho, ¿verdad?

Gonzalo se quitó sus pesadas gafas y acarició con el pulgar las pequeñas hondonadas que las almohadillas de plástico le dejaban en el puente de la nariz. Sin la ayuda de las lentes, el entorno se volvía borroso, como si estuviera en un sueño de aguarrás. Un mundo de sombras que, pensó irónicamente, quizá era más cierto que lo que veía al colocárselas de nuevo.

—Si erais felices, esa clase de unión férrea que todo el mundo envidia, ¿por qué os divorciasteis?

Luis irguió el cuello y tensó los músculos de los hombros. Su rigidez se hizo evidente incluso bajo la americana. Le disgustaba hablar de eso. Poco a poco, esa rigidez fue cediendo hacia una especie de languidez, como si su cuerpo se rindiese a la evidencia y se derramase sobre el mantel de la mesa.

—Nunca le perdoné la muerte de nuestro hijo —afirmó con rotundidad, aunque sin una rabia que ya se había deshecho después de mastigarla, tragarla y escupirla cada uno de los días de los ocho meses que habían pasado desde el día que Laura le dijo como enloquecida que alguien se había llevado a su hijo de la puerta del colegio, a plena luz del día, ante el pasmo y la inmovilidad de profesores y padres—. Al poco de conocernos, un día la encontré sentada a oscuras en el baño. Estaba llorando y temblaba como una hoja. Recuerdo que nunca la había visto así, y me asusté. Hablaba a borbotones entre sollozos, y las lágrimas se mezclaban con los mocos sin consuelo. Me dijo que no puede amarse a quien no se conoce, que el verdadero amor es sólo el resultado de la verdad, y que el silencio sólo sirve como engaño. No logré que me contara lo que le ocurría, apenas algunas frases incoherentes más como aquellas que balbuceaba. Al día siguiente volví a verla, entonces aún no vivíamos juntos, ella me besó largamente y me pidió que no le preguntara. Y yo respeté su voluntad. Debería haberme dado cuenta de que aquel ataque de desesperación encerraba algo dentro de su alegría aparente, algo que la estaba dañando sin remedio desde Dios sabía cuándo.

»Los niños y las situaciones de pobreza o abusos que padecen eran una de sus

obsesiones. Cada vez que aparecía una noticia prestaba una atención concentrada, pero apenas hablaba de ello. Para mí, que desde niño estuve bajo el calor y el cariño de los míos, aquellas escenas de abusos me resultaban inconcebibles, me apenaban, pero la verdad era que las sentía lejanas a nuestra realidad. En cambio, Laura sentía aquello como algo suyo, yo la veía descomponerse como si lo sufriera en carne propia. Empezó a escribir sobre el tema, a investigar, participaba en asociaciones, incluso tuvimos varias veces niños de acogida en casa, niños que no sabían jugar, que lloraban por las noches y que al ir a bañarlos descubrían cuerpos heridos, quemaduras de cigarrillos, niñas que contaban historias horribles de padres enfermizos. Laura despreciaba y odiaba con una fuerza increíble a quienes cometían aquellos abusos, los llamaba “ladrones de infancias” y se esforzaba día tras día en combatirlos, se multiplicaba hasta la extenuación, y pronto, me di cuenta de que aquello la estaba devorando. Le dije que no podía luchar ella sola contra toda la maldad del mundo, que sus esfuerzos sólo eran una gota en un océano. Y ¿sabes lo que me respondió? “¿Qué es el océano, sino un millón de gotas?”.

»Necesitaba hacer algo que le permitiera involucrarse en los acontecimientos y no permanecer como testigo o narradora estática de los mismos. Pero yo no entendía aquel afán suyo, teníamos dinero y una buena posición, podíamos hacer cuanto deseáramos, así que me quedé estupefacto el día que me dijo que lo dejaba todo para ingresar en la policía. Discutimos amargamente, durante muchos meses, pero no había nada que hacer. Laura había tomado su decisión y eso era lo que contaba.

»Poco a poco, la vi convertirse en una mujer cansada de seguir creyendo que la existencia era un milagro, como si la mentira, una vez agotada, se hubiese vuelto insoportable. Intenté convencerla para que dejara ese trabajo, porque la estaba destruyendo. Pero ella aseguraba que estaba bien, que se sentía útil, que podía continuar. Quizá comprendió al final que los pájaros no pueden volar infinitamente, que necesitan descansar y un lugar al que volver. Aquello duró tres o cuatro años. Con el nacimiento de nuestro hijo pensé que todo sería distinto, que quizá volvería a concentrarse en mí, en nuestro bebé, en nuestras vidas. Pero me equivocaba. Aquel trabajo empezó a afectarnos, discutíamos mucho, Laura empezó a beber, y su carácter se iba deteriorando. No sé lo que estaba investigando exactamente. Nunca quería hablar de su trabajo. Sólo sé que era peligroso, y que la estaba absorbiendo por completo. A veces se marchaba durante semanas, y sólo llamaba cinco minutos por la noche para escuchar la voz de nuestro hijo. Yo imaginaba que andaba por hoteles de carretera, en lugares inmundos donde no tenía por qué estar. Le dije cosas muy duras, que era egoísta, que estaba dejando que nuestro hijo creciera en brazos de mis padres, que en lugar de salvar a todos los niños del mundo debería preocuparla que su hijo llorase cuando ella llegaba a casa y lo tomaba en brazos, porque no la reconocía.

Luis detuvo la narración. Le costaba hablar, tragó saliva, comprobó que el café

estaba frío y pidió otro. Gonzalo dijo que no quería nada, escrutando a aquel hombre tan entero por fuera y tan roto por dentro. Le propuso olvidarse del café y dar un paseo. Luis estuvo de acuerdo, respirar un poco de aire polucionado les haría bien. Dijo que echaba de menos el sol de Barcelona, el mar y el color del Mediterráneo. En realidad, y Gonzalo se dio cuenta, la echaba de menos a ella, a Laura.

—¿Te importa que fume?

Gonzalo dijo que no, y tuvo que contenerse para rechazar un pitillo. Le había prometido y perjurado a Lola que hacía cinco meses que no fumaba. Había incumplido aquella promesa, pero de repente le parecía perentorio cumplir su palabra. Ni un pitillo más, se dijo. Luis lanzó una larga bocanada de humo, sin darse cuenta o sin darle importancia a la mirada admirativa que le lanzó una joven hermosa, que a Gonzalo le hizo pensar en la mujer del balcón con las alas tatuadas en el cuello. La lectora de Mayakovski. Algo más calmado, Luis volvió al relato de aquellos últimos meses.

—Una mañana del septiembre pasado, alguien llamó a nuestra puerta. Roberto fue a abrir (yo solía bromear con que nuestro hijo tenía vocación de botones: cada vez que sonaba el timbre o el teléfono corría a abrir la puerta o a descolgar). Cuando acudí a ver quién era encontré a mi hijo mirando la puerta abierta con los ojos abiertos como platos, sin decir nada. Había un gato muerto en el rellano. Le habían abierto la garganta y tenía una foto de mi hijo clavada en el pecho. Se la habían hecho en el parque, con un teleobjetivo. Le pedí a Laura que lo dejara, fuese lo que fuese. Me prometió hacerlo, solicitar un traslado a un destino administrativo, pero me mintió. Lo supe cuando a los pocos días, un tipo con acento ruso me llamó al despacho para decirme que iban a matar a Roberto. Sabían a qué colegio iba, conocían nuestros horarios, todo. Me asusté tanto que contraté seguridad privada y me llevé a nuestro hijo fuera de Barcelona, a la finca que mi familia tiene en un pueblo del Empordà. Le di un ultimátum a Laura: o lo dejaba, o sería yo quien la abandonaría, y me llevaría a Roberto conmigo. Dos semanas después parecía que todo había vuelto a la normalidad. Eso creía. Roberto volvió a la escuela, Laura cumplió su palabra (o eso pensaba yo), hacía horario de oficina, pasaba más tiempo con nuestro hijo, incluso planeamos unas vacaciones de Navidad para ir a Orlando. Nos hacía ilusión que Roberto conociera la casa de Mickey Mouse.

Luis guardó silencio. Quizá tenía la esperanza de que Gonzalo le diera una palabra de aliento, o algo que le impidiera continuar. Gonzalo no tuvo la valentía de sostener sobre sí tanta desesperación.

—Una tarde, Laura me llamó al despacho, fuera de sí. Se habían llevado a nuestro hijo en la puerta del colegio. Dos días después apareció flotando en el fondo del lago que no queda muy lejos de vuestra casa. La policía supo que estaba allí por un aviso anónimo... Enloquecí, y tu hermana también. Pero mientras yo me sumía en una

tristeza sin fondo, como si no comprendiera lo que nos había sucedido, ella se entregó con una rabia descomunal a perseguir a quienquiera que hubiera hecho aquello. No dormía, no comía, apenas venía ya a casa, y muchas veces lo hacía borracha o drogada, oliendo a otros hombres. Sinceramente, no me importaba, me traía sin cuidado, no podía salir de mi propio naufragio para salvarla a ella del suyo. Me di cuenta de que empezaba a odiarla, y una noche le escupí todas aquellas cosas terribles, le grité que era culpa suya, que ella había matado a nuestro hijo. Me arañó la cara, nos peleamos y le di un puñetazo con todas mis fuerzas que le partió el labio. Horrorizado al verla sangrar en la cama, no tuve deseos de calmarla, sino de seguir golpeándola hasta sacar todo lo que llevaba dentro. Me costó muchísimo contenerme, y comprendí que se había acabado. Recogí mis cosas a la mañana siguiente, mientras ella estaba fuera, y me marché. Una semana después le envié la propuesta de divorcio a través de un bufete y devolvió los papeles firmados, sin más. Me fui a Londres, conocí a alguien, dejé que ese alguien me amase y fingí que podía seguir adelante. Aún sigo fingiéndolo y quizá algún día sea cierto.

Durante unos segundos, Gonzalo pensó en las vidas que encerraban el mismo axioma: que la gente debía aceptar la derrota de la realidad, que a pesar de los esfuerzos no siempre se lograba ser lo que uno hubiera soñado y que el único sustento ante todo ello era soñar, desear y fingir que podía existir otra cosa.

Se dio cuenta de que Luis lo estaba mirando fijamente.

—Ese ruso con los tatuajes, Zinóviev, fue quien mató a mi hijo, ¿verdad?

—Según el inspector que llevaba el caso, Alcázar, no han encontrado ninguna prueba de que fuera así.

—Pero Laura sí lo creía, estoy seguro. ¿Crees que lo hizo?... ¿Mató ella a ese hombre?

—Aquí las pruebas son abrumadoras. Alcázar está convencido de que fue ella.

Luis negó lentamente con la cabeza, apurando el pitillo. Se había puesto las gafas de sol y los cristales oscurecidos impedían ver la expresión de sus ojos.

—No te pregunto por las pruebas, ni por lo que opina ese inspector. Era tu hermana, era mi esposa. ¿Realmente crees que Laura podría hacer algo así?

Gonzalo recordó aquellos combates aéreos, los dos con los brazos extendidos, persiguiéndose, tac-tac-tac, el sonido que hacían imitando los motores. Aquel día en que por fin Laura aceptó entrar en barrena, girando los brazos como un molinillo hasta desplomarse en el granero. «¿Por qué me has dejado ganar?», le preguntó Gonzalo. «Porque hoy has luchado para merecerlo», le dijo ella con el pelo cubierto de briznas, acurrucándolo en sus brazos. Gonzalo volvió la cabeza y vio a través de la ventana del granero a su madre, que sonreía. También ella lo había escuchado. Pero quizá no lo recordaba.

—No, no lo creo —dijo con un convencimiento que no supo de dónde le salía,

pero que era absoluto.

—Yo tampoco —remachó Luis, lanzando la colilla al lago artificial.

3

Moscú, enero de 1933

El policía ferroviario estudió alternativamente el rostro de Elías y su pasaporte con semblante impenetrable. La alegría estudiantil que unos minutos antes reinaba en el compartimento se había esfumado. A la orden de «documentación» los cuatro jóvenes habían enmudecido, obedeciendo como autómatas. Después de cinco largos minutos, el policía le entregó el pasaporte a Elías sin mudar la severa expresión y repitió la operación con los otros tres. Por fin, cuando todo estuvo en regla y el policía se marchó, respiraron aliviados, y Martin, el inglés pelirrojo que se les había unido en la estación de Varsovia, se permitió un par de bromas que los demás secundaron con risas flojas. De repente se acababa de instalar en aquel grupo de jóvenes becarios la impresión de que Moscú no iba a ser sólo una experiencia divertida: los bolcheviques se tomaban muy en serio su revolución proletaria, y el hielo en la mirada del policía era una advertencia. El tren aminoró ostensiblemente la marcha un par de kilómetros antes de entrar por el este en la gran estación de Moscú. Elías se arrebujó bajo el cuello de su abrigo y se asomó a la ventanilla sin importarle el aire cortante, ni la fealdad de aquella primera visión del paraíso del que tanto le había hablado su padre. Con sus cuatro millones de almas, y pese a haber recuperado la capitalidad en 1918, Moscú era todavía una inmensa aldea de calles estrechas, un caos que se expandía como una mancha que se estaba transformando a marchas forzadas. Legiones de obreros trabajaban día y noche en la construcción del metro, por todas partes se derrocaban viejas edificaciones y los grandes palacios de la época del zar eran, literalmente, trasladados de emplazamiento piedra a piedra para no estorbar en el diseño de las nuevas e inmensas avenidas. Lo clásico y lo moderno buscaban un nuevo encaje y pronto aquélla sería una hermosa ciudad, pero por ahora era un caos de obras, andamios, tráfico y deconstrucción, aunque ni siquiera las inmensas columnas de humo negro y azulado que se elevaban más allá del complejo siderúrgico Stalin mitigaban la impaciencia y la excitación del joven ingeniero asturiano.

—Ser comunista no soviético es algo sospechoso, incluso en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas —ironizó Claude, el joven arquitecto marsellés que había ganado una beca Lenin para proseguir su formación en el Instituto de Arquitectura de Moscú. Hizo un gesto para que los otros prestaran atención al grupo de personas que les esperaba al pie de un inmenso mural de Stalin con su capa de mariscal, bajo la leyenda del plan quinquenal: «En diez años recuperaremos cien años de atraso respecto a las naciones industrializadas». Pese a sus rostros sonrientes y sus

ropas de paisano, resultaba más que evidente que aquellas personas eran policías.

—No nos van a quitar el ojo de encima, y eso que venimos a ayudar.

—No sólo venimos a construir puentes o canales. Venimos a aprender, a convertirnos en apóstoles que propagarán por todo Occidente lo que aquí está naciendo. Pero como dice Stalin, no se puede crear nada nuevo sin un profundo conocimiento de lo antiguo. Ésta es una nación llena de sabiduría —afirmó Michael, el pequeño escocés de piernas arqueadas y firmes que no se separaba de Martin. Sabía de lo que hablaba. Aquél era su segundo viaje a Moscú enviado por la célula del Partido en Edimburgo y su padre había trabajado como tratante de pieles en Siberia. Michael venía para trabajar en la inmensa central hidráulica del Dniéper y poner en práctica sus conocimientos teóricos sobre la generación de energía barata. De los cuatro, era quien mejor hablaba ruso y el que mejor conocía los progresos industriales y técnicos de la URSS.

Elías sonrió al pensar en su padre, despidiéndole una semana antes con un fuerte y emocionado abrazo junto a su casucha, en Mieres. Se le llenaba el pecho de ternura al pensar en sus manos de minero viejo sosteniendo entre los dedos una de las obras favoritas de Chéjov: *La gaviota*. Elías sabía que era un privilegiado por poder acabar sus estudios de ingeniería en la patria de Gorki y Dostoyevski. Esperaba quedarse lo suficiente para aprender la lengua de los dioses que veneraba su padre y poder recitar a Pushkin como un auténtico sóviet al regresar. Sabía que nada haría más feliz al viejo.

—¿Creéis posible que Stalin nos reciba en una audiencia de bienvenida en el Kremlin? Dicen que tiene una biblioteca asombrosa.

Sus tres amigos le miraron perplejos y al unísono rompieron a reír a carcajadas. En las risas de sus colegas, sobre todo en la de Claude, Elías percibió un sentido del humor más bien siniestro.

—Cuidado con tus deseos, amigo, no sea que se cumplan.

El guía que les habían asignado se presentó como Nikolái Ózhegov, estrechándoles con viveza la mano mientras insistía en coger sus maletas. Hablaba perfectamente inglés, y su español, al dirigirse a Elías, era más que correcto. Elías sintió una simpatía inmediata hacia aquel rubio desgarrado y dicharachero, aunque comprendió lo que significaba aquella presencia, tal y como había sugerido minutos antes Claude: Nikolái era un *rabkor*, teóricamente corresponsales obreros, pero en realidad informadores de la policía. Los había por todas partes, en las fábricas y en los institutos. Sería su sombra y pasaría regularmente informes de su comportamiento, de sus actividades, incluso de sus pensamientos. Pero aquello no preocupó a Elías. No tenía nada que ocultar, era un comunista decidido, y venía dispuesto a empaparse de cuanto pudiera antes de regresar a casa.

Los cuatro amigos fueron recogidos por un coche negro del ministerio del Interior

(más tarde, Elías descubriría que los moscovitas llamaban siniestramente «cornejas» a aquellos vehículos de la policía) y trasladados a lo largo de la avenida Frunze y luego a través de la irregular calle Tverskaya, rebautizada en su tramo más ancho como avenida Gorki. Su guía les iba señalando con orgullo la antigua edificación del siglo XVIII que ocupaba el hospital oftalmológico, el museo de Historia y la puerta Íverski que daba acceso a la gran Plaza Roja y al Kremlin. Elías contempló asombrado las obras de la gran biblioteca Lenin, un espléndido edificio de corte clásico, destinado a guardar en su interior cuarenta millones de libros y documentos, encajonado entre la fortaleza del Kremlin y el Manezh, las cuadras imperiales de los zares. Hacia el norte tomaron la avenida Leningradski y pasaron frente a la oficina central de telefonía y el banco central. Elías lo observaba todo con los ojos muy abiertos, con la extraña sensación de que cuanto veía albergaba una trágica grandeza. Apenas pudo parpadear cuando a lo lejos divisó la «octava» maravilla del mundo, la catedral de San Basilio.

—¿Qué te parece? —le preguntó Nikolái en un español rasposo.

Elías cabeceó, sorprendido. Había escuchado tantas acusaciones contra Stalin, el destructor de las mil iglesias, el georgiano inculto, el campesino feroz, que el espectáculo le dejaba boquiabierto. Nikolái sonrió con evidente ironía.

—Cuando vuelvas a casa podrás contar que los bárbaros empezamos a civilizarnos.

El coche se detuvo frente a la cancela de entrada de la Casa del Gobierno, también llamada la Casa del Malecón. Se trataba de un inmenso edificio de más de medio millón de metros cúbicos de estilo bastante sobrio, incluso algo siniestro, a orillas del río Moscova. Las obras se habían iniciado apenas cinco años antes y todavía no estaba terminado, pero sus cerca de quinientos apartamentos albergaban a buena parte de la inteligencia del régimen: artistas de todo tipo, altos funcionarios y técnicos; sus amplias y modernas instalaciones con calefacción central, y bien amuebladas, eran la envidia de Moscú. Aquél iba a ser el alojamiento de los recién llegados.

Martin, el joven inglés pelirrojo, lanzó un silbido de admiración. Esperaba poder trabajar con Borís Iofán, el diseñador de aquella estructura y uno de los arquitectos responsables del proyecto de modernización de la ciudad.

—No te emociones tanto —le advirtió en voz baja Claude—. La jugada es magistral: reúnen en un mismo edificio a todas las mentes brillantes del país, las colman de privilegios, y de paso les resulta más sencillo controlarlas. Apuesto a que ese lugar está infectado de agujeros en las paredes y micrófonos de la OGPU por todas partes.

Michael, el escocés, que ya conocía Rusia, le apretó el brazo amistosamente.

—Por favor, Claude. Venimos como amigos, no somos espías ni

contrarrevolucionarios. Más bien todo lo contrario. No incomodes a nuestro amigo español con sospechas y murmullos.

Claude sonrió con paciencia.

—¿Sabías que el líder más apreciado por el gran Stalin es Iván el Terrible? Yo sólo digo que tengáis mucho cuidado con lo que hacéis o decís ahí dentro.

El apartamento de Elías era más amplio que cualquier otro lugar en el que hubiera vivido, desde luego mucho más que su humilde habitación en la Residencia de Estudiantes de Madrid o que la pobre habitación de su casa en Mieres. El mobiliario era espartano, una mesa con flexo, una cama individual, un pequeño armario, cocina y un baño independiente. Un lugar de cierto aire triste, pero no como una mazmorra, sino más bien como la celda de un cartujo: invitaba a la sobriedad y al trabajo. La ventana sin cortina se asomaba a una inmensa explanada de cemento que atravesaban diferentes sendas hacia los núcleos de edificaciones. Desde allí, las personas se asemejaban a hormigas que iban de un lado a otro en aparente desorden. Lucía un sol frío pero limpio. La temperatura era soportable, al menos dentro del apartamento. Nikolái le mostró la estancia como un conserje solícito antes de despedirse con un nuevo apretón de manos.

—Te recogeré mañana a las seis. Empezaremos enseguida con tu trabajo. Ahora, descansa. Bienvenido a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Elías buscó fatigosamente en su mente las palabras para dar las gracias en ruso y Nikolái le dio una palmada en el hombro con un gesto divertido.

—Esperemos que construyas puentes mejor de lo que hablas.

Aquella misma tarde, Elías escribió a su padre contándole sus primeras impresiones. Le habló de las ciudades que había atravesado hasta llegar a Moscú, de la grandeza desolada de los paisajes y de las personas que había conocido en el tren, incluyendo a sus tres amigos extranjeros. Le sorprendía el alto conocimiento que gentes en apariencia sencilla, obreros o campesinos, tenían de la literatura y de la música clásica y popular. No era infrecuente escuchar discusiones encendidas sobre quién era mejor: Verdi o Bizet, o escuchar al piano en cualquier cafetería piezas de Bach o Prokófiev:

Existe fuera de aquí la creencia de que todo el mundo vive arrodillado y no estoy en condiciones todavía de afirmar o negar tal hecho. Es cierto que por todas partes hay policías y que cuando la gente menciona a Stalin le llaman *vozhd*, y bajan la voz si no están seguros de los oídos que están alerta. Los soviéticos tienen un proverbial sentido del humor, bastante negro, me parece, y suelen utilizar la palabra *sidit*, que significa indistintamente estar sentado y encarcelado. Pero

¿conoces a muchos paisanos nuestros capaces de tocar una fuga de Bach? ¿O de declamar a alguno de nuestros poetas como aquí hace un pescadero con Mayakovski, por ejemplo? Dicen que Stalin es un gran melómano, al menos es un ilustrado que comparte su afición: la música clásica es materia obligada desde la enseñanza básica. Sin duda, lo que se está construyendo aquí no tiene parangón con nada que la humanidad haya construido antes, padre. Estoy realmente emocionado, ansioso por empezar a trabajar.

Cuídate, y saluda con un abrazo a madre.

Los días siguientes fueron muy intensos. A primera hora de la mañana, incluso antes de que hubiera salido el sol, Nikolái recogía a Elías en la puerta del complejo y tomaban el tranvía rumbo a las afueras. Elías se mezclaba con los rostros de los obreros portuarios y del ferrocarril, embriagándose con el olor que desprendían sus ropas, tabaco de liar, café muy fuerte y alcohol. Escrutaba sus rostros cansados, adormecidos con las cabezas contra los ventanales del tranvía, prestaba atención a las conversaciones de las mujeres y taladraba a su *sombra*, rogándole que le hablase todo el tiempo en ruso, con toda clase de preguntas sobre cualquier cosa que llamara su atención. Le interesaba todo: la arquitectura de los edificios, la historia de la ciudad, la literatura, la música, y por supuesto la política. Quería saberlo todo, quién era quién, cómo habían ido las cosas desde la guerra civil, y sobre todo le atraía como un imán la figura omnipresente de Stalin. Su imagen estaba por todas partes, retratos en las grandes avenidas, carteles con sus proclamas en los vagones del tranvía, en los edificios públicos, en los muros más apartados de cualquier callejón. Era como un dios omnisciente que lo escrutaba todo con sus ojos de mirada profunda y su enorme mostacho.

Nicolái contestaba algunas preguntas con franqueza, se mostraba orgulloso de la cultura de su pueblo, él era de una ciudad de los Urales de nombre impronunciable para Elías, y afirmaba que sin los planes de alfabetización del gran líder, jamás habría tenido la oportunidad de poder leer a Tolstói o Dostoyevski, y mucho menos de poder venir a Moscú. Sin embargo, era ambiguo con las preguntas indiscretas, cuando no las eludía directamente. A los pocos días de acompañarle, Elías se dio cuenta de que también en la URSS escaseaba esa rara virtud que era la sinceridad. Nikolái ponderaba mucho sus palabras, primando el instinto de conservación sobre la conciencia. Elías nunca llegó a saber lo que pensaba realmente sobre ciertos asuntos. Su propio instinto le advirtió pronto de que debía ser discreto con sus opiniones y sus comentarios; después de todo, él sólo era un estudiante español que no podía entender las circunstancias de lo que allí estaba ocurriendo. Pero su entusiasmo y su sinceridad ingenua le impedían mantener la boca cerrada.

El lugar de trabajo que le habían asignado era en aquel tiempo la mayor obra de

ingeniería jamás proyectada por el hombre: el inmenso canal que debía unir los ríos Moscova y Volga, para abastecer de agua a la ciudad y conectar por vía fluvial Moscú con el gran canal Blanco. Eran miles de kilómetros a través de esclusas, canales laterales, reconduciendo por la fuerza los cauces naturales de ríos que se resistían con nervio a ser domados. Cientos de miles de hombres, mujeres, ancianos y niños trabajaban a pico y pala, día y noche en aquella empresa ingente.

—Moscú será el puerto de los cinco mares —proclamó con orgullo indisimulado Nikolái. El gran canal debía conectar con el Volga-Don y dar salida a los mares Blanco, Báltico, Caspio, Azov y Negro—. Desde Alejandro Magno a Pedro el Grande, los grandes líderes soñaron algo así. Pero somos nosotros, los bolcheviques, quienes estamos abriendo cauces de ríos en las estepas para hacerlo posible.

Sin duda, era impresionante, reconoció Elías al estudiar los planos de aquella obra faraónica. Pero la realidad le golpeaba brutalmente la cara al mostrarle los medios inhumanos por los que aquella empresa se llevaba a cabo. La mano de obra era forzosa en su inmensa mayoría, prisioneros condenados con excusas en algunos casos realmente ridículas. Robar una hogaza de pan podía suponer una condena de cinco años en las obras. Presos condenados a muerte por delitos capitales veían conmutadas sus penas por trabajo como esclavos, vigilados estrechamente por los destacamentos armados de la OGPU o la GULAG, la policía política y de deportados que dirigían Yagoda y Berman. La sola mención de aquellos nombres endurecía la expresión de Nikolái.

—Tú no lo entiendes —le recriminó a Elías cierta mañana, ante su insistencia sobre el tema. Nikolái ensalzó la labor educativa llevada a cabo entre los penados, pero mientras su guía hablaba de educación, Elías presencié cómo un preso era golpeado brutalmente con porras por un par de guardias sin que nadie se inmutara o se atreviera a intervenir. El propio Nikolái observó la escena con absoluta indiferencia. ¿Dónde estaba esa labor educativa? ¿En las muertes a causa del escorbuto, la malaria, la sobreexplotación o las palizas?, le preguntó, horrorizado, Elías.

—La educación del silencio y la muerte. Una lección que los vivos aprenden y no olvidan —respondió Nikolái con la proverbial tradición satírica de los soviéticos.

—¿Y qué hay del pueblo?

—El pueblo es una masa elemental, una fuerza bruta, voluble y manejable. Confiar en su amor es una estupidez. La única garantía de fidelidad es el temor.

—Pero esta gente necesita mejorar sus condiciones de vida. ¿Qué otro sentido tiene, si no, todo esto?

Nikolái se encogió de hombros.

—Los campesinos quieren vivir en palacios. Pero no hay palacios para todo el mundo.

La realidad y sus continuos contrastes golpeaba y desconcertaba una y otra vez al joven Elías. Apenas empezaba a encajar en un marco, era trasladado a un plano opuesto sin tiempo para absorberlo todo. De las ciénagas del canal, hundido en fango hasta los muslos, rodeado de una penalidad sin nombre durante horas pasaba sin transición a la visita al egregio mausoleo de Lenin, a una representación de ballet en el Bolshói o a una recepción con autoridades locales que le abrumaban durante horas con una palabrería que no lograba entender. Apenas tenía tiempo para descansar o escribir cartas a su padre con el resumen del día que entregaba a Nikolái para que las llevara a la estafeta de correos. Eran cartas contradictorias, como lo eran sus emociones y sus sentimientos ante lo que se iba abriendo frente a sus ojos. Su entusiasmo de los primeros días no había menguado después de tres semanas allí, pero aparecían matices de grisura que le hacían cuestionar los métodos por los que, a toda costa, Stalin había decidido llevar a la Unión Soviética hacia la modernidad. Se preguntaba en sus cartas qué pasaría si la joven república española adoptara aquellos métodos: purgas del ejército, trabajo forzoso, entusiasmo descomunal y pragmático. Su conclusión era clara: los españoles no podríamos soportar esta carga. Carecemos del estoicismo y la abnegación de los soviéticos.

Nicolái no le daba tregua. Como si la consigna fuera no permitirle espacios de calma para pensar, acudía al anochecer a su apartamento y lo arrastraba hacia los bares de la avenida Frunze, donde se cantaba y se bebía sin medida. Los rusos tenían un alma melancólica y hermosa como su folclore. Cuando estaban ebrios recitaban poemas con una fuerza trágica que, aun sin comprender del todo, Elías escuchaba con un nudo en la garganta. Los poetas malditos, los escritores repudiados por el Estado sólo eran declamados cuando ese estado de embriaguez alcanzaba su grado máximo. Entonces podían escucharse las historias más inverosímiles: el suicidio de Mayakovski o el memorable momento en el que Mandelshtam abofeteó públicamente al «conde Rojo», Tolstói. Aparecían en esas horas de la madrugada llenas de bruma del alcohol los *Yuródivy*, los locos santos, profetas de Dios que consultaban los zares y que tenían un gran respeto todavía. Sólo ellos podían decir la verdad, criticar abiertamente a los miembros del Politburó o al mismísimo Stalin con un sarcasmo brutal que era coreado con risas. Escuchándolos, Elías los comparaba con los bufones de la corte que tan magistralmente retratara Velázquez. Únicamente ellos se atrevían a decirles a la cara a los reyes que no eran sino ídolos con los pies de barro. En aquellas veladas, Elías revivía la Rusia de Gógol, de Gorki y de Dostoyevski: se preguntaba cuál de aquellos rostros con los que se topaba podría haber inspirado el personaje de Anna Karénina o los hermanos Karamázov.

Una noche, los cuatro amigos se habían vuelto a reunir bajo el auspicio de Nikolái. Era la primera vez que se encontraban desde su llegada a Moscú, tres semanas antes. Se abrazaron con entusiasmo, interrumpiéndose unos a otros con

anécdotas y experiencias, entre risas. Cenaron juntos y bebieron por los descosidos bajo la supervisión del guía, que los observaba algo apartado con una mirada que iba de la comprensión a una cierta ironía, como un padre que, por una vez, da rienda suelta a sus hijos y observa con curiosidad divertida cómo se desenvuelven. En el ánimo de los cuatro amigos, sin embargo, algo había cambiado. Con matices diferentes, cada cual comprendía y expresaba que desde luego vivían un momento histórico, a la vez hermoso y terrible. Las comparaciones entre lo que ocurría entre sus respectivos países y la Unión Soviética eran inevitables, y de una manera u otra, llegaron a la misma conclusión, ebrios de juventud y de vodka: Europa se moría, vieja y achacosa, mientras que una nueva fuerza, brutal y arrolladora, pujaba por hacerse con un lugar en la historia. Y ellos eran testigos privilegiados.

Quizá el más taciturno era Claude, el marsellés. A diferencia de los otros, se las había apañado para librarse en más de una ocasión de la pegajosa compañía de su sombra para recorrer las calles y charlar con la gente con mayor libertad. Aquella noche bebía a sorbos largos un vaso de vodka tras otro y permanecía en silencio.

—Vamos, Claude, no pareces muy contento —le espetó Martin, el inglés pelirrojo. Estaba muy borracho, y si mantenía el equilibrio era gracias al respaldo de la silla, aunque su cuerpo se balanceaba peligrosamente como un barco a punto de zozobrar. A su izquierda y a su derecha, Michael y Elías le ayudaban a mantenerse en pie cuando la deriva era peligrosa.

Claude lanzó una mirada de reojo hacia el guía, sentado una mesa más allá. Hablaba con unos colegas y bebía distendido, pero estaba seguro de que no les quitaban el ojo de encima.

—No entiendo vuestro entusiasmo —respondió con un tono tan bajo que su voz casi resultaba inaudible entre la algarabía del bar, que estaba a rebosar—. Recuerdo la primera vez que vi a Lenin, fue en Viena, todavía no había sufrido su primera apoplejía. La guerra con la Guardia Blanca de los zares estaba en su apogeo, y las potencias como Inglaterra y Francia estaban a punto de intervenir para decantar las fuerzas a favor del zar. Lenin era una fuerza de la naturaleza, estaba de gira por Europa para convencer al mundo de que los bolcheviques no eran una amenaza. Pero lo eran, las grandes y viejas dinastías de Europa temblaban ante aquel hombrecillo que había decidido convertir a Marx en su realidad. Detrás de él, callado, taciturno, estaba «el Oso». Lo llamábamos así por su corpulencia, por sus espesas cejas y su mirada penetrante. Stalin no era todavía secretario del Partido, sólo era un líder más, y ni siquiera el más brillante. Pero recuerdo que al observarle, pensé que aquel hombre era capaz de cualquier cosa por llevar adelante su ambición. La cuestión era saber qué ambicionaba.

—¿Adónde quieres ir a parar? —le preguntó con impaciencia Michael, intuyendo que la conversación podía derivar hacia terreno peligroso—. No sé qué ansía Stalin,

pero he visto lo que hace y es impresionante. ¡Le está dando la vuelta a la Unión Soviética como a un calcetín! Es maravilloso.

Claude asintió con una risita que molestó a los demás. Como si él supiera lo que los demás ignoraban. Señaló con el borde del vaso a Elías.

—Tú has trabajado con las brigadas de penados en el Gran Canal. Has visto las condiciones de esos desgraciados.

Elías lanzó una mirada rápida a Nikolái, que aparentemente no les prestaba atención, y se sintió turbado por una certeza de la que hasta ese momento no había sido consciente: se le estaba contagiando el miedo a hablar libremente.

—La mayoría de esas personas son delincuentes. Han contraído una deuda con la sociedad y la pagan con su trabajo. —Inmediatamente sintió un horror instintivo por lo que acababa de decir. Imaginó la profunda decepción de su padre si hubiera podido escuchar sus palabras—. Es cierto que las condiciones son deplorables —trató de enmendarse—. Pero ¿qué podemos hacer nosotros?

Claude dio un fuerte golpe en la mesa con la palma de la mano. Por suerte, el ruido era tan grande alrededor que nadie prestó atención.

—¡No me jodas! Tenemos ojos para ver, oídos para escuchar y una mente para pensar. Dices que los que trabajan en el canal son penados, *ergo* se merecen lo que les pasa porque algo han hecho. Discrepo, pero aunque fuera así, ¿qué decir de los que no han hecho nada, de los que según tu expresión, «no tienen una deuda con la sociedad»?

Martin miraba fijamente a su amigo con los párpados entornados, pesados como su lengua, que asomaba entre los dientes. Dejó caer la cabeza hacia atrás y se dio un golpe un poco brusco. Al parecer eso disipó un poco la cortina ética de su mente.

—He oído cosas —continuó Claude—: dicen que Yagoda y Berman han propuesto un plan de deportaciones a Stalin. Están limpiando Moscú de desclasados: mendigos, borrachos, rateros, pero también campesinos que huyen de las grandes colectivizaciones del campo. Al parecer, esos cabrones se han propuesto repoblar las tierras más septentrionales con una emigración masiva. Nadie quiere ir a morir de frío a Siberia, coño. Así que la policía se inventa cualquier excusa para mandarlos allí, sin juicio, sin nada. Basta con que no tengas el pasaporte interior.

—¡Eso es una patraña! —exclamó Michael—. Propaganda derrotista y de los malditos mencheviques que siguen escondidos en los *koljoses*.

Los tres amigos se enfrascaron en una discusión a la que Elías asistía atónito y bastante borracho, pero no lo suficiente como para no darse cuenta de que el tono vehemente de sus amigos había despertado la atención de Nikolái y sus acompañantes. Nikolái le miraba fijamente, con una sonrisa irónica, como si le invitase a unirse a la discusión: «¿Tú no tienes nada que decir?», le preguntaban los ojos de su guía. Elías sintió un retortijón en el estómago.

—Voy a vomitar —murmuró antes de llevarse la mano a la boca.

Curiosamente, aquel gesto detuvo en seco la discusión de sus amigos.

—Ni se te ocurra echar la papilla aquí. ¿Qué van a pensar de nosotros nuestros camaradas soviéticos? Un hombre que no sabe beber no es de fiar —le advirtió, entre risas, Claude.

Elías se levantó a duras penas. Desde luego había bebido mucho, tal vez no lo suficiente para el grado de tolerancia de sus amigos, pero demasiado para el suyo. El bar estaba en un sótano y Elías se arrastró escaleras arriba ayudándose de la pared para no perder el punto de referencia. Los demás le dejaron salir entre risas y burlas. Excepto Nikolái. Él no sonreía.

Hacía frío, mucho más frío del que Elías había soportado en su vida, y pese al grueso chaquetón que llevaba puesto temblaba como si tuviera la malaria. El cielo estaba oscuro, cargado de nubes y caía agua nieve, pero la luna llena extendía a su alrededor un anillo de luz que le pareció hermoso y que le hizo sentirse lejos, muy lejos de casa. El peso de la conversación que mantenían abajo sus amigos y la mirada penetrante de Nikolái se aligeró un poco. No había nada que temer. Eran jóvenes, un poco impetuosos, idealistas, pero honestos y dispuestos a trabajar. Al fin y al cabo, ¿qué importancia podían tener unas pocas palabras críticas dichas al calor del vodka? Se bajó la cremallera y se puso a canturrear una vieja nana en bable mientras orinaba, entreteniéndose en trazar un círculo sobre la nieve.

No les vio acercarse.

Eran dos. Uno de ellos fumaba recostado en el estribo de un carro. El otro le observaba con las piernas muy abiertas y las manos en su abrigo de la milicia. Elías no se dio cuenta de que eran policías hasta que el que estaba fumando le lanzó la colilla encendida. Elías protestó hasta que vio sus cinturones y sus cartucheras. Trató entonces de disculparse torpemente. Las malditas palabras en ruso se le habían ido de la cabeza. Uno de ellos le pidió la identificación con un ladrido de perro salvaje. No la llevaba encima, quiso decirles que Nikolái y los otros estaban abajo, que era estudiante, que ellos podrían dar razón de él, pero al hacer el gesto de volver al local, uno de ellos le puso la zancadilla y lo tiró de bruces al suelo. Elías sintió el frío helado de la nieve en la boca y la bota en la cabeza aplastándole contra el suelo mientras ellos reían. Estaban borrachos, más borrachos que él, pero de esa manera inquietante y hostil como se emborrachan los guardias que odian su trabajo. Recordaba situaciones así, humillaciones de los guardias que en su pueblo cacheaban sin ninguna necesidad a los hombres y también a las mujeres en presencia de éstos. En todas partes era lo mismo, los que detentan el poder no pueden evitar abusar de él.

Elías se revolvió con una rabia heredada y tiró hacia atrás con violencia de la pierna que le aprisionaba. Hizo caer al guardia y logró incorporarse. El otro sacó su revólver, o lo intentó. Instintivamente, Elías le dio un puñetazo en la cara y echó a

correr. Correr en el sentido equivocado marca un destino. Es así de absurdo. Si hubiera bajado las escaleras del sótano, tal vez habría tenido algún problema, pero Nikolái habría podido interceder a su favor. Sin embargo, Elías corrió sin pensar en la dirección contraria, hacia las vías del tren, alejándose de los dos policías y de la tenue luz de aquel bar que era su única esperanza. Se oían los gritos de los policías, mezclados con su respiración y los pasos apresurados rompiendo la nieve. Y entonces un crujido, apenas parecido a un petardo, sesgó la distancia que les separaba.

Las primeras gotas de sangre mancharon la nieve. Le sorprendió ver que manaba de su mano. Elías se detuvo contemplando los gruesos goterones que colgaban de sus dedos antes de caer con un sonido amortiguado. No había notado el impacto. Estaba tan asustado que no se había dado cuenta de que uno de los policías había usado su arma. Esa idea le atravesó y le llenó de pánico: ¡le habían disparado! Habían intentado matarle, sin ninguna razón más que una absurda pelea, un malentendido.

No tuvo ocasión de reaccionar. Los policías le dieron alcance y se abalanzaron sobre él como perros enfurecidos. Lo patearon con furia. Elías trató de proteger con las manos la cara y la zona genital encogiéndose. Y entonces sintió un crujido en el costado y una punción muy dolorosa. Le habían roto de una patada una costilla. No podía dejar de pensar que aquello era un terrible error. Gritó el nombre de Nikolái, masculló las pocas palabras que conocía en ruso, pero los policías no le escuchaban. Enrabietados, lo golpeaban con saña. Hasta que Elías notó un golpe tremendo en la sien y todo se hizo oscuridad. Esa misma oscuridad disfrazada de blanco, helada, de la que quería huir.

La gotera tenía forma de dragón. Las alas abiertas, las garras dispuestas a cazar su presa. Según la luz que entraba por el alto ventanal enrejado, cambiaba de forma y daba la sensación de desplazarse por el techo, crecía y menguaba. A veces Elías alargaba la mano y tenía la impresión de que aquella mancha parduzca podía cobrar vida y posarse en su palma como un gorrioncillo amaestrado. Habían pasado cuatro largos días y sus noches y poco a poco todo lo que había ocurrido fuera de aquel encierro se volvía difuso e irreal. Su viaje a Moscú, los rostros de sus compañeros, las experiencias acumuladas hasta entonces, se estrellaban contra la realidad de aquel cubículo de cemento con las paredes llenas de pintadas que no entendía, frases y nombres con fechas grabadas en el yeso húmedo con una uña o una horquilla. Elías pasaba las horas arrinconado frente al jergón y su mirada deambulaba entre la puerta hermética que le separaba de los ruidos del exterior y el agujero sucio donde hacía las deposiciones. A determinadas horas, como si de una rutina establecida se tratara, asomaba el hocico de una rata en ese agujero, el roedor recorría la estancia pegado a las paredes, ignorándole, se comía los restos de pan negro que él no probaba y volvía a desaparecer. Casi la echaba de menos. Su único contacto con otros seres humanos

era a través de la trampilla de la puerta. Se abría dos veces, por la mañana y al anochecer, y una mano —no siempre la misma— le entregaba una bandeja con un poco de pan y una sopa de verduras con mucha sal. Nada de agua.

La impaciencia y el miedo iban a volverle loco. Por suerte, el disparo apenas le había rozado la mano y después de recuperarse de la paliza que le habían propinado los policías, se había convencido de que en un momento u otro aparecería Nikolái para deshacer aquel terrible error. Naturalmente, Elías presentaría una queja formal y probablemente pediría que arrestasen o castigasen a los responsables. Imaginaba las palabras de disculpa de su guía, y se regocijaba viendo la cara de espanto de sus agresores. Él no era un campesino o un borracho al que podían apalearse sin más. Era un invitado del Partido, un ingeniero brillante y prometedor que había ofrecido voluntariamente su talento a la causa del pueblo soviético y no merecía ser tratado como un perro. Pero lo cierto era que pasaban las horas y los días y Nikolái no aparecía, nadie le daba una explicación y cuando la exigió golpeando con rabia la puerta, el tercer día, y ésta por fin se abrió, lo que recibió fue un golpe de porra en el cuello. Ahora se encogía con inquietud cada vez que escuchaba abrirse el cerrojo de la trampilla.

Debía de haber otros como él. Escuchaba gritos y pasos al otro lado de la puerta, sonido de cancelas. Voces de hombres y de mujeres. También llantos que le encrespaban los nervios, sobre todo en las largas horas de la noche. Aquellos gritos y aquellos lamentos le tenían en estado de permanente alerta, le impedían conciliar el sueño, y cuando arrebujado en la manta lograba cerrar los ojos, sus pesadillas no eran mejores que la realidad que le rodeaba al abrirlos. En algún lugar remoto, más allá de la alta ventana enrejada que apenas alcanzaba la luz del día, se escuchaban campanas. Dedujo que se trataba del carrillón de una iglesia o un monasterio. También debía de haber cerca algún complejo industrial químico, a juzgar por las lejanas columnas de humo que veía y por el olor desagradable a huevo podrido que de vez en cuando inundaba la celda cuando el viento soplaba en su dirección. Campanas sacras, industrias, celdas y una rata que emergía de sus propios excrementos. Sin duda, aquella no era la idea de la Unión Soviética que su padre le había inculcado desde niño. Él siempre había creído que Rusia era ese cuadro de Pasternak donde los jinetes bolcheviques de la caballería roja atacaban a un enemigo invisible como si flotaran sobre las nubes, o los atardeceres sobre el Volga, la belleza árida y desnuda de las estepas, la imagen del héroe sencillo y abnegado frente al aristócrata estúpido y engreído de las novelas de Dostoyevski.

Por fin la puerta se abrió con un prolongado quejido que puso en guardia a Elías. Un oficial le hizo una señal para que se pusiera en pie. Curiosamente, el olor a limpio de sus cinchas de cuero y a barba recién rasurada hizo albergar una especie de esperanza absurda a Elías. Después de todo, fuera de la celda existía gente civilizada,

razonable. Todo se iba a arreglar. Subieron en un montacargas hasta un piso superior y al abrirse la reja recorrió otro pasillo, éste más amplio, con grandes ventanales que daban a un patio interior. Estaba lloviendo y las copas de unos grandes árboles se mecían de un lado a otro con fuerza. A lo lejos, se adivinaba el meandro del Moscova y las cúpulas de un monasterio ortodoxo. Sin duda, las campanas procedían de allí. El oficial se detuvo frente a una puerta de madera y llamó con los nudillos. Se oyó una voz grave al otro lado, hizo entrar a Elías y le indicó una silla frente a la pared. Elías obedeció encogido y aturdido por el repentino cambio de espacio.

Había imaginado que le conducían a una especie de despacho de interrogatorios, sórdido y triste, pero se encontró frente a una estancia enorme. Los techos eran altísimos y estaban remozados con frescos clásicos que evocaban, al modo bíblico, grandes sucesos de la historia soviética, sólo que los héroes eran aquí generales del Ejército Rojo, campesinos con pecho de búfalo que empuñaban una hoz u obreros con el puño en alto avanzando bajo un paisaje de grúas y chimeneas de ladrillo. A los lados había anchas columnas de granito con unas parras en los capiteles revestidas de pan de oro, a juego con el mobiliario barroco, sillones de patas recargadas y una enorme mesa de caoba. En el centro del techo colgaba una gruesa y alambicada lámpara de cristales que brillaba en formas múltiples y por todas partes había retratos de corte clásico. Elías reconoció algunos rostros: Pedro el Grande, Iván el Terrible, incluso la zarina Catalina II.

—¿Sorprendido? —le preguntó el funcionario que le esperaba detrás de la mesa. Era un tipo de estatura minúscula, tenía el rostro aniñado, y quizá para paliar ese efecto se había dejado un estrecho bigotillo, rubio como su cabello corto, a juego con sus ojos azules—. Éste es uno de los palacios de recreo de Nicolás II —le aclaró innecesariamente, al tiempo que indicaba con un gesto seco al oficial que se retirase, cosa que éste hizo como un autómatas—. Está a las afueras de Moscú, y solía utilizarlo para meditar en el cercano monasterio que sin duda ha visto al venir hacia aquí. Nicolás II era un zar muy piadoso, ¿no lo sabía?

Elías apenas entendía lo que le estaba diciendo aquel hombrecillo que dando un rodeo se acercó hasta quedar frente a él. Instintivamente, negó con la cabeza. Lo único que quería era explicarse y dar por zanjado aquel malentendido.

El funcionario abrió los brazos abarcando su entorno:

—Así es; venía aquí a rezar después de ordenar las ejecuciones de sus adversarios. La culpa le torturaba, y eso le hacía débil —afirmó el funcionario con una risita cruel.

—No sé qué hago aquí. Soy un ingeniero español que ha venido a hacer prácticas. Nikolái puede confirmárselo. Todo esto es un penoso equívoco.

El funcionario le observó impertérrito.

—España es un gran país —dijo, con un inesperado tono festivo—. Nosotros

adoramos a Cervantes; es probable que usted no lo sepa, pero entre nuestros niños el *Quijote* es muy popular. Personalmente, yo siento admiración por Calderón. Siempre ofrece metáforas y recursos a los que recurrir. Me fascina su romanticismo descarnado, su fuerza vitriólica y desesperada. Pero, si no recuerdo mal, fue Napoleón quien dijo de ustedes que eran un pueblo de asesinos supersticiosos, obcecados y sanguíneos, dominados por sus clérigos, traidores y poco fiables. ¿Qué le parece? ¿Cervantes y Calderón expresan bien lo que es su pueblo o tal vez sea más acertada la idea de Bonaparte?

Era evidente que el funcionario estaba jugando con él. Como un gato, zarandeaba de un lado al otro a un ratón que sabía que no tenía posibilidades de escapar, pero al que no quería matar de un simple zarpazo porque le resultaría demasiado aburrido. Se acercó a una mesita camilla y se sirvió agua de una jarra. Bebió lentamente, observando con indisimulada satisfacción a Elías. Bastaba con ver los labios amoratados del prisionero para darse cuenta del tormento que la sed le causaba. Sin embargo, no le ofreció beber. Todavía no. Dejó el vaso al alcance de sus manos y le permitió contemplar las gotas que resbalaban sobre la superficie para perderse en un surco húmedo sobre la mesa. Los ojos de Elías estaban enrojecidos ante aquella visión.

—¿Puedo beber, por favor?

El funcionario suspiró.

—El agua potable es un recurso limitado en Moscú. Para abastecernos estamos construyendo el Gran Canal, y para eso vino usted. Para ayudarnos. ¿O no era ésa su motivación?

Elías concentró su atención en el líquido y al hacerlo el polvo de su boca se espesó hasta convertir la saliva en cemento. Su garganta raspaba como el esparto.

—¿Es usted un judas, Elías?

La pregunta, dicha sin animosidad, más como la afirmación de una obviedad que como una duda, sacudió el cerebro de Elías.

—¡No! Por supuesto que no. Lo que pasó con los policías fue una desgracia. ¡Ellos me dispararon! —dijo mostrándole la mano vendada.

La mirada y el silencio del funcionario estaban dotados de una densidad especial.

—Puede decirme la verdad y beber —dijo con amabilidad al cabo de unos segundos.

¿La verdad? ¿Qué quería decir? ¿Por qué no le creía? ¿Estaba diciendo la verdad!

—Reconozca que es un agente trotskista que ha venido a infiltrarse entre las fuerzas obreras para socavar nuestra labor. Ésa es la verdad, ¿no es cierto?

—Pero ¿qué majaderías dice? Mi padre adora a Stalin, yo soy comunista desde los quince años. He venido por propia voluntad a trabajar y proseguir con mis estudios.

Elías percibió un acceso de cólera repentina en los ojos del funcionario, que asintió muy lentamente. Dio media vuelta sobre las alzas de sus zapatos y fue hasta la mesa. Descolgó el teléfono y dio una orden seca. Al colgar y volverse hacia Elías su rostro reflejaba fiereza.

Nikolái se estaba lavando las manos en el salpicadero de piedra. Las gotas de sangre se diluían entre pompas de jabón al resbalar por sus dedos. Examinó sus manos antes de secarlas con una pizca de asombro. Él era un hombre pacífico, de niño quería ser panadero como su padre, amasar el pan, cosas blandas y moldeables. Nunca imaginó que aquellas manos fuertes terminarían moldeando algo no menos maleable como el alma de los seres humanos. Se secó con una toalla mientras observaba en el reflejo del espejo el cuerpo entumecido de Claude en la silla. Había perdido momentáneamente el conocimiento pero los guardias no tardarían en hacerlo volver en sí. «Siempre es igual, —pensó con un deje de decepción—. Los que en apariencia son más fuertes y más rocosos son los que se derrumban primero». Desdobló las mangas de la camisa y se puso la chaqueta. Los nudillos de la mano derecha le ardían: por la mañana tendría una inflamación difícil de justificar en casa.

—Despertadle y que firme la declaración —ordenó a los guardias, observando con desprecio el rostro machacado del joven francés y los muñones sangrantes donde antes había habido dedos que ahora estaban esparcidos por el suelo. Él era el último. Sólo quedaba el español.

Ascendió al piso superior en el montacargas con la expresión concentrada. El guardia que vigilaba la puerta le abrió sin pedirle explicaciones y Nikolái cruzó el umbral con paso marcial. Ni siquiera se molestó en devolver la mirada al asombrado y, pobre estúpido, esperanzado Elías. Fue directamente a la mesa y entregó las declaraciones al funcionario. Ambos charlaron en voz baja un minuto, y a continuación, el funcionario se acercó a Elías con evidente satisfacción. En una mano llevaba las declaraciones de sus compañeros. En la otra algo insospechado: todas las cartas que Elías le había escrito aquellas semanas a su padre y que, como resultaba obvio, Nikolái no había echado al correo. Una por una, el funcionario las fue colocando en las manos temblorosas del joven: estaban repletas de subrayados en rojo y de comentarios al margen escritos en ruso.

Apesadumbrado y en estado de absoluto desconcierto, Elías alzó la cabeza y miró a Nikolái, buscando comprender qué clase de trampa era aquélla. Su guía le sostuvo la mirada imperturbable, como si jamás lo hubiera visto antes.

—Al parecer, usted considera que los métodos que utilizamos son bárbaros y crueles. No duda en revelar qué personas trabajan en el canal, cómo son los planos, cuáles son las dificultades, incluso aventura su opinión de que este proyecto es faraónico, demencial e inalcanzable. Eso sin tener en consideración la opinión que le

merecen los cuadros al mando del proyecto: inútiles burócratas que utilizan a las personas como simple ganado.

Elías estaba grogui. Ni por asomo habría imaginado que su correspondencia pudiera ser violada, sus frases y palabras sacadas de contexto para dibujar una imagen absolutamente distorsionada de su persona. ¿Por qué? ¿Con qué finalidad? Buscó las respuestas en el guía. Y entonces recordó con estupor las reuniones que ambos habían mantenido en su apartamento del gran edificio del Gobierno, el modo aparentemente ingenuo con el que Nikolái le había sonsacado frases que ahora resultaban venenosas, opiniones discrepantes y críticas sobre lo que veía y oía, y le vino a la memoria la advertencia de Claude: «tened mucho cuidado con lo que decís en ese edificio, apuesto a que tienen micrófonos y agujeros en las paredes por todas partes». ¿Cuántas frases, palabras dichas al azar, habría recopilado aquel ser mezquino en su contra?

—Aquellos policías no estaban borrachos, ni acudieron a su encuentro por azar. Fueron a detenerle y usted se resistió violentamente —le acusó el funcionario, visiblemente satisfecho por el efecto demoledor de la repentina aparición de Nikolái—. Si esto no bastase en su contra, hay más: sus tres camaradas han firmado una declaración en la que se afirma que usted es el líder de una célula de espías trotskistas. Esos pobres incautos estaban a sus órdenes con el fin de sabotear las obras del Gran Canal.

No tenía ni pies ni cabeza, era ridículo y absurdo. De no ser por la sed, por el dolor de los golpes y las heridas, por la mirada pétrea de Nikolái, Elías hubiera soltado una carcajada ante semejante chaladura. Pero todo aquello iba muy en serio.

—Confíese y beba. El agua que traemos es fresca y saludable. Sus amigos ya lo han hecho. Todos afirman que usted es el cabecilla.

—¿El cabecilla de qué?

La mente se nubla ante lo absurdo, ante lo elemental uno enmudece, perplejo. Tenía sed, estaba cansado, aturdido. Quería cerrar los ojos, dormir y despertar en un tren rumbo a España. Olvidar aquella pesadilla. Posó la vista en el vaso de agua, transparente, cristalina. Pensó en la rata hociqueando entre su mierda, en los piojos de la manta, en el dragón del techo sobrevolando su cabeza. Se estremeció con los gritos que oía por las noches al otro lado de la puerta: ¿eran ellos, sus amigos? Claude, Martin, Michael, torturados, delatándole: ¿Por qué a él? ¿Por qué?

El funcionario le ofreció el vaso. Podía mutar su expresión, esa cara extraña y de lienzo, aniñada, hasta caer bien.

—Beba —le animó.

Al final, Elías cogió el vaso, se lo acercó a la boca y selló en aquel trago su destino.

Barcelona, 6 de julio de 2002

En el sueño, Gonzalo veía la espalda desnuda de un hombre, sus hombros y el cuerpo encorvados sobre la máquina de escribir (una Densmore con las teclas nacaradas) bajo la luz de una lamparita, tecleando con dos dedos y acumulando cigarrillo tras cigarrillo en el platillo del café. La chica de las alas tatuadas, mucho más joven, en realidad una niña, estaba de pie, tras la silla, recta como una vara, con los talones pegados, sus zapatos de charol de cordones muy juntos, las rodillas huesudas, sonrosadas, asomando un dedo por debajo de su falda a cuadros, el calcetín derecho caído sobre el tobillo con la goma floja y el izquierdo estirado en la pantorrilla. Le temblaba la voz mientras recitaba algo que en el sueño era inaudible. Era como ver una escena de televisión con el volumen apagado. Su voz se perdía sepultada por el traqueteo de la máquina de escribir y la palanca del rodillo. El hombre arrancaba las cuartillas, cada vez más furioso. En algún momento, la chica de las alas de mariposa desviaba la cara hacia la derecha y trataba de sonreír al niño que la contemplaba acucillado en un rincón de la habitación. Ese niño era él. No podía verlo, pero sabía que estaba allí. Escuchando. Ella quería tranquilizarlo, pero su mirada estaba llena de terror.

«Tienes que concentrarte», le decía aquella mirada; él podía oírla y sabía que tenía que buscar unas palabras, encontrarlas y decirlas en voz alta, sabía que estaban ahí, en alguna parte de su cerebro, pero no daba con ellas. El hombre sujetó entonces por las muñecas a la chica. Tenía el rostro transfigurado, como si las lenguas del fuego que le consumían por dentro le estuvieran abrasando una parte, mientras la otra permanecía fría y glacial y al chocar ambas máscaras se destruyeran mutuamente dejando un borrón indeciso. Se enfureció, la alzó por los hombros como si se tratase de un alfeñique y la lanzó con violencia contra el suelo. Ella permaneció boca abajo. La nariz le sangraba y un pequeño charco manchaba el suelo. Entonces ella alargó los dedos hacia la oscuridad donde el niño que era Gonzalo se ocultaba, rozó la punta de sus zapatos y pensó que debía enseñarle a atarse los cordones. «Tienes que acordarte, di las palabras», le imploró con la mirada. Pero los pies del niño retrocedieron hasta desaparecer de nuevo en la oscuridad. Y entonces, el niño recordó las palabras y quiso decirlas. Pero no salía nada de su boca por más que se esforzara en gritar.

Gonzalo abrió los ojos y pensó que iba a morir. No dentro de mucho tiempo o en un futuro improbable, sino ahora, en aquel preciso instante. Se puso la mano en el pecho, tratando de calmar el llanto de ese chiquillo que se asomaba, desde los sueños, cada noche al adulto en que se había convertido. Miró la hora en el despertador

digital. Eran las 03.20 de la madrugada, Lola dormía en posición fetal en el extremo de la cama, en el exilio voluntario al otro lado del colchón que tomaba cada vez que discutían. Su respiración era pausada, con la boca levemente abierta, el codo derecho bajo la almohada y el izquierdo escondido entre las rodillas y el estómago. Gonzalo acarició la curva de su columna bajo el camisón. Podía contar las vértebras. Ella se removió en sueños y él apartó la mano.

Bajó a la cocina sin encender la luz, tanteando entre los muebles. Todavía no se había acostumbrado a aquella nueva geografía. En el salón trastero quedaban muchas cajas de la mudanza por abrir. Cosas que no eran estrictamente necesarias para el día a día y que Gonzalo prometía purgar en cuanto encontrara el momento de ponerse a ello. Lola solía recriminarle que padecía una versión menos grave del síndrome de Diógenes, y era cierto que muchas de aquellas cosas ya no servían, pero él se negaba a desprenderse de ellas.

En una de las cajas había escrito con rotulador «Cosas de Laura». Lola pretendía que se deshiciera de su ropa y de sus enseres personales. Encendió una lamparita y se sentó en el suelo para examinar los libros, su colección de música barroca, algunos útiles de escritorio que Luis no había querido quedarse. Algunas de aquellas cosas transpiraban el olor de su hermana, restos de perfume.

La incineración había sido triste, casi patética. «Cuesta entender por qué algunas personas viven un siglo sin esfuerzo y a otras cada minuto les cuesta una heroicidad», le había dicho Luis, y él estuvo de acuerdo. Quemar un cuerpo no era como lo había imaginado; nada que ver con la pira mortuoria de los ritos hindúes, tampoco con un barco alejándose en llamas mar adentro con el héroe dormido. Todo fue aséptico: una cámara que en nada se distinguía de los hornos de una panadería o de la sala almacén de un carnicero. Le explicaron que el ataúd sin crucifijo era completamente desintegrable, como si eso pudiera importar, la ecología, que los muertos no contaminen. Un botón elevó el ataúd hasta la boca de un horno. Otro botón lo empujó dentro, donde bullía el sonido de una caldera pero no se veían las llamas. El operario cerró la compuerta y le entregó una piedra oval. Era de un material indestructible y tenía grabado un número identificativo para evitar posibles confusiones. Cuando les entregasen las cenizas, aquel número certificaría que pertenecían a Laura. Dentro de diez mil años, cuando no existan cenizas ni restos, los hombres venideros se preguntarán dónde están los huesos de sus antepasados. Y en las excavaciones encontrarán miles, millones de piedras como éstas, pensó Gonzalo.

Durante la ceremonia había caído una tromba de agua, una de esas tormentas de verano furiosas que había destrozado las bonitas coronas de flores que Luis había pagado para que cubrieran el coche fúnebre. Gonzalo había contribuido con una corona de tulipanes (sabía que esas flores le gustaban a su hermana) con una banda dorada que rezaba: «De tu hermano y tu madre que te quieren». Pero su madre se

había negado obstinadamente a acercarse al féretro abierto expuesto en la sala de velatorio para despedirse de ella. Con su vestido negro de luto permaneció estática y ausente durante todo el funeral y cuando Luis se acercó a ella, apenas le dirigió una mirada. Pese a la protección que Gonzalo le había ofrecido con el paraguas, su madre se terminó constipando y cogió unas décimas de fiebre que a su edad podían ser un aviso grave. El único atisbo de reacción llegó cuando divisó entre los asistentes, y muy apartado, al inspector jefe Alcázar.

—¿Quién es éste? —preguntó, escudriñando con sus pobres ojos miopes

—El compañero y jefe de Laura.

Más tarde, cuando Alcázar se acercó a darles el pésame, su madre le negó el saludo.

—Han pasado muchos años, Esperanza.

—No los suficientes para mí —renegó ella, dándole la espalda.

Gonzalo se quedó sorprendido.

—¿Os conocíais?

Alcázar se limitó a mirarle como si fuera un inepto.

—Como se conocen los lobos y los corderos.

De regreso a la residencia le había preguntado a su madre qué había querido decir el inspector con aquellas palabras, pero ella no le contestó. Durante todo el trayecto no mencionó una sola palabra respecto a la muerte de Laura, ni al entierro. Sí mencionó, en cambio, que era una pena que el vestido se hubiera estropeado con la lluvia.

Aquella frase de Alcázar le seguía dando vueltas en la cabeza, como una bola de comida difícil de digerir.

—¿No vienes a la cama?

La luz del vestíbulo traslucía las formas del cuerpo de Lola a través del camisón. No llevaba puesta ropa interior. Aquella visión resultaba erótica, pero como algo lejano. Gonzalo sintió una punzada de añoranza, pero el rostro impenetrable de Lola marcaba una frontera distante entre ambos.

—No podía dormir y no quería despertarte dando vueltas en la cama.

Lola observó el rostro abatido de su esposo, luego se fijó en lo que tenía entre las manos. Intuía desde hacía tiempo un resquemor subterráneo entre ambos, algo inconcreto que estaba horadando los fundamentos de su relación. Y sabía que no era sólo por el inminente acuerdo con su padre sobre la fusión de ambos bufetes.

—¿Otra vez las pesadillas?

Gonzalo asintió, aunque no dijo que esta vez el rostro de su hermana había sido suplantado por el de aquella mujer pelirroja de cuello tatuado.

Lola lanzó una mirada apreciativa a la caja abierta. Su cuñada nunca le cayó bien, y eso no iba a cambiar ahora porque estuviese muerta. Era una hipocresía innecesaria,

y aunque no se lo había dicho a Gonzalo para no herirle, le costaba entender ese repentino sentimiento de su esposo hacia ella. Jamás habían hablado de Laura, y no comprendía por qué estaba tan afectado. Era cruel pensar así, y lo sabía, pero detestaba cuanto tenía que ver con la familia de Gonzalo, todas esas historias de su padre, el altivo desprecio que le mostraba su suegra cuando, de tanto en tanto, se decidía a visitarla, como si, por ser hija de quien era, Lola o los de su clase fueran culpables de todas sus desgracias reales o inventadas. Pero lo que más la irritaba, y asustaba, era que al estar cerca de los suyos Gonzalo parecía transformarse y convertirse en alguien que la inquietaba.

—Le gustaba coleccionar palabras... —dijo Gonzalo, acariciando el lomo de un viejo diccionario ruso-español.

—¿Cómo dices?

—A Laura. Las atrapaba al vuelo y las apuntaba en una pequeña libreta de canutillos que solía llevar en el bolso. Luego las repetía una y otra vez, como si las masticase o quisiera domarlas.

—¿Qué clase de palabras?

—Palabras salvajes. Buscaba el significado en el diccionario y lo subrayaba con un rotulador fluorescente. Si al cabo de un tiempo volvía al vocablo y descubría que ya lo había buscado antes, se enfadaba como una cría.

—No lo sabía —dijo Lola tocándole levemente la cabeza, como si ya hubiese hecho lo que podía para consolarle. Gonzalo parpadeó como si hubiese descubierto en ese instante algo insoportable. Durante unos segundos tanteó el rostro de su mujer con la mirada.

—En realidad, yo tampoco sabía ya gran cosa de ella. Diez años de distancia son muchos años.

—No fue culpa tuya. Fue ella la que decidió alejarse.

Gonzalo asintió mecánicamente, sin llegar a la evidencia de aquella certeza. Contempló el perfil de Lola, como si quisiera cerciorarse de que los ojos no le mentían. La luz de la lamparita se reflejaba en su rostro y lo convertía en una impresión difusa, como esos perfiles que se adivinan tras una ventana los días de lluvia.

Lola se alisó el pelo y se estiró la carne de las mejillas.

—Creo que necesito un café.

Preparó el desayuno en silencio; hacía años que no se molestaba en calentarle a Gonzalo el café o en exprimir un par de naranjas con una cucharada de azúcar. Gonzalo la dejaba hacer, observando con la mente en blanco cómo iba de un lado a otro de la cocina. Su esposa vino a sentarse a su lado con una taza humeante y vivificadora.

—¿Has hablado últimamente con Javier?

—Al menos lo he intentado —concedió Gonzalo, que miraba a su esposa esperando que terminara la frase.

—No estoy segura del todo, pero últimamente he echado en falta dinero, pequeñas cantidades, pero de manera continua. Le he preguntado y se ha puesto hecho una furia.

—Le has acusado de robarte, es normal.

Lola miró a su esposo como si fuera imposible razonar con él. Era muy difícil que Gonzalo se implicara realmente en algo, sobre todo si tenía que ver con su hijo mayor.

—No lo he acusado de nada, sólo le he preguntado, no por el dinero, sino porque estoy preocupada. Está muy disperso, triste y como ausente. He rebuscado entre sus cosas.

Gonzalo la miró con desaprobación.

—¿Qué esperabas encontrar?

—Qué sé yo, drogas, cualquier cosa. ¿Sabes lo que me ha dicho después de cenar? Que en cuanto cumpla los dieciocho se largará de esta casa para siempre.

—Uno siempre quiere marcharse a alguna parte a los dieciocho años. Lo superará.

—No deberías hablar así de tu propio hijo, eso no te deja muy bien a ti como padre.

Gonzalo miró a su mujer. A veces tenía ganas de decirle lo que vio aquella mañana de dieciocho años atrás. Pero retrocedía mentalmente escaleras abajo sin hacer ruido, como entonces, y era como si nada hubiera pasado. Como si aquella puerta siempre hubiese permanecido cerrada.

—¿Y qué papel te deja a ti como madre?

Lola recogió las tazas vacías y las dejó en el fregadero.

—La de quien hará lo necesario por mantener a su familia unida... Deberías dormir un poco. Mañana tienes la reunión con mi padre y el viejo se aprovechará a fondo si te ve bajo de forma.

La piel negra de Siaka obraba el milagro de tornarse amarilla cada vez que atravesaba un cono de luz. Al pasar cerca de los muros cubiertos de enredaderas algunos perros le ladraron. Apenas se distinguían luces en las ventanas, sólo los jardines alumbrados y las piscinas. Lo que le gustaba de la noche, lo que siempre le gustó, era esa sensación de que la ciudad le pertenecía, de que había sido construida para él. Sobre todo en la madrugada, poco antes de que una difusa claridad empezara a asomar en el lomo del horizonte. De noche, la casa del abogado parecía otra, como si los edificios también necesitaran cerrar los ojos y dejarse caer en la pereza. Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en el murete de enfrente. Corría una brisa agradable, olor de

jazmín, de pinaza. A lo mejor, pensó, un día podría tener una casa parecida, aunque él prefería los hoteles. Nada comparable a esa impresión de que no necesitas ligarte a nada y de que lo puedes tener todo con sólo pulsar un botón. Los ricos, en general, resultaban muy poco atractivos. Quizá por eso se compraban grandes coches y grandes casas. Para que uno no se fijase en ellos sino en lo que poseían.

Estaba cansado de aquella vida y estaba decidido a cambiarla, a adueñarse de las riendas. Había llegado su momento. Pensaba volver a Zimbabue, había ahorrado y su tía le había escrito hablándole de un viejo complejo en el parque de Chizarira que por un módico precio podía convertirse en un hotel para turistas. Un hotel con banderas impolutas. Laura le había prometido ayudarle con el asunto de la documentación, un cambio de identidad, un pasado inventado del que no tuviera que avergonzarse al regresar con los suyos: ¿por qué no un título universitario? Algo que nadie se preocuparía de comprobar. Eso le hubiera hecho ilusión a su padre: el primer licenciado de la familia, y en una universidad europea. Pero Laura estaba muerta. Como Zinóviev, como el chico. Todos muertos, pero él estaba vivo.

No le faltaba razón a la subinspectora cuando decía que hay muchas maneras de matar una infancia. Él conocía unas cuantas: un padre que te muele a palos sin motivos, una hermana mayor que te entrega a su novio para que te rompa el culo, un miliciano que te sostiene un fusil ruso de asalto para que aprietes el gatillo contra unos aldeanos, unos soldados borrachos que te obligan a violar a una mujer moribunda... Y nada de eso es peor que sentarte en el regazo de un viejo obeso en un Mercedes de lujo mientras te pide que le hagas una mamada o ser obligado a follar con una niña como tú en la cama de una mansión lujosa mientras los invitados a la fiesta, hombres y mujeres, te rodean y te contemplan extasiados con sus caros trajes, sus joyas y sus miradas enfermas. Día tras día, hora tras hora, la infancia huye de esos horrores, se oculta en algún recuerdo, en juegos junto al lago Kariba, en canciones de cuna o en una película de dibujos animados. Sólo si logras que algo de eso perdure a salvo podrás seguir creyendo que eres un ser humano.

Siaka dejó que el aire corriera entre sus piernas abiertas y por un momento se preguntó cómo sería cumplir los sueños. No tomarlos prestados durante unas horas o unos días, sino adueñarse de ellos, del mundo. Sería mejor, se dijo. Un mundo mejor.

Las luces de la cocina en la casa del abogado se apagaron y Siaka contempló la pintada fresca en el muro. «Todo lo que hacemos tiene consecuencias, Gil. Y tú vas a pagarlas».

—Una bonita desiderata —murmuró. Le gustaba aquella palabra que la subinspectora Laura le había enseñado a pronunciar.

Llamaron a la puerta y Luisa entró sin esperar respuesta, envuelta en su aire de eficiencia. Era lunes, era otra vida. Gonzalo agradeció que no le mirase como un si

fuese un inválido. Le había dado el pésame por la muerte de Laura, le había traído un café bien cargado con un naxopreno y se había puesto a trabajar como siempre.

—Don Agustín te está esperando en la sala de juntas.

—¿Ahora le llamas «don Agustín»? Hasta el viernes era el «viejo baboso».

Luisa no se inmutó.

—Es probable que cuando salgas de esa reunión seas parte de Agustín y Asociados. Me gustaría seguir trabajando contigo, y si tengo que ponerme de rodillas, sin tener que acercarme a su bragueta, lo haré.

Gonzalo sonrió con el desparpajo desnudo de Luisa. Le gustaba la gente que no se engañaba.

—Puede que presente batalla; quizá logre preservar nuestra independencia.

Luisa le lanzó una mirada irónica pero tuvo el buen gusto de no replicar.

—Hay otra cosa. Me pediste que averiguase quién ha alquilado el apartamento de la derecha. La tía buena de las alas de mariposa se llama Tania no sé qué, es un apellido impronunciable.

—Ajmátova, como la poetisa —leyó Gonzalo en la tarjeta que Luisa le tendió.

—Es fotógrafa, y la verdad es que pese a ese aire de modelo esclava y de que sus tetas me den envidia es una chica de lo más agradable. Me dijo que si alguna vez necesitaba sus servicios, tiene un pequeño estudio en esta dirección. Diría que no está casada, al menos no luce alianza, y que es extranjera, aunque eso ya se deduce del apellido, ¿no? Es curioso. Ella también me preguntó por ti sin necesidad de que sacase el tema.

Gonzalo se ruborizó ligeramente.

—¿Y qué le dijiste?

Luisa le lanzó una mirada pícaro.

—¿Qué le iba a decir? La verdad: que eres un abogado sin posibles, aburrido, en baja forma física, miope, que trabaja demasiado y que es un poco tacaño con las remuneraciones de su ayudante.

Gonzalo sonrió. Al menos la frescura de Luisa le servía para descargar la tensión de los hombros antes de enfrentarse a su suegro. Guardó la tarjeta sin saber muy bien qué iba a hacer con ella y se ajustó mecánicamente la corbata y la americana.

—Vamos allá.

La sala de juntas estaba concebida para intimidar a los visitantes. Aquélla era una ventaja estratégica que Agustín González sabía utilizar. Cuando tenía algo importante que tratar, convocaba a la otra parte allí y esperaba sentado en el sillón de presidencia fingiendo estar muy atareado con el estudio de algún documento. Sin embargo, en aquella ocasión, mientras esperaba a su yerno, su concentración era real. Había pasado buena parte del fin de semana estudiando los documentos de ACASA, uno de sus principales clientes. El proyecto que tenía en mente significaba varios millones de

beneficios si sabía hacer bien su papel. El problema era que, por azares burlescos del destino, la minúscula piedra en torno a la que giraba aquel inmenso proyecto estaba a punto de entrar por la puerta.

Agustín dejó las gafas sobre los documentos y bebió un sorbo de *whisky*, contemplando el retrato de su hija y de sus nietos. Gonzalo nunca le había caído bien. Desde el día que Lola lo presentó en casa supo que aquel muchacho de aspecto tímido nunca tendría el carácter para darle a su hija lo que ella merecía, ni para formar parte de la familia. Hizo que lo investigaran y averiguó que era hijo de un comunista desaparecido en 1967, cuando era un niño. Su madre era de origen bielorruso y estaba medio loca, y su hermana había estado en Afganistán durante el conflicto con los soviéticos, escribiendo artículos de dudosa intención. Que Gonzalo hubiese estudiado hasta los dieciséis años en un internado de claretianos era una buena cosa; no era una universidad de jesuitas como en la que se había formado él (y donde ya habían admitido a Javier para el próximo curso, gracias a su mecenazgo) pero habría resultado pasable de no ser porque lo expulsaron por faltas disciplinarias. Estaba en último curso de Derecho por la Universidad a Distancia, y combinaba los estudios con trabajos temporales de camarero o de mozo de almacén.

No tenía filiación política como su padre, pero simpatizaba con grupúsculos de extrema izquierda y solía asistir a seminarios de ese estilo. Desde luego, y aunque jamás le enseñó aquel informe a Lola, no era un candidato especialmente cualificado para ingresar en su familia. Al principio no fue desagradable del todo, si su hija quería enamorarse y divertirse un poco con un desclasado no podía impedirlo. Conocía a su hija, era como el aire de la tramontana, soplaba con furia durante unos días y luego se extinguía. Confiaba en que un día sentaría la cabeza, acabaría sus estudios de económicas y se dejaría de novios holgazanes y de viajes por el mundo. Pero se equivocó. Aquel hijo de comunista había logrado meterse en la familia como una mosquita muerta, sin hacer ruido, sin protestar, negándose a aceptar su ayuda (y con ello su control). Antes de que pudiera darse cuenta de su error de apreciación, Agustín González se vio organizando una boda por todo lo alto.

Haciendo de lo inevitable virtud, pensó que podría hacer algo con aquel despojo, tal vez emplearlo como pasante e ir moldeándolo poco a poco. Volvió a equivocarse: recién casados, Gonzalo montó su propio bufete y nunca se dejó aconsejar ni ayudar hasta hacía unos años, cuando aceptó alquilar el despacho de renta limitada que Agustín le ofreció en su edificio. Habían pasado veinte años, tenía dos nietos estupendos, y Lola parecía moderadamente satisfecha. Reconocía que Gonzalo era un tipo inteligente, sólo aceptaba los litigios en los que tenía opciones de ganar, asentía cuando Agustín le tendía un lazo, fingía plegarse, pero el muy cabrón siempre lograba escurrirse y continuar su camino.

Bien, pues aquello tenía que terminar, allí, aquella mañana.

A las diez en punto su secretaria le informó de que Gonzalo estaba esperando.
—Hazle esperar diez minutos. —Suficiente cocción—. Luego le haces pasar.

Gonzalo nunca había entendido el arte cubista, debía reconocerlo, y seguramente aquel cuadro tenía un inmenso valor, su suegro no compraba nada que no lo tuviese. Pero aquel conjunto de formas geométricas entrelazadas como cristales rotos no le inspiraba sino confusión. Procuró concentrarse en la pintura para darle la espalda a la secretaria. Cuando pasó el tiempo adecuado y ésta le informó de que podía atravesar la gran puerta maciza (lo dijo como si se le permitiera acceder al sanctasanctórum), Gonzalo puso la expresión que se suponía que debía poner: compungido. Su suegro estaba al final de la inmensa sala, leyendo algo. Una bandeja con agua y *whisky* estaba situada estratégicamente a su derecha. El suelo, de porcelanato gris, reverberaba con la luz que penetraba a través de los inmensos ventanales. «De modo que así es el éxito», se dijo, acomplejado por la suntuosidad desnuda de la sala.

Agustín alzó la cabeza y le hizo una seña para que se acercara, no se levantó a saludarle y tampoco se mostró amable. Hubiese sido contraproducente. Se había quitado la americana, que colgaba sobre el respaldo del sillón, y se había aflojado el nudo de la corbata. Era su manera de decir que no estaba para ceremonias. Gonzalo se sentó a su derecha. No se quitó la americana ni se aflojó la corbata. Se limitó a sacar su estilográfica y una pequeña libreta de notas. Agustín se retrepó en el asiento y el cuero del respaldo crujió.

—En primer lugar, quiero decirte que lamento lo ocurrido con tu hermana.

«Miente —pensó Gonzalo—, y ni siquiera se esfuerza en disimularlo».

—De todas maneras, y según tengo entendido, no tenías ninguna relación con ella. Mejor así, ese asunto del asesinato y del suicidio es bastante truculento. Podríamos concluir objetivamente que tu hermana era una persona *complicada*.

«Qué extraño modo de decir “molesta”». Gonzalo miró a su suegro fijamente y tuvo ganas de decirle que no tenía ni idea de lo que hablaba. Odiaba a aquel viejo tanto como él lo despreciaba. Los dos lo sabían pero tenían que ceñirse al guión establecido.

—¿Podemos concentrarnos en lo que nos interesa?

Su suegro dibujó una arruga de contradicción en la frente.

—Ya te imaginas que quiero proponerte que te asocies conmigo. Aún puedes tener una carrera brillante.

Gonzalo no podía negar que cualquier colega en su situación entraría en estado de levitación. Trabajar con su suegro era culminar un camino que llevaba directamente al cielo jurídico. Pero ninguno de sus colegas era su yerno. La visión de su suegro sentado frente a él con las piernas abiertas era la exacta medida de hacia dónde se encaminaba sin remedio su vida. Todos sus esfuerzos, todos sus sueños de juventud,

cuando internado en aquel colegio para niños sin recursos regentado por padres claretianos, soñaba con ser como su padre. Y puesto que nunca supo cómo fue en realidad, todo se concentraba en la ambigua ambición de ser libre, como aquel lobo flaco de la fábula que el profesor de latín le hizo memorizar a los dieciséis años. Sabía que no debía intervenir hasta que él hubiese acabado, y que cuando lo hiciera, la respuesta que su suegro esperaba era un sí sin matices. Una rendición en toda regla. Venía mentalizado para ello. Durante veinte largos minutos estuvieron consultando la documentación. Gonzalo se limitaba a pasar las páginas del dossier blandamente, sin prestar realmente atención. Sólo apuntó algunos matices sin importancia.

—Me gustaría seguir con los servicios de Luisa.

Agustín no puso objeciones. Todo se deslizaba con suavidad hacia su fin lógico. Hasta que Agustín se puso en pie, dio un par de vueltas alrededor y volvió a la mesa con el expediente de ACASA.

—¿Qué te parece? Una urbanización de lujo, un hotel de cinco estrellas, campos de golf, accesos por carretera nuevos, sistema de alcantarillado, tendido eléctrico y red de telefonía. Un montón de contratas y subcontratas que nosotros deberemos negociar. Éste será tu primer encargo conmigo. Estamos hablando de muchos millones.

Gonzalo sintió que le subía el calor por todo el cuerpo. Nunca había afrontado una clase de negociación de ese tipo. Litigar con propietarios expropiados, plantear recursos ante las administraciones, asesorar legalmente a las concesionarias.

—¿Por qué yo? No estoy al corriente de toda la documentación, tendría que estudiarla a fondo.

Su suegro asintió con impaciencia. Todo eso ya lo había previsto.

—¿Sabías que cuando era joven me gustaba correr maratones? Pues así es. Pasaba meses entrenando, alimentándome bien, estudiando el recorrido, y a mis potenciales rivales. Nunca dejaba nada al azar. Y sin embargo, en la prueba más importante, fallé por culpa de un detalle estúpido: el día anterior a la prueba había estado corriendo en el paseo marítimo, una carrera suave, para preparar los músculos. No me di cuenta de que un minúsculo grano de arena, una piedrecita insignificante, se había quedado en la suela. Cuando empecé a correr el día de la carrera noté la molestia pero no le di importancia, pensé que pasaría, que en algún momento desaparecería. Pero no sucedió así. Kilómetro tras kilómetro aquella piedrecita en mi suela empezó a hacerse enorme, empezó a martirizarme como si fuese un cristal de punta. Al final tuve que parar, quitarme la zapatilla y el calcetín. Perdí el ritmo de carrera y un tiempo precioso. Fue un fracaso que nunca he olvidado.

—No sé si te entiendo.

Agustín González le mostró un plano de la zona urbanizable y señaló un punto en el centro. Gonzalo miró a su suegro. Ahora entendía por qué se había mostrado tan

conciliador con el acuerdo de fusión.

—Las tierras de mi familia están en la zona afectada. Ésa es tu china en el zapato.

—Así es, lo que puede echarlo todo a perder.

—Pero esa propiedad no me pertenece a mí. Es de mi madre.

—Sólo el cincuenta por ciento. El otro cincuenta se divide al veinticinco por ciento entre tu hermana y tú. Muerta ella, sin testamento, su veinticinco pasa a ser propiedad de tu madre. Setenta y cinco para ella y veinticinco para ti.

—Ya veo que has estudiado el asunto.

—Nunca hay que dejar nada al azar. Esa propiedad está paralizando todo el negocio. Pero ahora podemos centrarnos en tu madre. Intenta convencerla, podemos pagar bien por esa casa que no vale nada. Suficiente para que puedas pagarle una residencia de lujo en Marbella si es lo que quiere.

«Indígnate cuanto quieras pero esto es lo que hay», dejó bien a las claras la mirada de su suegro. Gonzalo se revolvió inquieto, se quitó las gafas y sus ojos verdes se hicieron puntitos diminutos entre pliegues de carne, como canicas en un agujero de tierra.

—Aun así queda mi veinticinco por ciento.

Agustín González hizo un gesto con la mano, como si apartara una mosca zumbona y molesta.

—La asociación de tu bufete conmigo y el encargo para ACASA. Lo uno va con lo otro. Si no obtengo esa propiedad al cien por cien no hay trato. Nos jugamos mucho, y tú el primero. Llévate el trabajo a casa, estudia los documentos, piénsalo y me llamas. Esta noche espero tu respuesta.

—Aunque consigas mi parte, mi madre no venderá, de ninguna de las maneras. Esa finca lo significa todo para ella.

Agustín González soltó una risita mordaz.

—Lo hará, te lo aseguro.

La pintura a pastel de aquella marina ocupaba toda la pared frontal de la recepción. Un barco con tres hermosos mástiles atacaba las olas embravecidas, elevando la quilla sobre un rizo de espuma. Alcázar sonrió. Cecilia se hubiera mareado con sólo verlo, su esposa era capaz de vomitar en una barca del parque de la Ciudadela. Ese recuerdo le enterneció. La veía doblada por la cintura sujetándose el estómago y diciendo pálida como el papel que el agua era para las ranas y los peces, con aquel gracejo del sur que nunca perdió.

A través de la gran cristalera con cuarterones ingleses vio pasar la figura encorvada de Esperanza. ¿O debía llamarla Caterina Orlovska? Todavía le sorprendía la vitalidad que desprendía a su edad. Se dijo que, probablemente, Cecilia nunca hubiese acumulado aquella energía hasta el final. Esperanza estaba hecha de una

pasta distinta. Salió por una puerta lateral y se acercó a ella de cara, dándole tiempo a que le reconociera. La anciana alzó la cabeza como un topo, casi oliéndole, antes de tenerle lo suficientemente cerca para reconocerle. No era fácil, además de la casi ceguera de Esperanza, habían pasado treinta y cinco años y los dos habían cambiado mucho.

—Hola, Caterina.

Hacía mil años que Esperanza no escuchaba su verdadero nombre y oírlo de nuevo le provocó un sobresalto.

—¿Quién es usted?

—Hace muchos años, cuando ambos éramos un poco más jóvenes yo llevaba peluquín. Quizá por eso no te acuerdas. Soy Alberto Alcázar. Nos conocimos en 1967, yo era el encargado de la investigación sobre la desaparición de Elías. Nos vimos en el entierro de Laura.

Alcázar dejó que sus palabras se posaran despacio en la conciencia de Esperanza. Aquélla era la llave que necesitaba para abrir su memoria y meterse por el resquicio. De modo instintivo la anciana se cubrió los labios húmedos de saliva con un pañuelo engurruñado que llevaba en la mano, probablemente para secar el lagrimeo continuo de su ojo derecho.

—Seguramente sabes que tu hija y yo trabajamos juntos estos últimos años.

Esperanza negó con un gesto que parecía más fruto de una distonía que de su voluntad.

—No tengo nada que hablar con usted, márchese.

Alcázar se acarició el mostacho con el labio inferior. Apenas les separaban veinte años, Esperanza estaba al final de su camino y él ya había iniciado el último declive. Quizá por eso le resultaba más penoso sentarse al lado de aquella anciana y recordar a aquella mujer llena de viveza pese a sus cincuenta años que en 1967 le escupió a la cara delante de sus subordinados y le llamó asesino. Entonces Alcázar era otro, apenas tenía treinta años y necesitaba demostrar tantas cosas que le obligaron a abofetearla y a ordenar que la metieran en el calabozo. A ninguno de los dos se le había olvidado aquel bofetón, ni lo que pasó la noche de San Juan, en que Elías Gil desapareció.

—Sería absurdo pedirte disculpas por aquello a estas alturas, ¿no te parece? Nuevos pecados, y más graves, sepultaron los viejos. Pero veo que sigues siendo una mujer de armas tomar, como lo eras entonces.

Esperanza se obstinó en un terco silencio. Intentó valerse del andador para alejarse hacia la parte delantera del jardín, pero sus movimientos eran tan lentos que Alcázar apenas necesitaba moverse para acompañarla en su esfuerzo, con las manos en los bolsillos, sin dejar de mirarla.

—No te vi derramar ni una sola lágrima por tu hija en su entierro. ¿Eso no es ser

una madre desnaturalizada?

La anciana se volvió con furia, una furia que podría haberle roto el frágil y arrugado cuello. Una guedeja pajiza le partía en dos el rostro.

—Una hija que vitupera la memoria de su padre y que traiciona a su sangre trabajando con el policía que lo asesinó no merece ese nombre. ¡Con el asesino de su propio padre! —El rostro de Esperanza se había descompuesto con la rabia y con un odio que parecía imposible que cupiera en aquel cuerpecillo achacoso. Pero Alcázar no se dejó impresionar ni perdió la calma.

—Estamos solos, no puede escucharnos nadie, no necesitas seguir fingiendo ese papel de madre coraje y esposa en pos de la justicia. Conmigo, no, Caterina. Laura sabía la verdad, por eso vino a verme después de tanto tiempo, y por eso me pidió que la admitiera en mi unidad. Y lo hice por las mismas razones que tú decidiste que para ti tu hija estaba muerta. Nunca fuiste justa, ni valiente, diga lo que diga toda esa gente necesitada de heroínas y de santas laicas. Lo cierto, lo único cierto, es que él desapareció. Y ambos sabemos por qué.

—¡No! ¡Tú lo asesinaste! ¡Le disparaste por la espalda y lo arrojaste al lago aquella noche!

Alcázar sacó un recorte de periódico de unas semanas atrás.

—¿Puedes leerlo o prefieres que lo haga yo? «El ministerio de Fomento ha decidido clausurar la antigua subestación de Cal Guardia. Construida en los años cuarenta, la estación se alimenta de una presa que, según los informes de los técnicos, presenta graves daños estructurales, por lo que se procederá a la desecación previa al derribo. Conocida popularmente como el lago, la presa amenaza las zonas de cultivo adyacentes y los ecosistemas propios de la zona. Grupos ecologistas se oponen al proyecto arguyendo que tras las decisiones técnicas se ocultan en realidad planes urbanísticos de un importante consorcio de empresas interesado en la recalificación de los terrenos». Por eso te niegas obstinadamente a vender tu finca a Agustín González, ¿verdad? No tiene nada que ver con esa casa vieja, ni con los recuerdos familiares, ni con esa ridícula tumba vacía a la que subes cada domingo para poner flores con el ingenuo de tu hijo. Tú no quieres que se deseque el lago, porque sabes que ahí abajo no hay nada. Y si no lo hay, ¿cómo seguirás alimentando esa mentira de la que has vivido todos estos años? Prefieres quedarte con la duda antes que tener la certeza. Gonzalo no sabe nada, ¿no es cierto? Ni siquiera sospecha lo que ocurrió aquella noche. Era un niño de sólo cinco años y ha creído todo lo que le has contado.

Esperanza se balanceó y estuvo a punto de perder el equilibrio. Alcázar la ayudó a sostenerse, ella intentó rechazarle, pero el inspector no la dejó hasta que pudo sentarse en un banco, entre dos cipreses. Detrás de ellos el mar ronroneaba como un gato adormilado. Pronto iba a anochecer pero aún se oían las risas de los niños en la playa, y las gaviotas sobrevolaban un cielo despejado de nubes. Alcázar sacó del

bolsillo un sobre con el membrete de Agustín y Asociados y se lo puso con cuidado entre las manos.

—Firma ese contrato de venta, Esperanza. Fírmalo y sigue siendo lo que has querido ser todos estos años, la viuda del héroe, la guardiana de los recuerdos soñados, en ese mundo que inventaste para no volverte loca. O no lo firmes y vuelve a ser Caterina Orlovska; pero en ese caso, tu hijo sabrá la verdad, te doy mi palabra.

Cuando Alcázar se alejó no se atrevió a mirar atrás. Se sintió mezquino y ruin, y pensó que desde donde quisiera que Cecilia lo estuviese mirando, lo haría con tristeza y con pesar. Podía escuchar su lejano reproche, a través del oleaje petrificado de aquel cuadro de la recepción: «¿Cómo puedes vivir con esto, Alberto?». Y él respondía que no podía hacer otra cosa más que ser lo que era. Esa fidelidad a sí mismo era lo único que le quedaba después de que ella lo dejara solo.

Patricia estaba sentada al borde de la piscina con los pies metidos en el agua. Sus movimientos creaban tranquilas ondas que se expandían en círculos. Miraba ensimismada el fondo de azulejos, atrapada por los reflejos del sol. Javier estuvo observándola un buen rato desde la ventana de la cocina sin que ella se diera cuenta. Adoraba a su hermana pequeña, con su pequeña nariz pecosa y su pelo, que según le daba el sol cambiaba de tonos castaños a dorados. Era una sabionda, la mimada de su padre, consentida y a veces caprichosa, pero infinitamente ingenua. Era consciente de que ella lo echaba de menos, que lo admiraba y que le dolían sus rechazos, y a veces, Javier se sentía mal por no prestarle más atención.

Pero no siempre estaba dispuesto a soportar sus preguntas interminables. Patricia tenía una curiosidad insaciable y a menudo absurda que podía sacar de quicio a cualquiera. Un par de días antes la había sorprendido untándose con su crema de afeitar toda la cara y con la maquinilla en la mano. En lugar de enfadarse, Javier había estallado en una carcajada y se había entretenido durante veinte largos minutos en explicarle las técnicas del afeitado. No recordaba haberse reído tanto en los últimos meses. Pero por lo general procuraba evitarla.

Aunque nunca se atrevería a reconocerlo, tenía celos de ella, de la facilidad con la que se acercaba al cariño de su padre, de las largas e inagotables conversaciones que tenían y de la paciencia y el mimo que su padre derrochaba con ella. Podía pensar que cuando Patricia creciera esa unión se resquebrajaría, su hermana empezaría a tener un mundo propio muy distinto y su padre se sumiría en la perplejidad y en el desconcierto, sin saber cómo afrontar ese cambio; pero eso no le consolaba. Él no tuvo nunca esa complicidad, ni mereció más que una distancia fría, y a veces sorprendía en la mirada de su padre una extrañeza, como si no lo considerara su hijo, sino un bicho raro que se había metido en su vida sin saber cómo. Estaba convencido de que su padre no lo quería, que nunca lo había querido, y no entendía la razón. Era como si Gonzalo se sintiera mal con su presencia, y en cierto modo se lo hiciese saber. No le hacía reproche alguno, simplemente le mostraba su desagrado en silencio. Eso era lo que más odiaba Javier, el silencio permanente de su padre.

Siempre había intentado cumplir sus expectativas, pero resultaba agotador vivir sabiendo que cada paso que daba era observado con detenimiento, una especie de prueba continua: el modo de examinar las calificaciones académicas con una ceja arqueada, las preguntas estúpidas sobre novias y amistades, el modo disimulado de olerle la ropa o el aliento cuando llegaba tarde a casa los sábados por la noche. Incluso sospechaba que había estado hurgando entre sus cosas, aunque había tenido

cuidado de no dejar huellas. Había descubierto las cosas levemente cambiadas, una muda fuera de sitio, un libro en el estante que no le correspondía... Javier esbozó una sonrisa malévol: quizá esperaba encontrar carpetas de pornografía, mujeres con grandes tetas de silicona, contorsionistas de circo duro, una bolsa con drogas, jeringuillas, o fajos de billetes de procedencia incierta. Le hubiera resultado mucho más sencillo sentarse con él a charlar, preguntarle directamente, pero no había dicho nada. Prefería callar, evitar afrontar la verdad.

Javier alzó la cabeza y vio a su hermana en el marco de la puerta. No se había secado los pies y había dejado tras de sí un rastro de gotas en el suelo.

—¿Qué ocurre?

—Hay un hombre negro mirando el jardín.

Javier salió a ver. Desde la cancela vio al *hombre negro*. En realidad era un joven de más o menos su edad. Se alejaba calle abajo con una americana de lino al hombro y la otra mano en el bolsillo. No parecía en absoluto sospechoso.

—Sólo era alguien curioseando —dijo, volviendo al interior. Horrorizado, vio lo que Patricia tenía entre las manos.

—¡Dámelo inmediatamente!

Durante unos segundos Patricia manipuló el revólver del calibre 38. Era un arma vieja y oxidada, pero todavía funcionaba, Javier lo había comprobado disparándolo en el campo. Por suerte, había vaciado el tambor. De modo violento se lo arrebató.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Te vi esconderlo en el garaje.

Evidentemente, no lo había escondido bien. Si Patricia lo había encontrado, también podría hacerlo cualquier otro.

—A mí no me importa, pero papá se enfadará mucho si sabe que tienes eso —dijo su hermana, mirándole con una fijeza impropia de una niña de diez años. De repente, Javier entrevió algo en ella, una sabiduría que asomaba por el resquicio de su niñez.

—No tiene que enterarse si tú no le dices nada y si me prometes que no volverás a tocarlo.

Patricia había ocupado su sitio en el sillón giratorio del salón. Se daba impulso y daba vueltas levantando los pies del suelo. Javier detuvo en seco el giro y Patricia frenó tan bruscamente que su cuerpo salió impulsado hacia adelante. Tenía las mejillas sonrosadas y la expresión de estar un poco mareada.

—¡Prométemelo!

—No hace falta que me grites.

—No te grito.

—Sí que me gritas, y yo sé por qué estás enfadado todo el tiempo.

Javier notó cómo sus mejillas enrojecían.

—¿Qué es lo que sabes?

—Lo que haces... Y luego, siempre acabas llorando. A mí no me importa. Tendrías que contárselo a papá.

Javier sostuvo la mirada de su hermana, desafiante.

—Tú no sabes una mierda.

Patricia no se inmutó.

—Yo sé lo que sé.

Javier se enfureció, aferrándola con fuerza por los hombros.

—Me haces daño.

—¿Esto te parece doloroso? ¿Sabes lo que pasa cuando creces?

Su hermana negó con un mohín asustado.

—Que aprendes lo que es el dolor de verdad.

—Cuando vuelva papá se lo diré.

Javier alzó la mano, pero antes de estrellarla contra el rostro de su hermana se contuvo.

—No lo harás. Prométemelo. Porque si lo haces me marcharé y nunca más volverás a verme.

Patricia observó con alivio como la mano en alto de su hermano volvía a relajarse.

—Si tú me prometes que me llevarás contigo, yo te prometo que no diré nada de eso. No quiero que me dejes sola nunca, nunca, nunca.

Javier recibió desconcertado el abrazo de su hermana, le apretaba tan fuerte la cintura que parecía querer soldarse con él. Tragó saliva, emocionado, triste, asustado. Acarició el pelo húmedo de su hermana y la besó en la coronilla.

—Estaremos siempre juntos, te lo prometo.

Había quedado para comer con su madre. La agencia de viajes de Lola estaba en una calle del barrio de Gracia donde tocaba poco el sol, incluso en verano. El local no era muy grande pero era de propiedad y eso reducía los costes, y su madre, pragmática, había valorado eso por encima de otros condicionantes. La calle era poco transitada y la agencia ocupaba unos bajos feos, sin escaparate, sólo con una placa metálica en la fachada que pasaba inadvertida para los transeúntes. Javier sabía que su madre no necesitaba aquel negocio, que sólo funcionaba a medias. El abuelo Agustín se encargaba de que no les faltara de nada, pero era un modo de mantenerse ocupada y de creer que todavía era una mujer independiente.

Dos enormes esculturas de ébano de un hombre y una mujer desnudos hacían las veces de guardias impasibles a lado y lado de la entrada. La figura del hombre mostraba un falo que le rozaba la rodilla y la de la mujer tenía tallada la vulva de un modo tan explícito y exagerado que algunos clientes se azoraban al mirarla. Javier acarició con el dedo corazón los labios vaginales de la escultura imaginando que la

veía estremecerse y que el tipo de la gran polla le maldecía desde su eternidad pétreo, muerto de celos.

Oyó la voz de su madre en el altillo a través del hueco de la escalera. Debía de estar acompañada; sólo se reía alargando las carcajadas exageradamente cuando estaba en presencia de alguien que no conocía demasiado. Subió al altillo por la escalera de caracol, sorteando las pilas de folletines publicitarios, y la encontró apoyada en la pared con los brazos cruzados. Algo le hacía mucha gracia. Javier siguió su mirada hasta alguien que estaba haciendo el payaso con una máscara de hechicero. Al descubrirse, el payaso dejó las monerías y se quitó la máscara. Eso congeló la risa de Lola, que se volvió hacia la escalera.

—¡Javier! ¿Qué haces aquí? Habíamos quedado más tarde.

Lola se tocó el pelo y le tembló un poco la voz, como si su hijo la hubiese sorprendido en una actitud poco decorosa. Esa sensación de incomodidad se acrecentó al abrocharse innecesariamente un botón de la camisa que hasta ese momento mostraba quizá un poco más escote del necesario. Javier no apartó la mirada del falso hechicero. En sus ojos había una pregunta: ¿Qué significa esto?

—Ya conoces a Carlos, ¿verdad? Va a ocuparse de nuestra ruta de agosto para Burkina Faso. —Su madre se acercó y cogió la máscara sin saber qué hacer con ella entre las manos.

Javier asintió. Sí, claro, conocía al tal Carlos. Su madre había olvidado que fue él quien les presentó. Carlos era estudiante repetidor de último curso de Humanidades, cinco o seis años mayor que Javier; se habían conocido unos meses atrás, en un bar, y habían trabado amistad. Buscaba un trabajo para el verano y había hecho otras veces de guía turístico por rutas africanas, así que Javier pensó que era buena idea presentárselo a su madre; ella lo contrató enseguida. El currículum de Carlos era más extenso que el de un aspirante a la NASA. Seguramente la mitad de esa información era falsa, pero eso no le había importado a su madre. Carlos era un seductor nato: pelo rubio y largo, con bucles desordenados a lo vikingo, perilla cuidadosamente perfilada con matices pelirrojos, collar de falsos colmillos a lo cocodrilo Dundee y pulseras de macramé, lo que le daba un aire retro. Vestía con calculado desaliño, un tejano lavado a la piedra que resaltaba sus atributos, un buen culo y una buena polla que podría competir con la estatua de abajo, botas camperas con rozaduras en la punta y una camiseta de Greenpeace. Un rompebragas profesional consciente de un atractivo que sabía cómo explotar.

—¿Le enseñabas a mi madre ritos chamánicos?

—Sólo hacíamos un poco el tonto para relajarnos. —Su voz era grave, pero amistosa; podría ser locutor de radio o actor de telenovela. Y para colmo, sus dientes eran perfectos. Aunque sonreía a Javier, su mirada de ojos almendrados no le acompañaba. Estaba dispuesto a mostrarse amable porque Lola estaba presente, pero

sólo haría concesiones a un joven suspicaz hasta cierto punto, le advertía. Ambos se calibraron en silencio durante unos segundos que enrarecieron el ambiente, hasta que Carlos relajó los hombros. Javier adivinó entonces la ironía en el modo de estrecharle la mano al despedirse.

—Ya nos veremos.

Lola acompañó a Carlos a la salida, y Javier bajó detrás, a tiempo de ver cómo se despedían con un beso amistoso en la mejilla.

—¿Me lo ha parecido a mí o has sido un pelín desagradable? —le preguntó su madre cuando se quedaron solos en la tienda. Estaba molesta y nerviosa.

—¿Te gusta ese tío?

Lola miró a su hijo con alarma indisimulable.

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—Eso es lo que parece.

Su madre se plantó delante de él con los brazos en jarra, imprimiendo a su gesto toda la autoridad a la que podía recurrir en ese instante, aunque no logró resultar convincente.

—¿A qué viene esa tontería? Me estás ofendiendo.

—Hazme caso, mamá. Ese tío no te conviene. Yo sé de lo que hablo.

Lola soltó una carcajada seca, muy diferente a la que Javier había escuchado unos minutos antes. Ahora sonaba como el crujido de una caña seca al partirse en dos.

—Vaya, habló don experto. En primer lugar, no sé ni por qué estamos teniendo esta conversación; Carlos va a trabajar para nosotros, eso es todo. Y en segundo lugar, ¿qué crees que sabes? Tienes una imaginación muy calenturienta. No necesito que me convenga, me basta con que haga bien su trabajo, y te aseguro que sabe hacerlo.

Javier se encogió de hombros.

—Lo único que te digo es que tengas cuidado con él.

Lola se colgó el bolso al hombro y movió las llaves de la tienda en la mano.

—Me desagrada el sesgo de esta conversación con mi hijo de diecisiete años, así que vayamos a comer y olvidémoslo. ¿De acuerdo?

—Tengo casi dieciocho. —«Y tengo un revólver», pensó.

—Como si tuvieras cuarenta, Javier —atajó Lola con impaciencia.

Descendieron hasta la plaza del Reloj y buscaron sitio en uno de los restaurantes. Lola se sentó con la espalda muy erguida y desvió la atención hacia un grupo de palomas que se disputaban las migas dejadas en una mesa de la terraza. Se sentía incómoda por la interpretación errónea que su hijo hacía de lo que había visto. Pero en realidad se preguntaba cómo debía interpretarlo ella misma.

¿Qué se suponía que estaba haciendo con Carlos, un chico apenas mayor que su hijo? Tal vez tuviera el afán infantil de demostrar que estaba a la altura del joven, que

merecía su admiración, más allá de resultar una madura atractiva y además su jefa. Un desliz ingenuo, sin importancia. No pensaba acostarse con el amigo de su hijo. Era una historia demasiado previsible, mil veces contada, que terminaba resultando patética. Mujer madura con chico joven. ¿No lo haría? ¿Estaba segura de eso?

Lola observó a su hijo. No era la primera vez que había pasado por algo así. Quería a Gonzalo, de eso no cabía duda. Pero también lo quería dieciocho años atrás, quizá más que ahora, de modo más vehemente, al menos. Y sin embargo, entonces cruzó aquella línea roja que ella misma había trazado: puedes fantasear con las vidas que quieras, pero ésta es la que tienes, la que has elegido y por la que debes pelear. Rompió la regla y tuvo un romance de varios meses con un viejo amigo de la universidad, de éstos que reaparecen en tu vida para convencerte de que te perdiste algo en el pasado y que todavía estás a tiempo de recuperarlo. Un chico que no significó demasiado, pero que la dejó embarazada. Ése era su secreto y debía cargar con él. Pudo abandonar entonces a Gonzalo, pudo decidir otro camino, y no se atrevió, o no quiso hacerlo. Tanto daba. Durante todos estos años había tratado de convencerse de que era la decisión correcta. Llegó Patricia y su nacimiento fue como esa piedra pesada que sella definitivamente el camino de huida. No había marcha atrás, pero no podía evitar sumergirse en esta sensación de haber vivido toda una vida comprimida desde que se casó: sin darse cuenta había ido cediendo parcelas de sí misma a favor de su familia, y ahora de nuevo estaban apareciendo pequeñas grietas, fisuras apenas perceptibles en su seguridad. ¿Quién era esta mujer que viviendo oculta dentro de ella pugnaba siempre por desestabilizarla?

—¿Por qué me has invitado a comer? —le preguntó Javier, rescatándola de esos pensamientos contradictorios.

—Deberíamos hablar de ti y de tu padre. Va a necesitarte estos días, Javier. No se trata sólo de lo que le ha pasado, todo es complicado: la muerte de su hermana, el cambio de bufete, la casa nueva... y la verdad es que no le pones las cosas fáciles.

Javier afrontó la mirada de su madre con el rostro inexpresivo. No quería que ella pudiese ver nada que no fuese frialdad.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Se las pones fáciles tú?

Lola se quedó pasmada, movió los labios, cambió de postura las piernas cruzadas bajo la mesa y se concentró aparentemente en el pequeño ramo de violetas que adornaba el florero de la mesa. Estaban mortecinas, como las de las otras mesas, nadie las regaba ni les cambiaba el agua sucia, sobre la que flotaban pétalos azules y blancos, y pronto irían al cubo de la basura.

—Tu padre y yo tenemos una vida común. Y en ese camino, a veces es más fácil avanzar y en otros momentos uno siente que se queda estancado. Pero resolvemos nuestras diferencias porque nos queremos.

—Callar, fingir. Eso es lo que yo veo en esta casa. ¿Eso significa querer a

alguien? ¿Mentirse? ¿Así se sustenta el amor?

El rostro de Lola cobró la firme textura de las cremas reafirmantes que utilizaba todas las noches. Una pesada máscara. Su hijo no sabía de lo que hablaba. La ignorancia siempre es atrevida, y él creía en la arrogancia de las palabras. Sobrevaloraba su uso, sin darse cuenta de que las palabras son a veces como cristales rotos, y que no puedes empujar a alguien a caminar sobre ellas con los pies desnudos.

—No tienes derecho a hablarme así.

Javier se limitó a remover el tenedor entre los espaguetis que le habían servido y a beber sorbos de agua sin gas. Su madre le miraba con insistencia. Apenas había probado sus *tortellini* pero ya llevaba dos copas de vino blanco.

—¿No tienes nada que decir? —insistió ella, esperando una disculpa.

Javier imaginaba que era como el saco de gimnasio que tenía en el garaje, colgado de una cadena para recibir la frustración de los demás en forma de patadas y puñetazos, que absorbía sin quejarse, con un débil balanceo. Había visto a su padre golpear ese saco con rabia, después del trabajo o de una discusión muy fuerte con su madre. Al acabar, la superficie verde del saco volvía a ser tersa, sin rastro de los nudillos, como si nada hubiese pasado. Su padre se iba a duchar, se vestía con la meticulosidad de siempre y se sentaba a la mesa con aquella gravedad de pastor luterano. Así era la vida de su familia. Había crecido entre desconocidos que se esforzaban en mantener la apariencia de tenerlo todo bajo control, pero que no podían evitar aquellos gestos que les delataban. Resultaba enfermizo haberse dejado atrapar por ellos, convertirse en uno más, con sus secretos, sus mentiras y sus silencios incómodos.

Se echó hacia atrás en la silla y negó lentamente con la cabeza. Imaginó lo que ocurriría en casa si contase lo que había hecho, o peor aún: lo que era. Su padre apuntalaría con fuerza las piernas sobre los talones, haciendo crujir sus zapatos, lo miraría fijamente durante unos minutos y tal vez pronunciaría alguna frase terrible, pero lo haría de un modo tan civilizado que apenas se percibiría la crueldad de su sentencia, inapelable. En cuanto a su madre, reaccionaría con estupor moviendo los ojos de un lado a otro con desesperación, quizá llorase, pero se sobrepondría, le estrecharía entre los brazos, le besaría el pelo llamándole con aquellos diminutivos que tanto le gustaba seguir usando, porque le asustaba que su niño ya tuviera vello púbico, y durante algunas mañanas le llevaría el desayuno a la cama. Y por las noches, Javier tendría que taponarle los oídos a Patricia para no escuchar las cosas terribles que sus padres se dirían, los eternos reproches, la elusión de sus propias responsabilidades descargándolas con odio en el otro. ¿Y todo para qué? ¿Para obtener una absolución que ya no era posible y que acaso ni siquiera deseaba? ¿Quiénes eran ellos para juzgarle?

—Tienes razón, mamá. Lo siento, no debería haberte hablado así. Arreglaré las

cosas, me comportaré con papá.

Lola observó a su hijo con desconfianza.

—¿Lo prometes?

Javier observó las palomas grises peleándose por las migajas bajo la mesa. Se picoteaban con saña, revoloteaban dejando en el aire una nube de plumas rotas. Miró a su madre con una sonrisa beatífica. La mejor que pudo encontrar en su interior. En aquella familia todo el mundo se prometía cosas que luego no se cumplían. ¿Qué podía importar una más?

—Claro. Lo prometo.

Un sonido le avisó de que tenía un mensaje en el teléfono:

¿Nos vemos esta noche donde siempre? Necesito que me ayudes.

Javier se quedó pensativo. Tecleó una respuesta rápida:

No quiero volver a verte. Creí que quedó claro la última vez.

Detuvo el dedo antes de enviarlo. Lo pensó mejor y reescribió con una mezcla de sensaciones, entre el anhelo y la derrota, otra respuesta:

Espero que esta vez no me dejes plantado.

Lo envió y borró el registro de la bandeja antes de tener tiempo de arrepentirse.

Su madre lo observó con curiosidad.

—¿Una novia?

Javier apretó las manos bajo el mantel. ¿Para qué tienen ojos las personas? Les bastaría con dos botones ciegos que taparan el hueco de sus miradas vacías.

—Sí, algo así. ¿Me harías un préstamo?

Lola abrió la cartera y le entregó tres billetes doblados.

—No creo necesario que comentemos esto con tu padre.

Javier observó los billetes nuevos antes de guardárselos.

—¿Te refieres al dinero, a esta conversación o a lo que ha pasado en la agencia?

Lola absorbió la mirada irónica de su hijo. Tal vez Gonzalo no fuera su verdadero padre, pero desde luego, Javier tenía su mismo carácter.

Desde lo alto de la carretera se advertía a lo lejos, en la zona de la presa, el enorme socavón que las máquinas estaban haciendo en la montaña y los camiones que iban y venían por la orilla del lago impregnando el aire de un polvo espeso y calizo.

Gonzalo bajó del coche y descendió la ladera pedregosa con el plano que Agustín González le había entregado. Le había sorprendido el repentino cambio de parecer de su madre. Cuando fue a verla para explicarle la propuesta de su suegro, iba preparado para una larga y estéril discusión, pero sorprendentemente, su madre apenas había opuesto resistencia, incluso parecía querer cerrar aquel asunto con rapidez. Gonzalo tenía la sensación de que ella estaba esperando lo que iba a decirle, y que ya había tomado con antelación una decisión.

El puente de madera que salvaba el arroyo seguía ahí. Se preguntó si las viejas tablas podrían soportar todavía su peso. No se acercó a comprobarlo. Le habría dolido la evidencia de que los adultos pesan más que los niños, por razones que no tienen ver con las hechuras de la carne. Quizá su nombre y el de Laura continuaban grabados en el pasamano de madera. «Eso estaría bien, —se dijo—: que algunas cosas permanezcan inalterables pese al abandono». La casa estaba arrinconada entre la montaña áspera y un barranco sin más accesos que un par de senderos escarpados. Vaciló, como si se propusiera pasar de largo y regresar al coche, pero en el último momento sacó la llave del bolsillo y abrió el candado de la cancela.

Apenas quedaba rastro del antiguo camino empedrado que llevaba hasta la entrada principal, y los parterres que cuidaba su madre con mimo se habían liberado de su forma francesa, desbocados, como seres enloquecidos. Los rosales trepadores habían crecido en fuga sin la ayuda de guías e infectados irremediabilmente de pulgón. Las rosas silvestres, macilentas, no evocaban alegría sino un aire de cementerio abandonado. La fachada se resquebrajaba peligrosamente, pero todavía se empeñaba en una dignidad ajena a la herrumbre que la rodeaba. La vocación de aquella casa siempre fue ser monumento al olvido.

El interior estaba devastado. Los muebles rotos se repartían por el salón, alguien había arrancado las puertas a patadas, dejando un rastro de astillas colgando de los goznes. En un rincón permanecía la cómoda, milagrosamente intacta, protegida por espesas telarañas. Un ratón de campo se paseaba sobre un montón de flores fosilizadas, royendo un pedazo de tallo. Sus ojillos de cristal observaron a Gonzalo preguntándose qué hacía allí. Sobre una repisa de cemento había una vieja radio con la carcasa rota. Pulsó una tecla. Cuando ésta golpeó en el vacío, ese sonido resonó como el canto de las viejas canciones que a veces, cuando ella estaba mejor, canturreaban los dos, mirando por la ventana. «Y busqué entre tus cartas amarillas, un te quiero, vida mía...». Canciones de otros tiempos. Abrió un cajón y una lagartija se escabulló hacia el fondo. Entre trapos deshilachados que alguna vez fueron una mantelería de paño encontró una vieja libreta escolar de tapas verdes, con la tabla de multiplicar en la parte posterior. Limpió el polvo y la sacudió. Cinco por uno es cinco, cinco por dos diez, cinco por tres quince... Sonrió al recordar la cantinela en clase, todos a una, mientras el profesor les dirigía con la regla en mano como un

director de coro. Los pupitres dobles con agujero para el tintero, el mapa geográfico con los ríos de España, el abecedario escrito con letra gótica en la pared. Las tardes y los años de tedio, mirando cómo llovía detrás de las ventanas, aquellos sacerdotes hablando de san Pablo, de los escolásticos o de las teorías de Copérnico, mientras él soñaba con regresar en verano al lago y correr a bañarse en sus aguas turbias con Laura. Y cada mes de junio, al presentarse en casa con su viejo petate, la conciencia de que estaban un poco más lejos el uno del otro. Todavía se sonrojaba al recordar la impresión que le causó descubrir que su hermana tenía tetas. Unos pechos blancos y firmes con pezones sonrosados, y la mirada de pudor de ella al sentirse observada. Después de aquella primera mirada, ella no se bañó más desnuda con él. Eso era hacerse adulto, ocultarse de los demás.

Salió de la casa y la rodeó. El sol se estaba poniendo. Fuera del camino, las hojas podridas se amontonaban en los márgenes. En la hondonada quedaba parte del cobertizo. Al asomarse a través del portón que ajustaba mal, notó cómo el viento traía la presencia de su padre, arreglando el viejo Renault, inclinado sobre el capó abierto con los brazos arremangados revisando bielas, bujías o lo que demonios repasara con un trapo y una varilla, y Gonzalo tras él como un retaco atento a sus indicaciones para acercarle una llave inglesa o un martillo que apenas podía sostener.

Empujó la puerta y ésta cedió sin oposición, como si estuviera esperando su regreso. El techo estaba agujereado y olía como huelen los espacios que no respiran. Un desorden imposible de recomponer lo recibió. Su mano resbaló por esas paredes como si pudiera resucitar los recuerdos con el tacto: le venían a la mente horas de charla en voz baja con su padre para no despertar a su madre a la hora de la siesta, el olor de los puros caliqueños que fumaba, los atardeceres cuando su padre se sentaba en una silla y tocaba con emoción las teclas de su vieja máquina Densmore. Era curiosa la memoria; se olvidan acontecimientos primordiales y se recuerdan detalles insignificantes. Él se acordaba perfectamente de aquella máquina, la misma que salía en su sueño: era un modelo de 1896, pero funcionaba perfectamente, negra y dorada con las teclas redondas de marfil, de las que se había decolorado parte de las letras. El rodillo funcionaba todavía y al llegar a su tope emitía un timbrado como de bicicleta. Las varillas que imprimían las letras estaban situadas en forma de abanico y no permitía variar el tamaño o la tipografía de la letra. Había que tener buenos dedos y teclear con fuerza para impresionar en el papel. Despacio, una tras otra, las letras formaban palabras, y las palabras, frases. Gonzalo se preguntaba dónde fueron a parar todas aquellas palabras, cuál fue su destino. Qué contaban.

—¿Qué quieres ser de mayor, Gonzalo? —le preguntó una vez su padre.

—Yo no quiero ser mayor. Quiero ser siempre tu hijo —como si la condición fuera mantenerse en los cinco años.

Salió del cobertizo y lo rodeó por la parte trasera. Un pequeño bancal cubierto de

matojos se abría al valle. Entre las malas hierbas sobresalía la tumba sin cruz ni lápida, sólo distinguible por el pequeño montículo de tierra apelmazada sobre la que habían nacido las amapolas entre las que zumbaban los moscardones. Gonzalo consintió en cavarla porque se lo pidió su madre, y en enterrar un traje gris en el lugar del cuerpo que jamás apareció. Era el traje que él llevaba puesto la mañana que se casaron. Durante mucho tiempo, su madre pensó que él volvería, que se vestiría de nuevo con aquel traje que guardó celosamente durante años, y que todo sería como antes. Un antes que sólo les pertenecía a ellos dos, no al mundo, ni a los hijos, ni a las leyendas. Sólo a su intimidad. Y en cambio ahora estaba dispuesta a entregar aquella esperanza a los dientes de una excavadora. ¿Por qué?

Cerca de la tumba había una higuera. Una vez colgó allí un neumático viejo amarrado a una de las ramas con una soga. Gonzalo se recordaba balanceándose, contemplando el valle, en unas vacaciones, al regresar del internado, poco antes de que le expulsaran, a los dieciséis años. El sacerdote de la asignatura de religión les había estado hablando de Judas Iscariote y de su trágico final. Gonzalo apenas prestó atención al drama del traidor, sólo le interesaba saber si el Iscariote se ahorcó en un olivo o en una higuera, la clase de árbol donde consumó su cobardía. Suicidarse era de cobardes, pensó aquel verano de su adolescencia. Ahora ya no estaba tan seguro. El amor demuestra lo inútil de los prejuicios.

A lo lejos el cielo era un horizonte punteado de nubes, el mismo de siempre. Se sentó con la espalda apoyada en el tronco y contempló un paisaje que fue de los dos, de su hermana y de él. Era extraño estar aquí sentado, después de tanto tiempo, como antes. Gonzalo era el callado y Laura la que hablaba a todas horas, de cualquier cosa. Su hermana llegó a pensar que era un poco tonto, y eso no hizo que lo quisiera menos, pero le preocupaba su silencio, siempre tan concentrado dentro de su mundo. Sobre todo cuando regresaba del internado, Laura lo espiaba como si tuviese miedo de que le estallara lo que traía dentro.

En los inviernos de la niñez solía nevar. Laura saltaba desde la ventana del dormitorio y se zambullía de cabeza en las montañas de nieve esponjosa, mientras que él prefería apelmazarla para hacer todo tipo de animales o formas. Desde primera hora de la mañana cortaba la nieve endurecida durante la noche, creando aquellas figuras extraordinarias y efímeras. Ya entonces eran muy distintos y el amor que se tenían no bastaba para disimular aquellas diferencias. Gonzalo era el paciente, el voluntarioso, mientras que Laura prefería destrozar aquellas creaciones de nieve sólo para verlo enrojecer de rabia. Al pensar en aquellas crueldades pequeñas, sonrió. Laura nunca tuvo capacidad para la quietud y le consideraba a él tan serio, tan preocupado por la vida de los demás sin atender a la propia. Tenía razón, Gonzalo siempre fue demasiado sensato para su edad, desde que era un chiquillo orejudo y taciturno que recriminaba a su hermana cuando esta salía con los chicos mayores del

pueblo.

La echaba de menos, no a la mujer en que se convirtió, sino a su hermana mayor, la que le cogía de la mano y lo llevaba de excursión al lago cuando sólo era un chiquitín de cinco años, asustadizo como un gorrión. Aquella distancia los había destruido, y muchas veces, cuando visitaba a su madre en la residencia, se sentaba delante de ella y le preguntaba por qué aquel rencor, por qué no hacían las paces. Pero su madre sólo lo miraba y en su mirada no veía arrepentimiento, ni culpa. Sólo un odio profundo. Ahora ya era tarde, no tiene sentido ajustar cuentas con quien ya no puede pagarlas, pero Esperanza seguía empeñada en aquel odio seco hacia Laura. Todo por aquel maldito artículo que escribió sobre su padre.

Ojalá Laura nunca lo hubiera escrito. Las palabras no son más que bosquejos que no logran traspasar la realidad, y su hermana nunca lo entendió; las acumulaba, las anotaba, buscaba su significado y las memorizaba, se dejaba llevar por la fuerza de las expresiones, pero no se daba cuenta de que, a menudo, las palabras mueren por su trivialidad. Eran demasiado grandilocuentes, esperaba demasiado de ellas, cegada por el sonido y sin entender el eco del silencio que quedaba detrás. Las cosas importantes no necesitan decirse para ser ciertas, y a veces el silencio es la única verdad posible. Hubieran podido olvidar aquellas palabras escritas, aquellas infamias sobre Elías, borrarlas de la memoria, quemarlas, pero ¿cómo se quema lo que te arde por dentro? ¿Qué hacer con las cenizas si, por mucho que uno se empeñe en esparcir las, el viento las deja una y otra vez amontonadas en la puerta de tu casa?

—No debería haber vuelto aquí —murmuró. Quizá su suegro tenía razón y lo mejor era permitir que las máquinas arrollaran con todo. Los recuerdos siempre salen derrotados ante la realidad desnuda. No tenía sentido empeñarse en volver a los espacios del pasado que se sostienen todavía en pie. El resultado era decepcionante. Lo que se ha ido no vuelve. Le gustaría creer que bastaría con abrir los portones y tapar las goteras para que todo fuese como antes. Remodelar la casa, volver a habitarla como había soñado hacer años atrás, antes de ceder a la vida impuesta por Lola y su suegro. Pero ¿cómo reconstruir ahora la imagen de todos ellos, de su padre, de su madre, de su hermana y de él mismo? ¿Dónde encajarlo? Y sin embargo, Gonzalo estaba encadenado a este lugar para siempre. Como el perro doméstico de aquella fábula del lobo flaco que le obligaron a aprender de muchacho. Eso tenía razón: podemos alargar la cadena, pero llega el momento en que notamos cómo tira de nosotros.

Cerró los ojos, como cuando Laura le obligaba a jugar al escondite, ocultándose lo suficientemente cerca para que él pudiera encontrarla, porque le asustaba la soledad. ¿Dónde estoy? «Lejos, Laura, —pensó—. Estás muy lejos». Nada es del todo cierto y nada es del todo falso. Dentro de la apariencia existe la evidencia, y aun dentro de ésta, la siguiente. Gonzalo se preguntaba qué parte de la realidad era su

hermana, qué parte él mismo y qué parte aquella casa y su pasado. Juntos formaban un todo, separados en partículas errantes, sólo eran sueños perdidos.

Regresó a la carretera sin prisa. Antes de subir al coche lanzó una última mirada hacia la explanada de su vieja casa. Desde allí no podía ver la tumba tras el cobertizo, ni nada de lo que albergaban sus ruinas. La nube de polvo de las obras del lago se elevaba en el valle como la erupción de un volcán.

Moscú, principios de febrero de 1933

El ruido del motor de hélice era ensordecedor. Media docena de hombres empujaban a cada lado de las alas mientras el piloto viraba 180 grados sobre la explanada helada. La nieve formaba remolinos a su alrededor. «Un Spad siglo XIII de fabricación francesa, de 1918», dedujo Elías. Podía reconocerlo sólo por el sonido del motor de empuje. Un modelo anticuado, poco eficiente frente a los Camel ingleses o los Fokker alemanes, pero un hermoso aparato, sin duda. Una vez había visto uno de aquellos biplanos sobrevolando a baja altura los cielos grises de Mieres. El servicio postal de la compañía minera había comprado algunos tras la Gran Guerra en Europa, y una vez al mes aquel aparato aparecía entre las torres de los pozos mineros cargado de sacas y paquetes para aterrizar en el pequeño aeródromo detrás del complejo minero.

Su padre y los demás dejaban lo que estaban haciendo durante unos minutos para saludar con las gorras en alto el vuelo rasante del piloto, que mecía las alas a modo de reconocimiento. Los chiquillos corrían detrás de la cola en cuanto tomaba tierra, como si se hubiera posado sobre los tejados negros de hollín de sus casuchas un auténtico dragón. Todos admiraban a aquel piloto con el que Elías jamás llegó a hablar, y no sólo porque en aquel vuelo llegaban sus exiguas pagas, sino porque lo que más envidiaba un minero era a alguien capaz de despegarse del suelo. También él había soñado con ser uno de esos exploradores de las nubes, ver el mundo desde lo alto, atravesar veloz las columnas de carbón, escuchar desde lejos los zumbidos de los barrenos que reventaban la montaña. Por eso había decidido estudiar ingeniería. No para construir puentes, que es lo que terminaría haciendo. Sino para surcarlos en el aire.

—¡Muévete!

El golpe del fusil en los riñones le hizo trastabillar hasta el estribo del camión. Subió a la caja sin lona y se sentó en uno de los huecos libres. Volvió la cabeza hacia la explanada. El Spad se elevó titubeando como un pájaro lanzado por primera vez del nido, luego se estabilizó y se perdió ganando altura por encima de los potentes reflectores del aeródromo. Los sueños y la infancia de Elías le parecieron tan lejos como aquel avión perdiéndose en la noche de Moscú.

—¿A dónde nos llevan? —preguntó con nerviosismo la mujer que hicieron sentarse a su lado. Elías la miró de reojo haciéndole sitio en el banco, aunque la caja del camión ya estaba atestada y los guardias no paraban de hacer subir a más hombres, mujeres y a algunos niños. La mujer estrechaba sus delicados dedos con

fuerza hasta hacer empalidecer los nudillos. Tenía aire de profesora de primaria, debía de ser severa con los alumnos díscolos, y delicada con los más aplicados. Ahora, toda su seguridad se había esfumado.

Preguntarse por qué razón estaba allí, como los demás, era inútil. La mayoría de los ocupantes del camión militar compartían la misma mirada de incertidumbre, una mezcla de estupor e incredulidad. Nadie le había dicho nada. Después de firmar su declaración dijeron que iban a devolverlo sin contemplaciones a la frontera por «actividades contrarrevolucionarias y antibolcheviques».

¿Qué habría sido de Michael y de su inseparable amigo Martin? ¿Y de Claude? Por extraño que pudiera parecer no les guardaba rencor. Sólo le embargaba una profunda tristeza; a fin de cuentas, él había firmado una sarta de mentiras a cambio de un vaso de agua, pero no tendría que cargar con el peso de la traición ni de calumniar a nadie, excepto a sí mismo. A ellos los habían golpeado quizá durante días enteros, les habían obligado a delatarle y tendrían que arrastrar ese peso el resto de sus vidas. ¿Cómo podrían volver a creer jamás en causa alguna? Le hubiera gustado verlos una última vez, mirarles a los ojos, despedirse con un abrazo, tal vez no cálido, ni sanador, pero suficiente para seguir con sus vidas.

La idea de que iban a deportarlo casi le alegró. Sin embargo, se dio cuenta de que algo no encajaba al observar los rostros compungidos de sus compañeros de desdicha y el modo en que las madres abrazaban a sus hijos para protegerlos del frío cortante que azotaba la caja descubierta del camión. El vehículo arrancó dando una sacudida que zarandeó a todos los ocupantes y encaró a toda velocidad una carretera paralela al río Moscova rumbo hacia la oscuridad.

—Nos llevan a dar un bonito paseo bajo la luz de la luna. Cortesía de la OGPU — anunció con voz sarcástica un anciano.

Ígor Stern no tenía miedo. Se había inmunizado a los nueve años, cuando una unidad de cosacos le arrancó la piel a tiras a su padre en Sebastopol. Durante horas lo oyó gritar mientras la piel se le desprendía de los músculos y le colgaba en las pantorrillas como jirones de una vieja camisa. Uno de los cosacos lo roció de gasolina y obligó a Ígor a prenderle fuego con una antorcha. Lo hizo sin dudar y durante varios minutos contempló fascinado cómo la tea humana en que se convirtió su padre se revolvía en la nieve iluminando la noche.

Después de aquello, todo había sido mucho más sencillo en su vida.

Que ahora fueran a fusilarlo no era nada extraordinario. Era el propio Stalin quien había dicho «si alguien viene a nosotros con una espada, por la espada morirá. Tales son los cimientos de la tierra rusa». Él había vivido sus veinte años como sólo viven los lobos: libre, salvaje, tomando por la fuerza lo que el destino le negaba. Matar, morir, disfrutar, padecer, amar y odiar era lo que podía esperarse de la existencia. No

era un cobarde, ni suplicaría por su vida como había visto a los que le habían precedido en el paredón de la cárcel. Algunos se habían cagado encima y su mierda dejaba un rastro en la nieve pisoteada. De no haber estado con las manos amarradas, el propio Ígor los habría atravesado con una bayoneta. Odiaba a los débiles. Condenado a muerte. ¿No lo estaban acaso todos los vivos?

Mientras esperaba su turno (los fusilamientos eran por parejas), Ígor tarareaba una canción que había hecho popular la gran Orlova, la musa del cine y la danza. Si de algo debía quejarse, era de no haber podido disfrutar de esa clase de placeres. Aunque afirmaba sin rubor, como Lenin, que no entendía nada de arte, sentía algo especial cuando veía una obra de teatro o escuchaba una orquesta. Como las fieras, también él intuía un poder que no era posible domeñar en las expresiones que nacían del interior del alma humana. A veces se burlaba de su suerte, preguntándose si también podría haber sido un líder como Stalin de haber caído en manos de los popes en vez de ir a parar a una banda de mercenarios. ¿Qué habría pasado si hubiese podido desarrollar esa hermosa voz que todos decían que poseía? ¿Podría haber cantado en la Gran Ópera de Moscú? ¿Podría haber sido quizás amante de la Orlova? Podría. Pero lo más fácil era aceptar que su canto sonaba mejor en la soledad de la noche, como un lobo aullando bajo aquella preciosa luna que alumbraba el paredón manchado de sesos. Cuando le tocó el turno avanzó por su propio pie. No necesitó que le animaran a hacerlo con la punta de las bayonetas como a su compañero de ejecución, un maldito georgiano, llorón. ¿También había llorado cuando violaba y mataba a niñas y mujeres? Seguramente, no. Entonces debía de mostrarse feroz, como un perro rabioso.

—Compórtate, maricón, o yo mismo te arrancaré la yugular de un mordisco antes de que esos mierdas te metan un tiro en el pecho —le gruñó con rabia.

¿A cuántos había matado Ígor? ¿Por qué razones? Qué importaba eso ahora. Robos, violaciones, asesinatos. Cientos de peleas que atestiguaban sus cicatrices por todo el cuerpo, años de correccionales y cárceles que le habían dejado la piel sembrada de tatuajes, una por cada año en prisión. No podía esperarse una larga vida, pero sí una vida satisfecha. Que se fueran a tomar por el culo la piedad y la clemencia, Dios y los ángeles. En la vida sólo existía el momento. Y el suyo tocaba a su fin. ¿Por qué no disparaban de una vez? Estaba harto de escuchar los lamentos del jodido georgiano. Hacía frío y estaba a punto de volver a nevar. El jefe del pelotón no había dado la orden de apuntar. Seis fusiles contra dos pechos, era fácil concentrar los disparos a poco que mantuvieran el pulso firme y no cerraran los ojos al efectuar la descarga. Ígor los miraba con odio. «Niños, —pensó—, reclutas que tienen un miedo atroz».

—¡Se me está enfriando el culo, camarada!

El jefe del pelotón, un sargento veterano, le lanzó una mirada de desprecio y a

continuación lo ignoró para concentrarse en el tipo del chubasquero negro que le mostraba un papel. Ígor intuyó algo extraño. Conocía a los de la GULAG, la policía de deportaciones. Con esos cabrones había que andarse con cuidado. Podían rajarle el pellejo incluso a un lagarto como él y arrancarle aullidos de dolor. Después de unos minutos de deliberación, el sargento de los fusileros les ordenó posición de descanso. El carcelero checheno se acercó y se encaró a dos centímetros del rostro de Ígor.

—Tienes suerte, cerdo judío. Pero me temo que los desgraciados con los que te encuentres en adelante no van a tenerla.

Ígor le mostró sus dientes podridos.

—Si pudiera te arrancarí la lengua, lo sabes, ¿verdad?

El sargento soltó una carcajada furibunda. Y sin contemplaciones le dio un tremendo cabezazo que le abrió una brecha en la ceja.

—¡Sacad a toda esta morralla de aquí! Metedlos en los camiones, deprisa.

Después de tres horas de marcha y sin nada que lo hiciera prever, el camión se detuvo poco antes del alba, en medio de la nada, rodeado por una espesa bruma que subía desde la ribera del río. A lado y lado se alzaban grandes bosques de abedules. Elías pensó que iban a fusilarlos en aquel lugar, y lo mismo creyeron los demás, que empezaron a removerse inquietos y a murmurar. Cuando se abrió el portón y los guardias les hicieron bajar, los murmullos se convirtieron en gritos y ataques de histeria. En un momento se formó un alboroto tremendo. Los guardias pugnaban por hacer bajar a la gente y éstos se negaban, aferrándose unos a otros entre lamentos. Era absurdo, pensó de repente, Elías.

—Quizá sólo nos han expulsado de la ciudad —murmuró alguien. Aquel razonamiento era débil e improvisado, pero les daba una esperanza. Las esperanzas más frágiles se convierten en increíbles cuando no hay otra cosa a la que aferrarse. Los obligaron a formar en fila india. A la explanada habían llegado antes otros camiones, y todavía seguían apareciendo más faros entre las lindes del bosque. Elías comprobó con asombro que había centenares de personas en su misma situación. Aquélla era una operación a gran escala. Poco a poco la columna formó varios cientos de metros, y a una señal se pusieron en marcha como un disciplinado ejército, flanqueado por guardias armados. Al poco aparecieron los raíles de una vía de tren y las luces de posición de un vagón de carga. Y luego otro, y aún otro, hasta una docena. En la cabecera, la locomotora soltaba vapor de agua como un purasangre impaciente. Paradójicamente, se escucharon muchas voces de alivio: aquel tren siniestro significaba que, fuese a donde fuese, el viaje no había llegado a su fin. Sólo acababa de comenzar.

—Al este —murmuró un chico joven que caminaba junto a Elías. Tenía un brazo en cabestrillo y la cara terriblemente deformada por golpes todavía recientes.

—¿Qué quieres decir?

El muchacho señaló el cauce del río y luego la vía paralela y el sentido de marcha de la locomotora. Se llamaba Anatoli y era geógrafo. De Leningrado. La resignación era patente en su mirada.

—Siberia, tal vez Kazajistán. Pero vamos a las estepas.

El joven miró especulativamente con su párpado abultado el pesado abrigo de Elías.

—Más vale que conserves bien ese tabardo. Créeme, te va a hacer falta.

Poco a poco el horizonte iba adoptando una tonalidad de gris acero que contrastaba con el largo convoy de vagones de madera. Los guardias, exasperados por una repentina prisa, como si todo debiera consumarse antes de que llegase el alba, trataban de dirigir a la muchedumbre hacia los vagones. La noche estaba llena de acentos diferentes, de quejas, de excusas, de súplicas, de insultos y de amenazas. Pero una tras otra aquellas voces eran acalladas e introducidas a la fuerza por los oscuros portones asignados.

Dentro del vagón el aire era asfixiante. El suelo estaba cubierto con paja podrida. Decenas de personas se apiñaban cerca de las estrechas rendijas de madera, custodiando con codicia aquellos resquicios por los que podía respirarse el aire frío del exterior. Empujado por los que iban subiendo detrás, Elías se vio arrastrado hacia el fondo. Se preguntó a cuántos más iban a meter en el vagón, apenas tenía espacio para moverse, no podía eludir la respiración de la gente que le rodeaba echándole el aliento a dos centímetros de su cara. Como pudo encajonó su cuerpo de lado para tener un poco de libertad de movimientos en los brazos. Ocurría algo muy extraño; aunque el espacio era cada vez más reducido, las personas que estaban al fondo se negaban a seguir avanzando, dejando una tercera parte del vagón libre.

—¡Avanzad o nos asfixiaremos! —gritó en su precario ruso.

Nadie le obedeció. A trompicones, haciendo uso de los codos, logró acercarse a aquella muralla humana para ver qué sucedía. La gente que le rodeaba volvía la cara o miraba al suelo, asustada, incluso los había que preferían retroceder y quedar comprimidos por la masa.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no ocupáis todo el vagón?

Contra las paredes de madera, media docena de hombres descansaban tranquilamente, incluso algunos fumaban con las piernas estiradas. Uno de ellos se había tumbado cuan largo era con un saco a modo de almohada.

—No te metas con ellos. Son presos comunes, asesinos, violadores, mala gente —le advirtió una anciana, al ver la expresión de enojo de Elías.

Uno de aquellos hombres tenía el rostro cruzado por múltiples cicatrices y todo tipo de tatuajes. Jugeteaba en cuclillas con un pedazo de madera puntiaguda que había arrancado de la pared y le daba filo con un clavo oxidado. Elías advirtió un

asomo de hilaridad en sus ojos, como si el miedo de los demás le divirtiera.

—Deberíais apretaros un poco —le dijo Elías con firmeza—. Tenemos que compartir el espacio.

Ígor Stern posó sobre Elías su penetrante mirada. El rictus expresaba una potencia feroz y la ausencia de dudas.

—Aquí los derechos se conquistan, no se regalan. ¿Quieres más espacio? Ven a pelear por él —le retó entre las risas de otros reclusos.

Elías era fuerte, probablemente más que aquel tipo de aspecto amenazante. Pero sabía que la fuerza bruta no tenía nada que ver con la preeminencia en aquel mundo al que acababan de arrojarle. Su orgullo le decía que debía traspasar aquella línea invisible en la paja podrida, y que al entrar en aquel reino inventado por esa media docena de reclusos los demás le seguirían. Eran más, ¿qué podían hacer unos pocos matones contra aquella masa desesperada? Y sin embargo no se movió, intuyendo que los demás no iban a seguirle. Ésa era la fuerza que allí importaba, la del temor. Quien lograba inspirarlo era quien tenía el mando. Siempre había sido así y siempre lo sería. Unos pocos dotados de especial crueldad dominaban a la masa sumisa.

Ígor sopesaba con los párpados entrecerrados a aquel joven que apenas sabía hablar ruso. Se le daba bien calibrar a la gente, así había logrado sobrevivir, sabiendo contra quién se enfrentaba, sin menospreciar a sus rivales. Otros, muchos otros, habían cometido ese fatal error, incluso frente a él mismo. Ellos estaban muertos y él seguía con vida. Decidió poner a prueba la determinación del joven.

—Me gusta tu abrigo.

Elías sintió un miedo paralizante que se acrecentó al ver cómo la gente a su alrededor se hacía pequeña, apretujándose los unos contra los otros como hacían las ovejas cuando intuían el ataque de los lobos. Giraban la cara con la absurda creencia de que si ellos no veían el peligro, el peligro no los veía a ellos. Si alguien se quedaba aislado y fuera del grupo compacto de la masa, era la pieza expiatoria. Y Elías sintió esa soledad a su alrededor.

—Ven a cogerlo —dijo, sin ser consciente de las palabras y sin una determinación detrás que pudiera sostenerlas. Eran palabras surgidas de su interior, de un tiempo de niñez en las minas, cuando el capataz ordenaba las tareas del día y otros críos trataban de ganarle el puesto arrastrando las vagonetas para no tener que entrar en los túneles de ventilación, que eran insalubres y peligrosos. Era común que los capataces y los mineros más antiguos jalearan las peleas entre los críos para hacerse con uno de aquellos sitios en la superficie del pozo, hacían apuestas y formaban un círculo que era un cerco de cuerpos vociferantes a su alrededor, empujándole a pelear. Elías sentía siempre la carga del temor, su repugnancia hacia la violencia le hacía temblar de miedo y de rabia. Pero nunca cedió su sitio.

Ígor se rozó la mejilla descarnada con la astilla punzante. Agachó la cabeza entre

los hombros y soltó una risita que le obligó a convulsionar el cuerpo. Poco a poco esa risa se fue acrecentando hasta convertirse en una carcajada. Le gustaba el mimo, la tragedia de la vida, interpretar todos sus papeles. Sí, además de tener buena voz, siempre fue un buen figurante, se ponía una máscara u otra según le convenía a las circunstancias o le apetecía a su estado de ánimo. Qué buen actor se había perdido la madre Rusia, solía decir de sí mismo, qué gran histrión. Se enderezó como un coloso que emergiera de las profundidades y se recostó en la pared, observando a Elías con una actitud de fingido apaciguamiento. Éste comprobó que había calibrado mal al preso. De pie era casi tan alto como él, y por su manera de mover la astilla, sabía utilizar un arma blanca mucho mejor de lo que jamás aprendería a hacer Elías.

—El cachorro quiere poner a prueba sus dientes. Piensa que está preparado para la pelea.

El séquito de hienas le rio la gracia como un coro inquietante. Sólo esperaban que Ígor diera el primer golpe para abalanzarse sobre él. Todavía estaban celebrando su suerte; unas horas antes en las celdas rezaban a sus madres, los que las habían conocido, mientras se escuchaban con una monotonía paralizante las descargas de fusilería en el patio de la prisión. Rezaban los que creían en Dios y rezaban los que no creían. Con ira o con pesar repasaban los últimos instantes de sus vidas, alguno de ellos pensaba que no había sido mala, la mayoría sólo veían la fosa abrazándoles antes de que la tierra se helase. Y ahora, el milagro se había obrado. Les habían soltado, como una jauría impaciente en medio de un rebaño. Todos para ellos. Un sueño.

¿Aquel oponente era valiente o estúpido?, se preguntó Ígor, sopesando qué posibilidades tenía de vencerle. Había conocido toda clase de hombres y de la mayoría no había aprendido demasiado. Los valientes le gustaban cuando su valentía no era locura o estupidez suicida, sino una fuerza que les impedía ser otra cosa que ellos mismos, incluso aunque se perjudicaran. ¿Cuántas palizas y cicatrices guardaba su cuerpo por no haber obedecido a un guardia o por no rehuir una pelea aunque tuviera las de perder? Despreciaba a los dúctiles, esas alimañas que se plegaban siempre del lado del viento y que nunca se quebraban del todo. Lameculos, chivatos, delatores, débiles con el fuerte, crueles con el débil. Almas de carcelero. No, lo único que contaba, la única cosa que merecía su respeto era la voluntad de ser uno mismo: poco le importaba si ángel o demonio; ser fiel a la naturaleza propia, hasta las últimas consecuencias. ¿Lo era aquel joven? ¿O sólo era un bravucón atrapado en la trampa de su vano e inoportuno orgullo? Podría haberle dado el abrigo sin chistar, y eso no le habría salvado. Luego le habría exigido las botas, y así hubiera seguido hasta dejarlo desnudo, e incluso, probablemente lo habría rajado con su punzón de madera para dar ejemplo a aquella masa acobardada.

No podía permitir que nadie le usurpara el puesto, no ante aquellos lobos que le

acompañaban y que todavía se preguntaban si podían ser dueños de la manada. El caso era que aquel joven le gustaba. Su modo de mirarle, sin odio, sin disimular su temor, pero con las piernas abiertas y las rodillas un poco flexionadas, dispuesto a pelear por su abrigo, que en aquel instante era la metáfora de todo lo que tenía, y que no se iba a dejar arrebatarse sin más. Podía dejarlo estar, por ahora. Habría otros momentos y otras piezas más fáciles de cobrar. Incluso, se dijo, podía adoptarlo en la manada. Pero supo que eso no era posible, lo vio en su expresión. Era decente, y esa idea casi le hizo soltar otra carcajada: decente. Miles de hombres decentes remaban en las barcas del infierno, lamentándose por su decencia perdida.

Ni siquiera le ordenó a su mano moverse. Su mente no necesitaba pensar. Actuaba sin preguntas y sin dudas cuando se imponía el instinto a su gusto por los razonamientos. En una fracción de segundo, Ígor Stern, el hijo de un carretero judío desollado vivo por una partida de cosacos, salvó la distancia que le separaba de Elías Gil, el hijo ingeniero de un sindicalista minero, promesa de un mañana mejor para los suyos, y le atravesó el ojo derecho con la punta afilada del madero. Podría haber profundizado más, empujar con violencia la astilla, romperle el nervio óptico y abrirse camino hasta su sorprendido cerebro, pero no lo hizo. Permitió que retrocediera gritando de dolor con el palo clavado y que cayera hacia atrás convulsionándose, sin espacio para encontrar el suelo.

—He dicho que me gusta tu abrigo —repitió secamente Ígor. «Coge lo que quieras hasta que alguien te lo impida». Ése era su lema. Se inclinó sobre la cara sangrante de Elías y le arrebató con violencia el abrigo sin que nadie se lo impidiera. Tiró de una manga y de la otra.

—¡¡No!! —gritó Elías, aferrándose con una furia inusitada a su prenda.

Ígor se detuvo, perplejo. Y antes de que su sorpresa se convirtiese en rabia, notó en la nariz el puntapié de la bota de Elías y enseguida supo, por el crujido, que aquel loco le acababa de partir el tabique nasal. Aturdido, se incorporó, se palpó la cara y contempló, estupefacto, las yemas de los dedos manchados de sangre. Excitados por la pelea, la jauría que le rodeaba se abalanzó sobre la presa caída. Elías gemía, taladrado por el insoportable dolor en el ojo, pero aferraba con brazos y piernas su abrigo.

Como un milagro que sólo puede suceder entre los seres humanos, dúctiles y cambiantes, la masa heterogénea de rostros y vidas anónimas se abrió, pero esta vez no para escapar, sino para volver a cerrarse sobre el desdichado joven y su abrigo. Manos y brazos lo ocultaron de la fiereza de los lobos, protegiéndolo en el centro del rebaño. Qué extraña paradoja es que las ovejas de pronto formen y cierren filas para plantar cara a los lobos. Éstos, desconcertados, prefirieron retroceder hasta su círculo seguro. Gruñendo con el lomo erizado, pero hacia atrás, paso a paso.

Durante los días y las noches siguientes, Elías vivió en una frontera de fiebre y ensoñaciones, sin ser muy consciente de nada. A veces despertaba y veía el rostro de una mujer observándole, con gesto preocupado, escuchaba su voz como un murmullo de océano cuyas palabras no le penetraban. Luego volvía a sumirse en una oscuridad tumultuosa, preñada de imágenes y pensamientos imposibles de encadenar con lógica. Su cuerpo se abandonaba y su mente hervía como la lava antes de petrificarse para siempre. Cuando recuperaba el conocimiento sentía el hormigueo de la infección en el ojo bajo la venda mugrienta, la pestilencia de la herida, la carne pudriéndose y los golpes y gritos de los guardias.

La mujer seguía junto a él y le obligaba a beber, acercándole un cuenco de sopa que en realidad sólo era agua hervida. Luego le hacía engullir migajas de pan helado después de reblandecerlas con su propia boca, alimentándolo con paciencia como hacen los niños con los gorriones moribundos. Y entretanto, el viaje continuaba, el infinito engullía a los seres humanos convirtiéndolos en partículas pequeñas, insignificantes, no muy distintas a los copos de nieve cayendo impasiblemente sobre los árboles.

Elías despertó en una noche preñada de estrellas, tan cercanas que podía alzar los dedos temblorosos y tocarlas como si fuesen la decoración extraordinaria de una bóveda. La cabeza le pesaba y todo su cuerpo era pura gelatina, había perdido peso y una barba áspera le había nacido bajo la cuenca de los ojos.

—Bienvenido al mundo.

Era la voz de la mujer que había estado cuidándole. Tenía la camisa parcialmente abierta y sus pechos cálidos rozaban con su aroma el rostro de Elías mientras le levantaba la venda y con el dedo índice palpaba el ojo vaciado como si volviera a dibujarlo para devolverlo al sitio del que se lo habían arrebatado.

—La infección de tu herida ha mejorado, pero no vas a recuperar ese bonito ojo verde. Imagina que a partir de ahora verás las cosas como en un guiño.

—¿Dónde estamos?

—En alguna parte de ningún sitio, entre Moscú y Tomsk.

Elías se palpó el vendaje con un estremecimiento. La imagen de Ígor clavándole la astilla en el ojo derecho y la lucha por su abrigo, que todavía conservaba, le parecieron una cosa de otro tiempo, y sin embargo había ocurrido apenas hacía diez días. Junto a la mujer había un hombre de pie, cubierto con una manta de la que sólo eran visibles las manos buscando el calor débil de las llamas de una hoguera. La mano izquierda estaba envuelta en un sucio harapo y le faltaban dos dedos. Elías se incorporó con dificultad ayudándose del codo y se concentró en el perfil del joven.

—No pongas esa cara. Deberías ver tu propio aspecto.

—¿Claude?! ¿Eres tú?

El joven destapó la cabeza y durante unos segundos se midieron en silencio.

—Será mejor que os deje solos. —La mujer se incorporó y se alejó hacia un grupo de gente que se arracimaba en torno a otra hoguera. Las había por todas partes en una larga extensión de terreno, cientos de pequeños núcleos de calor en torno a los que se movían sombras. El tren se había detenido en medio de la llanura.

Claude le ofreció a Elías una diminuta patata asada. Aquel gesto llevaba implícitas todas las excusas que no iba a pronunciar en voz alta.

—Es todo un lujo, la mitad de mi ración, no la desprecies.

Elías aceptó el tubérculo. Durante unos minutos Claude se quedó mirando cómo lo mordía con paciencia.

—Fue Michael. Él fue el primero en firmar contra ti, luego lo hizo Martin... —dijo, al fin, contemplando las llamas azuladas y sin calor de la lumbre, como si hablara para sí mismo.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

El francés alzó el puño amputado como un trofeo del que ya no se sentía orgulloso.

—Yo firmé el último —respondió, lacónico.

Elías desvió la mirada hacia lo que sucedía fuera del cerco de luz de la hoguera. Pese a toda aquella gente acampada, el silencio era sobrecogedor, como si estuvieran solos.

—¿Y qué ha sido de Michael y de Martin?

—Nuestros amigos se han revelado como dos supervivientes natos. No han tardado en unirse a la banda de Ígor, el preso que te hizo eso. Son sus putillas; en cuanto el cabrón ese les silba, ellos acuden como perrillos falderos.

Elías sacudió la cabeza. Le costaba creer que sus antiguos compañeros pudieran mostrarse tan dóciles, en especial Michael, el escocés.

—Ésta es la tierra de los prodigios —dijo Claude con amargura—: los campesinos pueden ser zares. Están trayendo a más prisioneros. No sé de dónde narices los sacan: «la patria socialista» parece un vivero inagotable de culpables —remachó, escudriñando lo que sucedía en la oscuridad.

Elías no respondió. No tenía ánimos todavía para soportar las diatribas de Claude. Buscó con la mirada a la mujer entre las hogueras hasta que la localizó. Tenía en brazos a una niña pequeña, de apenas dos años.

—¿Quién es?

—Se llama Irina. Dicen que era cirujana en un hospital de Kiel. Si no he perdido la mano ha sido gracias a ella. Tú también le debes la vida, no se ha separado de ti ni un momento en todos estos días.

Elías la observó desde la distancia. Era una andrajosa, como todos ellos, vestía harapos y ropa de hombre que le holgaba por todas partes, estaba sucia y humillada, y su piel destilaba el tono macilento de la enfermedad tísica. Pero desprendía una luz

propia y digna, como un sol con su esfera ajena a lo demás.

—¿Y la niña?

—Anna. Es su hija.

—¿Y qué hay del padre?

Claude se encogió de hombros.

—No habla de él.

Las miradas de Irina y Elías se cruzaron un instante. En la expresión de ella había una determinación tan feroz como triste.

Antes del amanecer, los guardias, secundados por una horda de presos comunes, empezaron a azuzar a la gente para devolverla a los vagones. Tumbado de bruces en la nieve, Elías despertó con el peso de los copos de nieve acumulándose sobre las hombreras del abrigo y la espalda. La humedad le traspasaba las botas y los calcetines y la ventisca le acuchillaba la cara. Se sentía todavía muy débil y al intentar incorporarse se mareó. La gente estaba levantando la acampada de la noche y no había rastro de Irina. Claude también había desaparecido. Los guardias estaban reclutando a algunos hombres para acarrear fardos desde un galpón hasta el tren. Uno de ellos le dio un puntapié.

—¡A trabajar!

El saco que le asignaron pesaba demasiado, de modo que tenía que arrastrarlo entre las traviesas de la vía como si tirase de un muerto. Estaba débil, la herida infectada le había hecho enfebreecer y aquel peso era enorme. Arrastró el saco dos, tres metros hasta que cayó entre los raíles cubiertos de nieve. Se puso en pie, volvió a tirar del saco y de nuevo trastabilló. Al cabo de quince largos minutos, se dio por vencido. Estaba tan agotado que pese a las increpaciones y las patadas de los guardias, no se movió. Prefería quedarse quieto y esperar que la nieve se convirtiera en su sudario como ya había ocurrido con otros.

Allí tumbado, añoró cosas que ya había olvidado: el viejo calor de una vida que parecía tan lejos que era como si nunca hubiera existido, la imagen de su padre sentado en un sillón de grandes orejas leyendo en voz alta a Chéjov, la silueta intermitente de su madre frente a la lumbre... Sólo unas pocas semanas atrás era un joven que ansiaba devorar la vida, paseaba por las calles de Madrid, iba a cafeterías, a mítines, al cine, tenía amigos que le querían, planes de futuro, todos confiaban en que él podía vencer al destino, romper el círculo de pobreza que había aprisionado a su familia durante generaciones. Todos los ahorros de sus padres, de sus primos y de sus tíos habían servido para que él estudiase, y se prometió estar a la altura de sus esfuerzos.

Pero la suerte había dejado de mimarle. Iba a morirse de un modo absurdo e inesperado en una tierra que ni siquiera había tenido tiempo de conocer. Aunque la

hubiera conocido de antemano no habría sido capaz de comprender la enormidad de lo que significaban las distancias de semejante vastedad. Lo que él creía inmensidad sólo era el vestíbulo de un espacio infinito.

A pesar de esa certeza, no se sentía mal. Lo que contemplaba a su alrededor era tan hermoso que no podía ser real: la naturaleza insobornable hacía su voluntad con los hombres, y a él no le quedaba sino dejar de forcejear contra esa evidencia. Estaba amaneciendo en medio de la nada, los árboles desnudos se adivinaban entre la niebla y los cuervos descansaban sobre el tejado del galpón. A su derecha, un río discurría serenamente paralelo a las vías del tren, y más allá se adivinaban bosques sin fin.

Y entonces lo vio: un enorme alce, hermoso y distante, surgió de entre la niebla y se detuvo a pocos metros, vigilando de reojo a Elías con su gran órbita de oscuridad líquida, dueño del tiempo y rey de su reino, como si quisiera anticipar las intenciones del hombre tendido. ¡Era una aparición! Elías hubiera querido tener fuerzas para acercarse despacio y atreverse a tocarlo.

De repente, un impacto atronó en el aire, y luego otro, y aún otro más. Elías hundió el rostro en la nieve, protegiéndose la cabeza con las manos. Cuando alzó la vista vio cómo aquel animal majestuoso retrocedía con los ojos desorbitados, las patas delanteras se le doblaron y cayó muerto. Los guardias le disparaban todavía con sus fusiles, entre risas de feria, y continuaron haciéndolo un buen rato después de que el animal yaciera abatido. Cuando volvió el silencio, todo se había muerto. Los cuervos se alejaron graznando, la ventisca dejó de batirse, incluso el río pareció quedarse quieto. Lo único que se movía era el reguero de sangre que brotaba de la nariz y la boca del alce, remansada sobre la nieve blanda.

Elías se puso a llorar como un niño.

El pitido irritante del tren anunció que estaba listo para reemprender la marcha. Un guardia conminó a Elías a levantarse, pero éste no reaccionó. El guardia le tanteó con la punta de la bota, calibrando lo que le quedaba de vida, y con un encogimiento de hombros se dispuso a dejarle como si fuera carroña. A Elías no le importaba quedarse allí, mirando los ojos convertidos en barro petrificado del alce y la sangre que bebía la nieve. Eso era mejor que seguir con tanto sufrimiento para morir sólo un día después, unos metros más allá.

—No les des esa satisfacción. Quieren que nos muramos sin tener que mancharse las manos. ¿Qué clase de verdugo es el que no quiere hacer su trabajo?

Unas viejas botas agujereadas y sin cordones se habían detenido a escasos centímetros de su nariz. Entre brumas, Elías vio unas piernas que se flexionaban y una mano de dedos delicados, extrañamente limpios, que le rozaron el pelo rígido y congelado. Era ella, Irina.

—Si quieren acabar contigo, tendrán que hacer mucho más que esto.

La mirada vacilante de Elías se posó sobre aquellos grandes ojos grises que lo

contemplaban de modo penetrante y significativo: «arriba», le decían. Aceptó aquella mano sabiendo que quien se la tendía era también un náufrago que lo único que podía ofrecerle era la promesa de hundirse juntos.

Barcelona, 12 de julio de 2002

Era un macho viejo, pero aun en cautividad conservaba el aura de fuerza que debió de convertirlo en el jefe de una poderosa manada cuando recorría kilómetros y kilómetros de su territorio de caza. Una mampara transparente de algo menos de dos metros de altura separaba su habitáculo de los visitantes, que a aquella hora eran escasos. A pesar de la advertencia en varios idiomas prohibiendo lanzar cosas o comida, el foso que bordeaba la isla artificial del lobo rebosaba de basura, latas de refrescos, pedazos de fruta y envoltorios de helados. Gonzalo vio incluso una zapatilla reseca. A la derecha del recinto había un panel explicativo: el gran lobo gris podía llegar a los 85 kilos de peso y sus dominios abarcaban buena parte de Europa, de Eurasia y de Norteamérica, tenía unos poderosos dientes con los que triturar a sus presas, y su hábitat natural eran las zonas frías, de ahí su pelaje gris en el lomo y el pecho y muy blanco en las patas. El rey de las estepas, donde nada podía vivir sin un verdadero instinto de supervivencia.

Sin embargo, los tiempos de gloria de aquel lobo parecían cosa del pasado. Estaba tumbado con el hocico entre las patas delanteras a la entrada de la gruta construida como madriguera. El pelaje blanco y gris estaba sucio y se le caía a manojos, era la época de la muda y pese al termostato que procuraba mantener la temperatura baja en el habitáculo, un lobo siberiano nunca podría adaptarse al calor húmedo de una ciudad mediterránea. Ladeó su gruesa cabeza con las orejas hacia atrás y lanzó un prolongado bostezo. En otro tiempo, pensó Gonzalo, aquel bostezo habría ido acompañado de un largo y profundo aullido que habría hecho estremecer de miedo a las bestias de los bosques. Pero los años de cautividad habían minado el orgullo de aquellos ojos casi blancos que le observaban con indiferencia. No quedaba nada de instinto, sólo sumisión y tristeza.

Gonzalo lo observaba esperando algo. Le habría gustado que aquel animal recobrase esa mirada feroz, ver, al menos una vez, su cuerpo erguido sobre la rocalla hecha de cartón y piedra, aullando, reclamando la herencia de sus ancestros. Desafiante, libre, a pesar de todo. Pero lo único que hacía era quedarse quieto, tumbado, lamiéndose las patas. Al cabo de unos minutos, el lobo se alzó pesadamente sobre las patas delanteras, se sacudió como lo haría cualquier chucho callejero bajo la lluvia y se arrastró (aquella era la expresión) hasta lo más oscuro de la gruta.

«Ese lobo, —pensó—, soy yo. Un lobo amansado». Desde que había vuelto a la casa del lago no dejaba de darle vueltas a aquella idea loca, sin ningún sentido, impropia de él. Y sin embargo no se la sacudía de la cabeza.

—Perdone, señor. Vamos a cerrar.

Gonzalo miró de reojo al empleado del zoológico y asintió.

Aquella noche no tenía ganas de volver a casa y enfrentarse a la rutina. Se sentía extraño, como si algo empujara para salir a la superficie y no estuviera seguro de poder controlarlo. Nadie sabía que seguía pagando la renta de un pequeño apartamento en la Barceloneta que alquiló hacía un año, cuando estuvo a punto de separarse. Lola ni siquiera se imaginaba lo cerca que habían estado de la ruptura. Gonzalo superó aquel momento, pero decidió conservar aquel espacio que era exclusivamente suyo. A veces iba allí, no muy a menudo, cuando necesitaba estar solo.

El edificio disponía de portería, a cargo de un tipo bajito y calvo del que Gonzalo ni siquiera sabía el nombre. Cada vez que iba al apartamento se lo quitaba de encima con un saludo rápido. Subió en el ascensor con la espalda apoyada en la pared forrada de madera que necesitaba una capa de barniz. Un pequeño espejo le devolvía su reflejo: ojeras, el nudo de la corbata flojo, el pelo revuelto y la comisura de los labios caída, la piel destensada.

La imagen desolada de un espacio vacío le saludó sin familiaridad. No había más mueble que una mesa de madera, dos sillas y un equipo de música y vídeo en el suelo de parqué oscuro. Un montón de discos compactos, un cenicero, una botella de agua mineral y un par de piezas de fruta en una pequeña nevera. En el extremo opuesto, un somier y un colchón todavía con la funda de plástico. Libros en el suelo. Tres bombillas colgaban de los cables del techo donde deberían ir colocados los halógenos. No había cortinas y desde la ventana corredera que accedía a la terraza se veía el Palau de Mar. El ruido de la ciudad era un zumbido lejano. Las luces palpitaban como un corazón que funcionaba lentamente, en reposo. Dejó la bolsa con la cena en la pieza de mármol de la cocina y bebió agua directamente del grifo. Apestaba a cloro. Colocó un compacto y encendió el aparato con el volumen bajo. La voz rota de Aretha Franklin le dijo que no era buen momento para estar solo. Pero la soledad no le hacía daño, nunca le molestó.

Abrió la corredera y se asomó a la ventana. No corría el aire y la humedad que venía del mar se volvía pegajosa. La soledad, la música de fondo, aquel espacio que no compartía con nadie le permitía fingir que todavía tenía veinte años, que todo estaba por hacer. Por eso iba comprando los muebles poco a poco, imaginando qué aspecto tendría el apartamento cuando lo terminase. No tenía prisa en ir alimentando esa ficción de independencia perdida. Aquél era su espacio, el único reducto que no había rendido. Durante unas horas, aquí podía ser quien quisiera. No necesitaba que fuese real, le bastaba con creer que era posible.

Su casa, su verdadero hogar, no estaba muy lejos. Aquella distancia, a diez minutos en coche, era una metáfora. Todo un mundo. Lola ya habría cenado, tal vez

estaba medio adormilada en el sofá leyendo una de esas novelas de viajes con heroínas femeninas que tanto la apasionaban, esperando que él la llamase para decirle que la reunión con su padre había terminado, que la asociación con el bufete de su suegro era un hecho. Patricia estaría durmiendo en su cuarto con un ojo abierto, atenta al sonido de las llaves en la cerradura y al tecleo que anulaba la alarma para saltar de la cama y correr a meterse en la suya. Javier estaría frente al ordenador, metido en una de esas interminables conversaciones de chat.

Llamaron a la puerta. Unos nudillos golpearon con suavidad, dos veces. Gonzalo no esperaba visitas, nadie iba nunca allí. De eso se trataba. Los nudillos volvieron a repicar en la puerta, esta vez de un modo más insistente. La luz del vestíbulo estaba encendida. Gonzalo percibió una sombra moviéndose bajo la rendija de la puerta. Al abrir se encontró al portero con una caja de cartón de pequeñas dimensiones entre los brazos.

—Le traía este paquete. Acaban de entregarlo en la portería.

Gonzalo miró con desconfianza al portero. Nadie conocía la dirección de este apartamento y no eran, en todo caso, horas de reparto. El portero comprendió su desconcierto.

—Lo ha traído un chico negro, ha insistido en que debía entregárselo urgentemente y en mano. —Omitió que el negro, un joven apuesto y bien vestido, le había dado una generosa propina, en dólares, para asegurarse de que cumplía el encargo.

Gonzalo observó la caja.

—Debe de tratarse de una confusión.

El portero le señaló el nombre escrito con rotulador. Su nombre.

Gonzalo le dio las gracias, cogió el paquete y cerró la puerta borrando la expresión expectante del portero. Fue a la cocina con la caja, la dejó sobre el mármol y abrió la nevera. Se sirvió un generoso vaso de zumo de piña y se sentó, observando atentamente el paquete. Por fin se decidió a abrirlo. En el interior había un pequeño ordenador portátil. Huellas pringosas habían quedado impresas en las teclas más utilizadas. Su mirada se deslizó hacia una fotografía, al fondo de la caja. Estaba quemada parcialmente, pero al parecer quien le había prendido fuego lo había pensado mejor y había apagado la llama antes de que los daños fueran irreparables.

—Joder... —murmuró, al reconocer la imagen.

Se distinguían unos grandes abetos negros, el lago helado y la casa a poca distancia. Su casa. Laura sonreía embutida en un forro polar, cubierta hasta las cejas. En los brazos sostenía a su hijo con la cara embozada en una bufanda, el pelo revuelto le cubría la frente y unos grandes ojos miraban a través del flequillo como quien espía tras los pliegues de una cortina. La parte quemada estaba irreconocible, sólo se adivinaba un brazo y una mano que estrechaba la del niño. Una mano de

pulidas uñas blancas y dedos fuertes, como el brazo. Un brazo y una mano negra.

Le dio la vuelta a la fotografía. En mayúsculas había escrita una palabra. MATRIOSHKA. Gonzalo observó el ordenador, lo encendió y cuando en la pantalla apareció la solicitud de contraseña introdujo, intuitivamente, la palabra. La pantalla se desbloqueó, mostrando una serie de iconos sobre un fondo de pantalla que era la imagen de Laura, Luis y su hijo Roberto con una playa de fondo y un cartel clavado en el margen de una carretera donde podía leerse «Argelès de la Marenda». Un viaje de vacaciones por el sur de Francia donde parecían felices. ¿Aquel ordenador era de Laura?

Abrió el primer icono y una hoja de Excel se extendió, mostrando un maremágnum de cifras y códigos. Gonzalo no entendía muy bien de qué se trataba, pero daba la impresión de que era un exhaustivo registro de transferencias bancarias, números de cuenta y siglas que podían significar nombres ¿de personas, de empresas? Varias veces aparecía marcado en negrita el apunte ZV. ¿Zinóviev? Los siguientes iconos eran del mismo estilo, aparecían puertos de toda Europa y lo que podían ser nombres de barcos de transporte de contenedores alemanes, ingleses, franceses, holandeses, españoles. Se indicaban las fechas de arribada, el puerto de origen (muchos de África y de América Central, pero también algunos de Canadá y de Rusia). Junto a cada acotación había una lista de nombres y un número. Assam, Miriam, Bodski, Remedios, Matthew, Jérôme, Louise, Siaka, Pedro, Paula, Nicole... y así hasta un centenar largo. Los números que les acompañaban eran casi todos de una cifra, y algunos, los menos, de dos. La cifra más alta era 15, la más baja 2.

Uno de los iconos decía «confidencial». Gonzalo intentó abrirlo pero estaba protegido y requería de contraseña. Al intentar una al azar, «Laura», la pestaña le advirtió que podía probar dos veces más antes de bloquear automáticamente el archivo. Gonzalo desistió y probó con una carpeta de fotografías. En casi todas aparecía Zinóviev. Tomadas de lejos con un potente objetivo, a veces solo, otras acompañado, varias veces con un chico alto, un negro bien vestido y apuesto. Gonzalo volvió a la imagen medio quemada. ¿Era suya la mano que sujetaba a Roberto? ¿Era el mismo que acababa de entregarle al portero el ordenador?

Observó durante mucho tiempo el rostro tatuado de Zinóviev. Según el inspector Alcázar, Laura había matado a ese hombre, pero ¿cómo podía haberlo hecho del modo que el policía le había dicho? No le había disparado, sino que lo había reducido, lo había llevado a una nave abandonada, lo había colgado de una viga con sus esposas y lo había torturado con crueldad, probablemente durante horas. Viendo el aspecto de fiereza de ese animal, su corpulencia y sus casi dos metros de altura parecía más que improbable que su hermana hubiera podido hacer algo así. Se requería mucha fuerza física para dominar a ese hombre y manejarlo como un pelele, y sin duda se habría resistido con ferocidad. El forense había dicho que no

encontraron rastros de piel o de sangre que no fuera suya en Laura. Cuando Luis le preguntó si creía que su hermana había matado y torturado a ese hombre dijo instintivamente que no. Ahora estaba casi seguro.

De repente resultaba más que obvio lo que significaba toda aquella información en el ordenador: la investigación de Laura, la razón por la que había perdido a su hijo y a su esposo, lo que la había tenido obsesionada todo ese tiempo... Entonces, aquellos nombres y aquellos números...

Abrió la siguiente carpeta de fotografías.

Sintió una arcada y casi vomitó el zumo de piña sobre el teclado. Había cientos de fotografías de niños, algunos muy pequeños, casi bebés, con terribles daños. Muchas fotografías eran de una pornografía tan explícita que entraban ganas de arrojarse por la ventana.

—Santo Dios, Laura... ¿Cómo pudiste soportar todo esto tú sola?

Cerró la carpeta lleno de náuseas y se asomó a la ventana. Los dedos le temblaban cuando encendió un pitillo. Se lo había prometido a Lola, pero qué coño podía importar eso ahora. Inspiró con fuerza y sintió que el llanto le subía hasta la garganta. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo podía existir tanta maldad? No era un ingenuo, era abogado, conocía las entretelas de la miseria humana, sus mezquindades, pero aquello... aquello sobrepasaba todo lo imaginable. Inspiró con fuerza mirando hacia la noche. Pacífica, tranquila y suave. Una pareja se estaba besando en el capó de un coche, se reían, se volvían a besar. Gonzalo tuvo ganas de gritarles que corrieran, que huyeran tan lejos y tan rápido como pudieran antes de que la maldad les alcanzase. ¿Cómo podía Laura haber seguido viendo el mundo después de bajar a ese infierno?

Tardó más de una hora en volver al ordenador. Estuvo buceando sin brújula, abriendo archivos, carpetas, y una vez más probó con el que ponía «confidencial». Esta vez utilizó la contraseña «Roberto», pero la pestaña volvió a aparecer, advirtiéndole de que sólo le quedaba un intento. Decidió no agotarlo inútilmente.

¿Qué debía hacer con todo eso? Ir a la policía, sin duda. Pensó en llamar inmediatamente al inspector Alcázar, él sabría qué hacer. El caso de Laura y Zinóviev estaba archivado, pero no tendría más remedio que reabrirlo a la vista de aquellas pruebas y ordenar una investigación a fondo. Cogió el teléfono, pero algo le detuvo, una pregunta que zumbaba desde el primer momento en su cabeza. ¿Por qué le habían enviado a él el ordenador de su hermana? ¿Por qué?

La respuesta estaba allí, seguro. En aquel archivo que no podía abrirse. La palabra clave tenía que estar en alguna parte. Era absurdo que quien se lo había hecho llegar le permitiera el acceso al ordenador, a las fotografías pornográficas de los niños, a toda aquella información, y sin embargo le negase la entrada a este archivo. Volvió a la caja que le había traído el portero. Entre las lengüetas vio el pico de una tarjeta de color gris con el ribete de un hotel de cinco estrellas. Se le aceleró el pulso al cogerla,

quizá estaba la contraseña de ese archivo que no podía abrir.

Pero no se trataba de eso, sino de una advertencia lacónica:

«Si le hablas a alguien de esto, tú y yo estamos muertos, créeme».

Había una dirección escrita, donde el anónimo le citaba para dentro de tres días, a una hora concreta, con la amenaza de que si no aparecía o si avisaba a la policía, desaparecería para siempre.

Al llegar a casa unas horas después, la casa que compartía con Lola y con los niños, Gonzalo entró en la habitación de su hija pequeña y se sentó a mirarla dormir. Olía tan bien y su rostro parecía tan confiado, era tan feliz, tan frágil. Pensó en las noches que Laura debió de pasar a los pies de la cama de su pequeño, viéndolo dormir, confiado, seguro, protegido, imaginó el desgarró que debía de sentir al acariciar su carita dormida, después de haber visto a todos esos pequeños. Y luego, cuando él ya no estaba, debía de seguir sentándose en su cama vacía, acariciando la almohada, las sábanas, su pijama.

Gonzalo lloró. Lloró en silencio como no había llorado en su vida.

Aquella noche cruzó la frontera invisible que le separaba de Lola y se estrechó contra ella, se acopló a sus piernas flexionadas, pasó el brazo sobre su cintura y le dijo que la quería. Lola no le oyó, pero lo hizo su cuerpo, que se pegó al tacto de Gonzalo, extraño y complacido.

Por la mañana parecía otro, quería ser otro. Lola y Patricia se dieron cuenta, cada una a su manera, de que algo era distinto, y ese cambio, la voluntad al menos, las sorprendió por igual, con una duda feliz. Gonzalo se había levantado antes que ellas y había preparado el desayuno que, por la falta de costumbre, era excesivo, continental. Zumos, tostadas, café, cereales, incluso se había atrevido a preparar la receta de macedonia de Laura, un remiendo que echó a perder buena parte de la fruta. La cortina de la cocina estaba abierta, como si hubiese pretendido que la luz del jardín fuera testigo de aquella declaración de intenciones. El florero que decoraba la mesa molestaba y ocupaba sitio innecesariamente, pero Lola agradeció el detalle, sin importar que Gonzalo no supiera que por las mañanas ella apenas tomaba un café doble y que Patricia era alérgica al zumo de pomelo.

Cuando Gonzalo se acercó a darle los buenos días, besándola en los labios, sintió un estremecimiento de dicha y en la misma medida de culpa. Que Patricia se echase a sus brazos como si todavía tuviese cuatro años no fue una novedad, pero sí lo fue la renovada devoción con la que Gonzalo la miró aquella mañana. Se sentaron a la mesa con una excitación distinta, Gonzalo estaba parlanchín, ingenioso a su manera, siempre un poco parca y torpe, pero lo que contaba era su voluntad de salir del anquilosamiento de aquellos últimos tiempos. Lola lo contemplaba sin atreverse a asomarse demasiado a aquella alegría esforzada, temiendo que el aspaviento no

durara. Y al mismo tiempo se preguntaba a qué venía aquella puesta en escena y esa necesidad que demostraba Gonzalo de acariciarle la mano por encima de la mesa, de mirarla a los ojos o de hacerle carantoñas a Patricia. Calculó mal la causa.

—¿Qué celebramos? ¿La fusión de tu bufete con el de mi padre?

La expresión de Gonzalo se contrajo una décima de segundo y se tradujo en un exceso de mantequilla en la punta del cuchillo.

—Todavía no; no quiero precipitarme en tomar una decisión tan importante.

En agradecimiento a aquel derroche de esfuerzo, Lola estaba dispuesta a pasar por alto las flaquezas de Gonzalo aquella mañana, pero su respuesta la desconcertó.

—No hay otra posibilidad, pensé que ya estaba todo decidido.

Gonzalo percibió la expectación altiva de sus palabras, pero esta vez pudo soportarla.

—No puedo decidir tirar por la borda ocho años de lucha para sobrevivir como abogado independiente a la ligera, Lola. —Utilizó medidamente un tono disuasorio que la instó a no seguir por ese camino y estropear lo que tan bien había empezado.

Pero la sombra ya estaba otra vez allí, entre ellos. Aún no se hizo evidente del todo, y si el ambiente festivo se mantuvo fue por el parloteo inagotable de Patricia, que excitada por aquel instante que intuía especial, comprendió de algún modo que era su turno para mantenerlo vivo. Sus padres aceptaron tácitamente corresponder a su esfuerzo, rieron, charlaron de las cosas que importan, las cotidianas, y procuraron darle un término agradable al desayuno.

—¿Dónde está el anacoreta de la familia? Anoche no lo vi en su cama —preguntó hacia el final Gonzalo. No disimuló un cierto timbre irónico que molestó a Lola, siempre atenta al duelo sordo que Gonzalo mantenía con su primogénito. Cada vez que su esposo atacaba a Javier ella sentía el ataque como propio.

—Le he dado permiso para dormir en casa de un amigo.

—¿Qué amigo? Tiene diecisiete años y lo lógico es que venga a dormir a casa. Seguro que se ha pasado toda la noche estudiando. —Formuló su descreimiento en términos amistosos pero Lola captó el menosprecio paternal. Las palabras, con su promiscuidad, creaban estados de ánimo, y Gonzalo era especialista en estropearlos. Cuando recogieron los platos, flotaba en la cocina el ambiente de un contraataque que había sido iniciado con vigor y esperanzas de reconquista pero que había fracasado rotundamente, dejando un vacío triste y descorazonador.

—Esta noche han vuelto a aparecer las pintadas en el muro. Los vecinos empiezan a inquietarse; a nadie le gusta que haya un psicópata rondando por el barrio, y yo empiezo a estar alarmada también —dijo Lola con un tono seco, como si Gonzalo fuese el autor de las mismas.

Gonzalo comprendió inmediatamente aquella mirada de advertencia. Hasta ahora no le había prestado atención verdadera a las amenazas, había estado demasiado

ocupado con la muerte de Laura, además había adoptado una posición comedida para no asustar a su familia, quitándole hierro al asunto, aunque cuando aparecieron las primeras pintadas decidió comprar el viejo revólver que escondía en el garaje, lejos del alcance de sus hijos. Lola no sabía que aquello estaba en su casa, no lo habría permitido. Gonzalo no pensaba utilizarlo, ni siquiera sabría apuntar, era una medida preventiva, pero con eso no bastaba. Tenía que hacer algo al respecto.

Miranda Acebedo debió de ser muy guapa en su tiempo. Un bellezón cobrizo que hacía las delicias de los turistas que viajaban a Cuba en busca de mujeres como ella. Las paredes del modesto salón estaban forradas con recuerdos de su época de cabaretera en las salas de fiesta de los hoteles de lujo. Bailaba moderadamente bien, sobre todo la cumbia, que no era cubana, pero eso a los turistas no les importaba, con tal de que moviera las rotundas caderas como ellos esperaban que lo hiciera, bajo aquellas faldas de volantes tan diminutas como sus sujetadores de lentejuelas. Una vez la escuchó cantar el pianista Bebo Valdés y dijo de ella que tenía talento. Pero el talento no es nada sin la suerte que debe acompañarlo.

—Ser puta es mejor que ser pordiosera —le dijo la primera vez que Gonzalo la vio en su despacho, hacía de eso un año y medio. Se presentó con un ojo morado y un brazo escayolado. Sus amigos le habían escrito palabras de consuelo en el yeso y dibujado corazones y caricaturas, pero la habían dejado sola ante el hombre que juró ante Dios amarla y protegerla cuando se casó en La Habana y que empezó a maltratarla apenas aterrizaron en Barcelona.

Miranda quería divorciarse y arrancarle todo lo que pudiera a su marido, Floren Atxaga. «Que pague por cada día de infierno», fue su sentencia. Gonzalo tuvo que esforzarse en que denunciara los malos tratos, sólo así podría librarse de él y tener opciones de quedarse con el piso donde, mal que bien, había criado a sus dos hijos, los bastardos mestizos, como los bautizó Atxaga. Él mismo la acompañó a comisaría, la asesoró durante todo el proceso y tras un largo pleito logró, además del divorcio y de la casa, una condena de cuatro años de prisión por agresión, violación y malos tratos psicológicos. Miranda le estuvo tan agradecida que le preparó un buen postre a base de plátanos caramelizados y batata, y al final de la comida se ofreció para bailar para él. Gonzalo aceptó los plátanos pero prefirió marcharse antes de que el baile se convirtiera en una jaula.

Nada quedaba de aquella Miranda que le recibió en la puerta, envuelta en una bata de boatiné de colores desvaídos.

—No debieron darle ese permiso; tenían que saber que se escaparía —afirmó ella, como si le doliera lo obvio.

Gonzalo no dijo nada. La vida siempre dejaba de ser lo que se esperaba si se esperaba demasiado de ella. Miranda había tenido mala suerte, le tocó el cabrón del

lote.

—¿Ha venido por aquí?

Ella negó, aterrada por esa posibilidad.

—La policía ha pasado a verme un par de veces y me han dado un número de teléfono... Como si pudiera protegerme de ese cerdo con eso —dijo señalando la tarjeta de la Oficina de Atención a la Víctima pegada en la nevera con un imán.

—¿Y se le ocurre dónde puede andar?

—Buscando por ahí alguna ingenua que caiga en su trampa.

—¿Bares de alterne, bingos?

Miranda sonrió como si se dispusiera a ladrar.

—No, no. Floren es de los de misa en domingo. No juega ni siquiera a las damas, no bebe, y desde luego, no va de putas. Hasta las zorras se reirían de su ridícula polla inservible. Todo amabilidad y sonrisa, y una apariiencia de perrillo abandonado que rompía el alma. Y así se mantuvo hasta que nos casamos y vinimos aquí. Empezó a meterse con mis amistades cubanas, luego empezó a criticar esa manía mía (así la llamaba) de leer libros a todas horas para dármelas de intelectual (ya ve usted, que yo sólo leo novelas de quiosco) y dejarlo en ridículo, a él que no tenía estudios (como si yo fuese ingeniera nuclear), y luego con mi otra manía de canturrear todo el día (como si me burlase de él). La primera vez que me pegó fue porque no se le puso dura. La segunda porque no se le puso suficientemente dura. La tercera porque me quedé embarazada. La cuarta ya no hubo ninguna excusa. Eso sí, los domingos a misa y luego a comer pollos asados a casa de los suegros con la mejor cara, aunque a veces los morados eran tan grandes que ni siquiera podían disimularse con maquillaje.

—¿Qué parroquia solía frecuentar?

—Una del barrio, aquí cerca. La de Nuestra Señora de Lourdes.

Gonzalo torció el cuello hacia el salón. Despanzurrado sobre el sofá, un adolescente de color mostaza miraba la televisión con aire aburrido. Debía de tener unos quince años, el hijo mayor de Miranda. Si Floren Atxaga aparecía por allí, no parecía muy dispuesto a defenderla.

—No creo que se deje ver. Sabe que la policía lo está buscando, pero si se acerca por el barrio no dude en llamarme, a cualquier hora.

Gonzalo se fijó en el rasguño que tenía detrás de la oreja. Un arañazo feo y reciente. También adivinó un color azulado en el hombro cuando al moverse se le abrió la bata.

—¿Sale con alguien ahora, Miranda?

Ella se cubrió el hombro con rapidez.

—Con un buen chico. Si aparece ese mamarracho de Floren, le dará lo suyo. Una mujer necesita estar protegida, ¿verdad?

Gonzalo sintió un pesar resignado. La mala suerte era la vocación de algunas

personas. Hay errores con los que hay que cargar para siempre. Eso es lo que vio en la mirada de la mujer, y miedo, tristeza y lástima; no orgullo, ni amor.

—¿Me llamará si su exmarido intenta contactar con usted?

Ella dijo que sí, pero Gonzalo sabía que no lo haría. Y también sabía que algún día, si alguien no lo remediaba pronto, el cuerpecito de Miranda caería desde el balcón sobre el reluciente capó de un coche aparcado en la calle. De la mano de cualquier Atxaga de los que andan merodeando por el mundo a la caza de su presa.

Pensó en el ordenador portátil de Laura, y una vez más sopesó la idea de llevárselo a Alcázar. En el mundo había demasiados lobos y él era sólo un cordero, pese a su insistencia en querer ser lo contrario. Aquello le sobrepasaba, era un simple abogado de derecho civil, su única incursión en el terreno penal le había obligado a comprarse un revólver oxidado cuando se sintió amenazado por aquel monaguillo de misa que torturaba a su mujer. Si no era capaz de controlar esta situación, ¿cómo iba a enfrentarse a esa ola gigante que se había llevado por delante a su hermana? Estuvo tentado de llamar al inspector, pero la advertencia que había encontrado en la caja lo disuadió. Podía esperar tres días, se dijo, con el teléfono en la mano, conocer a quien le había traído el ordenador y luego tomar una decisión. Entretanto, pondría en conocimiento de la policía las amenazas de Atxaga y llamaría a una compañía de seguridad para que instalasen cámaras en el perímetro. Lola estaría más tranquila y él recuperaría un poco la sensación de que podía enfrentarse a esta amenaza.

En lugar de llamar a Alcázar, marcó el número de Lola. Quería decirle que lo del desayuno no había sido un espejismo: iba a ocuparse del asunto de las pintadas, las protegería y no permitiría que les pasase nada.

—¿Ha vuelto Javier? —preguntó antes de colgar. Lola dijo que no, y Gonzalo notó cierta ansiedad en su voz.

La habitación era decente, lo más que podía decirse. Apenas había sitio para una cama de matrimonio, que crujió al sentarse en el borde. La colcha de color magenta estaba descolorida y tenía manchas de lejía. Por debajo de la almohada asomaba el dobladillo de la sábana. El larguero de madera de la ventana encajaba mal, al abrirlo ocupaba la parte de la pared donde colgaba el televisor. No había nada que ver, excepto un nudo de tuberías de cemento con cagadas de palomas. Encendió la luz del baño, y el fluorescente zumbó como un moscardón atrapado. El lavamanos, con un solo grifo y la maneta de latón, goteaba dejando una marca de óxido junto al desagüe. Una pastilla de jabón sin el precinto colgaba en un rincón del pie de ducha. El sanitario tenía la tapa abierta y cuando se oía la cañería bajando desde las plantas superiores la boya se mecía.

Volvió a la cama. Se quitó las zapatillas sin desanudarlas y se tumbó con las manos detrás de la nuca, contemplando el techo. El olor del desodorante le acarició la

nariz. Se preguntó cuántas personas habían estado antes en esa cama, tal vez unas horas antes, escondidos del mundo, furtivos, como delincuentes. Sin duda, había estado en sitios mejores.

—Un lugar un poco extraño para vernos.

—¿No te gustan las vistas? Son espectaculares.

Carlos se había quitado la camisa y la había dejado en el respaldo de una silla. Estaba contando los billetes que Javier le había entregado.

—No es mucho, necesito más.

—Es todo lo que he podido conseguir. No soy tu cajero automático.

Carlos frunció el ceño, decepcionado. Fue a decir algo, pero lo pensó mejor. Se tumbó junto a Javier y lo besó en los labios. Javier se deshizo de él con un gesto de repulsa. Carlos lo observó con actitud tranquila y despectiva. Como si pudiera leer sus pensamientos y se burlara de ellos.

—¿A qué viene esa cara?

Sus ojos dañaban a Javier, como si le hicieran pequeñas incisiones en la piel. De repente, Carlos se le ofrecía en toda su zafiedad: un buscavidas, y todo en él le resultó mezquino y desgarrador. Le pareció un tipo interesante cuando lo conoció, hacía cinco meses. Vino a sentarse a su lado aquella noche en un bar de ambiente. Al principio no dijo nada, ni siquiera le miró. Pidió una bebida sin alcohol y se quedó observando la pista de baile. «Me llamo Carlos», dijo volviéndose hacia él, con unos cuantos cacahuetses en la mano que movía como si jugara a los dados y aquella sonrisa llena de promesas. Un tipo de mundo, sin ocupaciones, sin restricciones morales, un alma libre que tomaba lo que quería cuando quería y luego continuaba su camino. Eso le pareció. Había comprendido demasiado tarde su error de apreciación.

No fue casualidad que Carlos fuera a sentarse a su lado en la barra. Lo eligió previamente, nada más entrar en el bar. Le bastó una mirada para saber que él era su víctima. «Es tu primera vez, ¿verdad?», le preguntó, posando la palma caliente de la mano cerca de su ingle. Aquella mano y su mirada sin nada dentro deberían haberle puesto sobre aviso, pero la cabeza le ardía. Una hora después estaba acurrucado en la parte trasera de su Ford gris, practicando su primera felación mientras sonaba música de Depeche Mode; nunca imaginó que el sabor de un pene duro fuese tan dulce, pese a haberlo imaginado todo mil veces en la soledad. Y después, sentir el aliento fuerte de Carlos rozando su vello púbico y la enorme explosión de placer y culpa al eyacularle en la boca, fue su condena. Desde entonces, Carlos lo tenía comiendo en la palma de la mano como un gorrioncillo indefenso. Cuando él lo llamaba, Javier acudía, a cualquier hora, en cualquier lugar con tal de estar unos minutos a su lado. A veces, Carlos ni siquiera se presentaba, y cuando volvían a verse o él lo llamaba, no se molestaba en darle una explicación.

Poco a poco, Javier había dejado de lado cualquier cosa que no fuera la obsesión

por él. Era enfermizo, lo sabía, pero no podía evitarlo. Su presencia le trastornaba, no lograba sacudirse su influencia a pesar de saber que sólo le estaba utilizando. Al poco tiempo, empezó a pedirle dinero. Cada vez más, a veces le suplicaba y otras se lo exigía con la amenaza, más o menos velada, de abandonarle. Por eso le había ayudado a encontrar el trabajo en la agencia de su madre. Ahora se daba cuenta de que eso, acercarse a su familia, era lo que había estado buscando desde el principio.

—No soy idiota, ¿sabes? Puede que sea más joven que tú, que esté enamorado y que prefiera no ver ciertas cosas. Pero no soy estúpido.

—No te entiendo.

—Me entiendes perfectamente. ¿A qué juegas con mi madre?

—No juego a nada. Tú no lo entenderías.

—¿Qué tengo que entender? ¿Que te la quieres follar? Sé lo que vi en la agencia; tu jueguito con la máscara y la sonrisa tonta de mi madre. Os conozco a los dos.

La mirada de Carlos se tornó translúcida. Hizo un mohín divertido y soltó una carcajada.

—¿Estás celoso de tu propia madre? Esto resulta un poco morboso, ¿no te parece? No quiero nada con tu madre. De acuerdo, acepto un poco de tonto, es mi jefa, y es atractiva. Pero no pienso seducirla, ni nada por el estilo.

—¿Eso es lo que se supone que hiciste conmigo? ¿Seducirme?

Carlos negó con la cabeza. A veces le costaba creer que todavía existieran personas como Javier, tan naif, tan convencido de que el mundo giraba en torno a su ombligo con sus dudas existenciales, sus complejos y tantas memeces que le rondaban por la cabeza. Cuando estaban juntos, observaba su piel impoluta y le parecía estar haciendo el amor a una escultura yacente de mármol. Otras veces era como hundir el puño en un tarro de mantequilla blanda y maleable.

—Nadie te empujó a entrar en aquel bar, lo hiciste porque sabías lo que ibas a encontrar. Viniste a mi coche por tu propio pie, y nadie te violó, ¿verdad? Tampoco las otras veces. Si no recuerdo mal, te dije que no te hicieras ilusiones conmigo. Mira, me da igual si me crees o no, pero yo no quiero follarme a tu madre. Necesito la pasta y el trabajo, eso es todo. Aunque deberías verla cuando está conmigo. Se ríe, rejuvenece, es como si saliera esa Lola que existe de verdad en su interior.

—No necesito que me expliques cómo es mi madre. Hace tres meses que la conoces, y yo llevo toda la vida con ella.

—Te equivocas. No tienes ni idea de cómo es.

A Carlos le costaba reprimir la tentación de darle una lección, una de ésas que él había recibido sin pedir de pequeño. Pero no estaba allí para eso. Sacó una papelina de cocaína y la puso sobre un pequeño cristal que guardaba en el bolsillo del pantalón. Preparó dos rayas y aspiró una.

—Oye, no nos vemos mucho últimamente, y ¿vamos a perder el tiempo

discutiendo como un matrimonio de viejos cascarrabias? Si no quieres verme más, dilo. Me largaré y nunca volverás a saber de mí, te lo juro.

El silencio de Javier le hizo sonreír. Seguiría allí, pegado a él hasta que lo dejase seco. Conocía bien a sus presas. Sabía elegir las. Le tendió el cristal y le hizo esnifar su raya. Javier se dejó caer sobre la almohada con la mirada vidriosa, perdida. Uno sabe cuándo camina hacia la destrucción, pero no tiene voluntad para impedirlo. Carlos le desabrochó la bragueta y le besó el ombligo, rozándolo con su perilla.

—Estamos aquí, ahora. El pasado es algo que ya ha sucedido. El futuro no existe. Sólo está el momento. Y es nuestro.

Javier sorbió por la nariz y los ojos se volvieron acuosos. Sabía cómo era Carlos, sabía que debía impedir que se acercase a su madre, destruiría su familia, les haría daño a todos ellos. Ya se lo estaba haciendo, era como la carcoma en la madera, sólo visible cuando ya era plaga. Si pudiera hablar con su padre, contárselo todo. Si pudiera encontrar la manera de hacerlo. Necesitaba decirle que no le culpaba por dejar que se hiriese la pierna al saltar juntos de aquel peñasco cuando era un crío y quedarse cojo. Lo que contaba fue que lo hicieron, saltaron juntos. Quería decirle que necesitaba volver a saltar con él, a donde fuese. Juntos, otra vez.

Pero las palabras, como los pensamientos, se le ahogaron en la garganta con un largo gemido al notar el aliento caliente de Carlos sobre su glande.

El calor era insoportable, pesaba como algo sólido en la habitación. El cristal abatible de la ventana vibraba cada vez que pasaba cerca un camión de gran tonelaje por la carretera nacional. Y lo hacían cada cinco minutos. Al otro lado del motel se veía una gasolinera y un par de prostitutas sentadas en sillas plegables de lona. Una de ellas iba sin bragas y se abría de piernas cada vez que un turismo se acercaba a repostar. La otra hablaba por el teléfono móvil y se abanicaba con una revista. Llevaba un vestido tan embutido que resultaba complicado imaginarse cómo podía respirar. «Los negros no tenéis calor, ¿verdad, Copito de Nieve?», le preguntó en una ocasión Zinóviev. Así le bautizó cuando lo vio la primera vez. Entonces Siaka no sabía que existieran los gorilas albinos. Años después, cuando vio a aquel animal en el zoológico de Barcelona tras una mampara de cristal, sintió una empatía absoluta con el gorila. También él se ganaba la vida siendo un espectáculo de feria.

Siaka abrió la boca, como si quisiera tragarse el aire que lanzaban las aspas del ventilador. Se tumbó en el suelo con chancletas y bermudas tejanas; el torso desnudo brillaba con el sudor. En el costado derecho tenía varias marcas de heridas antiguas. Puñaladas y disparos. Dio un trago de un botellín de agua abierto y dejó que un hilillo fresco le resbalara por la barbilla.

La primera vez que alguien lo vendió fue por algo menos de tres mil dólares. Siaka tenía seis años y el vendedor fue su padre. Se lo entregó en un sucio galpón a uno de los señores de la guerra de la región, un angoleño de treinta años que estaba reclutando una milicia. Aquel tipo lo tuvo encerrado una semana entera en una caseta de chapa y cartones. Cada vez que se abría la puerta y veía sus botas manchadas de barro seco, Siaka se encogía como un cachorro. Palizas, más palizas, más palizas. Sin razón aparente: sólo para ablandar al pulpo. Luego vinieron las drogas, los abusos, y le obligaron a pelear en un corral contra otro chiquillo tan asustado como él, alguien de alguna región al otro lado del lago, como gallos con espolones mortíferos en las manos. Peleó, vaya si peleó, y no se contuvo cuando el oponente trató de escaparse del corral, huyendo de él con el brazo roto por tres sitios. Le aplastó la cabeza con una piedra más pesada que él, sin saber de dónde salía aquella fiereza, aquel grito animal. Hasta que todo terminó, y aquel hombre lo alzó en brazos y, mostrando sus manos ensangrentadas a la jauría hilarante que les rodeaba, le llamó «hijo mío».

Miró la hora. El tren hacia París salía en tres horas. Desde allí tomaría un avión hasta Fráncfort. Y luego volaría a África y se perdería para siempre. Eso si no aparecía antes de la hora el hermano de Laura. Había hecho una apuesta consigo mismo, y estaba seguro de que iba a ganarla. El abogado no iba a presentarse.

La segunda vez que lo vendieron, tenía once años. Pero ya no era un niño. Ése se había muerto, o eso creyó él aquellos años en la selva y en el desierto, en los campamentos de entrenamiento y en las largas semanas de travesías cargando como un esclavo armas, municiones y drogas. Matar era más fácil que morir. Pero morir era más fácil que seguir con vida. Él lo notó muy pronto: que el corazón ya no le latía, y que el miedo desaparecía cuando se trasladaba a la mirada de los otros, los que estaban en el punto de mira de su fusil o bajo el filo de su machete. Zinóviev pagó por él dos cajas de kaláshnikov, tres de municiones y otra de granadas de fabricación rusa. Le divertía, dijo, su fiereza, como la de los perros de pelea que tanto le gustaban, pero sobre todo le gustaba su cara, añorada pese a todo, su cuerpo fibroso de niño hombre. Iba a llevárselo a otra guerra, con otras armas, le contó. A Europa. Allí le enseñarían otra clase de habilidades, cosas que en un chiquillo de once años tan bien parecido serían apreciadas por una clientela exigente con sus perversiones. Siaka se encogió de hombros: todos los infiernos se parecen. Tanto daba arder en uno que en otro. Pero se equivocaba. Siempre podía descenderse un escalón más abajo. Y él lo comprobó con creces.

Se acercó a la ventana y miró por el cristal sucio. Sólo quedaba la puta del móvil junto a la gasolinera. Seguía hablando por teléfono y seguía abanicándose con la revista. La que iba sin bragas había desaparecido y su silla servía para que la primera apoyara los pies. Se había quitado los zapatos de tacón. Era triste ver aquellos pies desnudos y los zapatos tirados en la gravilla del aparcamiento. Y entonces vio a Gonzalo bajar de su todoterreno junto a un surtidor de gasolina y quedarse quieto, como un niño desorientado, mirando a lado y lado de la carretera, secándose el sudor con un pañuelo. La puta le dijo alguna procacidad y él cruzó la calle con pasos lastimosos. Después de todo, quizá Laura tenía razón cuando decía que su hermano era, con mucho, el hombre más valiente que había conocido.

Cinco minutos después estaban frente a frente en la habitación, estudiándose con recelo. Gonzalo lanzó una mirada de reojo a la bolsa de equipaje a medio hacer sobre la cama. Llevaba colgando del hombro una bolsa de mano con el ordenador portátil. Siaka movió lentamente la cabeza y examinó a Gonzalo. Llevaba semanas observándole, pero al tenerlo tan cerca le parecía la antítesis de su hermana. Todo en él inspiraba formalidad, como si pisara de puntillas, con aquel traje que resultaba incómodo para el calor y el nudo de la corbata ceñido al cuello sin mostrar ni un botón de la camisa. Las gafas graduadas le daban un aire despistado. Su rutina era ordenada, era de esa clase de gente para quien las cosas debían resolverse adecuadamente, cada libro en su balda, cada disco en su funda, cada camisa en su percha. Cada muerto y cada vivo en su sitio. Apostó a que era de los que ordenaban las latas de conserva de la alacena por etiquetas y colores y que no tenía ningún secreto ni vicio. Nunca le gustaron las personas sin vicios, le hacían sospechar. No

parecía gran cosa, a pesar de la opinión de la subinspectora.

—¿Has estudiado el contenido del ordenador?

—Una parte... ¿Quién eres?

Una pregunta difícil de responder, pensó Siaka.

—¿No has visto mi nombre y mi foto en los ficheros?

—Hay muchos nombres y muchas fotografías en esos ficheros.

Demasiados, pensó Siaka. ¿Cuántos en todo el mundo, millones, unos cientos de miles? Él era uno más. «Estás vivo, eres joven, muy joven pese a tu mirada. Saldrás adelante». Así lo convenció Laura para colocarse un micrófono dentro de la ropa y grabar las conversaciones con Zinóviev. Unas pocas palabras amables, una Coca-Cola en una cafetería frente al mar en un pueblo de la costa y la promesa de que su vida, pese a todo lo pasado, no había hecho más que empezar. Sólo necesitaba eso, una mirada limpia que no le catalogase como un demonio. «Nunca olvides una cosa, Siaka. Tú no eres lo que otros te obligaron a hacer. Ellos son las aberraciones, no tú».

—Colaboraba con tu hermana en la investigación que ella llevaba. Era su confidente.

¿Sólo eso? No, era algo más. Le gustaba aquella mujer, y le gustó aún más el pequeño Roberto el día que se conocieron en un parque. Menudo espectáculo debieron ofrecer a los viejos que daban de comer a las palomas: un joven negro y un niño paseando de la mano bajo la atenta vigilancia, aunque algo distante, de aquella guapa mujer. Al principio, a Siaka le costaba entender lo que Roberto le decía, pero sabía interpretar sus gestos de niño: correr detrás de un balón y chutarlo con torpeza, coger un berrinche porque su madre no quería comprarle un helado, quedarse dormido en sus brazos de negro como si aquello fuera lo más natural del mundo. Llegó a querer a aquel pequeño como a un hermano, dos niños comunes, uno dentro de un joven asustado, el otro dentro de un rostro peculiar. Dos ángeles vagando en un mundo incomprensible para ellos, pero cuyos peligros se estrellaban contra la mirada fiera de Laura. Ella les protegía, ella les regalaba la ficción de normalidad.

—¿Su confidente?

—La Matrioshka. Yo era uno de ellos.

Después de pasar una tarde agradable con Laura y con su hijo, fingiendo ser una familia normal, Siaka regresaba al tugurio donde Zinóviev montaba sus fiestas, y la realidad le daba un buen puñetazo en el estómago. Cada vez le costaba más calmar a las chiquillas nigerianas que lloriqueaban mientras él las vestía como fulanas occidentales para entregarlas a clientes depravados. Niñas como lo había sido él, como era el pequeño Roberto. Zinóviev ya no le pedía que se acostase con nadie, salvo contadas excepciones. Desde los dieciséis años, se le consideraba demasiado mayor para los gustos de su clientela. A partir de entonces había sido su mascota, como la que lucían los sátrapas antiguos para dárselas de sofisticados y exóticos. Él

se encargaba de trasladar a las niñas, de comprobar que estuvieran en perfecto estado de revista antes de hacer la presentación en salones a veces de un lujo desmedido y otras en tugurios apestosos o en sótanos de fábricas. Siaka era el golpe de efecto de Zinóviev, su cuerpo musculoso y su alta estatura imponían tanto como sus rasgos chatos y su pelo ensortijado. Un eunuco, el guardián del harén.

—El día que Zinóviev mató a Roberto yo estaba allí. Conduje el coche hasta el lago, vi cómo lo ahogaba. Yo era su mano derecha, su lugarteniente.

Laura tuvo paciencia con él, supo esperar sin presionarle, sin amenazas que sólo habrían servido para que Siaka se escapase, dejando atrás todo lo que sabía, y sabía mucho. En realidad, lo sabía todo: los ogros se debilitan cuando se han comido a todos sus enemigos, se vuelven incautos, confiados. Un papel olvidado en una mesa con nombres, una libreta con números de cuenta, itinerarios de barcos y camiones entre las sábanas después de una noche de orgía. Incluso confidencias a altas horas, cuando hasta los monstruos sueñan con ser personas apacibles.

Siaka había acumulado aquella información durante años, pacientemente, día tras día. Nadie sabía más de la Matrioshka que él, ni siquiera la propia Matrioshka, si es que aquella figura enigmática a la que se refería con temor Zinóviev existía realmente. Lo había hecho sin una intención determinada, movido por el mero instinto, como cuando le enviaban a masacrar un poblado a los once años, drogado hasta las cejas, y se aseguraba de que le vieran ensañarse con los cadáveres fingiendo ser más fiero que nadie. «Lo haré —le dijo a Laura un día, sin más, mientras Roberto correteaba detrás de unas palomas que jugaban a dejarse atrapar para escapar en el último instante—. Te ayudaré a acabar con esos cabrones; con todos ellos, empezando por Zinóviev». Pocas semanas después, el niño estaba muerto. A Siaka le costaba entender por qué le afectó tanto la muerte del chiquillo. Habían muerto muchos otros en su camino, los había visto por todas partes a lo largo de su corta vida y nunca sintió aquellas pérdidas como propias. Pero con aquel niño fue distinto.

—Ese niño ha sido lo más parecido a una familia normal que he tenido. —Y permitió que Zinóviev lo matara. El ruso estaba muerto, y eso hacía el mundo un poco mejor, más respirable. Pero era un consuelo pobre.

Gonzalo sentía un torbellino de voces en la cabeza. La voz de su hermana, la voz de su infancia, llamándole cuando se perdía en el bosque. La voz de su madre cantando en ruso, la voz inventada de su padre que ya no podía recordar, diciéndole que lo que importa es que los hijos puedan sentirse orgullosos de sus padres. Estaba asustado y confuso.

—¿Por qué me cuentas estas cosas? ¿Por qué me has mandado el ordenador? La policía es la que se debería encargar de esto.

Siaka soltó una risita maligna y dolorosa.

—Supongo que has intentado abrir el archivo confidencial.

Gonzalo asintió. Dos veces, quedaba una oportunidad.

—En ese archivo tu hermana guardaba el organigrama de la Matrioshka, los nombres de sus dirigentes en todo el mundo, los canales que utilizan para blanquear el dinero que obtienen con sus actividades ilegales, paraísos fiscales, bancos, empresas, y también una larga lista de funcionarios que trabajan para ellos, y no pocos son abogados, fiscales, jueces y policías. Zinóviev era un simple encargado. Teóricamente se dedicaba a la importación y exportación de material deportivo. Pero en realidad era un sicario de la organización con base en Rusia y ramificaciones en media Europa que Laura investigaba desde hacía años. Se dedican a todo tipo de negocios ilegales, pero sus mayores ingresos los obtienen de la prostitución infantil. Niños y niñas de todas partes, cuanto más pequeños, mejor, ya has visto parte de ese material. La policía no se preocupa por los casos cerrados. Y con la muerte de Zinóviev y de Laura, les cuadran las cuentas. Tú eres abogado. Ya deberías saberlo.

Gonzalo se removió inquieto. Abogado, sí, pero un abogado mediocre, que se dedicaba a la jurisdicción civil y que tenía el estómago demasiado débil para ciertas cosas, que nunca quiso entrar en esa clase de vicisitudes, y que jamás entendió por qué su hermana abandonó todo para hundirse en esta ponzoña.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—No se trata de lo que quiero yo, sino de lo que querría tu hermana.

Le prometió que daría con el escondite de Roberto y que lo rescataría. Le pidió que confiara en él, no podían echar al traste años de paciente espera. Cuando Zinóviev apareció con el niño y le dijo que subiera al coche, Siaka intentó avisarla mandándole una sola palabra: el lago. Pero ella llegó tarde. Siaka nunca olvidaría lo que le dijo, fuera de sí, ni el terrible odio que vio en su mirada. Cuando supo que se había suicidado fue a su apartamento. Estaba asustado, y temía que la policía encontrara algo que pudiera relacionarlo con ella. No temía a la policía, sino a la Matrioshka. Encontró el ordenador escondido detrás de un armario y aquella fotografía que se hicieron los tres una tarde en la que Laura le llevó a conocer la casa donde se crio, y se lo llevó todo.

Estaba convencido de que eran ellos los que se habían quitado de encima a Zinóviev. Se había vuelto díscolo y demasiado exuberante, llamaba la atención con sus peleas de perros, sus palizas y sus desvaríos. Y nadie le había ordenado secuestrar, y mucho menos matar, a Roberto. Lo debieron preparar todo para que las pruebas recayeran sobre Laura: las esposas y la foto clavada en el pecho con una pistola de clavos que luego la policía encontró en su casa. Que ella se suicidara era algo que nadie había previsto, pero les ahorra trabajo. Dos pájaros de un tiro.

Conocía los métodos de esa gente y conocía a Laura. Ella nunca hubiera podido hacerle aquello a Zinóviev, por mucho que lo odiara. Habían sido profesionales, estaba convencido. El modo de despellejarlo, los testículos amputados... Y si lo

encontraban a él, le harían lo mismo. Siaka podía delatar a los confidentes de la policía, sacar a la luz los nombres de los clientes, mostrar los vídeos grabados con imágenes que harían vomitar hasta el alma a la opinión pública, que ya no podría seguir fingiendo que la cosa no iba con ellos. Y le había prometido a Laura que llegaría hasta el final, por Roberto, por él mismo, si ella no le abandonaba. Laura le prometió que no lo haría. Pero se había suicidado, dejándole solo.

En lugar de escapar una vez liberado de su compromiso de empezar una nueva vida lejos de todo, le había entregado el ordenador a aquel desconocido y estaba allí, dudando si tomar el tren hacia París. ¿Por qué? Por aquella conversación, aquella tarde en el lago de la fotografía. Hacía ya tres años que conocía a Laura y que colaboraba con ella. Había visto crecer en aquel tiempo a Roberto, incluso una vez ella le invitó a su casa y le presentó a Luis, su marido. Pero nunca, hasta aquella tarde, le había hablado de su propia vida, de su padre, de los recuerdos que encerraban aquellas paredes. Buenos recuerdos, a pesar de que al evocarlos Laura pareciera triste por momentos.

Ésa fue la primera vez que oyó hablar del abogado, Laura le enseñó sus nombres grabados en la pasarela del arroyo, le mostró los lugares donde jugaban a aviadores, le contó cómo eran las esculturas de nieve y hielo que su hermano hacía en invierno. Estaba orgullosa de él, y al mismo tiempo, dolida por su lejanía. «Si alguna vez me pasara algo, búscalo. Gonzalo siempre sabe hacer que las cosas encajen en su sitio. Él te ayudará».

A Siaka ya no le importaba lo que pudieran hacerle. Lo peor ya se lo habían hecho, se lo habían robado todo. Pero aún le quedaban arrestos para una última entrada triunfal, sólo que esta vez en una sala de juicios, con cámaras y taquígrafos. El último gran número de Copito de Nieve antes de esfumarse en la niebla para siempre. Y aquel hombre cuya valentía, pese a los elogios de Laura, él no veía por ninguna parte, era su única esperanza de redención.

—Te daré todo el material que aún tengo, las pruebas, las grabaciones, los registros, nombres... Y la contraseña de ese archivo confidencial, pero sólo lo haré cuando esté seguro de que llegarás hasta el final, con todas sus consecuencias. Eso es lo que Laura hubiera querido.

Gonzalo se movió con dificultad, tocándose el costado.

—No te lo voy a negar. Esto me sobrepasa.

Siaka se secó con la palma una gota de sudor que le corría por el cogote. Si alguien pudiera leerle el futuro en aquel instante, le diría que era tan negro como su piel.

—Mi tren sale dentro de treinta minutos. Y no estoy dispuesto a perderlo por nada. Necesito una respuesta, ahora. Pero quiero advertirte de algo. Puede que sientas la tentación de hacer esto porque creas que se lo debes a tu hermana; si es así te

equivocas. Eso del amor fraternal es muy bonito. Pero no tienes ni idea de con quién te la estás jugando. No irán sólo a por ti o a por mí. Irán a por tu familia, a por tus hijos, como hizo Zinóviev con Roberto. Si lo haces, tiene que ser por ti mismo, ¿me entiendes?

—No puedo manejar esto solo. Tenemos que acudir a la policía.

El joven se negó en redondo. Si había logrado llegar con vida hasta el día de hoy era porque Laura había mantenido su palabra de no desvelar a nadie su identidad.

—Nada de policía. Tu hermana confiaba en un fiscal, te daré su nombre, pero nada más, hasta que vea que de verdad va en serio.

Gonzalo se quedó pensativo durante unos segundos.

—Conozco a alguien que nos ayudará. El inspector jefe Alcázar. Trabajaba con mi hermana.

Siaka tensó los músculos de la cara al oír aquel nombre.

—No sé qué tipo de policía es ahora, pero sí sé de qué clase era hace treinta y cinco años.

—¿A qué te refieres?

Siaka frunció el ceño con recelo.

—¿En serio no lo sabes?

—¿Qué es lo que tengo que saber?

—Tu hermana me contó que vuestro padre desapareció en 1967...

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues que ese tío con el que ella trabajaba, su jefe, fue el encargado de la investigación.

Gonzalo no podía recordarlo porque era apenas un niño, pero la primera vez que vio a Alcázar fue en 1967. El entonces subinspector Alberto Alcázar iba vestido con una camisa ligera de verano de color claro; una gota de sudor salía del peluquín castaño que utilizaba y le partía la frente por la mitad. Estaba apoyado en la barra bebiendo un refresco y fumando un cigarrillo Rex con filtro. El padre de Gonzalo bajaba todos los lunes de primero de mes al pueblo para cargar provisiones. En aquellos años, el almacén de abastos de Rita era la única tienda que vendía al por mayor en el pueblo. Podía encontrarse de todo, desde herramientas para el campo, cal viva, aceite a granel o fusibles para los plomos del contador y velas para las largas noches en las que se iba el suministro eléctrico, cosa que ocurría a menudo. Elías Gil cargaba el viejo Renault hasta los topes y Gonzalo tenía que soportar entre las piernas y en la nariz el olor de los sacos de cebollas durante todo el camino de vuelta al lago. Las imágenes se habían perdido pero no el olor. Gonzalo detestaba sin saber la razón el olor de las cebollas.

Aquella mañana hacía calor, el ventilador del local estaba estropeado. Alcázar

lanzaba miradas hacia Elías, que estaba negociando con el tendero el precio de unas bujías de recambio. Sus miradas se encontraron una vez, y Alcázar encogió el mostacho como si oliera una pestilencia. Se acercaba la verbena de San Juan y Elías quería que su esposa, Esperanza, y su hija, Laura, estuvieran guapas para el baile que los vecinos organizaban todos los años a orillas del lago. Fue hasta la barra y escogió unas cintas de seda de distintos colores de un frasco de cristal. El frasco estaba junto al codo de Alcázar, que apenas se movió un milímetro. Lo justo para que su padre alzara la cabeza y tras observarle unos segundos le pidiera amablemente que se apartase para poder abrirlo. Alcázar estuvo mirándole un buen rato, con algo que se parecía a una sonrisa pero que sólo era una manera de enseñarle los dientes.

Elías desvió prudentemente la mirada de su único ojo, aunque por la manera de tensar el cuello y los hombros se notaba que le costaba hacerlo. Tenía ya cincuenta y seis años, el pelo canoso le raleaba por los costados y la coronilla, y su ojo sano estaba casi enterrado bajo un pliegue de párpado carnoso y una ceja espesa y blanca. Alcázar tendría no más de treinta años, era casi tan alto como Elías y también corpulento, pero su presencia no era tan rotunda, ni siquiera con el abultamiento de la cartuchera en la parte interior del pantalón. Elías era muy capaz de romperle la tráquea con una mano antes de que al policía se le ocurriera echar mano de su pistola. Corrían leyendas al respecto, cosas ocurridas en los años cuarenta y cincuenta, cuando Elías se dedicaba a pasar presos políticos y gente que huía del régimen a través de los pasos del Pirineo.

—Mi padre te manda recuerdos, Gil.

Elías escogió una cinta rosa púrpura para su mujer y otra dorada con ribetes para Laura. Se las dio a Gonzalo y le hizo una señal para que le esperase en el coche. Antes de salir del colmado, Gonzalo pudo escuchar la voz de su padre, aquel tono grueso que amenazaba tormenta. Pero, por supuesto, no lo recordaba:

—No sé quién eres y no sé quién es tu padre. Pero no me gusta tu tono.

Alcázar soltó una risita contenida, como ese sonido que hacen las cadenas en un puente levadizo. Un ris-ras amenazante. Algunos clientes que merodeaban en la zona de los estantes procuraron esfumarse.

—Mi padre es el inspector Ramón Alcázar Suñer. Creo que en el pasado tuvisteis vuestros más y vuestros menos.

Elías asintió.

—Tu padre era un buen hombre. Creo que lo sigue siendo.

Alcázar se encogió de hombros.

—Eso pregúntaselo a los rojos como tú que ha mandado al trullo y que ha quitado de en medio.

—Conmigo se portó bien. Es lo que cuenta.

—Tal vez, pero él ya está jubilado, y aunque nunca entendí por qué protegía a

alguien como tú, eso se ha acabado. Yo no soy mi padre, y no te he dado permiso para tutearme. Para ti soy el subinspector Alcázar. ¿Estamos?

Elías casi sintió ganas de echarse a reír. El intento de ser duro de Alcázar era tan patético como desagradable el olor de la colonia Floïd que usaba. Se preguntó durante unos segundos qué opinión tendría Ramón Alcázar de su vástago. No muy buena, imaginó. Los tiempos eran otros y los hijos se reblandecían al compás de esos tiempos.

—Claro, discúlpeme.

—Subinspector.

Elías Gil dejó que Alcázar viera en su ojo el brillo irónico.

—Perdón, subinspector.

Exactamente veinte días después de aquel primer encuentro, mientras todavía retronaban aislados los últimos petardos de la verbena de San Juan, Elías desapareció sin dejar rastro.

Como los lobos a los corderos. Eso había dicho su madre en el entierro de Laura cuando Gonzalo le preguntó si conocía a Alcázar. Ahora comprendía lo que quiso decir y la razón por la que su madre no quiso volver a hablar con Laura cuando ingresó en la policía. No fue sólo aquel artículo donde su hermana desmontaba el mito de su padre, acusándole de haberles abandonado cuando eran niños, y no asesinado por la policía de Franco, como siempre sostuvo Esperanza. Lo que su madre nunca le perdonó a su hija fue que se pusiera bajo las órdenes del hombre que, según ella, dificultó aquella investigación para ocultar el crimen.

Alcázar había accedido a recibirle en su pequeño despacho en la última planta de un edificio que albergaba los servicios regionales de la Policía Judicial. No era exactamente una comisaría al uso, sino más bien un centro de mando desde donde se coordinaban las diferentes brigadas y servicios centrales. Gonzalo vio algunos uniformes, pero pocos. De no ser por las fundas con pistola y las esposas en los cinturones, la mayoría de aquellos policías podrían haber pasado por eficientes trabajadores de una empresa cualquiera. Muchos eran bastante jóvenes y se respiraba un ambiente de actividad efervescente. El despacho del todavía inspector jefe era luminoso. Un gran ventanal se asomaba a la calle y la luz se perfilaba entre las lamas de una cortina veneciana. El mobiliario era poco lujoso, de premontaje metálico de tonos grises, pero el sillón negro y las fotografías y diplomas de las paredes le daban un aire cálido. Sentado frente a Alcázar, Gonzalo tuvo tiempo de observar aquellos marcos mientras el inspector servía café en vasos de plástico. Alcázar había tenido una carrera larga, próspera y reconocida. Una carrera que en unas semanas tocaba a su fin, como atestiguaban las dos cajas de embalaje en un rincón.

—Demasiado para mí. Lo de tu hermana ha sido la última gota que necesitaba

para decidirme. Me jubilo, ya no tengo nada que hacer aquí. —Alcázar empujó hacia Gonzalo un vaso humeante y encendió un pitillo—. ¿Quién te ha dicho que yo llevé la investigación de tu padre? ¿Ha sido Esperanza?

Gonzalo dudó. Había ido a ver al inspector en busca de respuestas, no para contestar sus preguntas.

—¿Por qué no me lo dijo usted cuando vino a mi casa?

—Tu hermana y yo teníamos un trato. Cuando se sentó en esa misma silla en la que estás tú, le pregunté si sabía quién era yo. Por supuesto, yo había leído ese artículo que había escrito. Me dijo que sabía perfectamente quién era yo, y que por eso venía a verme. Si ella hubiese sabido que todo eso que tu madre hizo correr durante años era cierto, que yo maté a Elías Gil y oculté las pruebas, nunca me habría pedido que la aceptase en mi unidad, ¿no te parece? He hecho bastantes cosas de las que no me siento orgulloso, pero jamás he matado a nadie. ¿Odiaba a tu padre? No especialmente. Por supuesto, lo tenía vigilado. Él era el pez gordo, el disidente, el sindicalista, y yo un joven ambicioso, pero cada vez que quise meterle mano, alguien me paraba.

—¿Insinuía que mi padre estaba protegido por la policía? ¿Que era un colaborador?

Alcázar lo sacó de esa suposición.

—Te aseguro que tu padre era un hombre de convicciones más que firmes; y en el fondo, reconozco que eso era de admirar. Sé que durante los años cincuenta y a principios de los sesenta lo detuvieron varias veces, y que no se lo hicieron pasar bien. Nunca se quebró, yo lo sabría: el registro de colaboradores era muy extenso, te sorprendería conocer algunos nombres, pero el suyo nunca apareció. No, no era un chivato. A finales de los sesenta las cosas ya no eran como al principio, los comunistas ya no eran nuestra prioridad. El Gobierno se había poblado de tecnócratas; la colaboración con Estados Unidos y un cierto despegue económico habían cambiado las prioridades; digamos que el pragmatismo se impuso sobre la ideología. Por supuesto se perseguía cualquier disidencia, pero nuestro objetivo empezó a centrarse en las universidades y en las actividades de los separatistas vascos, ETA empezaba a dar demasiados quebraderos de cabeza y nosotros éramos pocos. Además, tu padre era un trabajador modélico en la serrería del valle, los informes que nos pasaba el director eran inocuos, ningún conflicto laboral, ninguna algarada. Si hacía algo, pasar a algunos jóvenes a Francia, guardar en casa octavillas para los sindicatos estudiantiles o de la UGT, lo hacía de modo que nosotros no nos enterábamos. Nunca pude atraparlo, era más listo que yo, ésa es la verdad. Lo que yo te puedo decir, Gonzalo, es lo que tu madre nunca quiso aceptar: tu padre os abandonó. Un buen día, sin más, decidió que no podía seguir soportando aquella vida anodina y se marchó. Nunca supimos con certeza a dónde fue, ni qué desencadenó su

decisión. Su rastro se perdió sin más, como el de tantos otros. Y Dios sabrá dónde fue a parar. Ésa es la única verdad.

No, no era la verdad. Pero era lo que aquel abogado quería escuchar, y después de tantos años unas cuantas mentiras más no podían hacer más daño del que ya habían hecho.

—Laura y yo hicimos un pacto. Si no se puede olvidar el pasado, al menos se puede aparcarse cuando estorba. Y si tropezamos de vez en cuando con él, nos ponemos otra vez en pie y lo esquivamos para seguir adelante.

Para Gonzalo no era tan sencillo. Y estaba convencido de que tampoco lo fue para su hermana. Para ellos el recuerdo de su padre era demasiado grande, demasiado omnipresente. Estaba confuso y no sabía qué pensar. Su madre sostenía que la policía mató a su padre, Laura escribió aquel artículo con la tesis que ahora avalaba Alcázar, quizá interesadamente. Pero tenía razón: su hermana nunca hubiera trabajado con el asesino de su padre, debía de tener pruebas fehacientes de ello. Entonces, ¿por qué cuando Gonzalo leyó aquel artículo se puso decididamente del lado de su madre? Quizá porque no era capaz de soportar la alternativa: que su padre, esa imagen que Gonzalo había ido moldeando de él para ser admirada, lo hubiese abandonado por puro egoísmo cuando sólo era un niño.

Pero no era aquélla la razón por la que había acudido a ver al inspector, sino para sondearlo.

—¿Sigues pensando que mi hermana mató a Zinóviev?

El mostacho de Alcázar se elevó al fruncir la nariz con una leve alarma. Intuía una forma inconexa de coacción en la mirada aumentada por las lentes del abogado. Alcázar se conocía todos los trucos de los letrados, y cuando eran hábiles nunca preguntaban o insinuaban algo si no tenían la respuesta o la certeza de antemano. La cuestión era si aquel abogado era o no de esa clase.

—No lo pienso yo; lo confirman todas las pruebas.

Gonzalo formó con los dedos de ambas manos una pirámide hueca, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza echada hacia adelante, como si en aquel hueco entre sus manos estuviera el orden plausible de algo que el inspector no acertaba a descubrir. Gonzalo tenía una vez más la sensación de que aquella debilidad suya, no saber mentir, era ahora más peligrosa que nunca. Teniendo presentes las advertencias de Siaka se aventuró en un terreno, el especulativo, que era propiedad de su suegro y donde Gonzalo se sentía en desventaja.

—¿Y si le dijera que tengo pruebas de que Laura no mató a ese hombre?

Aquello no era cierto, no del todo. Sólo una intuición que no había desarrollado, sin ningún sustento práctico, aún no. Pero consiguió imprimirle carácter de verdad, a juzgar por la expresión un tanto desconcertada del inspector. «Bien, Gonzalo, estás aprendiendo aprisa», se aplaudió a sí mismo.

—Te respondería que me digas qué pruebas son ésas y reabrirla el caso.

—Pero usted se va a jubilar en dos semanas. Ha dicho que está harto de todo esto.

Alcázar adoptó una posición distante y severa. Si hasta ese momento había permanecido distendido en el sillón, ahora su espalda se irguió, haciendo crujir el cuero del respaldo, como si crujiera en realidad la maquinaria de su cerebro, que se puso a trabajar a toda máquina.

—¿Por qué no me dices qué pretendes exactamente?

¿Qué pretendía? Ni él mismo lo sabía, quizá descargar un poco del peso que Siaka había volcado sobre sus hombros. Había entrado a ciegas en un sendero que bordeaba continuamente el abismo, y lo único de que podía valerse para no dar un pie en falso era su instinto.

—Creo que puedo demostrar que todo ha sido un montaje de la Matrioshka para hacerla parecer culpable de ese asesinato.

La moderada expectación hasta ese momento del inspector se detuvo en seco. Su rostro se ensombreció.

—¿Dónde has oído ese nombre?

—Mi hermana tenía un colaborador, alguien dentro de la organización que le pasaba información, ¿no lo sabía?

Alcázar lo miró fijamente. Sus ojos habían dejado de latir, cosidos a las cuencas, como si de repente se hubieran convertido en los ojos de un busto.

—Esa información es reservada. ¿Cómo lo has averiguado?

Gonzalo odiaba los juegos de cartas, esas partidas a las que a veces le invitaba su suegro para hacer de mero comparsa ante sus amigotes del club social. No existía ninguna lógica en aquellos duelos de trileros, las partidas no se resolvían con una mano sino con las miradas. ¿Quién sabía qué? ¿Quién iba de farol? ¿Quién tenía la mejor mano?

Hasta que no había visto las imágenes del ordenador de Laura no entendió por qué razón decidió hacerse policía. Comprendía los motivos que le había dado Luis para que ella decidiera involucrarse en aquel mundo de sordidez y tristeza; Laura nunca tuvo vocación de ser testigo de su propia vida, ciertamente, siempre necesitó ser protagonista, tener el control de las riendas. Pero podría haberse inclinado por otras formas de enfrentarse a esa lacra, incluso sin abandonar su carrera. Gonzalo se sorprendió tanto como Luis cuando optó por la policía, no tenía madera para ese tipo de trabajo, pensaban todos, sin entender que el hábito no hace al monje. Pero al descubrir aquella palabra detrás de la fotografía quemada con la que había accedido a su ordenador lo comprendió. La Matrioshka es un juego de apariencias donde sólo existe una verdad, y en contra de esa apariencia, la verdad y sus reflejos son idénticos, pero eso no significa que sean la misma cosa. Los ojos creen lo que ven, la primera muñeca. Si se tiene paciencia se accede a la segunda, un poco más pequeña,

pero idéntica, y así paulatinamente, tres, cuatro muñecas más van apareciendo. Cuanto más pequeñas, más ocultas y más ciertas. Hasta llegar a la última, apenas del tamaño del dedo índice. Esa miniatura, trabajosamente pintada hasta en el más mínimo detalle para asemejarse a la mayor, es el embrión, la razón única de ese juego de apariencias. Es en ese núcleo donde nace todo, donde el artesano pone todo su empeño y su intención. Y sólo cuando todas están abiertas, alineadas por tamaños, se descubre que lo idéntico es diferente, un mero camino para llegar a ese secreto último.

Complicado. Sencillo. Gonzalo apostó que fue Laura la que bautizó como ese juego de apariencias la operación contra la red de prostitución infantil. Un guiño al pasado, a su verdadera razón para entrar en este juego, que ahora lo retaba a él. «¿Dónde estoy, Gonzalo?». Lejos, había pensado en la casa del lago al recordar sus juegos del escondite. Ahora comprendía que no era así. Laura nunca se ocultaba demasiado, siempre permanecía cerca para que él pudiera encontrarla sin dificultad porque sabía que le asustaba la soledad. Sólo tenía que ver, mirar, desenroscar una por una las apariencias de verdad para llegar a la verdadera Matrioshka. Todo es idéntico, todo es distinto. Un juego, sólo era eso, un juego, con sus reglas.

«No lo sabe, —pensó al mirar la expresión grave del inspector—. No sabe que Siaka existe. Laura no se lo dijo».

—Voy a pedir formalmente que se reabra el caso.

Alcázar se acarició el cráneo. Una profunda arruga se le dibujó en la nuca, por encima del cuello de la camisa. Trataba de mantener la calma, y era esa misma contención en sus movimientos la que denotaba su nerviosismo. Por un momento, Gonzalo tuvo un *déjà vu* de la entrevista que había mantenido con su excuñado el día que le dijo que Laura había muerto.

—No lo hagas, Gonzalo. No te metas en esto, no vale la pena. Entrégame esas pruebas, dime quién es el confidente y yo me ocuparé. Tú tienes una familia y una vida por delante; ni siquiera deberías estar aquí, te has visto empujado por accidente. Pero yo se lo debo a Laura, era mi compañera.

Gonzalo se quitó las gafas. A veces le gustaba este mundo de volúmenes indefinidos donde, contra lo que todo el mundo pensaba, podía ver mejor porque era inútil mirar. Así aparecía ahora el rostro borroso de Alcázar, sólo una forma desdibujada y gruesa, un olor de café y pitillos. Y una respiración agitada.

—Yo también se lo debo, inspector. Laura era su compañera, pero era mi hermana.

Gonzalo volvió a colocarse las gafas. Allí estaba todo de nuevo licuándose, volviendo con rapidez furtiva a su apariencia de normalidad. Pero ya era tarde. Se puso en pie dispuesto a marcharse, y entonces recordó que quedaba otra pregunta por hacerle al inspector, que en dos semanas dejaría de serlo.

—Después del funeral, usted fue a ver a mi madre, ¿verdad? Fue usted quien la convenció para que vendiera a mi suegro la finca del lago.

Alcázar se levantó a su vez. Había recuperado su pose habitual, pero algo ligeramente distinto vibraba en él. No era una amenaza, tal vez una cierta resignación, como la que siente quien ha hecho cuanto puede para evitar una desgracia y no se siente obligado a más.

—Según tengo entendido, no sólo se la ha vendido a tu suegro. Ahora sois socios, de modo que tú también te beneficias.

En realidad eso no era cierto aún. Gonzalo no había firmado todavía ese acuerdo.

—¿Por qué ha intercedido a favor de Agustín González?

Alcázar movió con lentitud sus pesados párpados. La paga de jubilación era una risa, así que tenía que buscarse la vida. De vez en cuando se daba una vuelta por los despachos de abogados, fisgoneaba un poco y dejaba caer por aquí y por allá tarjetas de visita. Siempre había algún trabajo del que podía encargarse alguien que conocía el juego.

—Tu suegro y yo coincidimos algunas veces en el pasado, él en su papel de abogado y yo en el de policía. No siempre convergieron nuestros intereses, pero siempre hubo buena relación. Me puso en antecedentes y le ofrecí mis servicios.

—¿Sabe que usted era el jefe de mi hermana?

Alcázar sonrió, preguntándose si la bisoñez de Gonzalo era auténtica o impostada.

—¿Hay algo en esta ciudad que no sepa Agustín González?

Gonzalo adivinó en los ojos de Alcázar un arañazo profundo, y de repente le acometió la idea de que aquel hombre podía ser muchos otros. Y no todos amables.

—¿Cómo convenció a mi madre? ¿Qué le dijo? Mi madre le odia, jamás aceptaría algo que venga de usted, a no ser que exista una poderosa razón.

Alcázar se mordisqueó el mostacho con el labio inferior. ¿Era el pasado una poderosa razón para una anciana de ochenta y seis años? Sin duda, como lo era el miedo a perder el amor incondicional del único hijo que le quedaba y morir sola.

—Eso deberías preguntárselo a ella.

Apenas alcanzada la calle, Gonzalo llamó a Siaka. Tardó dos tonos en descolgar.

—Veo que has perdido ese tren a París.

—Habrás otros, puedo esperar un poco más, supongo. Yo he tomado mi decisión. ¿Tú has tomado la tuya?

—Lo haré.

—¿Estás completamente seguro? No hay marcha atrás, abogado.

Gonzalo notó cómo el sudor le empañaba la palma de la mano. No, claro que no estaba seguro. Pensó en Javier, aquel día en el risco, antes de saltar al vacío. En el miedo de su hijo, en su inseguridad que desapareció cuando él lo cogió de la mano.

Pero ¿quién se la sostenía a Gonzalo ahora?

—Sí. Estoy seguro.

—Como quieras... ¿Tienes un papel a mano? Te daré la contraseña del archivo confidencial.

Gonzalo buscó un papel y un bolígrafo en su maletín. Se apoyó en el techo de un coche aparcado con el teléfono atrapado entre el hombro y la oreja.

El bolígrafo se quedó quieto y el teléfono se le cayó al suelo. No necesitaba apuntar la contraseña, la conocía de memoria: cinco letras, mayúsculas: IRINA. Mecánicamente buscó en el bolsillo el portarretratos que había encontrado en la cazadora de aviador de su madre. Frotó con los dedos aquellas letras garabateadas hacía tanto tiempo, no del todo legibles, pero que tanto habían afectado a Esperanza cuando le mostró el retrato descompuesto de aquella mujer y de la niña que sostenía en brazos.

La voz de Siaka se escuchaba a través del auricular del teléfono en el suelo.

—Abogado, ¿sigues ahí?

Gonzalo recogió el teléfono.

—Te llamaré luego.

Veinte minutos después entró en el despacho de Agustín González sin hacer caso de las airadas protestas de la secretaria. Su suegro estaba al teléfono y le miró sorprendido. Le hizo un gesto a su secretaria y ésta salió. Durante un largo minuto, Gonzalo permaneció en pie, declinando la muda invitación para que tomara asiento. Cuando terminó la llamada, Agustín González cruzó los dedos sobre la mesa.

—Habrà alguna razón de peso para que irrumpas de esta manera en mi despacho.

—No voy a vender la propiedad.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído. No vendo y voy a plantear un recurso contra la firma de la venta del setenta y cinco por ciento de mi madre. Tengo razones para pensar que ha firmado bajo coacción.

Agustín González no salía de su asombro. Miró a Gonzalo como si su yerno estuviese chalado.

—¿Y te vas a denunciar a ti mismo? Por lo que yo sé eres tú quien la ha convencido.

—No juegues conmigo, Agustín. Sé que mandaste a ese inspector que te hace trabajitos para que la convenciera. No sé cómo lo hizo, pero demostraré que se aprovechó de su superioridad, recurriré al estado mental de mi madre, si es necesario.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa? Teníamos un acuerdo.

—Tú no lo entenderías. Podría sentarme aquí delante de ti y explicártelo durante horas, y seguirías sin entenderlo.

—Supongo que sabes lo que eso significa.

—Lo sé perfectamente. No habrá fusión, y no puedo decir que lo lamente. Hablaré con Lola, tendremos que replantear nuestras opciones, pero saldremos adelante.

Agustín dio un puñetazo feroz en la mesa.

—¿Con quién te crees que estás hablando?! El proyecto se llevará adelante, contigo o sin ti, ¿lo entiendes? Venderás esa mierda de propiedad o te destrozaré por entero.

Gonzalo parpadeó, como si se le hubiese metido una pestaña en el ojo. Su seguridad se tambaleaba.

—Te guste o no, soy el esposo de tu hija y el padre de tus nietos. Si vas a por mí, también irás a por ellos.

—No seas necio. Ellos son mi familia. Tú, no.

Gonzalo tragó saliva y se irguió.

—Haz lo que creas oportuno. La finca del lago no se vende.

Salió del despacho de su suegro con una ligereza en los hombros que hacía tiempo que no sentía. Miró de reojo a la secretaria de Agustín González y vio un fósil clavado a una mesa de madera, un insecto sin vida en las carnes fofas y la expresión amargada. Había estado muy cerca, pensó. Muy cerca. Cruzó el pasillo con agilidad y entró en su propio despacho. Luisa escribía un memorando en el ordenador.

—El cartel del balcón, ¿dónde está?

—En el trastero. ¿Por qué?

—Vuelve a colocarlo en su sitio y haz que pinten el rótulo de nuevo. Lo quiero en letras bien grandes.

—¿Qué ha pasado?

—Que no hay fusión.

—¡Ay, Dios! Y yo que le había dicho adiós mentalmente a la cola del paro.

Gonzalo lanzó una mirada resignada a los legajos que se amontonaban en la mesa de su ayudante.

—Puede que acabemos los dos ahí, pero presentaremos batalla... Otra cosa, los geranios. Colócalos de nuevo. Me gusta que estén ahí.

—¿Como la rusa del apartamento contiguo?

Gonzalo se ruborizó.

—No seas deslenguada. Soy un hombre casado.

—Claro, y yo quería llegar virgen al matrimonio.

Alguna parte de su ayudante irradiaba una extraña satisfacción. Gonzalo no era, pese a su decisión, tan optimista. Los gestos de valentía eran, a menudo, un salto al vacío de consecuencias imprevisibles. Pero no podía negar en aquel momento que también él rozaba eso que algunos llaman felicidad.

Llamó a Lola. Ya se había enterado de la noticia, el cabrón de su suegro había sido rápido. Gonzalo dejó que se desahogara, escuchó sus lamentos, quebrados a menudo con un llanto que era más fruto de la indignación que de la tristeza. Su padre la había aleccionado convenientemente: durante diez largos minutos estuvo haciéndole chantaje emocional con el futuro de los hijos, con la casa y con todo lo que se le ocurrió. Gonzalo la dejó hablar.

—Hablaemos esta noche, Lola.

Colgó con una sensación agridulce en la garganta. Nadie dijo que la vida del lobo flaco fuese sencilla. Recogió el maletín y miró la hora. Todavía tenía tiempo de llegar a la residencia en horario de visitas. Su madre iba a contárselo todo. En primer lugar qué era lo que Alcázar sabía o había utilizado para doblegar su voluntad en caso de no vender la finca, y segundo lugar quién era Irina, la mujer del portarretratos. Y esta vez no iba a dejarla esconderse en sus marañas de silencio ni escapar a sus islotes de recuerdos.

Salió del despacho y se dirigió al ascensor.

El aparcamiento subterráneo tenía algún fluorescente fundido y dejaba la mitad de las plazas a oscuras. Gonzalo presionó el mando a distancia de su todoterreno para guiarse por el pitido de la apertura mecánica y el destello de los intermitentes. Su plaza estaba al final, entre dos gruesas columnas que cada día le obligaban a un sinfín de maniobras para encajonar el vehículo. Si hubiera firmado la venta de la finca, le habría tocado una plaza doble en la planta superior, donde aparcaban Agustín González y sus socios sin riesgo de dejarse la pintura en una columna. Mala suerte.

Abrió la puerta de atrás para dejar el maletín.

—¡Eh, hijo de puta! ¿Te acuerdas de mí?

Gonzalo apenas tuvo tiempo de girar levemente la cabeza. Un destello de sorpresa iluminó sus ojos y abrió la boca para gritar, pero no tuvo tiempo de hacerlo.

Algo pesado le golpeó en la base del cráneo. Sintió un fuerte mareo y que las cosas perdían relieve. El segundo impacto lo hizo caer de bruces al suelo. Y entonces sintió algo afilado que le penetraba hasta el pulmón, una, dos, tres veces, con saña.

*Tomsk. Estribaciones de Siberia Occidental,
principios de marzo de 1933*

Estaban exhaustos tras una larga travesía entre la nieve blanda, que en algunos tramos se hundía hasta las rodillas. Llevaban varios días de marcha a pie atravesando bosques fantasmagóricos, remontando colinas sucias o ciénagas, y continuamente azuzados por los guardias y sus ayudantes. Elías sostenía en brazos a la pequeña Anna. La niña estaba muy pálida, tiritaba todo el tiempo y aunque su madre se esforzaba en darle todo el calor, su viejo chal no era suficiente. Metida dentro de su abrigo respiraba algo mejor. Irina estaba demasiado cansada para cargar con ella, aunque se negaba a reconocerlo. Y aun así, le cantaba canciones, le hablaba con mimo, inventaba para ella historias de animales mitológicos, mostrándole cualquier cosa que pudiera hacer de aquel viaje al horror una aventura soportable para la pequeña.

Pero incluso ella palideció al contemplar el inmenso complejo que se extendía sobre la ribera helada del río, donde por fin los hicieron detenerse. Habían llegado a Tomsk, el centro neurálgico donde se concentraban todos los deportados antes de su redistribución por los campos de Siberia. Los precarios barracones de madera y las torres de vigilancia se divisaban desde la ribera derecha del río Tom. Al otro lado se extendía la ciudad y más allá las cuencas mineras. Los deportados eran miles, y seguían llegando sin cesar. Escuadrones de guardias a caballo empujaban con sus monturas las columnas de presos, dirigiéndoles como el río hacia la embocadura de empalizadas y alambre de espino del campo.

Elías contempló aquel espectáculo dantesco con su único ojo.

—¿Qué locura es ésta? —Enormes gabarras de carga estaban arribando a los muelles provisionales y centenares de personas eran obligadas a introducirse por las escotillas y bajo los toldos. El francés Claude negó, apesadumbrado.

—Es importante que nos mantengamos juntos. Por lo que he escuchado a los guardias, las autoridades no estaban preparadas para esto. Somos demasiados, no hay intendencia y ya ha habido graves tumultos. Parece ser que anoche hubo una matanza. Van a mandarnos río arriba, hacia otros campos en la confluencia con el Obi.

Irina lo miró consternada. Todos ellos tenían un aspecto fantasmagórico, pero el frío y el miedo eran muy reales.

—Eso no puede ser. Más allá del Obi no hay nada.

Claude se encogió de hombros, contemplándola con sus grandes ojos que sin

carne en las mejillas se habían vuelto burbujas negras y saltonas.

—Pues ahí van a arrojarnos, a la nada.

Elías se negaba a aceptarlo. Como muchos, todavía pensaba que su situación se debía a un terrible error y que, en alguna oficina del Kremlin, alguien lo estaría solucionando. Y como él otros muchos rebuscaban entre sus esperanzas para no sucumbir a la desesperación. Los había que tenían hijos o hermanos en el Ejército Rojo, incluso en la propia policía; éstos eran los que se mostraban más arrogantes, y con ellos los guardias parecían contenerse, por si acaso. Otros se amparaban en una inocencia sin dudas, madres con hijos pequeños, amas de casa u obreros de las fábricas que sólo habían cometido minúsculas faltas: faltar al trabajo, dejar un comentario irónico escrito en un baño público, o simplemente salir a la calle olvidando el pasaporte interior. También había una inmensa mayoría de campesinos que habían entrado ilegalmente en Moscú o en Leningrado huyendo de las hambrunas de las zonas rurales. Se mostraban resignados a su suerte, confiando que no sería demasiado cruel. Esperaban que los devolverían a sus lugares de procedencia, allí esperarían un tiempo antes de volver a intentar entrar en una gran ciudad, tal vez con mejor suerte.

Al adentrarse en el campo de Tomsk consiguieron mantenerse juntos. La gabarra que les servía de refugio estaba atestada, no se podía respirar, pero los guardias no les permitían alejarse y mucho menos acercarse a los puentes que conectaban con la ciudad.

A lo largo de aquellos días Elías vio varias veces a Ígor Stern merodeando en el campamento. Cada vez se hacía más fuerte y su horda de secuaces más cruel. Ígor solía pasearse por las gabarras y los barracones con un cayado de abedul con la punta redonda y dura. Golpeaba a los rezagados, como un pastor impaciente que se esforzaba en mantener el rebaño junto. Elías sentía que una rabia profunda le ahogaba y más de una vez había fantaseado con la idea de arrastrarse una noche sobre la nieve, entrar en la tienda que los guardias le habían cedido y rebanarle el cuello mientras dormía.

Sabía que no podría hacerlo, Ígor era intocable, pero la sola idea de imaginarlo le proporcionaba unos instantes de calma. Con todo, lo que más le dolía era ver corriendo detrás de él como perros falderos a sus antiguos camaradas. Michael y Martin se habían convertido en sus corifeos. Iban de un lado a otro en la retaguardia de la columna, desvalijando a los que se quedaban atrás y corriendo con su botín a entregarlo a Ígor o a alguno de sus lugartenientes. Aquello sublevaba a Elías hasta la náusea. Una mañana trató de acercarse a ellos, hacerles entrar en razón, pero Claude le hizo ver que era inútil.

—Yo ya lo he intentado. Michael, en especial, es el peor. Ya sabes lo que ocurre con los conversos: ahogan su culpa y sus remordimientos con un exceso de crueldad.

Está convencido de que sólo sobrevivirá al lado de Ígor, y sinceramente, no le falta razón. Tiene más posibilidades de salir de esto con vida que cualquiera de nosotros.

—¿A qué precio?

Claude le miró como si fuese un loco o un niño que no comprendía lo que veía ante sus propias narices.

—Al que sea preciso, Elías. Uno sólo puede arrepentirse de sus actos si tiene una vida que llenar con remordimientos. Y para eso, hay que salir de aquí.

Elías se fijó en una anciana. Estaba tan débil que apenas podía sostenerse en pie cuando se levantó para acercarse a la precaria letrina que otros presos habían cavado con sus propias manos en la nieve dura. Tener un poco de intimidad era un lujo impensable, pero un grupo de mujeres rodeó a la anciana protegiéndola de las miradas con sus cuerpos mientras esta hacía sus necesidades. No, Claude no tenía razón, y en realidad su cinismo era sólo otra forma de escudo con el que protegerse. La dignidad era importante, todavía era lo único que les permitiría dormir el resto de sus noches si alguna vez salían de allí con vida. Si se observaba atentamente aquella masa en movimiento, podía ver pequeños gestos en medio de tanta exasperación que le hacían creer que no se había perdido la piedad ni el sentido de lo humano.

Aún quedaba gente que se agrupaba por afinidades, amistades viejas o nuevas, intereses comunes. Se daban calor unos a otros con los abrigos o las escasas mantas andrajosas, compartían el poco petróleo, la leña y comida, aunque nunca era suficiente. Las personas aún lo eran, les unía la miseria y se ahogaba la angustia cantando viejas canciones que bajo las estrellas y al calor de las lumbres tenían para él, joven extranjero, un sentido misterioso y mágico. Lo heroico era sobrevivir sin dejarse arrastrar por lo evidente, seguir teniendo esperanzas, un gesto con el otro, un resquicio de decencia al que aferrarse.

—¿Y qué hay de Martin? —dijo señalando al joven inglés pelirrojo que andaba tras Michael con la mirada perdida y una expresión culpable en el rostro.

Claude tosió con una tos cavernosa y escupió un grumo oscuro de sangre. Últimamente la fiebre había vuelto y cada vez era más alta. Una mirada de sospecha e ironía se dibujó en sus ojos.

—Martin está enamorado de Michael... Vamos, no pongas esa cara de sorpresa. ¿De verdad no te habías dado cuenta? Los cogieron con los pantalones bajados en la residencia del Gobierno. La sodomía es un pecado capital, también en la dictadura del proletariado. La libertad es cosa de hombres, amigo, no de mujeres o afeminados. Por eso los mandaron aquí. Además, nuestro amigo pelirrojo es demasiado débil, tiene alma de efebo griego, y lo único que puede hacer es convertirse en la sombra de Michael. Irá al fondo del infierno si él se lo pide.

Elías nunca se había permitido juzgar si los hombres le atraían o no.

—¿A qué viene esa sonrisa? —le preguntó Claude.

Elías le palmeó el hombro.

—Incluso en los peores lugares puede encontrarse el alivio de las cosas hermosas. Eso decía mi padre.

—¿Qué puede haber de hermoso en una tierra que te odia?

—Según parece, aquí es donde Martin ha encontrado al amor de su vida.

Volvía a nevar pero la mayoría de la gente no corría. No había toldos ni lonas bajo los que protegerse. La mayoría permanecían quietos, como estatuas de barro que se deshacían lentamente.

El reparto de la comida era el momento más terrible del día en Tomsk. Azuzados por el hambre y la sed, los seres humanos se olvidaban de su condición y se transformaban en una turba salvaje por hacerse con un pedazo de pan de los que los guardias lanzaban desde lejos. Se mordía, se pateaba, se golpeaba y se pisoteaba por conseguir comida. Los más débiles no tenían ninguna posibilidad: ancianos y niños pequeños dependían del cuidado de algún familiar o de la caridad de quien quisiera apiadarse de ellos. Elías y Claude formaban un buen equipo y habían desarrollado una técnica: cuando intuían que iba a producirse el reparto no se dejaban llevar por el nerviosismo histérico que minutos antes recorría como una corriente a los prisioneros. Con calma, se posicionaban lo más cerca del reparto, como un binomio compenetrado. Y cuando llegaba el momento se lanzaban en un ataque combinado eficaz.

Elías era grande, había recuperado las fuerzas con bastante rapidez, y su fama a raíz del episodio con Ígor le había granjeado cierto temor que él potenciaba quitándose la venda del ojo hundido. Esa cuenca vacía mirando desde la oscuridad echaba atrás a los más timoratos. Además no tenía problemas en usar brazos y piernas para abrirse paso. Bloqueados los rivales, Claude, que era mucho más rápido, se lanzaba a una carrera ágil, saltaba literalmente sobre los cuerpos de la turba y como si de un jugador de rugby se tratara, blocaba la comida en el aire. Con suerte, algunos días lograban algo de comer para ellos y para Irina y su hija. Otras debían compartir el hambre sin más. El reparto no era equitativo y nadie esperaba que lo fuese. Las pocas mujeres, minoría absoluta entre los prisioneros, no dudaban en ofrecer sus cuerpos a los guardias o a otros presos sin escrúpulos. Ya habían empezado las violaciones y los abusos, pero nadie tenía tiempo de ocuparse de ello.

Ígor y otros de su jaez robaban sin contemplaciones lo que les apetecía a los demás. Stern incluso había establecido un eficaz mercado negro con los pertrechos robados, al que debían recurrir los más débiles para lograr sobrevivir. Todo era canjeable y tenía su precio estipulado, el cuerpo, el trabajo, los objetos personales. Elías había visto con horror a un anciano arrancarse los dientes de oro para comprar un pan que no podría después comer pero que serviría para alimentar a sus nietos.

Otros entregaban sus papeles de identificación ya inservibles, libros, joyas familiares, mantas, ropa... Lo que fuera. A veces para nada. No había a quién reclamar si Ígor decidía caprichosamente quedarse con el pago sin dar lo estipulado.

En medio de aquel caos, Michael se había erigido como un eficaz administrador de las cuentas de su nuevo amo. Pronto se hizo tristemente famosa su pequeña figura de anchas y fuertes piernas recorriendo el campo. Con su libreta bajo el brazo anotaba los ingresos, los sobornos que habían de pagarse a los guardias, las deudas que debían cobrarse en forma de palizas o puñaladas detrás de los barracones, normalmente al caer la noche, o los nombres de las personas que por alguna razón pudieran ser del interés de Ígor: delatores, gente dispuesta a servirle, y también potenciales enemigos que debían ser eliminados antes de alcanzar una preeminencia peligrosa. Martin, su sombra como había dicho Claude, se limitaba a acompañarle, cada vez más demacrado y taciturno, todo lo contrario que Michael, desaforado y colérico, siempre dispuesto a mostrarse violento, especialmente cuando se sentía observado por Ígor o alguno de sus lugartenientes.

Aquella mañana, Elías se disponía al combate por los suministros junto a Claude cuando vio acercarse a Ígor. El preso caminaba como un mariscal que observa las líneas enemigas antes de lanzar a sus hombres al ataque. Con calma y esa clase de sonrisa que tienen los que saben en su mano los hilos del destino. A corta distancia le seguían Michael y el pelirrojo, Martin.

Ígor Stern se sentía feliz. Todo hombre lo es cuando siente que ocupa su lugar en el mundo, y aquél era el suyo: el caos, la fuerza bruta del instinto por encima de las cadenas de la civilización. Por primera vez en toda su vida se sabía libre. Libre de ser lo que era sin miedo ni freno; pero no tenía nada que ver con los demás presos comunes, tampoco con aquellas pulgas que se le habían subido al lomo desde el primer día, Martin y Michael. No se contentaba con sobrevivir y dar rienda suelta a sus instintos. Pensaba, se tomaba su tiempo, y se preguntaba cómo utilizar aquella oportunidad única. Nunca podría ser un boyardo zarista, eso estaba claro, tampoco oficial de la guardia roja o casarse con una princesa en el exilio. Su sangre estaba emponzoñada, no era azul, era roja y púrpura, pero ¿por qué no podía soñar con una dacha en el Balatón? ¿Por qué no imaginarse en uno de aquellos coches a motor que ya empezaban a circular por las calles de las grandes ciudades?

Tal vez, si hacía las cosas bien, podría un día vestir levita, envejecer junto a un fuego rodeado de nietos y perros mansos, en un palacio de los antiguos zares, leer todos aquellos libros que se escribían, dictarle a un amanuense sus experiencias, codearse con altos funcionarios, quizá con el mismísimo Stalin, ir a la ópera y ser recibido en audiencia privada por la Orlova, mientras su imperio crecía por generación espontánea. En las guerras la mayoría de los hombres sufren y mueren. Pero unos pocos saben ver en ese sufrimiento una oportunidad, y ¿acaso no era

aquella una guerra? Tenerlo todo. Eso le atraía. Riqueza, poder, y tiempo para disfrutar de ello. Dejar atrás, para siempre, su pasado de carretero judío. Hacerse viejo, de repente, era una posibilidad, cumplir años y prosperar, él, que siempre tuvo claro que sería pasto de los gusanos antes de los treinta y que moriría en una zanja fría de cualquier miserable pueblucho de una puñalada por la espalda.

Observó la marea vacilante de cuerpos que avanzaban y retrocedían como las olas, estrellándose contra el farallón que formaba el destacamento de soldados que repartía la comida. Se les notaba el agobio de verse rodeados por una turba hambrienta, eran soldados demasiado jóvenes. Tenían miedo y armas de fuego. Una mala combinación.

Y entonces descubrió entre la masa grisácea el abrigo verde caqui del español del vagón al que le había vaciado un ojo. Sonrió con una especie de placer eléctrico. Los retos le excitaban. No había vuelto a verlo desde la salida de Moscú y pensó que habría muerto. Algo dentro de Ígor se alegró de que no fuera así. Se dio la vuelta y le dijo a Michael que se acercara.

—¿Ése no es vuestro amigo, el ingeniero español?

Michael vio a Elías junto a Claude. Ambos le miraban con dureza desde la distancia. Michael asintió.

—¿Por qué está aquí?

Michael miró a su alrededor. ¿Por qué estaban allí todos ellos? Por las minas de uranio, por las explotaciones mineras, por la locura de unos burócratas que necesitaban ingentes cantidades de mano de obra esclava para colonizar Siberia. La excusa para haberlos encadenado a aquella tierra miserable era lo de menos.

—Escribió cartas a su padre criticando a Stalin y el sistema comunista.

Ígor negó irónicamente con la cabeza. Aquella patria era maravillosa. Podías violar, matar, robar, mientras no lo hicieras con ánimo político. Pero escribir una palabra podía ser peor que todo eso. Un chiste sobre la madre de Stalin era equiparable a una violación: diez años de condena. Las palabras eran en aquellos tiempos extraños un mar de cristales rotos sobre los que algunos hombres caminaban con los pies desnudos. Lo más seguro era el silencio. Y aun así, seguían existiendo ingenuos e idiotas que las utilizaban asumiendo el riesgo.

—Ve a decirle que quiero hablar con él, esta noche.

Michael asintió con la mirada baja, abochornado. Como un perro fantasmal se acercó a sus antiguos camaradas. Ígor Stern se refociló en el aire pesado de la mañana. Se sabía el dueño del mundo.

Elías vio acercarse a Michael. Claude lo sujetó por el codo.

—Mantén la calma, Elías —le susurró.

Los tres amigos quedaron frente a frente. Apenas habían pasado unas semanas desde que se reían juntos en un compartimento del tren que los traía a la Unión

Soviética cargados de proyectos y ahora se observaban con desconfianza y odio. Ya no quedaba rastro de lo que habían sido.

—¿Cómo puedes hacer algo así? —le espetó sin preámbulos Elías.

Michael le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Ha sido fácil —dijo con cinismo—. Cuestión de cálculo. Es la mayor probabilidad de éxito. Una fórmula para despejar la incógnita, es lo que hacemos los matemáticos. Una vez tomada la decisión ya no es necesario pensar en las otras opciones posibles.

—Eres un canalla —gruñó Claude. Michael soltó una carcajada sincera. Arqueó una ceja y miró divertido al francés.

—Al estilo de Shakespeare, ¿eh? Un villano en toda regla, necesario para que el héroe brille al final del drama. Quién soy yo, ¿Otelo...? —Su rostro se endureció repentinamente—. Esto no es una jodida obra de teatro. Es la puta vida real, ¿entiendes? Así que guardaos vuestros reproches para cuando los hagiógrafos escriban vuestras biografías póstumas: «Yo conocí a Michael, el traidor». Ya nos juzgará el tiempo. Ahora lo hacen los vivos. —Y se volvió hacia Elías.

—Stern quiere verte esta noche en su tienda.

Elías apretó los puños. Se había levantado la venda del ojo y el bubón le daba un aspecto terrorífico.

—Ve a decirle a tu amo que este perro no tiene cadena.

Michael no se amilanó.

—Continuáis sin entenderlo. Aquí no hay elecciones. Si no vas voluntariamente, vendrá a buscarte. Y no será amable, ni contigo... ni con ellas. —Michael señalaba a Irina.

Estaba abriéndose paso con Anna en brazos hacia un cercado de madera donde un soldado custodiaba una recua de caballos que piafaban llenando el aire de vapores. Irina le dijo algo que desde lejos Elías no pudo escuchar. El guardia soltó una carcajada, alzó el tablón de la empalizada y le permitió acercarse a los caballos. Irina pegó la cara de la niña a los ollares de los brutos para calentarla con sus respiraciones, como si de una terma se tratase. Luego, el guardia gritó algo, Irina dejó a la niña en el suelo y el guardia metió las sucias manos en la blusa y le sacó un pecho antes de llevarla a la parte trasera del cercado. Elías apartó la mirada, avergonzado.

—Todo es susceptible de empeorar, Elías. No lo olvides; esta noche —le advirtió Michael, alejándose.

Ígor contemplaba inmóvil la noche desde la entrada de la tienda. Sus ojos petrificados en la oscuridad observaban en silencio, olfateando el aire, atento a los gemidos que le llegaban de lejos y que de repente se transformaban en un chillido agónico que ponía

los pelos de punta. Sin embargo, él no se inmutaba. Quizá la falta de límites en la oscuridad le causaba un efecto sedante. Por momentos parecía triste, con esa tristeza que emana de la absoluta soledad, pero el juego de sombras y luces de la lámpara de petróleo creaba una pantomima de expresiones que variaban a cada momento, del enfado a la calma y viceversa.

Al cabo de un minuto se volvió hacia Elías y le clavó una mirada inquietante. El joven procuraba mantenerse entero, pero sintió que aquel asesino podía degollarle cuando quisiera. No estaban solos en la tienda. Un par de presos de la confianza de Ígor se apretujaban entre mantas al fondo. Uno de ellos roía un pedazo de carne en salazón sin lograr arrancar del todo el bocado. Michael y Martin habían acompañado a Elías hasta la tienda, pero no habían entrado. No tenían derecho.

—¿Cómo está el ojo? —preguntó Ígor. Utilizó un tono de voz amable, como si él no hubiese tenido nada que ver. Elías hervía por dentro, pero el instinto de supervivencia y el temor eran más poderosos que la rabia.

—Me las arreglo.

Ígor asintió. Dio una vuelta alrededor de él, husmeando como un merodeador que teme una trampa al acercarse a una carroña en medio de la nieve.

—Un ojo no es algo imprescindible. Todavía te queda el otro, al menos por ahora. —Posó la mano sobre el hombro de Elías y dejó que resbalara a lo largo del abrigo—. Sigo queriendo tu abrigo. Es un buen trato: un ojo por una prenda de ropa que podrás robarle a cualquier otro.

La tienda era como un pequeño almacén donde se acumulaba todo tipo de cosas, maletas, ropa, comida, cigarrillos. Ígor vestía un viejo jersey de lana gris y un mullido abrigo de piel de mujer. No necesitaba el de Elías para nada.

—Es una cuestión de principios, ¿entiendes? —dijo Ígor, intuyendo lo que estaba pensando. Se acercó hacia un rincón de la tienda y rebuscó entre los cachivaches hasta encontrar lo que quería: un libro con las tapas rotas.

—Le quité este librito a un joven. Me llamó la atención que estuviera tan absorto en su lectura bajo la ventisca, como si nada le importase más que estas palabras, ni siquiera morir de frío, así que me dije: debe de ser importante. Cuando le pedí que me lo entregara se resistió mucho, peleó como tú peleaste por ese abrigo astroso. ¿No es absurdo? Aferrarnos a cosas que no nos pertenecen; ni siquiera nuestra vida es nuestra, pero al menos deberíamos intentar conservarla. —Ígor balanceaba la cabeza, como si de verdad le costara entender esa clase de apego. Alargó el brazo y, como un mono amaestrado, uno de sus hombres le tendió una cantimplora. Apeataba a vodka. Ígor dio un largo trago y se secó con la manga del abrigo.

—¡Es sólo un maldito libro, el muy idiota se dejó matar por unas pocas palabras! —Se burló el preso que estaba mordisqueando el pedazo de carne seca. El otro le secundó con una blasfemia que Elías no acabó de entender. Ígor hojeó el libro con

una sonrisa irónica.

—Quién sabe, tal vez la felicidad sea el punto intermedio entre la verdad y el deseo. ¿Qué opinas? —le preguntó a Elías, y rápidamente sonrió, como si él mismo no se tomara muy en serio la cuestión—. ¿Entiendes por qué quiero tu abrigo? Un lobo siberiano toma lo que quiere y no da explicaciones.

Se hizo un silencio tan tenso que lo único que podía escucharse era el batir de la lona de la tienda con el viento de la noche.

—Nunca he visto a un lobo siberiano. Pero, por lo que yo sé, son depredadores que jamás buscan un enfrentamiento directo si no están seguros de vencer. También las cabras y los mulos saben dar coces y partir espaldas.

Los lugartenientes de Ígor se alzaron amenazantes, pero éste los detuvo con un gesto de sorpresa y de sincera admiración. Hubiera dado mucho por tener entre los suyos a aquel tipo terco en lugar de esas putillas extranjeras, el patizambo y el pelirrojo maricón. Siempre había despreciado a los serviles y a los cobardes y admirado a los que miraban como aquel joven, como si no tuviera nada que perder, luchando por controlar el miedo que lo atenazaba en aquel momento. Pero sabía que Elías no se plegaría a él, lo llevaba dentro, esa llama que pocos hombres mantienen viva. Y era una lástima.

—¿Qué crees que pasará cuando nos trasladen río arriba, sin guardias, sin comida y sin refugio posible? Allí no hay nada, excepto yo. No tendrás dónde esconderte, no habrá clavos a los que agarrarse, ni esperanzas, ni posibilidades. Sólo estaremos la isla, el río, la estepa y yo.

Ígor atrapó con un gesto brusco de sus grandes manos el rostro de Elías y le arrancó la venda que protegía la cuenca vacía de su ojo. Acercó tanto la boca que pareció que iba a arrancarle la nariz de un mordisco.

—Conserva este ojo, amigo mío. Quiero que contemples por ti mismo cómo se derrumba el mundo a tu alrededor. Conozco a los de tu clase. Os creéis mejores, pensáis que no sucumbiréis al horror y os aferráis a las pequeñas cosas, como ese estúpido al que le he cortado las manos para arrancarle el libro. Gestos inútiles, créeme. No hay héroes en el infierno, y es ahí adonde vamos.

Ígor soltó despacio el rostro compungido de Elías. Acercó el libro a la linterna de petróleo y dejó que la llama cobrase vida lamiendo sus páginas.

—No voy a quitarte el abrigo. Esperaré aquí sentado a que vengas a suplicarme que lo acepte. Y cuando lo haga, lo utilizaré como sudario para enterrarte. Y me lo agradecerás.

Antes de entrar en la cabaña que les servía de refugio, Elías vomitó. Un sudor helado le recorría todo el cuerpo y tuvo que apretar con fuerza las manos para que dejaran de temblar.

Irina había salido de la cabaña. La luna llena le daba a su rostro un aire espectral que se confundía con la nieve. Elías se incorporó, avergonzado, pero ella hizo como si no viera el charco pardusco de vómito en el suelo, y tampoco se fijó en la mancha húmeda que se había formado alrededor de la bragueta. Le sonreía, y esa sonrisa era como un fuego al que correr a protegerse.

—No es tan fácil acabar conmigo —dijo Elías. Necesitaba llenarse los pulmones con el aire frío, apartarse de toda aquella inmundicia.

Ella no hizo caso de aquel exceso juvenil de arrogancia. Elías no tenía que demostrarle nada, pero a veces los hombres necesitaban creer que ya no eran niños asustados.

—Sé que me has visto esta mañana en el cercado con el guardia. He notado el modo en que me mirabas.

Elías la miró largamente sin decir nada.

—No soy ninguna puta —se justificó Irina, con una brutalidad para consigo misma innecesaria.

Elías se sonrojó.

—No deberías hablar así, Irina. Ni siquiera aquí.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—No tengas miedo. Son mis palabras, no las tuyas. Tú sólo eres el eco.

Había algo en aquel joven que le recordaba a su marido, y eso la asustaba y la atraía a partes iguales. Idealistas estúpidos, capaces de perderlo todo por una simple cuestión de orgullo. Hombres secos por fuera y ríos bulliciosos por dentro, nerviosos, resistentes pero tozudos y difíciles de domar. Se llamaba Víktor. En la ficha de detención constaba que era profesor de piano en el conservatorio departamental. Era todo pasión, y eso significaba que era un hombre libre, porque no temía a la vida. Irina tenía grabada su sonrisa de perplejidad cuando vinieron a detenerle, como si se tratase de una broma. Así era él, un ingenuo que vestía con colores vivos y alegres, que lo miraba todo como un niño asombrado. El adalid de las grandes utopías que nunca llegaban pero que siempre estaban en camino. Un ruso judío que leía a Schopenhauer, que recitaba a Maupassant, a Rimbaud, a Verlaine, que pasaba horas estudiando a Barbusse, a los simbolistas franceses y a los expresionistas alemanes.

Como todos los soñadores, también su esposo se convenció de que la gran Rusia era la del teatro, la música y la literatura. Nunca se le habría ocurrido pensar que los hombres y las mujeres pudieran ser tan necios, tan viles y crueles como podían serlo en cualquier parte. Le encantaba el hipersensible verbo andaluz de Lorca. Lo prefería a Mayakovski, siempre tan contundente y prosaico. «A uno siempre le amarga el propio vino», decía, medio en broma, medio en serio. Decía que Lorca padecía con gran dignidad esa larga enfermedad de estar vivo. Por eso fusilaron a Víktor: quería curarse de esa agonía, negarse a aceptar que el único remedio era la aceptación

resignada de que los molinos siempre serán más fuertes que la mano que trataba de vencerlos. Su marido murió como todos los visionarios, convencido de que lo único que podía salvar al Hombre era la confraternidad de los pueblos y no su destino épico. Decir eso, escribirlo y propagarlo, fue una traición intolerable.

A ella la habían condenado a tres años por colaboración. ¿Cómo podía no colaborar en la vida de su esposo? Al pie de su orden de detención escribieron que su hija tenía «padre desconocido». Una humillación más, una negación que le arrebatara cualquier pasado de dignidad. Anna apenas estaba aprendiendo a balbucear algunas palabras cuando se lo llevaron. Era una niña tímida que empezaba a tantear el mundo con unos bracitos llenos de dudas, su voz podría ser la de un polluelo tiritando de frío y su padre era el único que sabía calmarla. Víktor amaba a su hija con devoción, pero cuando ella creciera, cuando Irina ya no estuviese, los que lo mataron le contarían que su padre no fue nadie, la convencerían de que su madre fue una puta que la engendró en cualquier camastro con un desconocido sin amor. Como había hecho con el guardia, abrirse de piernas a cambio de un poco de calor para ella. Cuando el soldado la volteó, Irina se encontró con los ojos de su hija, podía verla entre las patas de los caballos, sus ojitos pequeños e incrédulos. Y mientras el guardia gruñía embistiéndola, Irina sonreía y le decía a su pequeña que no llorase, que sólo era un juego. Ésa era la condena que no podía soportar.

—Teóricamente deberían haberla apartado de mí y entregarla a un orfanato. Pero no fue así. Esa irregularidad fue lo único que pareció preocupar al instructor que firmó mi orden de deportación. Es el problema de los burócratas: se niegan a mirar a las personas, sus rostros, su pelo, su piel. No dejan de buscarlas en esos papeles ridículos, y ni siquiera se dan cuenta de que no están ahí. De que las tienen delante. Aquello que los hace despreciables no es lo que hacen, es la manera de hacerlo, su asqueroso andamiaje de palabras y conceptos absurdos que justifica y limpia su conciencia. Lo que permite que tras sus mesas y sus informes se transformen en matarifes.

Contempló largamente a Elías y se acercó a él. Resultaba increíble percibir bajo una gruesa capa de podredumbre y suciedad ese rastro de una existencia anterior. Podía notar a través de sus poros y de su cabello un aroma de jabón modesto, y algo de romero en el cuello. Víktor tenía su misma voz: era firme como un camino sin veredas, pero al mismo tiempo no exigía nada, ni tan solo certidumbres o seguridades. Era una voz que expresaba su ser, del mismo modo que un pájaro no se pregunta para qué tiene alas; las despliega y vuela. Veía en su ojo sano esa misma locura insensata de su esposo, que a pesar de todo, valía la pena mantenerse firme y digno. Confiaba en los ideales y se entregaría a ellos, y acabarían sacrificando su vida por algo tan estúpido como un abrigo.

—Cuidas de mí y de mi hija, te preocupas de nosotras y haces que conciba

esperanzas. He visto cómo me miras, sé lo que empiezas a sentir.

Elías se sonrojó, pero Irina le obligó a mirarla alzándole la barbilla con los dedos.

—Me obligas a sentirme viva, pero te harás matar por un guardia, o por cualquier preso como ese Ígor: por un abrigo, por un mendrugo de pan, por una afrenta que ya no podrás resistir. Tú podrás irte con tu honor y tu valentía y tu vano orgullo, pero yo me quedaré sola, y tendré que seguir viviendo para cuidar de mi hija. Tendré que soportar que un guardia me manosee, que unos ojos como los tuyos me juzguen, tendré que arrastrarme y sentirme sucia.

Estaba llorando. Elías se acercó, tocó aquellas lágrimas y sintió que hervían. No había en aquel llanto patetismo ni autocompasión. Sólo la vida escapándose despacio, como si pidiera disculpas por las molestias de ser tan evidente.

—No soy una puta.

Elías ahogó sus palabras en besos.

—No lo eres.

—Di mi nombre —le suplicó ella—. Ayúdame a existir.

Y Elías lo susurró a la noche.

—Irina.

Se amaron de pie, con el anhelo de los desesperados. Fuera de ellos, bajo aquella noche, la civilización era barbarie, pero hicieron retroceder a la muerte hasta convertirla en una sombra irreal.

Segunda parte

Cartas amarillas

Barcelona, 15 de agosto de 2002

Entrar en el Flight era cruzar el umbral del tiempo y penetrar en una burbuja donde todo se había quedado quieto hacía mucho. En forma de caverna, el local se llenaba de una neblina azulada de humo las noches de recital. Los poetas ocasionales tenían permiso para subir al pequeño escenario enmoquetado del fondo y recitar sus versos. Sólo había una condición y en eso el tío Velichko era inflexible: los bardos tenían que recitar en ruso.

—¿Cómo está tu madre?

El tío Velichko no era el tío carnal de Tania, lo era por el derecho que le conferían más de cuarenta y cinco años de amistad con su madre. Desde que tenía uso de razón, Tania lo recordaba en su vida, siempre viejo, muy viejo, pero detenido en el tiempo, como aquel bar. Cada noche, cuando se sentaba en la barra vuelta hacia el escenario, él le servía un chupito de vodka y le hacía la misma pregunta. Y cada vez, ella le daba la misma respuesta:

—¿Por qué no cruzas la calle y se lo preguntas? —La librería de su madre estaba a menos de cien metros, pero su tío no los recorría más que dos o tres veces al año. Su madre hacía aún menos a menudo el camino inverso. Detestaba los bares y la necesidad nostálgica de Velichko de permanecer en el pasado.

Pero a ella le encantaba aquel local. Las paredes de ladrillo vivo estaban decoradas con fotografías que en su mayor parte pertenecían a los recuerdos de su tío. Imágenes recortadas de enciclopedias, recortes de periódicos viejos, retratos y pasquines guardados celosamente a lo largo de décadas. Todas hacían referencia a su tierra, no esta Rusia que decía con amargura no reconocer, sino la de los tiempos heroicos de la guerra contra los nazis. A veces, Velichko le cedía el local para hacer sus propias exposiciones, pero la condición era la misma que imponía a los aspirantes a poeta que subían a recitar en el escenario: temática rusa. A Tania le costaba agrias discusiones convencer a aquel anciano testarudo y casi sordo de que después de tantos años viviendo en España, bien podría interesarse un poco por el país que los había acogido. A regañadientes él había concedido en que «ultrajase» sus paredes (eso fue lo que dijo al ver colgadas sus fotografías) con dos docenas de instantáneas tomadas en blanco y negro de escenas cotidianas.

—No me gustan —dijo, escrutándolas con una mirada que ya las había rechazado de antemano—. Pero a la gente parece que sí, ya has vendido unas cuantas. No entiendo por qué razón compran fotografías en lugar de hacerlas.

Aquellos razonamientos eran muy típicos de él. Después de todo, seguía siendo

un siberiano terco y duro como la mojama.

—Por la misma razón que compran libros o cuadros que otros han hecho, tío Vasili. Porque todo el mundo puede saber apreciarlos, pero no tener el don de crearlos.

El anciano encogió sus hombros caídos con una mueca de incompreensión, como si nunca lograra descifrar aquel misterio. Se echó la bayeta al hombro y se concentró en un vaso que estaba limpiando.

—Deberías buscarte un marido. Un buen hombre que cuide de ti —decidió, como si ésa fuera la única conclusión razonable—. Algún día tendrás que casarte. Eso de ser ave de paso en camas ajenas está bien, pero todo cansa.

Tania sonrió al recordar la enésima conversación que habían tenido sobre el asunto de su soltería y acerca de su vida sexual, demasiado promiscua para el gusto de su tío. Al menos en eso, él y su madre coincidían totalmente. A veces, parecía que se ponían de acuerdo para atosigarla con el tema.

—Estoy esperando al mirlo blanco —replicó con una burla.

—Y yo sigo esperando mi medalla al héroe soviético, pero no llegará, por mucho que espere —gruñó Velichko como un cascarrabias.

Tania nunca se lo había planteado en serio lo de casarse o vivir de manera permanente con alguien. Quizá tenía algo que ver el hecho de que siempre habían estado solas ella y su madre y que no les había ido nada mal sin hombres. No recordaba la última vez que su madre había metido a alguien en casa. No es que no hubiera tenido amantes, era y siempre fue una mujer dueña y consciente de sí misma, muy atractiva, pero procuraba ser discreta y mantenerlos alejados de su esfera íntima. En cuanto a su propia vida sentimental, Tania no sabía muy bien qué pensar. A los veinte años había tenido lo más parecido a una relación formal, y no fue con un hombre. Nunca le había hablado a su madre ni a su tío de aquella profesora de bellas artes, la liberalidad de Anna tenía sus límites y la del tío Vasili sencillamente era inexistente.

Se llamaba Ruth y era cobriza, una mezcla de antillana y europea cuyo resultado era abrumador. Era diez años mayor y sedujo a Tania, o ésta se dejó seducir, con una facilidad pasmosa. Se plantearon marcharse juntas a Holanda, pero la cosa no pasó de un tórrido y tormentoso período de vacaciones en los canales. Ruth era tan apasionada como histérica, y Tania tan terca y orgullosa como su madre, de modo que la cosa no duró. De aquel viaje, además del recuerdo de encuentros extraordinarios y peleas memorables, le había quedado el tatuaje de su mariposa en el cuello. Después de eso habían venido otros hombres y otras mujeres, pero nada que pudiera considerar serio. Tenía una extraña incapacidad para que las emociones de los demás permeabilizaran en ella, nunca veía el momento de comprometerse ni sentía la necesidad de ir más allá.

Hasta que había conocido a Gonzalo.

Sacó del bolsillo la imagen furtiva que había obtenido de él, sentado en un banco con la mirada perdida, y la estuvo contemplando un buen rato. ¿Qué veía en él? No era un hombre guapo, y tampoco podía decirse que resultara atractivo, al menos según los cánones que ella había seguido hasta entonces. Contrito, recogido en sí mismo, parecía esa clase de hombres que pasan por la vida como un accidente sin dejar nada destacable. Y sin embargo, detrás de sus gafitas y de aquella contención había algo que brillaba con fuerza, un rumor lejano en el fondo de sus ojos de un color verde desvaído. Gonzalo Gil era un misterio, como aquellas imágenes que no podía saber qué escondían antes de revelarlas. Había visto algo en él, algo que nadie podía intuir ni apreciar, como le sucedía con esas cosas que pasaban inadvertidas para los demás y que necesitaba inmortalizar en una fotografía. Le parecía uno de esos hombres encerrados en una posibilidad. Como si algo más real latiera bajo su apariencia de hombre gris. Quería saber qué se escondía detrás de esa fragilidad, a qué clase de seres mantenía encerrados en las mazmorras de su vida aparente.

La habitación estaba a oscuras y sólo brillaba un piloto rojo en la pared, sobre la puerta. Las persianas estaban echadas y por el resquicio de la puerta se colaba la luz pálida del pasillo. Notó una fuerte presión en el pecho, como si una roca le aplastase el tórax. Era Lola, su cabeza descansaba sobre él; escuchaba el latido regular de su corazón. Tenía los ojos abiertos y lo miraba como miran los gatos cuando buscan mimos. Hacía muchos años que no veía esa mirada. Notó en duermevela que le acariciaba el pelo revuelto, se lo apartaba con gestos torpes de la cara, sus dedos no eran ágiles para las caricias. Ella se incorporó sobre él y le besó castamente en los labios resecos, que apenas rozó.

—Duerme, mi vida. Estoy aquí.

¿Dónde estaban sus gafas?

Volvió a sumergirse en una oscuridad líquida, fetal.

—Debería estar muerto.

—Pero no lo está.

—Es un milagro.

La palabra milagro se coló en su conciencia como una tenaza. Despierta.

Una luz molesta se colaba entre sus pestañas. Parpadeó y abrió los ojos. Al hacerlo enseguida quiso volver a cerrarlos. La realidad en grueso entrando en su boca reseca. Quiso mover el cuello y notó el collarín ortopédico que se la sujetaba, forzándole a permanecer con la vista en el plafón de tulipa azulada del techo. Un techo bajo. Escuchó voces, hablaban en voz baja, entre susurros.

—Nadie se lo explica. Es un milagro.

Otra vez aquella palabra. Una impresión apareció entre las brumas de su cerebro. Laura estaba muerta. Él seguía vivo, al parecer. Se revolvió entre las sábanas ásperas. Quería que se fueran, que le dejaran solo. Demasiado tarde. Una enfermera le había visto despertar y ahora estaba a su lado, tomándole el pulso, o quizá sólo sujetándole la muñeca inerte con una vía en la vena.

—¿Cómo se encuentra?

Olía... ¿A qué olía? A bata almidonada, a jabón de manos aséptico, a enfermedad, y un poco a vida fuera del hospital: cerveza, tapas, pitillos. «¿Como un resucitado?». Se burló de su pensamiento. No era un moribundo, y sin embargo, aquel par de ojos de pestañas pequeñas y bolsas de cansancio le observaban como tal.

—¿Qué ha pasado?

La enfermera desvió la mirada hacia los pies de la cama. Un desconocido le observaba con los brazos cruzados sobre una camisa de manga corta que constreñía la barriga hinchada. Los botones soportaban tanta presión que tiraban del ojal amenazando con saltar por los aires. Alcázar.

—Te han dado una buena. Durante un tiempo vas a orinar Burdeos, pero has tenido suerte —dijo, moviendo su pesado mostacho de un lado a otro de la boca.

La enfermera lo corroboró. Ocho puntos de sutura en la base del cráneo, esguince de cuello, cuatro costillas rotas, hematomas por todo el cuerpo y tres puñaladas que le habían causado una hemorragia interna. Lo habían tenido que operar dos veces y había pasado momentos muy críticos en la UVI. Pero ya estaba fuera de peligro.

Gonzalo palpó debajo de la sábana. Le habían metido una vía para orinar.

Pidió agua. La enfermera le acercó a los labios tumefactos un vaso de plástico. Bebió un sorbo corto, observando a Alcázar por encima del borde plastificado.

—¿Qué hace aquí, inspector?

Alcázar le puso la mano en el antebrazo.

—Preocuparme por ti. —Parecía sincero.

Necesitaba volver a dormir. Descansar, se estaba bien en ese estado de inconsciencia.

—Volveré mañana.

Apenas oyó la voz del inspector, deshaciéndose. Asintió. O eso creyó.

El sueño cada vez se hacía menos denso y la oscuridad menos protectora. El dolor se iba haciendo constante y presente, como las imágenes de lo que había sucedido, la agresión en el aparcamiento, el rostro de Atxaga desfigurado por la rabia. Estaba recuperando las sensaciones.

—Eso es bueno —le animó el doctor que cada mañana hacía la visita—. Vuelve a la vida.

Pues la vida dolía, mucho, y los calmantes no la calmaban.

Y una mañana, mientras la enfermera le ayudaba a incorporarse en la cama colocándole un almohadón para tomar su primer desayuno (un zumo y una papilla verdosa que vomitó), su mente se despejó de repente, con un grito de alarma.

—El ordenador...

—¿Cómo dice?

Siaka, la Matrioshka, la fusión con su suegro... El ordenador... ¡Lo llevaba encima cuando Atxaga le agredió!

—¡Las cosas que llevaba el día que me atacaron! ¿Dónde están?

La enfermera titubeó, desconcertada.

—No lo sé, supongo que eso es cosa de la policía.

Cosa de Alcázar.

Aquella misma tarde el inspector volvió a visitarlo a la misma hora. Durante aquellos días se había convertido en una presencia familiar y discreta. Se sentaba en el sillón a los pies de la cama y pasaba allí quince minutos, pero no daba la impresión de que sus visitas fueran de compromiso, sino más bien un estudio de campo, un análisis detallado cuyo objeto era Gonzalo. La mayor parte del tiempo Gonzalo estaba demasiado cansado o durmiendo, pero eso no parecía molestar al inspector. Al contrario, se relajaba en el sillón, cruzaba las piernas y se limitaba a observarlo atentamente. A veces, Gonzalo se fingía dormido para no tener que enfrentarse a su escrutinio. Había algo inconcreto en aquel hombre que le desconcertaba, era como un cruce de caminos sin señales direccionales, y no tenía ni idea de a dónde se dirigían. Pero aquella tarde la necesidad de averiguar dónde había ido a parar su ordenador le obligó a mostrarse algo más comunicativo.

—No necesito ninguna niñera. No es necesario que venga cada tarde y se siente ahí como si estuviera velándome. La enfermera y el doctor dicen que estoy fuera de peligro.

Alcázar acercó su rostro al cabezal de la cama.

—No es lo que parece. —Sacó una impresión fotográfica de una cámara de seguridad y la puso a dos palmos de su cara—. La cámara del aparcamiento lo grabó todo. Éste es el tipo que te ha hecho papilla. ¿Lo reconoces? ¿Es Floren Atxaga?

Gonzalo asintió.

—Yo diría que mientras este sujeto ande por ahí, no estarás fuera de peligro.

—Miranda Acebedo, su exmujer...

—Le he puesto vigilancia, tranquilo.

Gonzalo suspiró con desasosiego. Notaba cómo el aire crujía en sus costillas, igual que un fuelle roto.

—Pero ¿no se iba a jubilar?

El mostacho gris de Alcázar se abrió como una cortina. A su modo, aquello era

una sonrisa.

—Oficialmente soy un civil más. Entregué la credencial hace dos semanas, como te dije.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—He dejado la policía, pero no de pagar las facturas. Los viejos tenemos el vicio de no querer morirnos cuando nos jubilamos. Estos últimos meses he estado preparándome un poco la pista de aterrizaje: ahora trabajo por mi cuenta. Tu suegro me ha contratado para que me encargue de tu protección y la de tu familia.

—Qué considerado...

—No te hagas ilusiones: para el viejo eres una inversión; todavía espera convencerte de que vendas esa finca. Pero tu familia sí es su prioridad... He hablado con tu esposa.

—¿Ha hablado con Lola?

—Estabas en coma. Había que actuar con rapidez y ya me he puesto a ello. Hay dos hombres en la puerta de tu casa velando por la seguridad de tu familia. Son gente de fiar.

Gonzalo no se había tomado demasiado en serio la amenaza de las pintadas en el muro de su casa. Atxaga era la típica mierda con aspecto de pequinés. Ladraba mucho pero sólo mordía a los que le cuidaban.

Pues al jodido pequinés le habían salido dientes de pitbull en la cárcel.

Gonzalo había puesto en peligro a Lola y a los niños. Sólo pensarlo le causaba arcadas.

—Pensé que podía controlarlo.

—Pues es evidente que te equivocabas. —Alcázar le puso en antecedentes: Atxaga le había estado esperando detrás de una columna, vigilando desde hacía rato su plaza de aparcamiento. Cuando vio acercarse a Gonzalo, salió de la parte de atrás y le golpeó con una barra de hierro en la cabeza. Gonzalo perdió el conocimiento casi al instante, pero el tipo siguió pateándole y golpeándole con furia—. Te apuñaló tres veces. Sin duda, su intención era asesinarte. Por suerte, apareció alguien y logró espantarlo. Una mujer; fue ella quien dio aviso a la policía.

—¿Una mujer? No recuerdo que hubiera nadie más en el aparcamiento.

—Tampoco viste a Atxaga. El caso es que la mujer se marchó antes de que llegara la patrulla, pero no es necesario su testimonio. Tenemos las grabaciones.

Gonzalo se aferró a aquella mirada que le escrutaba como si llevase dentro algo incurable.

—Las cosas que llevaba, la documentación del maletín —ensayó un embuste que resultó bastante plausible— y mi ordenador portátil con los datos de mis clientes...

Alcázar lo tranquilizó.

—Los agentes le entregaron tus cosas a Lola. No creo que falte nada, la intención

de Atxaga no era robarte.

¿Le estaba mintiendo? ¿O lo que Gonzalo notaba en el inspector no era el rastro de una mentira sino una cierta superioridad mal disimulada, parecida a la de un cuidador frente a su paciente, como la enfermera que le ayudaba a comer o el médico que le alentaba para que empezara cuanto antes la recuperación? En el caso del inspector, esa condescendencia anidaba en el convencimiento de que Gonzalo era un ingenuo, acaso un ser débil que no sabe nada del verdadero mundo, del daño que pueden infligir los otros, y que de repente había recibido un curso acelerado. «¿Y tú pretendes enfrentarte a la Matrioshka? Ahora ya sabes lo que te puede pasar, lo que duele una puñalada perforando el pulmón. Bienvenido a mi realidad».

—Mientras estaba allí, unos segundos antes de perder la conciencia, pensé que iba a morir. A morir de verdad.

Alcázar se rascó el mentón con el nudillo del índice. Inspiró el aire y lo retuvo antes de dejarlo escapar lentamente, con un casi inaudible ronroneo de la bronquitis crónica que el tabaquismo le había dejado. Dentro de un tiempo, le advertía ese gato, moriría de un enfisema si seguía a su ritmo de dos cajetillas y media diarias. Pero el inspector no escuchaba a los gatos, aunque vivieran en su garganta.

—¿Es horrible, no es cierto? La certeza de morir, el instante en que esa idea teórica que nos ronda desde que nacemos se transforma en una experiencia real e inapelable. No se puede pensar en nada más, sólo en ese pavor que paraliza cualquier otra cosa, los sentimientos por la familia, esos supuestos monólogos interiores. ¿Tu vida en un segundo? Y una mierda. Los esfínteres aflojados y poco más. No te sientas mal por eso. Nadie quiere morir, Gonzalo.

La idea de la muerte le trajo al inspector a la memoria la agonía de Cecilia, sus últimas semanas viendo cómo, minuto a minuto, el cáncer la devoraba sin poder hacer nada por ella, excepto estar allí, viendo su expresión de pánico y de sufrimiento. Se puso en pie, dispuesto a despedirse.

—Pero esta vez has saltado el agujero. No lo olvidarás, se quedará ahí, cerca, acechando. Algunas veces vendrá a morderte, se reirá un poco de ti, te hará temblar, pero la vida te exigirá que tomes partido por ella, y lo superarás.

Gonzalo no apreció señal alguna de moralina ni de consejos. Alcázar se limitaba a contrastar su propia experiencia con la suya, sin emoción alguna.

—No deje que ese animal se acerque otra vez a mí o a mi familia.

—Tranquilo. No volverá a acercarse. Y si lo hace, lo estaré esperando.

Alcázar hizo ademán de despedirse ya, pero se detuvo, cruzando el índice sobre los labios.

—Una cosa más. Tus hijos han mencionado que vieron a un joven negro merodeando por tu casa. Un tipo bien vestido y de facciones agradables.

Gonzalo estaba seguro de que el inspector notó el cambio de su expresión. Sus

mentiras o disimulos eran inexactos, como quien se esconde detrás de una cortina y permite que le asomen los pies.

—Recuerdo que Lola me lo mencionó, pero no veo la relación.

Alcázar ladeó la cabeza como si estuviera exponiendo una sospecha absurda.

—No, claro. Pero si volviera a aparecer, házmelo saber.

Lola llegó dos horas más tarde. Sin darle tiempo a desprenderse del bolso, Gonzalo la abordó, preguntándole si la policía le había entregado un ordenador portátil que estaba en el asiento trasero del coche. Lola lo pensó un poco, pero estaba casi segura de que entre las cosas que habían recuperado los agentes no había ningún ordenador.

—Creía que detestabas esos aparatos, siempre te estás quejando de que de no ser por Luisa estarías perdido en el laberinto de la informática.

Gonzalo improvisó con menos cuidado del que había puesto para tantear al inspector.

—He empezado hace poco. ¿Estás *casi* segura de que la policía no te lo ha devuelto o segura por completo? Piénsalo, por favor, es importante.

A Lola le pareció fuera de lugar tanta alarma por un simple ordenador portátil.

—Estoy segura del todo. No puede ser tan grave, habrás hecho copias de seguridad.

¿Las habría hecho Siaka? Esperaba que el joven fuera más despierto que él en ese campo. Esa posibilidad vino a calmarlo un poco, pero seguía preguntándose en manos de quién había caído toda la información que Laura guardaba y qué pensaba hacer con ella.

Lola venía sola al hospital. La primera vez trajo a Patricia, pero la niña sufrió una impresión tal que no pudo dejar de llorar cada vez que miraba aquel amasijo de carne que tenía la voz de su padre pero no se le parecía. Desde entonces Lola no había vuelto a llevarla. En cuanto a Javier, no había aparecido por allí ni una sola vez. Como de costumbre, Lola trató de justificarle.

—Ya sabes cómo es. Me pregunta por ti, te manda recuerdos, pero no quiere venir... Además, creo que ahora tiene la cabeza en otro sitio.

—¿En otro sitio?

—Juraría que ha conocido a una chica.

Gonzalo adivinó en los ojos de su esposa un gozo que rozaba la envidia sana, la evocación de emociones perdidas u olvidadas en los pliegues de su biografía. También ellos habían sido jóvenes enamoradizos, arriesgados y temerarios, que perdían el mundo de vista para verse cinco minutos en cualquier parte y comerse a besos, y regresar a sus casas con la ropa alborotada y un color de mejillas delator. Alargó la mano, envuelta en un esparadrapo bajo el que asomaban unos tubitos que le bombeaban suero fisiológico, y rozó las uñas esmaltadas de Lola posadas en la

sábana.

—Siento todo esto —murmuró. Su voz era todavía pastosa, le costaba recobrar la entonación propia.

Lola esbozó una sonrisa, pretendía ser de comprensión, pero sólo resultó cansada.

Estaba vivo, en la puerta había un hombre con cara de pocos amigos que Alcázar había puesto de guardia por si Atxaga tenía tentaciones de volver a rematar la faena. Ella estaba bien, los niños también. Eso era lo que contaba.

—Debí tomarme el asunto de las pintadas más en serio.

—Ahora eso ya no importa.

Se miraron. Callados, con un montón de cosas hirviendo en los ojos. Reproches, súplicas, disculpas. ¿Por qué era tan difícil decirlo?

—Te quiero. ¿Lo sabes? —Los ojos de Lola brillaban.

Gonzalo tragó saliva. El ojo derecho estaba anegado de sangre, y la hinchazón del izquierdo apenas le permitía mantenerlo abierto. El ojo sanguinolento se desplomó sobre ella.

Cinco minutos. Sólo estuvo tras la puerta entornada de su dormitorio ese tiempo, dieciocho años atrás: petrificado. Sólo ojos, sólo mirada. Veía el pico de la cama, la sábana revuelta y un amasijo de pies que se entrelazaban como los filamentos de las medusas, que se encogían y se estiraban al ritmo de los gemidos. De ella, de él. Nunca quiso saber su nombre, sólo vio una porción de su espalda, musculosa, bronceada, y un glúteo blanco, de niño, en contraste con la piel firme, morena y sudorosa de sus muslos; apretando contra ella, enterrada bajo sus brazos y su cuerpo. Gimiendo. Y ese gemido seguía ahí, todavía. Ojalá pudiera arrancarlo de su cerebro, y aquel modo de mover los pies entre las sábanas. Ojalá fuese capaz de borrar esa imagen cada vez que tenía delante a su esposa. Pero no podía.

—No hemos hablado todavía de lo que pasará, ahora que el acuerdo con tu padre se ha roto.

La puerta anhelante que Lola había abierto se cerró con desilusión. De un portazo. Se echó hacia atrás y con ella huyeron sus uñas, que fueron a parar a una rodilla sensual, todavía de contorno firme, que asomaba bajo la falda de tubo.

—No hay nada que no pueda arreglarse. He hablado con mi padre, comprende la situación, y está dispuesto a esperar a que te recuperes. Le he prometido que reconsiderarás tu decisión. Que pensarás en nosotros, en el futuro de tus hijos y en nuestro bienestar.

La expresión dura, con los labios ceñidos al rostro con un suave carmín color carne, no dejaban espacio a la especulación. Gonzalo movió la mano entubada y se tocó el pecho. Su movimiento pausado era la única prueba de que seguía respirando.

—No puedo hacerlo, Lola.

—Sí puedes.

Ella no alcanzaba a comprender lo que estaba sucediendo en su interior, el derrumbe que al principio había empezado con pequeñas grietas en el revoque, pero que ahora amenazaba con ser total y definitivo.

—Necesito conservar esa casa, y necesito preservar la independencia del bufete. Para mí es importante.

—Los recuerdos no valen nada, Gonzalo. ¿No eras tú el que decía que viajan con uno como en una mochila? No necesitas atarlos a ese lugar.

—No se trata de los recuerdos, y probablemente, tampoco de esa casa, que no vale nada, efectivamente. Pero todavía sueño con ser el que era, o el que siempre esperé llegar a ser. No es tarde, aún no. No necesitamos esa casa con piscina, ni tenemos que pagar esos colegios tan caros para nuestros hijos, podemos apañarnos. Déjame que me ocupe de vosotros sin tu padre. Puedo hacerlo... Quiero hacerlo.

Lola ni siquiera le escuchaba. Se había enrocado cerrando férreamente su defensa. No entendía qué había pasado desde la muerte de la hermana de Gonzalo, qué clase de tormenta había provocado. Pero intuía los resultados, y serían desastrosos.

—¿Cómo vas a ocuparte de nosotros, Gonzalo! ¿Como te has ocupado de ese hombre que casi te mata y que ha llenado de miedo nuestras vidas? ¿Viviendo con dos hombres armados en la puerta de casa que paga mi padre? ¿Con ese inspector rondando por aquí como un pájaro de mal agüero?

La crueldad era su último y desesperado recurso. Se negaba a aceptar aquella situación sin presentar batalla. Conocía a su padre, sabía de lo que era capaz si algo se interponía en su camino, y ese estorbo era Gonzalo. Tenía que entenderlo, él no quería renunciar a lo que tuviera en la cabeza, esas alocadas y románticas ideas de dignidad, de libertad, estupideces que Esperanza, esa vieja bruja, y la loca de su hermana le habían metido en la cabeza desde chiquillo. Pero en cambio, en su egoísmo, se atrevía a imponerle a ella y a sus hijos que renunciaran a eso mismo que él no estaba dispuesto a ceder, y no era tan sencillo. Lola ya había renunciado a demasiadas cosas casándose con él contra la opinión de su padre y de su entorno social; con un hijo de comunista, con un ateo, con un muerto de hambre que no tenía donde caerse cuando lo conoció. Y no le importó soportar las humillaciones de los amigos y de su padre, pasar aquellos bochornos cuando se ponían a discutir de política; había soportado ese fuego cruzado con entereza, a veces sintiéndose sola, como cuando Gonzalo la miraba con ese desprecio desesperado de los pobres que hacen de su necesidad una virtud, como si ella, su mujer, fuera despreciable y estuviera corrompida sólo por ser rica. Todo había sido poco porque le quería, y porque con paciencia infinita, con entereza, fue tejiendo ese manto que llegó a envolverlos, que apartó a Gonzalo de la perniciosa influencia de aquellos recuerdos de un padre inventado.

Llegó a pensar que había vencido. Y no era así, ahora lo veía: uno no deja de ser

lo que es aunque se disfrace de otra cosa. Dieciocho años de culpa era mucha penitencia, cada día y cada noche reprimiendo la tentación de contarle la verdad, una verdad que, de no haber nacido Javier, poco tendría de trascendental. Era joven, y los de su clase le recordaban que seguía siéndolo. No era tan divertido estar casada con «el hijo del rojo», tenía dudas, se preguntaba si no se había precipitado casándose, si no tendrían todos la razón y ella estaría equivocada. Sucumbió, tuvo una aventura que el tiempo y la certeza de que realmente amaba a aquel hombre hubiesen dejado en anécdota. Pero nació Javier, y era como si Gonzalo sintiese que no era hijo suyo, y ella sabía que era la causante de aquel duelo secreto entre su esposo y su hijo, de aquella guerra que dañaba a ambos por igual. Sí, cada noche quería contárselo, hacerle ver que los errores son aprendizaje cuando no son reincidentes, pero callaba, callaba, y ya no tenía modo de hacer venir las palabras. Por eso seguían juntos, y por eso había renunciado a tantas cosas, a ella misma. Pero no iba a permitir que aquella rebeldía estúpida y adolescente de Gonzalo arrastrase a su familia. Ya no tenían veinte años; ahora tenían dos hijos de los que ocuparse y un mundo que, le gustase o no a Gonzalo, era en el que vivían.

—No voy a cambiar de opinión, Lola. No venderé la finca del lago y no habrá fusión con tu padre.

—¿Aunque me pierdas? ¿Aunque pierdas a tus hijos y todo lo que hemos construido juntos?

Gonzalo recordó aquella historia que le contaba su madre de cómo perdió el ojo derecho su padre. Por conservar un miserable abrigo que quisieron robarle cuando era joven. A veces podemos perder lo importante por defender lo que para otros es insignificante.

Miró con tristeza a Lola.

«A ti te perdí hace dieciocho años», dijo el silencio de aquella mirada.

Los días en el hospital eran un paréntesis que mantenía a Gonzalo alejado de la realidad. Luisa lo visitaba por las mañanas y se empeñaba en traerle bombones (a Gonzalo no le gustaba el chocolate, y sobornaba con ellos al personal sanitario), se sentaba junto a la cama y le explicaba cómo iban las cosas en el bufete tras su decisión de no vender la propiedad del lago y la fusión abortada con el despacho de Agustín González.

—Por ahora, mantengo a los hunos al otro lado de la frontera, pero no sé cuánto podré resistir sin refuerzos.

—Me han dicho que podré salir de aquí en unos días, pero tardaré en volver a estar en plena forma. Las costillas rotas tardan meses en soldarse del todo.

Luisa soltó una risa divertida.

—¿Y cuándo has estado tú en forma?

Era su manera de esconder su preocupación. Pese a la renovación del rutilante cartel, los clientes llegaban con cuentagotas, y sospechaba que ello se debía en gran medida a la campaña de captación que la secretaria de Agustín González estaba haciendo. En más de una ocasión, Luisa se la había encontrado charlando con alguno de ellos, que, curiosamente, decidía al poco cancelar la relación con el bufete de Gonzalo. Su ayudante tampoco quiso preocuparle con la carta del administrador del edificio que había llegado aquella misma mañana: el contrato de alquiler vencía en tres meses y no iban a renovarlo. Las cosas se estaban poniendo casi tan negras como los moratones en el rostro de Gonzalo.

—Necesito que me hagas un favor. Quiero que me consigas la grabación de seguridad del aparcamiento.

Luisa lo miró con extrañeza.

—La policía tiene la copia y se están ocupando de estudiarla. ¿Para qué la quieres? ¿Te apetece ver cómo ese tío te patea hasta dejarte medio muerto?

—Necesito verla, es cosa mía. —No podía decirle que necesitaba saber qué había pasado con el ordenador—. ¿Puedes hacerte con ella de manera discreta? No quiero que nadie se entere.

—Conozco a alguien del centro de seguridad. Miraré qué puedo hacer.

En el lenguaje de Luisa eso significaba que lo diera por hecho.

—Y otra cosa. Intenta conseguir información sobre el inspector Alberto Alcázar, todo lo que encuentres.

Por una vez, Luisa no hizo ningún comentario gracioso. La mención del inspector la hizo ponerse muy seria.

—¿Estás metido en algún lío?

Gonzalo sonrió. Un lío era una manera muy benigna de valorar la situación en la que se había visto atrapado y sus múltiples frentes.

—No me gusta ese inspector, Gonzalo. Últimamente va mucho por el despacho de tu suegro y, no sé cómo decirlo, da miedo.

—¿Te asustarías un poco menos si te dijese que, oficialmente, ya no es policía?

Luisa no pareció sentirse mejor. Pero aun así, haría cuanto pudiera para cumplir con el encargo de su jefe.

¿Cuándo había perdido la ilusión por su trabajo? Alcázar no lo recordaba. En su inventario de justificaciones y excusas tenía la fecha marcada de la muerte de Cecilia como el principio del fin. Pero eso era engañarse y ¿a quién iba a engañar a estas alturas? La verdad era que nunca le gustó lo que hacía, y eso no significaba que durante algunos años, cuando su padre aún estaba en activo, disfrutase. Lo hizo, pero siempre de un modo inconexo e irreal, como un juego. Hasta que el juego se volvió demasiado real. ¿Añoraría las viejas rutinas? Desde luego que no.

—¿Qué hay de Atxaga?

Agustín González se había vestido para una cena de gala. Le quedaba bien el traje negro y la pajarita. Hay que nacer con ese porte que hace natural lo sofisticado, y el viejo lo tenía. Al entrar en el despacho de su casa había visto a una chica de ¿diecinueve, veinte años? No era el putón verbenero de siempre; ésta era más refinada, rasgos iraníes, cintura de avispa y busto discreto. Agustín, *don* Agustín, se estaba ablandando, cada vez le iba menos la excentricidad y el exceso. Se hacían viejos.

—Desaparecido del mapa, pero en cuanto asome el hocico se lo romperé.

Agustín González se estaba ajustando los gemelos, a juego con el reloj de platino. Con uno de esos relojes habría bastado para mandar a Cecilia a una de esas clínicas privadas de Estados Unidos para hacer un tratamiento, como hacían todos los ricos desahuciados. No habrían podido salvarla, pero le habrían regalado algunos meses más de vida y una agonía menos dolorosa. Eso debió de ser lo que terminó por asquear a Alcázar, no el dolor ajeno, sino el propio, y el saber que con dinero ni siquiera la muerte es igual para todos, por mucho que se empeñen los jodidos pobretones que sueñan con alguna suerte de justicia. No era verdad eso de que a cada cerdo le llega su san Martín. Ahí estaba el viejo, pactando con el Diabolo, en todo su esplendor. ¿Cuántas cabronadas había hecho? Innumerables, y no pocas con su ayuda.

—Reconozco que si ese cabrón se hubiera cargado a mi yerno, me habría hecho un favor.

—¿Y qué me dices de tu hija y de tus nietos? ¿A ellos también?

—Ellos no le necesitan. Me tienen a mí. Eso es lo que hago siempre, ocuparme de todo. Y ahora tengo que encargarme de esa mierda de finca que me está dando más dolores de cabeza que la jodida migraña.

Alcázar se fijó en la fotografía colocada en el pequeño buró. En ella aparecían Agustín González y el padre del inspector. La imagen de su padre, tan joven, le causó la misma extrañeza de siempre. Los años cincuenta habían sido para ellos el Dorado, cuando podían hacer y deshacer sin cumplir más reglas que las suyas. El abogado hijo de un ministro y el comisario sin escrúpulos. A la vista estaba quién se llevó la mejor tajada del pastel. Pero era gracias a aquella fotografía que Alcázar podía tutear al viejo. Todavía recordaba las tardes en que le llevaba al canódromo con su padre para tratar sus asuntos. Guste o no, el camino está marcado.

—Hiciste un buen trabajo con la loca de mi consuegra. ¿Qué le dijiste para convencerla de que vendiera su parte?

Alcázar se mostró elusivo. Había cosas que, afortunadamente, no podía alcanzar la larga garra del viejo.

—Si su hijo insta el proceso de incapacidad de su madre, ese contrato será papel

mojado, y aunque no fuera así, sin su veinticinco por ciento no puedes iniciar los trámites de obra.

Agustín González se contempló la nariz, los dientes y las mejillas frente al espejo del vestidor. No era tan imbécil como para dejarse arrastrar por esa imagen seductora, pero sí se sentía satisfecho del resultado que ofrecía. Un mundo de apariencia brillante, eso es lo que se esperaba de él, y eso era, consumado histrión, lo que sabía ofrecer mejor que nadie. Sin embargo, tal vez esta noche su aspecto seguro no bastaría, y puede que tampoco colgarse del brazo de una preciosidad como la que le esperaba en el salón, para convencer a sus clientes de que el proyecto del lago iba sobre ruedas. A esa gente, los fuegos artificiales sólo les provocaban un bostezo soporífero. No les interesaban ni el ruido ni las luces. Querían eficiencia, hechos. Y hasta ahora era lo que él les había ofrecido. Pero Alcázar tenía razón: lo cierto era que tenían un problema. Y a la gente poderosa, infinitamente más poderosa que él, los problemas les resultan tan molestos como los pliegues en una alfombra roja. Esperan que alguien los alise antes de que ellos pasen, y ése era su trabajo.

—No sé qué truco has utilizado con Esperanza, pero sácate otro de la chistera y convence a ese idiota de que venda.

—Ya no tengo más conejos.

Agustín González se ajustó la pajarita, frunciendo el ceño al advertir que la papada cada vez le colgaba más.

—Pues cázalos donde sea necesario. El tiempo se nos acaba, Alberto. Seguro que tu padre habría sabido qué hacer.

Ya había visto esa mirada en el viejo antes, ese brillo vacío que se burla de los escrúpulos, de la moral, del bien y del mal. Él era de otra pasta, estaba en ese limbo donde viven los dioses, observando con impaciencia las cuitas de los mortales. No quería ser importunado con los detalles, por escabrosos que fueran. Quería ver ese contrato encima de la mesa. A eso se refería al mencionar a su padre para azuzarlo. Pero no comprendía que los tiempos eran otros, que ellos eran también distintos. Los dioses ya no levantaban el brazo con el saludo fascista, ni se iban de cacería con el Caudillo, ni frecuentaban putas de lujo con el yernísimo. Ya no podía dejarse a los muertos tirados en una cuneta, ni arrojarlos por la ventana de una comisaría. Pero el viejo no se daba cuenta. O lo sabía, pero no le importaba una mierda.

—Te das cuenta de que nos han atrapado en una pinza, ¿verdad?

Agustín González observó su propio rostro en el espejo, ahora transfigurado.

—¿Qué quieres decir?

Alcázar acarició su mostacho. Los dioses también tenían granos en el culo. Señaló el juego de muñecas rusas pintadas a mano que Laura le había regalado. Eran hermosas, inexpresivas pero de colores muy vivos, ataviadas como campesinas, con sus pañuelos de flores. El viejo insistió mucho en comprárselas cuando las vio en su

despacho. Quería tenerlas como un trofeo, como las cabezas disecadas de ciervos, jabalíes y lobos que coleccionaba en la biblioteca, cuando España era el coto privado de los de su clase.

—Si es verdad que tu yerno tiene pruebas para reabrir el caso...

Agustín González se irritó pero no alzó la voz. Nunca perdía el sentido de la escena, jamás se le iba de las manos su papel.

—No tiene nada.

—¿Y si lo tiene?

Agustín sonrió, consultando la hora en su reloj de platino. La guapa con rasgos iraníes se estaba impacientando.

—Pues se lo quitas, como sea.

—¿Como sea?

La mirada del viejo se distanció del inspector, con un rastro de sorna.

—La verdad es que echo de menos a tu padre. Con él no había que repetir las cosas.

Principios de mayo, 1933. Isla de Názino (Siberia)

Las cosas se le escapaban entre los dedos. Nada parecía real, y al mismo tiempo nada parecía más cierto. Con esa sensación de imposibilidad, Elías se abrazaba cada noche a Irina. Despacio, ella se desnudaba cuando Anna se había quedado dormida, y se tendía a su lado como una hoja que se deslizaba bajo sus brazos. Una hoja que en ocasiones temblaba y en otras parecía no pertenecerle. Amarse en silencio, rodeados de extraños tumbados al fondo de la gabarra, que fingían dormir o se daban la vuelta para regalarles un poco de intimidad, era difícil. Al amanecer, cuando despuntaba el sol aún con dudas, ella se vestía en ese mismo silencio que tanto dolía a Elías. Fuera de la noche, Irina rechazaba las caricias, cualquier gesto cariñoso aumentaba su temor nervioso, como si a medida que se acercaban a la isla de Názino no quisiera dejarse arrastrar por unas ilusiones imposibles, anticipando lo que todos callaban. En la embarcación que surcaba exasperadamente despacio el río Tom no había nada fuera de aquel desolado paisaje estéril, de aquellos islotes arenosos. Ninguna vida era posible.

Irina escondía un pequeño librito de poemas. Elías la veía a veces leyendo. De tanto en tanto levantaba la cabeza, clavando la mirada petrificada en el paisaje de las riberas del río, sumida en una distancia de la que nadie podía hacerla volver. Y con una voz de contralto recitaba aquel poema, siempre el mismo. Sin embargo, hacia el final se quedaba callada y parpadeaba, como si los últimos versos se hubieran borrado de su memoria. Entonces se tapaba la boca y la cara con las manos y se ponía a llorar. Elías trataba de consolarla, pero ella le miraba con el rabillo del ojo de un modo frío e hiriente, negándose a compartir aquel dolor que sólo le pertenecía a ella. Al cabo de una o dos noches ella volvía a acostarse en las maderas carcomidas del suelo junto a él. Se hacía un ovillo entre sus brazos y le besaba las muñecas, la palma de las manos, el pecho. Elías había aprendido que era inútil preguntarle, y se conformaba con aquel momento, inspirando su cuerpo, no por la nariz sino con los dedos, con la boca, con su propia piel. La apretaba contra sí hasta que sentía que despertaba en ella otra vez esa chispa de vida y calor que tanto necesitaba.

Durante varias semanas avanzaron entre los cascotes de hielo que se iban deshaciendo con la primavera hasta la confluencia del Tom con el Obi. Desde ese momento, la corriente vigorosa del río se abría dejando en medio de las hoces enormes islotes en los que no había nada, salvo pequeños grupos de abetos negros y una maraña de pantanos infectos. La gabarra tenía que reducir la velocidad para no embarrancar en los bajíos de arena lodosa, y rompía pequeñas crestas de espuma

dejando tras de sí una hendidura que se cerraba enseguida. Y por fin, una mañana fría, la embarcación dejó de zumbiar, viró hacia la orilla derecha y se detuvo junto a un viejo embarcadero abandonado. Alguien con un macabro sentido del humor había clavado en una estaca una madera que rezaba: «Bienvenidos a la isla de Názino. Disfrutad del paisaje. Será el de vuestra tumba».

Allí no había nada que ver. Názino era una pequeña y apartada isla de unos tres kilómetros de largo y poco menos de uno de ancho que se había formado en la confluencia del Obi con su afluente Názino, un territorio inhabitado con algunas agrupaciones de coníferas y amplias extensiones de aguas cenagosas que en verano se convertirían en un vivero para toda clase de insectos. Más allá de la orilla sur se adivinaba la vasta extensión de la estepa, inalcanzable.

—No pueden dejarnos aquí —murmuró Elías cuando les obligaron a desembarcar.

En total eran más de dos mil personas, vigilados por apenas una cincuentena de soldados mal pertrechados y un par de oficiales muy jóvenes. Apenas se habían levantado unos precarios barracones para la guardia, aprovechando algunas casetas de pescadores abandonadas hacía tiempo. No había barracones, ni intendencia, ni unidad médica, tampoco letrinas. Tan solo algunas tiendas de lona viejas rodeadas de alambre de espino, que todavía no se había acabado de extender. Las autoridades no se habían preocupado de levantar más que algunas torretas de vigilancia cerca de las orillas y de la zona boscosa. Nadie en su sano juicio intentaría escapar; simplemente, no había a dónde hacerlo. Tomsk quedaba a más de ochocientos kilómetros. En cuanto a Moscú, podría haber estado a la vuelta de la esquina y sería igualmente inalcanzable.

Se organizaron brigadas de prisioneros para los trabajos forzados. Debían levantar con sus propias manos la cárcel que iba a albergarlos, pero apenas había herramientas, madera o clavos. Cada una de las brigadas estaba dirigida por una especie de policía auxiliar que los guardias habían reclutado de entre los presos comunes. Cuando le llegó el turno a Elías, el oficial señaló a Ígor como su jefe. No era una elección casual. El preso le saludó irónicamente desde la lona de la que ya se había adueñado. Claude, Irina y su hija fueron destinados a otra brigada. Elías se alegró de que al menos su amigo francés pudiera estar cerca de ellas. Sabía que Claude haría lo que fuera necesario para protegerlas, aunque ésa era una débil esperanza. Nada podía hacerse sin el consentimiento de los presos como Ígor Stern y sus hombres, que desde el primer momento dejaron claro que su vida iba a convertirse en una pesadilla mucho peor de lo que había sido hasta entonces.

Elías se topaba a menudo con Michael, seguido siempre de cerca por su sombra, Martin. Procuraban evitarse mutuamente pero cuando el encuentro era inevitable,

Michael le sostenía la mirada enfurecido, como si de algún modo culpase a Elías del papel que le había tocado desempeñar. Martin le sonreía con timidez culpable, incluso le hacía llegar algo de ropa o de comida cuando nadie podía verle. Sus lamentos y excusas resultaban lastimosos y encrespaban a Elías, sobre todo cuando después de escucharlo veía a su antiguo compañero golpear con saña o robar sin miramientos para complacer a Michael. Por el momento, Ígor Stern estaba demasiado ocupado organizando la rapiña e imponiendo el terror en el asentamiento para ocuparse de él. Pero cuando se cruzaban, el preso le dedicaba una sonrisa cruel para recordarle a Elías que no había olvidado el asunto que tenía pendiente.

—Sigo queriendo tu abrigo.

El tifus y la disentería no tardaron en hacer estragos. Apenas había raciones de harina y muchos la mezclaban con agua ponzoñosa e insalubre para cocerla. La gente empezaba a morir a causa de la deshidratación, las altas fiebres y el hambre, que llegó a ser atroz. Los pocos conejos y ardillas no tardaron en desaparecer; incluso las ratas que habían viajado en el interior de las gabarras se cotizaban caras. En cuanto a los pájaros, apenas sobrevolaban la isla de paso hacia latitudes menos frías y lluviosas. Las brigadas dirigidas por los presos comunes trabajaban a destajo, desbrozaban terreno, asentaban pilares y removían metros y metros cúbicos de tierra lodosa, a veces con las manos desnudas. Todo aquel esfuerzo no parecía tener sentido, como no fuese acabar con las pocas energías que les quedaban a los deportados.

Muy pronto planeaba sobre la isla un aire de locura y de enfermedad, un silencio atroz como en los patios de los manicomios, donde los fantasmas con forma humana deambulaban de un lado a otro idos, ausentes y sin esperanza.

Aunque durante las horas de trabajo cada brigada se separaba, por las noches volvían a concentrarse en las gabarras amarradas en el embarcadero. Aquél era el único cobijo del que disponían. Elías solía encontrarse allí con Irina y con su amigo francés, se reconfortaban, se contaban anécdotas, procuraban recordarse los unos a los otros que eran seres humanos, que tuvieron un pasado y que tal vez tendrían un futuro. Pero los recuerdos y las esperanzas no tardaron en convertirse en una enfermedad casi tan dañina como el tifus. Al evocar el pasado o pensar en el futuro se debilitaban para afrontar el presente. Y al final, también esos amarres desaparecieron. Su único tema de conversación fue entonces el día a día, dónde podía conseguirse una patata, dónde robar un capote, qué guardia podría ser más o menos amable o cómo esquivar los golpes de palo que les daban los lugartenientes de Ígor Stern.

Sólo Elías confiaba todavía en que aquella pesadilla se acabaría, se negaba a reconocer que aquel desbarajuste respondiera a un plan premeditado de las autoridades. No tenía ninguna lógica exterminar a las personas de aquel modo tan miserable. Después de todo, repetía obsesivamente, él era comunista, no había cometido delito alguno. Y su gran mantra era que Stalin no podía estar al corriente de

aquellas barbaridades; el Gran Padre jamás las permitiría. Los primeros días, su amigo Claude le respondía con su habitual mordacidad, se enfrascaban en fuertes discusiones ideológicas y políticas, y aunque nunca llegaba la sangre al río, podían pasarse un par de días enfadados. A Elías no se le escapaba que la vehemencia de su amigo aumentaba cuando Irina estaba cerca. Como no se le escapó que al menos un par de noches, mientras ellos hacían el amor en silencio, Claude los espía a través de los párpados semicerrados, fingiendo que dormía.

En la última semana de abril, Claude empeoró alarmantemente. Su fiebre era cada vez más alta y el muñón de sus dedos amputados se había vuelto a infectar. Como los perros enfermos, rehuía estar con otros, incluso con ellos, buscaba rincones apartados y se arrebujaba de espaldas al mundo. Irina poco podía hacer sin medicamentos, sin quinina ni vendas limpias, y aun así no se separaba de su lado.

—Tienes que comer un poco —le insistía Elías, cuando su amigo rechazaba con un gesto de abandono el cacillo de sopa viscosa que les repartían una vez al día.

—¿Para qué?

—Porque te necesito a mi lado. Sin ti no lograré salir adelante.

Claude sonrió un momento, mirándole con el rabillo del ojo, y estuvo a punto de hacer un gesto burlón, pero se contuvo. Bebió un poco, pero no tardó en vomitarlo.

—¿Y qué te hace pensar que sí lo conseguirás conmigo? —dijo, con los ojos vidriosos, secándose las babas con el dorso de su mano putrefacta—. ¿Has visto este maldito lugar? Ayer vi a unos presos arrastrando hacia el bosque a una mujer. ¿Adivinas quiénes eran algunos de ellos?

Elías lo supuso. Michael se estaba convirtiendo en una siniestra celebridad. Elías y Claude habían discutido acerca de la terrible transformación del escocés. Elías no concebía que un hombre idealista, culto y trabajador, *un ser civilizado*, pudiera sufrir semejante metamorfosis. Claude sostenía que Michael era un psicópata tan peligroso como Ígor, sólo que las circunstancias habían sido hasta ese momento distintas para cada uno de ellos. Michael había escondido todo su desprecio bajo una pátina civilizadora y contenida, pero en aquel nuevo contexto de impunidad absoluta donde imperaba la ley del más fuerte, se había destapado todo su potencial criminal. En opinión del francés, Michael se hubiera comportado con una crueldad similar, sutil pero crueldad, al fin, como director de una fábrica, como comisario político o como simple padre de familia. Su conclusión era sombría, pero inapelable:

—A los hombres como Michael no se les puede redimir. Hay que eliminarlos. Lo vi arrastrando por los pelos como una alimaña a aquella mujer hasta las tiendas que ocupan Ígor y sus lugartenientes; los guardias no hicieron nada por interponerse en su camino. Pensé que iban a violarla, y me dije que eso no es lo peor que pueden hacerte aquí. La oí gritar durante horas. Durante horas. Intentaba taparme los oídos pero sus gritos agónicos se me colaban entre los dedos y me estallaban en la cabeza. No sólo

la violaron, Elías. La trocearon. ¿Entiendes? ¡La trocearon para comérsela!

Elías le miró con un gesto de repulsión. Era la fiebre, pensó. La fiebre hacía delirar a su amigo. Y sin embargo a los pocos días se repitieron nuevos episodios de canibalismo. Cuerpos atados a las coníferas a los que les habían arrancado parte de los muslos o del abdomen, historias horribles que corrían entre los deportados que procuraban mantenerse juntos como un rebaño asustado pero del que cada amanecer faltaba alguien que aparecía al cabo de las horas, descuartizado. Los dos comandantes de la guarnición habían ahorcado ya a varios presos por sospechar que eran los culpables, pero eran oficiales jóvenes y se sentían sobrepasados por la situación.

Una imagen horrible empezó a atormentar a Elías. No se quitaba de la cabeza que Irina y Anna estaban a merced de aquellos animales.

—Por ahora ellas están a salvo —intentó calmarle Claude—. Irina es cirujana y los dos oficiales médicos la protegen porque les es de utilidad. Pero no sé por cuánto tiempo... Tienes que sacarlas de aquí, Elías. Esta locura se va a convertir en una barbaridad demencial.

—Si todo pudiera volver a empezar, si pudiera incluso borrarse lo ya borrado... —murmuró para sí.

—No seas ingenuo, Elías. Jamás se habría fijado en ti o en mí. Ambos lo sabemos. Deberíamos darle las gracias a Stalin, después de todo, ¿no crees? Al menos nos ha permitido conocerla. Nunca podríamos haber competido con su esposo... Ese poemario que tanto te inquieta que Irina lea era de su marido; conocía personalmente a Mayakovski, eran amigos. Cuando el poeta se voló la tapa de los sesos incitado por Stalin y cayó en desgracia, el marido de Irina envió un artículo a *Pravda* con sus últimos poemas inconclusos. Era consciente de que al hacerlo firmaba su sentencia de muerte.

Elías observó a su amigo, desconcertado. Claude escupió un esputo verduoso que se llevó la mitad de sus bronquios.

—¿Qué esperabas? —se justificó, jadeando y sonrojado. Le costaba respirar cada vez más, dejaba ir un resoplido de fuelle roto—. Yo también soy de carne y hueso.

Elías asintió con una sonrisa comprensiva. Sólo le quedaba un ojo, pero le había bastado para darse cuenta hacía semanas de que su amigo estaba también enamorado de Irina.

Los guardias habían improvisado una mesa con un tablón y dos barriles en la orilla del embarcadero para el reparto de la ración de harina. Irina estaba guardando cola bajo la atenta mirada de los guardias, que mantenían el dedo en el gatillo de sus fusiles. Estaban nerviosos y cansados; ya había habido algunos altercados en los repartos de comida y no dudaban en disparar contra la turba en cuanto se sentían amenazados. Aun así, una multitud de brazos extendidos se estiraban hacia ellos entre

empujones. Elías contempló la escena con preocupación. La gente se movía como una marea e Irina apretaba contra sus piernas a Anna para evitar que se le escapase de las manos. Un soldado demasiado joven empezó a ponerse nervioso cuando, en un movimiento de avalancha, un grupo de deportados fue arrojado contra el improvisado tenderete derramando por el suelo los sacos de harina. En ese momento, la jauría hambrienta se lanzó sobre las migas espolvoreadas.

El soldado disparó contra el primer hombre que se le vino encima. En un efecto acordeón, otros soldados lo emularon, pese a que el oficial encargado del reparto ordenó a gritos que cesara el fuego. Ninguno de sus hombres, presos del pánico, le escuchó o fue capaz de obedecerle. En pocos minutos la desbandada fue generalizada. Algunos corrían hacia un bosque cercano, otros se lanzaron al río y trataron de ganar la otra orilla a nado, misión suicida e imposible, la orilla estaba demasiado lejos y el agua demasiado fría. Temiendo una fuga masiva, los soldados abrían fuego a discreción contra los que huían o los ensartaban con la bayoneta. Algunos deportados se enzarzaron con ellos en una pelea desigual, tratando de arrebatárles las armas, golpeándoles con palos, con piedras, con cualquier cosa que tuvieran a mano, incluso con las manos desnudas o a bocados.

Elías corrió hacia Irina. En medio del caos, daba vueltas sobre sí misma desconcertada, estrujando contra el pecho a Anna. La niña gritaba horrorizada. Por todas partes caían cuerpos y se escuchaban las descargas de fusilería. Elías las alcanzó abriéndose paso a puñetazos y patadas. Se abalanzó sobre ellas y las echó al suelo, protegiéndolas con su cuerpo.

—¡No os mováis! —les gritó.

Cuando cesó el eco de los últimos disparos, aquel islote estaba cubierto de cadáveres. El aire apestaba a pólvora. Incluso los soldados, que unos minutos antes se habían empeñado con saña, contemplaban el dantesco espectáculo en silencio, asustados por su propia rabia. Algunos vomitaban, otros sollozaron desconsoladamente. Aquel día murieron más de doscientos hombres, mujeres y niños. Apenas media docena de soldados cayeron también.

Y de repente, a lo lejos, un sonido musical empezó a penetrar a través de la bruma que rodeaba el río. Rodeado de muertos, un anciano tocaba la armónica, sentado en un tronco. La música brotaba con tristeza. La escena era demencial, alucinatoria, y al mismo tiempo increíble. Pero el anciano era real, el sonido de su armónica se elevaba sobre los gemidos de los heridos. Su gruesa barriga, su rostro de campesino rudo y fiero, su pelo grasiento y sus manos ensangrentadas que sujetaban la armónica eran tan ciertas como las notas que salían de sus labios.

El comandante que había ordenado a los soldados que no disparasen se acercó al viejo con el revólver en la mano, caminando como un autómatas. Todos pensaron que

iba a ejecutarlo. Durante un largo minuto lo estuvo observando. Luego se quitó el abrigo y cubrió con delicadeza los hombros del viejo, como si fuera su padre o su abuelo. Se sentó a su lado y mientras el anciano tocaba, el oficial, absorto, con la mirada de los dementes, echó hacia atrás la visera de la gorra con la punta del revólver, dejando que su mirada se perdiera entre los cuerpos de los muertos que habían caído, algunos en posiciones inverosímiles, de rodillas, con los ojos y la boca abiertos mirando al cielo. Con dedos temblorosos buscó en su guerrera un pitillo, lo encendió y le dio una larga calada. Apuntó a la sien su revólver y se voló los sesos.

Su cuerpo cayó de lado sobre el anciano, que por fin dejó de tocar la armónica con la cara ensangrentada. Durante un instante sus gruesos dedos de *kulak* titubearon sobre el cráneo destrozado del joven sin atreverse a tocarlo, pero enseguida acunó aquella cabeza contra su gruesa y blanda barriga, como si fuera un juguete roto.

Tras el primer instante de desconcierto un enjambre de manos se abalanzó sobre el oficial y el anciano, despojándolos de la ropa, las botas y cuanto pudieran tener de valor. Entre la maraña de cuerpos enfurecidos, Elías vio a Michael coger el revólver del oficial y esconderlo bajo la ropa. La horda se entregó entonces a un ritual tan antiguo como la necesidad de los hombres: como bandadas de cuervos desesperados se aplicaron a despojar de cuanto poseían al resto de muertos.

—Tengo que sacaros de aquí —murmuró Elías, apretando contra su pecho a Irina y a Anna.

Claude murió dos semanas después. Agonizó toda la mañana con la cabeza inclinada sobre el hombro de Irina, acurrucado entre sus pechos. Emitía con pausas arrítmicas silbidos que simulaban la respiración mientras Irina lo rodeaba con sus brazos y lo mecía susurrándole una antigua nana al oído, como tantas veces la había visto hacer con su hija, besándole la frente hirviendo. Durante unos segundos, Claude abrió los ojos y miró el mundo como si tramase su último sarcasmo. En aquel breve parpadeo volvió a ser el mismo joven espigado y apuesto, seguro de sí mismo, con aquella alegría irónica e inteligente que siempre dejaba tras de sí un rastro de amargura.

—Deberías haberme elegido a mí —murmuró—. Soy más guapo que ese español, y desde luego no tan dramático.

Irina le devolvió una sonrisa tímida, con un afecto reprimido acarició su mejilla y asintió como si le confesara que, efectivamente, le había entregado su compañía y sus besos al hombre equivocado. No lo creía, los tres eran conscientes, pero eso no importaba. Las palabras mienten, pero la mentira puede ser el único consuelo posible.

Elías salió de la gabarra y se alejó hacia el extremo del embarcadero. Se sentó abatido cerca de la orilla y estuvo largo tiempo observando los filamentos rojizos del sol sobre la superficie del río, las brumas al otro lado que nunca se evaporaban por completo, las barcazas con la proa hundida en la playa viscosa. Pensó que los

hombres eran como los árboles raquíticos que se adivinaban en la otra orilla. Nunca podrían enraizarse en una tierra arcillosa como aquélla, lucharían hasta el final para sobrevivir y alzarse hacia los rayos del sol, pero perecerían podridos, sin remedio. Se acongojó al recordar las risas de Claude, su ímpetu en aquel tren que los trajo a los cuatro a Moscú hacía ¿mil años?

La vida de su amigo resultaba un juego de fuegos artificiales, salvadas en el aire coloridas, espectaculares, pero que ante la muerte se revelaban espejismos. Todo lo que Claude hubiera soñado, sus edificios proyectados, sus pensamientos, las mujeres que podría haber amado, los libros leídos, la música escuchada, las conversaciones apasionadas que habían mantenido sobre política, los éxitos y los fracasos, las alegrías y las decepciones. Todo moría aquí. Ahora. La muerte escapaba a su comprensión, su amigo iba a cruzar ese umbral solo, como lo harían todos ellos. Y de nada podrían servirle las mentiras piadosas de Irina, ni su mano estrechándole, ni todas esas teorías y la retórica religiosa sobre un Dios, un más allá. Estaba solo.

Observó una especie de perca flotando en un remolino. Buscó un palo y trató de atraerla. Se le habían caído las escamas y las cuencas de los ojos estaban vacías. Apestaba a podrida, pero serviría para la cena. Escondió el pez entre las piernas y le asaltó el temor de que alguien pudiera arrebatarle aquel pedazo pútrido. Supo en ese instante que si lograba sobrevivir, todo aquel sufrimiento le privaría para siempre de cualquier goce o felicidad posterior. Nada, excepto el dolor, le parecería real en adelante.

Irina se acercó con algo en la mano. Elías comprendió que Claude había muerto. Colocó indeciso la mano sobre su mejilla, apartándole un mechón de pelo. Ella hizo un movimiento para desembarazarse de él, pero al instante se aferró a sus dedos besando sus nudillos.

—Ha escrito esto, para ti.

Elías leyó aquel papel tiznado con una rama quemada.

No me lo quitarán todo. Mi muerte es mía.

Elías observó las marcas de las uñas que Claude había dejado impresas como garras en la piel de Irina. Se había agarrado a ella hasta el final con fiereza.

—No quiero morir aquí, no de esta manera, sin luchar —murmuró Irina.

En ráfagas pesadas llegaba hasta la orilla el olor de ramas húmedas alimentando hogueras. Debajo del telón de la niebla se adivinaban algunos cuerpos inflados que iban a la deriva. Otros se habían varado en los meandros atrapados entre las ramas de árboles caídos. Elías contempló la espesura gris que se extendía hacia el norte. La estepa era la puerta de aquella cárcel sin paredes. Miles y miles de kilómetros de absoluto silencio, de nada entre ellos y los Urales al oeste y al norte con el océano

ártico. Mirar al este era casi peor. Siberia oriental y la taiga.

Pero ya lo había decidido. Iban a escapar para morir un poco más lejos. Al menos, lo harían caminando hacia alguna parte.

Martin dejó ir un gritito ahogado, como un gemido agónico. Durante los segundos siguientes, Michael notó bajo su mano la respiración agitada de su amante. No deberían agotar sus energías así, pensó, separándose de su cuerpo con el pene todavía erecto. Además era peligroso. Si Ígor les pillaba, no imaginaba lo que podría hacerles. Michael lo había visto sodomizar a otros hombres, pero una cosa era la violación y el derecho de dominio y otra muy distinta lo que Martin y él hacían cada noche. Ellos se amaban.

—¿Crees que nos llevará con él?

Michael acarició el pelo rojo de Martin.

—Nos necesita —dijo para tranquilizarle, aunque no lo creía realmente.

La idea de Ígor era dirigirse hacia el noroeste. Había encontrado en un mapa un viejo trazado de vías que pretendía enlazar las cuencas mineras de los Urales con las tierras bajas de Siberia occidental y el río Yeniséi, atravesando las estepas de Kirguistán. El proyecto se había abandonado a principios de siglo por su desmesura, pero todavía existían algunos tramos de varios kilómetros y vagonetas abandonadas, a unos pocos cientos de kilómetros, en alguna parte entre Nizhnevártovsk y Vampugol. Siguiendo ese trazado deberían dar un largo rodeo de varias semanas para vadear el Obi y luego descender hacia Tomsk.

Miles de kilómetros sin nada a la vista, sin comida, al alcance de los lobos, expuestos a morir en una ciénaga, de hambre, de sed, de frío. Sólo pensarlo era absurdo. Y sin embargo lo iban a hacer. Hacía semanas que Ígor estudiaba el mapa y acumulaba enseres, cuanto podía serle útil, ropa, calzado, los escasos víveres que podían encontrar y algunas armas de fuego robadas a los guardias asesinados. Contaba que en menos de una semana de marcha llegarían a algún poblado pequeño o encontrarían al menos alguna granja siberiana. A partir de ahí, todo sería más sencillo.

Michael contaba, además, con un as en la manga. Tenía la pistola del comandante, nadie más lo sabía, excepto Martin. Cada noche se arrastraba hasta el escondrijo donde la ocultaba, abría el tambor y contaba las cinco balas. La sexta estaba alojada en los sesos del oficial. ¿Qué podía hacerse con cinco balas? Mucho, si se sabían utilizar adecuadamente. Una de ellas estaba reservada para Ígor. Pensaba volarle la cabeza en cuanto se supieran a salvo. Odiaba atrozmente a aquel monstruo. La segunda y la tercera eran para Martin y para él si fracasaban. Ígor estaba reclutando a algunos hombres jóvenes con la promesa de llevarlos consigo. Los estúpidos no se daban cuenta de cuál era su verdadera intención. Pensaba utilizarlos como mulos de

carga durante las agotadoras marchas, y cuando el hambre se volviese atroz, los usaría como ganado. Michael no iba a permitir, llegado el caso, que aquellas alimañas acabasen utilizándoles como alimento en su huida. Ígor les había obligado a él y a Martin a descuartizar a aquella pobre desgraciada, y luego les hizo probar su carne. Por más que vomitara y se llenara la boca de barro, no podía arrancarse de dentro aquel sabor repulsivo.

—Deberíamos contar con Elías —dijo Martin. Acariciaba como ausente las tres cuerdas de una balalaica rusa, aquel popular instrumento de mástil alto y cuerpo triangular. Se lo había cambiado a una joven por unas botas llenas de agujeros y fantaseaba con aprender a tocarlo un día, aunque sabía que, tarde o temprano, serviría para alimentar una hoguera.

Michael le acarició la nuca, todavía enrojecida por los mordiscos que le había dado unos minutos antes mientras copulaban con rabia. Al escocés se le encogió el corazón con un presentimiento. Martin no lo lograría, era demasiado débil, pensaba en exceso y no lograba sacudirse los escrúpulos, que allí pesaban como si les hubieran arrojado a lo profundo del río con una piedra anudada a los tobillos. Apartó ese presagio entrelazando los dedos en la cabellera revuelta de su amigo y le besó delicadamente el hombro. Ya no recordaba la primera vez que lo había visto desnudo, el primer beso. Medio año, un año. ¿Qué importancia tenía? Los días eran siglos.

—Elías nunca vendría con nosotros, Martin. Le traicionamos en la OGPU, y nos detesta por servir a Ígor. Ya has visto la manera en que nos mira. A la primera ocasión nos rajaría la garganta con los dientes. Además, nunca se separaría de esa mujer y de su hija.

En realidad, ni siquiera había intentado poner a Elías de su parte. La muerte de Claude había operado en el español un cambio de una magnitud difícilmente entendible desde la distancia. Lejos de hundirlo en la melancolía o en la desesperación, Elías había adquirido una firmeza fría, calculadora. Se había enfrentado varias veces a los guardias y había peleado con ferocidad con algunos presos que habían pretendido agredir a Irina o a su hija, Anna. Michael le había visto destrozarle la cabeza a uno de ellos con un grueso tronco, le había golpeado con saña y había seguido haciéndolo incluso mucho después de que el rostro del desgraciado no era más que un amasijo de carne deforme. Sólo se había detenido cuando Irina, acercándose con cuidado le había sujetado el brazo, y durante un instante Elías la había mirado como si no la conociera, dispuesto a aplastarla a ella también si la consideraba una amenaza. Y entonces había arrojado el tronco ensangrentado como un gato manso y se había alejado hacia la playa con su único ojo sano clavado en la bruma.

Ígor Stern también se había percatado de esa metamorfosis. Ya no le hacía gracia provocar a Elías con indirectas, «sigo esperando tu abrigo», cuando la brigada acudía

al trabajo. Ahora lo amenazaba directamente, sabía dónde dañarle. Una mañana se acercó a él protegido por dos de sus hombres. Elías estaba cavando una zanja cuya utilidad no podía ser otra que la de fosa común. Hundido hasta las rodillas en el fango, sus músculos se tensaban con cada palada y los insectos revoloteaban zumbando alrededor de su cabeza sudorosa. Ígor le pidió amablemente que dejase de cavar y le escuchase. Tenía algo que proponerle.

—Me he fijado en esa mujer con la que andas a todas horas. Es siberiana, ¿verdad? Quiero que me la vendas.

Elías le miró con su único ojo con un odio compacto, pero paciente. Ya no le tenía miedo. Y sin el miedo, Ígor poco podía obtener de él.

—No puedo venderte lo que no me pertenece.

—Y también quiero a la niña. Todavía es muy pequeña, pero he oído decir que la carne de los niños es más sabrosa. Puede que primero me la folle y luego deje que estas hienas la despedacen.

Sin pensarlo, Elías cogió la pala con la que había estado cavando y lanzó un corte de siega sobre él. Apenas rozó a Ígor, pero fue suficiente aviso. Antes de poder repetir el ataque, los dos hombres que escoltaban a Ígor se le tiraron encima y lo molieron a palos. Lejos de protegerse, Elías contraatacaba como un perro rabioso y acorralado.

—Un auténtico lobo siberiano, por fin —diría después Ígor, con un orgullo absurdo, como si él fuese el creador de aquel nuevo Elías. No permitió que sus hombres lo matasen.

Se inclinó sobre él, que yacía tumbado en el fango con un pie en la cabeza, y le susurró al oído palabras de sierra entre los dientes.

—Dentro de dos noches vendrás a mi tienda. Traerás a la mujer y a la niña, limpias, bien peinadas. Irina vendrá con tu abrigo. Me las entregarás y me darás las gracias por dejarte vivo.

Aquella noche, Elías salió solo en dirección al bosque. Nadie se adentraba allí, ni siquiera los guardias, a menos que fuera a plena luz del día y perfectamente organizados. Enjambres de deportados enloquecidos vagaban entre los árboles y las altas matas haciendo todo tipo de brutalidades, como una colonia de dementes huida en masa de un manicomio que sembraba el terror. Aventurarse en aquella espesura solo era un suicidio. Pero Elías no tenía más remedio; la balsa que había estado construyendo pacientemente desde el tiroteo y la masacre de los primeros días estaba escondida en las estribaciones. Además necesitaba recuperar otra cosa.

Encontró al hombre que estaba buscando en un claro. La luna llena alumbraba su cuerpo en cuclillas y los esfuerzos y ruidos de sus tripas resonaban en la oscuridad, como gruñidos de bestias en el bosque. Sólo estaba cagando y para limpiarse utilizaba las páginas del libro de Irina. Leía una, la arrancaba de cuajo y se limpiaba

el culo. Se llamaba Evgueni, tenía treinta años, aunque aparentaba muchos más, en otra vida había sido escritor en la Academia de Escritores, asiático oriundo de la Mongolia Interior. Su pecado: decir que Gorki era un maldito paniaguado y que Stalin sabía de literatura lo mismo que él de aeronáutica. La jactancia se le acabó el día que entraron en su minúsculo apartamento los hombres de Yagoda para llevárselo. Enloquecido y solitario, aquel espectro pululaba por el bosque a todas horas, semidesnudo como un salvaje, recitando poemas de Konkinshu, la antología imperial Shin de poemas japoneses recopilada en el siglo XIII por Fujiwara Teika, el único poeta digno de ser llamado tal, en su opinión. Irina le había cambiado el poemario de Mayakovski por unos pedazos de carne azulada sobre cuyo origen no había preguntado. El demente de Evgueni sólo los quería porque añoraba el papel higiénico rozando su ano. Y aquellas hojas amarillas le parecían el más sublime de los placeres.

Elías le dio una tremenda patada en la nuca sin tiempo a gritar, lo que habría alertado a los otros errantes, y Evgueni dio de bruces contra el suelo. Se volvió de lado y lo último que vio fue una enorme piedra cayendo sobre su cabeza y un ojo furioso que lo mandaba al infierno con su añorado Teika.

Volvió a la gabarra y despertó a Irina.

—Despierta a Anna, nos vamos. Ahora.

Salieron antes del alba. La balsa era precaria, apenas servía para mantener en la superficie a Anna, arropada con el abrigo de Elías. Irina y él debían permanecer con el cuerpo en el agua, aferrados con los antebrazos a los troncos. Elías había estudiado detenidamente las corrientes, y aunque era imposible enfrentarse a nado con los remolinos o pretender alcanzar la otra orilla, podían dejarse arrastrar río abajo. Si lograban mantenerse a flote durante un centenar de metros, esquivar con suerte los árboles caídos y los conos que succionaban cuanto entraba en su radio de giro, llegarían a un recodo donde el río viraba bruscamente a la izquierda en medio de un ruido ensordecedor, saltando sobre rocas y pequeños escollos. En aquel punto se formaba un meandro donde la corriente se suavizaba. A partir de allí, deberían nadar, mantenerse a flote con los restos de la balsa que se habría hecho añicos y rezar para que las fuerzas no les abandonasen antes de alcanzar un grupo de árboles que hundían sus gruesas raíces en el barranco lodoso al otro lado del río.

Lo que viniera después no valía la pena cuestionárselo. Probablemente, ni siquiera iban a sobrevivir al intento de alcanzar la orilla opuesta.

Antes de arrojarle al agua, Elías le dio el poemario a Irina. Lo había envuelto con todo el cuidado posible para protegerlo de la humedad. Irina contempló las páginas, algunas faltaban, aleatoriamente, según el capricho de los esfínteres de Evgueni. Ella lo miró con el dolor acumulado en sus ojos.

Antes de adentrarse por entero en el río, Irina buscó algo entre sus andrajos. Un pequeño paquetito, envuelto cuidadosamente. Se lo dio a Elías y le pidió que se lo guardara hasta que alcanzasen la otra orilla.

—Si me pasa algo, dáselo a Anna, y dile que su madre la quiere mucho, que hizo todo lo que pudo por sacarla adelante.

Elías no quiso discutir. Era inútil mentirse, decir que todo iría bien, que Irina podía guardarse aquel objeto envuelto, fuera lo que fuera, y dárselo más tarde a Anna. Guardó el paquete, frunció el ceño y apretó con fuerza una soga alrededor del cuerpo de Anna, que lloraba y pataleaba, aterrorizada.

—Haz que se calle o nos van a descubrir —le ordenó con frialdad a Irina. Ésta besó repetidamente la mano de su hija, mientras su cuerpo se iba hundiendo en la corriente fría y nerviosa.

—Estoy aquí, Annushka, mamá no te va a soltar.

Lentamente, la balsa empezó a derivar hacia el centro del río, y a la vez, como había previsto Elías, se escoraba hacia la derecha, lo que le forzaba a tirar con fuerza hacia abajo para que la balsa no volcase del lado de Irina. Apenas se habían alejado de la orilla cuando distinguió una silueta entre las gabarras varadas. Era Michael. Elías reconoció sus piernas abiertas y fuertes y sus hombros redondos. Les observaba con las manos en los bolsillos, con calma, casi con aire divertido. Al cabo de un momento, alzó el brazo, como si les deseara buen viaje, o como si les despidiera con un hasta pronto. Luego, dio media vuelta y desapareció sin prisas.

Supo que podrían lograrlo cuando pasaron el primer tercio del recorrido. El río bajaba con menos fuerza de la prevista y aunque la temperatura del agua le mordía las extremidades con furia, Elías podría soportar el dolor de la congelación. Intentaba darle ánimos a Irina, a la que sólo veía al otro lado de la balsa cuando el cuerpo de Anna se balanceaba anudado a la cuerda por la cintura. Elías veía sus dedos morados agarrados con desesperación al cabo del tronco. Cuando un golpe de la corriente era más brusco, la cabeza de Irina se hundía y Elías esperaba angustiosamente hasta verla emerger de nuevo, lanzando una bocanada de aire con la boca abierta y el cabello pegado a la frente. Una vez ella le sonrió. Por primera vez en semanas.

Sí, podían lograrlo. Aunque era demasiado pronto para dejarse llevar por la euforia. Luchando a cada metro por mantenerse a flote, y lograr que la balsa no volcara aplastando a la madre y hundiendo a la hija, tenían opciones; el meandro del río estaba a la vista, las raíces enlodadas de los árboles se adivinaban entre la espuma del río y las rocas, como buenos samaritanos dispuestos a tenderles una soga en cuanto se pusieran a su alcance. Pero la balsa se alejaba del meandro, montada sobre una lengua de corriente que la hacía virar como un tiovivo, cada vez más rápido.

Elías se desesperó y lanzó un aullido. ¡Estaban tan cerca! Si no lograban alcanzar aquellos árboles, el río los arrojaría como despojos un poco más abajo, inflados como

esa perca podrida que había cenado el día que murió Claude. Tenía que actuar deprisa y a la desesperada, no iba a ahogarse allí, de ninguna manera. Se sumergió en el torbellino de agua y sin separarse de la panza de la balsa buceó hasta situarse junto a Irina.

—¡Hay que hacerla girar! —le gritó. Debían subirse encima y apretar hacia abajo con todas sus fuerzas. Quizás volcarían, pero era la única opción. Elías arrastró a Anna hacia ellos para hacer más peso y la balsa se levantó de costado peligrosamente.

—¡No! ¡Se va a caer! —gritó Irina al ver cómo su hija era zarandeada como una muñeca rota. La sogas se había partido y los troncos se estaban desmembrando.

Pero Elías siguió empujando hacia abajo, fuera de sí. Tenían que salir de aquella corriente, tenían que virar. Desesperada, Irina empezó a golpearle y a arañarle. Iba a hacer zozobrar a su hija. Iba a matarla. Elías no sentía sus golpes ni sus gritos. Sólo que la superficie estaba un poco más cerca.

Y entonces la balsa saltó hecha añicos con un crujido inocente, como si el río se hubiese cansado de jugar con aquel barquito de papel. Elías se hundió hacia el fondo, arrastrado por Irina, que intentaba desesperadamente escalar por su cuerpo para alcanzar la superficie, donde Anna flotaba agarrada a un tronco. Les faltaba el aire y no lograban ascender. Irina estaba atrapada por el pánico y Elías no era capaz de contenerla, de decirle que se calmase o terminarían ahogándose los dos. Ella le aferraba el cuello, le arañaba desesperada.

Elías sentía que los pulmones iban a reventarle, no veía nada, estaba todo oscuro, notaba el roce de cosas pasándole cerca, ramas, algas, cuerdas y las manos violentas de Irina. Y entonces lanzó con violencia el codo hacia atrás impactando con el cuerpo blando de ella. Y volvió a manotear con fuerza hasta que se dio cuenta de que ella liberaba la presión. Justo antes de que se desprendiera de su lado, alargó la mano a tientas y logró enlazar sus cabellos. Eran como medusas. Cerró el puño para asirla y tirar de ella, pero Irina se le escapó hacia la profundidad.

Desesperado, Elías braceó hacia arriba.

Emergió y volvió a hundirse, y así dos, tres veces, empujado por la corriente, que lo zarandó como un guiñapo, hasta que su cuerpo se estrelló de costado contra algo sólido. Una raíz caída que se elevaba desde el meandro hacia la orilla rota y enfangada como un puente. Había alcanzado los árboles, o mejor dicho, el río lo había arrojado como un vómito hacia allí.

Aferrado a la rama buscó en todas partes el rastro de Irina o de Anna. A unas pocas brazadas, atorada entre dos piedras que sobresalían como pequeños montículos erosionados, Anna se aferraba al resto de la balsa. Elías nadó hasta ella y tiró del cabo de la sogas que aún tenía anudada a la cintura. Después de veinte angustiosos minutos, donde volvió a hundirse y a punto estuvo de ahogarse, logró llevar a la niña hasta la orilla.

Durante una hora esperó con ansiedad. El río devuelve lo que se lleva, le decía su padre, aficionado a la pesca, explicándole que ésa era la razón por la que había que devolver a la corriente los alevines. Volverían convertidos en peces.

Pero Irina nunca volvió de la oscuridad de sus profundidades. Lo único que Elías vio de ella fueron algunas hojas amarillas de su libro de poemas, flotando mansamente, como si los versos fueran ahora en su busca. Acusadores.

Barcelona, septiembre de 2002

Hacía una hora que esperaba pacientemente al otro lado de la calle, fumando pitillo tras pitillo, bajo la exigua sombra del único árbol que había en toda la acera. Aquel barrio era tranquilo en agosto, la mayoría de comercios cerraban sus persianas, era relativamente sencillo encontrar aparcamiento y se respiraba un ambiente sosegado. Demasiado apacible para el gusto de Alcázar. Todo había cambiado mucho desde la última vez que había estado allí. Las calles estaban asfaltadas, y vio que el metro llegaba desde el centro. Podían encontrarse todavía jóvenes con aire desorientado en las plazas de cemento, matando su aburrimiento bajo el sol del mediodía, pero ya no eran los yonquis robacoches de su época, ahora eran inmigrantes, una mezcla de musulmanes, sudamericanos y africanos que delimitaban sus áreas de influencia tácitamente, sin molestarse. El Majestic había cerrado hacía mucho y cuando preguntó por el barrio dónde se habían metido las putas, algunos muchachos lo observaron como si fuera un extraterrestre.

—Hablas de la prehistoria, tío. Aquí las únicas putas que quedan son del Este y trabajan a domicilio —le dijo entre risitas un proxeneta, tendiéndole una tarjetita dorada que ponía «Club de masajes Paradise». Al menos, pensó Alcázar, los nombres seguían siendo igual de grandilocuentes y pretenciosos.

Cecilia no fue feliz hasta que lo conoció, a mediados de los setenta. Era lo que siempre decía, y no para que él se sintiera mejor. Así fue, realmente. Ella era una buena chica, siempre lo fue, demasiado buena para sobrevivir en un club de alterne tan miserable pese a ese nombre de Majestic, que sonaba a burla cuando se encendían las luces y se hacía evidente la moqueta quemada y sucia, los cortinajes baratos y las molduras de pega en los muebles y las puertas donde las putas cobraban a comisión. Cecilia era tan ingenua para creer que los hombres necesitan ser escuchados, que si les muestras amor se enamoran. Que la justicia es algo que está por encima de los actos que cometemos, y que tarde o temprano se acaba imponiendo. No es que fuera tonta o idealista, veía lo que sucedía, pero decidía cambiarle el color. Quizá eso fue lo que le llamó la atención de ella la primera vez. Su optimismo y su confianza en el género humano, pese a que cada noche la mitad de ese género se la follaba sin muchas contemplaciones.

—Hay que tener ojos para ver, y yo veo la tristeza dentro de la rabia, el miedo que se esconde en la violencia. Te sorprendería saber lo que se consigue con una caricia y una palabra amable. Deberías probarlo alguna vez.

Escucharla decir esas cosas en un mundo donde las putas guardaban condones en

la goma de la braga, donde los chulos escondían porras extensibles en el calcetín, donde los borrachos vomitaban en los coños que eran incapaces de comerse, le pareció inaudito. No fue el amor lo que guio sus pasos la primera vez hasta aquel garito repugnante, ni fue la piedad lo que puso a Cecilia delante de sus ojos. Fueron las ganas de follar, de pasarlo bien después de un día de trabajo y remordimiento, todavía con los nudillos en carne viva y los gritos de un detenido retronando en sus oídos. Quería emborracharse hasta perder el sentido con una cabeza entre las piernas y unas manos apretándole los pezones. Y esa cabeza fue la de Cecilia, y, maldita sea, fue en verdad un jodido milagro. Algo que atravesó su alma por dentro, la certeza de que aquella mirada de ojitos tristes pero definitivos siempre le había estado buscando.

Él no la rescató a ella. Fue Cecilia la que le sacó del infierno. La que le prometió que se harían viejos juntos, que tendrían muchos hijos que cuidarían de ellos llegado el momento, que se reunirían todas las Navidades, viendo cómo año tras año se convertían en abuelos. Pero llegó el cáncer, esa burla cabrona de la vida, que juega al trilerero: ¿dónde está la bolita? Y la bolita es la felicidad, que nunca se está quieta, que siempre es mentira, que desaparece entre los dedos del genio embustero. Diez años, eso le regaló la vida. Y el resto de su existencia para echarla de menos.

Cada vez más a menudo los recuerdos no eran un acto voluntario, se representaban a sí mismos como un pasado envidiable e ideal (ya no se acordaba de aquellas terribles discusiones, cuando Cecilia montaba en cólera y destrozaba todo lo que tenía a mano), intocables y ajenos. Eso, reflexionó, sólo podía significar una cosa: se estaba haciendo viejo y se sentía terriblemente solo. Buscó en el bolsillo de la americana el prospecto de la agencia de viajes y lo consultó por enésima vez. Los Cayos de Florida, clima tropical, playas y manglares, tormentas furiosas y una humedad que licuaba las ideas. Palmeras y coches viejos, tipos con panameño y mujeres con biquinis que sólo ocultaban la fecha de nacimiento. Cecilia siempre quiso comprarse un pequeño bungalow prefabricado, una barquita con fuera borda, salir a pescar al atardecer cuando el cielo ardía y beber en un pequeño porche (con un columpio verde, exigía a su sueño) una cerveza de baja graduación.

Era un misterio por qué aquella chica salida de Valdepeñas de Jaén, que el único charco que cruzó fue el del río Besós para atracar en esta orilla pútrida, soñaba con aquel lugar. Quizás las películas americanas de los años cincuenta que tanto le gustaba ver los sábados en la sesión de tarde, o esa serie que hizo que se enamorase del fante que interpretaba Don Johnson en *Miami Vice*. Alcázar le prometió que al menos la llevaría de vacaciones una vez, pero nunca cumplió su promesa. Y ahora era él el que andaba merodeando tras aquella loca idea de dejarlo todo, comprar la casita de madera, una caña de pescar y aprender inglés con acento cubano. Sí, necesitaba tomar prestadas las ilusiones de Cecilia para afrontar con un poco de entereza sus últimos años. ¿Por qué no? Todo empezaba con la chispa de la posibilidad, lo demás

vendría solo, sólo tenía que dejarse llevar. Pero primero necesitaba dejar algunas cosas cerradas. No quería vivir el resto de sus días en ese paraíso mirando atrás con temor.

La espera dio su fruto. Alzó la cabeza y vio salir de la portería a la anciana. ¿Era justo considerarla como tal? Lo era si él mismo se veía como un viejo recién jubilado. Guardó el prospecto y se puso a seguirla desde la acera contraria. Tuvo que reconocer que estaba guapa; era de esas mujeres que saben aceptar el paso del tiempo con sobriedad, sin resquemores ni dramas, y el tiempo parece agradecérselo concediéndoles un declive lento y señorial. Toda una dama que en aquel barrio brillaba distorsionando la realidad. Como Cecilia. Cuando estuvo seguro de no equivocarse, cruzó la calle y se puso a su altura. Ella le miró de reojo pero no hizo ese gesto propio de las abuelitas asustadas que se aferran al monedero cuando las intercepta un desconocido. Se paró en medio de la acera, entrecerrando los ojos porque el sol le daba de frente, o tal vez observándole con interés.

—Hola, Anna —dijo el ex inspector jefe Alcázar—. Ha pasado mucho tiempo. Y en realidad había pasado.

A Gonzalo le costó un horror levantarse de la cama. Pero la enfermera se negó a ayudarlo. Tenía que hacerlo solo, dijo, solícita, igual que una madre vigilando los primeros pasos titubeantes de su retoño, con los brazos dispuestos por si se caía. Gonzalo sintió el peso del vendaje compresivo en el pecho, suspiró con hondura y dio un paso hacia la ventana, arrastrando la zapatilla, luego otro más, y así, en lo que le pareció una distancia inalcanzable, aferró el picaporte de la puerta.

El guardaespaldas que Alcázar había contratado para protegerle estaba acodado en el mostrador, charlando animadamente con una enfermera; no parecía tomarse muy en serio su trabajo. Si Atxaga aparecía por el hospital, no le costaría demasiado colarse en su habitación y ahogarlo con la almohada sin que nadie se enterase. El tipo, de aspecto rudo, más parecido a un portero de discoteca que a un policía retirado, se incorporó al verle aparecer, seguido de cerca por la enfermera. Amagó con acompañarle, pero Gonzalo le hizo una seña con la mano para que siguiera a lo suyo.

Al final del pasillo había una pequeña sala de espera con máquinas de autoservicio y un ventanal de cristal corredero que daba a un pequeño jardín interior. Era apenas un rectángulo de diez metros cuadrados desde el que se tenía una panorámica cerrada del pabellón del hospital. El techo, cubierto con una bóveda transparente, filtraba con suavidad la luz sobre las hojas de helechos y la palmera gigante plantada en medio. Se estaba fresco allí y se respiraba una humedad vegetal agradable. La enfermera ayudó a Gonzalo a sentarse en el único banco de piedra.

—Ha estado bastante bien. Ahora recobre un poco el aliento, volveré a buscarle

en diez minutos.

Gonzalo se tocó el costado y asintió. Diez minutos fuera de la habitación le parecían un privilegio parecido al que se le concede a un preso en aislamiento en un patio de altos muros de la cárcel.

Pensó en lo que le había dicho Javier la tarde anterior. Se había presentado por sorpresa, sin Lola. Gonzalo estaba en el baño, apretando los dientes para lograr hacer sus necesidades sin gritar de dolor. Cuando abrió la puerta, sudoroso y descompuesto, encontró a su hijo mirando por la ventana con aire preocupado. Había dejado sobre la cama una bolsa con el pijama nuevo que ahora llevaba puesto y le había traído algunas revistas.

—No sabía lo que te gustaba, así que he traído un poco de todo.

Gonzalo echó una ojeada rápida: ejemplares del *National Geographic*, de la revista *Historia*, y un par de libros que reconoció de su biblioteca.

Javier le preguntó cómo se encontraba sólo porque era una pregunta inevitable. Gonzalo contestó con los mismos lugares comunes e hizo alguna broma a costa de los golpes que todavía le deformaban un poco la cara, que su hijo acompañó con una risita de compromiso. Gonzalo nunca había tenido vis de cómico. Después, la conversación languideció penosamente y se sumieron en esa incomodidad mutua que les hacía zozobrar hasta que se separaban con alivio y cierta culpa. Sin embargo, en esa ocasión Javier permanecía junto a él, dándole vueltas a algo que no se terminaba de definir y que flotaba en el aire. Gonzalo esperó en silencio a que hablara, deduciendo que su hijo haría como tantas veces, concluir en puntos suspensivos aquellos conatos de comunicación que nunca germinaban, pero Javier se inclinó hacia adelante, como si hiciera un esfuerzo de voluntad para no esconderse esta vez. Y de repente le hizo una pregunta que más que formulada cayó como una granada, algo que llevaba mucho tiempo en la boca esperando para estallar.

—¿Por qué me odias, papá?

Gonzalo sintió un calor súbito, un nudo que se formaba en la garganta y que tuvo que digerir tragando saliva. Pensó en lo injusto que es cargar las culpas de algo sobre quien no tiene ninguna responsabilidad, y se sintió pobre y mezquino. Hubiera abrazado a su hijo, lo hubiese estrechado contra las costillas rotas sin emitir un solo gemido de dolor. Pero la costumbre y la vergüenza (qué estupidez frente a quien se quiere) se lo impidieron. Se limitó a estrechar con fuerza el antebrazo delgado de Javier.

—Yo no te odio, Javier, no digas eso.

—Pero tampoco me quieres, ¿verdad?

Ahora, al contemplar los claros y oscuros sobre las hojas de helecho y aspirar el aroma de la hierba recién mojada que rodeaba la palmera, se sentía mal por aquellas palabras incompletas, inexactas y escurridizas, que Javier recibió con un mohín de

incomprensión. Él no le odiaba, ni le había odiado nunca. Era su hijo (lo era, se repitió forzando esa idea), poco importaba si lo había engendrado él o un desconocido en su cama; Javier le pertenecía. En la misma medida que Patricia. Lo había tenido en sus brazos desde bebé, había aprendido a acoplarse a su sueño, a su llanto, a sus noches de fiebre, lo había visto crecer pegado a sus piernas y luego irse alejando lentamente, año tras año, hacia la adolescencia. Y ahora estaba ahí, a punto de traspasar el último umbral, de convertirse en un hombre que pronto volaría solo y que sentía pavor al vacío a pesar de su arrogancia. Debería haberle dicho la verdad. Que le quería, que no importaba cuánto silencio hubiera entre ellos. Que siempre estaría a su lado, hiciera lo que hiciera, pasase lo que pasase. Que era su hijo, y que eso valía más que todas las dudas del mundo.

—¿Tú crees que el abuelo Elías se sentiría orgulloso de ti?

Aquella pregunta, cuando ya casi se estaba marchando, desconcertó a Gonzalo, y se dio cuenta de que algo le pasaba a Javier. Se estaba descoyuntando, y esa metamorfosis solitaria y necesaria le dolía y no sabía cómo escapar de su dolor.

—No lo sé —contestó con sinceridad. Había vivido toda su vida bajo la sombra de aquel fantasma llamado padre, llamado mito, y leyenda. El hijo de un héroe esforzándose por hacer valer su débil luz frente a un Sol que lo abrasaba todo. Como estos helechos que pugnaban penosamente por alcanzar los rayos que las altas hojas de la palmera les hurtaban.

Ahora pensaba de nuevo en la pregunta de su hijo. Y en la respuesta que le había dado, sin pensar.

—El orgullo de un padre es importante hasta que llegan tus propios hijos. Entonces te das cuenta de que lo que importa no es el pasado. No sé si mi padre estaría orgulloso de mí, Javier. Pero sí sé que me gustaría que tú lo estuvieras.

Su hijo movió la cabeza buscando palabras en aquel resquicio que él mismo había abierto. Lo miró con una tristeza profunda, como si lo llamase desde el fondo de un pozo tendiendo las manos para que le ayudase a salir.

—Hay algo que necesito que sepas... Quiero contártelo, sólo que no sé cómo hacerlo.

—Por el principio. Empieza por el principio.

Pero Javier se revolvió contra su propia imprudencia, arrepentido al instante de aquel rapto tan próximo a la sinceridad. El principio era algo confuso, ya no sabía cómo ni cuándo había empezado a dejar de ser lo que quería ser.

—No importa, no es nada...

—Javier...

—De verdad, no es nada... Espero que el pijama sea de tu talla. Lo he elegido yo.

Lo cierto era que el pijama le colgaba por todas partes y que el color marrón oscuro

con un ribete blanco era feo. Pero no se lo hubiera quitado por nada. Había estado tan cerca, que le exasperaba la huida repentina de su hijo. Algo le había asustado, quizá la posibilidad de ser valientes y honestos el uno con el otro. Su hijo se había acercado como un pez delicado que se aproxima curioso a los dedos de un buzo, y que en el último instante algo le hace retroceder a la oscuridad de la que ha surgido.

Pero volvería. Ahora que la puerta ya estaba abierta, volvería.

¿Habían pasado los diez minutos de solaz? Miró su reloj de pulsera. Apenas habían transcurrido cinco. El tiempo se encogía y se alargaba en la mente sin ligazón con el mundo real. Le apetecía tomar un café. Podía esperar a la enfermera o podía tratar de alcanzar la corredera y regresar a la sala de espera, donde estaban las máquinas. Inspiró, contuvo el aire y obligó a su cuerpo dolorido a erguirse. En eso debía de consistir hacerse viejo, pensó, mientras daba pasitos cortos hacia la salida: el cuerpo que se convierte en el enemigo, quejoso, roto, inservible.

Le faltaba dinero. Se dio cuenta frente a la ranura de las monedas. Como cuando era un chiquillo y se quedaba contemplando el puesto de churros del mercado semanal, observando con una especie de envidia maligna los cucuruchos pringosos que los demás se llevaban. Hasta que aparecía Laura y se lo quedaba mirando con esa cara de pena que le hacía entender que no siempre se puede tener lo que se desea. Ni siquiera un cucurucho de churros. O un miserable café de máquina.

—¿Me dejas que te invite? ¿Café solo? —Sin esperar respuesta, el joven que le había hablado introdujo las monedas con rapidez y le sirvió el vasito de plástico. Repitió la operación y Gonzalo se fijó en que apretaba la tecla del té, sin leche.

—¿Qué haces aquí, Siaka? Creía que al no tener noticias mías te habías marchado a París en ese tren.

Gonzalo advirtió un secreto regocijo en la sonrisa del joven.

—No te creas que no he estado tentado de hacerlo, varias veces. Pero me enteré de lo que te había pasado, y me dije que podía esperar un poco más. ¿Pesaba mucho el camión que te pasó por encima?

Gonzalo miró el reloj que colgaba encima de la máquina. Había escuchado a la enfermera decir que volvería en diez minutos. Ya habían pasado ocho.

—He perdido el ordenador, con todos los archivos que guardaba. Cuando Atxaga me atacó perdí el conocimiento, y al despertar aquí el ordenador ya no estaba. No tengo ni idea de quién se lo llevó, ni de lo que hará con la información que contiene.

Siaka lo miró a los ojos sin pestañear.

—¿Abriste el archivo confidencial?

—No tuve tiempo.

Siaka sacó un papel doblado del bolsillo y se lo dio a Gonzalo.

—Éste es el fiscal en el que tu hermana confiaba. Tienes que ir a verle y contarle lo que está pasando.

—¿Tú no harías una copia de seguridad?

Siaka negó rotundamente.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

Para Siaka la respuesta era obvia.

—Tú, salir de aquí y ponerte a buscar ese ordenador. Y yo esconderme hasta que ese fiscal me llame a declarar.

—Debes de estar de broma.

No, no era ninguna broma.

—Tomamos una decisión, Gonzalo. Y yo llevo las mías hasta el final. Tú procura que no te mate ese tío, al menos hasta que se celebre el juicio. —Esbozó una mueca de humor cínico, como si le divirtiera la situación—. Y yo procuraré que no me cace la Matrioshka... Por cierto, deberías pagarte un estilista. Ese pijama es horrible.

El médico se opuso rotundamente a darle el alta. Al menos debía permanecer otra semana en observación. Salir de un coma no era curarse de un resfriado. Pero no hubo manera de hacerle cambiar de opinión. Le hicieron firmar el alta voluntaria, advirtiéndole severamente de que el centro hospitalario eludía cualquier responsabilidad si sobrevenían complicaciones. Gonzalo aceptó con resignación la monserga y recogió sus cosas sin avisar a Lola. Estaba seguro de que el desconcertado cancerbero que vigilaba la puerta avisaría a Alcázar y que éste se lo haría saber inmediatamente a su suegro.

Cuando salió por la puerta del hospital y alzó el brazo para parar un taxi, sintió que el cuerpo era una esponja blanda. Le dolía hasta el alma, pero se las apañó para subirse.

—No puedes hablar en serio.

Pero la actitud de Gonzalo no dejaba lugar a dudas. Tenía que irse de casa, al menos hasta que se resolviera aquel asunto de Atxaga. No quería atraer a aquel maníaco hacia su familia.

—Será poco tiempo. La policía lo está buscando y Alcázar también. Unos u otro darán con él.

Era una excusa inconsistente. La casa se había transformado en un búnker de cámaras de vigilancia y sensores de movimiento por todas partes. Y por si eso no bastaba, los dos hombres que charlaban amistosamente con Patricia junto a la piscina parecían sobradamente capacitados para protegerles. El inspector tenía razón: su suegro se había tomado muy en serio la seguridad de su hija y de sus nietos. La verdad era que necesitaba estar solo para centrarse en la Matrioshka. Había aprendido la lección con Atxaga y no iba a permitir que su investigación los pusiera en riesgo.

Tal vez aquellos gorilas podían parar sin esfuerzo a un alfeñique como Floren Atxaga, pero él iba a tener que vérselas con tipos como Zinóviev o peores. En cuanto se supiera que el fiscal había aceptado presentar ante el juez una reapertura del caso de su hermana, nadie iba a poder parar esa bola.

¿Era ésa la verdadera razón, después de todo? Importante, sí; y fundamental, desde luego, pero no era su única motivación para alejarse de Lola por un tiempo. La conversación interrumpida con Javier le había hecho reflexionar: estaba perdiendo a su familia y no tenía nada que ver con las causas externas en las que se había visto atrapado, sino con esos dieciocho años de silencio acusador. No era capaz de perdonar y tampoco de olvidar, pero no tenía la valentía de tomar una decisión, divorciarse o decidirse a pasar página. Vivir entre esas dos aguas lo estaba ahogando. Tenía que tomar una decisión y no podía posponerla eternamente. Necesitaba alejarse para pensar, experimentar la distancia con Lola, escuchar esa soledad.

Aquella noche hizo una pequeña maleta de viaje con lo indispensable. No era necesario llevar las cosas hasta un punto sin retorno, no todavía. Lola estuvo sentada en la cama todo el tiempo que él tardó en doblar algunas camisas y unas mudas interiores. No mostró intención alguna de detenerle, no hubo reproches ni llantos. La imagen que Gonzalo se llevó de ella fue la de sus pies de uñas pintadas muy juntos, las rodillas abrazadas contra el pecho y su mirada penetrante y acusadora. Cuando él quiso acercarse para besarla, ella apartó la cara con un gesto glacial.

—Hace un mes dijiste que eras otro, que ibas a cuidar de nosotros. Me pediste que te dejase demostrar que podías hacerlo. Y ahora te largas sin más. No lo entiendo.

—Eso es precisamente lo que estoy haciendo, Lola. Cuidar de vosotros.

A Patricia y a Javier les dijo que iba a estar unos días de viaje. Su hija le preguntó mucho, como siempre, y tuvo que inventarse un montón de patrañas sobre la marcha; la chiquilla sólo se medio contentó cuando le prometió traerle algún regalo. Javier le acompañó hasta el coche, cargando con la maleta. Desde la conversación en el hospital tenía otro aire más grave y contenido.

—No es cierto que te marches de viaje, ¿verdad?

—En cierto modo sí, me voy de viaje. Pero no el viaje de costumbre que le he dicho a tu hermana.

Javier asintió, agradeciendo al menos que su padre no le mintiera a él. Era un reconocimiento tácito, y correspondió no pidiéndole explicaciones que, intuyó, no iba a darle.

—¿Cómo acabará todo esto, papá?

Para responder a esa pregunta no bastaba un esbozo, una frase al uso o una respuesta despachada a la ligera. La expresión apesadumbrada de su hijo no merecía algo así. Hubiera tenido que sentarse con él en el porche, tomarse juntos unas cervezas y fumar un pitillo con ese aire cómplice de estar vulnerando las reglas de

Lola. Explicarlo todo cuando ni siquiera Gonzalo tenía claro qué explicar. ¿Qué era todo? ¿Cuándo comenzaba? ¿En el lago? ¿En la memoria de su padre? ¿En Laura? ¿En esa escena de infidelidad de la que él, su hijo, era el resultado?

—No lo sé, Javier. —Ésa era toda la sinceridad que podía permitirse—. Pero de un modo u otro, acabará.

Javier se sintió extraño en el abrazo de su padre, un poco incómodo, quizá al notar también la torpeza de Gonzalo. Les faltaba la costumbre. Su padre quería abrazarlo como a un hombre, como a un igual. Pero él prefería todavía esa calidez que le regalaba a Patricia. Se quedó en la puerta del garaje contemplando las luces rojas del coche hasta que se perdió en la curva del final de la calle. Durante unos segundos aún oyó el sonido del motor y luego volvió el silencio, roto por el ladrido histérico de un perro. Su padre tenía razón. Todo acaba, de un modo u otro.

El despacho del fiscal tenía una solemnidad sombría, un poco triste, laboriosa como su inquilino, que escuchaba a Gonzalo con aspecto concentrado y exquisita educación, utilizando la mímica de las expresiones para demostrarle su solidaridad. De fondo se escuchaba un aria de su compositor preferido, Rossini. Cuando Gonzalo terminó de exponer lo que le había llevado hasta allí, el fiscal bajó el volumen del reproductor de música.

—Lo que acaba de contarme tiene una importancia capital —musitó, como podría haberlo hecho un cartujo que viviera en clausura y que sólo tuviera referencias del exterior de tanto en tanto. Su atención se había concentrado en un pequeño calendario plegable en una esquina del escritorio. Cada mes estaba ilustrado con una lámina. La que el fiscal tenía delante simulaba la vista de un jardín desde una balaustrada de piedra tallada de forma barroca. El cielo se desgajaba en colores amarillos y azules, por encima de los tejados. Entraban ganas de contemplar el crepúsculo vaciando la mente de preocupaciones y sentirse como una materia durmiente flotando en formol. Tal vez por eso el fiscal no había cambiado de mes en el calendario y seguía teniendo a la vista la lámina de junio.

—Laura detestaba profundamente a esa gente, tanto como yo —añadió.

Gonzalo observó con atención al fiscal. Su rostro empezaba a parecerse a un cuchillo afilado. No debía de dormir lo suficiente y probablemente estaba descuidando su alimentación. Gonzalo se preguntó si estaría tomando algún tipo de ansiolítico. O tal vez sólo se refugiaba en el trabajo a todas horas, para no tener que pensar, como hacía él.

—¿Y qué va a hacer al respecto? —preguntó con una vehemencia excesiva que hizo alzar una ceja al fiscal, con una expresión que se balanceaba entre la compasión y el disgusto. Algo en sus gestos delataba un conflicto de naturaleza desconocida para Gonzalo. Con la música de Rossini de fondo, el fiscal le pareció uno de esos santos

cuyos cuadros y tapices religiosos adornaban las paredes del internado donde estudió siendo crío. Esos santos de rostro atribulado, nunca feliz, que se debatían entre la fe, la creencia y la miserable imposibilidad de vivir santamente rodeados por la evidencia del mal. Esos mártires inservibles de carnes entecas cuyo sacrificio místico no servía más que para inspirar temor, una cierta repulsa y ganas de salir corriendo.

—¿Qué espera exactamente que haga, abogado? —preguntó, mirándole con unos ojos serenos, bellos, pero tristes.

—Esto significa que Laura no asesinó a Zinóviev —anotó Gonzalo.

El fiscal abrió las manos, dándole a entender que esa posibilidad debería haberle hecho sentirse mejor. Pero sólo le causaba un poco más de turbación.

—Y ese testigo de su hermana ha contactado con usted y estaría dispuesto a declarar contra la Matrioshka... ¿Me equivoco?

Gonzalo asintió. No de manera consciente, pero la afirmación del fiscal vino a confirmar que de alguna manera ya había tomado una determinación.

—¿Y por qué tengo la obscena impresión de que estoy siendo utilizado de un modo que no comprendo y para algo que no sé?

—No entiendo. Usted es funcionario del ministerio de Justicia, su obligación es intervenir.

El fiscal se envaró de repente, mirando a Gonzalo con una sombra de reprobación. Ni siquiera en aquella circunstancia perdió el dominio de sí mismo. Gonzalo pudo advertir en todo su apogeo al hombre culto y distinguido que era, su naturaleza sin ostentación, con ese sordo eco de melancolía y un orgullo de clase que le permitía evaluar, como mejor le pareciera, lo que Gonzalo acababa de contarle.

—Mi obligación, abogado, es encontrar el camino menos torticero entre la verdad y la apariencia. Poner en marcha el mecanismo de la justicia para atrapar a esa gente no será sencillo. Usted ya lo intuye, y como le dije a su hermana, a quien llegué a apreciar personalmente mucho, en derecho no basta con la verdad. Hay que probarla, demostrar su solidez contra aquellos que tratarán por todos los medios de desvirtuarla. Usarán todos los recursos de la ley, y no son pocos. Podrá usted pensar si quiere que soy timorato, que me asusta el reto, pero lo que ocurre es que yo participo en este juego porque creo en sus reglas. Pretende que muerda lo que quizá no podré digerir, y estoy dispuesto a hacerlo... Con pruebas concluyentes. Tráigame esos archivos de los que habla, sustente su acusación con una base jurídica sólida y le escucharé. No voy a dejar que destrocen mi carrera ni que acosen a mi familia si no estoy seguro de que valdrá la pena. Cuando usted me muestre que tengo base para enfrentarme a la legión de abogados que se me vendrá encima, a mí y al juez de instrucción, no lo dude, lo haré. Entretanto, buenos días.

Gonzalo abandonó el despacho con la impresión de que se había comportado como un necio, insultando con sus dudas a un hombre bueno. Todo el mundo

esperaba algo de él. Pero nadie le había preguntado si se sentía capaz de soportar ese peso, se lo habían echado sobre los hombros sin más.

Tenía que dar con el ordenador o todo el trabajo de Laura se convertiría en mera especulación.

Cuando dos horas después entró con aire fatigado en su propio despacho, Luisa lo recibió como si hubiera visto a un fantasma. Saltó de detrás de su mesa para cogerle la muleta de la que Gonzalo aún necesitaba valerse y le dio un abrazo que le hizo castañetear los dientes de dolor.

—Tú, como los músicos del *Titanic*, ¿no es cierto?

—No te entiendo.

Luisa abarcó con los brazos el despacho. Ni un papel sobre la mesa, ni un timbrado de teléfono. Un silencio total y un orden meticuloso que delataba el exceso de tiempo de su ayudante, que se había entretenido ordenando el caos de ocho años de actividad. Se acabó, decían aquellos brazos.

—Has vuelto para hundirte con el barco. ¿Cuál va a ser nuestra última melodía?

—Que se jodan —dijo Gonzalo a modo de absurdo desagravio.

—No la conozco, pero suena bien.

Gonzalo se dejó caer en su silla y examinó con aire circunspecto aquel orden, que era la antesala del cierre. Pensó que ya había perdido, incluso antes de empezar realmente a pelear. Habían bastado unas palabras dichas de manera instintiva, un desafío temerario a su suegro para que el viejo pusiera en marcha el engranaje que iba a asfixiarlo. Nadie iba a contratarle en aquella ciudad. Y lo curioso del caso era que no le importaba realmente. Más allá de la confusión y de la ansiedad que le causaba el presente, estaba convencido de que saldría adelante. No sabía cómo, ni cuándo, ni qué tendría que dejar atrás, pero lo iba a conseguir.

—¿Conseguir qué? Hablas como el rey de las mareas.

Gonzalo se sonrojó al darse cuenta de que había estado poniéndole voz a su inquietud.

Luisa dejó dos sobres encima de la mesa.

—El de la derecha es el dossier sobre Alcázar que me pediste. Lo que puede saberse, ahí lo tienes. Carrera, ascensos, detenciones por malos tratos... Desde que ingresó en la Policía Armada en 1965 su carrera ha sido meteórica. En parte auspiciada por su padre, Ramón Alcázar Suñer. ¿No te suena ese nombre?

—¿Debería?

—Es de Mieres. ¿No es ése el pueblo de tu padre? Más o menos son de la misma quinta, y teniendo en cuenta que Mieres no es Calcuta, es probable que se conocieran.

Gonzalo jamás había oído ese nombre. Según el detallado expediente de Luisa, el padre de Alcázar fue un alto gerifalte de la policía política de Franco hasta que se

jubiló en 1966 con el cargo de comisario. Sus métodos eran conocidos por su brutalidad y su falta de escrúpulos, lo que le daba unos resultados muy positivos, gracias a los que era muy valorado por las autoridades de la época.

—Agárrate, que vienen curvas. El tal Ramón estaba muy bien conectado con uno de los ministros de Franco, el de Justicia en el año 63. ¿Adivinas quién era? Fulgencio Arras...

—Coño, el abuelo de Lola.

—Eso es, el padre de tu suegro. Agustín y Ramón se frecuentaban. La relación entre la familia de tu suegro y la del inspector Alcázar viene de esos años. Bajo mano, ese inspector ha estado haciendo (y cobrando) todo tipo de trabajos para el viejo.

—¿Un policía corrupto?

—Eso depende de si tú consideras a tu suegro un abogado corrupto —dijo Luisa, torciendo el gesto con picardía—: todo lo que sale en ese expediente es legal.

Gonzalo intuyó la segunda parte de la afirmación.

—¿Y qué hay de lo que no sale?

—Habladurías, chismorreos, leyendas. El inspector es tan admirado por unos como odiado por otros. En su juventud tenía fama de ser tan duro como su padre, supongo que el cachorro quería estar a la altura. Palizas a detenidos, torturas, casos que se cerraron forzando confesiones y manipulando pruebas. Otros dicen que no era muy distinto a cualquier otro en esa época, incluso que tuvo fuertes enfrentamientos y problemas disciplinarios por tratar de parar ese tipo de prácticas. Algo cambió en 1972, conoció a una prostituta, Cecilia no sé qué, se casó con ella y parece ser que operó un cambio importante en el carácter del inspector. Pero en 1983 murió de cáncer. Desde entonces, corría el rumor de que Alcázar cobraba sobornos por hacer la vista gorda... Hay quien dice que se ha montado un buen colchón y que ahora que se ha jubilado va a vivir a lo grande. Pero otros agentes me han contado que su trabajo en la unidad especial de la que formaba parte tu hermana fue modélico. Decenas de detenciones, muchas operaciones llevadas a cabo con éxito y un más que merecido respeto... Entre sus investigaciones destacadas está la que llevó a cabo en 1968 sobre la desaparición de tu padre. Deberías echarle un vistazo: es detallada, para nada superficial, y muy profesional. No sé qué clase de policía era, pero se tomó muy en serio el asunto. En definitiva, se trata de un personaje, me parece, de luces y sombras.

«¿Y quién no?», se preguntó Gonzalo observando una fotografía tipo DNI del inspector, cuando todavía era joven pero ya mostraba una galopante alopecia y el inicio de su consolidado mostacho. La mirada inteligente, con un punto de socarronería, como si no se tomara muy en serio a sí mismo.

—¿Algo más?

—Vive en un pequeño apartamento en el centro del barrio chino, tiene un perro

ciego que se llama *Lukas*, suele ir al videoclub un par de veces a la semana (aburrido, nada de porno, sólo pelis del Oeste), le gusta la pesca en la escollera y sus vecinos dicen que pone la música demasiado alta; al parecer le gustan los boleros. El tipo del supermercado que hay debajo de su casa dice que no compra demasiadas bebidas, y no se le conocen vicios, lo cual no significa, desde luego, que no los tenga. A lo mejor son las colecciones de chapas —rio Luisa.

A lo mejor, pero a Gonzalo le dio que no era ésa la clase de aficiones que atraería a alguien como Alcázar. Cerró la carpeta y se concentró en el sobre de la izquierda. Miró a Luisa y ésta asintió.

—La cinta de seguridad que me pediste del día que te agredieron. No te voy a explicar lo que he tenido que hacer para conseguirla, pero me debes una.

—¿La has visto ya?

Luisa negó parapeándose tras los brazos cruzados.

—No me van los espectáculos *gore*.

A Gonzalo no le hacía tampoco ninguna gracia volver a vivir lo sucedido en el aparcamiento. Pero en esa cinta tenía que haber quedado grabado lo que había pasado con el ordenador.

Las cintas digitalizadas eran un jeroglífico. Casi le resultaba más sencillo desentrañar la escritura demótica de la piedra de Rosetta que entender cómo funcionaba el maldito reproductor. De modo que tuvo que pedirle ayuda a Luisa. Con la paciencia de los jóvenes que deben enseñar a sus mayores, su ayudante le explicó cómo poner en marcha la grabación, cómo acelerar o retardar la imagen con la rueda de proyección, cómo detenerla y cómo obtener impresiones de imágenes.

La agresión de Atxaga había sido muy rápida. Su atacante había llegado diez minutos antes, había bajado andando por la rampa del aparcamiento y había ido comprobando las matrículas y los modelos hasta dar con el suyo. En ese momento, calculó Gonzalo, él había terminado ya la reunión con Agustín, había pasado por su despacho y debía de estar hablando con Luisa sobre la vecina del apartamento contiguo. Luego había bajado por el ascensor.

A continuación aparecía en el encuadre el propio Gonzalo. Se contempló a sí mismo con una cierta compasión, como quien ha visto una película anteriormente y sabe que en esa escena el protagonista las va a pasar canutas. Un pobre hombre con aspecto de oficinista cansado, meditabundo, agobiado por los quehaceres diarios. Arrastraba los pies con los hombros caídos, como si la bolsa del ordenador que golpeaba contra el muslo cargase un yunque.

Atxaga apareció por detrás, le dijo algo, Gonzalo se volvió y el marido maltratador le asestó un golpe con algo que llevaba en la mano derecha. Después de repasar la cinta atentamente contó no menos de doce golpes, patadas y puñetazos en

menos de un minuto, amén de apuñalarlo repetidamente. A Gonzalo se le revolvió el estómago al revivir aquello. La escena sin sonido resultaba mucho más terrible y violenta. Él estaba tirado en el suelo, entre las ruedas del todoterreno y Atxaga le golpeaba con una rabia demencial, como si hubiese estado acumulando pacientemente todo aquel odio en la cárcel y ahora lo descargase a borbotones. ¿Cuánto se puede tardar en matar a un ser humano corpulento a golpes? Un segundo, horas. El tiempo no pasa, se queda estático. Lo más angustiante de aquella secuencia era la indefensión, el ensañamiento, esa impresión de asco y angustia que sentía en los documentales donde las hienas se abalanzaban sobre la presa malherida para destrozarla sin compasión.

La violencia, en cualquiera de sus formas, sumía a Gonzalo en un estado de pánico que lo paralizaba. Alcázar le había dicho en el hospital que la intención de Atxaga era, ni más ni menos, asesinarlo. A juzgar por la tremenda paliza resultaba obvio, y lo habría conseguido de no ser por los focos del coche que estaba aparcado justo en la plaza de enfrente y que de repente se encendieron y empezaron a emitir ráfagas con un parpadeo histérico. Aunque no podía escuchar el sonido, Gonzalo dedujo que el ocupante también utilizó el claxon para pedir auxilio. Por suerte, la combinación de ambos surgió efecto y Atxaga huyó.

Y entonces salió una mujer de aquel coche y corrió a auxiliarlo.

Luisa y Gonzalo se miraron con incredulidad.

—¿Ésa no es la pelirroja del balcón de al lado, la fotógrafa?

Era ella. Tania. El rostro en la imagen congelada era un muro de piedra y la mirada de Gonzalo resbalaba sobre ella como la sombra del sol al ponerse. No la alteraba, sólo la hacía cambiar de color.

La bombilla roja del cuarto oscuro parpadeó un par de veces. Eso significaba que estaban llamando a la puerta. Tania se lavó las manos en la pileta y echó un vistazo rápido a la última serie de fotografías que se estaban revelando. Tendría que esperar unos minutos para poder verlas con nitidez. Salió del cuarto y se encontró a su madre.

—Tenemos que hablar. —Anna Ajmátova sólo hablaba en ruso cuando algo le preocupaba seriamente. Tania la escuchó, sorprendida, y tardó unas décimas de segundo en volver al campo semántico de su infancia.

—¿Qué ocurre? —preguntó en la misma lengua, que le sonó extraña y oxidada.

Anna Ajmátova se alisó con calma los pliegues de la falda, observando el desorden en el pequeño cuarto de su hija. Se preguntó qué había hecho mal para que Tania no se planteara, siquiera, vaciar de vez en cuando los ceniceros que había por todas partes.

—Gonzalo Gil.

Tania sintió un pinchazo en el estómago, pero supo disimularlo.

—No sé de qué me hablas —respondió, sin inmutarse.

Anna no la creyó. Las palabras tenían una consistencia en el momento de ser dichas, pero perdían densidad después, y cuanto más se alejaban del momento en que fueron pronunciadas más gaseosas se volvían. Lanzó un suspiro exasperado.

—¿Qué pretendes acercándote a él? Teníamos un acuerdo. Me lo prometiste.

Tania sintió un suave zumbido en la nuca. Eran las alas de su mariposa tatuada. Querían salir volando.

—Te digo que no sé de qué me hablas, mamá.

La anciana miró de reojo a Tania, que fumaba junto a las obras escogidas de Gorki. Ya había desistido hacía mucho de convencer a su hija de que, puesto que no podía dejar aquel vicio pernicioso, no lo hiciera al menos cerca de sus queridos libros. Se preguntaba a menudo qué pensaría de ella Martin, aquel inglés pelirrojo y asustadizo como un pájaro enjaulado. Ninguno de ellos habría imaginado la única vez que estuvieron juntos en una cama que podrían traer al mundo a alguien tan vivo y tan hermoso.

—Te rogué que no te acercaras a él. ¿Por qué eres tan testaruda?

Tania comprendió que no tenía sentido seguir mintiendo.

—Si yo no hubiese estado allí, ese hombre lo habría matado a golpes.

La anciana se quitó sus gafas de carey y las limpió con un paño. Siguió mirando los cristales aun después de que éstos quedaran impolutos, sin decidirse a disfrazar con ellos sus ojillos enterrados en gruesos pliegues.

—La cuestión es que ese hombre ya tiene una vida, y es la suya. Y ni tú ni yo tenemos derecho a inmiscuirnos en ella.

—Vive engañado.

—No. Hace mucho decidió olvidar, y tiene todo el derecho a hacerlo. Ojalá Laura hubiera hecho otro tanto.

Tania expiró con fuerza el humo del cigarrillo, buscó con la mirada un cenicero y al no encontrarlo utilizó el cuenco de la mano para verter la ceniza. Pensó fugazmente en las fotografías que se estaban revelando. Ya debían de tener su forma nítida, desvelando todos sus secretos.

—¿Cómo te has enterado de que lo he visto?

La anciana no contestó. Se quedó mirando a su hija con un gesto de ensimismamiento que le arrugaba los labios y le agrietaba el carmín. Pensó en Alcázar, que la había abordado en la calle apenas hacía una hora y la había saludado con naturalidad, como si fueran amigos íntimos y no hubieran pasado treinta y cinco años desde la última vez que se vieron. La había invitado a dar un paseo por el barrio, le había contado anécdotas de sus calles, como si estuvieran de turismo, y de repente se había detenido y la había mirado con aquellos ojos que Anna casi había logrado olvidar después de tantos años. Y entonces le habló de la cinta, y lo que significaba

que su hija apareciera en ella. ¿Lo comprendía? ¿Comprendía la insensatez que había cometido esa irresponsable?

Sí, Anna lo comprendía perfectamente, pero la ingenua de su hija no.

—No tienes ni idea de lo que acabas de despertar, Tania.

Moscú, enero de 1934

Vasili Arsénievich Velichko asintió en silencio, moviendo la cabeza como si alguien pudiese verle y colgó lentamente el teléfono. Durante unos segundos se quedó con la mano sobre la horquilla del auricular, pensativo. Desde la ventana de su pequeño despacho en la nave 22, podía contemplar cada mañana las obras del gran canal que se estaba construyendo para unir los ríos Volga y Moscova. Aquel proyecto le fascinaba como ingeniero, pero sobre todo le estimulaba como miembro del Partido y como moscovita. Realmente, aquel ingenio que estaba destinado a abastecer de agua a la ciudad y dar salida a los cinco mares era una obra digna de los tiempos de los faraones. «Resulta terrible y asombroso lo que pueden hacer los hombres», pensó, mientras se disponía a escribir su artículo diario para el periódico de la Osoaviajim, *En Guardia*.

Le costaba concentrarse lo suficiente para estar a la altura de lo que se esperaba de él. Las preocupaciones de los últimos días no le dejaban dormir y todavía no se había acostumbrado a este nuevo puesto en Túshino. Era cierto que debía sentirse agradecido, formar parte del cuerpo de instructores de la Escuela, encargarse de la formación intelectual y política de los futuros aviadores era un cargo que a los veinte años muchos ni siquiera se hubiesen atrevido a soñar. Pero él añoraba su apartamento cerca de la fortaleza del Kremlin. Por mucho que se hubiese esforzado en decorar el despacho con sus libros y algunos cuadros traídos de su anterior destino, seguía pareciéndole que el recinto de naves del aeródromo era deprimente, sobre todo cuando el sol tardaba en salir y la niebla se estancaba en la desembocadura del río.

Si además llovía como hoy, los rieles de las vagonetas en la orilla opuesta se le antojaban sombras fantasmagóricas, el sonido de las factorías y los aserradores le taladraba el cerebro, y los pitidos de las gabarras entre la niebla le traían la imagen de las embarcaciones que surcaban el averno. En ese estado de ánimo le resultaba imposible glosar las virtudes del plan quinquenal o referirse con un mínimo de credibilidad a los méritos de los miembros del Comité Central que lo habían impulsado.

Velichko sonrió con cansancio al imaginar lo que le diría su madre si pudiera escuchar sus pensamientos. «Debes de ser el único idiota que todavía se cree lo que escribe». Tal vez lo era, se dijo con un punto de presunción. Él creía y confiaba en Stalin. Sólo le había visto una vez, en el discurso de clausura de los actos del día del Trabajador del año anterior. No le había parecido un orador brillante, desde luego, sino más bien un hombre compacto, de aspecto rudo. Y aun así, había logrado

enardecer a los presentes con su sola determinación. Sin embargo, no todos estaban a su altura. Corrían muchas historias poco halagüeñas sobre miembros del Partido, purgas y luchas de poder, una guerra sucia sin cuartel donde la frontera entre los amigos y los enemigos era muy difusa. Había que andarse con mil ojos para no pisar en falso.

Intentó dejar de pensar en cosas que bordeaban directamente la insensatez. Necesitaba convencerse de las bondades de lo que estaban haciendo desde el Partido: cambiar aquel enorme país para siempre. Pero sobre su cabeza gravitaba la llamada de teléfono que acababa de recibir. No sabía qué hacer; en su interior luchaban sus convicciones y la necesidad de prudencia, la valentía de un joven idealista y la autocensura de un funcionario que aspiraba a progresar en una carrera que se auguraba brillante si no cometía locuras.

Finalmente, sabiendo que no habría marcha atrás, escribió dos palabras: *Óstrov Smerti*. Sintió inmediatamente la tentación de arrugar el papel, mejor aún, de quemarlo para que nadie pudiera siquiera sospechar que había escrito algo semejante. Pero lo que hizo fue guardarlo en el cajón junto a su paquete de cigarrillos, los tampones de idoneidad para los reclutas y su revólver de dotación. A continuación, se puso con parsimonia la guerrera y comprobó que las insignias de los Paracaidistas de Voroshílov y la de Tirador de 1.^a clase lucían con el lustre adecuado en la pechera. Antes de salir del despacho no olvidó guardar en el bolsillo sus lentes redondas. Su madre le decía que aquellas gafas le aniñaban la expresión. Un instructor de la Osoaviajim que aspirase a más no podía dar esa impresión. Necesitaba inspirar el temor de predador que había visto en los pasillos del Comité Central, y durante un tiempo incluso había probado a dejarse bigote, pero le faltaban canas y apostura para lucirlo con sobriedad. Todo requería su tiempo.

Había dejado de llover pero eso no era necesariamente una buena noticia. El cielo se estaba despejando con rapidez, lo cual significaba que no tardaría en caer la temperatura varios grados. Probablemente antes de anoecer empezaría a nevar y las carreteras se harían impracticables. Luego esa nieve se convertiría en una dura capa de hielo sucio que lo dejaría todo en suspenso. Velichko detestaba la quietud del paisaje cuando se quedaba petrificado, los carámbanos colgando de los voladizos, los árboles tiritando, el vaho de las respiraciones a lo lejos y el crujido del hielo bajo los zapatos o las ruedas. Se alzó el cuello del tabardo y cruzó con paso decidido la pista del aeródromo, dejando a la derecha las naves dedicadas a las diferentes disciplinas que se impartían en la Escuela.

Algunos reclutas saltaban desde una torreta de madera simulando un lanzamiento desde el aire y ensayando la posición de aterrizaje. Detrás de la valla perimetral de pruebas de los planeadores, un par de instructores enseñaba a un nutrido grupo de alumnos a desmontar un rotor. No era algo infrecuente que entre los aspirantes a

mecánicos y técnicos hubiese mujeres, como tampoco lo era verlas entre los aspirantes a piloto o paracaidista. «Eso es lo que queremos, —pensó Velichko, encendiendo el enésimo pitillo de la mañana—: una sociedad más justa, más igualitaria. Para eso hicimos la revolución».

Casi pudo escuchar la risotada sin dientes de su madre: «La gente se muere de hambre por culpa del plan quinquenal, pero tú fumas cigarrillos ingleses. Menudo revolucionario». Velichko quería mucho a su madre, era una buena mujer, pero no comprendía el trabajo que él estaba haciendo, la necesidad de identificar y exterminar a los enemigos del pueblo. El cáncer tenía muchas formas, sabotadores trotskistas, terratenientes, *kulaks*, viejos y nuevos camaradas que saboteaban los planes del Comité alejándose de la ortodoxia en beneficio propio. Resultaba agotador, y a veces Velichko dudaba, preguntándose si la represión y el terror que se vivía en el país eran necesarios, un signo de fortaleza como había proclamado Stalin, o más bien un síntoma de debilidad; la purificación de la sociedad se estaba convirtiendo en una orgía. Pero en cualquier caso estaban cambiando la historia y serían las generaciones venideras las que habrían de juzgarles. A fin de cuentas, él era un simple instructor político.

Encima de la garita que daba acceso al complejo industrial donde se fabricaban los aeroplanos había una gruesa placa de cemento con la insignia de la Osoaviajim. La estrella roja y sobre ella una hélice y un fusil que formaban un aspa. El complejo de naves era enorme, se dividía en varias secciones de fabricación y de almacenamiento, hornos y puerto propio de carga. La actividad era febril. Se dirigió a la sección de planeadores. Allí encontró sin dificultad un callejón con muelles de carga donde grandes camiones maniobraban para descargar gruesas barras de acero. A la derecha, una escalera descendía hacia una planta inferior donde se encontraba una vieja escuela de formación y oficinas cerradas desde hacía mucho tiempo. No tuvo más que empujar levemente para que la puerta cediera.

Apenas se vislumbraba el mobiliario almacenado al fondo de un largo pasillo, pilas de mesas, sillas y armarios archivadores. Las ventanas estaban demasiado altas y eran muy estrechas, apenas unos pocos tragaluces para que pudiera verse con nitidez allí. Olía a fermento de excrementos, a orines, y entre los restos de basura y bajo los tablones tirados en el suelo de losas rotas aparecían y desaparecían con inquietante rapidez las ratas. Era absurdo y jamás lo habría reconocido en público, pero Velichko sentía pavor ante aquellos bichos desde que siendo niño se había despertado con un dolor intenso en la oreja para comprobar que una rata enorme se la estaba comiendo, literalmente.

Por ensalmo advirtió el resplandor de un hachón al fondo.

—Por aquí, instructor Velichko.

La voz familiar del subalterno Srólov lo tranquilizó. Srólov era un buen hombre,

un *koljosiano* que guardaba en un bolsillo un librito de estampas de santos y entre sus páginas un manoseado retrato de Stalin, lo que resultaba un tanto contradictorio. Srólov era leal como pueden serlo los perros vagabundos si se les muestra un poco de cariño. Velichko no era duro con él, no lo insultaba y solía invitarle de tanto en tanto a compartir confidencias con uno de sus cigarrillos y un café de por medio. Gracias a esos detalles, aquel hombretón de avanzada edad le había llamado antes que a nadie, consciente de la gravedad del asunto que se traían entre manos.

—¿Dónde está?

El subalterno señaló con el hachón la pequeña contrapuerta de hierro que descendía a un nivel inferior.

—Me ha parecido más seguro ocultarlo en los túneles que van al sistema de desagües.

Velichko asintió. Había sido una buena idea. Bajaron unos escalones metálicos y entraron en un túnel abovedado. Costaba mantenerse erguido y continuamente debían agachar la cabeza para no golpearse con las ramificaciones de tuberías. Por encima del revestimiento de ladrillos enmohecidos el suelo temblaba. Estaban justo debajo de los muelles de carga. Aquel túnel se bifurcaba cada diez metros a izquierda y derecha formando un laberinto de galerías más pequeñas. Sin la luz del hachón y a menos que se conociera bien aquel lugar, resultaba fácil perderse. Debía de hacer años que nadie bajaba allí.

Finalmente el subalterno se detuvo en uno de esos cruces, dudó un instante y viró a la derecha.

—¿Adónde coño vamos? —le preguntó Velichko a las posaderas que iban delante de él.

—Ya casi estamos.

El estrecho pasadizo desembocaba en una especie de cueva que parecía haberse quedado a medio cavar. Las paredes y el techo apenas estaban apuntalados con troncos que no parecían muy firmes, el suelo era arcilloso y supuraba humedad. Velichko le cogió el hachón al subalterno y giró sobre sí mismo iluminando la cavidad hasta que se detuvo en un abultamiento pegado a la pared. Parecían un montón de harapos apelmazados por la suciedad. De no ser por el leve movimiento al respirar y por un repentino ataque de tos, nadie hubiese reconocido debajo de esas ropas a un ser humano.

—¿Es él? —preguntó con una mezcla de asombro y disgusto.

Srólov asintió y para corroborarlo retiró la manta raída.

Un hombre, si aquel amasijo de huesos y pellejos podía tener aún esa consideración, se recogió sobre sí mismo temblando y susurrando algo ininteligible.

—¿Qué dice?

El subalterno se encogió de hombros.

—No lo sé. Balbucea, creo que desvaría. Lo he registrado pero no lleva ninguna documentación. Sólo he encontrado esto. Ha intentado morderme cuando se lo he quitado y he tenido que golpearle.

Le tendió a Velichko un diminuto medallón cerrado. Parecía de mala calidad, sin ningún valor. Lo abrió y encontró una fotografía de una mujer joven con una niña muy pequeña. La mujer tenía el porte de aristócrata rural, ese aire que Velichko detestaba en los *kulaks*, los antiguos propietarios agrícolas. Arrogante y dura, esa gente costaba de vencer. Podría decirse que era guapa, los ojos grises, el pelo recio y oscuro recogido en un moño alto que dejaba desnudas sus orejas y el rostro simétrico, encajado en el cuello de blonda de la camisa. La niña era hija de su madre, de eso no cabía duda. Una miniatura de la mujer, con la misma expresión atenta y firme.

—Tal vez sea su familia.

El subalterno no parecía muy convencido.

—Probablemente lo haya robado.

Velichko le dio la vuelta al medallón. Había unas letras grabadas toscamente en la superficie con una navaja. «Irina». Contempló con extrañeza al hombre, que gimió desde la oscuridad y se movió como las ratas que tanto disgustaban al instructor. Una rata enorme, pestilente y gris. Velichko se guardó el medallón.

—¿Y cómo lo has encontrado? —le preguntó a Srólov.

El subalterno desvió la mirada hacia la salida, completamente a oscuras. De repente dudaba, como si se arrepintiera de haber llevado hasta allí a su jefe, o como si no hubiese calculado que éste querría preguntarle algo tan obvio.

—Hace años trabajé en la sección de planeadores. Sabía desde entonces que estas oficinas ya no se usan y que arriba se acumula mucha madera y muebles viejos. Nadie se preocupa de ello, así que pensé que podía ir cortando esa madera poco a poco e ir sacándola. Usted sabe que el carbón se ha puesto por las nubes y uno tiene que alimentar las estufas.

—Has estado robando material del Estado, pero eso ahora no me interesa. Ve al grano.

La frialdad de Velichko desconcertó a Srólov.

—Vi a alguien esconderse, al principio pensé que era un perro, le tiré una piedra y le oí quejarse. Entonces me di cuenta de que era una persona. Lo primero que se me ocurrió fue que se trataba de uno de esos mendigos que no tienen el pasaporte interior. Intenté atraparle pero logró escabullirse, y lo perseguí hasta aquí.

—¿Y cómo sabes que es un deportado huido?

Srólov adivinó la posibilidad de redimirse ante su jefe. Se inclinó sobre el hombre, que protestó débilmente, y rasgó los jirones que le quedaban de camisa. Le pidió a su superior que acercara el hachón. En el pecho tenía grabadas dos palabras: *Óstrov Smerti*.

Velichko observó con los ojos muy abiertos aquel despojo humano.

«Buscad y encontraréis», decía el Evangelio. Él había encontrado sin necesidad de buscar. Pero eso, lejos de alegrarle, le inquietaba. Si lo que suponía era cierto, si aquel hombre venía de la isla de Názino y conseguía mantenerle con vida para que hablase, el futuro de Velichko cambiaría en un sentido u otro, de manera irreversible. Desde finales de mayo del año anterior venía recabando un sinfín de testimonios parciales, comentarios sin fundamento, chismes entre la milicia de lo que había sucedido en las profundidades de Siberia occidental, cerca de la confluencia del río Obi con el Nazina. Un holocausto nauseabundo con más de cuatro mil muertos en sólo tres meses. Hasta este preciso instante no había tenido la ocasión de corroborar con pruebas sus sospechas de que lo que se decía era cierto.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Srólov—. Lo reglamentario sería entregarlo a la OGPU, es un fugitivo.

Velichko hizo un gesto con la mano para que le dejara pensar. Sabía de sobra cuál era el protocolo, no necesitaba que se lo recordasen. La cuestión era si estaba dispuesto a enfrentarse al poderoso jefe de la policía política, Guénrij Yagoda, y al de la GULAG, Matvéi Berman. Ellos eran los responsables de los llamados «asentamientos especiales», un ambicioso plan de deportaciones con la finalidad de trasladar a más de dos millones de personas hacia las zonas deshabitadas de Siberia y Kazajistán. Según le habían contado ambos a Stalin, la idea era convertir más de un millón de hectáreas de terreno baldío en productivo en un período no superior a los dos años. Un plan demasiado ambicioso para cubrir las necesidades de mano de obra con simples campesinos o con enemigos del pueblo.

Primero se había recurrido a vaciar las cárceles de presos comunes, pero con eso tampoco había sido suficiente. El plan quinquenal estaba causando la hambruna en el campo y los campesinos emigraban en masa a las grandes ciudades. Para impedirlo, Yagoda y Berman habían creado los pasaportes internos. Cualquier persona que no estuviera empadronada en las ciudades no podía obtenerlo, y sin ese documento no tenían derecho a permanecer en la ciudad y podían ser deportados inmediatamente. Y así se había desatado una auténtica pesadilla. Azuzados por sus superiores, los policías hacían redadas indiscriminadas, tendían sus redes como pescadores sin mientes, arrastrando todo a su paso.

Se hablaba de errores monumentales; Velichko había podido documentar ya algunos: una anciana llamada Gúseva, de Múrom, cuyo marido era un comunista de la vieja guardia, jefe de estación durante veintitrés años, había acudido a Moscú a comprar algo de pan blanco y la policía la había detenido por no llevar encima su documentación. Había desaparecido, y pese a los reclamos de su marido, apenas había obtenido respuestas confusas y excusas de las autoridades. Otro caso que había llegado a manos del instructor era el del joven Novozhílov. Operario de una fábrica

de compresores, premiado en numerosas ocasiones por su productividad, miembro del comité laboral, había sido deportado sin más. Según le había contado su esposa a Velichko, lo único que había hecho fue bajar a fumar un pitillo mientras la esperaba para ir al cine. Cuando le interceptó una pareja de guardias ni siquiera le permitieron subir a buscar la documentación... La lista era interminable, y todas aquellas horribles historias tenían el mismo final, un lugar que según le habían dicho las autoridades competentes no existía. La isla de Názino.

Quizá aquel hombre con la carne descosida de los huesos y al borde del paroxismo pudiera servirle. Si es que no había perdido el juicio por completo.

—Busca un refugio seguro donde esconderlo, y que lo vea un médico de confianza. No quiero que nadie más sepa de su existencia por ahora, al menos hasta que se recupere para hablar.

El subalterno movió su pesada cabeza como un buey.

—No estoy seguro de que sea lo correcto. Deberíamos entregarle.

Velichko alzó el hachón y lo fulminó. Sus ojos, verdes y vivaces, no permitían una sombra de duda.

—Haz lo que te digo, o serás tú quien suba a una de esas gabarras rumbo a Siberia. Robar material de la Osoaviajim es un delito muy grave.

El subalterno Srólov palideció, torció la boca pero asintió.

—Se hará como dices.

Velichko se acuclilló frente al hombre que huía de la luz del hachón, enrollado sobre sí mismo como un caracol. Olía a muerto y todo su cuerpo estaba lleno de heridas y costras donde la suciedad y la sangre seca se mezclaban. Apenas tenía carne sobre los huesos y la piel estaba llena de escamas. Daba la sensación de que si se le tocaba, los dedos se impregnarían de gelatina. Trató de verle el rostro, pero el hombre se ocultaba bajo los antebrazos.

—¿Puedes entenderme? Nadie va a hacerte daño, tranquilízate. Sólo queremos ayudarte.

Mientras le hablaba con voz suave, logró retirar el antebrazo que le tapaba la cara. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no gritar al ver aquel rostro. Tenía la cuenca del ojo derecho vacía. Sus pómulos eran dos promontorios que tensaban la piel y que apenas sostenían unas mandíbulas a las que les faltaban la mitad de los dientes. Le habían golpeado con mucha brutalidad a juzgar por las laceraciones y los hematomas. La hinchazón de la nariz denotaba que estaba rota, quizá desde hacía mucho. El ojo izquierdo, oscuro como un botón, miraba fijamente al instructor. Su expresión era la de un animal acorralado. Movía los labios partidos sin decir nada comprensible, sólo repetía algo en un tono muy bajo, como una letanía.

Cuando Velichko fue a incorporarse, el hombre reaccionó de un modo inesperado. Bajo el montón de trapos sucios extrajo con rapidez una mano retorcida y retuvo el

brazo del instructor. Velichko notó cómo se le clavaban las uñas en la guerrera y sintió una repugnancia instintiva. Srólov hizo intención de golpear al hombre pero el instructor lo detuvo. La mano pareja del hombre asomó con la palma abierta, en actitud de súplica. Velichko tardó unos segundos en comprender lo que aquella mano y aquel ojo le pedían.

—¿El medallón? ¿Quieres que te devuelva el medallón? —Sacó el medallón del bolsillo y lo puso en la mano del hombre—. De acuerdo, te lo devolveré con una condición. Dime tu nombre.

El hombre cerró los dedos como un cepo y se encogió de nuevo sobre sí mismo. Retrocediendo a la oscuridad, dijo su nombre.

—Me llamo Elías Gil Villa.

Estaba viva; tenía que estarlo, se dijo, acariciando la fotografía del medallón. Era el único consuelo que le quedaba. Porque pensar en lo contrario le parecía demasiado horrible. Sentado en una silla con las manos sobre las rodillas, Elías miraba por la ventana. Encima de la mesa había un plato de caldo con legumbres que no había probado. En cambio la jarra de vino estaba casi vacía. Parpadeó nervioso y movió el cuello desentumeciendo los músculos.

—Conozco más de los campos de internamiento que cualquiera de los que estáis aquí. Sé cómo son, cómo huelen las gabarras que trasladan a los deportados. Sé a qué sabe la nieve, cómo muerden los perros de los guardias, el sonido que hacen las culatas de vuestros fusiles cuando rompen una tibia o un codo. Sí, sé mucho de vosotros.

Al instructor Velichko le sorprendía el cambio operado en el prisionero en tan solo unas semanas. Srólov había hecho bien su trabajo, pese a sus recelos y a las ganas de quitarse aquel problema de encima por la vía más expeditiva. Había obligado al prisionero a bañarse. Sin la costra de sangre reseca y de inmundicia y con una camisa limpia de algodón, aunque usada, había recuperado una cierta apariencia humana. Era mucho más joven de lo que Velichko había imaginado. Su único ojo titilaba como la llama invertida de una vela. La barba, recortada toscamente, le nacía bajo los pómulos, pero estaba limpia, perfilando sus labios con restos de tumefacción. La nariz tenía una forma extraña, con el puente hundido hacia dentro. Nunca recuperaría su forma natural.

—¿Nuestros métodos no te parecen amables? Qué lástima, pero deberías tener en cuenta que eres un deportado. No un huésped que viene de visita al Bolshói. Te detuvieron por algo, eso está claro.

Elías apretó las manos bajo las axilas. De repente tenía frío. Un frío que vivía dentro de él, que iba y venía a oleadas. Un frío paralizante.

—¿Y qué hace un español, estudiante de ingeniería, con esa palabra grabada en el

pecho? ¿Cómo has llegado hasta Názino? Y lo más importante, ¿cómo lograste escapar con vida y llegar a Moscú?

Elías lo miró de lado. Ya no tenía esa expresión de pavor de la primera vez, sino una desconfianza infinita. El hueco del ojo vacío estaba sellado con un burdo parche. No contestó. De nuevo su atención se dirigió hacia la ventana. Se balanceaba levemente en la silla y movía los labios sin pronunciar sonido alguno. Velichko hizo avanzar a la muchacha que últimamente venía por las tardes a cambiar la ropa, los vendajes y a cuidar de él. Hasta ese momento, no había abierto la boca. El instructor le ordenó repetir la pregunta en español.

—Dice que no van a hacerte daño, que tienes que colaborar con ellos. Si no lo haces, te entregarán a la OGPU.

Elías miró a la muchacha con sorpresa. Al principio esbozó una sonrisa que no llegó más que a intuirse. Debía de gustarle escuchar su propio idioma, aunque fuese de una manera tan confusa y difícil como la utilizada por la chica. Alzó el rostro hasta el instructor y luego miró de reojo a Srólov, que se mantenía al margen. Lentamente, como los engranajes de las ruedas de un tren que se pone en marcha, comenzó a hablar.

La gente que no conoce la estepa suele pensar en vastas extensiones de nieve, en un paisaje blanco y transparente donde las temperaturas caen en picado en cuanto desaparece el sol. Pero eso es en invierno. En verano, después del deshielo, la estepa es un infierno caluroso y húmedo, el sudor se pega al cuerpo de manera asfixiante y atrae a las moscas y los mosquitos de las ciénagas a miles. Es desesperante, no hay modo alguno de librarse de ellos. Te martirizan día y noche, acribillan tu cuerpo, se meten en cualquier orificio, como harían con la carroña de una vaca putrefacta, sólo que no tienen la paciencia de esperar que mueras. Te devoran en vida. Y durante cientos y cientos de kilómetros no hay nada más que ciénagas, pantanos hediondos, y montañas de matojos sin una miserable baya que llevarse a la boca.

Aparece de tanto en tanto una liebre o un pájaro que ni siquiera se inmutan ante la presencia humana. Se limitan a dar un saltito o a moverse de rama para esquivar la piedra que el hombre les lanza con torpeza, sin puntería y sin fuerza. Es una tortura ver cómo la presa se burla del cazador hambriento. El horizonte hace enloquecer, como el cielo sin nubes, la misma nada que se funde en un punto de intersección a lo lejos, sin sonidos, sin casas, sin caminos. Así debía de ser la soledad de los primeros hombres sobre la Tierra. Angustiosa. La tierra es una tumba que espera con paciencia su tributo.

Elías caminaba durante horas como un autómatas, cargaba sobre los hombros o los brazos a la pequeña Anna hasta que el cuerpo se le entumecía y caía de rodillas o de bruces, arrastrando consigo a la niña. A veces permanecía en un estado delirante

durante minutos que parecían horas, mirando hacia el cielo, sin que nada le importase, hasta que la pequeña Anna gimoteaba o sus dedos pequeños y sucios le tocaban la cara. Entonces recuperaba una fuerza que no sabía que aún conservaba y se ponía de nuevo en marcha. Hacia adelante, sin importar a dónde iba. Para espantar el hambre pensaba. Y su único pensamiento estaba en Irina, en el río donde la había dejado ahogarse para no verse arrastrado hacia el fondo.

Pensaba en esa escena como algo difuso, ocurrido hacía mucho, ella hundiéndose hacia el fondo turbulento, él braceando hacia la superficie con los pulmones a punto de reventar. Y los versos de su librito de poemas flotando en el agua. Una noche grabó con una piedra su nombre en el medallón. Lloró mucho tiempo contemplando aquella fotografía y el cuerpo pequeño y tembloroso de Anna. La niña estaba muy débil, apenas se movía ni balbuceaba, como si un instinto primitivo la empujara a reducir su actividad al mínimo para sobrevivir. Y a pesar de ello no lo lograrían, Elías tenía plena conciencia de ello. La niña moriría antes que él, era cuestión de horas, quizá de días. Y entonces... Entonces él podría comer.

La náusea le invadía con sólo pensarlo. Pero lo pensaba. Lo sabía. Sabía que lo haría llegado el momento. Y la niña parecía intuirlo y se apartaba de él, empeñada en seguir viviendo.

Los atardeceres ardían llenando de colores escarlata el paisaje. Y cuando por milagro soplabla una brisa que espantaba la nube de mosquitos que zumbaba a su alrededor, Elías recuperaba un poco la esperanza. Una noche logró cazar un ratón con las manos. Le aplastó la cabeza con una piedra y lo despellejó con un sílex. Lo desmembró a mordiscos y lo desmenuzó hasta hacer una pasta rosada que obligó a tragar a Anna. Bebió un poco de agua en una poza natural, desesperado por la sed y pasó los dos días siguientes cagándose encima. Ni siquiera se molestaba en detenerse, los excrementos líquidos iban quedando tras él como el rastro macilento de su agonía.

La peor noche llegó después de otras noches incontables, pues el tiempo carece de sentido cuando no hay nada que hacer excepto caminar hacia ninguna parte. Había estado lloviendo durante horas y Elías había escurrido hasta la última gota de su ropa para beber y darle de beber a la pequeña. Anna empezó a tiritar con los ojos enfebrecidos, le castañeteaban los dientes de un modo que ponía los pelos de punta, con tal virulencia que de un momento a otro iban a saltarle hechos añicos. Elías la abrazó contra su regazo y trató de insuflarle calor. A la niña se le había puesto translúcida la cara y las venas bajo la piel asomaban como una hidra que se adueñaba de su expresión. Los labios exageradamente hinchados tenían un tono morado, del mismo tono que las ojeras y las manchas que le estaban saliendo en el cuello. Aquella noche iba a morir. Elías lo presentía al poner la palma de la mano en el pecho y notar cómo la cadencia de los latidos de su corazón se hacía más y más débil.

No quería que se muriera y al mismo tiempo deseaba con todas sus fuerzas que lo

hiciera. Por ella, por él. Por los dos. La besó en la frente y retiró su pelo sucio del rostro, acariciándola. Pondría la mano en su nariz y su boca. No apretaría mucho, sólo la mantendría allí hasta que ella dejara de respirar con un pequeño estertor. Todo acabaría tan pronto que no se daría ni cuenta. Luego... Quiso hacerlo, pero no pudo, no todavía. Al menos no quería ser él quien decidiera. Resolvió esperar, sin moverse del pequeño saliente que había encontrado bajo una loma. No se movería más, permanecerían allí juntos y quietos el tiempo que hiciera falta.

En algún momento se quedó dormido. Sueños horribles, distorsionados, donde la conciencia y la inconsciencia se aliaban para crear una especie de parodia donde se mezclaban hechos e invenciones, Irina y su padre, Claude, señalándole con los dedos amputados e Ígor con su ojo pinchado en un palo riéndose, el centro de detención y aquel guardia que le ofrecía un enorme vaso de agua que en realidad estaba repleta de gusanos flotando en la superficie. Y aquel poema que Irina leía con los ojos llenos de algas. En el sueño Elías mataba, moría, volvía a vivir, devoraba los huesos de Anna, los vomitaba y volvía a comerlos.

Abrió el ojo y parpadeó sobre el firmamento colmado de estrellas que cambiaban cada noche de forma. Durante unos segundos no supo si seguía soñando, hasta que oyó un gruñido animal, un murmullo ronco de dientes chasqueando en el aire. Alargó la mano derecha y palpó el espacio donde debía estar el cuerpo de Anna. Quizá ya muerta, sin calor. Pero apenas rozó el pie, moviéndose, alejándose de sus dedos. Lentamente volvió la cabeza y vio a un lobo gris, no muy grande, delgado, de aspecto enfermizo, arrastrando el cuerpo inerte de la niña con los colmillos por un brazo, retrocediendo furtivamente como un zorro en un gallinero.

Elías palpó a su alrededor sin apartar la mirada del lobo, que al verse descubierto había erizado el lomo, separando las patas delanteras y echando las orejas hacia atrás. Encontró una piedra del tamaño de una granada de mano. No podía hacer nada con eso, y aun así se puso en pie. Dispuesto a pelear por Anna. ¿Por su carroña o por su vida? No importaba. No pensaba permitir que el lobo se la llevase. Nunca había visto antes un lobo, y éste no parecía en muy buen estado, ni siquiera debía de encontrarse en su hábitat natural. Parecía tan desconcertado como él, pero una piedra contra aquellos dientes amarillos no dejaban opciones. Iba a perder, lo sabía.

Alzó las manos y gritó, como si en alguna parte hubiera oído que así podía espantarse a las fieras, pero el lobo dio un paso adelante con la piel del morro retraída, gruñendo amenazadoramente. Si hubiese sido un perro habría ladrado, pero los lobos no ladran. No avisan. Atacan. De un salto, el animal cayó sobre él, derribándole. El primer mordisco buscó su yugular pero Elías logró esquivarlo a cambio de recibir sus dientes en el antebrazo. Notaba las patas del animal y sus propias piernas enzarzadas en una danza caótica; con la mano izquierda lo golpeó en el costado empuñando la piedra pero el lobo apenas lo notó.

Entonces se escuchó un disparo, el animal brincó en el aire con un gemido lastimero y saltó por encima del cuerpo de Elías, girando en redondo hacia el lugar del que había procedido el disparo. El lobo estaba herido en alguna parte, sangraba poco, pero el río carmesí que le corría por el cuarto trasero cada vez era más abundante. Sin perder la cara, retrocedió unos metros, luego dio la vuelta y se alejó en una carrera renqueante hasta perderse en la oscuridad.

Mientras Elías se incorporaba, todavía espantado, y con el antebrazo malherido pudo ver dos siluetas a sus pies. Una de ellas sostenía en vilo el revólver con el que había disparado. La otra estaba inclinada sobre la niña.

—Está viva.

—Dale un poco de agua.

Elías reconoció las voces antes que los rostros. Eran Michael y Martin.

Michael avanzó hasta Elías y lo miró sin decir nada. Con el revólver aún empuñado. No parecía él, ninguno de ellos lo parecía. El escocés había perdido toda expresión del rostro, era como un espejismo surgido de la nada que con un chasquido de los dedos desaparecería. Guardó el revólver en el pantalón y cogió el antebrazo de Elías.

—Los dientes de ese bicho cortan como sierras. Hace una semana que andamos detrás de él y siempre se nos escapa. Al menos, sé que esta vez le he acertado. No puede andar muy lejos. Quizá hoy cenemos bien. Perros domésticos convertidos en cimarrones a la caza de un lobo. El mundo está desquiciado. —Los ojos de Michael eran como un río a punto de congelarse. Sacó un cigarrillo, milagro inaudito que hizo abrir la boca de asombro a Elías, encontró una cerilla en el bolsillo y lo encendió. Le dio una larga calada y sonrió, como haría un mago que acaba de sorprender al auditorio con un truco de magia.

—¿No vas a decir nada? Te acabamos de salvar la vida.

Elías vio a Martin junto a la niña. La acurrucaba entre los brazos y le daba de beber de una cantimplora. Agua limpia y potable que resbalaba por los labios desmayados de la chiquilla. La garganta de Elías borboteó como una cañería atascada.

—¿De dónde habéis salido? —Lo preguntó como si fueran demonios salidos del infierno.

—Del mismo sitio que tú —respondió Michael. Como si Elías lo hubiese olvidado. Buscó con la mirada la presencia de Ígor Stern y de su banda. Seguramente estaba escondido, observando divertido aquella farsa.

—No está aquí —le aclaró Michael—. No andará lejos, y debe de estar bastante cabreado. Le hemos robado la mitad de las provisiones. Yo tengo el revólver que le quité al comandante, pero sólo me quedan tres balas y ellos son al menos cinco. Eso si no se han comido a alguno ya. Cuando escapamos de la isla éramos ocho. Nos

acompañaba un jovencito de Kursk, un pobre desgraciado que lo único que hizo para merecer estar aquí fue acostarse con la hija de un capitán de tanques. Él fue el primero que Ígor y sus lobos devoraron. El hambre de esa jauría es inagotable, así que cuando empezaron a mirar a Martin de manera obsesiva, decidimos que era el momento de huir por nuestra cuenta. —No había ni atisbo de humor o sarcasmo en sus palabras. Relataba los hechos sin emoción alguna—. Probablemente acabemos todos muertos, pero no así.

Elías apartó la mirada, avergonzado. Michael notó algo, miró de reojo a la niña que sostenía Martin, y comprendió, pero no hizo ningún comentario. Le pasó el pitillo a Elías y le dijo que fumara. Cada uno debía sobrevivir de la mejor manera.

Dos días después encontraron al lobo. Caminaba delante de ellos a unos doscientos metros, renqueante. Visto de lejos era como un borracho al que le costaba mantener el equilibrio. Michael lanzó un grito de júbilo, pero ninguno de los tres hombres gastó energías en correr tras la presa. Sólo había que esperar. La cuarta noche el animal se desplomó. Michael sacó un cuchillo y se lo hundió en la garganta hasta el puño.

—Dicen que la carne de perro es un poco salada, pero no está mal si se asa lo suficiente. Además, todos hemos comido a estas alturas cosas peores.

Los tres hombres rieron a carcajadas. Risas histéricas, de un humor maligno y saturado de oscuridad que hizo parpadear asustada y perpleja a la niña, que gracias a los cuidados de Martin había recuperado un soplo de vida.

No estaba mal, después de todo. Desde lo alto de la cúpula celeste alguien podía ver una raquílica hoguera en medio de la inmensidad y a un grupo de humanos en torno, como si aquel lazo de luz pudiera mantenerlos a salvo. Y a pocos kilómetros, avanzando en la oscuridad, una manada de lobos que caminaban erguidos, lobos humanos que husmeaban el aire siguiendo el rastro de carne quemada. La vida debía parecer desde la lejanía algo frágil, cambiante, una sucesión de suertes y desdichas en las que sus protagonistas no tenían capacidad de incidir. Seres caóticos, no menos errantes que las estrellas fugaces, fulgores que se encendían y se apagaban al instante siguiente, sin rastro del reguero de luz que antes había alumbrado la oscuridad.

Pero los hombres no eran estrellas. Sus corazones latían. Callaban lo que les oprimía porque las palabras eran trampas y torpezas, ocultaban sus diferencias soldadas en el silencio en tanto sus vidas estuvieran en juego. Y si las miradas que se cruzaban estaban llenas de reproches, de culpas o de acusaciones, las apartaban para concentrarlas en el hipnótico movimiento de las llamas. Y al alba se ponían de nuevo en marcha asumiendo que el destino no les pertenecía pero que, a pesar de todo, no se rendirían con facilidad. Luchar era lo único que les quedaba. Sin un porqué. Contra Dios, contra la naturaleza, contra ellos mismos. Hasta caer agotados o por inanición. Y entonces, al final, todo tendría sentido.

Habían dejado atrás los restos del lobo, sus tripas ya debían de haberse disecado hacía semanas. Martin caminaba delante, junto a Elías. Se turnaban para llevar a cuestas a la niña. Era el turno de Michael, que con sus piernas cortas y fuertes parecía un enano de las minas cargando a la chiquilla sobre los hombros, varios metros tras ellos.

—Michael le ha cogido cariño a la niña —dijo Martin. Miraba hacia otra parte, aunque a nada en concreto. Sólo procuraba evitar los ojos de Elías. Desde su encuentro, era la primera vez que hablaban a solas—. Yo creo que se ha propuesto sacarla de aquí con vida porque se siente culpable, por todas las cabronadas que ha hecho desde que nos deportaron, y antes, por haber firmado esa confesión falsa en tu contra. Salvarla a ella es una especie de redención. ¿Tú crees que eso es posible, la redención? ¿Los buenos actos borran las malas acciones?

Elías dibujó una sonrisilla irónica, como si se estuviera riendo de un chiste privado o de algo que recordaba.

—Lo que yo creo, Martin, es que todo lo que hacemos queda grabado a fuego para siempre. Da igual lo que hagamos en el futuro; lo que hemos hecho aquí nos acompañará siempre. Pero yo no soy cura; a lo mejor podemos bañarnos en agua bautismal cuando salgamos de ésta y ver la luz.

Pensaba en Claude, en su gris agonía en una sucia gabarra varada en una isla de mierda. Pensaba en que sus amigos no habían hecho nada por ayudarle. Y pensaba que todos esos pensamientos no servían para nada en aquel momento.

Y entonces se obró la epifanía. No fue una brasa ardiendo, ni el agua abriéndose bajo sus pies. El milagro llegó en forma de simple y humilde poste clavado en la tierra. Un cuervo los observaba desde sus cinco metros de altura. Alzó el vuelo y fue al siguiente, clavado a cien metros, y así seguían, uno tras otro, hasta perderse a lo lejos. Aquellos postes los habían clavado otros hombres y un día llevarían la luz eléctrica, el telégrafo o el teléfono a alguna parte donde vivían otros seres humanos.

¿Cuánto tiempo había pasado? Ninguno de ellos podía saberlo. Habían arribado a las estribaciones del mundo, arrojados como náufragos que desconocían dónde estaban. Pero estaban en alguna parte. Incluso las oleadas de mosquitos dejaron de acosarles y se retiraron zumbando en sus nubes negras cuando atravesaron aquella frontera invisible, como los primeros exploradores que llegaban para instalarse en un territorio ignoto.

Pero Ígor Stern sí la cruzó, a menos de un día de distancia.

Durante un instante, Elías dejó de hablar. Sus manos se quedaron extendidas sobre la

mesa, como si esperase que alguien lo rescatase. Pero allí sólo estaba aquella muchacha que se cuidaba de él, el instructor Velichko y su ayudante Srólov. Consciente del frío, del presente, retrajo los nudillos enrojecidos. Se puso en pie y dio un par de vueltas alrededor de la habitación. Se detuvo frente a un retrato en pequeñas dimensiones de Stalin con su traje de gala, abrazando a un niño georgiano. El Padre de las repúblicas socialistas soviéticas. El gran *joziain*, el patrón amoroso de su pueblo.

Cerró el ojo y pensó en la última noche que vio a Anna. Apartó mentalmente los mechones de la frente de la niña, rozándole la cara. Elías le pidió que se pusiera el medallón, quería ver cómo resplandecía sobre aquel pecho que había estado tantas veces a punto de dejar de respirar. La niña inclinó la cabeza sobre su hombro y por primera vez la vio esbozar algo parecido a una sonrisa. El medallón brillaba como algo limpio y hermoso sobre su piel sucia. Parecía una princesa de las novelas que leía su padre. Una auténtica princesa rusa.

—¿Has visto a muchas princesas por aquí, acaso? —le preguntó una vez Irina cuando, después de hacer el amor, él la comparó con un personaje de las novelas de Gorki.

—Sí. Cada día te veo a ti.

—¿Con ese único ojo?

Elías se quitó el parche. No sólo se lo mostró, le cogió los dedos y le permitió tocarlo.

—Con este único ojo.

Ella dejó un instante los dedos apoyados sobre aquel oscuro amasijo de carne. Notaba el bombeo de la sangre fluyendo hacia la cavidad a pesar de la ceguera.

—A veces sueño que esto terminará —le dijo, apartando la mano.

—Eso no es malo.

—Sí que lo es.

—¿Por qué dices eso?

—Porque luego despierto, y sigo aquí.

—Pero yo te sacaré de esta pesadilla. Aparecerá un aviador de correo francés, con su biplano, y nos sacará volando.

—Si algún día ese sueño se hace realidad, llévate a mi hija. Prométemelo.

Y él se lo prometió.

Se volvió hacia Velichko con el medallón de Irina en la mano.

—Venimos de alguna parte, tenemos un pasado donde fuimos felices. Eso es lo que cuenta. Con eso podemos reconstruirnos... Es lo que Irina decía. ¿Usted lo cree?

Barcelona, 9 de septiembre de 2002

Gonzalo comprobó una vez más la dirección que constaba en la tarjeta que Luisa le había conseguido:

Tania Ajmátova, fotógrafa. Calle Molino Nuevo, 12, bajos.

Sin embargo, lo que tenía delante no era un estudio de fotografía, sino una librería más bien modesta. Librería Karamázov se podía leer en el frontal del toldo desgastado.

Pese a la apariencia discreta desde el escaparate, el espacio interior era amplio y luminoso, con una isleta central donde se mostraban en pequeñas pilas las últimas novedades editoriales. Algunos títulos, pocos, tenían en la solapa una tarjetita azul que ponía «recomendación de la librería». A la derecha estaba el mostrador con la caja registradora y detrás una pequeña zona dedicada a la venta de objetos de papelería. El resto del habitáculo, en forma de pasillo con una zona más amplia al fondo y una escalera de madera que subía a un segundo piso, estaba forrado con baldas pintadas de blanco repletas de libros. La zona más espaciosa estaba dedicada por entero a la literatura rusa de los siglos XIX y XX, con los tomos primorosamente ordenados por tamaños, ediciones, autores y temática. En una de las paredes colgaba una enorme litografía de Dostoyevski. Repartidos estratégicamente había varios sillones pequeños y mesitas bajas de mimbre con flores y revistas literarias. Olía a limpieza y a orden. Por toda la librería sonaba con un volumen bajo *Una noche en el Monte Pelado*, de Músorgski, mezcla estridente y ácida de música popular y virtuosismo de cámara.

Unos zapatos de tacón bajo de color rojo aparecieron en la escalera del fondo del pasillo. Le siguieron unos tobillos muy blancos surcados por diminutas venas azuladas y los volantes cantarines de una falda amplia con colores anaranjados. Una mano con grandes y llamativas pulseras de colores resbaló sobre el pasamano de la escalera. Los dedos eran de pianista, pero tenía las uñas demasiado largas para ese afán.

—¿Puedo ayudarle?

Gonzalo examinó con asombro a la anciana que se detuvo en el último escalón, inclinando levemente la espalda hacia él para salvar el voladizo del falso techo. Era enjuta, no pequeña, sino más bien un cuerpo recogido sobre sí mismo, recogido con paciencia en una blusa vaporosa de color blanco, a juego con su piel coloreada con un

suave maquillaje, y sus ojos de un azul líquido, casi gris, escondido detrás de unas modernas gafas sujetas con una cordoncito de cuero. El pelo, de color muy blanco, corto, con un elegante flequillo en forma de onda encrespada, brillaba como una sonrisa. Podía tener cien años y sin embargo, daba la impresión de acabar de llegar al mundo. Gonzalo experimentó una sensación de cálida familiaridad, de tardes sentado frente a una chimenea con un té en la mano, degustando con los ojos cerrados los compases de Músorgski o la lectura de Chéjov.

—Busco el estudio de fotografía de Tania Ajmátova, pero debo de haberme equivocado.

La anciana se acercó con un movimiento ligero, los hombros muy juntos, como si sintiera una corriente de frío permanente en la espalda y se quedó mirando al recién llegado de manera inquisitiva, con un lejano reconocimiento, una invitación a sentarse en uno de los pequeños sillones y contarle la propia vida. Era esa clase de personas con las que uno cree que no puede suceder nada malo.

La sensación de que conocía a aquella anciana, de que la atmósfera que la rodeaba, más bien, le era muy familiar no desapareció. Al contrario, se hizo más potente al oler su suave fragancia de jazmín, al escuchar el suave frisar de su falda.

—¿Por qué piensa que se ha equivocado? ¿No es eso lo que pone su tarjeta?

El comentario de la anciana desconcertó a Gonzalo tanto como su risita breve. Daba la impresión de que se burlaba discretamente de él, o tal vez sólo se reía de un pequeño chiste privado que él no alcanzaba a entender.

—¿Ella le espera?

Gonzalo dijo que no. La risita traviesa de la anciana se repitió. Las arrugas de su cara tomaban una forma irresistible al hacerlo. Debió de ser una belleza asombrosa, y en cierto modo, todavía lo era.

—El estudio de Tania está arriba. Suba usted, si ve la luz roja de la puerta encendida, llame primero, y espere. A Tania no le gustan las visitas inesperadas.

La luz estaba en rojo. Gonzalo llamó a la puerta y esperó. Al cabo de un par de minutos escuchó pasos y la puerta se abrió. Tania parpadeó como si acabase de salir de un lugar en penumbra y el sol en la cara la hubiese cegado momentáneamente.

—El lector de Mayakovski —dijo, tras reponerse.

Gonzalo asintió. Y de repente vio el extraordinario parecido con la anciana. Sólo era necesario un salto imaginario de, quizá, treinta o cuarenta años para darse cuenta de que Tania terminaría siendo idéntica. ¿Quizá era su hija? ¿Su nieta?

—Mi secretaria me dio tu tarjeta —dijo a modo de torpe saludo.

Después de visionar la cinta de seguridad del edificio había pensado cómo iba a afrontar aquella entrevista, qué iba a decir, qué iba a hacer. Lo había estudiado al milímetro, pero no se le había pasado por la cabeza que iba a tragar saliva como un

adolescente nervioso e intimidado, ni que iba a quedarse con aquella estúpida tarjeta temblando entre los dedos.

—Ya veo —dijo Tania, mirando la tarjeta con aire aburrido. Había estado fumando recientemente, le acompañaba el olor de cigarrillo rubio. Quizá también había estado bebiendo, no mucho, pero algo fuerte. Tenía un leve enrojecimiento en los ojos. Sueño, tal vez un poco de cansancio, o un disgusto que la había hecho llorar hacía poco. Se acarició el tatuaje de la mariposa posada en la nuca y movió levemente el cuello como si estuviera contracturado. El vuelo de los dedos, finos con sortijas de bisutería, acrecentó la impresión de parecido con la anciana.

—¿Quieres una sesión de fotos? —La pregunta llevaba implícita la negativa. Ni siquiera yo podría mejorar tu aspecto con ese traje y ese corte de pelo, parecía decir.

—En realidad —titubeó Gonzalo—, esperaba que pudiéramos hablar de lo que ocurrió en el aparcamiento el día que me agredieron. Supongo que, en primer lugar, debería darte las gracias.

Tania frunció una ceja perfectamente perfilada y torció los labios, como si se hubiese pinchado con una espina en un dedo.

—Y después de eso, me gustaría preguntarte por qué te marchaste antes de que llegase la policía.

Los ojos de Tania se fijaron en el suelo, pensativa. No se mostró sorprendida, como si, de alguna manera, comprendiera que era inevitable que él estuviera allí, o como si lo hubiera deseado pero no todavía, como si aún no estuviese preparada. Chasqueó los labios y remontó la mirada hasta el rostro expectante de Gonzalo.

—Me apetece una cerveza, ¿a ti no?

El Flight apenas tenía clientes. Era un pequeño bar que quedaba bajo el nivel de la calle. Tenía las paredes de ladrillo rojo, cavadas en la misma muralla romana del casco antiguo. La iluminación cenital creaba islas de intimidad detrás de los soportes de las columnas que el diseñador del local había tenido que respetar. A Gonzalo le llamaron la atención los recortes enmarcados de periódicos en ruso de la época de la segunda guerra mundial y las fotografías de héroes y soldados que colgaban por todas partes, algunas anónimas, pequeñas escenas de campos de batalla, aeródromos, piezas de artillería con los artilleros posando, aviadores abrazados a sonrientes muchachas, y otras de coroneles y generales famosos del Ejército Rojo. También había un gran retrato de Stalin pintado al óleo con su uniforme de mariscal. El contraste con el mobiliario moderno y con el pequeño escenario del fondo creaba un conjunto bastante desconcertante pero agradable.

Tania no necesitó pedir. El dueño se acercó con dos cervezas y una tapa de patatas fritas. Era un anciano, debía de tener más de ochenta años, pero conservaba una especie de juventud rosada en la expresión y unos bonitos ojos azules que palpitaban

con bondad. Besó con calidez a Tania en las mejillas y se quedó mirando un buen rato a Gonzalo, al que le dedicó una breve sonrisa.

—¿Un mal día? —le preguntó, señalando las marcas de su cara que ya iban remitiendo. Tenía un acento rudo, masticaba las palabras y las dejaba escapar en un español espeso.

—No peor que otros.

El anciano y Tania intercambiaron una mirada. Ella se encogió de hombros y el anciano se alejó con una bayeta en el hombro.

—Sólo quería ser amable contigo —reprendió Tania a Gonzalo.

No fue algo que tuviera que ver con la higiene, pero su piel desprendía un sudor rancio y apestaba a manteca de cerdo.

—Lo siento... ¿Por qué huele así?

Tania sonrió. Con el tiempo había aprendido a tolerar ese olor sin tener que apartar la cara.

—Es por el miedo —dijo en voz baja.

Gonzalo miró a la joven sin comprender.

—Pasó muchos años en campos de prisioneros. Combatió contra las tropas de Hitler que invadieron Bielorrusia, y cayó prisionero en la primera ofensiva de la guerra, lo deportaron a un campo cerca de Varsovia, y cuando el Ejército Rojo lo liberó en 1945, fue condenado por traición y enviado a un gulag de Siberia. Según las autoridades rusas, no luchó con suficiente ahínco. Que estuviera vivo era la prueba irrefutable de su cobardía. Estuvo en Siberia once años. Desde entonces, huele así. A terror. Se le metió en los poros de la piel y todavía lo está exudando.

—¿Y toda esta decoración que exalta al Ejército Rojo? ¿Y ese retrato de Stalin? ¿No debería odiar todo eso?

Tania miró con cariño al anciano, que atendía a un par de chicos en la barra. Tal vez la vida le había jugado unas cuantas malas pasadas, pero lo compensaba con una sonrisa bonachona de oreja a oreja y una pulcritud irreprochable en su apariencia. Destilaba esa bondad natural de las personas que prefieren ver el lado optimista de las cosas a modo de defensa.

—Necesita creer que todo lo que le ocurrió tenía sentido. Él era comisario político, ¿entiendes? Incluso cuando estuvo en Siberia se negó a renegar de su pasado. Eso habría sido como renegar de su propia existencia. No encontrarás un comunista más fervoroso que Vasili Velichko, te lo aseguro.

—¿De qué le conoces?

—Es un viejo amigo de mi madre. Para mí es como si fuera mi tío.

—¿La anciana de la librería es tu madre?

Tania lo miró largamente, antes de asentir. Aquella mirada penetró hasta muy adentro de Gonzalo, lo agarró del corazón y le obligó a palpar con más fuerza. Hasta

que decidió soltarlo.

—Yo tendría cuidado con llamarla anciana. Todavía puede darte un par de buenas bofetadas.

Gonzalo sonrió.

—Me gusta su librería.

—Le gustará saberlo. Y también que te gusta Mayakovski. Es su poeta preferido, ella me enseñó a leerlo —dijo, señalándole una imagen colgada sobre su hombro.

Gonzalo concentró la mirada en la luz vítrea que iluminaba esa fotografía de medio cuerpo. Era él, Mayakovski, poco antes de pegarse un tiro en la cabeza y dejar inconcluso su último poema. Gonzalo sintió una profunda emoción que le recorrió como un calambre el cuerpo. Vio a Laura sentada en el suelo de la cocina con el libro abierto, declamando sus versos en ruso bajo la atención de su madre, que no dudaba en corregirla si se equivocaba.

Ese recuerdo le hizo volver a la razón que lo había traído hasta aquí.

—¿Por qué te marchaste sin esperar a que llegase la policía? —preguntó, volviendo al asunto de la grabación.

Tania chasqueó los labios. Gonzalo observó las maniobras intentando despegar la etiqueta de su botellín de cerveza.

—De modo que eres de esos que siempre ve una intención oculta en los demás. —Lo miró con otros ojos, con un poco de esperanza.

—He visto la grabación... Entera. Toda la secuencia.

—Fue una casualidad afortunada que recogiera el coche en aquel momento —reconoció ella.

Gonzalo la miró aún un poco más, preguntándose por qué razón unas personas nos resultan más atractivas que otras. Tal vez era cuestión de pieles, eso que llamaban química, pero Tania no le había tocado, ni siquiera se habían rozado un solo instante, y sin embargo sentía el cuerpo lleno de electricidad. Algunas veces había fantaseado durante algún tiempo con alguna de las clientas ocasionales, una camarera, una actriz de cine, incluso con una conocida del barrio que solía encontrarse en el quiosco de prensa por las mañanas, pero se le pasaba pronto y nunca había sopesado la posibilidad real de ser infiel a Lola. Ninguna había despertado hasta entonces una atracción real, un deseo concreto de materializarse. Quizá había estado esperando encontrar una que no se convirtiera en una mortaja de dudas y remordimientos. Y aquella mujer estaba delante de él, mintiéndole sin pestañear.

—Hacía mucho rato que estabas allí. Rebobiné la cinta y vi cuándo apareciste.

Tania asumió con naturalidad y desparpajo la situación. Debería haber previsto que en el aparcamiento habría una cámara de seguridad, pero no lo había hecho. En parte, pensó, todo aquello la aliviaba.

—No sé si te conviene seguir con esta conversación —dijo, recordando la

advertencia de su madre.

—Deja que eso lo decida yo.

Tania se encogió de hombros.

—Sentí curiosidad por ti desde el día que nos vimos en el balcón; tu comentario sobre Mayakovski y esa manera como ausente de mirar hacia la calle me gustaron. Cuando bajé aquel día al aparcamiento reconocí tu coche y sentí el impulso de acercarme a tus cosas. La gente deja en los coches partes de sí mismos que hablan por ellos: un libro, un compacto, unas monedas en el cenicero y un paquete de cigarrillos escondido bajo el asiento del conductor.

Gonzalo se preguntó qué clase de mensaje enviaban sobre él ese tipo de cosas, cómo le percibía Tania. Ella no pensaba decírselo, y por ahora, él no iba a preguntarle cómo sabía que el todoterreno aparcado era suyo.

—En el momento que me agredió Atxaga, yo llevaba encima una bolsa con un ordenador portátil o acababa de dejarlo en el coche un segundo antes, no lo recuerdo bien. El caso es que ese ordenador es muy importante para mí y ha desaparecido. Cuando llegó la policía ya no estaba.

Tania apuró la cerveza, sopesando si valía la pena pedir otra o dar pronto por acabada aquella conversación. Las alas de mariposa tatuadas en su cuello parecían batirse para un lento despegue. Gonzalo tuvo la sensación de que ella le observaba del mismo modo que lo había hecho la anciana de la librería, como si encontrara algo risible en él.

—Podría decirse que te he salvado la vida y de manera más o menos zafia me acusas de ladrona. Bonita forma de dar las gracias. Si has visto la grabación, ya tienes la respuesta.

Gonzalo había revisado cada fotograma de la grabación, efectivamente, lo había hecho obsesivamente en busca del ordenador. Después de que Atxaga se diese a la fuga ella había tratado de auxiliarle, tapándole la herida con una mano y llamando por teléfono con la otra. Había permanecido a su lado hasta que aparecieron los resplandores de las luces de emergencia de la ambulancia. En ese momento se había escabullido discretamente. Pero la mayor parte de imágenes eran confusas y se desarrollaban en un ángulo que la cámara sólo captaba parcialmente, buena parte del encuadre quedaba a oscuras o fuera de la escena.

—No te acuso de nada, claro que no. Sólo me preguntaba si viste a alguien más en el aparcamiento.

Tania entornó los párpados. Un horizonte hacia poniente, eso pensó Gonzalo. Inesperadamente, ella se puso en pie.

—Ya es tarde y tengo cosas que hacer.

Gonzalo se levantó a su vez.

—No era mi intención ofenderte.

Tania le dedicó una mirada casi comprensiva. Tenía la teoría de que ciertas personas se encontraban en espacios que no les correspondían, como si hubieran ido a parar por error a vidas que no eran suyas. Y Gonzalo le parecía de esas personas. Quiso acompañarla fuera pero ella le dijo que esos gestos galantes no le impresionaban mucho.

—Quédate y apura tu cerveza.

Gonzalo la vio salir con su pelo revuelto, el cuello tatuado erguido, su cuerpo cimbreándose bajo la ropa, como si aquella naturaleza no aceptase ser comprimida de ninguna de las maneras. Tuvo la certeza de que Tania le mentía, o no le decía toda la verdad. Y también supo que no le importaba. Sólo quería volver a verla.

Tardó unos minutos en darse cuenta de que el dueño del Flight le estaba observando atentamente.

Los permisos estaban en regla, los visados, la contratación de un guía local, los hoteles y las rutas. Un viaje de veinticinco días atravesando tres países africanos con un grupo de doce turistas requería una organización compleja, pero Carlos había hecho un buen trabajo. El joven estaba satisfecho y Lola lo examinaba discretamente mientras él le mostraba sobre un mapa extendido en la mesa de la agencia los itinerarios posibles. Se le iluminaba el rostro de facciones marcadas explicando con todo lujo de detalles los atractivos turísticos que podían encontrar. Con un punto de malicia, Lola se dijo que sin duda él sería uno de esos atractivos para alguna de las clientas que ya habían contratado el viaje. No le costaba demasiado dejar volar la imaginación.

—Has hecho un trabajo magnífico —dijo, acariciando el hombro del joven y dejando la mano allí un segundo más de lo necesario, al calor de esa escena que acababa de imaginar. La mirada de Carlos fue significativa. Tanto, que Lola retiró la mano un poco sonrojada.

«¿A qué estás jugando?», se preguntó. Su vida era un caos, y ella se dedicaba a tontear sin más objeto que distraerse de lo que la angustiaba con un joven que ya le había demostrado con subterfugios más que evidentes (miradas, simpatías fuera de lugar, comentarios que escondían una invitación) que él estaba dispuesto a ir un poco más lejos si ella se lo pedía.

—¿Cómo van las cosas en casa? —preguntó Carlos con una gravedad que no sentía.

Lola había cometido la estupidez de desahogarse con él y ahora, cuando él le preguntaba, se sentía incómoda. Había caído en esa trampa de la autocomplacencia y el victimismo que tanto despreciaba en otras mujeres, ese rol no escrito para las mujeres de su edad, según el cual la práctica debe ser a rey muerto, rey puesto, y cuantos más sustitutos mejor. Pero ella no era así, se repitió, enfadada consigo misma.

No necesitaba consuelo de un jovencito, ni su comprensión. Tenía problemas y podía solucionarlos, eso era todo. Y sin embargo, unos días después de que Gonzalo se marchara de casa, Carlos la había invitado a almorzar para ultimar los preparativos del viaje, y sin darse cuenta a los postres ella estaba llorando y quejándose amargamente de su vida, enumerando los agravios reales o ficticios que había sufrido durante su matrimonio. Y Carlos le estrechaba la mano, solícito y dispuesto, por encima de la mesa.

—Van bien, gracias por preguntar.

El tono desmedidamente seco, que contrastaba en negativo con el gesto de dejar la mano en su hombro, desconcertó al joven, que no sabía qué lugar ocupar en ese tira y afloja que Lola tenía dentro. Optó por una prudente retirada. Sabía esperar.

—Si necesitas cualquier cosa, ya sabes que puedes contar conmigo.

Lola apenas agradeció el ofrecimiento. De repente le flaqueaba la voluntad. Tenía que romper aquella burbuja ahora mismo. Lo último que necesitaba era meterse entre las piernas de aquel joven.

—¿Qué tal va con Javier? —preguntó como si disparase un tiro a la desesperada. Mencionar a su hijo era una forma de devolver las cosas a un plano lógico, y de recordarse a sí misma y al joven quién era quién.

La expresión de Carlos se ensombreció al captar el mensaje. Se puso a recoger el mapa cuidadosamente.

—Nos vemos poco últimamente.

—¿Sabes si tiene novia o si sale con alguna chica?

Carlos soltó una carcajada por dentro.

—No me consta. ¿Por qué lo preguntas?

—Está muy despistado, ausente, ahora me pide mucho dinero. Quizá para cenas, copas, hoteles...

Javier se había convertido en un estorbo para Carlos. Sus celos y sus escenitas empezaban a cansarle. Ya no le compensaba lo que podía sacarle. Ahora el objetivo de Carlos era otro.

—Somos amigos, espero que no me pidas que me convierta en tu confidente. No me parece justo ir contándole a la madre de un amigo lo que hace por ahí.

Lola se recogió el pelo tras la oreja. Se sentía un poco avergonzada y comprendió que el tono de la conversación estaba hiriendo el orgullo de Carlos.

—No, claro que no. Pero Javier es muy retraído, y estoy segura de que recurriría a ti antes que a mí si tuviese algún problema.

—Llegado el caso te lo haría saber, tranquila.

Lola asintió. Se había esfumado la atmósfera cargada de unos minutos antes y aunque una parte de ella lo agradeció, aliviada, la otra lo lamentó.

Aquella mañana había quedado con Gonzalo para almorzar. Lo había llamado al

despacho y había contestado Luisa, su ayudante. No le caía bien aquella joven, siempre al borde de ser demasiado deslenguada y un poco irreverente.

—Le daré su mensaje, ahora está reunido con un cliente.

No era cierto. Pese al nuevo cartel y a los geranios renovados del balcón, la realidad estaba imponiéndose día tras día. Las horas pasaban en silencio, y aunque Gonzalo parecía estar demasiado ocupado con sus cosas, lo cierto era que Luisa había empezado a buscar ofertas de trabajo y a enviar currículos.

Gonzalo no podía reprochárselo. En unas pocas semanas se le acabarían los ahorros y tendrían que cerrar el bufete. Durante los últimos días, su suegro aún había hecho alguna intentona de acercamiento, tratando de hacerle recapacitar. El viejo podía abrir el puño con el que estaba estrangulándole, sólo tenía que dar un paso atrás, reconsiderar la situación. No tenía que tomárselo como una derrota, sino como un signo de inteligencia: rectificar es de sabios. Pero la sabiduría no era el fuerte de Gonzalo Gil.

Con ese estado de ánimo encontrado y hosco se sentaron a la mesa Lola y Gonzalo. Apenas hacía unos días que estaban separados pero la distancia se había hecho sideral. Les costaba mirarse, encontrar hilos de conversación más allá de las típicas preguntas sobre los niños y las típicas respuestas. En sus cabezas gravitaban demasiadas cosas, patentes entre ambos aunque no las manifestaran, y eso entorpecía lastimosamente cualquier intentona de acercamiento.

—Este fin de semana mi padre quiere llevar a Javier y a Patricia a la finca de Cáceres. Puede que yo aproveche para tomarme un descanso. Podríamos ir juntos a alguna parte, coger una habitación en aquel hotelito de S'Agaró.

Gonzalo ni siquiera la escuchaba. Su atención se centró en el hombre sentado a una de las mesas del fondo. Había entrado con Lola y se había retirado discretamente, pero no apartaba la vista de la puerta. Era uno de los hombres de Alcázar que pagaba su suegro para proteger a su familia. Eso le hizo sentirse mejor, saber que al menos ellos estaban a salvo. En cuanto a él, el viejo le había retirado la protección apenas salió del hospital. De tanto en tanto, Alcázar se pasaba a verlo, le comentaba cómo iba la búsqueda de Atxaga (sin resultados) y se interesaba por él, pero no demasiado. En realidad, el exinspector sólo se acercaba para tantearle sobre el asunto de la Matrioshka, y para sonsacarle información. Desde la última conversación que habían mantenido, cuando Gonzalo sugirió que tenía pruebas para reabrir el caso de Laura, el inspector se mostraba inquieto. Gonzalo sospechaba que las pesquisas para dar con Atxaga se acelerarían considerablemente en el momento en el que se decidiera a colaborar con él.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —murmuró con una mirada oblicua, observando la extraña presencia de aquel guardaespaldas.

Una hora más tarde, Gonzalo seguía haciéndose la misma pregunta en su apartamento de alquiler, sin comprender exactamente lo que había sucedido después de pronunciar esa frase, lanzada al vacío como una sonda en busca de vida. Lola le había estrechado la mano con fuerza, repitiendo los mismos argumentos de las últimas semanas. Podían volver a empezar, tenían dos hijos maravillosos, y ellos todavía se querían. Ella le quería, enfatizó con una desesperación conmovedora. Fue en ese instante, en ese modo de apretujarle los dedos, observando sus uñas pintadas de un rojo intenso, cuando Gonzalo se dio cuenta de que ya no podía más. Sacó del bolsillo el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. Durante unos segundos observó cómo la llama del fósforo se consumía entre sus dedos. Luego alzó la mirada y vio el rostro descompuesto de Lola, su creciente desconcierto.

—¿Qué estás haciendo? Me prometiste que lo habías dejado.

Una declaración de intenciones, un gesto de rebeldía infantil que no dejaba opción a retroceder. Eso estaba haciendo al lanzar la primera bocanada de humo. Y entonces se lo dijo. Detalló con frialdad hiriente lo que vio aquella tarde de hacía dieciocho años, refirió uno por uno los nimios detalles que había revivido una y otra vez.

—Sé que yo no engendré a Javier. Te quedaste embarazada de aquel tipo, no sé cuánto duró, ni si fue sólo esa vez, pero eso no importa. Esperé mucho tiempo a que me lo dijeras, casi tanto como lo que he tardado en reunir el valor para decirte lo que te digo ahora. Lo sé todo, Lola. Lo supe desde el instante en que vi a Javier en la incubadora.

Lola se quedó muy quieta, como muerta, observando con asombro las ondas de humo del cigarrillo. Y entonces hizo algo insólito: cogió el pitillo de manos de Gonzalo y le dio una larga, profunda y experta calada, cerrando los ojos.

—¿Y qué vamos a hacer con lo que sabemos? —dijo.

Todavía le dolía esa expresión, desnuda por primera vez de todas las máscaras, su mirada directa, sin tapujos. Desnuda e inmisericorde. No pedía perdón, no se excusaba. Simplemente le había arrebatado el pitillo y compartía con él la aceptación de que las mentiras se habían acabado. «Muy bien, —le decían aquellos ojos, aquel gesto de la mano desmayado con el pitillo entre los dedos—: tú has roto la baraja, no yo. ¿Y qué viene ahora?».

Gonzalo se había levantado de la mesa como si la persona que lo observaba fuera una impostora.

—No lo sé, Lola.

La evidencia de sus palabras seguía allí, pero era como si nada de aquello estuviera sucediendo realmente. En el salón a medio amueblar sonaba el saxofón de Charlie Parker: *Perdidos*. Liberado de su compromiso, se había fumado media

cajetilla de cigarrillos. Había comprado en el colmado una botella de ginebra y unas tónicas. El chino que regentaba el local creyó no haberle entendido. Él no fumaba, él no bebía. Era el abogado Gonzalo Gil, que siempre se comportaba como se esperaba que lo hiciera y que pusiera cara de sorpresa en las fiestas de cumpleaños. El chino le entregó la botella con el pesimismo de quien contempla en primera fila cómo se desmorona la civilización.

—Tienes un aspecto lamentable y apesta a alcohol barato.

Gonzalo conducía despacio, parapetado tras unas gafas de sol oscuras. No se había afeitado y por primera vez en muchos años se había presentado en la residencia sin corbata.

—Tú estás estupenda, mamá.

Como cada domingo, aparcó frente a la floristería y dejó que su madre se peleara con la dependienta eligiendo las flores que iban a llevar a la tumba del lago. Tenía una fuerte resaca y lo último que recordaba de la noche anterior era que había vomitado camino del lavabo, dejándolo todo perdido. Tenía la vaga impresión de que se había quedado mucho tiempo sentado en el suelo llorando y acariciando el portarretrato de Irina mientras el saxo de Parker le invitaba a sentirse una mierda. El despertador lo había sorprendido al amanecer tumbado en el suelo con dolor en las cervicales y un hedor espantoso en la ropa. Un espectáculo patético.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Su madre había elegido unas flores distintas esta vez: alegrías africanas, tenían unas hojas muy vívidas con colores exuberantes y un olor dulzón. El nombre le hizo pensar en Siaka y en aquellas historias que le contaba de su tierra cuando iba a verlo en el hotel donde se escondía el joven. Contra todo pronóstico, no había escapado después de que el ordenador desapareciera, y aunque procuraba no dejarse ver demasiado fuera del hotel, mostraba un optimismo que Gonzalo no alcanzaba a comprender. Le había contado su entrevista con el fiscal y lo que éste le advirtió: sin pruebas no hay caso, y las pruebas estaban en ese ordenador.

—Lo encontrarás, ya verás.

Él no era tan optimista.

—¿Gonzalo...?

Miró de soslayo a su madre. Se había puesto el vestido negro y se había recogido el pelo con horquillas. Olía a jabón de manos y a colonia fresca. A Gonzalo le pareció que el único signo inquebrantable de su vejez estaba en las arrugas que le nacían tras los lóbulos descolgados de las orejas, que había adornado con dos perlitas de bisutería.

—He conocido a una chica. Se llama Tania, y es rusa. Vi un momento a su madre y tuve la sensación de que la conocía. En cierto modo, ahora me estabas recordando a

ella.

—Los viejos nos volvemos borrosos, se pierden los matices y terminamos pareciéndonos. Deberías ver a la gente con la que convivo en la residencia. Los mismos achaques, las mismas miradas y las mismas conversaciones. Nos enseñamos las pastillas y las recetas como si fuera un intercambio de cromos.

Esperanza estaba de buen humor, la presencia de la muerte la había despejado aquella mañana, recordándole que ella estaba también en la lista de espera. Eso, que para otros resultaba aterrador, para ella era la evidencia lógica de lo obvio. Un descanso. A primera hora habían entrado los enfermeros en la habitación contigua. Esperanza estaba escribiendo cuando oyó llantos al otro lado de la pared. Conocía esa clase de lamento, y aun así se asomó al pasillo para certificar su sospecha. El doctor de guardia estaba consolando a un hombre con palmaditas en el hombro. Instantes después salieron los enfermeros con una camilla que ocultaba bajo la sábana el relieve de su vecina.

No había hablado mucho con ella, prefería no entablar amistades que no podían durar demasiado. Allí todos iban a lo mismo, lo sabían y lo aceptaban. Última parada. Se decían los nombres, hablaban de los hijos y del pasado, y nadie se preocupaba mucho de si lo que se decían era verdad o mentira. Allí había barra libre, nadie pediría un certificado de autenticidad que corroborase sus versiones de la vida que habían llevado. Apuraban sus últimas lecturas, sus últimas melodías, sus últimos paseos y sus últimos juegos. Esa sensación de provisionalidad era el denominador común en las relaciones entre los habitantes de la residencia. Ésa era la razón por la que después de un tiempo resultaba molesta la visita de familiares. Les hacían concebir esperanzas, les traían la evidencia de que fuera de esas paredes y jardines la vida seguía.

No había resistido la tentación de entrar en aquella habitación vacía unas horas después. Se había sentado en una silla frente al somier de la cama sin colchón. Cada vez que alguien se moría lo cambiaban. Como si la muerte fuera una peste contagiosa. Luego había regresado a su cuarto, recuperando las cartas que le escribía a Elías. Las estuvo leyendo mucho rato, y le sorprendió que la última fuera de 1938. Demasiados años de silencio. Sin pensarlo, volvió a escribirle, sin la emoción de la juventud, pero con el sosiego de que sólo queda una última cosa por decir.

Querido mío, los dos lo sabemos: ésta es la última carta...

Madre e hijo cumplieron el mismo ritual de cada domingo. Poco a poco la finca y la casa iban quedando en medio de una especie de tierra de nadie, rodeados por estacas, balizamientos y máquinas de construcción. Fascinada por aquel espectáculo absurdo

(destruir algo hermoso para construir una parodia de ese mismo paisaje), Esperanza observaba las idas y venidas de los camiones hacia el lago, siguiendo la estela de polvareda que levantaban. Su pequeño rincón todavía resistía pero terminaría siendo abducido por aquel pastiche de campos de golf, casas adosadas con jardín e instalaciones de lujo.

—Cuando vinimos a vivir aquí en los años cincuenta ni siquiera existía la carretera. Tu padre tenía que bajar al aserradero del valle y hacer el mismo camino de regreso a través de la montaña cuando ya era de noche.

Gonzalo había escuchado aquellas historias otras veces, pero esta vez notó que su madre ya no las evocaba con nostalgia, sino con una aceptación tranquila. Se alegraba de haber vivido ese tiempo, pero había asumido que formaba parte del pasado. Y eso parecía liberarla.

Esperanza se había acercado con pasos muy lentos hasta el montículo bajo la higuera y Gonzalo le estaba ayudando a quitar las malas hierbas y a sustituir las flores secas por las nuevas. Pensó que era el momento de decirle que no iba a vender su parte de la finca y que ella debería negarse a hacerlo también. Esperaba que eso la alegrara, pero Esperanza negó lentamente, acariciando la tierra seca del túmulo.

—Él no está aquí. Nunca lo estuvo, y lo cierto es que jamás volverá. Todo esto —dijo, abarcando con la vista la casa, el valle y el lago al fondo— sólo es un sueño al que aferrarse. No volveré más, no seguiré esperando. Estoy cansada.

Eso le había dicho en su última carta a Elías. Se despedía, sin amargura y sin emoción.

Miró a su hijo y pensó en las cosas que podrían haber sido distintas pero que al final terminaban siendo la justa medida de los propios actos. Estaba orgullosa de él, a pesar de ver cómo su vida se había construido sobre engaños. Comprendía lo que quería hacer, ese gesto rebelde e insensato de enfrentarse a todo el mundo por aquel pedazo de tierra que no valía nada. A fin de cuentas, era como Laura. Y los dos habían heredado el carácter combativo de su padre. No iba a impedirselo. Si él necesitaba reivindicar su identidad frente a su detestable familia política, ella le aplaudiría. Pero esa lucha era de su hijo, no de ella.

—Si no amas a tu esposa, déjala ahora, aún estás a tiempo. No merece la pena entregar la vida por alguien que no te corresponderá nunca.

La piel de Esperanza era como el papel de vidrio cuando Gonzalo la acarició en la mejilla. Bajo aquella piel y bajo sus palabras sin gravedad, dichas con una naturalidad que desarmaba cualquier estratagema, se ocultaba la sabiduría de una madre que sabía ver y escuchar. Durante años había visto a su hijo sumirse en la infelicidad, desnaturalizarse para ser aceptado por una gente entre la que siempre, hiciera lo que hiciera, sería un extraño. El precio que había pagado era demasiado alto, difuminarse, perder su esencia u ocultarla de modo que pareciera haber desaparecido realmente,

hasta convertirse en algo inocuo, sin carácter. Y aun así, nunca había ocupado su lugar entre ellos. Esperanza había sentido el peor de los dolores con la traición de Laura. Primero aquel artículo desmitificando la figura de su padre y luego poniéndose a las órdenes de Alcázar, el hombre que Esperanza más odiaba. Aquello la separó sin remedio de su hija; pero siempre reconoció que tras esos gestos brutales estaba su voluntad de ser ella misma, de no dejarse arrastrar por los mitos ni sucumbir bajo el peso de la memoria de Elías.

Arrojada, decidida e inconsciente, no había dudado en romper todos los vínculos con el pasado. Laura había vivido como siempre quiso, aunque a veces se perdiera porque su brújula era tan cambiante como su carácter. Y había pagado su precio. ¿Gonzalo? No. Su hijo pequeño, el chico que estudió en aquel internado de curas porque era la única manera de poder tener estudios decentes en aquel tiempo y de comer caliente tres veces al día, agotó su rebeldía cuando conoció a su esposa. Y su único refugio desde entonces había sido el recuerdo de Elías, la idea de que su padre era un dios al que poder venerar e invocar en la oscuridad, mientras su vida se iba sumiendo en la mediocridad.

Ahora quería vivir la vida de su padre para recuperar la propia. Esperanza sabía que se equivocaba, pero no tenía la energía ni la voluntad para contarle toda la verdad. ¿Qué era la verdad, por otra parte? ¿Los hechos, las cosas tal cual sucedieron, o las razones que llevaron a ellos? ¿Qué parte de esa verdad supuesta, con la que Alcázar la había amenazado para obligarla a vender su parte de la finca, podía contarle sin destruir ese frágil andamiaje sobre el que se sustentaba? ¿Era justo hacerlo ahora, en el momento en el que su hijo había decidido dar un paso adelante?

No, no lo era. Y en todo caso, se dijo, la verdad no era más que la otra cara de la mentira, tan dañina, tan irreal como ésta. No más flores, no más tumbas, no más cartas amarillas. Si el tiempo avanzaba y su sino era devorarlo todo como estaban haciendo aquellas excavadoras, que así fuera.

—Yo sé lo que es vivir con alguien que nunca te amó. Y si pudiera volver atrás, creo que no volvería a andar tras los pasos de tu padre.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad. Tu padre llegó a quererme, sin duda. Y creo que al final no fue sólo un sentimiento que naciera únicamente de la voluntad. Pero entre el cariño y el amor hay matices muy delicados. La ternura se puede confundir con compasión, la pasión con el desahogo, la necesidad con el hábito... Yo nunca estuve en los sueños de Elías. Ese mundo que sólo le pertenecía a él, cuando se encerraba en el cobertizo y se ponía a escribir con su vieja máquina. Sólo le pertenecía a Irina. El portarretratos que encontraste en mi cazadora era de ella, lo había olvidado por completo. Era la mujer de la que tu padre se enamoró antes de conocerme a mí. Apenas estuvieron juntos, murió en circunstancias que prefiero no tener que contarte, pero ese poco

tiempo lo marcó para siempre, y lo impregnó todo de culpas, de remordimientos y de melancolías que terminaron marcando nuestras vidas. Su presencia nunca le abandonó y yo pasé todos esos años luchando a brazo partido contra ella, contra un fantasma que cada cierto tiempo volvía a aparecer y me robaba a mi esposo, me lo arrancaba de la cama, lo sacaba de entre mis dedos y yo no podía hacer nada, excepto callar y esperar que volviera.

Esperanza dispuso las alegrías africanas en forma de abanico sobre aquella tumba vacía, colocando piedrecitas en los tallos para que el viento no se las llevase. Se agarró a la mano de su hijo para ponerse en pie y observó la superficie brillante del lago a lo lejos, como una mancha flotando entre las montañas.

—No quiero que te sacrifiques como lo hice yo si no vale la pena. Un amor ciego no es tal, sólo es una mentira más.

¿Estaba allí abajo Elías como siempre sospechó? Cuando el lago se desecase lo sabría, por fin. Pero quizá aquel inspector despreciable tenía razón y ella estaba equivocada. Quizá Elías la traicionó al final y se marchó porque ya no podía aguantar más aquella pantomima de existencia. Tal vez por eso no quería ver el lago seco. Y tal vez por eso mismo, su hijo no debería permitir que lo hicieran. Era su decisión. Lo único que ella quería era volver a la residencia, sentarse a esperar que un día le llegase el turno de que los enfermeros sacaran su colchón plegado al pasillo.

El portero le estaba esperando. Alguien había dejado un nuevo sobre para él en la portería. Esta vez se trataba de un envío certificado a su nombre, pero sin remite. Gonzalo lo abrió ante la curiosidad expectante del portero, que miraba por encima del hombro como si él fuera copartícipe del misterio.

—El correo certificado trae malas noticias por definición —dijo en plan agorero, como si esa absurda afirmación se sustentara en su propia experiencia—: multas de tráfico, avisos de embargo o requerimientos de Hacienda.

No era ni lo uno ni lo otro, sino un largo listado de números NIF y de sociedades limitadas con un apéndice a pie de página que ponía: «Blanqueo de capitales». Dos de esas empresas estaban subrayadas con rotulador fluorescente. Sus nombres le resultaron conocidos a Gonzalo. Subió al apartamento y llamó a Luisa.

—¿Tienes acceso a la base de sociedades?

Luisa dijo que sí. Era una base fiscal de acceso profesional donde podían consultarse los datos de cientos de empresas que operaban en el país: capital financiero, actividad reconocida, sede fiscal, consejo de administración, plantilla de trabajadores, etcétera.

—Mira estas dos empresas: ALFADAC y ENPISTRENM.

—¿Lo quieres ahora? Puedo tardar un poco.

Gonzalo tenía el papel en la mano, se devanaba los sesos intentando recordar

dónde había visto esos nombres.

—Espero.

Cinco minutos después Luisa volvió a llamarle.

—ALFADAC y ENPISTRENM son dos sociedades mercantiles y de fondos de inversión. Las dos tienen sede en Londres, pero operan en medio mundo. El capital es ruso y los directivos y accionistas también. Diría que tienen la misma matriz. Puedo enviarte por fax los nombres, son impronunciables.

—Mándamelos.

—De acuerdo... Hay algo más: en los últimos tres años esas empresas han mostrado un especial interés por el negocio urbanístico en España. Juntas aportan el cuarenta por ciento del capital del consorcio de ACASA.

Gonzalo se quedó callado.

—¿... Sigues ahí?

—Sí.

—¿No es tu suegro quien representa y asesora a ese consorcio para la urbanización del lago?

Así era. Y la negativa a vender de Gonzalo estaba frenando a esas empresas. «La china en el zapato» que había dicho Agustín era él. Observó con atención el apéndice de la página: «Blanqueo de capitales». En el sobre había una docena de documentos en los que se detallaba toda clase de operaciones, desvío de fondos y fórmulas para lavar dinero. Lo que tenía Gonzalo delante era la estructura legal de la Matrioshka, su verdadero talón de Aquiles. Y al menos dos de esas empresas tenían alguna relación con su suegro.

«No es al viejo al que estoy frenando por no querer vender. Me he metido en el zapato de la Matrioshka».

Llamó a Siaka.

—¿Cómo lo has conseguido?

—¿Cómo he conseguido el qué?

—Abrir el archivo confidencial y mandar el listado de empresas de la Matrioshka.

—No sé de qué me hablas, yo no te he enviado nada.

¿Pero entonces? Gonzalo volvió al sobre y lo vació sobre la mesa, buscó algo entre la documentación que contenía, hasta que dio con una fotografía. Era una imagen antigua de Laura y de su hijo Roberto. Ambos estaban sonrientes en lo que parecía ser un parque acuático. Saludaban con la mano a la cámara y sus sonrisas eran idénticas. Gonzalo le dio la vuelta y leyó lo que estaba escrito detrás: «Ahora ya puedes convencer a ese fiscal para que acabe el trabajo de tu hermana».

Moscú, finales de marzo de 1934

No podía decirse que aquellas cuartillas de color amarillo fueran, propiamente, un diario. Esperanza las escribía más bien como cartas dirigidas a alguien hipotético en quien no había pensado de manera concreta cuando empezó a describir y contar las cosas que le sucedían, años atrás. A veces se le ocurría que se las dirigía a ella misma, a esa otra que a menudo «notaba» debajo de la piel, como una hermana gemela, retraída y muy distinta a ella en el fondo, con la que no podía comunicarse excepto desde aquellas cartas. A veces eran simples apuntes de las cosas cotidianas, otras eran reflexiones que parecían dictadas por esa otra, y a menudo esas misivas estaban repletas de dudas y de interrogantes sin resolver.

Pero en las últimas semanas el tono había variado, como el imaginario destinatario de su correspondencia. Ahora sabía a quién le escribía y era consciente de ser ella, y sólo ella, la dueña de sus palabras.

Me alegra ver que poco a poco vas recuperando las ganas de comer, de beber, y aun de reír. Lástima que todo avance parezca retroceder cuando acaricias ese medallón, aunque te entiendo. Ella era muy guapa y tú la querías. No sé cómo es esa clase de amor, sólo lo he leído, pero lo adivino en tu ojo sano, y me parece que incluso podría encontrarlo si me metiera por la cavidad del ojo vacío y bajase hasta tu corazón. Qué locuras se me ocurren, pensarías que estoy loca si leyeras estas cosas. ¿Te asustarías? No lo creo. Me sonreirías de ese modo lejano, y me apartarías suavemente, como haces cuando me descubres observándote mientras duermes, mientras comes, o cuando te quedas pensativo mirando la nieve desde la ventana.

Sí, te reirías si te dijese que estoy celosa de Irina, de esa mujer tan guapa que te ha robado la alegría. ¿Sabías que no le digo a Velichko todo lo que dices? No traduzco tus insultos violentos, ni esa rabia que acumulas contra los que te mandaron al gulag. Soy prudente por ti porque tú no puedes serlo. Y tampoco le hablo de tus sentimientos hacia esa mujer y su hija, esas cosas tan bonitas que te salen de dentro como si las hubiera escrito algún poeta para ti. Y no lo hago porque me atraganto de envidia, y de pena, y es todo tan confuso que por las noches paso horas llorando y no sé cuál es la raíz de mi llanto. ¿Eso es amor? Yo no lo sé, nunca me enamoré, aunque a mi edad muchas ya son madres. Pero sí sé una cosa, con absoluta certeza: yo borraré el recuerdo de Irina. Ella está muerta y yo estoy viva, y te traeré de vuelta a la orilla.

Caterina leía cada noche aquellas cartas que unas veces la hacían reír y otras la sumían en un estado de amodorramiento triste, de imposibilidad. Día tras día, mientras acudía a la academia a cuidar de Elías, sentía que ese sentimiento crecía, se hacía real en su cabeza y en su corazón. Amaba a aquel joven, y ese sentimiento no cabía en palabras que sólo los novelistas o los poetas sabían decir. Pero lo reconocía en su aliento al sentirlo cerca, en el roce de una mano que ella hacía que pareciera casual, en los sueños que tenía al pensar en él por las noches. No había dudas, se habían disipado. Y él tenía que saberlo, de una manera rotunda.

Elías podía dar cada mañana un corto paseo hasta un antiguo muelle de carga al aire libre. No le estaba permitido alejarse más allá del muro ruinoso, vigilado a cierta distancia por Srólov. No podía decirse que se hubieran hecho amigos en aquellas semanas, pero el ayudante de Velichko demostraba ser un guardián paciente y discreto, además de eficaz. Gracias a sus cuidados y a los de la joven muchacha que acudía todas las mañanas, su salud estaba mejorando rápidamente. Disponía de ropa limpia, cigarrillos, algo de vodka y comida caliente. Por ahora le habían prohibido papel y lápiz, y otra lectura que no fuera la prensa oficial.

La muchacha caminaba detrás de él, y se entretenía pisando en las huellas que Elías dejaba en la nieve. Su pie bailaba en las pisadas del joven y eso parecía hacerle gracia. Saltaba de la una a la otra entre risitas. En realidad, pese a su apariencia, casi todo el tiempo ocupada en graves tribulaciones, no era más que una niña que sólo quería seguir siéndolo un poco más. Elías había averiguado que tenía dieciséis años, era huérfana, hija única de un piloto de pruebas de la Osoaviajim que había estrellado un prototipo en el Volga y de una empleada de la fábrica de tractores de Cheliábinsk que poco después de la muerte de su marido se había colgado de una grúa. Se llamaba Caterina. Chapurreaba un poco de español porque su padre había sido durante unos meses instructor de vuelo de unos pilotos españoles enviados por la República para familiarizarse con los prototipos de caza rusos. Los españoles le caían bien, decía: eran alegres, un poco pendencieros y arriesgados. No se tomaban muy en serio nada, ni siquiera su vida. En el curso de vuelo habían muerto dos de ellos al hacer maniobras demasiado arriesgadas. Con el cambio de Gobierno en España, habían hecho regresar inmediatamente a los estudiantes, pero antes de marcharse le habían dejado de regalo la cazadora de piel con cuello de borrego que llevaba puesta aquella mañana, y un nombre nuevo: Esperanza.

—¿Por qué Esperanza?

Ella se encogió de hombros frunciendo la nariz pecosa con aire pícaro.

—Dijeron que volverían un día, y que para entonces ya tendría edad para casarme con uno de ellos. Yo era su esperanza.

—¿Alguno en particular?

—No; cualquiera. Me gustaría ir a España.

—Esperanza, entonces.

Ella le sonrió. Volvió la cabeza hacia atrás y estuvo mirando un rato el abrigo gris de Srólov, que se movía de un lado a otro como un perro encadenado sin perderlos de vista.

—Todavía no han decidido qué es lo que van a hacer contigo, ¿verdad?

Elías le dio una larga calada al pitillo que estaba fumando y alzó la cabeza por encima del muro que rodeaba la explanada. Por primera vez en los últimos tres días había dejado de nevar pero no se veía el sol por ninguna parte. Al otro lado del muro estaban las fachadas de ladrillo de otras naves industriales y de tanto en tanto la sirena de una gabarra atravesaba el aire.

—Supongo que no.

Hacía tres días que Velichko había terminado su declaración. La habían repasado juntos una docena de veces, la habían corregido, incluyendo el mayor número posible de datos, nombres de otros deportados, de los oficiales y de los guardias que recordaba. Además, el instructor había hecho gestiones con la embajada española para certificar su pertenencia al Partido Comunista Español y los antecedentes familiares. Por fin, cuando toda la documentación estuvo lista, incluido su registro en la casa de Gobierno y la falsa declaración de culpabilidad que había firmado en los calabozos antes de ser deportado, Velichko se marchó con una lacónica frase:

—Ahora veremos qué peso tiene la verdad.

A Elías había dejado de preocuparle el futuro. Pensó que aquella espera le destrozaría los nervios, pero lo único que sentía era una fría calma, algo que ya había empezado a experimentar durante los meses en la estepa, incluso antes, en Názino, desde el momento de la triste agonía de Claude. Esa calma no era resignación y tampoco cabía confundirla con la frialdad cruel y asesina de Ígor Stern. Tenía más que ver con un agujero dentro, como un disparo que sangraba en el interior de su alma y que se hacía más y más grande, un silencio oscuro, profundo, sólido. Las partes de Elías que podían sufrir, temer o incluso sentir amor estaban cercenadas, colgaban de ese silencio como miembros descoyuntados que ya no tenían ninguna utilidad. Ya no cabía la amargura ni el reproche. Comprendía que la inmensidad de lo que le había ocurrido a él le había sucedido antes a otros miles, no aquí, en la Unión Soviética, sino en cualquier rincón del mundo donde hubiese seres humanos. Y después les pasaría a otros miles, a millones quizá. Morirían sin razón, o por razones absurdas, la gente se aferraría a las banderas, a los himnos, a las trincheras. Matarían, morderían, destrozarían cuanto se interpusiera entre ellos y la vida. Y eso no era ni bueno ni malo.

Miró de reojo a Esperanza. La cazadora con el aspa le venía demasiado grande, como esa mirada que procuraba abarcarlo todo antes de tiempo. Quizá ella, los que

eran como ella, inocentes aún, lograría encontrar un punto de equilibrio. Eran inteligentes aquellos aviadores españoles que la habían bautizado como Esperanza. Siempre era más fácil luchar por una cara bonita, por un corazón cálido, que por cualquier otra cosa etérea como la gloria o la patria.

Recordó con indulgencia el día en que un amigo suyo de Mieres llamado Ramón mató por error uno de los pollos de su padre. Jugaban a indios y vaqueros, su amigo siempre era el indio y él servía de comparsa. Tenía que correr de un lado a otro mientras su amigo le lanzaba unas flechas que él mismo fabricaba con junquillos y puntas de chapa aplastadas con una piedra. Una de aquellas flechas atravesó el cuello del pollo por equivocación y los dos se quedaron pasmados al ver el débil hilillo de sangre que brotaba del animal. Se miraron consternados. Ni se les había pasado por la cabeza que aquella flecha podría haberles hecho daño a ellos. Enterraron el pollo sin decir nada, y guardaron un terco y solidario silencio cuando días después su padre lo echó en falta. Ninguno de los dos cedió pese a la paliza que, estoicamente, recibieron por separado, cada uno de sus respectivos padres. Años después, Elías volvió a encontrarse a su amigo en la residencia de estudiantes de Madrid. Se había afiliado a la CEDA y eso suponía que podían matarse el uno al otro allí mismo. Pero salió a colación el asunto del pollo y la resistencia heroica de ambos para no delatar al otro.

—Pudiste decir que fui yo. Te habrías ahorrado unos buenos mamporros.

Elías asintió.

—Eras mi amigo, y eso significa que matamos los dos al pollo. Estábamos juntos. —Los dos rieron y para consternación de sus respectivos grupitos, reanudaron una vieja amistad que aún perduraba a cambio de eludir la política.

La voz de Srólov le hizo volverse sobre los talones. Esperanza contempló confundida aquel remolino de nieve sucia bajo sus tacones, como si el juego de huellas se bifurcara proponiéndole un acertijo y no supiera qué camino tomar. Junto al ayudante de Velichko había dos hombres con gruesos abrigos marrones, vestidos de civiles. No necesitaban identificarse como policías, lo llevaban escrito en la mirada. Venían a buscarle. Elías sintió un brevísimo estremecimiento. Levantó la vista y contempló un espectáculo extraordinario: una brizna de hierba, y luego otra, y otra más, giraban en el aire sobre sí mismas, elevándose hacia las alturas en un perfecto triángulo, haciendo cabriolas en el aire como si las sostuvieran hilos invisibles. Alzó una mano como si quisiera, más que atraparlas, acompañar suavemente su vuelo fuera de los muros.

—Volverás.

Elías miró a la muchacha. Se había echado el pelo hacia atrás con un movimiento tranquilo. Su mirada era impropia de una mujercita tan joven.

—O tal vez no —dijo él.

Esperanza negó con la cabeza.

—Tienes que llevarme contigo a España. He decidido que te prefiero a ti antes que a esos pilotos. Voy a casarme contigo, aunque, por supuesto, me quedaré la cazadora.

Elías hizo ademán de reírse, pero la intención se le quedó en la boca entreabierta. Ella hablaba totalmente en serio.

Uno de los policías abrió la puerta trasera del coche, una de las famosas «cornejas negras» de la OGPU, sin decir palabra. Apenas le lanzó una mirada rápida que no denotaba curiosidad alguna, hizo un gesto con la barbilla y cerró de un portazo cuando Elías se acomodó, asentando bien los pies en la alfombrilla y las manos en el asiento de tergal.

No preguntó a dónde iban. Sabía que era inútil hacerlo. El conductor tomó con rapidez una carretera que circulaba en paralelo a los embarcaderos del río. Elías reconoció algunos de los emplazamientos donde había trabajado unos meses atrás. Parecía que había pasado una década: las obras del canal continuaban a un ritmo inaudito, bajo un enjambre de miles de manos afanosas. Nada se detenía por nadie. Nada.

Aquella carretera conducía hacia la vía principal de entrada a Moscú por el oeste y desde allí se tomaba una circunvalación que enlazaba con la avenida Gorki, la plaza Roja y al Kremlin. Sin embargo, el coche tomó un ramal hacia el este. A los pocos kilómetros, tomaron otra carretera. Elías leyó en una señal direccional que se dirigían al sanatorio de Barvija, a veinte kilómetros de Moscú.

—¿Por qué me lleváis allí?

Uno de los policías le dedicó una extraña sonrisa por el retrovisor al ver su expresión de desánimo. Elías se rehízo con rapidez y sostuvo la mirada de aquel grandullón hasta obligarle a borrar aquella estúpida sonrisa de la cara.

El sanatorio estaba formado por un grupo de edificaciones que dependían directamente del hospital del Kremlin. Cada edificio era distinto, los había de ladrillos rojos con cientos de ventanas y otros de tonos grises menos expuestos, entre frondosos grupos de árboles. Una gran explanada cubierta de nieve se abría frente al bloque administrativo, donde había una gran fuente ornamental que tenía los caños secos. En líneas generales, el aire del conjunto resultaba más bien triste. Tal vez contribuía a ello el graznido de los cuervos posados en las troneras más altas. Elías no se movió hasta que los policías le abrieron la puerta. Lo encajonaron discretamente entre sus anchos hombros pero sin sujetarlo, como si fuesen una escolta más que una custodia.

El interior del edificio principal era cálido. Las paredes estaban forradas de madera y la calefacción corría bajo el suelo dejando una agradable sensación bajo la suela de los zapatos. Elías admiró asombrado el lujo del vestíbulo, comparado con la

sobriedad exterior. Los altos techos, de los que colgaban gruesas lámparas que destilaban una luz limpia, creaban una impresión de ligereza que casaba bien con los suelos de mármol pulido, de un blanco absoluto. Una enorme escalera ascendía hacia las plantas superiores, pero los policías lo condujeron hasta un ascensor en el lado derecho. Subieron directamente al décimo piso, y mientras ascendían, Elías recordó que ya había hecho antes un recorrido parecido, sólo que desde los calabozos de un lugar indeterminado hasta una sala igualmente imperial, para firmar su condena a cambio de un vaso de agua.

Tal vez el final terminase siendo parecido, se dijo. Pero desde luego su actitud no iba a serlo. Ya no tenía sed.

El ascensor dio una leve sacudida y las puertas se abrieron desde fuera. Primero salió un policía, le siguió Elías y el tercero volvió a bajar sin salir del ascensor. Había un rótulo que indicaba que estaban en el área de estomatología. El policía que le acompañaba le hizo una señal, indicándole un grupo de tres personas que estaban charlando en semicírculo al final de un largo pasillo, hacia la derecha.

—Camina hacia ellos.

Sin entender de qué iba todo aquello, Elías obedeció. Notaba que el corazón le latía un poco más rápido y que la palma de las manos le sudaba, a pesar de su aparente indiferencia.

El latido se aceleró al reconocer en uno de los dos hombres al instructor Velichko. Les acompañaba una mujer de estatura media y corpulenta, de unos setenta años, que vestía un traje de chaqueta y pantalón gris bastante hombruno. El hombre que hablaba con ellos estaba de espaldas a Elías.

Velichko fue el primero en verle y le hizo un gesto con la mano para que se uniera a ellos.

—Les presento a Elías Gil.

El hombre de la chaqueta constreñida lo saludó con cierta contrariedad.

—Me has causado unos cuantos contratiempos, camarada. ¿Sabes quién soy? — dijo en un castellano limpio, con levísimo toque andaluz.

Por una vez, el único ojo de Elías se abrió con un asombro infantil que resultaba tierno y cómico al mismo tiempo. Cualquier comunista español tenía que saber necesariamente quién era José Díaz, el secretario general del PCE desde 1932. Se estrecharon la mano breve y firmemente.

Velichko se envaró, casi al borde del ataque de nervios cuando se dirigió con respeto reverente a la mujer.

—La camarada Nadezhda Krúpskaya.

La mujer le lanzó una mirada de inteligencia a través de sus gafas redondas. Tenía el pelo muy blanco y corto, y su boca había adquirido sin darse cuenta ese rictus desencantado que terminan por tener todos los que permanecen demasiado tiempo en

contacto con el poder. Aquella mujer era la viuda del camarada Lenin, y pese a sus divergencias con Stalin (secreto a voces), al final de su vida era todavía una de las mujeres más importantes de la Unión Soviética.

—¿Es cierto todo lo que se afirma en ese informe?

Su voz no era suave, ni paciente. Sonaba como el ladrido de alguien que advierte que no tolerará un paso en falso ante algo tan serio. La mirada de querubín de Elías desapareció sepultado por aquella voz.

—Al menos en lo que yo me responsabilizo, lo es fielmente.

Nadezhda Krúpskaya no dejó de mirarle hasta hacerle sentir todo el peso de la historia que acumulaba en su espalda. Deportaciones, exilio, guerra, conspiraciones para alcanzar el poder, conspiraciones para no dejárselo arrebatarse, a la sombra de un hombre que no siempre estuvo a su altura. Y aun así se mantuvo fiel, leal a su sueño, hasta el final.

—No somos así —murmuró lentamente.

No estaba pidiendo disculpas. Quería que Elías lo aceptase. Aquello no se lo había hecho la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, no eran los bolcheviques los que le habían enviado al gulag, no era el Partido el que le había hecho perder el ojo. No era la Revolución la que se había llevado por delante a Irina. Habían sido hombres concretos. Pero la idea debía prevalecer, mantenerse a salvo. Aquella mujer le exigía que lo entendiera.

Elías asintió. La anciana relajó los pómulos, algo que podría interpretarse como una sonrisa de la historia, pero que nunca llegaría a ser tal. Aquella expresión era lo más cerca que Elías iba a estar de una prueba de simpatía.

—El tío de Arsénievich Velichko sirvió con lealtad a mi esposo y colaboró conmigo en el plan de educación. Él me ha presentado el informe, lo he leído atentamente —no dejó traslucir el efecto devastador que le había causado—, y he llegado a una conclusión: no debe hacerse público, bajo ningún concepto.

Elías la miró con un asombro decepcionado, pero ella no se compadeció.

—Si se supiera todo esto, la primera consecuencia sería tu inmediata ejecución.

La anciana se volvió hacia José Díaz y le estrechó la mano con una afectuosidad algo más cercana.

—Tú se lo explicarás.

José Díaz achinó los ojos para reírse al tiempo que se llevaba la mano a la boca del estómago.

—Si esta úlcera no me mata, lo hará España.

La mujer le lanzó una mirada socarrona.

—O el marido celoso de alguna de las mujeres con las que te encamas.

José Díaz hizo un mohín de niño travieso y acompañó a la viuda de Lenin hasta el ascensor. Tres policías que se habían mantenido en un discreto segundo plano se

ocuparon de su seguridad.

A continuación, José Díaz le hizo una seña a Elías para que se acercara.

—Necesito fumar y hace una mañana agradable. Demos un paseo por los jardines.

José Díaz era un hombre voluntarioso y apasionado, y en el fondo de sus ojos oscuros (tanto como su pelo, peinado con cierto desaire) aún podía encontrarse al chico sevillano que había empezado como panadero. Pero era capaz también de un análisis frío de la situación y tenía una capacidad organizativa fuera de lo común. La combinación de esas virtudes le había llevado al secretariado del PCE tras organizar eficientemente las huelgas contra la intentona militar del golpista Sanjurjo. Caminaba despacio, un poco inclinado hacia adelante, y Elías creyó ver en su boca una mueca de dolor al tocarse el estómago. Se detuvo frente a una escultura de bronce de Stalin en un claro entre altos abetos y le echó un vistazo pragmático.

—No es tan alto, y es un poco más grueso.

—¿Conoces a Stalin?

José Díaz dio una bocanada al pitillo sujetando la boquilla con el guante de piel negra. Lo dejó caer y lo pisó con el talón.

—Nadie conoce realmente a Stalin. Los grandes hombres se protegen en la niebla, y él lo es. —Le dio una palmadita amistosa en el hombro a la escultura y continuaron el paseo.

Al cabo de unos metros sin decir nada, José Díaz se plantó en un camino de tierra que desembocaba en un ala apartada del sanatorio, el módulo de enfermedades respiratorias. Tísicos y tuberculosos, enfermos de cáncer eran sus clientes. Todos gente adinerada o con influencias. Ningún obrero podía pagarse un tratamiento allí. El secretario del PCE observó el edificio con una tristeza indefinible, como si aquel edificio exclusivo fuese la premonición del fracaso de lo que estaban intentando construir.

—¿Tienes noticias de lo que está ocurriendo en España?

Elías negó con la cabeza.

—He estado bastante ocupado intentando mantenerme con vida.

José Díaz no era un dirigente cualquiera, pero sí era un hombre como los demás. Y no le avergonzaba serlo.

—Lo que te ha sucedido no puedo ni imaginarlo. —Le lanzó una rápida mirada al parche de su ojo vacío—. Yo no habría aguantado una semana, y sé que te ha sorprendido la respuesta de la viuda de Lenin. Digamos que el fuerte de la camarada Nadezhda no son las relaciones sociales ni la empatía... Pero está en lo cierto. No debe hacerse público el informe de Velichko.

Esperó que Elías protestase o que diese alguna muestra de desaprobación, pero el

joven se limitó a apartar la cabeza y concentrarse en el acceso al edificio de infecciosos donde entraban y salían personas con batas blancas y enfermos. Aquella mirada vacía, perdida para siempre, entristeció profundamente a Díaz. Y aun así, debía hacerle comprender que lo mejor era enterrar aquel asunto.

—En España se está preparando una guerra. Nadie quiere creerlo, aunque las evidencias estén ahí, pero es inevitable que así sea. Empezó a fraguarse el mismo día en que se proclamó la República, y el mismo Alfonso XIII lo pronosticó antes de marchar al exilio: «Me voy para evitar el derramamiento de sangre española». En realidad se fue porque le echamos, pero no le faltaba parte de razón. La intentona de Sanjurjo de hace un par de años fue un calentamiento, un tanteo. Respondimos, pero ahora el Gobierno es suyo, la CEDA se apoya en la Iglesia, en los terratenientes, en los falangistas y en las mujeres de catequesis. Sólo por esa razón han consentido en el sufragio femenino. Porque los curas desde sus púlpitos alimentan el miedo ancestral, invocan a su sagrado deber de madres. Orden, Dios y patria... La vieja e incombustible España.

—Volveremos a sacarlos del poder, como ya hicimos antes.

—No es tan sencillo. Si Gil-Robles se ha guardado para sí y los suyos la cartera de ministro de la Guerra no es para democratizar el ejército. Es para colocar a sus peones en primera línea, los Mola, los Sanjurjo, los Franco. Sus generales se están preparando.

—Si lo sabéis, ¿por qué no lo evitáis antes de que sea demasiado tarde?

Un torrente de pensamientos turbios y confusos afloró en la mirada de José Díaz. Señaló un banco cubierto de nieve.

—Cada invierno nieva sobre Moscú. Las cañerías revientan, las calderas estallan y las calles se cierran. Invierno tras invierno se repite la misma situación. Cientos de partidas de obreros se dejan el alma abriendo accesos, echando sal en las aceras, reparando tuberías y tratando de acumular avituallamientos. Pero eso no evita que siga nevando. —Le mostró a Elías una mano enguantada y apretó el puño. El cuero del guante crujió—. El poder está en manos de un Gobierno reaccionario y de filofascistas. Ellos son ahora la nieve que cae sin cesar sobre nosotros, controlan todos los aparatos de represión, la prensa y el Parlamento. Han llegado legítimamente a esa situación, pero su intención es destruir el sistema que les otorgó ese poder. ¿Por qué? Porque la democracia es alternancia, y ellos no quieren compartir lo que consideran propio por derecho. ¿Crees que podemos oponer solamente el entusiasmo a ese enemigo organizado e implacable? Necesitamos reagruparnos, formar un bloque popular, ser pragmáticos con el esfuerzo, o fracasaremos. Nosotros somos ahora esos abnegados operarios que intentan controlar los daños, pero en el PCE apenas somos 15.000 afiliados. Mientras, los socialistas tienen el empeño de marchar solos, como el resto de fuerzas verdaderamente republicanas. Ninguno de nosotros, por separado,

podrá vencer esa amenaza. Pero todavía no estamos preparados. Aún miramos al cielo y pensamos que se obrará el milagro y que el próximo invierno no nevará.

José Díaz exhaló una respiración larga y profunda. Como si la certeza del panorama que acababa de describir fuera realmente el escenario de algo terrible por llegar.

—Tu padre es comunista.

Elías asintió.

—Y tú lo eres. Por eso viniste aquí con nuestro apoyo. Para formarte, para adquirir conocimientos que un día te llevarían a contribuir con tu granito de arena a la construcción de un país diferente, mejor.

—Eso creía...

José Díaz le interrogó con la mirada.

—¿Eso creías? Nada ha cambiado, Elías. Si viniste a la Unión Soviética fue porque el ejemplo de tu padre en la mina te persuadió de que tenemos una responsabilidad frente a los hombres de nuestro tiempo, pero sobre todo frente a los que vendrán después de nosotros. Tu padre, como el mío, como los de miles de otros, sencillamente han decidido cambiar el mundo.

—El mundo no cambia.

—Te equivocas, muchacho. El mundo cambia continuamente, avanza sin que nada pueda pararlo, y nosotros, tú y yo, somos los engranajes minúsculos e invisibles que hacen que la rueda avance. Y si para hacerlo hemos de soportar todo lo soportable, lo hacemos. No es nuestra elección. Simplemente, no podemos hacer otra cosa sino avanzar.

Elías miró más allá del cuerpo de José Díaz. Recordó las peleas con los otros críos en la mina, la sombra de su padre levantándose cada día antes del alba; pensó en el momento en que decidió demostrarle al encargado que ya no podría seguir abusando de él, lo bien que se sintió al aplastarle la cara de un puñetazo, con la consecuencia de una paliza de parte de la policía y la expulsión de la mina. Pensó en el humo negro de las chimeneas, en los rostros fatigados y sucios de hollín, en las risas y en las canciones que se escuchaban en los pozos. La alegría era un arma contra la que los poderosos no tenían nada que hacer. Aquellas canciones de las mujeres al llevar los almuerzos a sus hombres tras una jornada de trabajo retronaban en el valle con más fuerza que una descarga de fusilería. Eso creía cuando era niño, y aún seguía creyéndolo cuando se encontraba en un cafetín de Lavapiés con su amigo Ramón, y discutían agriamente hasta el amanecer. «Lorca antes que José Antonio», proclamaba entonces con orgullo frente a la necesidad de orden que invocaba su amigo. La palabra antes que la fuerza. Ese espíritu era el que le había traído un año antes a la Unión Soviética, el mismo que había movilizó a sus jóvenes amigos Michael, Martin y Claude.

Pero ya no estaba tan seguro.

—Somos la primera gota, Elías. Anunciamos la tormenta que vendrá para llevarse todo lo viejo.

Apenas unos meses atrás, las palabras de José Díaz le habrían conmovido hasta el tuétano. Pero ahora no sentía nada, sólo el viento frío colándose entre los pliegues de su ropa prestada. Imaginaba el cuerpo de Irina atrapado en el fondo del río, que quizá permanecería allí, bajo una capa de hielo, y un día alguien encontraría en el océano, flotando como algo insólito. Esa tormenta que anunciaba con entusiasmo el secretario dejaría a los hombres y las mujeres sin padres, sin maridos, sin hijos. Todo desaparecería y con el tiempo ya no quedarían ni casas, ni calles, ni huesos. Nunca habrían existido, ni siquiera quedaría el recuerdo en el aire.

Entretanto allí estaba, se dijo, observando el rostro encarnado de un hombre que tenía sueños y pasión para llevarlos adelante.

—¿Tienes familia?

La pregunta le extrañó a José Díaz.

—Mujer y tres hijas. ¿Por qué lo preguntas?

—Ésa debe de ser una buena razón para seguir creyendo en tus palabras.

—Lo es, no hay otra mejor.

—¿De verdad crees que habrá guerra?

—Me temo que sí.

—¿Y qué pasará?

José Díaz se quedó pensativo. La acidez del estómago volvía a machacarle con fuerza.

—Lucharemos. Tal vez moriremos.

—¿Y podemos ganar?

José Díaz sonrió.

—Algún día, seguro que sí.

Elías comprendió.

—Pero no hoy. Y aun así, me pides que acepte todo lo que me ha ocurrido y que continúe como si nada hubiera sucedido.

—Así es; es exactamente lo que te pido.

Esperanza estaba sentada en un bordillo a la entrada del complejo industrial. Se entretenía dibujando formas que pretendían parecer animales pero no conseguía ni una mínima semejanza. Desde luego no iba a ganarse la vida como artista, pensó, deshaciendo los dibujos en la nieve sucia. No le importaba, a los dieciséis años poca gente sabía qué iba a ser de ella, pero no era su caso. Su único destino posible ya lo había decidido.

—¿Esa cazadora abriga de verdad?

La muchacha alzó la cabeza y miró a Elías con los ojos abiertos como los de un ciervo. Durante unas décimas de segundo, Elías Gil recordó los ojos de cuero del alce que los guardias abatieron delante de él y notó que algo se resquebrajaba por dentro. Estaba lleno de agujeros como un viejo mamparo, y a veces pensaba que nunca podría salir a flote, ya no.

Esperanza asintió y en esa mirada Elías intuyó algo distinto a su oscuridad, una promesa lejana, improbable, de que, a veces, de manera milagrosa las cosas podían salir bien, ser justas, con una justicia que no tenía que ver con las leyes y sí con la bondad. La bondad, una palabra que le habría costado pronunciar en voz alta. Y que sin embargo estaba ahí, en los ojos de Esperanza (qué cabrones aquellos pilotos con los que, si José Díaz estaba en lo cierto, lucharía pronto), en aquella mirada del alce, en la mano que le tendió Irina cuando él se dio por vencido, tumbado en los raíles de la estación camino de Siberia. La bondad existía en su padre, en los chistes cáusticos de Claude, en su manera de morir, incluso en aquel comandante que se voló la cabeza junto a un viejo que tocaba la armónica. Todo eso estaba ahí, y flotaba y se confundía con la maldad, en una lucha sin cuartel. Y él no podía quedarse contemplando esa lucha sin intervenir.

—Bueno, pues diría que es un poco excesiva para el clima mediterráneo.

—¿Qué es el Mediterráneo?

Elías tampoco lo sabía, jamás lo había visto. Y todavía no alcanzaba a entender cómo se había dejado convencer por José Díaz para aceptar un destino en la célula del Partido en Barcelona.

En realidad, el secretario no le había dejado opciones. Tras su discurso moral e ideológico se había impuesto el hombre pragmático. Con una sonrisa cáustica se lo había dejado meridianamente claro: «O aceptas el destino o te dejas a tu suerte en manos de la OGPU».

Elías había aceptado con una única y extraña condición: la muchacha que había estado cuidando de él todo aquel tiempo vendría con él.

Barcelona, septiembre de 2002

Gonzalo se apoyó en la muleta y se asomó a la ventana desde donde veía el jardín. Que recordara, apenas había estado en aquella casa media docena de veces en veinte años. En otras circunstancias, debería haber considerado un lujo que su suegro lo hubiese invitado, pero sabía perfectamente que aquella no era una visita de cortesía. El salón donde se encontraban tenía un aire que pretendía ser moderno, pero que causaba el efecto de una frialdad desesperanzada. El mobiliario no estaba diseñado para resultar confortable ni acogedor, sino para despertar la admiración de las visitas, aunque lo único que provocaba en Gonzalo era una mueca de hastío. Todo estaba metódicamente distribuido. Era como vivir en una revista de decoración y él era el elemento distorsionador.

Observó los dos vasos de *whisky* que reposaban en el escritorio. El suyo estaba intacto; el de su suegro, vacío. Eran apenas las once de la mañana, Gonzalo imaginó que había empezado a beber mucho antes.

—¿Has leído *Historia de Roma* de Tito Livio o *El rey Lear* de Shakespeare?

Gonzalo puso cara de desconcierto. Agustín González señaló los tomos de lo alto de un estante.

—Deberías leerlos. Explican que quien aspira a retener el poder no puede mostrar flaquezas, especialmente con los que le son más próximos.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Su suegro lo miró con indolencia, como si en realidad todo le interesara poco o nada, pero le delataba la manera abrupta de llenar su vaso y llevarlo a los labios.

—¿Sabes por qué llevo más de cuarenta años en la abogacía y nadie ha conseguido jamás atraparme en un renuncio? —Abrió las manos y abarcó las estanterías y el espacio de la biblioteca—. No porque conozca la ley mejor que otros, o porque sea mejor orador, ni siquiera más inteligente o listo que mis oponentes. Sin duda, conozco los resortes y me muevo bien en ellos, pero no es por eso por lo que he logrado hacerme un nombre. Sino porque sé anticiparme a la jugada, sé cuándo voy a ganar o perder, porque tengo las cartas en mi poder antes que los demás. No me pillarás en falso, ni tú, ni nadie. La información, los favores que se cobran, las debilidades que yo sé convertir en fortaleza. Eso es el poder, y sé administrarlo. Repito, deberías leer a Tito Livio y a Shakespeare y dejar a esos románticos atormentados rusos.

¿Estaba borracho? Probablemente, pero de ese modo civilizado y aceptable entre los de su clase.

—Un buen amigo de la fiscalía me ha dicho que hace unos días presentaste una instancia en el juzgado de guardia, junto a cierto fiscal, para reabrir el caso de tu hermana y el asesinato de Zinóviev. Según consta en tu denuncia, tienes pruebas fehacientes de su inocencia. Me gustaría saber qué pruebas son ésas.

—Esa información es reservada, se supone que nadie puede tener conocimiento hasta que se pronuncie el juez.

—Déjate de gilipolleces, Gonzalo. ¿En serio creías que no me iba a enterar? —replicó con un tono seco Agustín—. No estás llevando un caso de mierda de separación. Esto es la liga mayor. Esas empresas a las que has pedido que se investigue son accionistas mayoritarios a los que yo represento. Inversores extranjeros y respetables muy interesados en que se retire esa denuncia. Caso contrario, ambos inversores abandonarán el proyecto de ACASA y yo perderé una fortuna.

Gonzalo pensó en los documentos que le había entregado al fiscal y en la expresión de éste. Aquella ingente cantidad de información no dejaba dudas de lo que era la Matrioshka.

Aquello iba mucho más allá de la pérdida de una inversión millonaria para su suegro. Ese consorcio era un entramado de empresas legales que blanqueaban el dinero obtenido de la prostitución infantil, las drogas y todos sus asuntos ilegales. Oficinas bancarias, inmobiliarias, constructoras con sede en Londres, en Liechtenstein, en Mónaco o en las islas Mauricio. Millones de divisas que con la llegada del euro necesitaban aflorar a toda prisa para no perder valor respecto al dólar.

—No se trata sólo de la inversión que puedes perder. Ni siquiera necesitas esos millones. Es mucho más que eso, ¿verdad?

—Ya veo que lo entiendes —dijo Agustín González, apurando otro *whisky*.

Gonzalo negó rotundamente.

—¿Qué tengo que entender? ¿Que le haces el trabajo legal a unos criminales para que puedan blanquear su dinero?

A través de un resquicio de la mirada de su suegro, entre trago y trago, comprendió la verdad: estaba aterrado. El gran tiburón había mordido un bocado que no podía digerir. Ya no se trataba únicamente de la finca que se negaba a vender y que había paralizado el proyecto de construcción; era algo mucho peor. Estaba atrapado en las redes de la Matrioshka. Dios sabría desde cuándo hacía negocios para ellos, quizá sin saberlo, o quizá sin querer saberlo, lo que era peor. ¿No había dicho que el poder lo daba la información? Conocía los métodos de aquella gente, sabía lo que eran capaces de hacer. Lo intuyó en su mirada implorante, escondida bajo una ira falaz y embustera. Ahora lo veía en su plena dimensión: el pobre viejo, acobardado, tenía miedo de lo que pudieran hacerle: destruir su reputación, su imperio de cuarenta

años, pero también (y eso le provocó una vibración de temor y compasión) a su hija y a sus nietos.

—Tienes que retirar esa denuncia y apartarte de esa gente. No es una opción, Gonzalo, no estoy negociando.

—No voy a retirar la denuncia, Agustín.

—Ya has puesto a mi hija y a mis nietos en peligro una vez. No permitiré de ninguna manera que lo hagas de nuevo, ¿me entiendes? Haré lo necesario para que así sea. Lo necesario.

Y en su mirada tenían cabida todas las posibilidades.

El viejo *Lukas* dormitaba en el recuadro de luz que el sol dibujaba en las baldosas. Los perros eran como las personas, o viceversa; buscaban inútilmente el calor que ya no podía calentar los huesos. Alcázar fue a la despensa y abrió una lata de carne picada, la mezcló con pienso bajo en grasa y le puso el comedero cerca del hocico. *Lukas* era ciego y sus ojos blancos eran como un estallido lechoso, había nacido así y lo hubieran sacrificado en la perrera si Alcázar no se hubiera encariñado con él. Después de doce años juntos, ninguno de los dos necesitaba la vista para reconocerse en la oscuridad. No todas las parejas podían decir algo así.

El perro, el fruto bastardo de husky y madre mil leches, alzó el hocico, olfateó la mano de su amo y masticó con sus dientes amarillentos y cansados. No gruñó cuando Alcázar le acarició su pesada cabeza canosa. Los perros se le daban bien, su padre era aficionado a la caza y en casa siempre rondaban podencos y galgos. Alcázar sabía cómo tratarlos y en general siempre le parecieron mucho más llevaderos que las personas. Una persona podía ser fiel, pero un perro era por encima de todo leal, y no cualquiera podía comprender la diferencia. Sólo pudo comprenderlo Cecilia.

Quizá por eso estaban solos, el viejo *Lukas* y el viejo Alcázar, en aquel piso de cuarenta metros cuadrados con vistas a un muro de ladrillos manchados de pinturas soeces donde todos los borrachos del barrio iban a mearse y a cagar. «Cada hombre se labra su futuro», solía decir su padre. Alcázar se había labrado el suyo, así que no se quejaba. Sólo constataba el hecho irrefutable de que, de un tiempo a esta parte, encontraba la cama demasiado grande para él solo, y que el fantasma de Cecilia que ocupó tantos años el lado derecho del colchón, últimamente lo visitaba demasiado a menudo.

Necesitaba un cambio. Pasar los últimos días de su vida tranquilamente, dejando que la melancolía se lo fuera comiendo poco a poco, sentado como un jubilado de oro en los cayos de Florida con una cerveza en la mano viendo cómo el sol tiñe de púrpura el océano.

Preparó un poco de café y puso queso fresco en una tostada de pan. Intentaba desayunar algo antes de ponerse a fumar. Se engañaba diciendo que algún día iba a

ser capaz de dejarlo. Nadie deja los vicios con los que ha vivido siempre; son los vicios los que lo desechan a uno. El televisor de la cocina estaba encendido. El comisario jefe estaba dando una rueda de prensa. Alcázar subió el volumen.

El caso de Laura seguía trayendo titulares. Alcázar se fijó en los pelos blancos que le asomaban en los orificios nasales a su exsuperior. La americana era demasiado tupida para este calor y el comisario sudaba. Se le notaba inquieto.

—¡Qué hijo de puta! —dijo. De modo que lo había hecho: Gonzalo se había acercado al mismo avispero que su hermana y lo había azuzado como un niño inconsciente con un palo. Y ahora las avispas revoloteaban furiosas. El comisario terminaba de anunciar que la unidad de Delitos Monetarios acababa de poner en marcha una vasta investigación que pretendía dilucidar la relación de varias empresas con la mafia rusa. Al menos, todavía no había mencionado oficialmente a ACASA. Pero eso no significaba que no se avecinaran serios problemas que con la muerte de Laura y de Zinóviev creía haber dejado atrás. Era cuestión de tiempo que el nombre de Agustín González saltara a la palestra, y después lo harían algunos otros... Hasta que llegase su turno. Alcázar no se hacía ilusiones: él era el eslabón más débil de la cadena. El sueño de la vejez dorada en los cayos se alejaba por momentos.

Esperó que el comisario dijese algo más a preguntas de los periodistas, pero después de contestar un par de ellas acogiéndose al sobado secreto de sumario, Alcázar perdió el interés y cambió de canal. Justo en ese instante llamaron a la puerta. El timbrazo sonó repelente y el viejo *Lukas* lanzó un ladrido afónico que no podía asustar a nadie.

Anna Ajmátova estaba en la puerta.

—¿Has visto las noticias? —le preguntó a bocajarro la anciana.

Alcázar lamió su mostacho.

—Vaya, no has tardado mucho en aparecer... ¿Qué es eso que traes?

La anciana le tendió el envoltorio.

—Un libro; en mi tierra, cuando se visita a un amigo largamente olvidado, se le hace un regalo de cortesía.

—¿Ahora somos amigos? Eso me tranquiliza.

Anna le devolvió una mirada áspera, como si entre sus ojos y su mirada hubiera una distancia inalcanzable y entre ambas flotaran las cosas. Algo así como la mirada de un pozo.

—No deberías —replicó ella con una media sonrisa.

«Combray entero y sus alrededores, todo eso, pueblo y jardines, que va tomando forma y consistencia, sale de mi taza de té».

Alcázar redobló su mirada de suspicacia.

—No entiendo que a la gente le gusten estos alambiques de palabras.

—Es bueno recordar que de tanto en tanto las personas pueden ser civilizadas y un poco sofisticadas.

«¿Y a dónde te ha llevado esa creencia?», se preguntó Alcázar. Esa supuesta civilización podía ser pavorosamente descorazonadora. Las palabras, el lenguaje, le parecían una perversión que siempre encontraba el modo de enroscarse un poco más. Estuvo mirando de reojo a la anciana mientras colocaba el libro en un estante. Su apariencia era sumamente frágil, poca cosa, y a la vez muy fuerte, como si los muchos años acumulados en los huesos la hubieran endurecido. Su rostro todavía conservaba la belleza, no ya de la juventud, sino algo mucho más sutil y natural, una expresión de calma que servía de dique eficaz contra las prisas que siempre tiene el tiempo para zanjar una vida. La mayoría de la gente acumulaba los años sin ser más lúcida o más sabia, sólo más vieja. Pero ella no era como el resto de la gente.

—Por lo que yo recuerdo, cuando eras más joven no eras ni civilizada ni sofisticada.

—Entonces todavía no había leído a Proust —sonrió ella.

—Sigo sin entender una sola palabra de lo que dice —se limitó a refunfuñar Alcázar.

Anna le dirigió una mirada de reprimenda, como si fuera un niño pequeño e ignorante. Y de repente, en esa mirada, el inspector creyó recordar un matiz que le resultaba vagamente familiar y acusador, el de su propio padre, Ramón Alcázar Suñer, don Ramón a secas, como le llamaba todo el mundo en los juzgados, en las calles y en la comisaría.

—Diría que Proust afirma que cada cosa regresa a su lugar con el tiempo.

—¿A qué se refiere?

La anciana ladeó la cabeza, pasó la punta de la lengua por el labio superior, como si se esforzara en encontrar las palabras, pero finalmente desistió.

—Si no lo entiendes, yo no puedo explicártelo —respondió, mirando hacia el estante. Se había fijado en la fotografía que Alcázar conservaba junto a su padre, ambos de uniforme, el día que el hijo se graduó como policía.

Lukas se acercó a husmear bajo los volantes de la falda de la anciana. Con los años, Anna Ajmátova había aprendido a dominar la aprensión que le producían los perros, especialmente los que se parecían tanto a los lobos. Se mostró tranquila pero no acarició al animal, que volvió a tumbarse entre las baldosas que calentaba el sol. Alcázar sirvió café para los dos y se sentaron en el sofá, cada uno a un lado del reposabrazos y separados por un par de cojines bordados. Alcázar observaba el modo en que Anna daba vueltas al café, pensativa, hasta que de pronto dejó de darle vueltas a la cucharilla y alzó la cabeza con un largo suspiro y volvió a mirar la foto de Alcázar con su padre.

—La memoria es algo prodigioso. Inventa como quiere el relato de una vida, utiliza lo que le conviene y desecha lo que le estorba, y es como si nada hubiese existido... Diría que de eso habla Proust.

Alcázar no se dejó engañar por los gestos medidos, las palabras correctas, los juicios neutros. Conocía a Anna desde el verano de 1967, y sabía que cuando se lo proponía, resultaba impenetrable. Sus ojos miraban al inspector como taladros rompiendo el hormigón.

—Desde que Laura murió no he dejado de preguntarme qué papel tuviste en su muerte. Y también en la de Zinóviev.

Alcázar reaccionó con frialdad. Apenas parpadeó, y luego meneó la cabeza, negando pero sin consistencia.

—Deberíamos dejar esta conversación. Es un poco peligrosa.

—Un poco tarde para eso, inspector. Teníamos un acuerdo, y yo he cumplido mi parte todos estos años. No fui yo quien vino a buscarte, fuiste tú quien me paró por la calle el otro día, por si no lo recuerdas. No soy yo quien está removiendo la porquería con un palo.

Alcázar se echó la mano al mostacho.

—Si esto es un interrogatorio, deberías haberme advertido. Habría avisado a mi abogado.

Anna sonrió con indulgencia.

—¿A Agustín González? Después de lo que acaba de salir en televisión está acabado. Es cuestión de tiempo. Y el siguiente serás tú, supongo que lo imaginas.

—Nunca me han amenazado con tanta amabilidad.

—No te estoy amenazando. Sólo intento comprender cómo has permitido que el hijo de Elías se involucre en esto. Te advertí con Laura, y no quisiste escucharme. Y ahora permites que ese abogado se meta en este fango del que no sabrá salir.

—Te recuerdo que ha sido tu hija Tania la que se ha acercado a él. Si no la hubiese reconocido en la grabación de seguridad del aparcamiento junto a Gonzalo, no me habría acercado a ti, te lo aseguro.

—Tania no volverá a entrometerse. Ya me he ocupado de eso. Pero no has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Laura y la muerte de Zinóviev. Cuando su hermano empiece a tirar de la manta, ¿qué encontrará?

—No me gusta cómo suena eso, Anna. Yo no le haría daño a Laura, nunca; ya deberías saberlo después de lo que pasó en el lago en 1967.

La anciana cogió las tazas vacías y las llevó al fregadero. Durante unos segundos apoyó los dedos en el mármol frío. Luego desvió la mirada hacia *Lukas*. El viejo perro dormitaba bajo la luz listada que se colaba por la persiana. Al menos él había

entrado en calor. Se volvió hacia Alcázar y lo estuvo mirando largamente, sin prisas, con una luz brillante en el fondo de la mirada. No quería hacerle daño. Pero a veces, hacer daño era inevitable. Incluso necesario. Y era una verdadera lástima.

—Ese fiscal parece muy seguro del terreno que pisa.

—Gonzalo tiene pruebas. No sé cómo las ha conseguido, pero lo sospecho. Cuando estaba en el hospital se mostraba muy preocupado por la desaparición de cierto ordenador; imagino que se trata del ordenador personal de Laura, y que quien se lo ha proporcionado es el confidente que ella tenía en la Matrioshka.

La anciana se secó las manos con un paño. Un nombre bastante ridículo de llamar a la organización.

—Tienes que encontrar a ese confidente como sea, Alcázar. O será peor, mucho peor que lo que ocurrió con el hijo de Laura.

Alcázar se percató del cambio en la oscuridad que rondaba sus ojos. Esa misma mirada que había visto aquella noche frente al cuerpo inconsciente de Elías, cuando la encontró en la orilla del lago con la camisa ensangrentada. Una mirada que era como el leve crujido del hielo antes de romperse bajo los pies.

—Sé lo que estás pensando, Anna. Y te equivocas.

—¿Y qué es lo que pienso, Alcázar? ¿Que asesinaste a Zinóviev y empujaste a Laura al suicidio para hacerla parecer culpable?

Alcázar le sostuvo la mirada.

—Deberías volver a tu librería, Anna. Quién sabe, tal vez alguien quiera que le expliques por qué ese Proust perdió el tiempo en busca del tiempo perdido.

La anciana asintió. Alcázar la acompañó hasta la puerta.

—¿Cómo es ella? —preguntó Anna, deteniéndose con la mano en el pomo.

Alcázar fingió no entender la pregunta.

—Caterina, su mujer. ¿Cómo es ahora?

—Vieja, como nosotros. Y ya no se llama Caterina. Se llama Esperanza.

—Siempre pensé que mi madre habría sido mejor esposa para Elías...

Se acercó a la mejilla del inspector y lo besó con un beso de mariposa, rápido y suave. Un gesto de afecto que parecía impropio y que desconcertó a Alcázar.

—¿A qué viene esto?

Anna Ajmátova le dedicó una última mirada.

—No hay nada malo en un poco de ternura entre solitarios, ¿no te parece?

El viejo *Lukas* alzó la cabeza al escuchar la puerta cerrarse. Olfateó el ambiente y notó ese olor de sudor acre de su viejo amo. Confiado, volvió a dormitar con el hocico sobre las patas.

De alguna manera los pasos de Gonzalo lo condujeron al frente marítimo. Solía acudir allí cuando necesitaba pensar. Desde que era un adolescente, le gustaba

acercarse a la escollera y sentarse en una roca a contemplar el mar y a los pescadores de caña que llegaban al atardecer. Había una chica en la orilla, protegida con un pañuelo sobre los hombros. Empezaba a refrescar por las noches. El viento le revolvió el pelo, y miraba el mar quizá soñando con ser una sirena. Durante un buen rato, contempló la boya que se mecía a la entrada de la bocana. Los barcos cargueros que navegaban paralelos al horizonte avanzaban tan despacio que parecían inmóviles, el rumor de las olas siempre era el mismo, la mollicie oscura de la montaña de Montjuïc muy en el extremo del litoral se asemejaba a un espejismo. No se había dado cuenta de que estaba anocheciendo y que las farolas del paseo se habían iluminado a su espalda.

Una máquina de limpieza rastrillaba la arena de la playa con potentes focos, cerca de una pareja que retozaba sin inmutarse, embebidos el uno del otro. Un latero se bebía en el banco contiguo la cerveza caliente que no había podido vender durante el día y canturreaba historias etílicas de su tierra. Dos jóvenes rateros merodeaban a la caza de turistas despistados hasta que el destello azul muy a lo lejos de un coche de policía los ahuyentó.

Un indigente de aspecto hostil se acercó a él con un cartelito taxativo colgado en el cuello: «¡Tengo hambre!». Como si exigiera su tributo. «¿Y a mí qué? ¡Que te den por el culo!», pensó Alcázar, pero su mano buscó el bolsillo y le dejó algunas monedas sueltas.

Todo pasaba al mismo tiempo a su alrededor, pero era como si no fuera con él. El mundo le parecía insoportablemente feo cuando no le daba la espalda y se concentraba en el mar que empezaba a oscurecerse. ¿Qué tiene el mar, que todos buscan en él las respuestas? La inmensidad, pensar que uno puede fundirse con ese todo y desaparecer.

Detrás de Gonzalo, apoyado en una farola con las manos en los bolsillos, el ex inspector jefe Alcázar observaba con expresión tosca y desgastada el mismo horizonte. Tenía un aspecto lamentable con la americana arrugada, barata, y la corbata con el nudo flojo. Lucía una barba de tres días que circundaba con un hormigueo discontinuo y canoso su amplio mostacho.

—Tienes a todo el mundo muy preocupado.

—¿Cómo me ha encontrado?

Alcázar buscó acomodo a su lado y se secó el cráneo afeitado con un pañuelo. Un ronchón de humedad asomaba bajo las axilas. Guardó el pañuelo y cruzó los dedos, apoyando los codos en las rodillas.

—Tu portero no es muy discreto que digamos. Eres un tipo previsible, Gonzalo; espero que Atxaga no se haya dado cuenta o se lo pondrás muy fácil.

—No necesito una niñera.

—Eso ya me lo dijiste en el hospital. Y creo que quedó claro. Sólo hago mi

trabajo.

—Buscar a Atxaga y protegerme a mí, y a mi familia —salmodió Gonzalo.

—Eso es.

—¿Y qué más?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué más hace para mi suegro? ¿Por qué usted y no cualquier otro?

Alcázar había estudiado a Gonzalo desde el principio. Habían pasado treinta y cinco años, y Gonzalo era entonces un chiquillo de cinco, callado, introvertido y demasiado serio para su edad. Sentado entre su madre y su hermana mayor en el banco de la comisaria daba la impresión de querer borrarse. Al verlo en el hospital se dio cuenta de que seguía siendo esa clase de persona que prefiere ser invisible. Lo opuesto a Laura. Resultaba increíble que fueran hijos del mismo padre y la misma madre.

—Las casualidades sólo son una apariencia en la que se escudan los que no necesitan saber más. Podrías conformarte con eso, tú también. Puede que vivieras más tranquilo.

—Es un poco tarde ya para eso.

Alcázar se mesó el mostacho, concentrándose en el crepúsculo violáceo que iba tiñendo el mar. Imaginó lo que estaría pensando en aquel momento de él Cecilia; si su esposa le esperaba en el cielo, iba a tener que usar todas sus dotes de persuasión para convencer a san Pedro, su santo preferido, de que lo dejaran entrar.

—Supongo que tienes razón. Siempre llega un momento en el que ya no se puede retroceder.

Cuando le diagnosticaron el cáncer a Cecilia ella se tomó la enfermedad sin esperanza pero sin amargura, con un tranquilo fatalismo alimentado por su fe. Su esposa se volcó como nunca en la religión, iba a misa dos o tres veces por semana, rodeándose de versículos de la Biblia, de rezos y de comuniones. Alcázar fingió aquel tiempo contagiarse de su devoción, interpretando su papel con resignación sólo para verla contenta. La acompañaba a los oficios en la iglesia del Pi, la esperaba pacientemente mientras ella se confesaba y luego, al volver a casa, no tenía inconveniente en sentarse a su lado para leerle las cartas de san Pablo a los corintios. Sentía predilección por aquella que hablaba del poder del amor, y mientras le recitaba «el amor todo lo puede, el amor no se espanta...», ella le apretaba la mano y él tenía que esconder su congoja y la rabia contra ese Dios que, a medida que avanzaba la enfermedad, ocupaba más presencia inútil en sus vidas, un Dios al que Cecilia se entregaba pero que no escuchaba sus ruegos. Cuando más lo odiaba era cuando ella se retorció de dolor en la cama, e incapaz de levantarse ya las últimas semanas de agonía, lo invocaba entre gritos y llantos, y Él permanecía en silencio.

Hubo días en los que Cecilia se empeñó en continuar un régimen de vida que

aparentaba normalidad, como si no advirtiese que día tras día la enfermedad germinaba en sus entrañas pudriéndola por dentro; aún se amaron alguna vez y el sexo adquirió una suerte de placidez, de lentitud tierna alejada de lo melodramático y del exceso de otros tiempos. Antes de morir, Cecilia le dijo que la muerte se le presentaba por las noches sin dramas, sin tensiones ni violencia. Esa visión la ayudaba a esperar con sosiego. Le pidió que rezara por ella, que no abandonase a Dios, y él se lo prometió.

Y poco después apareció Laura, como salida de otro tiempo que ya había dejado atrás. Alcázar había retomado su rutina en el trabajo sin mencionar la muerte de su esposa, pero pensaba en ella a todas horas y aquel pensamiento era un tormento continuo. Cumplía sus obligaciones con una frialdad distante; para él los seres humanos y sus problemas se habían transformado en un trasunto de su propio dolor y de su pérdida. Se volvió cínico y descreído, taciturno y cruel. Acudía por las noches a la misma iglesia y se sentaba en el último banco, alumbrado por las débiles llamas de las velas votivas, donde porfiaba durante horas con Dios, escudriñando el rostro del Cristo que pendía sobre el altar, símbolo de una eternidad inmóvil que le angustiaba, alusión de su desdicha, de su propia muerte y de su soledad. Miraba aquel crucifijo y tenía la certeza de que estaban condenados a permanecer el uno frente al otro en silencio para siempre.

La víspera de Nochebuena, un coro de monaguillos acompañados a la guitarra por un joven seminarista ensayaba villancicos en el altar de la iglesia del Pi. Una mujer joven vino a sentarse al lado del inspector y le sacó de sus cavilaciones. Era ella, Laura. Tenía dibujada una sonrisa nerviosa en los labios cuando le dijo quién era. Alcázar se puso rígido y se quedó muy quieto, conteniendo la respiración tanto que Laura llegó a asustarse. Salieron de la iglesia y estuvieron tomando un café en la plaza de los pintores. Había bullicio de luces, gente que cargaba abetos y pesebres comprados en la feria de Santa Lucía, frente a la catedral, una alegría invernal de la que ellos eran ajenos. Hablaron, y mucho, de lo que ocurrió aquel verano de 1967. Y lo primero que les sorprendió, y les hizo reír, pese a la gravedad del asunto que trataban, fue la visión tan dispar que ambos tenían de los mismos sucesos.

Laura había conservado el recuerdo de una niña asustada que se presentó en comisaría, acompañada de su madre y de su hermano pequeño, para decir que su padre no había regresado a casa después de la verbena. Ella tenía grabada la impresión del peluquín torcido de Alcázar, la gota de sudor que le partía en dos la frente y su nariz, que entonces (ahora podía corroborar su error) le pareció enorme. También recordaba, dijo, lo que hablaron a solas en el despacho del inspector, las mangas de la camisa remangadas y su pierna apoyada en la esquina de la mesa de madera, meciendo el pie con impaciencia.

—Tenías un cordón desabrochado y me entraron ganas de inclinarme y

abrochártelo, pero estaba tan asustada que no me atreví a moverme.

Recordaba, siguió enumerando, que el inspector le ofreció un vaso de agua, y que ella hubiese preferido coger uno de los pitillos que él fumaba sin parar. También dijo que se acordaba de cómo, moviendo aquel enorme mostacho (que entonces era rubio y ahora casi blanco), el inspector inclinó hacia ella su cara tanto que casi le rozó la nariz con la suya, como los esquimales, y le dijo, muy bajito: «No te creo, me estás mintiendo. Y ahora me vas a decir la verdad». Y cómo ella se azoró y se asustó tanto que se clavó las uñas en la palma de la mano hasta hacerse daño. Nunca supo cuánto tiempo estuvieron encerrados en aquel despacho, cuántas veces ella repitió la misma historia: su padre se había enfadado en uno de sus habituales ataques de rabia, había roto los muebles del cobertizo porque ella no había logrado recordar un viejo poema, había bebido y la había golpeado (ella le mostró a Alcázar los moratones y los arañazos en el brazo, la rodilla y el cuello, no demasiado exagerados, pero visibles) y luego, como hacía cada vez que eso ocurría, la había abrazado, besado y pedido perdón.

Entonces había escuchado el motor del viejo Renault desaparecer por el sendero que iba al lago, y horas después lo habían encontrado con las puertas abiertas, y vacío, junto a la orilla. En el salpicadero había una nota de su puño y letra despidiéndose de manera lacónica: «Necesito escapar de aquí. Perdonadme». ¿Cuántas veces repitió lo mismo? Una docena, puede que más. En su memoria, aquello duró horas, ella repitiendo la letanía y el inspector moviendo su zapato en el aire, leyendo aquella nota y meneando la cabeza cada vez que le decía: «No te creo». Hasta que por fin le contó la verdad, y le habló de Anna Ajmátova, aquella mujer rusa que había llegado a principios de verano para alquilar una casa contigua a la suya y que tenía una hija un poco más pequeña que su hermano Gonzalo.

—En realidad, fueron menos de quince minutos —le rectificó Alcázar. Como en 1967, seguía fumando Ducados y esta vez invitó a fumar a Laura, sonriendo con cansancio.

Ése fue, más o menos, el tiempo que ella tardó en contarle lo que había ocurrido realmente. Tenía ganas de hacerlo, de quitárselo de encima. Era una carga demasiado pesada para una niña. No necesitó asustarla, ni ser brutal. Sólo tuvo que empujarla un poco y esperar. Cuando ella dejó de convulsionarse por el llanto, la hizo volver al pasillo con su madre y con su hermano ordenándole que no dijese nada. Alcázar recordó cómo todas sus fibras se activaron al tiempo en un baile eléctrico de emoción y dudas. Era un joven inspector que hasta aquella noche no había tenido ningún caso importante del que ocuparse, medrando a la sombra de su padre, el inspector jefe de la BRIPO en Barcelona.

La desaparición de Elías Gil le venía grande a todas luces. De modo que hizo lo único que podía hacer, llamar a su padre, intuyendo el caso más importante de su

carrera; necesitaba que su padre le dijera cómo debía proceder. Y entonces su padre tomó aquella decisión que cambiaría todas sus vidas para siempre. Una decisión que sólo competía a Alcázar, a Laura, a Anna Ajmátova y al propio Elías Gil.

Durante unos minutos, largos y lentos, el ex inspector jefe Alcázar permaneció con la mirada perdida en el oleaje que se estrellaba mansamente contra la escollera. El tiempo se convertía en su cabeza en una línea de acontecimientos que, a diferencia de lo que le ocurría a la mayoría de los mortales, no era recta ni sucesiva, sino curva y simultánea, un círculo que se retroalimentaba continuamente, transformando el pasado en presente y viceversa. ¿Qué era ahora? Un viejo que miraba con nostalgia cómo anochecía junto al mar, frente a un joven que creía conocer toda la verdad, como también él lo creyó una vez.

—He hecho muchas cosas en mi vida de las que no me siento muy orgulloso. Pero jamás he matado a nadie, te lo aseguro. Tu hermana Laura lo sabía.

Al volver a pensar en Laura, Alcázar veía a una mujer llena de vigor y decidida. Eran los meses previos a la Exposición Universal de Sevilla y a las Olimpiadas de Barcelona: España bullía efervescente; el dinero corría como un río inagotable; filibusteros, especuladores y mercenarios de todas partes desembarcaban dispuestos a obtener su tajada en forma de contratos públicas, construcciones de pabellones y sedes, servicios en el transporte... El país iba a dar un salto sin red bajo la atenta mirada de medio mundo, y precisamente en aquel inoportuno momento habían saltado a la luz algunos casos de prostitución y explotación infantil que dañaban esa imagen de pujanza y que los políticos deseaban enterrar definitivamente. Ordenaron a Alcázar crear una brigada especial contra el tráfico de menores y su explotación sexual, pero lo hicieron con esa imbecilidad frívola de quien desconoce la realidad, suponiendo que ésta podía doblegarse con un simple gesto displicente, sin dotarlo de verdaderos medios y sin un respaldo honesto de parte de las instituciones implicadas.

Pero Laura insistió en acompañarle, estaba cargada de buenas intenciones pero no era ingenua, conocía el mundo, había viajado y había estado desde hacía tiempo en contacto con asociaciones que combatían la lacra de la explotación infantil. Además, había algo más importante, algo que no se le escapó a Alcázar. Desde el principio, aquel afán suyo fue personal, tenía que ver con sus propios fantasmas; tenía que exorcizarlos, echarlos fuera de sí. ¿Fue por ese entusiasmo que la aceptó? Tal vez pensó que necesitaba a alguien con su empuje, alguien que pudiera convencerle de que lo que hacía, por poco que fuera, significaba más que nada, y que no podía dejar de hacerlo pese a esa sensación de inutilidad. Pero la verdadera razón, de la que nunca más volvieron a hablar tras aquel primer encuentro, fue que Alcázar sintió que se lo debía. Tenía una deuda con ella, los dos lo sabían, y él se dispuso a saldarla.

Diez años después, los dos habían cambiado en sentido opuesto. Había

demasiadas cosas en juego (en esencia, una sola: dinero) y Alcázar no tardó en comprobar lo que ya sospechaba. Desde el primer momento, cuando se propuso destapar la liebre y metió el dedo en el ojo a personas que no querían ser molestadas, se sintió aislado. Sus jefes querían titulares efectistas, no escándalos. Así conoció a Agustín González (le parecía increíble llevar tantos años tratando con el viejo), un abogado que había sabido leer los tiempos que corrían y auparse en la cresta de la ola defendiendo a quien tuviera dinero para pagar sus desorbitadas minutas. El viejo fue listo, comprendió que Alcázar nunca pensó que podría derrotar a sus representados, y que la mierda tenía que seguir fluyendo; bastaba con disimular el hedor. Y no le costó convencerle de que él podría beneficiarse también de la coyuntura si sabía lo que le convenía.

Así se volvió corrupto, sin voluntad y sin oposición. Aceptando lo que le parecía inevitable. Detenía a quien podía detener, aceptaba las condecoraciones y las felicitaciones cuando cerraba un prostíbulo o desmontaba una red de tráfico de menores y, por otro lado, aceptaba también, con algo menos de náusea, las dádivas de Agustín a cambio de información privilegiada que afectaba a sus representados. Se codeaba sin disimulo con gente poderosa que tenía a bien invitarle a pasar un fin de semana en una montería cacereña o en un velero en Ibiza, rusos, azerbaiyanos y georgianos que empezaban a extender sus tentáculos sobre la costa española, desbancando a las tradicionales mafias italianas, francesas y británicas.

Fue así como conoció a Zinóviey, aquel jovenzuelo atlético y arrogante, medio loco y pederasta que llevaba el negocio de los menores. Hasta entonces, Alcázar nunca había oído hablar de la Matrioshka. Fue Laura la que le puso ese curioso nombre al complejo árbol de ramificaciones que colgaba en su despacho, en uno de cuyos vértices figuraba destacado el sicario Zinóviey. No sabían si la Matrioshka era una leyenda, una persona física que dirigía aquel complejo entramado o si era un consorcio, una idea abstracta que servía de paraguas a Zinóviey y los demás. Cuando Alcázar le preguntó directamente a Zinóviey, éste le respondió con una carcajada cruel.

—Usted preocúpese de que esa putilla suya no nos toque demasiado los cojones.

Alcázar trató de ayudarla, Dios y Cecilia sabían que lo había intentado con todas sus fuerzas. Cuando iba demasiado lejos procuraba convencerla de que se ocupara de su familia, que sopesara los riesgos, y si eso no bastaba, entonces tenía que encargarse personalmente de hacer fracasar sus redadas, conducir sus investigaciones a un punto ciego, o suplicar a Zinóviey que hablara con sus jefes para darle algunas migajas que calmaran la sed de Laura. Sin que ella lo sospechase siquiera, Alcázar le había salvado la vida en más de una ocasión. Pero fue demasiado lejos. Había conseguido un confidente, alguien de dentro de la organización.

A pesar de los esfuerzos de Alcázar, no consintió en darle su nombre. Su fuente

aseguraba que había policías y otras autoridades a sueldo de la Matrioshka. Ingenuamente, ella pensaba que al no decirle más lo mantenía a salvo. Consiguió el apoyo de un fiscal joven y de un juez de la vieja guardia, alguien que detestaba por encima de todo a los corruptos. Laura empezó a obtener órdenes de registro, llegaron las detenciones, las grandes redadas, y Alcázar no sabía cómo parar aquella fuga. Empezó a comprender que el objetivo de Laura era Zinóviev, pero supo que no se iba a detener ahí. Uno por uno, iba a tachar todos los nombres que aparecían en su árbol de la oficina. ¿Y luego?... Luego llegaría hasta él.

Estaba frenética, como el cazador que huele de cerca la presa, que la sabe al alcance, renqueando. ¿Empezó a sospechar de él en los últimos tiempos? Tal vez. Por supuesto, ella ya conocía a Agustín González, y no porque fuera el suegro de su hermano (y aquello sí podría considerarse una fatal casualidad), sino porque desde que Laura ingresó en la brigada sus enfrentamientos en los juzgados fueron épicos. Una y otra vez, el bufete de Agustín González desmontaba sus investigaciones, encontraba defectos de forma, poca consistencia en las pruebas, y los detenidos de Laura salían en libertad. Lo odiaba profundamente. Agustín lo sabía, y también que no podría comprarla, de modo que cuando se puso en marcha el proyecto de ACASA, sugirió que Alcázar la tantease. Fue un terrible error. Desde ese momento, Laura empezó a distanciarse de él, como si fuera un apestado. Nunca lo acusó de nada, pero se negaba a pasarle información. Alcázar supo, poco antes de que todo se precipitara, que Laura había empezado a investigarle. Era cuestión de tiempo.

Y entonces ocurrió aquella tragedia. Zinóviev decidió actuar por su cuenta, secuestró al hijo de Laura, Roberto. Alcázar lo recordaba bien, era un niño vivaz, peculiar en su fisonomía, con los ojos pequeños, afilados como pequeños cortes en su cara redonda, un poco revoltoso y que adoraba a su madre. Alcázar no lo supo hasta que fue demasiado tarde. Fue Laura la que se lo dijo, le enseñó aquella carta zafia, un anónimo escrito a mano que la advertía de que dejase de tocar los cojones. Estaba aterrada, fuera de sí, como si de repente fuera consciente de la enormidad que había cometido, como si hasta ese momento no hubiera tenido noción de con quién se estaba metiendo. El niño debería haber vuelto a casa a los dos días. Zinóviev le juró que ésas eran las instrucciones que había recibido de la Matrioshka, y por primera vez, Alcázar le amenazó: si le ocurría algo al chiquillo y no lo devolvía inmediatamente, se las pagaría todas juntas. Zinóviev lo calmó, le dijo que no tenía que alterarse. Sólo era un aviso, y la subinspectora lo entendería. ¿Por qué lo mataron, entonces? ¿Fue un error, una equivocación? Un disparo a bocajarro no es ningún error. Quizá les vio la cara, quizá Zinóviev se sintió amenazado y decidió por su cuenta y riesgo desembarazarse de las pruebas.

Después de aquello, Laura se murió en vida. En el departamento le dieron la baja y la obligaron a someterse a un tratamiento psiquiátrico, pero ya no escuchaba a

nadie, ni siquiera a su marido, aquel arquitecto de familia rica. Incluso antes de que muriera su hijo el matrimonio ya no marchaba bien. Uno no puede estar viendo todos los días el horror sin que tarde o temprano le manche. Laura necesitaba desde hacía años somníferos para dormir, y aun así, apenas descansaba. Después llegaron las anfetaminas, el alcohol. Alcázar lo había visto en otros, incluso había experimentado en carne propia cómo el mal se adueña de la mirada y lo deshace todo como la arcilla.

Unos meses después su esposo se marchó de casa, y Laura se dejó arrastrar ya sin freno hacia una vorágine destructiva. Tomaba demasiada cocaína, demasiados ansiolíticos, demasiado alcohol. Se presentaba en casa de Alcázar completamente borracha o drogada a horas intempestivas, lloraba hasta quedarse reventada en el sofá, y cuando el inspector despertaba ella ya se había marchado otra vez. Empezó a salir con tipos extraños, con cualquiera que quisiera hacerle compañía. Apenas comía, no dormía. Hasta que una noche provocó un grave altercado en un *pub*: estaba muy colocada y los porteros no quisieron dejarla pasar. Laura sacó el arma reglamentaria, se le escapó un disparo y no mató a nadie de milagro.

Salió huyendo y la encontraron a la mañana siguiente en su coche, sangrando por todas partes. Se había lacerado la carne, balbuceaba en estado de *shock* y hubo que ingresarla en la unidad psiquiátrica del Valle de Hebrón. Cuando le dieron el alta la estaban esperando los de asuntos internos, le retiraron el arma y le comunicaron que iban a abrirse cargos contra ella por el asunto del bar. Después de todo lo que había pasado, iban a expulsarla de la policía. La muerte de Zinóviev fue su epitafio.

Que se suicidara no fue más que un final melodramático, impropio en cierto sentido de Laura.

¿Impropio? Alcázar negó con la cabeza, observando a Gonzalo. El abogado se sujetaba la cabeza como si fuera a caérsele de los hombros. Le habían salido unos anillos violáceos en torno a los ojos y tenía un temblor nervioso, involuntario, en los labios. Inspiraba lástima, era más que evidente que todo aquello estaba poniendo a prueba su capacidad y que estaba a punto de desmoronarse. Y sin embargo, al suicidarse, Laura lo había metido de lleno en todo aquello, obligándole a terminar lo que ella no había podido concluir. Y a juzgar por los quebraderos de cabeza que aquel abogado le estaba trayendo, no le faltaba razón. Si alguien conocía a Gonzalo Gil era su hermana, no cabía duda.

Nunca se iba a terminar aquello, pensó. Elías, Laura, y ahora Gonzalo. Mientras siguiera con vida uno de los Gil, el pasado seguiría buscándole para morderle por las noches.

—Tienes que apartarte de todo esto, Gonzalo. Ahora.

—El viejo le ha mandado para que me presione. ¿Es eso?

Alcázar se rascó el mostacho, pensativo, y siguió hablando, como si no lo hubiera escuchado.

—El viejo tiene razón. Nunca podrás con ellos, sólo conseguirás destruirte, destruir a tu familia, como hicieron con tu hermana. Ésta no es tu guerra, nunca la ha sido. Tú eres un buen padre de familia, un abogado discreto pero honesto. Quédate con eso, consérvalo porque es muy valioso. Quédate, si quieres, con la idea de que tu padre fue un mártir y que los cabrones como yo lo matamos. Llévale flores a tu madre, escribe un libro... Pero apártate de todo esto. El viejo te pagará una buena suma por la finca, véndela. Fusiona tu bufete con el suyo, mira cómo crecen tus hijos y envejece con tu esposa, sin tener que preocuparte por el dinero o mirar atrás cada día. Sigue con tu vida, y no te sientas obligado por el recuerdo de tu hermana. Después de todo, apenas la conocías ya. Ni fue culpa tuya ni te toca a ti cerrar esta historia.

—¿Y si no lo hago? ¿Si nunca quise hacerlo, ser un padre de familia, un abogado modesto pero honrado? ¿Si decido ser fiel a mi hermana y llegar hasta el final?

—Ya te lo he dicho, te destrozarán la vida.

—No me importa —respondió Gonzalo, demasiado irreflexivamente.

Alcázar se palmeó una rodilla y se puso en pie. Casi era de noche. Los pescadores de la escollera habían encendido sus linternas y el mar se había oscurecido por completo. El exinspector sintió dolor en los riñones. Llevaba demasiado tiempo encorvado. Sacó del bolsillo una fotografía y se la puso a Gonzalo en la mano. Hubiera preferido no tener que hacerlo, pero esperaba que con eso fuera suficiente para convencerlo.

Era una imagen de Patricia, su hija pequeña.

—¿Qué significa esto?

—Sólo el principio, Gonzalo. Sólo el principio.

Barcelona, 1936-1937

El 16 de enero de 1936, Elías Gil y Caterina «Esperanza» Orlovska se casaron en unas dependencias civiles anexas al ayuntamiento de la Ciudad Condal. Él tenía veinticuatro años y ella todavía no había cumplido los dieciocho. Fue una ceremonia sobria, bajo la sombra difusa de los ausentes. El padre de Elías había muerto en la revuelta minera de octubre del 34, asesinado sumariamente cerca de Mieres con otros líderes sindicales. Elías había aterrizado en España con el tiempo justo de asistir a su entierro y comprobar sobre el terreno la feroz represión a manos de las tropas auxiliares africanas en las afueras de Oviedo. Su madre había muerto unos meses después, en la prisión de mujeres de Zaragoza.

La realidad de la que le había hablado José Díaz le había golpeado con toda su fuerza. Pero apenas había tenido tiempo para llorar a los suyos. Palabras como esfuerzo de guerra, revolución, orden en los comités, reorganización del Partido, sustituían otras como el duelo, la tristeza, la emoción o el amor. Convencido al ver los estragos en Asturias de que había que parar como fuera al Gobierno de Gil-Robles y devolver a la CEDA a las catacumbas, Elías se entregó frenéticamente al trabajo, a las reuniones, a las conspiraciones, sepultando sus sentimientos con paladas y más paladas de tierra para cubrir ese agujero que ya era inmenso y que cualquiera que se acercara lo suficiente podía adivinar en su ojo pétreo, sin vida. En aquellos últimos meses de 1935 y principios de 1936 los encuentros con personajes del Partido como Dolores Ibárruri o aquel muchacho brillante, Carrillo, se intensificaron: mítines, huelgas, boicots se mezclaban con una creciente violencia en las calles.

Volvió a ver a su amigo de la infancia, Ramón, una vez, en Madrid, poco antes de las elecciones de 1936. Se abrazaron con cariño y cenaron en una discreta posada en Aranjuez, lejos de las miradas indiscretas. Juntos hicieron un balance realista y bastante negativo de la situación. Las cosas no podían sino empeorar. Ramón había ido ascendiendo en el escalafón de la CEDA, mientras que Elías se había vuelto un militante comunista mucho más rocoso después de lo sucedido en Asturias, y tuvieron duras palabras. Hubo un instante en el que pareció que la distancia entre ambos sería insalvable, como ocurría en tantas partes, donde vecinos, amigos y hermanos empezaban a odiarse ferozmente. Pero de algún modo lograron reconducir la situación.

—Siento mucho lo que les ha pasado a tus padres.

Era sincero, y Elías lo supo.

—Pero tú estás con ellos, Ramón.

¿Iban a volver a poner en la balanza sus responsabilidades personales en todo cuanto ocurría? Elías recordó las palabras de la viuda de Lenin; «no son las ideas las que nos traicionan, sino los hombres que las llevan a cabo». ¿No estaban siendo arrastrados por una corriente de la que no era posible escapar, como en Názino?

Pese a la discreción del encuentro, dos días después Elías recibió la visita de Carrillo. Aquel muchacho de aire intelectual y decidido le dio un aviso claro: nada de componendas con el enemigo.

—No es el enemigo, es mi compañero de pupitre, mi amigo de la infancia.

Carrillo le observó con aquella distancia burocrática y un tanto hostil que ya se estaba haciendo célebre:

—Aquí no hay amigos que valgan, Elías. Hay una raya entre dos mundos, y por si no te has dado cuenta, unos están a un lado y los otros estamos al contrario.

Elías y Esperanza (ella borró su nombre original, como expresión diáfana de la persona que había decidido ser) alquilaron un pequeño apartamento en el barrio del Carmelo, un cerro pobre de casitas humildes y calles sin asfaltar. Lo amueblaron modestamente, con mobiliario que en ocasiones Elías se encontraba en la basura o que le regalaban los amigos. Esperanza lo veía llegar acarreado cerro arriba un colchón o un par de sillas y se sentía dichosa. Estaban construyendo juntos algo nuevo, su hogar, su vida, y poco a poco Elías parecía olvidar el pasado. A veces lo encontraba acariciando aquel medallón con el retrato de Irina y de Anna con la mirada perdida, pero no volvieron a hablar nunca de lo ocurrido en Názino.

—¿Me quieres?

—Eso dice este anillo.

—¿Y tú también lo dices? ¿Me quieres?

—¿Por qué iba a casarme contigo, si no?

La gente necesita amar. Aunque tenga que obligarse a hacerlo. Eso es lo que pensaba Esperanza cuando Elías la besaba fugazmente y eludía decirle que sí, que la quería. Pero ella convertiría aquella necesidad en virtud, no le importaba cuánto tardase en conseguirlo; pensaba dedicar el resto de su vida a tapar ese agujero en el alma de su esposo. Porque ella sí le amaba, desde el primer día que le vio convertido en poco menos que un despojo en la nave donde lo ocultaba Velichko. No se había preguntado desde su llegada a este país extranjero y convulso ni por un instante si había hecho lo correcto. La elección estaba hecha, y lo que contaba era que ella tenía amor suficiente por los dos.

Aquella mañana de septiembre llovía a raudales sobre una ciudad que todavía no había asimilado que estaba en guerra. En julio el general Franco había cruzado el estrecho de Gibraltar con unidades sublevadas del ejército acantonado en África. Otras unidades militares se habían alzado también en el norte y en Castilla. Pero el

alzamiento había fracasado en Madrid y en Barcelona. Se vivían meses de una euforia extraña, tras las matanzas de los primeros días. Por todas partes se veían milicianos del PSUC, de la CNT, de la FAI y del POUM en las patrullas de control, mezclados con las fuerzas de seguridad que habían permanecido leales a la República. Grandes carteles propagandísticos inflamaban el ánimo de los barceloneses, y a todas horas la radio emitía partes patrióticos, canciones que exaltaban la tradición de lucha del pueblo catalán.

Imbuidos de esa mística, los ciudadanos se sentían héroes, todos ellos. Poco importaba que de vez en cuando hubiese tiroteos en las calles, ajustes de cuentas sin motivo o que los depósitos de los hospitales empezaran a rebosar de cadáveres. Era necesario convivir con ello, adaptar aquellos momentos singulares a la cotidianidad. Había que seguir trabajando, los niños tenían que ir a la escuela, los cines debían seguir proyectando sus películas, *Rebelión a bordo*, *Tiempos modernos*; los teatros del Paralelo debían continuar con sus funciones nocturnas, los comercios tenían que ofrecer sus rebajas de temporada. Nadie quería aceptar lo inevitable. Se decía que en pocos días acabaría todo, incluso había quien se alegraba y veía en la situación una oportunidad histórica: por fin los militares reaccionarios se habían quitado la máscara y ya no había excusas para seguir postergando la purga taxativa de las fuerzas políticas de la derecha, la iglesia y el ejército. Era el momento de exterminarlos a todos, de erradicar definitivamente el cáncer golpista que afectaba a España endémicamente.

Elías Gil observaba aquella efervescencia, atento y receloso.

—Lo queramos o no, todos vamos a ser otra cosa distinta a lo que éramos antes del 18 de julio —dijo, observando un camión blindado con las siglas de la FAI estacionado en la plaza de la Catedral. Los anarquistas eran en aquel momento los que estaban mejor organizados: ya habían enviado columnas de voluntarios al frente y controlaban el mayor arsenal de armas, incluidos vehículos blindados como aquél.

Para llegar hasta allí, Elías había tenido que superar varios controles y barricadas en las Ramblas a cargo de civiles de distintos partidos o sindicatos. Cada vez había mostrado su acreditación como agregado cultural al consulado ruso, que tenía sus oficinas en la avenida del Tibidabo. Aquel documento decía que Elías trabajaba para el cónsul, Antónov-Ovséyenko, y que su labor consistía, primordialmente, en coordinar los intercambios culturales entre organismos locales y la URSS, pero no se trataba más que de un mero eufemismo. En realidad, Elías trabajaba, como casi todo el personal del consulado, bajo las órdenes del hombre que le acompañaba aquella mañana: Ernő Gerö, alias Pedro, alias Gere, alias Pierre.

Gerö tenía unos cuarenta años, nadie lo sabía con exactitud, y le gustaban los trajes caros, preferentemente los que le hacían a medida en una sastrería de la calle Ancha. Sus rasgos eran eslavos, enigmáticos y distantes. Lo único cálido en su rostro

eran los labios, carnosos y con una expresión agradable. Los ojos siempre miraban de manera sesgada, una mirada sobria y una pose reservada. Hablaba un castellano correcto, un poco entrecortado, y sólo cuando se enfurecía realmente (cosa que jamás se permitía en público) desataba la lengua en su húngaro natal.

Aquel hombre, un poco más bajo que Elías y con aspecto de inspector de Hacienda, tenía como función reconocida la relación con el PSUC, el partido más próximo a las tesis de Stalin, y con su dirigente principal Joan Comorera, así como la supervisión del boletín del Partido, *Treball*. Pero en realidad era la mano derecha del coronel Orlov, el jefe máximo en España de la NKVD, la recién estrenada policía secreta soviética que venía a sustituir a la OGPU. Gerö se encargaba de la NKVD en Cataluña. Su misión era acabar con espías, derrotistas y con cualquier sospechoso de actividades contrarrevolucionarias. Pero sobre todo, tenía que evitar que la corriente de cambios originados desde el alzamiento militar escapase al control de los intereses de la Unión Soviética.

—El pueblo siempre tiene la razón, ¿verdad? Si ellos creen que venceremos, pues venceremos. Eso es lo que todos estos quieren oír. —Gerö señaló con desprecio un retén del POUM junto a una barrera de sacos terreros a la altura de la sede de la Telefónica, entre la Puerta del Ángel y la plaza Cataluña—. En realidad no la tiene casi nunca, porque no dispone de todos los elementos de juicio.

Elías contradecía pocas veces a su jefe. Pero Gerö no había estado en Asturias después de las matanzas de octubre de 1934. Para el húngaro, aquél era un destino más, provisional en todo caso. Después de cumplir su misión lo enviarían de vuelta al Partido Comunista Francés, de donde venía, o a cualquier otro lugar. No conocía la realidad de la gente, no entendía su odio visceral.

—El pueblo está ansioso por ejercer su derecho a la justicia directamente. Nadie ha olvidado lo que pasó hace dos años. —Pensó en su padre, fusilado por un pelotón de regulares, y en su madre, muerta por culpa de la tuberculosis en una cárcel atestada—. La gente reacciona violentamente contra el abuso del poder cuando se eleva a un extremo insoportable.

Gerö le miró con seriedad.

—El pueblo es un eufemismo, Gil, no existe tal cosa. Es pueblo cuando conviene a nuestros intereses, y deja de serlo cuando no lo hace. La demagogia, amigo mío, no es algo que deba despreciarse. ¿Quieren unos cuantos ajustes de cuentas, jugar a la guerra, saquear un poco? Bien, que lo hagan. Los soldados reclaman su derecho al botín desde la Antigüedad. A mí me encantan los correlatos históricos, pero no estamos en la Roma imperial. La ley no pertenece al pueblo, pertenece a quien lo gobierna. Y así debe ser: la primera gran victoria de una revolución es que sea sistemática, no lo olvides. Nosotros no servimos a un momento, servimos a la historia. Y para eso no pueden permitirse orgías ni represalias aleatorias. Lo primero

es ganar la guerra. Y todos estos milicianos, sindicalistas y líderes locales deberían entenderlo. La libertad es un lujo que no puede concederse a la masa, no al menos en este momento. Las guerras se ganan y se pierden en la retaguardia, se requiere una disciplina, un control efectivo. Y para eso estamos nosotros aquí; tú y yo. Esto no es un juego de niños, y no vamos a consentir que lo sea, ¿de acuerdo?

Habían dejado atrás la Puerta del Ángel y con ella la antigua delimitación de la muralla romana que fue derruida en el siglo XIX para abrir el centro de la ciudad y enlazarla con la villa de Gracia y el nuevo Ensanche. No dejaba de llover, pero Gerö no apretaba el paso. Parecía que le gustaba aquella lluvia empapando su bonito traje azul oscuro. Por fin, señaló una marquesina en el cruce con la calle de las Cortes.

—Tomemos un café.

La cafetería del Coliseum estaba casi desierta. En las paredes colgaban afiches llamando al combate, campañas de escolarización para los niños, llamamientos al esfuerzo productivo. Y junto a toda aquella pamema perduraban los grandes espejos con marcos barrocos, el suelo de mármol rosado, las mesas con los finos manteles de lino y los camareros con chaleco, delantal y pajarita. En una mesa del fondo, un hombre de aspecto grueso desayunaba huevos al baño maría y se servía café en una cafetera de plata, mientras repasaba algunos documentos con aire preocupado. En la mesa contigua, tres hombres vigilaban todo el perímetro. Debajo de sus trajes eran más que evidentes las armas que portaban.

Aquel hombre era el coronel Orlov, el jefe directo de Gerö, y por tanto, también de Elías.

—Camarada coronel.

Orlov tenía aspecto cansado, probablemente no había cumplido ni cincuenta años, pero su pelo ya era plateado y las mejillas le colgaban bajo los párpados como carne apaleada. Respiraba por la nariz y mantenía la boca tercamente cerrada. Hizo un ademán con la cabeza a Gerö y enseguida se concentró en Elías. Durante unos segundos lo estuvo examinando sin dejar traslucir emoción alguna. Se concentró especialmente en el parche de cuero que le cubría el ojo.

—He oído decir que te dejaste algo más que un ojo en Siberia.

Elías no atisbó rastro alguno de ironía en las palabras del coronel. No se le ocurrió qué responder. Habían pasado casi tres años, y a pesar de que cada noche soñaba con Názino, nunca había vuelto a hablar del asunto. Lo que allí ocurrió le pertenecía sólo a él.

—¿También te dejaste tu lealtad al Partido?

—Estoy aquí, camarada coronel.

Orlov miró de reojo a Gerö y éste asintió levemente. Orlov masticó un pensamiento entre sus gruesas cejas y escupió la cáscara en forma de bufido.

—Siéntate, camarada.

Elías tomó asiento con la espalda recta sin tocar el respaldo de la silla. Gerö se quedó de pie, a su derecha. El coronel Orlov le enseñó a Elías parte del contenido de la documentación que estaba estudiando.

—Yagoda y Berman han sido destituidos y ejecutados por alta traición, supongo que ya lo sabrás. Parece ser que el informe de Velichko llegó de alguna manera a su destinatario. Por supuesto, no significa que el testimonio de unos cuantos deportados a Siberia haya sido decisivo, pero todo ha sumado, llegado el momento. Imagino que eso te satisface.

—Me limité a exponer los hechos de mi experiencia personal, camarada coronel.

—Y lograste involucrar al instructor, a su tío, que es colaborador directo de Stalin, a la viuda de Lenin y al secretario general del Partido en España. Podrían haberte fusilado por traidor, por desertor, pero el caso es que estás aquí, y me piden que utilice tus conocimientos del país. La cuestión es que no me gusta la gente que no hace lo que se supone que debe hacer. Y se supone que tú deberías haber muerto en la isla de Názino.

Elías no contestó a eso. La vida tiene un precio que puede llegar a ser muy alto, y a juzgar por la expresión del coronel Orlov, éste sabía cuánto había tenido que pagar Elías para conservarla.

Algunos atribuían al coronel la cualidad innata de conocer a los hombres de un simple vistazo. Esa falsa ilusión sobre sus dones naturales se sustentaba en su poder, un poder que supuraba todo su ser. Pero Orlov no era más que un hombre como cualquier otro. Como Yagoda, como Berman, también él vivía con el miedo en el cuerpo, terror a las purgas que se habían desatado en la URSS y que podían llevárselo por delante con un simple chasquido de labios en boca de Stalin, allá en el Kremlin. Cuanto más alto, más vértigo.

Y era en la ausencia de ese miedo donde radicaba la ventaja de Elías. A diferencia de ellos, él no aspiraba a poder alguno, no sentía aprecio por sus intereses particulares y despreciaba temerariamente su propia vida. No podían hacerle nada. Absolutamente nada.

Orlov no tardó en darse cuenta, y eso permitió que relajara un poco el cuello.

—Ella está viva. La niña está viva.

Al ver cómo el rostro de Elías se descomponía, Orlov sonrió con un punto de crueldad. A fin de cuentas, todos los hombres tienen un talón de Aquiles.

—Sabemos que se la entregaste a ese preso común, Ígor Stern.

Elías parpadeó muy despacio, como si los copos de nieve que cayeron aquella noche de 1933 todavía le pesaran entre las pestañas. Vio la silueta de Ígor moviéndose frente a las llamas de una chimenea de piedra, la mitad de su cuerpo luz y la otra mitad sombra. Ígor acariciaba el pelo de Anna como haría cualquier padre amoroso. Pero no lo era, era un maldito monstruo que todavía tenía las manos

manchadas con la sangre de Michael, que yacía a un lado con el cuello rebanado. Martin agonizaba atado a la viga de la cabaña, las heces descendían entre las delgadas piernas del pelirrojo, formando un charco pestilente de mierda y sangre bajo los pies desnudos. A Elías sólo le habían dado una brutal paliza. El ojo sano contemplaba la escena atravesando una nube de sangre en la retina. Los habían sorprendido durmiendo. Estaban agotados después de tanto esfuerzo y, creyéndose a salvo, relajaron la vigilancia. Michael fue el primero que los vio entrar en la cabaña, sacó el revólver robado al oficial en Názino y disparó; mató a uno, pero los demás se abalanzaron sobre él y lo destrozaron.

—Creo que le hicieron cosas bastante dolorosas a ese amigo afeminado tuyo. Después de torturarlo delante de ti lo dieron por muerto, pero no lo está. Fue él quien le contó a la patrulla que le encontró dos días después el acuerdo al que llegaste con Ígor Stern.

¡De modo que Martin había sobrevivido!

—Lo que tu amigo pelirrojo no supo explicar es por qué razón a ti te dejaron con vida.

Elías se estremeció al recordar el aliento de Ígor cuando se acuclilló frente a él y acarició la solapa de su abrigo. Entre dientes, le recordó que seguía queriendo aquella prenda. Si Elías se lo hubiese dado voluntariamente en Názino, lo habría matado al instante. Pero no lo hizo, y esa terquedad que no era orgullo, sino locura, había desconcertado a Ígor. Por decirlo de algún modo, aquel asesino le mostraba su respeto por ello. Había demostrado tener más cojones que la mayoría de hombres que conocía. Sin embargo, dijo, había llegado la hora de tomar una decisión.

—Te propuso un intercambio. Te dejaría marchar a cambio de la vida de la niña.

—Si no hubiese aceptado, nos habría matado allí mismo a los dos.

—Tal vez, y quién sabe si no habría sido lo más honroso. Te advirtió de lo que le haría a la chiquilla si aceptabas, no la mataría en aquel instante; se divertiría con ella, y luego lo harían sus hombres. Te advirtió de que tardaría mucho tiempo en matarla, días, semanas. Y aceptaste el trato.

El coronel Orlov lo miraba fijamente.

—Nadie te está juzgando. Ya te basta tu propio juicio. Un hombre hace lo que debe hacerse, ése es mi lema.

Un lema absurdo, falaz, pensó Elías. Nadie tenía que enfrentarse a la mirada implorante de Anna cuando se marchó, dejándola en manos de aquellos animales. Él sí.

Le dio el abrigo. Se lo quitó allí mismo y se lo entregó. Él se lo puso y observó que le quedaba bien. Luego hizo una mueca de disgusto y lo arrojó al fuego. Los dos se quedaron contemplando cómo se hacía un gurrño negro que desprendía un humo dulzón.

—Detuvimos a Ígor Stern ocho días después cuando intentaba asaltar un transporte de línea. Matamos a todos sus hombres, pero a él no. Llevaba a la niña en brazos. Estaba... —Gerö buscó las palabras adecuadas, pero al no encontrarlas, prefirió omitir lo que iba a decir—... Viva. Y ahora está bajo custodia oficial.

—¿Y qué fue de Martin?

—A través de la Cruz Roja se le devolvió a su país. No queremos tener problemas con Su Majestad británica. Antes colaboró en la instrucción por el caso Názino. Declaró sin coacciones que la declaración firmada contra ti por él mismo, Michael y Claude era totalmente falsa.

—Ígor Stern...

—Eso no te compete —interrumpió el coronel Orlov, dando a entender que se había hablado demasiado de un tema que, en realidad, le interesaba poco—. Lo que debes saber es que el Partido comprende que se cometió una injusticia contigo y que no va a entrar en valorar si lo que hiciste para sobrevivir es digno o no. Ahora estás aquí y eso es lo que cuenta. Se te va a ascender a teniente.

—Yo no soy militar.

—A partir de ahora, lo eres. Se te dará carné de militancia en el partido soviético y acceso a material clasificado. Tendrás una pensión y nos ocuparemos de que a tu joven esposa no le falte de nada.

«A cambio, callarás para siempre, o cualquier día verás esa historia en los periódicos, y todo tu prestigio ganado en Asturias, esa leyenda del comunista español que regresó vivo de Siberia será destapada. Y un buen día, alguien te disparará en la cabeza en un callejón». No necesitaba que Orlov dijera las palabras. Quedaban claras en su mirada.

Gerö le estrechó el hombro amistosamente. Una señal de reconocimiento de la tribu.

—Te he estudiado a fondo, Gil, y creo que podemos confiar en ti. Estás asignado a la oficina del cónsul Antónov y tienes acceso personal a él, ¿verdad?

Elías asintió.

—Muy bien; tengo sospechas de que ese menchevique nos está traicionando. Se está poniendo de parte de ese trotskista del POUM, Andreu Nin, y eso está dificultando mucho mis acuerdos con el PSUC y con su secretario Comorera.

—Lo que queremos es que reúnas material que demuestre esa traición —intervino enojado el coronel Orlov.

—¿Y si es inocente?

—Nadie es inocente mientras yo no lo diga.

Se dio por terminada la reunión en el momento en que el coronel Orlov recibió un telegrama de mano de uno de los vigilantes que lo protegían. Eran noticias del frente de Aragón, no muy halagüeñas a juzgar por el modo en que arrugó el ceño.

Gerö le hizo una seña a Elías y éste se levantó de la mesa. Cuando salían, Elías se detuvo un momento, observó al coronel y le preguntó.

—¿Volveré a verla?

—¿A quién?

—Anna Ajmátova.

El coronel le clavó una mirada gélida.

—No sé de qué me hablas. Ocúpate de Antónov.

El cónsul Antónov-Ovséyenko fue llamado a Moscú a principios de 1937. Unos meses después fue ejecutado por alta traición. Gran parte de las pruebas que se utilizaron en su contra fueron aportadas por su secretario personal, el teniente del recién creado Servicio de Inteligencia Militar del ejército republicano, Elías Gil. Nunca se demostró que esas pruebas fueran ciertas.

Barcelona, septiembre de 2002

Gonzalo irrumpió en su casa apremiado por un mal presagio. No recordaba que Alcázar había hecho instalar la alarma y un sonido atronador alteró a todo el mundo. En pocos segundos, Lola estaba frente a él con el rostro descompuesto, mirándole como una aparición. Introdujo el código y desconectó la alarma. Por fin, el ensordecedor sonido cesó.

—¿Qué haces aquí? Son las tres de la mañana.

—¡Patricia! ¿Dónde está?

—En su cuarto. ¿Qué ocurre?

Sin dar explicaciones, Gonzalo se lanzó escaleras arriba. En el pasillo encontró a Javier y a su hija. Se habían despertado con el ruido y ambos tenían cara de desconcierto. La somnolencia de la niña se disipó al verle, se desembarazó del abrazo protector de Javier y corrió a sus brazos. Gonzalo la estrechó con una fuerza inusitada, casi tanta que oyó a su hija quejarse gozosamente contra su pecho, pero no se despegó de él hasta que Lola, todavía en pijama, le preguntó con aspereza a qué venía aquel sobresalto. Gonzalo palpó el cuerpo de su hija como si quisiera cerciorarse de que era ella realmente. Se dio cuenta de que los estaba asustando. Sonrió nerviosamente a Javier, que lo contemplaba con una muda censura y tuvo que improvisar una justificación.

—He tenido un mal presentimiento. Quería cerciorarme de que estáis bien.

Aquello sonaba ridículo rodeados de la normalidad de la casa, alterada por su irrupción. Y de pronto se sintió un extraño en su propia casa, junto a su propia familia. No había ocurrido nada, y nada tenía por qué ocurrir, pero la amenaza de Alcázar al mostrarle la fotografía de Patricia demostraba lo frágil que era aquella seguridad. Ni sus hijos ni Lola notaban en el aire tranquilo de la casa el peligro, pero él sí lo percibía.

Javier movió lentamente la cabeza, no con conformidad, sino con una especie de condescendencia acusatoria.

—¿Y no podías esperar a mañana? Nos has dado un susto de muerte —dijo atrayendo hacia él a su hermana, reclamando su pertenencia. Gonzalo comprendió que su hijo mayor había aceptado el rol de hombre de la casa, y que su presencia allí se percibía con hostilidad. «Yo puedo cuidar de ellas», le retaba.

—Lo siento —respondió, instando a su hijo a sosegar.

Veinte minutos más tarde apareció Alcázar.

—¿Estáis bien?

Su expresión era de verdadera preocupación. Pródigo en atenciones, evitaba mirar a Gonzalo y se concentraba en Lola y los niños. Cuando Lola dijo que era una falsa alarma, el exinspector lanzó una mirada breve, pero significativa, a Gonzalo. «Sólo es el principio y tú puedes parar esto». Intencionadamente, acarició la mejilla de Patricia.

—Tu papá se preocupa mucho por ti.

Gonzalo tembló de rabia pero logró contenerse. Lola acompañó al exinspector hasta la puerta, agradeciéndoles su presencia y disculpándose por las molestias. Alcázar se despidió enmascarado tras una sonrisa limpia, franca, que reconvino el impulso infantil de Gonzalo.

Lola le pidió a Javier que se llevara a la cama a Patricia. La niña protestó, se abrazó a su padre y lloró. Gonzalo tuvo que emplear toda su capacidad de persuasión para convencerla de que fuera con su hermano.

—¡No tienes derecho a presentarte de esta manera! —le recriminó a Gonzalo en cuanto se quedaron solos.

Gonzalo midió las palabras, lo que podía decir y lo que debía callar. Tuvo la imperiosa necesidad de contarle a Lola lo que estaba ocurriendo, pero no sabía cómo concatenar los acontecimientos y desgajarlos de lo que les afectaba a ambos. Al final se impuso la prudencia. Ésa era la mejor manera de protegerlos, permitir que al menos en parte se mantuvieran ajenos a cuanto sucedía. Alcázar se lo había advertido claramente: nada de policía, nada de huidas. Que todo continuase como era debido.

—He tenido la premonición de que Atxaga rondaba por la casa —mintió.

Lola suspiró y echó la cabeza hacia atrás, como si su mirada anhelante buscara un rincón al que escaparse.

—Mi padre ya se ocupa de eso —dijo con una crueldad medida. Al instante se contuvo, arrepentida por haber cedido a aquel impulso fácil de herirle. Pero ya estaba dicho y el eco de sus palabras vibraba en la sala.

—Tu padre... ¿Qué sabes tú de tu padre y de su ambición?

También él debería haber callado, antes que dejarse llevar por aquella pendiente de desquites sin sentido, sabiendo como sabía que sus palabras quedarían inconclusas en ese momento, una cola inquietante de puntos suspensivos a la que Lola se aferró con desconfianza.

—¿Qué pasa con él?

Esperó que Gonzalo añadiera algo más, pero él no lo hizo y ella estaba ya agotada de los perpetuos silencios de su marido. Silencios que, ahora lo sabía, podían durar años y estallar de repente, sin más. Era extraño, pero la revelación que le había hecho Gonzalo (que sabía que tuvo una aventura y que Javier no era hijo suyo) sólo la había avergonzado un momento. Ahora lo que pesaba en ella era el resquemor: la había obligado a sentirse culpable, a fingir hasta el agotamiento durante dieciocho años. Y

lo sabía desde el principio...

—¿Qué clase de hombre eres tú?

Gonzalo no respondió. Su rostro se había vuelto hacia otra parte. Lola lo retó inútilmente unos segundos más. Estaba roto, definitivamente, pensó. Su relación, su matrimonio estaba acabado. Y esa certeza le trajo una especie de liberación que se imponía a la pena.

—Puedes dormir en el sofá, si quieres... Y no se te ocurra fumar en mi casa.

Vanas maldades, estúpidos y mezquinos desquites que ocultaban tantos agravios del pasado, una maraña de sentimientos encontrados y de reproches que ya no hallaban otro modo de salir a la luz. En eso se habían convertido los dos.

Gonzalo se acostó en el sofá vestido. La oscuridad tenía distintos matices y se adivinaba el contorno de los muebles. Durante mucho rato estuvo escuchando el silencio, su eco encerrado en las cosas que le rodeaban, las discusiones, los gozos, las risas y los llantos almacenados allí, y que ya no le pertenecían. La pregunta de Lola le martilleaba en la cabeza. ¿Qué clase de hombre era él? Un hombre que quería a su familia, a pesar de todo. Y que haría lo necesario para protegerla.

Se levantó y fue al garaje. En el altillo estaban las cajas con las cosas de su madre, pero no era eso lo que buscaba. Con la ayuda de una escalera y una linterna apartó los bultos del principio y palpó con la mano extendida hasta una caja metálica oculta entre plásticos. La abrió y se puso lívido.

No estaba. El viejo revólver oxidado no estaba.

Un ruido le hizo volverse hacia la entrada. Alumbró con la linterna y vio una sombra que desaparecía.

—¿Javier? ¿Eres tú?

—La señora Márquez ha anulado su visita. Y con esta van... —Luisa consultó la agenda colocando una uña sobre la página—... Cuatro anulaciones de clientes. ¿No es maravilloso? Tú tienes todo el día libre y yo me voy a quedar sin trabajo.

Gonzalo se hundió un poco más en el sillón tras el escritorio.

—Ya llamarán otros, no te preocupes. No vas a perder tu trabajo.

Luisa buscó algún comentario irónico que hacer. Pero por una vez, la acidez de la que solía hacer gala se le quedó en la boca del estómago. En un cajón de su mesa guardaba la nota que aquella misma mañana le había pasado la secretaria de Agustín en persona. Querían que trabajase para ellos, el sueldo era mucho más alto de lo que pagaba Gonzalo y desde luego mucho mejor de lo que iba a cobrar en la cola del paro si las cosas continuaban por los mismos derroteros. Había entrado en el despacho de Gonzalo decidida a despedirse, pero al ver su expresión de derrota no encontró el modo de hacerlo.

—El viejo está apretando las tuercas bien. Me quita los clientes, me echa del

bufete y quiere robarme a la mejor ayudante de toda Barcelona.

Luisa se ruborizó.

—He visto la nota en tu mesa antes de que la escondieras. Deberías aceptar, es una buena oferta.

—¿Debería hacerlo? Puede que sí, y tú deberías afeitarte y cambiarte de camisa. Si por casualidad entrase un cliente no necesitaríamos que tu suegro nos lo espantase. Lo harías tú solito. —Luisa abrió la puerta del despacho y se quedó con el pomo en la mano.

—¿Vale la pena? Perderlo todo por esa casa. No te cuestiono, sólo te pregunto.

No era la casa, o que su suegro quisiera imponerle su voluntad a base de chantajes y amenazas. Era algo superior a eso, algo que Gonzalo no podía explicar.

—Sí, vale la pena. —Le hubiera gustado imprimirle un poco más de nervio a su afirmación, pero ni siquiera él lo tenía claro. Sin embargo, para Luisa fue suficiente.

—Bueno, quizá no sea tan malo terminar poniendo cafés en un centro comercial. Hay que abrir horizontes.

Cuando se quedó solo abrió el cajón y contempló el medallón con el rostro difuso de Irina. Pensó en la conversación que había mantenido con su madre. Su padre había amado a aquella mujer desconocida, posiblemente había repetido mecánicamente miles de veces el mismo gesto que él estaba haciendo ahora, acariciar aquella superficie desgastada, aquel nombre borroso. Quizá Alcázar tenía razón. Puede que su padre no quisiera acabar sus días siendo esclavo de su personaje.

La cabeza iba a estallarle. Era como si dos caballos tiraran de él en direcciones opuestas, desmembrándole los músculos y rompiéndole los huesos. Lo que Alcázar le pedía era traicionar no sólo a Siaka o a su hermana, sino a sí mismo, que aceptase que, más allá de las ilusiones y de los ideales, él no era ningún héroe, ni estaba llamado a serlo. Era un abogado mediocre, sin trabajo, sin ambiciones, un padre de familia cuyo hijo le detestaba y cuyo matrimonio estaba roto por culpa del terco silencio. Un padre que no sabía proteger a sus hijos, que los había puesto en peligro innecesariamente. «¿Por qué, Gonzalo? ¿Por orgullo? ¿Qué pretendes demostrar? ¿A quién?». No sabía qué hacer, a quién acudir. Guardó el medallón y salió al vestíbulo.

—¿El viejo está en su despacho?

—Oye, no me dedico a espiar a la competencia.

Gonzalo no estaba de humor para los pequeños sarcasmos de Luisa. Ella se dio cuenta.

—Creo que se ha ido de viaje. Una gira asiática.

«Qué oportuno», pensó Gonzalo: saltaba el asunto de ACASA, Alcázar lo amenazaba con hacer daño a Patricia y el viejo se esfumaba. El cabrón de su suegro se llenaba la boca con sus nietos, pero no dudaba en utilizarlos para chantajearle. Y mientras, se quitaba de en medio.

Necesitaba tomar el aire.

Pero en realidad no se engañaba. Necesitaba otra cosa. En las últimas semanas se había hecho habitual de la cafetería Flight. Solía pasar por allí a última hora con la esperanza de volver a ver a Tania. Aquella pelirroja había llegado a ocupar los únicos pensamientos placenteros de aquellos días. Gonzalo no se hacía ilusiones, pero no podía evitar fantasear con ella.

Aquella tarde, Vasili lo recibió con su sonrisa discreta y le invitó a tomar café. Poco a poco habían entablado conversaciones que Gonzalo dirigía de manera bastante torpe hacia Tania, aunque el tema preferido del dueño eran todas aquellas viejas fotografías de la Gran Guerra Patria decorando las paredes. Resultaba sencillo entablar conversación con él, era de lengua rápida. Hasta 1941 había sido instructor en la Osoaviajim, la academia de la milicia. Luego fue enviado a la frontera bielorrusa y allí le sorprendió la ofensiva alemana, después de que Hitler rompiera el acuerdo e invadiera las fronteras soviéticas. Enrolado en una escuadrilla de pilotos luchó contra los nazis hasta que fue abatido cerca de la frontera polaca a los pocos días de entrar en guerra. Fue hecho prisionero y enviado a un campo militar en Polonia. Otros colegas de aquel tiempo mostraban orgullosos la condecoración de la Orden de Lenin que les concedieron. Acabada la guerra, sin embargo, Velichko fue acusado de traición. Dijeron que en realidad no fue abatido por ningún caza enemigo, sino que había intentado desertar, pero que el combustible se le acabó y por eso no pudo lograrlo. Lo condenaron doce largos años a un gulag en la frontera de Kazajistán. Y cumplió íntegramente la condena. Cuando salió, en 1957, no tenía familia que le esperase, no encontraba trabajo en ninguna parte, y nadie le quería cerca. Todos temían que la policía les relacionara con él. Todos excepto Anna Ajmátova, la madre de Tania.

Gonzalo se dio cuenta de que bajo la camisa arremangada de Velichko asomaba un número tatuado en la cara anterior del antebrazo. La piel había mudado y los años habían borrado la tinta, pero el número seguía incrustado en la carne. Se preguntó si aquello se lo habrían hecho los alemanes en el campo de prisioneros de Polonia o sus propios compatriotas en Siberia.

—¿Por qué sigue venerándoles si le traicionaron?

Velichko lo miró con tristeza. Era difícil hablar de la camaradería en el frente, del miedo que une a las personas con la misma fuerza que las separa, y de las cobardías más abyectas que son perdonadas en un arranque de heroísmo fugaz.

También lo era contener la lengua para no hablarle de Elías Gil. Pero Anna le había hecho jurar que jamás lo mencionaría. De hecho, si ella llegaba a enterarse de que Gonzalo iba por allí, se enfadaría mucho. Y Vasili ya conocía lo que Anna era capaz de hacer cuando se enfurecía. Aun así, se arriesgaba a contrariarla porque

Gonzalo le recordaba mucho, demasiado, a su padre, aunque el abogado no fuera consciente de ello. Sin la vivencia, las palabras son un espejismo que se olvida fácilmente.

—El pueblo necesitaba algo en lo que creer, y esa guerra fue nuestra causa común. Lo que pasó antes y lo que pasó después es trágico y ridículo. No podré perdonar nunca a los hombres que prostituyeron ese ideal. Pero en aquellos años de guerra fuimos libres. Es algo que no puede explicarse. —El tiempo de Vasili, de Anna y de Elías ya había pasado y no le interesaba nada que no fuese un pasado que idealizaba, esas fotografías cubiertas de polvo sin necesidad de que nadie le preguntase por qué estaban allí, qué significaban.

El anciano alzó la cabeza hacia la entrada y gruñó.

—Bueno, creo que ya ha llegado quien te interesa. No necesitas darle más coba a este viejo. Ahí llega tu verdadero objetivo —dijo, apuntando a la entrada del local.

Tania Ajmátova había pactado con el cielo un intercambio de favores. Estaba radiante. Vestía una camisa holgada de color azul oscuro, a juego con la raya de los ojos y con el cordón que le colgaba en el nacimiento del pecho. Un cinturón ancho le ceñía la cintura a los tejanos ajustados. Calzaba sandalias de verano con un tacón de esparto que la elevaba muy por encima de la estatura de Gonzalo, que se sintió un poco torpe y ridículo al ponerse en pie para recibirla. Tania se sentó a su lado. El espacio era suficiente para los dos, pero ella se empeñó en acercarse demasiado, casi hasta rozarle con el codo.

—Tienes buen aspecto. Dentro de poco no quedará ni rastro de los golpes.

Instintivamente, Gonzalo se palpó el costado. Tal vez la marca de los golpes desaparecería con rapidez, pero las costillas seguían martirizándole.

—Es bonito ese tatuaje tuyo de la nuca —dijo con un exceso de frivolidad que divirtió, en apariencia, a Tania. Se inclinó de perfil para mostrárselo por completo.

—Los tatuajes tienen un sentido, son una declaración de intenciones. Me gustan las mariposas, tengo algunas más en otras partes del cuerpo —apuntó con malicia divertida.

—¿Y cuál es tu declaración de intenciones? ¿Volar, las alas, la libertad?

No era tan obvio. Más bien la transformación.

—Cuando era muy pequeña vivía en un lugar bastante aislado, en el campo, en un edificio que en los años setenta fue un lazareto para militares lisiados o con problemas mentales. No era un edificio bonito, ni siquiera por fuera. La fachada era de hormigón y casi no había ventanas. Pero a cambio, el entorno era muy hermoso, sobre todo en primavera. Rodeado de prados y con un pinar muy cerca. Cuando se terminaba el frío y la lluvia, los capullos que habían estado germinando se transformaban y como si todos despertaran el mismo día, miles de mariposas salían del pinar. El espectáculo apenas duraba unas horas pero era impresionante. Si te

tumbabas en la hierba y te quedabas muy quieta, en pocos segundos centenares de ellas se posaban en todo el cuerpo, en la boca, las pestañas, los dedos, la nariz. Movían todas a la vez las alas y sentías que podían levantarte del suelo, envolverte en aquel remolino de colores y alegría y llevarte lejos de aquel horrible edificio. Pero si lograbas resistir la tentación de irte con ellas, si permanecías aún inmóvil y dejabas de respirar, entonces ocurría algo mejor: sentías que poco a poco te ibas transformando en una de ellas, que mutabas, como si tu cuerpo humano fuese el caparazón de su capullo, no tu verdadera naturaleza.

Vasili Velichko se había acercado y escuchaba con los ojos entornados. No era la primera vez que escuchaba a Tania contar aquella historia, y sin embargo lo hacía con tanta pasión que era como si la oyera por primera vez. Y aun así, negó taciturno.

—Lo que yo recuerdo del lugar del que hablas son los insufribles enjambres de mosquitos y de insectos. No había dónde protegerse de ellos, maldita sea su suerte. He visto mulas enloquecer por las picaduras y arrojarse por un barranco y hombres tan exasperados que eran capaces de emprenderla a tiros contra aquella masa negra y flotante. No recuerdo esas historias de mariposas.

Tania acarició el brazo del hombre.

—Yo también recuerdo eso, y mi madre contaba que había que salir al campo con pañuelos cubriéndose el rostro y gruesos guantes de goma con hachadas humeantes en la cola de los tiros, pero no podría tatuarme un tábano.

Velichko la miró con cariño. La memoria, se dijo, es un paisaje que cada cual elige para añorar o detestar.

—Tú nunca serás una verdadera siberiana.

Tania mudó la expresión. Apuró la cerveza y se puso en pie.

—Es muy tarde; deberíamos marcharnos ya. —Se acercó al anciano y le besó la mejilla, luego de susurrarle unas palabras en su idioma.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó Gonzalo cuando salieron a la calle.

—Un viejo proverbio que suele repetir mi madre: Añorar el pasado es correr tras el viento.

Gonzalo metió las manos en los bolsillos del pantalón y volvió la cabeza. Tania no podía ver su expresión sombría.

—¿Tú lo crees? ¿Añorar el pasado es correr tras el viento?

—Sí, lo creo.

—Apenas recuerdo a mi padre. Sé que me llevaba a pescar al lago con el buen tiempo, lo sé porque mi madre me lo contaba con todo lujo de detalles, y me digo que es verdad, que lo recuerdo mirando el fondo del lago, contándome alguna anécdota, enseñándome a sostener la caña y a recoger el carrete con cuidado. Lo cuento como si fuese cierto, pero es un recuerdo prestado. —La imagen de Javier cuando Gonzalo le preguntó si él había cogido el revólver, enturbió su mirada—. Me pregunto si es así

como los hijos recuerdan a sus padres, si mi hijo Javier pensará en mí como una invención.

Tania lo miró con ternura.

—La mirada de los hijos siempre es injusta, Gonzalo. Hasta que ellos mismos se convierten en padres.

«No sé de qué me hablas», le había dicho Javier, y él supo que le estaba mintiendo.

—¿Y qué me dices de la mirada con la que los padres juzgamos a nuestros hijos?

Tania se colgó de su brazo y se pegó a su cuerpo.

—No lo sé; yo no tengo hijos. Pero apuesto a que sea lo que sea que te inquieta, darás con la solución... Se me ocurre que a veces basta con afrontar las cosas de cara.

Qué sencillo, pensó Gonzalo. Qué tópicas las palabras. Y qué ciertas, a menudo.

De alguna manera, habían traspasado una frontera invisible sin aparente esfuerzo y ambos eran conscientes, tomándose su tiempo para resituarse. No quería pensar en nada en aquel momento, sólo dejarse llevar por esa sensación nueva. Escondarse en ella antes de volver a la realidad. Sólo unos minutos.

Llegaron frente al escaparate de la librería Karamázov. Tania buscó las llaves y las balanceó entre los dedos. Hacía un esfuerzo para recuperar un aire de inconsistencia que resultaba poco creíble. Gonzalo temió y deseó que le invitara a subir, pero Tania introdujo la llave en la cerradura y empujó el pomo hacia dentro. Encendió la luz del vestíbulo y se volvió hacia él para despedirse. Gonzalo sintió la acuciante sensación de que el presente era lo único que importaba, que fuera de aquel instante no existía el pasado ni el futuro. El corazón le latía con fuerza.

Tania le sonrió. Era como si pudiera verlo por dentro, como una radiografía.

—¿Quieres pasar?

Gonzalo no podía controlar el maldito corazón. Pum, pum, pum. Un pie quería avanzar. El otro quería salir corriendo.

—No creo que sea el mejor momento —dijo él, con una tentativa desesperada de mantenerse fuera de aquel umbral que se abría en forma de boca. «¿Cuándo es el mejor momento, Gonzalo? Puede que esperándolo, nunca llegue».

No importó qué boca partió en busca de la otra. Lo que contaba era que desearon encontrarse.

Barcelona se desdibujaba mientras amanecía. Podría haber sido cualquier lugar y no habría importado. La geografía sólo era un estado de ánimo. Gonzalo caminó por las calles que sólo le pertenecían a él a aquella hora. Encendió un pitillo y apoyó los codos en la barandilla del puente que se asomaba sobre la avenida desierta. Los semáforos cambiaban de fase con un juego inútil y ridículo. Vio un gato cruzando la calzada como un llanero solitario y a una pareja que caminaba entrelazada, cansados,

felices, prometiéndose seguramente cosas que en aquel momento creían que podrían cumplir. La piel de Tania seguía pegada a la suya, en sus dedos y en sus uñas. Su perfume flotaba en la camisa, bastaba respirar con fuerza para retenerla. ¿Volvería a verla? Sin duda. Cada vez que ella se lo pidiera.

A pesar de lo que le había dicho la anciana.

Se había topado con ella al bajar la escalera del estudio, procurando no hacer ruido. Estaba sentada en una butaca, frente al mostrador. Su silueta en la oscuridad había espantado a Gonzalo. Al principio pensó que estaba dormida, con un libro abierto y las gafas sobre el regazo. Pasó por su lado con cuidado pero, cuando ya alcanzaba la puerta, oyó su voz aguda, deteniéndole como un mazazo por la espalda.

—¿Eres como tu padre, Gonzalo?

Él se había vuelto y en la oscuridad percibió los ojos de la anciana que lo miraban como miran los ojos ciegos de las estatuas. Esa clase de mirada que desnuda y de la que no puede huirse.

—Disculpe, no la entiendo.

La anciana había cerrado parsimoniosamente el libro y doblado la patilla de las gafas antes de levantarse. La débil claridad que se anunciaba tras el escaparate de la librería bordaba su perfil al cristal.

—¿Eres como Elías? Esa clase de hombres que se adueñan de los demás, los despojan de todo y luego los abandonan a su suerte. ¿Es eso lo que vas a hacer con mi hija?

Tania creció sin conocer la existencia de aquel hombre con un solo ojo, hasta que a los diez o doce años encontró los recortes que su madre guardaba en el fondo de una cómoda. Aquel hombre de constitución impresionante, con el uniforme de comisario de la NKVD y la mirada de su ojo de cíclope que parecía abarcarlo todo. Aquel ojo la asustó y la atrajo por igual desde el primer momento. Cuando le preguntó a su madre quién era, ella se enfureció, le arrebató los papeles y le dio un bofetón (la única vez que le puso la mano encima). Durante mucho tiempo no le dijo palabra de aquel hombre, ni quién era, ni por qué era para ella tan importante. Porque lo era: acechándola, veía a su madre entrar en el cuarto, coger aquellos recortes, mirarlos durante mucho rato, con mirada de viajera, lejana, como si su cuerpo volara a otro tiempo del que ella no sabía nada.

Y como ocurre con los espacios prohibidos, Tania los bordeó durante toda la adolescencia, inventando lo que no sabía: imaginaba que aquél era el padre, el verdadero padre de su madre, y no el profesor ejecutado en los años treinta por trotskista, cuya imagen presidía la cabecera de la cama, junto al retrato de la abuela Irina. Tania fantaseaba con la idea de que aquel gigante tuerto y apuesto había sido amante de la abuela Irina en la Unión Soviética, y que juntos vivieron un sinfín de

historias románticas, tormentosas, apasionadas. A veces, cuando dejaba caer una de esas suposiciones alocadas, Anna la miraba y negaba con resignación.

—¿Vinimos a España para que te encontrases con él?

—Vinimos a España para construir un futuro, para no vivir en el pasado.

Vasili Velichko, el tío Vasili, como Tania le llamaba desde niña, aunque no tenían parentesco, sostenía la misma versión. Negaba saber nada de Elías Gil, y cuando ésta le interrogaba por el pasado, se ceñía a la misma historia que ya conocía: en 1934, su abuela y su padre murieron a manos de la OGPU, Anna se quedó sola con apenas tres años, y a cargo del Estado. Velichko la conoció siendo todavía una chiquilla de seis años en uno de los orfanatos que por su condición de comisario le tocó inspeccionar, cerca de Kursk; se prendó de ella y mientras pudo se ocupó de mandar dinero para que no le faltase de nada. Luego llegó la guerra y después el largo presidio en Siberia, y durante aquellos largos once años, la única persona con la que mantuvo correspondencia fue con Anna. Ella le enviaba algo de ropa, de comida. Cuando Velichko salió del gulag, ella le acogió. Pasaron unos años duros, muy duros y, hacia 1965, surgió la oportunidad de empezar una nueva vida en España. Al principio se marchó sólo él, logró abrirse camino, y años después logró traer a Tania y a su madre. Así, con trazo grueso, su tío y su madre despachaban con incomodidad veinte años de sus vidas.

Aunque nunca olvidó del todo aquel misterio, los años hicieron que Tania lo dejara enterrado en las entretelas de esas cosas que su madre nunca le contaba. Creció, se hizo mujer mientras Anna y el tío Velichko envejecían sin darse cuenta. Con la llegada de la democracia a España, Vasili montó aquel bar, el Flight, donde con dieciséis años Tania, entonces afiliada a las juventudes del PSUC, llevaba a sus amigos para deslumbrarles con aquellos retratos de la época de Stalin y con las historias de un verdadero comisario del pueblo. Para acrecentar su prestigio, hablaba con Velichko en ruso y se molestaba cuando éste se empeñaba en contestarle en español ante sus camaradas. Mientras, su madre fundó la librería Karamázov a finales de los setenta y se convirtió rápidamente en un referente de los amantes de la literatura rusa. Sin embargo, jamás consintió en que su hija y sus amigos utilizaran el local como centro de reuniones. No le interesaba la política y advertía con temores de vieja a su hija, sobre todo tras el intento de golpe de Estado de 1981, se volvió más temerosa y llegó a plantearse cerrar la librería. Por suerte, Velichko la convenció para que no lo hiciera.

Los ochenta fueron años duros en la relación de Tania con su madre; discutían a menudo, sin darse cuenta de que en el fondo eran dos gotas idénticas, el mismo genio, la misma tozudez y el mismo orgullo. Tania viajó por España, visitó Francia, y fue allí, cerca de Le Boulou, cuando a finales de 1989 dio por casualidad con una exposición fotográfica sobre los campos de refugiados republicanos que pasaron por

Argelès y Saint Cyprien entre 1939 y 1942. Se cumplían cincuenta años de la apertura del campo y las asociaciones de la Memoria habían organizado una recepción para supervivientes, muchos de ellos acompañados de sus hijos o nietos. La exposición se celebró en un polideportivo municipal. Tania recordaba las largas hileras de objetos expuestos, maletas de madera, pequeños recuerdos personales, algunos muebles contruidos toscamente, réplicas de las barracas, y un centenar largo de fotografías en blanco y negro, algunas cedidas por la fundación Robert Capa.

Tania no conocía nada de aquella tragedia que, según contaba un emocionado ponente, un anciano con la boina negra de las Brigadas Internacionales, arrastró hasta aquellas playas a más de cuatrocientas mil personas. Muchos asistentes, sobre todo los más ancianos, asentían y lloraban en silencio, mientras sus hijos, franceses en su mayoría, los consolaban. Tania, que ya había decidido en aquella época dedicarse a la fotografía de manera profesional, empezó a disparar su cámara, captando cuanto la rodeaba.

Y entonces se fijó en una mujer de aspecto menudo que le señalaba a un joven una fotografía, tamaño gran formato, autoría del genio húngaro-norteamericano. La mujer, muy quebrantada físicamente, con el pelo gris, recogido en un grueso moño del que se escapaban algunas hebras, estaba muy afectada. El joven la abrazaba por los hombros y le besaba con amor la cabeza. Tania pensó que aquélla era una buena imagen y quiso acercarse disimuladamente para tener un encuadre mejor. Y entonces pudo ver de cara la fotografía que había emocionado a la mujer y a su hijo: la instantánea de un hombre que trabajaba extramuros del castillo de Colliure con el torso desnudo, vigilado de cerca por un gendarme. Su torso bronceado y enflaquecido formaba un conjunto de digna miseria con las *espartenyas* y el pantalón rasgado atado a la cintura con un cordel. Al reparar en la presencia del fotógrafo había dejado de picar una gruesa piedra y posaba, con aire arrogante, como un cazador de safari: una mano apoyada en el mango del mazo y el pie derecho encima de la piedra, como si fuera la cabeza de la pieza cobrada. No sonreía, pero su rostro, tostado por el sol, miraba de frente con jovialidad, como si pretendiera decir: «miradme, no estoy derrotado».

Pero sin duda, lo que atraía con más fuerza de aquella instantánea era su único ojo. El derecho estaba cubierto con un sucio parche y el izquierdo miraba de frente, bajo una espesa ceja.

Tania lo reconoció al instante. Era él, el mismo hombre que aparecía en los recortes que su madre guardaba, uniformado con traje de campaña soviético, con la misma expresión, en el frente de Leningrado.

El joven y la mujer se habían reunido con otros grupos de visitantes y charlaban animadamente. Esperó el momento para aproximarse, aunque no imaginaba qué podía decirles. «Hola, mi madre lleva años coleccionando todo lo que hace referencia

a ese desconocido». Por fin surgió la oportunidad de acercarse a la mujer, un instante en que el joven (era Gonzalo, ahora lo sabía) había salido a fumar un pitillo.

—Perdone, no he podido evitar ver cómo se emocionaba ante esa fotografía.

La mujer la miró largo rato, como si algo le resultara incongruente.

—Es mi esposo. El teniente Elías Gil. Estuvimos aquí, juntos, en 1939.

—¿Murió?

La mujer reconcentró la mirada, como si absorbiera la luz que la rodeaba para iluminar su propia oscuridad, titubeó, y durante unas décimas de segundo, Tania se dio cuenta de que bajo aquella apariencia de normalidad se escondía una mente atormentada.

En aquel momento apareció el joven. «Es su hijo, —pensó Tania—, tiene su misma mirada, y sin duda se le parece». La mujer se despidió con premura y fue a reunirse con él. Tania los vio hablar en voz baja, y por un instante, Gonzalo la miró con una interrogación. Tania sonrió y se alejó.

Aquella misma noche le escribió desde una terracita de Perpiñán a su madre contándole lo ocurrido. Anna nunca le contestó. Y cuando meses después Tania regresó a Barcelona, su madre no quiso saber nada de aquel asunto, que se volvió una obsesión para Tania.

Volvió a frecuentar con asiduidad el Flight, cortejando a Velichko sin entrar directamente en el tema, hasta que la ocasión se le presentó una tarde en la que su tío había colgado un retrato de Capa detrás de la barra con el lema «No pasarán». Fue la excusa perfecta para mencionar aquella exposición en Colliure y la imagen de aquel miliciano con un solo ojo. Velichko la vio venir, y aunque sentía curiosidad, trató una vez más de evitar el tema, pero Tania no le dio tregua, y por fin, después de todos aquellos años, el anciano Velichko acercó una silla a la mesa y se lo contó:

Tania oyó hablar por primera vez de Názino, y el relato de Velichko, que le mostró el informe original que él mismo envió a Stalin a través de la viuda de Lenin y del entonces secretario del PCE, la horrorizó. Era como si le estuvieran explicando una historia que sólo podía haber sucedido en una novela, en la mente enfermiza y desvariada de un escritor. Pero había nombres, testimonios, fechas, documentación que probaban que todo aquello fue cierto. Su abuela Irina y su madre, Anna, vivieron aquel infierno. Y también Elías Gil. Vasili le enseñó su testimonio y Tania lo leyó muy despacio, tomando bocanadas de aire porque a cada frase sentía que se ahogaba. Tuvo que parar, salir a fumar, volver. Allí se explicaba toda la verdad, sin tapujos.

—¿Ese hombre mató a mi abuela para sobrevivir y abandonó a mi madre?

Velichko no dijo lo contrario, pero le hizo ver que, en cierto modo, también las había mantenido con vida en Názino. Y durante muchos años, ese hombre se había preocupado de que a Anna no le faltase de nada. La había buscado por media Unión Soviética.

—Si conseguimos salir de la Unión Soviética fue gracias a él.

Tania insistió en conocerle personalmente, pero Velichko se lo quitó de la cabeza.

—Está muerto. Murió en el verano de 1967.

Vasili le contó entonces lo que ocurrió en el lago aquella verbena de San Juan. Le explicó por qué aquel policía, Alcázar, y su madre eran amigos, y la razón por la que desde ese día los tres decidieron que jamás volvería a hablarse de Elías Gil. Él había roto ese pacto porque, de los tres, era el más viejo y no viviría mucho más (una década después, Velichko continuaba llevando mal que bien el timón del Flight) y porque se lo debía a Elías. Pero aquel mismo día le hizo jurar a Tania que no mencionaría aquello, sólo cuando él muriese, ella quedaría liberada de su compromiso.

Tania lo prometió y cumplió su palabra, pero desde entonces no cejó en su empeño de investigar más sobre aquel hombre y sobre su historia.

Su vida cotidiana, los continuos viajes, las exposiciones y sus propios problemas sentimentales la alejaban de aquel pasado que su madre prefería mantener guardado. Ni siquiera le contó que a mediados de 1994 viajó hasta aquella miserable isla, donde sólo pervivía como recuerdo de lo sucedido una escueta cruz de metal oxidado con una enigmática inscripción:

Como prueba de lo inaudito para los incrédulos.

El pueblo de Názino se había trasladado a la otra orilla y Tania se hizo llevar hasta el islote con una lancha. La playa era cenagosa y sólo la habitaban nubes de insectos, apenas había vegetación y cuando le preguntó al barquero sobre lo sucedido allí, se encogió de hombros.

—Cosas del pasado.

En aquel viaje, Tania gastó dos carretes de fotografías que guardaba a buen recaudo. Aunque le costaba mantenerse fiel a su promesa, se dijo que no traicionaría al tío Velichko. Hasta que él no muriese, no le mostraría al mundo aquellas fotografías.

Pero en octubre de 2001 todo cambió. Habían pasado casi diez años desde la confesión de Velichko. Tania estaba sentada frente al televisor cuando en el noticiario hablaron del asesinato de un supuesto mafioso ruso. Se decía que la autora del crimen era una subinspectora de policía, quien habría matado al ruso en venganza por el asesinato de su hijo. Una historia truculenta, compleja para despacharla en una noticia de treinta segundos, a la que no hubiera prestado más atención de no ser porque en la imagen siguiente aparecía Alcázar, el inspector amigo de su madre, al que le habían encargado la investigación. Eso le llamó la atención, subió el volumen del televisor y escuchó en boca de aquel policía toda la historia. La subinspectora se

llamaba Laura Gil y era la hija de un destacado comunista que se hizo famoso en los años cincuenta entre los exiliados franceses y que desapareció en circunstancias extrañas en 1967.

Tania corrió escaleras abajo y encontró a su madre detrás del mostrador de la librería. Estaba viendo la misma noticia en un pequeño televisor portátil. Demudada, alzó la barbilla y miró a su hija.

—Supongo que ya es hora de que hablemos —murmuró.

¿Por qué no le había hecho caso a su madre? ¿Por qué motivo había decidido por su cuenta y riesgo acercarse a Gonzalo, empezar a espiarle, a seguir sus pasos y a averiguarlo todo de él? ¿Qué esperaba conseguir? ¿Qué pretendía? Puede que al principio la moviera querer comprender los demonios que habían acompañado a su madre desde la niñez. Aquel hombre, Elías, era el culpable de que su madre cayese en manos de Ígor Stern (por fin Anna le había contado que la historia de Velichko era cierta, sólo en parte. El viejo había obviado contarle el infierno por el que su madre tuvo que pasar desde que Elías la intercambiara por su propia vida). Le enfurecía la imagen compungida y heroica de aquel día en Colliure, cuando todavía no sabía que aquella anciana y su hijo adoraban a un monstruo. Pero con el paso de los meses había sucedido algo tanto en ella como en él. Algo que la atraía, que ya no tenía que ver con la memoria ni con desagrazos del pasado.

Tumbada en la cama, ya sola, acarició las sábanas arrugadas donde habían hecho el amor. Durante todo el rato él la había mirado fijamente con aquella brasa semiahogada en el fondo de su mirada, como si quisiera traspasarla, como si le pidiera auxilio para volver a ser quien permanecía en esa llama, al fondo de sí mismo.

Tania se acurrucó abrazada a la almohada que olía a él y pensó en las cicatrices y los golpes de su cuerpo que ella había besado con infinita paciencia, y revivió con una angustia vívida la escena en la que Atxaga lo golpeaba en el aparcamiento, la sensación de pérdida, la ira que le salió de las entrañas y el deseo de protegerle.

¿Era posible? ¿Se estaba enamorando de él? ¿O sólo pretendía apropiarse del fantasma de su padre?

Barcelona, marzo de 1938

Elías Gil se aupó sobre la montonera humeante y observó desde allí los destrozos de la bomba que había caído a mediodía en la esquina de Balmes con la calle de Las Cortes.

La escena era dantesca: el negro cráter del proyectil lanzado por el Savoia italiano había perforado varios metros de la calle, reventando una cañería de agua que lanzaba chorros hacia arriba como un géiser. Unos metros más allá, el camión militar cargado de explosivos que había sido alcanzado ardía, retorcido en un amasijo de hierros. Todavía seguían explotando granadas y munición, por lo que era imposible acercarse a los cuerpos despanzurrados alrededor. La deflagración había sido descomunal, las ventanas de los edificios en varias manzanas alrededor habían saltado hechas añicos y ahora formaban un mar de cristales cortantes; las farolas se habían derretido como si fueran de plastilina y los árboles arrasados o arrancados de cuajo. Algunos ardían como teas vivientes. Un autobús de línea cargado de pasajeros había sido alcanzado por la onda expansiva, estrellándose y prendiéndose fuego después. Los muertos eran incontables y los heridos gritaban, confundiéndose sus lamentos y alaridos con las sirenas del inútil servicio de defensa antiaérea. Por todas partes había restos humanos que nunca podrían ser identificados.

Bombardeos como aquél venían sucediéndose desde hacía tres días, y ya no se concentraban en la zona portuaria o industrial. Mussolini había dado la orden a sus escuadrillas de bombarderos Savoia SM-79, con base en Mallorca, de concentrarse en la población civil, y Franco no se opuso. Se atacaba el centro, las calles Entenza, Córcega, Marina, además de los populosos barrios de la Sagrera, San Gervasio o San Andrés. Se habían contabilizado ya trece ataques, en intervalos consecutivos y de manera indiscriminada. Las escenas de niños masacrados en Felipe Neri, los tranvías volcados llenos de obreros muertos, o los barcos hundidos en la dársena del puerto tenían un único objetivo: traer la guerra y el olor de la cercana derrota a la puerta de las casas, de los colegios, de los comerciantes, de los niños que jugaban en las calles, de los que hacían colas en los cines o paseaban de la mano por los jardines de Horta. Nadie estaba a salvo. Absolutamente nadie, y ni el Gobierno de Negrín, refugiado en la ciudad, ni las Brigadas Internacionales, prestas a abandonar España, ni las columnas del ejército republicano, en retirada en todos los frentes, podían hacer nada para evitarlo.

La guerra estaba perdida. Sólo faltaba saber cuánto más duraría aún la agonía.

De nada valía ya la propaganda oficial, los comunicados en la prensa condenando

con grandilocuencia estéril los ataques e implorando la ayuda internacional, que no iría, en el mejor de los casos, mucho más allá de unas declaraciones de condena emitidas por embajadas que ya se aprestaban a negociar con el Gobierno faccioso instalado en Burgos.

—Informan del servicio de defensa que han abatido dos aparatos italianos. Uno cayó en el Campo de la Bota y el otro se estrelló contra el mar.

—¿Han recuperado los cadáveres de los pilotos?

El ayudante de Elías era un joven vehemente, un miembro de la CNT que tras los sucesos de 1937 no había dudado en afiliarse al PSUC y en delatar a sus excompañeros de sindicato. De profesión panadero, había encontrado su verdadera vocación en el Servicio de Inteligencia Militar. Su especialidad eran los detenidos en la checa de la calle Muntaner, el Preventorio D donde el SIM había instalado su prefectura. Le llamaban «Cadena», porque era especialista en el collar eléctrico que se aplicaba en los interrogatorios a ciertos detenidos. Y él se mostraba ufano del sobrenombre.

—No. Pero tenemos a uno de los colaboradores vivo. Le hemos encontrado en una habitación del hotel Colón con un transmisor portátil y mapas de la ciudad con los objetivos señalados. Lo han trasladado a La Tamarita.

Su sonrisa de perro rabioso encrespó los nervios de Elías.

La Tamarita era un enclave principal del SIM en Barcelona. Estaba ubicado en la avenida del Doctor Andreu y la calle Císter, lejos de las miradas de los curiosos. Prácticamente todo el personal era soviético, hombres de confianza que Orlov y Geró habían dejado al cargo antes de regresar a Moscú. El edificio podía pasar por una de esas construcciones burguesas que a principios del siglo XIX habían proliferado con la trata de esclavos en Cuba, con el café y la caña de azúcar. Los jardines que rodeaban la entrada principal estaban bien cuidados, las rosas, los claveles y los jazmines creaban una apariencia de bonhomía que sólo era contestada al acercarse a la fachada principal y descubrir las trincheras de sacos terreros que protegían ventanas y puertas. Pese a ser oficialmente teniente, Elías nunca se había puesto el uniforme militar. Su trabajo no lo requería, y tampoco hubo de mostrar su carné en el control de acceso. Todos en el SIM habían oído hablar de aquel asturiano taciturno, duro y eficiente que se identificaba con su parche negro en el ojo derecho y su expresión vacía en el único ojo sano.

El quintacolumnista capturado había pasado ya por la campana. Ese invento en forma de cajón de cemento donde se introducía a los detenidos, a veces durante horas, no más grande que un sarcófago donde era imposible mantenerse erguido y en cuyo interior se les obligaba a escuchar de manera ininterrumpida música estridente, gritos y timbrazos que terminaban por volverles locos. Había otros horrores en La Tamarita, como la silla eléctrica (la preferida del joven ayudante de Elías), donde se

aplicaban descargas en los pies, en los párpados, en el ano y en los testículos, o la nevera, donde se sometía a los interrogados a duchas gélidas. Quien entraba en aquellos sótanos, que un tiempo sirvieron para albergar el servicio de la casa, tenía muy pocas posibilidades de salir con vida, y si lo conseguía, desde luego habría dejado allí su salud mental.

El detenido era un hombre joven. Estaba herido en un brazo y sangraba por una brecha que nadie se había preocupado de curar. Lo llevaron en presencia de Elías desnudo, temblaba de frío y de miedo. Sobre todo de miedo. Le habían golpeado de lo lindo con vergajos de caucho y le habían saltado varios dientes a patadas. Apenas podía sostenerse en pie y si los guardias que le sujetaban por las axilas lo soltaban, se desplomaba a peso sobre el suelo.

Al verlo, Elías se sintió asqueado, pero recordó las escenas del bombardeo, los cuerpos mutilados, los gritos de los inocentes y se enardeció. También alimentó la hoguera de su ira el recuerdo de aquella vez en que lo detuvieron en Moscú, el rostro del funcionario que le interrogó y que logró que firmara su confesión a cambio de un miserable vaso de agua.

—¿Qué tienes que decir?

El hombre se negaba a mirarle a la cara, o puede que, sencillamente, no tuviera fuerzas para sostener la cabeza en vilo. Elías lo agarró del pelo pringoso y tiró hacia arriba. Y de repente, entre el amasijo de carne machacada y sangre adivinó la luz de una mirada aterrada, una luz que se iba apagando muy despacio y que pronto se extinguiría. Y en esa luz tenue, en ese reflejo involuntario, reconoció a una persona.

Ordenó que lo trasladaran a una celda que no fuera de castigo y dio instrucciones claras de que no fuera maltratado más.

—Que lo visite un médico y alimentadlo. Cuando esté recuperado quiero interrogarlo personalmente.

Muchos minutos después de que se llevaran al detenido, Elías Gil seguía contemplando ensimismado el reguero de sangre que sus pies habían dejado en el suelo.

El coche del SIM le dejó en la puerta de casa con órdenes de recogerle a las seis de la mañana. Eran las once de la noche. Y aún trabajaría hasta la madrugada en su pequeño despacho, donde se acumulaban los expedientes del Tribunal Popular contra los Actos de Traición. La mayoría de aquellos expedientes no habían tenido ninguna garantía judicial, y Elías lo sabía. Pero aun así, los remitía sin demora al ministerio para que ratificase las órdenes de cárcel, y en no pocas ocasiones, de muerte. Era un mero formalismo que debía cumplirse; muchas veces, cuando llegaba el plácet del ministerio, las ejecuciones ya se habían llevado a cabo. ¿Cuánto duraba ya aquella sangría? Apenas había pasado un año desde que Gerö y Orlov le hicieron acusar al cónsul Antónov, pero parecían mil años. Después de aquello, enseguida se desató en

Barcelona la guerra abierta contra los anarquistas, contra el POUM y contra cualquiera que se opusiera al, en boca de Gerö, esfuerzo de guerra contra el fascismo. La excusa necesaria para una purga que había descabezado todas las hidras de la oposición a las tesis estalinistas de Negrín.

Habían vencido, el PC ocupaba todos los puestos claves del ejército y del Gobierno, pero señoreaban sobre un campo de muertos y cenizas. Con la cercanía de las tropas de Franco, y ante la evidencia de que, más pronto que tarde, Barcelona iba a caer, los falangistas y colaboradores de la retaguardia proliferaban y se hacían más atrevidos. El trabajo de Elías era descubrirlos y exterminarlos. Pero no daba abasto. ¿Cuánto más habría que prolongar aquella matanza, aquel sufrimiento, antes de rendirse a la evidencia? «Hasta la última gota de sangre». Ésa era la consigna que le hacían llegar de Moscú. Hasta la última gota de sangre que no era de ellos, sino de los que día tras día veían cernirse el cielo convertido en llamas sobre sus cabezas.

Encontró a Esperanza en la cama. Todavía convalecía del reciente aborto. Estaba tendida de costado, la cabeza vuelta hacia la pared. La mirada de Elías se posó un instante en su cuerpo joven, cuya cadera y muslos se perfilaban bajo la manta.

—¿Duermes?

Esperanza giró el cuello y lo miró con una especie de serenidad indiferente en la que se había instalado desde que había tenido la hemorragia. «El niño no ha cuajado», fue la explicación del médico que la atendió. Y esa expresión cayó sobre ambos como un rayo que partía en dos el mismo tronco. No había cuajado, no había querido agarrarse a esa matriz que le prometía una existencia, había preferido retirarse antes de ser algo más que una promesa inconclusa. Elías había visto el feto de cinco meses, casi formado, casi un bebé entero. Con el corazón, con los pulmones, con la boquita amoratada. «Mejor así, —pensaba ahora—. ¿Para qué nacer en este mundo? ¿Para terminar como los niños de Felipe Neri?». Tanto esfuerzo para que una bomba con ruido de serpentina desgajara sus ilusiones y las de sus padres.

Nunca le había dicho lo que pensaba a Esperanza, ni el alivio triste que sintió cuando la comadrona envolvió en un paño al bebé y se lo llevó a no sabía dónde. Ella le habría arrancado el único ojo que le quedaba con las uñas, lo habría despreciado para siempre. Con razón. El médico la consoló, le dijo que era fuerte (fue el niño quien no mostró la voluntad necesaria para prosperar), que tendría tantos vástagos como deseara o pudiera soportar. Cuestión de tiempo. Pero el tiempo pasaba, y ella, su pequeña rusa, no se recuperaba. Prefería quedarse postrada en la cama, apretando ese vientre que ya no escondía sino una imposibilidad.

Elías se había planteado mandarla a Moscú. Las cosas empeoraban en las calles, y no tardaría en producirse la desbandada y entonces todo sería más difícil. Pero existía otra razón por la que, en ocasiones, deseaba librarse de ella. No estaba seguro de

amarla ni de haber hecho bien al traerla consigo y casarse con ella. Había creído que el amor que ella le demostraba bastaría por los dos y que, con el tiempo (siempre esa promesa incierta que nunca se cumplía), Esperanza le haría olvidarse de Názino, de Irina y de Anna, de lo que había hecho para seguir con vida. Pensó que podría lograrlo cuando ella reía y le hacía reír, cuando hacían el amor de un modo que quería serlo todo y no dejar espacios al pasado, sólo al presente. Había disfrutado de aquellos primeros meses, y el pasado parecía remotísimo aunque estuviera a la vuelta de la esquina.

Cuando llegó la noticia del embarazo, Elías tuvo miedo, no un miedo como el que había experimentado en Siberia. Éste era nuevo, palpitaba bajo la palma de su mano cada vez que tocaba el vientre creciente de Esperanza. Tenía miedo al futuro, a la posibilidad de ser feliz, se sentía un fraude, alguien que no merecería nunca esa posibilidad. El aborto de Esperanza lo liberó de ese miedo, le confirmó lo que ya sabía, que nunca sería premiado con la paz ni el descanso.

Tras aquello se entregó con feroz entusiasmo al trabajo. Un entusiasmo que no tenía nada que ver con esas alimañas cazadoras que tenía por ayudantes, ni con la zafiedad robótica de los funcionarios a su servicio. Su fervor era frío, metódico, exhaustivo e implacable. Y eso era lo que lo que le hacía temible. Eran famosas en todas las checas de Barcelona y Madrid aquellas largas noches de interrogatorios en los que el teniente Gil, «el Cíclope», como ya empezaban a llamarle unos y otros, se paseaba arriba y abajo abriendo y cerrando sistemáticamente el medallón que guardaba en el bolsillo. Nadie sabía exactamente a quién pertenecía aquel retrato de una mujer joven con su hija en brazos que Elías contemplaba con distancia, antes de concentrar su único ojo vitriólico en el interrogado. Se decía que eran su madre y una hermana que murieron en la revuelta de Asturias en 1934, otros especulaban con una amante y una hija ilegítima, pero nunca se supo la verdad. Elías no hablaba jamás de su pasado ni de su vida. En realidad, no hablaba de nada que no tuviera que ver con la tarea encomendada.

Fue por aquella época cuando empezó a tener las terribles migrañas que le taladraban el cerebro y le hacían sentir cada fibra de sus articulaciones como si fueran de arena. Los especialistas del ejército le confirmaron que el nervio óptico de su ojo perdido nunca curó bien, pese a los esfuerzos de Irina y sus cataplasmas, y que esos dolores, intermitentes pero devastadores, debería arrastrarlos de por vida. Cuando ocurría uno de esos ataques, el dolor le bullía desde dentro y se arrojaba como una ola de fuego sobre su cuenca vacía, como si el ojo perdido quisiera volver a construirse, a mirar y ver desde la cavidad oscura. Odiaba entonces más que nunca a Ígor Stern, y en su ausencia a cuantos tuviera alrededor, Esperanza incluida.

Preferentemente ella era el objeto de su ira durante aquellos episodios, le gritaba que no hiciera el mínimo ruido, la forzaba a quedarse quieta durante horas, a oscuras,

la insultaba en ruso, la forzaba a veces con brutalidad, como si las imágenes de Siberia, de aquel lobo que quiso llevarse a Anna, fueran reales de nuevo. Desvariaba, enloquecía, rompía cuanto encontraba a su paso (muebles, botellas, libros..., también hombres y mujeres). Sólo el alcohol, cada vez en mayores dosis, y un medicamento a base de láudano, lograban calmarlo unas horas, dejándole en un estado de postración que en los tiempos y los acontecimientos de la guerra no podía permitirse.

Y cuando esa ola pasaba, comprobaba desolado cuánta destrucción había causado. Le pedía disculpas a Esperanza, y su mujer, apenada pero firmemente aferrada al amor que le tenía, le prometía que nunca, pasase lo que pasase, lo dejaría, ni le temería.

—No eres tú. Son ellas, ellas te están destruyendo —decía, señalando con rencor la imagen en el medallón de Irina y su hija Anna.

A veces pasaba semanas sin aparecer por casa, sobre todo después de uno de esos episodios. Se avergonzaba de sí mismo, se hundía en su despacho del edificio de la calle Muntaner, donde el SIM tenía instalada la prefectura, trabajaba hasta el agotamiento para no pensar. Y cuanto más sucio y vacío se sentía, más eludía a Esperanza y más se sumía en ese pozo que, pensaba, era el lugar que le correspondía.

Como muchos de sus hombres, a quienes el trabajo de carnicero se les hacía duro, escondía la añoranza en alguno de los garitos del barrio de la Barceloneta donde todavía se toleraba la prostitución; Elías frecuentaba el Gat Negre, un tugurio en la calle de la Sal regentado por una mujerona que habría hecho la delicia de Rubens, entrada en años y carne, una catalana de Lérida que tenía hechuras de mujer cordobesa, morena, pelo larguísimo y lengua afilada que gobernaba con mano firme a media docena de desdichadas que trabajaban para su casa. Desde los bombardeos por mar de principios de año, buena parte del barrio había sido evacuado, pero las lánguidas odaliscas del Gat Negre se habían negado a marchar. Deambulaban por las calles al llegar la noche, y entre sacos terreros, edificios derruidos y montañas de escombros y cascotes se ofrecían como reinas de la nada, con sus vestidos manchados de polvo, desgarrados y zurcidos, mostrando sus muslos y sus escotes de pieles mates, negándose a aceptar el final de los tiempos.

Elías no iba allí por el sexo, ni por la bebida. La regenta del Gat Negre tenía algo mucho más valioso para él: información. Aquella mujer gruesa era una comunista perspicaz y convencida que él mismo había reclutado para el servicio clandestino de información.

—Los hombres son más proclives a confesarse en el altar de un coño que en el de un cura —decía con un deje barriobajero del todo impostado. Y era cierto que, después del coito, los hombres más rudos lloraban como niños entre los muslos sudorosos de las mucamas y que por una promesa de placer podía venderse la República. Los hombres están solos ante el vientre de una mujer que sepa amarlos, no

sirven de nada las cinchas, las pistolas o las banderas. Un hombre desnudo es, ante una mujer desnuda, una patria sin fronteras.

Por esa misma razón, muchos de ellos habían ido a parar directamente de los camastros del Gat Negro al barco prisión *Villa de Madrid* o al *Uruguay*, a veces sin tiempo para vestirse y tapar sus vergüenzas.

—Aquí beben todos —dijo la mujerona, señalando su entrepierna—. Fascistas italianos, nazis, falangistas, monárquicos, personal de misa los domingos, curas, y también anarquistas, comunistas o socialistas. Todos calman su sed y todos piden ser escuchados.

Elías solía tolerar ciertas cosas, necesarias a cambio del servicio que aquella gran puta le prestaba. Tráfico de morfina, de pasaportes, mercado negro y cupones de guerra. Sabía que la regenta estaba preparando una provisión de fondos que enviaría a Francia si las cosas, como parecía, empeoraban. No la detendría, ni la acusaría de desertora. Cada cual debía sobrevivir a su manera.

—Ya corre la voz de que Uribarri ha escapado a Francia con un montón de millones y mucha documentación comprometida.

Elías no lo desmintió. Hasta febrero de aquel año, Manuel Uribarri había sido jefe del SIM. Antiguo socialista jefe de milicias, apenas se había mantenido en el cargo tres meses antes de huir con una fortuna en joyas y dinero. El nuevo jefe era un jovencito bisoño de sólo veintidós años que había tenido algo que ver con el asesinato de Calvo Sotelo en el 36. La muerte de aquel político fue el detonante para el alzamiento franquista. Por supuesto, una excusa. Pero aquéllos de la Motorizada se lo pusieron a huevo a los golpistas.

—¿Y tú? ¿No vas a abandonar el barco con esa preciosa mujercita tuya? Apuesto a que en Moscú te esperan un montón de medallas.

—¿No sabes que el derrotismo se paga con pena de fusilamiento?

La gran puta se sentía humanizada, quizá porque había abusado aquella noche de la morfina. Sus ojos vidriosos brillaban de buen humor, y cosa poco habitual en ella, que no se entregaba a cualquiera, le había tocado un par de veces la entrepierna a Elías.

—Lo que daría yo por lamer esa oscuridad —añadió, risueña y obscena, acercando los dedos al parche de cuero del teniente.

Elías apartó sin brusquedad aquellas uñas que, en un tiempo lejano, debieron de hacer gozar más de una espalda, pero que hoy sólo inspiraban una remota repugnancia.

—¿Todavía guardas salvoconductos de la zona rebelde?

La regenta le miró con una mirada borrascosa y turbia. Por un lado temió una trampa. ¿Quizá había ido demasiado lejos con el teniente? ¿Sería verdad eso que decían, que no tenía corazón porque se lo arrancó un lobo en Siberia? Y por otro,

intuyó, arriesgada, muy arriesgada, una posibilidad.

—Con los tampones y sellos oficiales. También tengo pasaportes: portugueses, franceses, ingleses y americanos... Ya lo sabes: yo guardo todas las llaves que puedan abrir una puerta. ¿Por qué lo preguntas?

En todas partes, en cualquier tiempo de desgracia, las personas así afloraban. Como las setas venenosas después de la lluvia otoñal. Carroñeros, hienas, buitres, supervivientes, gente que en circunstancias normales jamás destacaría (¿a qué se habría dedicado aquella matrona antes de la guerra?), pero que llegado el caos, encontraban el modo de apañárselas mejor que sus congéneres. En Názino, Elías había sido uno, como lo fueron a su manera Michael y Martin, y el propio Stern.

—No son para mí.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Tú no. Pero tu mirada, sí.

—¿Y me vas a arrancar los ojos por eso?

—No me tientes.

No bromeaba, y ella se dio cuenta. Se apartó un poco y aunque sus movimientos adquirieron la placidez cadenciosa de la droga, su piel había palidecido ligeramente.

—Dime lo que necesitas.

—Salvoconductos y documentación para dos personas adultas y un niño de un año. Te daré los nombres y apellidos y las fotografías que deben constar.

—¿Para cuándo los necesitas?

—Para ya.

El chalé de la calle Muntaner era mejor que La Tamarita, lo que sólo significaba que no era mucho peor. Las celdas ocupaban la planta baja, el sótano y el garaje. Eran cubículos muy estrechos, pintados con colores estridentes, y el piso tenía una inclinación del veinte o el treinta por ciento, como el banco de cemento que hacía las veces de catre, con lo que era literalmente imposible mantenerse en pie. Además, el suelo estaba erizado de ladrillos salientes y a los detenidos se les ordenaba descalzarse. El único hueco posible donde permanecer de pie estaba junto a la trampilla de la puerta, desde donde, cada cinco minutos, aparecían los ojos escrutadores de un guardia. Olía a excrementos y a suciedad y sólo respirar era una amenaza de enfermedades y repulsión.

Por alguna razón, el quintacolumnista que había sido detenido en el hotel Colón estuvo allí poco más de media hora, antes de ser arrastrado fuera y esposado a la espalda. Los guardias lo trataron con firmeza pero, cumpliendo las órdenes de aquel oficial del SIM, nadie había vuelto a ponerle una mano encima. Le habían dado ropa que no era nueva, pero estaba razonablemente limpia. Ropa de un muerto, pensó al ceñirse el cinturón que le venía grande. Un médico le había desinfectado la herida del

brazo y se la había cosido con eficacia pero sin miramientos. Mientras lo hacía, no dejaba de repetir que aquélla era una pérdida de tiempo lastimosa. «Total, para acabar tirado en la cuneta de la carretera de la Arrabassada esta noche con un tiro en la nuca», se dijo como quien habla del tiempo.

Decir que no le importaba morir era una mentira que estaba dispuesto a creerse. Sabía perfectamente lo que se jugaba cuando decidió unirse a la célula de Falange en la retaguardia y pasar los avisos a la aviación italiana a través de los comunicadores que les habían hecho llegar por los medios más peregrinos. Sí, la muerte estaba allí, era una opción. Pero hasta ahora no había sido una realidad. Ocurría como cuando veía a un viandante atropellado por un carro de caballos, por un coche o bajo las ruedas de un tranvía. La muerte era una posibilidad, pero que, milagrosamente, siempre le ocurría a los demás. Otros colegas habían caído en manos del SIM, pero él lo achacaba a la impericia o la torpeza, a diferencia de él, que sabía protegerse.

Él era extremadamente cuidadoso, tenía formación militar, y su corta experiencia en la Guardia Civil (donde había ingresado en 1935, tras los sucesos de Asturias) le daba una ventaja. Así se había convencido de que lo inevitable pasaría de largo. Hasta que vio caer de una patada la puerta de su habitación en el hotel Colón y a un conserje enfurecido señalándole con dedo acusador. Ni siquiera tuvo tiempo de deshacerse del equipo de transmisiones o de lanzar un mensaje en clave para alertar a los demás. Porque había otros como él, por todas partes, en los barrios, en las escuelas, incluso en la policía. Sólo tenían que aguantar un poco más, les animaban desde Burgos. Un poco más.

Y ahora, mientras lo subían por una escalera hacia el piso superior, no dejaba de pensar, entre sudores, en lo que iban a hacerle. ¿Cuánto iba a resistir el dolor y el tormento antes de delatar a los otros? Sólo esperaba aguantar hasta que se hubieran puesto a salvo. Porque hablaría. No le cabía ninguna duda. Sólo rezaba para que no hubieran dado con la masía donde se escondían su mujer y su hijo, cerca de Sant Celoni. Se los había llevado allí, a más de cuarenta kilómetros de Barcelona, para mantenerlos al margen y para no tener que escuchar a cada momento los reproches de su esposa. Ella no lo entendía, que pusiera en riesgo sus vidas por un ideal, como no quiso entender que aceptara ese puesto de brigada en la Guardia Civil; él, que tenía los estudios de Ingeniería, que podía dedicarse a construir puentes y caminos.

Mientras subía los últimos escalones del piso, con la luz de un potente foco cegándole, se preguntó si realmente todo lo que iba a pasar valía la pena. Y no tuvo valor para afirmarlo, ni siquiera tímidamente. Ojalá no hubiera conocido a José Antonio Primo de Rivera en aquel mitin del Palace que dio en Madrid en 1931, ni hubiera dejado que sus amigos de la universidad (burgueses católicos, gente que nada tenía que ver con el pasado minero de su familia) le sedujeran con sus bonitas sonrisas, y sus bonitos trajes, y sus bonitas ideas de que el fascismo, después de todo,

sólo aspiraba a la felicidad del hombre. Hombres como ellos. Patria y orden no eran más que palabras huecas ahora, tan huecas como el sonido de los pasos inciertos que le llevaban a la tortura. Sintió que las tripas se le deshacían y rogó a Dios que al menos le permitiera mantener la decencia de no cagarse encima y convertirse en motivo de escarnio para aquellos hombres.

Con la cabeza inclinada sobre un expediente, en el que para su horror vio inscrito su verdadero nombre, Ramón Alcázar Suñer, el oficial del SIM fumaba un pitillo, con el pulgar apoyado en la sien y la orla de humo girando en tirabuzones azulados hacia el techo desportillado. Cuando lo consideró oportuno, alzó la cabeza y estuvo examinándole un buen rato sin pronunciar palabra. Hasta que aplastó el pitillo en un cenicero de vidrio verdoso y ordenó a los guardias que los dejaran solos.

—No sabía que te habías casado.

Aquella afirmación dicha de modo casi cordial sorprendió a Ramón Alcázar.

—Aquí dice que tienes un niño.

No contestó, empeñado en mantenerse erguido, aunque con el mentón rozando el pecho y los ojos clavados en el suelo.

—Ramón, mírame. ¿No me reconoces? Soy yo, Elías.

Boquiabierto, Ramón Alcázar buscó en el rostro de aquel hombre una conexión con un nombre que se le antojaba imposible. Adelantó la barbilla como un búho, incapaz de creer lo que había estado todo el tiempo ahí, pero que no había sido capaz de ver por culpa del pavor. A la sorpresa inicial secundó una brizna de esperanza, la idea descabellada de que esa vieja amistad de la infancia podía ser su tabla de salvación. Pero enseguida reparó en la frialdad de Elías, que le observaba sin curiosidad, serenamente, sin atisbo de calor.

—Siéntate.

Ramón obedeció, sentándose frente a él con la espalda un poco encorvada sobre el estómago, sin dejar de mirar a su antiguo amigo. ¿Podría salvarle aquel encuentro? Ramón lo dudaba. Quizá Elías esperaba debilitarle con un fingido afecto, evitarle las torturas a cambio de una confesión rápida que le llevaría indefectiblemente al cadalso.

—Has cambiado —se atrevió a decir.

—¿No lo hemos hecho todos?

Ramón asintió lentamente. Nunca habría imaginado esta situación. Pero estaba inmerso en ella, no podía cerrar los ojos y esperar que al abrirlos hubiera desaparecido.

—No alarguemos esto más de lo necesario, te lo suplico. No te diré nada, así que puedes ordenar que me fusilen ya; por los viejos tiempos.

—He oído que ingresaste como brigada en la Guardia Civil y que tu padre fue secretario de Fanjul.

—Has oído bien.

Elías frunció el ceño.

—Deberías haberte quedado allí, Ramón.

—Era aquí donde me necesitaban.

Elías le tendió un montón de fotografías que se desparramaron sobre la mesa. Eran los rostros numerados de las víctimas del bombardeo en la calle Balmes. Hombres, mujeres y niños que no lo parecían.

—¿Para esto?

Ramón apartó el rostro asqueado.

—No era mi intención causar esas muertes. Mi lucha es con los militares.

—¿Y qué creías que iba a pasar lanzando bombas de quinientos kilos en el centro de una ciudad?

—No fue lo que me dijeron. Yo debía indicar dónde estaban las baterías antiaéreas, y es lo que hice.

—¿Y no tienes ninguna responsabilidad en todas estas muertes? ¿Es eso lo que pretendes decirme?

Ramón lanzó una mirada furibunda al vacío.

—¿Y qué me dices tú de los ajusticiamientos en las checas, de las monjas asesinadas en Vallvidrera, de los asesinados que cada noche aparecen en las cercanías de Barcelona?

—No estamos pesando nuestras conciencias en una balanza. No todos los muertos son iguales, no todos tienen la misma razón.

—¿Qué puede importarles a los muertos si tenían razón o no?

—Tú tienes tu culpa y yo la mía. Pero ahora tú estás en esa silla y yo detrás de esta mesa. Eso te hace culpable y a mí inocente. Mañana, o dentro de un año, podría ser al revés. Y eso no cambiaría lo que hemos hecho, Ramón.

—No te recordaba tan cínico.

—Sólo intento comprender cómo hemos llegado a esto. Se suponía que íbamos a vivir nuestras vidas, a construir puentes y carreteras, a tener familias y a hacernos viejos rodeados de nietos.

—Los ideales están por encima de las consideraciones personales. Nos ha tocado este tiempo y hemos tomado nuestras decisiones. Poco importa si lo hemos hecho en conciencia o nos hemos dejado arrastrar por las circunstancias.

—¿Los ideales? Dime una cosa: si pudieras salvar la vida ahora, si yo te asegurase que puedo protegeros a ti y a tu familia a cambio de esos ideales, ¿renunciarías a ellos? ¿Los cambiarías?... Piensa bien la respuesta antes de contestarme, Ramón. Piensa en una muerte que no será rápida, ya has visto los ingenios del sótano, piensa en el sufrimiento. Y si con ello no hay suficiente, cuenta los años perdidos, el futuro que no existirá, las cosas que ya no harás con tu esposa,

con tu hijo... ¿Pueden darte la vida los ideales? ¡Y cuáles son esos ideales! Los de unos militares que se sienten agraviados, parásitos, egoístas y frívolos, los de unos políticos incompetentes, demagogos e incapaces, que juegan con nuestras vidas como si fueran gigantes aburridos que patean las diminutas e insignificantes figurillas que somos. Los ideales te harán mártir. Pero ya hay demasiados. Nadie te recordará. Nadie.

—Sin ideales sólo somos mercenarios, cuerpos sin alma, despojos que se mecen al viento.

—No has contestado a mi pregunta, Ramón.

Ramón Alcázar Suñer pensó en su esposa y en su hijo, escondidos y asustados en una masía, ocultos a la vista y al trato con los payeses, pues temían ser delatados. Le estarían esperando con el corazón en un puño, con los nervios desatados. Su mujer le gritaría insensateces, le llamaría bisoño, loco, imprudente, le acusaría de egoísta por poner sus vidas en peligro. Ramón se enfurecería, y se negaría a reconocer que la presencia lloriconca de su hijo de un año le ponía nervioso, que las paredes se le caían encima y que le hervía la sangre cuando escuchaba los partes del frente en la radio sin que él hiciera nada más que permanecer oculto. Los ideales eran sólo un disfraz, lo habían sido desde el principio.

Conocía lo suficiente del mundo para saber que los hombres no cambian, si no es para peor, que las buenas intenciones siembran el camino del infierno y que los tiempos heroicos son para los cobardes que desprecian una vida vivida a lo largo de muchos años. Dios, la patria, la familia, el orden, palabras grandes, palabras entusiastas que no valían un disparo en la boca. Farsas, sahumeros, indecencias que arrastraban los corazones a esta locura. Sí, todo eso lo sabía, y como le recriminaba su esposa (que no tenía nada de matriarca espartana), la única lealtad que se debía era para consigo mismo y su familia. Y sin embargo... Los ideales era lo único que tenía.

—Ya es demasiado tarde para nosotros, ¿no te parece? Hemos ido demasiado lejos, hemos entregado de más para reconocer que ambos estamos equivocados... Si tengo que morir, pues que sea pronto. No pienso colaborar contigo.

Elías observó a su antiguo amigo con calma. A pesar de su voluntad manifiesta, era como un pajarillo frágil y vulnerable atrapado entre sus dedos. La verbalización de aquel pensamiento era sólo la esperanza de animarse, de armarse con un valor que no poseía. Elías sabía que no resistiría un solo día de torturas, que bastaría la simple mención del lugar donde se escondían su mujer y su hijo (por supuesto, ya lo había averiguado) para verle caer roto por las tibias. La voluntad de los mártires no es morir en la hoguera, sino confiarse al milagro de una epifanía, ser salvados por obra divina en el último instante. Pero todos morían abrasados, gritando de dolor, cagándose encima. Sólo el tiempo enterraba su flaqueza y los convertía en falso ejemplo. A pocos hombres había visto afrontar el sacrificio con serenidad, y aun éstos murieron

con un destello de duda en sus pupilas dilatadas. Pensó en Martin y en Michael, y en Claude y en aquel oficial de guardia que se disparó en la cabeza. Cada uno de ellos tomaba sus decisiones. Y no hacían mejor el mundo. El mundo no les tenía en cuenta.

La tierra tembló un minuto y algunos libros que se posaban en los estantes cayeron al suelo. Los cristales de la ventana vibraron con fuerza, aunque no llegaron a estallar. Elías se acercó a la ventana y apartó la cortina. Una inmensa columna de humo se elevaba entre las manzanas de edificios de la calle Entenza. Pequeños fogonazos que dejaban unas nubes rosadas se elevaban en el cielo con demasiado espacio entre sí, como unos raquíuticos fuegos artificiales. Eran las baterías antiaéreas, que de ningún modo podían alcanzar a las escuadrillas de bombarderos que volaban a más de cinco mil metros y que dejaban caer anárquicamente sus racimos de metralla. Como una coreografía tenebrosa se intercalaba el sonido de los motores de hélice con las sirenas de bomberos y las explosiones.

Desde la distancia, desde ahí arriba, el asesinato era cuestión de precisión, como un juego: acertar en un patio interior, reventar una torre donde ondeaba la bandera republicana, hacer saltar por los aires las jaulas del zoológico. Una vez, muchos años atrás, Elías soñó ser uno de ellos. Ahora, mientras el resplandor de las explosiones convertía Barcelona en una muñeca a merced del capricho de aquellos aviadores, se alegraba de no ser uno de ellos. Prefería ver la muerte de cerca, tocarla y olerla, para no olvidarla jamás.

Por el este aparecieron dos Mosca republicanos que habían logrado despegar de El Prat. Quizá se habían formado en la academia de Moscú y uno de ellos era el que le regaló su cazadora a Caterina y la bautizó como Esperanza. Ojalá no fuera el que pilotaba el aparato que entró en barrena y se estrelló contra la escollera del puerto dejando tras de sí una estela de humo negro. Pensó entonces en que desde la azotea de su casa tenía una vista privilegiada sobre el frente marítimo. Esperanza habría visto caer el avión haciendo desesperadas cabriolas. La imaginó abrazando su cazadora y llorando en silencio.

—Tienes razón —dijo, volviéndose hacia Ramón—. Tenemos que elegir algo por lo que luchar, y pensar que eso es lo más justo, por más que la supuesta justicia sólo sirva para acallar nuestros actos. Aunque lo que hagamos no sirva para nada, debemos hacerlo.

La mirada de Elías atravesó a Ramón, provocándole un escalofrío. Fue hasta la puerta y ordenó entrar a los guardias.

—Lleváoslo abajo y encerradlo en la celda de incomunicados. Borrard su registro del libro de detenciones.

Ramón sabía lo que eso significaba. No iban a someterlo a juicio. Simplemente, iban a ejecutarlo.

Llegó la noche y con ella todos los horrores que se consumaban. Poca gente era ajusticiada a la luz del día, como si incluso los asesinos y los verdugos fueran conscientes de su culpa y pretendieran ocultarla. La noche era el territorio de los muertos, de la gente que se caía de las azoteas, de los gritos en los sótanos, de los disparos en los callejones y las puñaladas en los portales. También de los paseos en coche hasta la carretera de la Rovira o de las Aguas, los focos de un coche alumbrando los taludes, las frentes apoyadas en la roca, las manos atadas a la espalda.

La noche sembraba la tierra de cadáveres que un camión recogía por las mañanas para llenar depósitos de cuerpos con números y etiquetas que se exponían unos días, una feria macabra donde padres, madres, hijos e hijas buscaban la suerte de su rifa, apretando los dientes para no encontrarla. Y el mundo se iba colmando de cinismo y de cantos revolucionarios a un lado y de plegarias a media voz en el otro. Pero la mayoría de los hombres, como Ramón, sólo esperaban en silencio, atrofiado el pensamiento ya, encallado en aquella inevitable obviedad, inconcebible, sin embargo, que no podía pasarles a ellos. Con los ojos oblicuos, hundidos en aros azulones, atrozmente atentos al sonido de una balda, de unos pasos, de una orden llegada desde el otro lado de la puerta, ladrada por una sombra.

—¡Afuera!

Y entonces se hacía imperativo reunir toda la energía para forzar a las piernas a avanzar, apretar el esfínter y cerrar la garganta. Eso era lo más parecido a la dignidad, no hacer proclamas de última hora. Sólo calmar el torbellino de la mente lo justo para concebir el pensamiento dedicado a su esposa, a su hijo. Musitar un perdóname, dirigido a no se sabe quién, un te quiero muy breve, un esbozo de sonrisa que busca reconfortar en esa soledad tan absoluta, mientras le hacían cruzar el patio empedrado y los hombres le apartaban la mirada. Culpables, culpables todos. ¿Por qué de noche? ¿Por qué así, con esta cobardía, pese a las fanfarronadas del guardia que le metió de un empujón en el coche que le esperaba? «Dale recuerdos de mis huevos a tu Cristo Salvador». También ese guardia estaba asustado de sí mismo, de su animalidad, se lo notó en el modo que le temblaba el cigarrillo en la boca, en el odio sin razón que vio en sus pupilas. «Pronto me tocará a mí, lo sé». Eso le decían.

El coche, conducido por un hombre joven, su nuca lo era, al menos, y dos guardias de custodia encaró una carretera incierta. Le taparon la cabeza y le hicieron tumbarse boca abajo en el asiento trasero. Iban a hurtarle también esto, una última vista a la noche, a las estrellas, la posibilidad de inventarse un lugar mágico, algo después de la zanja, ahí arriba, en el cielo. No, para él sólo estaba el hedor de la capucha y el pestazo del tejido del asiento. Y en algún momento, cuando uno de los guardias encendió un pitillo y bajó la ventanilla, también el olor de pinos, de bosques lejos de la ciudad, la resina, la noche batiendo los campos, fermentando hasta la primavera. El

coche tardó mucho en detenerse, pero la noción del tiempo era engañosa en sus circunstancias. Se agarraba a cada minuto, respiraba consciente de cada respiración, de cada dolor en su cuerpo, de cada detalle, como el picor de la franela de la capucha en las mejillas. «Va a ser ahora», pensó cuando lo sacaron fuera y lo empujaron, diciéndole que caminase. Por la espalda, con la cara tapada y las manos anudadas a la espalda.

Pero no sucedía nada. Escuchó el ruido de los neumáticos en la grava y estuvo seguro de que la luz de los faros había sido sustituida por la lechosa luna. Escuchó. La noche, el silencio, y el llanto de una mujer, desesperado, cercano. Su esposa. Sintió sus manos nerviosas acariciándole por encima de la tela, como si quisiera devolverle las facciones, entre hipidos, incluso sintió su boca besando el burdo tejido. Una mano firme le quitó las esposas y él mismo se arrancó de cuajo la capucha y respiró como si emergiera del océano. Pero sólo estaba el firmamento preñado de estrellas, y el relieve del Montseny al fondo, con las luces salpicadas de Sant Celoni cerca de la vía. Se abrazó a su esposa, que se derramaba en lamentos, como si no creyera que era él. Ramón vio a su hijo, de pie, junto a un coche con los faros apagados pero el motor en marcha. La mano que lo sostenía lo liberó y el chiquillo correteó torpemente hasta las piernas de su padre.

Elías Gil encendió un pitillo y se apoyó en el capó. Los hombres que debían llevar a Ramón hasta la línea del frente y ayudarles a pasar al otro lado eran de confianza: mercenarios, estraperlistas, contrabandistas a sueldo de la regenta. Le entregó los papeles a Ramón sin decir una palabra, sin mirarle apenas.

—Más vale que os deis prisa. Os queda un largo trecho... Y una cosa más, Ramón. No vuelvas, hasta que todo acabe. Ya has cubierto tu cuota de héroe.

Miró a la mujer y al chico. Nunca sabrían que su padre había estado dispuesto a sacrificarlos por nada. Recordarían aquella noche como algo heroico, lo contarían a sus nietos y se sentirían orgullosos de Ramón Alcázar Suñer.

—¿Por qué, Elías?

Elías Gil se encogió de hombros, aplastó el cigarrillo bajo la suela y se dirigió a su coche. Cada hombre tomaba sus decisiones. Cada decisión contaba. Él lo sabía bien.

El recuerdo de Irina y de Anna estaba allí para recordárselo cada día.

Barcelona, octubre de 2002

Salir del hotel y dejarse ver era arriesgado, y Siaka lo sabía. Pero la temporada de verano ya había terminado y probablemente aquel gran crucero con bandera inglesa sería el último en atracar en Barcelona durante bastantes meses. El reguero de turistas era demasiado tentador para quedarse al margen.

Sentado en una terraza frente a las atarazanas los vio desfilan como hormiguitas incautas hacia la estatua de Colón y luego hacia las Ramblas. Resultaban cómicos, casi tiernos, con sus ridículos y extemporáneos sombreros, sus pieles pálidas y sus cámaras de fotos, siguiendo obedientemente a un guía que se hacía visible esgrimiendo en alto un paraguas cerrado. Tenía su gracia, pensó, que él los viera como extranjeros. «Después de todo, ésta es tu ciudad», se dijo, poniéndose en pie.

Había elegido a una guapa rubia de edad madura que se rezagaba contemplando los edificios. Le llamó la atención que no disparase como una loca su cámara fotográfica. Prefería ver las cosas antes que retratarlas compulsivamente.

—Bien por ti —dijo Siaka. Le gustaba observar a la gente y averiguar lo que ellos no podían ver de sí mismos. Aquella desconocida, por ejemplo: mirada inteligente pero demasiado soñadora, enamoradiza de las apariencias, de la grandilocuencia que muestran los lugares de paso, posibilidades y promesas inconcretas. Profesión liberal, tal vez abogada, recién divorciada, un viaje para cicatrizar, en busca de nuevos horizontes que sirvieran como placebo a un dolor aún no dejado atrás por completo. Activa sexualmente, fingida sonrisa, despreocupación alegre con un esfuerzo demasiado evidente.

Perfecta.

Se despidieron unas horas después, con un ligero retintín irónico en la mirada de ella. Sin duda se había dado cuenta de que Siaka le había intentado quitar la cartera mientras ella se vestía en el tocador de la habitación. Imaginó su cara al ver lo que guardaba dentro del bolso, el susto que debió de llevarse. Una placa de policía de Scotland Yard y una pequeña semiautomática del 22.

—Estoy de vacaciones, tranquilo —se despidió, dándole un beso en los labios y metiendo un billete en su bolsillo.

Estaba perdiendo facultades, se dijo el joven cuando la vio alejarse en un taxi. Ni siquiera había podido disfrutar del polvo, y eso que la habitación del hotel, alquilada por unas horas, había estado a la altura de sus gustos. Sábanas de raso, albornoz fino,

licores y copas entalladas en una bandeja de plata y cortinas de cretona a juego con los muebles barrocos. Su mente y su polla estaban peleadas, iban en direcciones distintas. La llamada de Gonzalo planeaba como un mal augurio. El abogado había insistido en citarse con él en un bar no muy lejos de allí. Siaka le preguntó qué sucedía, pero Gonzalo no le había querido decir nada, excepto que había descubierto que Alcázar trabajaba para la Matrioshka.

¿Por qué no le sorprendía? El inspector Alcázar, exinspector, para ser más exactos, nunca le había parecido trigo limpio. Sospechaba desde hacía tiempo, y aunque Laura nunca se lo dijo, intuía que la subinspectora ya no se fiaba de él en los últimos tiempos. Pero eso no significaba que no le preocupase la posibilidad de que le atrapase. Se estaba volviendo paranoico, no lograba apartar la sensación de que le seguían, de que le vigilaban, y ese temor le imposibilitaba para cualquier cosa.

Humillado por la experiencia con la turista inglesa entró en la cafetería donde había quedado con Gonzalo y pidió un café largo. Aún era temprano para la cita.

Necesitaba reconsiderar sus opciones, no podía continuar con aquella tensión continua encima o iba a volverse loco.

«Debería largarme, ahora mismo».

Eso era lo que le repetía una y otra vez el instinto. «Corre, Siaka, corre».

Pensó en la policía guapa. Podría haberle denunciado a la seguridad del hotel, peor aún, podría haber sacado aquel juguete plateado y dispararle. Y en lugar de hacerlo lo había tratado como un pobre niño travieso con el que merecía la pena ser indulgente. Definitivamente, estaba bajando la guardia.

Cinco minutos después de la hora acordada, empezó a sospechar que Gonzalo no iba a presentarse. ¿Se habría rajado o simplemente se había quedado atrapado en un atasco de tráfico? Consultó con impaciencia el reloj de la pared, atento a las entradas y salidas de los clientes, volvió a hacerlo al cabo de dos minutos, de tres, de cuatro, y el tiempo no pasaba. A cada golpe del minuterero en ese reloj, la voz de alarma en su cabeza crecía hasta hacerse insoportable.

De reojo observó al hombre que le miraba distraídamente acodado en la barra con un periódico. Quizá fuesen imaginaciones de Siaka, pero le había sorprendido dos veces mirándole fijamente y apartando la cara al verse descubierto. Podría ser un esbirro de Alcázar, alguien a sueldo de la Matrioshka, o simplemente un tipo que leía el diario deportivo y tomaba su café con aire aburrido. Siaka no estaba dispuesto a comprobarlo. Gonzalo se retrasaba ya quince minutos, y el abogado era puntual siempre. Se arriesgó a llamarlo por teléfono. Estaba fuera de cobertura.

«Corre, Siaka, corre», le gritaba esa voz que tantas veces había logrado mantenerle a salvo. Coge ese tren a París y olvida todo esto. ¿En qué coño estaba pensando cuando decidió dejarse atrapar en esta maraña? El miedo no le permitía perfilar con nitidez la imagen de Roberto, ni de Laura. Ellos estaban muertos y él

estaba vivo. Más valía que saliera de allí ahora mismo si quería seguir estándolo.

Respiró para controlar las pulsaciones, pagó con el billete que le había metido en el bolsillo la turista inglesa (como un vulgar prostituto) y observó con atención disimulada al tipo de la barra mientras esperaba el cambio. Se relajó un poco: parecía inofensivo. Pero nunca se sabe. Zinóviev le contó una vez que existe una variedad de araña casi invisible pero que inyecta un veneno paralizante que puede matar en horas.

Salió a la calle y se dirigió a la boca del metro. Un par de veces se volvió porque tenía la impresión de que le estaban siguiendo, pero sólo vio rostros de transeúntes ocupados en sus propios asuntos.

«Relájate, hombre, o te va a estallar la cabeza».

Y eso es precisamente lo que le estalló. Notó el impacto en la nuca apenas puso el primer pie en el escalón que bajaba al metro. Un calor muy intenso que se abrió paso hasta su cerebro como un puño. Trastabilló y cayó rodando escaleras abajo. Sintió un crujido en la pierna y tuvo la certeza de que se había machacado la tibia. Intentó protegerse de la caída con las manos, pero no pudo evitar el filo del último escalón, que le partió, literalmente, la crisma.

La primera ojeada en el espejo le devolvió una imagen que hubiera preferido borrar. Pero ya no era posible; aunque tapara la mitad de la visión del espejo con una mano, al apartarla, Carlos seguía tumbado en la cama, con el antebrazo bajo la almohada, mirándola como si fuera una diosa.

¿Una diosa? Lola cerró los ojos para evitar seguir contemplando su rostro con el pintalabios corrido y el rímel dibujándole lágrimas negras. Se odiaba por lo que había hecho, hubiera querido arrancarse la piel, el olor. Alargó la mano hasta la mesita y apuró lo que quedaba de *whisky*. Nada cambia, pensó, despreciándose. El mismo agujero vacío, la misma imposibilidad de ser otra en brazos de otro. Como hacía dieciocho años, cuando supo que estaba embarazada de Javier y que Gonzalo no era el padre.

—Esto no ha pasado —murmuró, más para sí que para aquel joven a pesar de que fuera a él a quien miraba.

Carlos alargó el brazo y acarició las vértebras de su columna; Lola se estremeció como si los dedos fueran de hielo.

—Pero lo cierto es que ha pasado, Lola. Yo te quiero, tienes que entenderlo. No es sólo un polvo; me gustas de verdad. Podríamos hacer cualquier cosa, largarnos a cualquier parte, tú y yo. Olvidar el pasado. —Lo decía y lo pensaba de verdad. Estaba dispuesto a borrar la grabación que le había hecho. Ella nunca lo sabría, lo cerca que había estado de su propia perdición. Sólo tenía que volverse hacia él y decir que sí.

Lola se puso de pie, ofreciendo su cuerpo entero al espejo, sus pechos aún firmes, sus caderas prietas, el vello del pubis todavía húmedo, el vientre liso. La visión de

una mujer en plena madurez, en su mejor momento. Y sin embargo se sentía vieja y despreciable. No sabía, ni quería saber, cómo se había dejado convencer de aquella locura. Follarse al amigo de su hijo en su propia cama, en su propia casa.

Podía buscar excusas, decir que se sentía sola y que dos botellas de vino habían acallado su sentido común, permitiendo que Carlos la besara en el aparcamiento del restaurante, cediendo a sus dedos que buscaban su pecho bajo la blusa, accediendo a que su mano le buscara la vulva bajo las bragas como una adolescente excitada. Sí, podía decir que se había dejado llevar por el calor, por las ganas de vivir que cada cierto tiempo le hacían hervir la sangre. No había nada malo en ello, era una mujer atractiva que no estaba dispuesta a perderse lo que la vida pudiera ofrecerle. Sólo era un polvo con un tipo atractivo, un cuerpo musculoso, un culo prieto y el empuje de un potro que desea demostrar lo que vale. Una anécdota como otras que guardaría para las noches de invierno, para excitarse en la cama y masturbarse cuando la soledad durmiese al otro lado del colchón.

Pero la verdad era muy distinta. Había sido ella la que había dado pie a aquel juego, la que había buscado la mano de Carlos, consciente de cuanto hacía, sin remordimiento ni culpa hasta que, mientras él la penetraba, se había encontrado frente al retrato de sus hijos y su esposo, cuando eran felices, cuando soñaba que con ellos lo colmaría todo. Y fue esa visión la que la enfrentó a su fracaso, a sus mentiras, al cansancio de tanto fingimiento. Y la tristeza la llenó al comprender que su imposibilidad de ser feliz no tenía nada que ver con la falta de sexo, con el desamor o con el remordimiento de lo ocurrido dieciocho años atrás. Era ella esa imposibilidad.

Y ahora, las palabras de Carlos, sus deseos auténticos e ingenuos la hacían sentirse peor. ¡Escaparse con un casi adolescente! ¿Para qué? Tirar toda su vida por la borda, hasta cuándo, hasta que el deseo se volviera rutina, hasta que la evidencia de sus mundos tan distintos se impusiera, hasta envejecer sola y retorcida por las decisiones erróneas que ya no tenían remedio. Lo único que quería era que se fuera, arrancar literalmente las sábanas de la cama y meterlas en la lavadora, ducharse y frotarse hasta que le sangrara la piel. Y olvidar.

—Tienes que irte. Y esto no volverá a pasar, jamás. —La oscuridad de su rostro era ominosa, como si se le hubiera borrado toda expresión, como si sólo fuera un lienzo por pintar.

Durante unos segundos, Carlos esperó ver un corpúsculo de luz en ese rostro, una llama de esperanza, de agradecimiento, al menos. Pero sólo vio indiferencia, inquietud y desprecio. De repente, la presencia de la habitación de Lola se hizo omnisciente: la cama deshecha, las cortinas traspasadas por la luz, las fotos familiares, los recuerdos y los detalles de una vida en la que él no tenía cabida ni nunca la tendría. Los collares y las pulseras en el joyero de la cómoda, la alfombra a los pies sobre la que se amontonaba la ropa interior de ambos, la botella de *whisky* y

los vasos de fondo grueso. Nada de eso le pertenecía ni le pertenecería jamás. Él era un accidente en aquel cuadro, un brochazo que se le había escapado al artista y que sería borrado sin dejar rastro tan pronto saliera por la puerta.

¡Qué pobre imbécil, pensar que con ella sería distinto! Su lugar estaba en las sombras, en las calles oscuras, en los edificios con aluminosis, entre las putas y los chulos. Pensar otra cosa era soñar. Sueños estúpidos, pájaros en la cabeza. Ahora lo comprendía, lo veía nítidamente al contemplar aquel cuerpo que sólo había sido un recipiente. Y eso le hizo temblar de rabia. Pensó en la pequeña grabadora que había dejado entre la camisa y el pantalón, pensó que durante unos minutos había logrado olvidar por qué estaba allí. Pensó que había gozado realmente con Lola, no con su hijo. Y se alegró de no haber cedido a la tentación de explicárselo todo cuando ella, en un arrebato, le había susurrado con la respiración entrecortada que le quería.

—¿Estás segura de esto? ¿De verdad quieres que me marche?

Lola lo miró con un desprecio absoluto.

—Nunca he estado más segura de algo.

Carlos se sentó en la cama y observó la puntera de sus botas sucias. El amor era algo aceptable a cambio de no darle forma y mantenerlo en el límite controlable de lo teórico. Lola no debería haber sido más que un nombre y unos apellidos, parte de un listado tedioso amontonándose en la mesa, como su hijo Javier. No eran para él nada, excepto una herramienta necesaria para su propósito. Significaban dinero. Datos, números, eficiencia y economía. Eso era lo importante. Pero había caído en la trampa de creer que podía ser diferente. Por suerte, la mirada de Lola lo había estampado contra una realidad tangible, haciéndole sentir en sus propias carnes lo que antes sólo era una bruma, un rumor lejano de gritos del que podía desentenderse cerrando la ventana. Ahora ya no era posible escaparse de la evidencia: él no era nada para ella, ni las de su clase, y nunca lo sería.

Pensó en mostrarle la grabación, chantajearla, pedirle una buena suma a cambio de guardar el secreto de su infidelidad, como había hecho con Javier. Ésa era la idea, pero ahora, pensaba con rapidez, ya no se trataba sólo de una cuestión de dinero. Sino algo más personal. Iba a hacerle pagar con creces su desprecio. Iba a darle una lección a aquella mujer arrogante que nunca en la vida podría olvidar.

Se vistió con una lentitud concentrada, haciendo que ella se sintiera incómoda. Se tomó su tiempo y ocultó la grabadora, reprimiendo las ganas de mirarla cuando se marchó.

Sabía dónde encontrar a Javier.

Había algo inquietante, una sensación a la que Javier no se atrevía a ponerle nombre. Probablemente era algo imperceptible para otros, pero notaba en la mirada de Carlos, en la audacia de sus palabras un odio enfermizo que hasta entonces no se había

liberado del todo, pero que ahora, por alguna razón, se había desenmascarado por completo.

—¿Qué es eso tan urgente? ¿Y qué hacemos aquí?

Carlos daba vueltas como una fiera enjaulada. Había citado a Javier en una nave industrial abandonada de las afueras.

—Nunca me has preguntado dónde vivía, ni te has interesado por mi familia, o por lo que hago cuando no estoy contigo. —Miraba a Javier con una especie de superioridad desde la que desafiaba al mundo. Como si le demostrase que había estado en el infierno y había sobrevivido, nada le asustaba ya de los otros hombres, como si hubiera emergido de ese infierno dejando atrás su naturaleza humana, transformándose en otra cosa. Era mejor que él, lo sabía y lo mostraba.

—Bueno, pues bienvenido a mi casa.

Javier miró alrededor. Allí no había nada excepto suciedad, escombros, y al fondo, en un rincón, un pequeño colchón y un par de maletas viejas.

—¿A qué viene esto?

Pobre imbécil, pensó Carlos. Ése era el gran error que Javier había cometido, como su madre. Menospreciarle, creerse mejor por el hecho de ser algo más afortunado de lo que había sido él.

—¿Te sorprende? No deberías poner esa cara de asco. ¿Sabes cómo es el mundo fuera de tu ombligo? Yo te daré una pista: cualquier paso en falso puede condenarte, lo tienes todo, y de repente te miras las manos y ya no tienes nada. Yo podría haber sido como tú, o como cualquiera que se te parezca. Pero la suerte se me acabó, un mal padre, las drogas, los reformatorios, historias que no importan. Se puede condenar a un ser humano a lo peor, azuzarlo como a un perro y golpearlo; no importa, lo resistirá a condición de no perder la esperanza de que algún día se ponga fin a su sufrimiento. Sin esa esperanza, la inmensa mayoría sencillamente se abandonará y se apagará sin remedio. Pero unos pocos se verán liberados ante la evidencia y, sin nada que perder, no seguirán sujetos con el dogal del miedo. Incluso el torturador más cruel sabe que en un momento u otro debe mostrar clemencia.

Alzó la cabeza y cruzó con la mirada al otro lado de la nave abandonada con un punto de irrealidad.

—Yo soy de éstos.

Movió los dedos como si tuviera un secreto que transmitirle esquemáticamente y que Javier no acababa de entender. De repente se mostró desenvuelto, cortés, pero no demasiado afable.

—Ven, quiero mostrarte algo. ¿Sabías que me gusta el cine? Siempre he pensado que tengo talento para la filmación. Sobre todo para los primeros planos —dijo, enmarcando el rostro de Javier juntando los pulgares y los índices de ambas manos—. Un mundo de apariencias. Esto es lo que me gusta del cine.

—Creí que tenías algo importante que decirme —dijo Javier, que empezaba a sentirse alarmado.

—Y así es, pero nos iremos acercando despacio, con precaución. —Carlos dibujó una sonrisa extraña—. Existen dos tipos de realidades: la evidente y la que se elabora. La primera es como los sueños, aún peor, como las pesadillas; inconexa, no encuentra modo plausible de narrarse. Por eso la elaboramos, como un guión de cine, la adaptación incompleta y casi siempre embustera de la realidad evidente. Cada cual tiene suficiente con inventar su propio discurso y lo que se espera no es más que un relato imperturbable de las mismas cosas.

—No te entiendo, Carlos. ¿Por qué no me dices de una vez lo que quieres?

Carlos sacó la cámara de vídeo del bolsillo y la cruzó sobre el regazo. Puso en marcha la grabación y se la mostró a Javier. La imagen que apareció estaba tomada allí mismo, en aquella nave.

—¿Qué ves aquí?

—Una rata.

—¿Una rata?

Javier asintió, despacio.

—Una rata enorme, negra y cochambrosa.

—Yo veo otra cosa: veo a un niño tumbado en su cama, aterrado por el ruido de esa rata que correteaba al anochecer por el falso techo de madera del dormitorio. Debía de llevar allí mucho tiempo a juzgar por el ruido que hacía al moverse. A veces se escuchaban sus chillidos irritados, enloquecidos. Imagino que la soledad también enloquece a las ratas. Hasta que una tarde el padre de ese niño levantó todas las maderas con un gancho en la mano y se subió al altillo. No fue fácil dar caza a la rata, se defendía con uñas y dientes y daba unos brincos de miedo. El padre del niño la ensartó al final con el gancho y la golpeó violentamente contra el suelo... Ahí está el relato de una realidad. Una escena que puede reproducirse una y otra vez sin errores, y que hasta puede que fuera cierta. Pero lo que esa realidad no puede describir es la impresión que le causó a ese niño aterrado ver las tripas abiertas de la rata, su cola rozando la pernera del pantalón de su padre, las gotas oscuras de sangre cayendo sobre la puntera de su zapato. Tampoco puede describir con palabras la mirada del padre de aquel niño, aquella mezcla de orgullo y desprecio, cuando soltando una carcajada de borracho le arrojó esa rata muerta a la cara del chiquillo, desternillándose de risa con sus alaridos de pavor.

¿Qué podía hacer Javier con todo eso? De qué iba a servir que le explicase a Carlos que de niño tenía miedo de los ojos de los conejos encerrados en las conejeras que el abuelo Agustín tenía en la finca de Cáceres, que le miraban con odio, como si supieran que estaban allí para morir con un golpe de kárate en la nuca, y que nunca se le dio bien matarlos a la primera, como le enseñó el abuelo, y que por eso los conejos

le miraban con la rabia con que los torturados miran a sus torturadores.

Y de repente, sin transición, la grabación pasaba de esa rata en la nave abandonada a una habitación luminosa. Una habitación que Javier conocía perfectamente, aunque le costó reconocer los gemidos. Nunca había escuchado a su madre teniendo un orgasmo.

Mientras las imágenes se sucedían, negó con la cabeza. No era posible que su madre le hubiera hecho eso.

—Apágalo —murmuró en estado de catatonia, pero Carlos no detuvo la grabación. Al contrario, le dio al *zoom*. Cuando Javier quiso apartar la cara, Carlos lo aferró con violencia por el cuello, obligándole a mirar.

—Ahora viene lo mejor, cuando me dice que le dé por el culo. ¿Es una fijación que tenéis en vuestra familia? ¿Que os rompan el culo? Seguro que tu hermana no tardará en cogerle el gusto también.

Javier se revolvió con rabia y trató de golpear el costado de Carlos, pero apenas pudo rozarlo. Era demasiado grande para él. Sin apenas esfuerzo, Carlos se deshizo de él, dándole un puntapié en la boca del estómago que lanzó a Javier contra el suelo. Lo observó retorcerse con cierta decepción, como si hubiera esperado que le sorprendiera con algo distinto.

—No es tan sencillo como levantarse de la cama en invierno y trazar un círculo en el vaho helado de la ventana para ver el paisaje fuera. Las cosas no son así cuando estás dentro de ellas, ¿verdad? —dijo sin dejar de grabar, al tiempo que le daba dos fuertes patadas en el costado—. Qué familia feliz: el hijo maricón y drogadicto ve cómo la puta de su madre es sodomizada por su querubín. ¿Qué vas a hacer, Javier? Di: ¿Qué vas a hacer?

Carlos lo pateó con saña, vertiendo en él toda la rabia acumulada desde hacía demasiado tiempo, sin dejar de filmar.

—Te diré lo que voy a hacer yo: le mandaré a tu madre este bonito recuerdo, con este regalo y con unas bonitas fotos tuyas comiendo mi polla. ¿Qué te parece? ¿Crees que le gustará? ¿Qué opinará tu papá, ese abogado soso, de su familia ideal?

—¿Por qué me haces esto? —balbuceó Javier, entre gorgojos de saliva y sangre.

La pregunta, apenas audible, tuvo el efecto de detener la furia de Carlos. Como si le sorprendiera que se lo preguntase.

Recordó una Nochebuena. Su padre llegó borracho a casa y dejó su maletín de muestras en medio del pasillo. Trabajaba como representante de una multinacional. Cortinas, tapizados, cosas de ese estilo. Según la teoría de su padre, en los bares podían hacerse clientes. Y jugar a la tragaperras, y ver el fútbol y beber hasta caerse de la barra, trasnochar, conocer putas y gente del trapicheo, meterse en timbas ilegales de póquer y apostar en el canódromo de la Meridiana. Aquella Nochebuena su madre se había vestido para la misa del gallo y estaba sentada delante del televisor

esperando con las manos apretadas entre las rodillas, sin prestar atención al programa de varietés.

Carlos había estado ayudándola toda la tarde a preparar pastelitos de crema y coco. A hurtadillas había picoteado algo de la masa y su madre había hecho la vista gorda. Cuando su padre entró tambaleándose en el salón, los dulces estaban sobre platillos de hojaldre encima de la mesa, dispuestos de manera decorativa al lado del pesebre. Su padre dio un manotazo y tiró los pastelitos por toda la casa. Carlos veía sus ojos inyectados de rabia, el modo que agarró por los hombros a su madre y la sacudió, como si quisiera hacer salir a alguien que escondiera dentro a base de golpes. Carlos se interpuso entre ellos, gritándole a su padre por qué hacía aquello.

Su padre se limitó a sostenerle la mirada con una sonrisa cruel, impenetrable. Encendió un cigarrillo Rex llenándole la cara de humo y le espetó:

—«Porque puedo...». Eso fue lo que me dijo.

El recuerdo le había alejado durante unos segundos del presente. Cuando volvió a él, parpadeó sorprendido.

—¿De dónde has sacado eso?

Javier le apuntaba con el viejo revólver. Le temblaban las manos y tuvo que aferrarlo con fuerza. No sabía por qué al recibir la llamada de Carlos había decidido cogerlo. No tenía una idea clara de lo que pensaba hacer. Quizá amenazarle para que dejara de chantajearle, o tal vez algo más dramático, como suicidarse, o escenificar al menos la posibilidad delante de él. El caso era que ya no podía más.

—Tiene que acabarse; tiene que acabarse —murmuraba, con la mirada ida. Un ojo se le había cerrado por completo y la sangre que le brotaba de la nariz y de la boca lo estaba ahogando.

Carlos afiló la mirada. Apuntó con la cámara al cañón.

—No tienes huevos.

El disparo les sorprendió a ambos.

Hacía frío. Javier lo supo, no porque tuviera conciencia física de ello, sino porque su aliento se condensaba, de rodillas frente a la cara destrozada de Carlos.

Patricia iría a buscarlo a su cama como cada noche; Javier le pasaba el hombro por encima y le decía en duermevela: «Tienes que crecer, Patricia, no voy a estar siempre aquí». Y ella se dormía y su brazo pesaba como una piedra que le hubiera caído en la cadera. Aquel invierno ella iba a entrar en la banda de *majorettes* de la escuela. Su madre había estado reforzando los botones de charol de la guerrera azul con bonetes blancos, a juego con la falda y las botas de charol. ¡Su momento de gloria! Había pasado días y semanas ensayando con las barras malabarismos delante del espejo porque él le había dicho que si se esforzaba podría formar parte de la primera fila. El día de la prueba se le cayeron las barras al intentar pasarlas de una mano a la otra, pero eso fue lo de menos. Desde el primer momento Javier había

sabido que nunca la aceptarían en la primera fila, y no tuvo valor para decírselo. Hay mentiras y traiciones que escuecen muchos años después.

Observó el cuerpo de Carlos, caído de medio lado. La inocencia puede convertirse en algo despreciable, porque te hace sentir sucio.

Se puso el revólver en el pecho y apretó el gatillo.

Tercera parte

Silencio

Argelès, Francia, febrero-septiembre de 1939

El cielo tenía un color gris ceniza, pero todavía no había empezado a llover. El mar, del mismo tono invernal, estaba revuelto y grandes olas entraban hasta muy adentro en la playa.

El oficial francés había ordenado reunir a los prisioneros recién llegados. Era un capitán de la Guardia Móvil con aires de petimetre, imbuido de su misión, que creía fundamental. Durante quince largos minutos dio un sermón más propio de un párroco tonsurado que de un militar. Escoltado por un pelotón, el capitán alternó consejos de prudencia y moderación con amenazas si se alteraba el orden o trataban de escapar. Era, dijo, una persona dialogante, pero inflexible en cuanto a la disciplina del campo: las normas eran sagradas, y debían prevalecer sobre cualquier circunstancia como garantía del orden. Porque, a fin de cuentas, añadió, todos eran seres civilizados y esperaba que se comportasen como tales durante su estancia en el campo, que, aseguró, era transitoria.

Elías escuchaba fatigado el discurso de aquel pequeño remiendo de Robespierre. Ningún campo de prisioneros podía ser transitorio. Para los miles de refugiados que llegaban cada día desde la frontera aquel campo sería permanente el resto de sus vidas. Nunca lo olvidarían. Él y Esperanza habían llegado al paso de Cerbère con las primeras remesas de refugiados a principios de febrero, mientras las tropas franquistas ocupaban Cataluña y el ejército republicano se deshacía como un azucarillo. Miles de civiles, mujeres, ancianos y niños, mezclados con soldados que, en muchos casos, abandonaban uniformes y armas, se apiñaron en la frontera durante semanas esperando la autorización para pasar a suelo francés, donde se creían a salvo.

Los soldados argelinos habían separado a los hombres de las mujeres y de los niños, provocando escenas de desesperación y graves tumultos que los *spahys* argelinos resolvían a golpes de culata. Los hombres, o cualquiera que tuviera cuerpo o altura para parecerlo (fuesen chicos de doce o de quince años), iban a ser trasladados a un campo provisional frente a la playa. Las mujeres y los niños serían distribuidos en diversos centros de acogida del departamento de los Pirineos Orientales y en campos próximos separados por las rieras naturales y las alambradas en un frente que se extendía cinco hectáreas a lo largo de la costa.

Elías y Esperanza apenas tuvieron tiempo de despedirse, ahorrando palabras para concentrar todos sus sentimientos en una mirada interrogante y angustiada. Él le sonrió, aparentando tranquilidad. Volverían a reunirse, muy pronto. No iba a permitir que le pasara lo mismo dos veces, perder lo que más quería.

Desde la frontera hasta aquella playa de pescadores en Argelès no había un largo camino en distancia. Y sin embargo, la marcha había empezado mucho antes, en diciembre de 1938, cuando la evidencia de la derrota ya no podía esconderse; cada uno de aquellos hombres y mujeres había recorrido aquellos pocos kilómetros finales masticando lentamente la evidencia de que para ellos sus vidas habían terminado tal y como las conocían hasta entonces. Las imágenes de aquella retirada se habían quedado cosidas en sus miradas desubicadas, perdidas: casas vacías con sus muebles, las sábanas en las camas, a veces incluso el desayuno, intacto en la cocina. Los campos sin labrar, las herramientas abandonadas deprisa y corriendo, los libros del colegio en las escuelas cerradas, las pizarras con las últimas frases escritas con tiza, «primera declinación del latín: *Rosa, Rosae...*».

Y tras la larga columna de refugiados cargando mantas, colchones, sillas, cosas que tarde o temprano eran abandonadas porque retrasaban la marcha y se revelaban inútiles, las campanas de las iglesias en los pueblos, las banderas del bando nacional, las pintadas en las tapias y las pancartas en los ayuntamientos ocupados: «Arriba España, arriba el Fascio». Aquellos tampones con las esfinges de Franco, de Hitler y de Mussolini les acompañaban como una burla, seguidos día y noche por el zumbido de la aviación alemana, que a veces les ametrallaba y que otras simplemente se divertía haciendo pasadas a ras de las cabezas provocando desbandadas pavorosas, como un gigante que pisa un hormiguero por placer. Y las hormigas, ellos, volvían a la carretera y lentamente reemprendían la terrible procesión hacia la frontera.

Eso era la derrota. El silencio colectivo, consciente, mortuorio. Todos sabían que era un silencio que se ceñía sobre aquella tierra para siempre jamás. En los caminos hacia Francia, la gente se despojaba de toda identidad, las veredas se llenaban de carnés hechos trizas comunistas, cenetistas, socialistas o catalanistas, pero también partidas de nacimiento, cédulas de identidad, cartillas militares. Ya no eran españoles, ni vascos, ni catalanes, ni republicanos. Se convirtieron en una masa supersticiosa, cansada y desquiciada, presa de rumores a veces ciertos y a veces disparatados que hablaban de matanzas en la zona ocupada y que advertían de la proximidad de las tropas expedicionarias italianas o moras. Entonces, azuzados por ese pavor, la masa quieta se enfurecía, se desesperaba y forzaba los pasos de frontera, enfrentándose a los gendarmes a golpes. Muchos, demasiados, murieron de una bala o una bayoneta extranjera cuando ya se sentían a salvo.

Elías hubiera preferido quedarse en España, cruzar las líneas hasta Madrid, cuando todavía resistía como una isla que inspiraba la compasión épica de Europa, pero también la indiferencia burocrática de sus Gobiernos. Sin embargo, ya se escuchaban los tiroteos a las afueras de Barcelona mientras organizaba la destrucción o el traslado de miles de documentos concernientes al SIM, cuando recibió aquel

telegrama escueto, burocrático y sin posibilidad de respuesta llegado de Moscú:

Se le ordena desplazarse a la frontera camuflado entre la población. Se le encomienda la tarea de organizar a los camaradas en el campo de Argelès y velar por la moral y los principios del Partido, a la espera de nuevas órdenes.

Firmado. Coronel Orlov.

El supuesto campo a donde fue trasladado Elías no era en realidad más que una extensión baldía de varios kilómetros de alambrada levantado frente al mar, azotado durante días por la tramontana que lanzaba la arena sobre los pellejos como una plaga de mosquitos de dientes aserrados. Allí no había nada, excepto pulgas, piojos, hambre y la miseria y precariedad que traían como equipaje. El perímetro interior de la alambrada estaba custodiado por el 24.º Regimiento de Tiradores Senegaleses, pero aquellos negros taciturnos de gorro rojo, armados con fusiles vetustos y bayonetas de la *grande guerre*, no estaban preparados para semejante avalancha humana. Como en Názino, Elías los contemplaba y descubría detrás de su violencia racista algo de miedo, de pavor y de exasperación. ¿Qué pasaría si aquellos miles de seres se rebelaban? ¿Quién les impediría desparramarse por el sur de Francia como una plaga de langostas hambrientas? Como si lo sospecharan, los senegaleses se aplicaban con rabia, con arrogancia y asco en mantener el orden preestablecido.

En aquel maremágnun, la realidad no estaba a la altura de las ilusiones de los prisioneros; esperaban un recibimiento cálido, como héroes, hermanados con el Gobierno del Frente Nacional y sus camaradas franceses contra la amenaza, inminente ya, del nazismo, y en lugar de eso habían encontrado una pocilga, miradas torticeras, desconfianza, malos tratos y penurias. Sólo la solidaridad de algunos vecinos del pequeño pueblo de Argelès y de las zonas colindantes paliaba un poco la situación, pero muy pronto aquellas gentes tranquilas se vieron sobrepasadas por la ingente riada humana.

A pesar del caos y de la insuficiencia de las instalaciones, muy pronto empezó a organizarse una cierta vida. Una parte de las iniciativas nacía de organismos internacionales, incluso de las propias autoridades francesas que, agobiadas ante la dimensión de la hecatombe, habían pedido auxilio a la Cruz Roja. Se intentaba dar asistencia a los niños más pequeños, algunos habían perdido a sus padres en el caos y lograban reunificarse las familias. Se instauraron diferentes dispensarios, reclutando de entre los prisioneros a personal médico. Viejos maestros rurales aunaron esfuerzos con profesores universitarios y catedráticos para organizar algo parecido a una

escuela donde se daban nociones de francés a payeses que apenas sabían chapurrear algo el castellano, aferrados hasta entonces a su lengua de siempre, el catalán, o se afanaban en recuperar en lo posible el calendario escolar para los más pequeños. Los internos no tardaron en agruparse por gremios, por filiaciones, por parentesco o vecindad, organizando peonadas que debían construir su campo, como en Názino, sólo que aquí sí había herramientas para cavar las letrinas, levantar postes y alambradas, y bidones enteros con polvo desinfectante cuyo olor se volvía insoportable a ciertas horas.

Aunque las reuniones políticas estaban prohibidas, Elías había alcanzado un acuerdo con otros grupos, sobre todo controlados por la CNT, para dar mítines, organizar sentadas de protesta y huelgas de brazos caídos en reclamo de unas mejores condiciones. Aunque pequeños, habían obtenido algunos éxitos: los camiones de la Guardia Móvil tenían por costumbre repartir el pan lanzándolo a la turba como si fueran animales, disfrutando del espectáculo de ver cómo las personas se sacaban los ojos por aquel pan enmohecido. Un día, cuando los camiones entraron, la gente, aunque famélica, les dio la espalda. Nadie respondió a las imprecaciones de los guardias, ni hubo tumultos ni aglomeraciones. Bajo un silencio tenso, rodeados por miles de rostros enmudecidos pero rabiosos, los hombres de Elías, con la ayuda de algunos brigadistas austríacos y yugoslavos bien disciplinados, exigieron a los gendarmes que se les permitiera encargarse del reparto. Milagrosamente, se formaron largas y ordenadas filas y cada uno recibió una porción. Desde entonces, los camiones traían el pan troceado y se procedía a un reparto digno. Se organizó, además, un sistema de correos con la ayuda de habitantes amigos de Argelès que proporcionaban sellos y papel y que sacaban las cartas del campo.

En pocas semanas ya resultaban visibles desde la carretera de la estación las hileras de barracas de madera con forma de triángulo que los lugareños apodaban «de estilo español». Alguien, con ese humor satírico propio de los españoles, había claveteado entre la inmundicia un cartel: «Bienvenidos a Argelès, el hotel más lujoso de la costa francesa con vistas al mar».

Por otra parte, se repetían las mismas fracturas que en parte habían conducido a la derrota en Cataluña: como en 1937, los anarquistas volvían a enfrentarse a los comunistas, los trotskistas del POUM a los estalinistas del PSUC, sólo que ahora no podían hacerlo a tiros, sino a través de subterfugios, creando pequeñas fronteras dentro del propio campo, comités que excluían a los demás, iniciativas que fragmentaban, cuando no torpedeaban, las de los contrarios. Aquellas luchas intestinas exasperaban a menudo a los civiles, a quienes lo único que les interesaba era reunirse con sus familiares, curar sus heridas, descansar y no pensar en el pasado ni en el futuro.

El Gobierno francés acababa de reconocer la legitimidad del Gobierno de Burgos

y al general Franco como jefe del Estado. Ya no existía una república, por mucho que algunos políticos se empeñaran en defender el Gobierno en el exilio, y que colgaran la bandera tricolor en las casetas. Aquella bandera deshilachada no era más que una idea perdida para siempre en la inmensa mayoría de los corazones. Se habían desbaratado tantas ilusiones, abriendo de golpe los ojos a la cruda realidad, que no quedaba más remedio que aceptar algunas de aquellas verdades, y no todo el mundo estaba dispuesto a hacerlo.

Sin embargo, todo aquello no desanimó a Elías. Sus órdenes eran claras. Debía vencer aquel pesimismo, reagrupar a los camaradas que pudiera encontrar y organizarlos a espaldas de la dirección militar y policial que controlaba los abastos, las medicinas, la educación de los niños y, en definitiva, cuanto sucedía en aquellas barracas. Salvar lo que se pueda, mantener la idea de que, de un momento a otro, Europa iba a entrar en guerra y que Francia iba a iniciar la reconquista en suelo español con la ayuda de aquellos soldados, ahora derrotados, pero que debían mantenerse con la moral alta, pues su experiencia iba a ser vital llegado el momento. Ésa era su tarea principal y a ella se aplicaba con una fuerza y una vitalidad renovadas, daba charlas, iba de grupo en grupo, escuchaba, aprendía y procuraba estar informado de todo cuanto era de su competencia. En poco tiempo tuvo bajo su control lo más parecido al SIM supervisando las actividades y la vida de buena parte del campo y lo dirigía con la fría eficacia que ya había demostrado en Barcelona.

Uno de los problemas que urgía resolver era el de los delatores. Corría el rumor de que había espías en el campo, agentes franquistas que, haciéndose pasar por prisioneros, recorrían las barracas con unas listas secretas de nombres destacados. Cada vez que localizaban a alguien de interés, al poco aparecía la guardia senegalesa y se lo llevaban del campo, probablemente con destino a la frontera, donde era entregado a la Guardia Civil. Elías se propuso acabar con aquellos infiltrados. Cuando se sospechaba de alguno, un grupo de hombres se las apañaba para arrastrarlo por la noche y en silencio hasta una de las conejeras, pequeños habitáculos cavados en la arena con un toldo encima para resistir la virulencia de la tramontana; en aquellos agujeros, duplicidad pedestre de las antiguas checas, el sujeto era interrogado. No era poco habitual que, a la mañana siguiente, apareciera un cadáver junto al detritus que devolvía la marea.

Otra plaga, tan dañina como la de los delatores, ocupaba la atención de Elías: incluso allí, entre los vencidos, una parte de los hombres aspiraba a vivir y medrar a costa de la otra mitad. Ladrones, extorsionadores, aprovechados de toda clase emergían como las ratas royendo lo que quedaba. En la zona de paso paralela a la playa se había establecido una especie de lugar de trueque donde podía comprarse y venderse de todo, lo llamaban el barrio chino, en recuerdo de las calles de Barcelona, incluso habían montado una tienda que hacía las veces de prostíbulo, más o menos

tolerado por las autoridades del campo. Casi todo lo que era robado iba a parar allí, y si alguien reconocía como suyo un reloj o una joya, lo más que podía conseguir protestando era recibir una paliza. Elías no podía combatir a los aprovechados del mercado negro (los gendarmes y los senegaleses eran quienes más se beneficiaban de aquel intercambio injusto, donde un paquete de cigarrillos franceses podía costar un anillo de oro), pero sí sabía hacerse respetar. Cada cierto tiempo, hacía una requisa en el barrio chino, y si alguien protestaba más de la cuenta o se le enfrentaba, aparecía con una mano rota o con un par de dedos amputados. Y cuando eso sucedía, todo el mundo comprendía quién era el causante y guardaba un silencio que en ocasiones era cómplice pero que a menudo sólo estaba inspirado por el temor. Si alguien afiliado al Partido Comunista o al PSUC era robado, no tenía más que denunciar el caso ante Elías.

En pocos meses disponía de una eficaz policía interna, formada por jóvenes entusiastas que habían oído hablar de él y que lo admiraban con un fervor estúpido que, aunque le hacía enrojecer, le resultaba útil. Eran sus ojos, sus oídos y su brazo ejecutor. A veces no podía evitar el paralelismo con Ígor Stern y su jauría y sentía que se había convertido en todo cuanto odiaba.

—No es lo mismo —le discutió una noche Esperanza—. Tus intenciones son muy distintas.

A lo largo de la alambrada que separaba el campo de los hombres del de las mujeres se establecieron zonas controladas por jóvenes afines que las cortaban permitiendo que las familias separadas pudieran permanecer juntas durante unas horas por las noches. Elías hacía uso de aquellas toperas para encontrarse con Esperanza. La distancia física la unía más a ella, paradójicamente. Rodeado sólo de hombres y de suciedad, acariciarla por las noches, hacer el amor en silencio o charlar de las cosas que harían al salir de allí se le antojaba lo único humano que podía sucederle.

—¿Mis intenciones? Me ordenaron venir aquí y organizar a los nuestros, pero es como vaciar ese mar oscuro con un cubo lleno de agujeros. Al final las intenciones se convierten en actos, y no soy muy distinto a Stern en ellos: violencia para imponer lo que quiero.

—Lo que quiere el Partido —matizó Esperanza.

Elías suspiró con frustración.

—El Partido, la causa... Otra forma de poder, de control. A eso se reduce todo, en cualquier parte.

—Sólo peleamos por nuestra dignidad, Elías. Esto no es Názino, tú no eres Stern... Y yo no soy Irina.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Tú no estuviste allí. No importa la geografía ni

el idioma que se hable, ni las causas por las que unos y otros nos tratamos como perros. Da igual la forma, Esperanza. El fondo es el mismo odio, el mismo desprecio por la vida de los semejantes.

No se había olvidado de Irina y de Anna, Esperanza se dio cuenta. Había encontrado en el bolsillo de sus pantalones el medallón con su fotografía, bastante estropeada por culpa del salitre y la humedad. El rostro de aquella mujer se iba desfigurando, y en ello Esperanza vio una buena señal. Le agotaba luchar contra el recuerdo de un fantasma, pero ella contaba con la ventaja de su cuerpo, de sus manos, de su corazón pegado al de Elías para borrar definitivamente aquella sombra. Abrazó a su esposo cubierto con un capote de miliciano y examinó su rostro perfilado por la luna. Elías tenía apenas veintiocho años, pero se veía cansado y viejo. Había visto ya tanto horror que no le quedaba nada dentro. ¿Dónde estaban los ideales de una sociedad mejor y más justa que le había inculcado desde chiquillo su padre? Muertos, sufrimiento, confabulaciones, luchas por el poder, y la mitad de sus años huyendo o encerrado, luchando como un cimarrón por cada gramo de existencia.

Eso era lo que le quedaba. Sólo necesitaba echarle un vistazo para darse cuenta de que estaba padeciendo uno de sus ataques: los terribles dolores de cabeza y aquellas punzadas en el ojo que le hacían enloquecer. Tenía pesadillas con Anna y con Irina, volvían las imágenes atroces de Názino, las cosas que había hecho allí para sobrevivir, los horrores que había visto, y se confundían con lo que le tocaba vivir ahora, aquí, en Argelès. Nada podía calmarlo, no podía conseguir para él láudano ni alcohol suficientes y lo único que lograba contener sus raptos desaforados de ira era escapar al mar, buscar un rincón de intimidad con la esperanza de que el dolor no le hiciera estallar la cabeza. Así que lo tomó de la mano y lo llevó hasta la orilla. Allí se sentaron y ella lo acunó como un niño pequeño, acariciándole el pelo y meciéndolo hasta que notó su respiración más pausada, su corazón que lentamente volvía a latir con normalidad.

Elías le besó los dedos. Sin ella, habría enloquecido hacía mucho, se habría hecho asesinar por los guardias que vigilaban la alambrada.

Un panadero del pueblo afiliado al PCF, llamado Pierre, era el enlace de Elías fuera del campo con las autoridades del Partido. Pierre (nunca supo su verdadero nombre) le pasaba las consignas y órdenes que debía seguir. Aunque tenía una apariencia bonachona, típica de los catalanes del norte, Elías no dudaba de que era un agente de la NKVD.

De tanto en tanto, el panadero le pasaba un nombre escrito en un papel y una fecha. Si el papel era rojo, el nombre escrito debía desaparecer. Trotskistas del POUM, seguidores de Andreu Nin, sospechosos de ser agentes franquistas, la guerra continuaba disfrazada de asesinato. Si el papel era azul, el nombre tenía suerte: Elías

debía organizar su huida del campo. Su tanto por ciento de fugas con éxito era asombroso. El campo se hizo menos permeable con el paso de los meses, las alambradas se hicieron dobles y triples y tanto la guardia interior como la exterior, a cargo de los odiosos «moros», hacían cada vez más difícil escapar, pero Elías siempre conseguía «entregar el paquete» en la fecha acordada. A veces de forma temeraria, y otras de modo discreto, paso a paso, fue tejiendo su red, retrocediendo cuando temía ser descubierto, avanzando cuando la situación era propicia, hasta alcanzar su propósito: antes de que llegara el invierno, había sacado de Argelès a más de cuarenta personas.

Aquella mañana, el papel que Pierre le entregó era rojo. Cuando Elías vio el nombre no dio crédito. Pierre, el panadero, se encogió de hombros y le ofreció un Gauloise.

—Sé lo mismo que tú. Órdenes.

Tristán era un joven lleno de vida. Elías lo había tomado bajo su protección cuando lo trajeron del campo de Saint Cyprien. Todavía lucía con orgullo su cazadora de piloto y le explicó a Elías que había librado el último combate contra la fuerza aérea franquista sobre el aeródromo de Vilajuïga, en una misión suicida para proteger el convoy con las obras de arte que partieron de Figueres rumbo a Ginebra. El avión del joven piloto fue tocado en un ala a pocos kilómetros de la frontera y consiguió estrellarse en suelo francés. En el incendio del aparato, el muchacho perdió la mano derecha.

—Pero siempre podré decir que yo salvé *Las Meninas* —decía con orgullo, mostrando su muñón gangrenado. Tenía sólo diecisiete años.

Tristán no era un embustero, ni un cantamañanas. Se contaban cientos de historias como aquéllas. Muchas eran verosímiles, y eran múltiples los ejemplos de abnegación; pero otras de las que se contaban eran puras falacias en boca de cobardes convertidos en héroes por simple mor de las palabras, farsantes que buscaban un trato de favor entre los demás prisioneros, fantasiosos, embusteros patológicos. No era el caso de aquel muchacho apuesto, orgulloso y valiente que una y otra vez burlaba la vigilancia de los *spahys* argelinos que hacían batidas en los alrededores del campo para capturar a los prófugos.

Tristán no tenía intención de escaparse. Se escabullía por las noches y regresaba al amanecer oliendo a mujer y a vino, a menudo traía cigarrillos y comida fresca que sus enamoradas le regalaban a cambio de la promesa de volver. Elías le advertía contra esas escapadas, pero el joven se desentendía con esa alegría de quien ha estado a punto de morir demasiado pronto y que está dispuesto a vivir como si fuese su último día.

—Lo único que lamento es que con una sola mano no puedo demostrar todas mis dotes de amante. —Se reía de sí mismo, mostrando el muñón, que a veces, en medio

del jolgorio, a Elías le ensombrecía el humor. Aquel muchacho le recordaba demasiado a Claude, y quizá por eso le tenía tanto cariño.

Se preocupaba por él, pero tenía otras cosas en la cabeza de las que ocuparse, y no se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Hasta que aquella noche, mientras examinaba el papel rojo que Pierre le había entregado, uno de sus hombres apareció en la conejera. Elías sabía lo que eso significaba, se envolvió en el viejo capote militar y salió.

La iluminación en el campo era prácticamente inexistente y eran muy pocos los que se aventuraban en la oscuridad más septentrional de la playa. Las bombas de agua dulce se estropeaban con asiduidad y el agua de la capa freática, salada, se mezclaba con la potable, causando diarreas a todo el mundo. La estampa de hombres corriendo al mar con los calzones bajados para desahogarse en aquel lado de la playa era habitual, y en otras circunstancias habría resultado cómica. Pero nadie tenía paciencia ni humor para la estupidez. La disentería, la deshidratación y la diarrea estaban diezmando el campo. Al amanecer, cuando subía la marea, aquellos grumos de excremento eran devueltos a la arena, como si hasta el mar rechazase a aquellos desgraciados. Aquella noche, la fragancia intensa de los excrementos se mitigaba un poco con la brisa marina.

Mientras se acercaba, Elías vio un semicírculo de piernas que estaban pateando algo con saña. A juzgar por los gritos ahogados, que se confundían con el oleaje, ese bulto era un hombre.

—¿Por qué lo habéis traído aquí?

—Por maricón. Estaba dándose por el culo con uno, que se nos ha escapado.

—¿Y por eso le estáis dando esta paliza?

Su ayudante escupió con desprecio.

—El que lo estaba montando era un negro de la guardia, uno de esos cabrones senegaleses que vigilan el campo.

Elías frunció involuntariamente el ceño.

—El negro no lo estaba violando. Era consentido.

Podría haber reconocido cierta simpatía, incluso compasión, si aquel individuo al que estaban dando una paliza hubiera sido forzado. Esos cerdos senegaleses, no era la primera vez, también en el campo de las mujeres. Abusaban de ellas, y de los hombres, aunque la gente prefería no hablar de eso. Pero que uno de los suyos estuviera rompiéndole el culo a uno de esos cabrones que los humillaban y maltrataban a diario no podía consentirse.

Aunque se tratara de Tristán. El joven estaba desnudo, hecho un ovillo, rebozado de arena y sangre. Lo habían dejado medio muerto. Elías sintió ganas de gritar y de devolverles aquellos golpes, pero se contuvo. Todos ellos, y él el primero, acumulaban demasiada rabia, demasiada ira que necesitaba escapar por alguna parte

o iba a volverlos locos a todos.

—¡Levantadlo!

Tristán ladeó la cabeza sin fuerza. Elías lo agarró por el mentón y le alzó el rostro para verlo mejor. El joven le devolvió la mirada enajenado, boquiabierto, con hilos de saliva descolgándosele de la boca, mezclada con sangre y con arena. Sus ojos perdidos parecían haber perdido la razón. No quedaba ni rastro de su hermoso y alegre rostro.

—¿Por qué? —Alcanzó a murmurar.

Elías palideció. Le mostró el papel rojo.

Cogió al muchacho en brazos y se lo llevó a su tienda. El resto de la noche no se despegó de él. Tristán tiritaba y su cara, convertida en un sarmiento, se negaba a mirar a Elías, hundiéndose en la manta preñada de piojos. Antes del alba, el chico empezó a respirar con mucha dificultad, como un fuelle roto, luego empezó a vomitar gruesos perdigones de sangre. Aquello duró un par de horas, durante las que Elías no dejó de secarle la sangre y ponerle un paño húmedo en los labios. Tardó mucho tiempo en darse cuenta de que el joven se le había muerto entre los brazos.

Acercó el papel rojo a la llama de una vela y estuvo mirando mucho rato cómo se convertía en nada.

Al llegar la mañana aparecieron los senegaleses. Entre ellos iba el pedófilo, buscando con la mirada entre los presos a los que le habían atacado la noche anterior. Tenía una marca de cuchillo superficial en el cuello. Cuando descubrió el cuerpo de Tristán lo miró como se mira un despojo apenas conocido. Alzó sus grandes ojos hacia Elías y le sonrió con desprecio.

—Tú serás mi puta.

Elías no había dormido, su cara estaba desencajada y su cuerpo temblaba de debilidad. Miró de reojo el cuerpo de Tristán mientras lo envolvían en la manta con restos de sangre. Le habían ordenado matar a aquel joven y no sabía por qué. Tal vez porque era un chivato de los guardias, quizá por algo que nunca llegaría a averiguar. Y había cumplido la orden.

Así debía terminar todo, en silencio. Pero lentamente se quitó el parche sucio que tapaba su úlcera seca y miró fijamente al guardia senegalés.

—Voy a cortarte en pedazos y desparramaré cada parte de tu cuerpo por todo el puto campo, negro de mierda.

El negro no entendía el español, o tal vez no le convino entenderlo, como a sus compañeros, que, pese a ir armados, estaban en inferioridad. Cualquier gesto, por mínimo que fuera, y no saldrían vivos de aquella conejera, ninguno de ellos. Sostuvo la mirada de Elías y algo en esa úlcera le hizo estremecerse de dolor. Ni un batallón de bayonetas iba a impedir que aquel tuerto cumpliera su amenaza.

—Podrían haberte matado allí mismo —le recriminó con voz muy suave Esperanza. Elías le había contado lo sucedido entre llantos convulsos. Era la primera vez que Esperanza lo veía llorar de ese modo y el corazón se le oprimía confuso y dolorido en el pecho.

—Yo he matado a ese chico.

—Lo ha matado esta maldita guerra.

No era cierto. Él era el responsable, como lo era de las muertes que habían pasado por sus manos en Barcelona, como lo fue la de Irina. Cada muerte encontraba una justificación en los demás: sobrevivir, la guerra, la necesidad de mantener el orden y la disciplina. Pero la única verdad es que cada una de aquellas muertes había sido una decisión suya, personal.

La noche estaba oscura, pero poco a poco el viento empujó las nubes y apareció una luna pálida que dio consistencia a sus sombras anudadas. Algunas mujeres se acuclillaban furtivamente en la orilla para cagarse encima, avejentadas, robadas sus vidas y su dignidad... ¿Por qué todo aquello? Por el mañana, se decía, por esa fe inquebrantable de que cuanto hacía significaba algo, un futuro mejor para ellos, para sus hijos y sus nietos. Y quizá fuera cierto. Quizá él sólo era una gota de entre un millón, como aquel mar oscuro que les cerraba el paso, donde los seres humanos eran obligados a aflojarse como alimañas. Una gota sumada a otro millón de gotas en muchas otras partes del mundo, en aquel mismo instante. Pero en este momento, la noche era un hoy sin mañana.

Dos meses después, un grupo de hombres encontró una mano flotando entre desperdicios. Al día siguiente encontraron una pierna a varios kilómetros, en el campo de las mujeres, y durante los días siguientes aparecieron restos por todas partes, incluso en la iglesia del pueblo, de un soldado negro. Sin embargo, nadie daba con la cabeza. Hasta que una mañana, cuando el cielo alboreaba anunciando un día fantástico, azul y luminoso, apareció empalada frente al barracón de la guardia senegalesa con un letrero clavado en la frente: «*Allez, allez, salope!*».

Como el polvo que se asienta después de un pisotón, la vida y la muerte se fueron haciendo rutina. Gracias a la ayuda de organizaciones establecidas en Perpiñán, se pudo normalizar en cierta manera la llegada de productos de primera necesidad, alimentos, ropa, productos de higiene y lo que para muchos era primordial, correo desde España, desde otras partes de Francia; algunos llegaban con giros de dinero y se estableció una mesa donde podían cambiarse la moneda republicana por francos (a

precios desorbitados). Por primera vez, los internos en el campo no se sintieron aislados, les llegaban noticias de la virulenta discusión que su situación suscitaba en la prensa y en la opinión pública, lo que forzó a las autoridades a ciertas mejoras. Se instalaron centros de acogida a cargo de la Cruz Roja suiza en algunos puntos, entre ellos una maternidad donde las mujeres podían permanecer con sus bebés recién nacidos hasta que se les consideraba con suficiente fuerza para volver al régimen común; se instaló parte de un deficitario sistema de iluminación, barracones más consistentes y canalizaciones y letrinas, siempre insuficientes para más de 90.000 personas, que hicieron la vida algo más llevadera.

La resiliencia y la capacidad de adaptarse a todo iban venciendo, poco a poco, al desánimo de los primeros meses. Y parte de la resiliencia era el silencio. La estrategia del silencio contra la evidencia de lo inevitable. Se veía deambular por el campo a mujeres enajenadas con un bebé de meses muerto en brazos y se miraba para otro lado, llegaba la camioneta que transportaba a los más graves a la vieja caserna de Perpiñán habilitada como hospital y nadie quería ir allí, porque sabían que era, en realidad, poco menos que una morgue donde la gente sólo iba a morir. ¿A dónde fueron todos aquellos muertos, anónimos? Nunca se sabría, algunos enterrados cerca de sus seres queridos, otros arrojados al mar con algo anudado al cuello, muchos en los barcos hospital de Port-Vendres... Y otros, la mayoría, dispersos en el aire, como aquellas nubes de polvo que iban y venían sobre las hogueras.

Y al mismo tiempo, nacían nuevos bebés, y salían adelante, había parejas que se encontraban tras meses de separación, reconciliaciones familiares que de la desdicha hacían cicatriz y soldadura, nuevos enamoramientos, amistades que durarían lustros. Los escritores, los actores, los músicos se las apañaban para organizar recitales, obras de teatro, coros que salvaban durante unas horas la monotonía enloquecedora. Y todo ocurría a la vez, mezclándose como la arena y el inevitable mar.

Paradójicamente, a medida que las infraestructuras del campo se hacían más estables, la ilusión de su estadía temporal se esfumaba.

—Están empezando a trasladar a la gente a otros campos. El prefecto es fascista declarado, y ha ordenado repatriaciones forzosas, sobre todo de mujeres y niños, aunque también hay muchos que aceptan voluntariamente el ofrecimiento de «clemencia» de Franco y deciden regresar.

—¿Y quién puede culparlos?

Pierre se encogió de hombros. Estaban cada uno a un lado de la alambrada, vigilados de cerca por un argelino a caballo que Pierre había sobornado con unos pocos francos. El panadero le pasó a través de la alambrada unos cigarrillos a Elías, que no tenía dónde esconder. A finales de agosto el calor era insufrible y los hombres andaban sin camisa, en pantalones cortos o en calzoncillos.

—He oído que han mandado a alguien nuevo, un policía que viene expresamente

de Madrid con orden de volver a España con media docena de nombres. Tú estás en esa lista.

—¿Quién es?

—No lo sé, pero parece más eficaz que los que han mandado hasta ahora. Deberías esconderte unos días.

Elías sonrió. Sí, podía hundirse en el fondo del mar un par de días.

—Me alegra que te lo tomes con humor, pero no es cosa de risa. Si te deportan ya sabes lo que te espera. Juicio sumarísimo y pelotón de fusilamiento. Hay gente aquí fuera que hará lo posible para que ese fascista te cace. No han olvidado lo del senegalés.

—No sé de qué me hablas.

El 23 de agosto el mundo se despertó con una bomba que sacudió todos los cimientos de Europa. Alemania y la Unión Soviética firmaron un tratado de no agresión. Pocos días después, el ejército alemán invadía Polonia por el oeste y el ejército soviético hacía lo propio por el este. Aquello sólo podía significar una cosa: el 7 de septiembre, Francia y Gran Bretaña declaraban la guerra a Alemania.

En los campos se desató una cacería a gran escala de elementos comunistas o considerados extremistas, y el PCF fue declarado ilegal. Los comunistas españoles, cansados de luchar en España contra las tropas fascistas, veían desconcertados cómo Stalin firmaba una alianza con su mayor enemigo. Abatidos, resignados, intentaban encontrarle un sentido a lo que para el resto de republicanos era un acto de traición. Elías también estaba confuso, pero consideraba que la jugada de Stalin era lógica: las potencias europeas no iban a ayudar a la Unión Soviética en caso de agresión nazi, de modo que el *Vohz* trataba de ganar tiempo para preparar al país para la guerra y de paso alejaba la frontera con los alemanes a costa de los enfurecidos polacos. Pero cierto o falso, aquel argumento no calmaba los ánimos, ni siquiera de sus camaradas.

Dos días después de decretarse la movilización general en Francia, un pelotón de gendarmes se presentó en la conejera de Elías. Junto a otros comunistas, fue detenido y llevado en presencia del comandante del campo, fuertemente escoltado.

Le hicieron esperar en el vestíbulo; cada cinco minutos se abría la puerta del comandante y un gendarme gritaba un nombre. A los pocos minutos, el llamado salía con los grilletes a la espalda y el rostro lívido. Nadie decía una palabra. La consigna era guardar silencio, y bajo ningún concepto delatar a los compañeros. Elías, como la mayoría de camaradas con responsabilidades militares o políticas, se había hecho con una identidad falsa gracias a la ayuda de Pierre. Cuando escuchó el nombre de Aurelio Gallart, nacido en Getafe, alzó la cabeza con resignación.

El comandante era un oficial aguerrido que no tenía nada que ver con aquel capitán plúmbeo que recibía a los recién llegados a principios de febrero. A la

derecha de la mesa había una pila de fichas con fotografías y huellas dactilares. Estaban escritas en español y habían sido configuradas por la policía de Franco. Un oficial las cotejaba con las que la gendarmería tenía en su poder, más pedestres.

—Diga su nombre y fecha de nacimiento.

—Aurelio Gallart, nacido en Getafe, de Manuela y Ricardo, seis de noviembre de 1911.

El comandante cogió una de las fichas de la derecha.

—Según la policía española usted se llama Elías Gil Villa, nacido en Mieres, de Martín y Rocío, el doce de mayo de 1912.

El comandante alzó la vista y escrutó la fotografía, cotejándola con el rostro impassible de Elías. Había cambiado, y mucho, desde aquella imagen que no sabía cómo había obtenido la policía española, pero que era de una época muy lejana, de su etapa de estudiante en la Universidad de Ingeniería en Madrid, más o menos de 1930.

—Su rango era el de teniente del SIM, responsable del área de Barcelona en 1937.

—No tengo ni idea de qué es eso del SIM. Soy ingeniero de minas, y a eso me dediqué hasta que me vi forzado a cruzar la frontera.

El comandante dejó la ficha sobre la mesa y cruzó sus dedos gordezuelos.

—Ahora lo veremos.

Alzó la barbilla, y un gendarme lo trasladó a un despacho que había tras una puerta. Allí lo recibió una luz oscura y un olor a archivos y papeles viejos que se corrompían lentamente.

Detrás de la mesa había un hombre vestido de paisano que escribía algo. Pero lo primero que llamó la atención de Elías fue el sombrero, de buena factura, que descansaba junto a su codo derecho. La puerta que comunicaba los dos despachos permanecía abierta. El hombre alzó la vista, oculta tras unas gruesas gafas, e intercambió una mirada con el comandante francés. Luego remontó la fisonomía rígida de Elías. Ambos se miraron durante un largo minuto.

Elías Gil sintió que le abandonaban todas sus fuerzas. Aquel policía franquista era Ramón Alcázar Suñer.

También él había cambiado mucho desde aquella noche en Sant Celoni. Ahora no había miedo en su mirada, sino un cálculo frío y la apostura de quien ha sobrevivido para convertirse en alguien poderoso. Se había dejado crecer un bigotito fino, muy a la moda, y lucía una bonita aguja de oro en su corbata de seda. Había ganado peso, y aunque parecía más viejo y cansado, en cierto modo había mejorado.

Ramón Alcázar se reclinó en la silla y se pasó la mano por el pelo engominado, peinado cuidadosamente hacia atrás, dejando a la vista una frente amplia y despejada. Elías se dio cuenta de que lo había reconocido inmediatamente y que en aquel instante estaban desfilando por su mente las imágenes de la checa de la calle

Muntaner, el terror que pasó al pensar que aquella noche de 1938 iban a fusilarlo. Ramón Alcázar juntó los índices y lo señaló como si le apuntase con una pistola. Esbozó una frágil sonrisa, que ni el gendarme que custodiaba a Elías ni el comandante al otro lado de la puerta percibieron. Una sonrisa sólo dedicada a su amigo de la infancia. Se puso en pie y pasó por su lado sin mirarle.

Durante unos minutos estuvo hablando con el comandante en voz baja. Elías no se volvió, pero pudo escuchar las palabras de desconcierto del comandante, sus protestas y cómo daba un puñetazo en la mesa. Ramón Alcázar Suñer no perdió la calma.

—Le digo, comandante, que este hombre no es Elías Gil. Apuesto a que su identidad es tan falsa como la de los otros, pero no es el hombre que yo he venido a buscar. Lo que haga con ese que está ahí, no es cosa que competa al Gobierno de España.

Elías sintió que le temblaban las rodillas. Un nudo de emociones encontradas le subió a la garganta obligándole a respirar con la boca abierta. Ramón Alcázar Suñer volvió a su despacho y apenas le lanzó una mirada de fingido desprecio. Ocupó su sitio detrás de la mesa, concentrándose en lo que estaba escribiendo.

—Llévese a esa basura de aquí —dijo, sin alzar la vista.

Aunque la actitud de aquel policía español lo había desconcertado, el comandante no dio su brazo a torcer. Ordenó el traslado de Elías al castillo penal de Colliure. Mientras esperaba para subir al autobús, vio acercarse a Pierre. Se las había apañado para ser el único que servía pan a la guardia y eso le permitía ir y venir sin levantar sospechas.

Apenas pasó por su lado, fingiendo dirigirse a uno de los guardias que custodiaban a Elías.

Desde la ventana del autobús, Elías contempló por última vez las alambradas triples de Argelès y se angustió pensando en Esperanza. ¿Sabría ella que lo habían detenido y que iban a llevarlo a Colliure? Su esposa había aceptado integrarse en las compañías de voluntarios destinadas a cubrir la mano de obra que dejaban vacantes las levas en las fábricas y el campo. Desde hacía dos semanas trabajaba en una fábrica de Le Boulou, bajo estrecha vigilancia. ¿Volverían a verse? ¿Cómo, cuándo, dónde?

El autobús se puso en marcha lentamente tomando la carretera llena de agujeros que una brigada de refugiados estaba cubriendo con grava. Al pasar junto a ellos, muchos dejaban de trabajar y alzaban el puño en señal de reconocimiento. Un guardia argelino a caballo le sonrió cruelmente con su boca sin dientes y se pasó el pulgar por la garganta a modo de tajo. El frío había vuelto a Argelès y la tramontana azotaba con virulencia la ropa de los refugiados colgada entre las barracas; unos niños

desharrapados se entretenían buscando colillas entre la arena. El mar, donde estaba prohibido ahora acercarse, parecía calmo como un sudario.

Elías buscó en el bolsillo de su chaqueta el tacto familiar y relajante del medallón con la fotografía de Irina y de Anna. Y entonces encontró un papelito doblado por la mitad.

Un papel azul.

Barcelona, 8 de octubre de 2002

—¿Por qué no dices nada?

Gonzalo veía a Javier al otro lado del cristal. Sus dedos impresos en la superficie transparente querían tocarlo, pero no lograban alcanzarlo. Tampoco podía escuchar su voz. Tal vez no despertaría nunca. Eso habían dicho los médicos que le habían operado durante seis largas horas. Nunca. Esa palabra pesaba como una losa.

—Gonzalo, por favor, di algo, lo que sea, grítame, insúltame, pero no me dejes sola.

Notó la mano de Lola sobre su brazo y no sintió nada, ni ira, ni lástima, ni pesar, ni amor. Nunca. Nada. Todo era demasiado definitivo. Unas horas antes estaba sentado frente a Anna Ajmátova, escuchando la voz de esa anciana en la penumbra, una voz extraña sin un rostro visible, sin la posibilidad de adivinar en la oscuridad de la librería qué emociones la acompañaban.

—No quiero que vuelvas a ver a mi hija.

Y detrás de esa frase vino un silencio espeso, pero aun así, la intención de la anciana resultaba transparente.

—Perdone que le pregunte, pero ¿por qué razón habría de hacerle caso?

La anciana hizo un gesto como de abanico antes de levantarse de la silla y emerger hacia la luz con una sonrisa sin recelo.

—Se me ocurren muchas razones, pero estoy segura de que tú puedes pensar en algunas más convincentes. Ya hemos sufrido bastante, todos, Gonzalo. No necesitamos colmar la copa, ¿no te parece?

Dijo aquello con un desprendimiento que no se correspondía con el secreto que escondían sus palabras, algo que al parecer no necesitaba ser nombrado para existir; algo que Gonzalo ya sabía, pero que había olvidado voluntariamente.

—No la entiendo.

—Oh, claro que me entiendes. Me entiendes perfectamente.

Esa sonrisa despreocupada seguía en su boca, amable pero con una afirmación implacable cuando apareció Tania. Les había escuchado hablar y había bajado los escalones descalza, apenas cubierta con una camisa. Se había acercado tan silenciosamente que Gonzalo no se dio cuenta de su presencia hasta que la anciana, alzando la mirada, guardó silencio. Tania acarició casi de pasada la nuca de Gonzalo, apenas la rozó para que él notara su presencia y se sintiera seguro.

—Está amaneciendo; deberías marcharte.

Gonzalo fue testigo mudo del duelo de silencios entre madre e hija, midiendo sus

fuerzas, desafiándose a una pelea de final imprevisible. Comprendió que él era el objeto de esa tensión, pero no acertó a entender el motivo. Pero sabía que estaba vulnerando algo, que estaba rompiendo una intimidad que sólo pertenecía a aquellas mujeres, de modo que se marchó, despidiéndose con torpeza, sin encontrar el gesto adecuado.

Aún caminaba calle abajo, pasando ante la persiana bajada del Flight, cuando sonó el teléfono. Era Lola, su número palpitaba como una acusación en la pantalla del móvil y Gonzalo se sintió un poco sucio, un poco mezquino, un poco miserable. Lo suficiente para no contestar y permitir que la llamada se agotase.

Debería haber contestado. Tal vez podría haber hecho algo. Era un pensamiento estéril y falaz. La llamada desesperada de Lola grabada en el contestador de su apartamento no dejaba lugar a opciones. Estaba en urgencias del Valle de Hebrón. Javier se había pegado un tiro en el pecho.

Del resto de los detalles se enteró en las horas siguientes, mientras operaban a vida o muerte a su hijo. De repente ninguna certeza era más absoluta que ésa, era su hijo. Se dio cuenta de ello mientras Lola le contaba la verdad, antes de que llegase la policía. Gonzalo la escuchó sin emitir un solo gemido, sin mover un músculo de su rostro helado, pero por dentro sintió que le estaban serrando los tendones y separándole los músculos de los huesos. Vio las lágrimas de Lola manchando la mesa de la cafetería del hospital, contempló sus uñas pintadas, la mano donde aún lucía la alianza de boda, las pulseras de fino oro, los montículos pálidos de sus nudillos, y lo único que pensó fue que eran aquellas manos las que habían empuñado el arma, las que habían apretado el gatillo contra el corazón de su hijo. La bala, caprichosa, no había querido encontrar el camino hasta el centro de la diana, o tal vez Javier había dudado en el último instante y ese mínimo quebranto de su voluntad había permitido que la bala se alojase a la derecha del corazón, dejando con ello abierta la ínfima posibilidad de vivir por la que ahora porfiaban los cirujanos.

Patricia le contó el resto. Gonzalo le dijo que Javier había tenido un accidente pero que se recuperaría. Apretó tanto la afirmación que quiso hacerla posible con su voluntad, pero Patricia intuyó algo, siempre había sido demasiado sabia para su edad, tanto que asustaba a los demás. Sus ojos se abrieron como platos y casi se le juntaron con la boca, en una especie de grito mudo. Cuando Gonzalo intentó abrazarla, para consolarse a sí mismo con la cercanía de su hija, la niña huyó escaleras arriba. Volvió a los cinco minutos y le dio unas fotografías. Le temblaba todo el cuerpo, pero no lloraba.

—Es por esto, ¿verdad?

Gonzalo vio las fotografías de su hijo desnudo, besándose sonriente con el joven amante de Lola. Ingenuo, poco precavido, se había prestado a una sesión explícita y dolorosa. Patricia le contó que sabía que las guardaba desde hacía meses, que lo había

visto mirarlas y hacer «eso» y luego llorar desconsoladamente. Lola se negó a mirarlas, enloquecida, fuera de sí. Algunas estaban rotas y pegadas después, como si fueran el testimonio de la lucha feroz que Javier había mantenido silenciosamente contra sus sentimientos encontrados durante tanto tiempo. Y entonces, aquellas palabras suyas, cuando Gonzalo estuvo ingresado tras la agresión de Atxaga, cobraron sentido. Aquellos puntos suspensivos al final de las frases de su hijo, sus miradas, su recelo, todo eran gritos de auxilio, voces que le pedían ayuda en silencio. Y él no había sabido escucharlas.

No era Lola, era él quien había comprado aquel revólver, era él quien le había mostrado un desprecio que no merecía, era él quien se había negado a ver las señales de lo que se avecinaba. Quien no había visto crecer ese muro de silencio que se había vuelto insalvable. ¿Qué podía reprocharle a su esposa? ¿Lo mismo que él había estado haciendo unas horas antes con Tania? ¿Importaban las razones de uno y otro? ¿Importaban los matices?

—¡Yo no lo sabía, Dios mío, si lo hubiese sabido! —Sollozaba Lola acurrucada en el suelo del dormitorio, ahogando los llantos con la almohada para que Patricia no pudiera escucharlos. Su mirada rota imploraba a Gonzalo que la creyera, y él la miraba sin verla, sin oírla, como cuando se quitaba las gafas y el mundo de las apariencias desaparecía para volverse perfiles borrosos e inconcretos.

Se sentó en el suelo junto a ella y dejó que sus brazos la abrazaran de manera mecánica. Lentamente sus entrañas estallaron una y otra vez, una y otra vez, en una ola de fuego y desesperación que le ahogó la garganta sin aliviarle del llanto. Sólo esa náusea que precede al vacío absoluto.

El viejo lobo del zoológico estudiaba a Gonzalo con indolencia. Merodeaba alrededor de su recinto y al menos una vez se acercó lo suficiente al foso como para que sus colmillos amarillos y desgastados fueran visibles. Parecía preguntarle a aquel hombre por qué razón seguía yendo, semana tras semana, a sentarse tras la mampara sucia y observarle con aquella atención reconcentrada. «¿No lo ves? Esto es lo que soy. ¿Por qué no te largas y me dejas en paz?».

Pero Gonzalo continuaba allí, fumando un pitillo tras otro, deseando hacerle confidencias. Cosas que sólo aquel viejo animal sin alma podía comprender.

—Si saltase la mampara ni siquiera tendrías interés en atacarme, ¿verdad? Me olfatearías y decidirías que no vale la pena desgastar tus exiguas energías conmigo. Apuesto a que ni siquiera mostrarías la intención de escapar si te abriera la puerta de tu encierro. No te interesa nada de lo que hay aquí fuera, ya no. Y ¿sabes lo divertido de todo esto? Yo quería ser como tú antes de verte así. No te veía a ti, me veía a mí. Un lobo salvaje, libre de todas las ataduras. ¡Qué estupidez! En esto nos convertimos, nos amansamos y aceptamos nuestro designio. Debería haberme dado cuenta antes de

que todo pasara. Es una locura. No soy ningún lobo, no soy Laura, ni soy mi padre. Ni siquiera soy quien mi madre siempre quiso creer que era.

El lobo sacudió la cabeza, dio un paseo a lo largo del perímetro, olfateó sus heces y se ocultó a la vista de Gonzalo tras unos arbustos. A través de las ramas, Gonzalo adivinaba sus ojos de color miel y su lengua roja jadeando.

—Eso hacemos tú y yo, escondernos, pasar inadvertidos. Lo nuestro es el paso ligero, la economía emocional. Hay que aceptarlo, y tú pareces haberlo logrado. ¿Cómo? ¿Cómo se aprende esta clase de resignación?

—Se llama pragmatismo, aunque hay quien prefiere confundirlo con inteligencia y adaptabilidad.

Hubiera podido pensarse que era el lobo quien tomaba la voz, aburrido, hastiado de aquella presencia incómoda y de sus interpelaciones depresivas. Pero no era el lobo. No del de la clase de la jaula, al menos, pensó Gonzalo al girar la cabeza a su derecha y ver a Alcázar.

—Un lugar extraño para vernos —dijo el exinspector.

¿Por qué extraño? ¿No eran ambas bestias enjauladas? Allí estaban en su medio, tan bueno como podría serlo una celda de la cárcel. Que era lo que le esperaba a su hijo si, como le habían dicho los médicos tras una semana en observación, se recuperaba del coma y el postoperatorio continuaba con su progresión positiva.

Alcázar se sentó a su lado y lanzó una ojeada melancólica.

—Esto ha cambiado mucho desde que mi padre me traía aquí cuando era pequeño. Me acuerdo de que nada más traspasar la puerta del parque de la Ciudadela ya se olía a las bestias y ese olor me encantaba.

Gonzalo no dejaba de admirar la suave hipocresía del exinspector. Había leído el expediente sobre Alcázar que Luisa recopiló para él.

—¿Su padre le traía aquí?

—Así es.

Evocando sus recuerdos de infancia, comiendo altramuces en un cucurucho, como un anciano melancólico; encantador. El mundo de las apariencias era sorprendente. Nadie podría imaginar que aquel abuelo apacible que movía el mostacho como si rumiase era un mercenario capaz de amenazar con hacerle daño a una niña pequeña si se contrariaban sus deseos.

—¿Y lo hacía antes o después de arrojar por la ventana de la comisaría a los detenidos? ¿Cómo era la cosa: firmaba atestados que suponían penas de muerte y luego, para relajarse, se comportaba como un padre cualquiera?

Alcázar asumió el golpe sin pestañear. Estaba acostumbrado a esa connivencia perversa entre las medias verdades y las medias mentiras, a medio camino de lo que se sabe y lo que se cree saber. Él mismo tardó muchos años en comprender por qué su padre se empeñó hasta el final en proteger a Elías mientras que con otros como él era

despiadado. Tampoco comprendió la razón por la que aquella noche de 1967, cuando Alcázar llamó a su padre para preguntarle qué debía hacer con el cuerpo de Gil, éste le dijo que no se moviera y se presentó en el lago una hora después, de madrugada, para decirle que él se ocuparía de todo. Elías todavía respiraba a pesar de la herida en la espalda, y su padre se sentó a su lado, acariciándole el rostro que ya empezaba a palidecer. Susurró algo y Ramón Alcázar tuvo que pegar el oído a su boca tanto que se manchó con su sangre. A continuación, Ramón Alcázar miró a su hijo con una interrogación: «¿La rusa, dónde está?». Alcázar la había hecho esperar en su coche. «Tráela», le ordenó su padre. «Quiere hablarte», le dijo a Anna Ramón Alcázar, apartándose de ellos y pidiéndole a su hijo un pañuelo para limpiarse de la cara la sangre de Elías. «Márchate, Alberto —le dijo su padre—, y no cuentes nada de esto, yo me encargaré».

Su padre había tenido que agonizar, algunos años después, para que el inspector pudiese darle sentido a esa escena. Ramón Alcázar Suñer le salvó la vida a Elías en Argelès, y se la salvó varias veces en los años siguientes. Porque era su amigo, y porque gracias a Elías, él, Alberto Alcázar, había crecido al lado de su padre. Si aquella noche de 1938, Elías no hubiera tomado la decisión de ser hombre antes que miembro de un partido, las historias de todos ellos habrían sido diametralmente opuestas. De todo eso Gonzalo no sabía nada. Pero Laura sí lo sabía. Ella conocía la verdad. Y la verdad se moriría cuando los últimos que la vivieron ya no existieran.

Debía asumir aquella carga con resignación, aceptar y olvidar sus propias reticencias, ser el celador de aquellas medias tintas que todo lo desdibujaban porque la verdad nunca es sencilla. En su opinión Elías Gil fue un hijo de la gran puta. Pero la historia, y su padre con ella, habían decidido darle el papel de héroe.

—No deberías opinar tan a la ligera de lo que no conoces —se limitó a decir.

—Sé lo que sé.

Alcázar abrió las manos con resignación.

—Entonces, no sabes nada.

—No quiero que mi familia sufra más.

—Lo entiendo, y sé lo que piensas. No me hace ninguna gracia haber tenido que recurrir a tu hija.

Parecía sincero. Gonzalo se preguntó qué era capaz de hacer Alcázar, hasta dónde podría llegar.

—¿Serías capaz de hacerle daño a mi hija? ¿A una niña que todavía no ha cumplido los diez años?

Alcázar lo miró como si quisiera apagar rápidamente esa ascua antes de que prendiera y causara un incendio descontrolado. Era difícil adivinar qué sentimientos albergaba.

—Engañaste todos estos años a mi hermana; ella confiaba en ti, se puso en tus

manos, y la traicionaste.

El exinspector examinó el interior de su cucurucho, escupió un altramuz seco y tiró en la papelería el papel. El relieve del mostacho se elevó al pasar la lengua por las encías superiores. No quería entrar en aquella conversación con Gonzalo. Tenía razón y no la tenía. Pero lo que pudiera pensar aquel abogado de su relación con Laura y de su implicación en lo que pasó con Roberto, le interesaba poco o nada. Ya había demasiados jueces en aquel asunto. Al menos, la opinión que tenía de él Gonzalo le daba libertad para comportarse como se esperaba que lo hiciera.

—Me has llamado y aquí estoy. Bien. ¿Me vas a decir quién es el confidente que Laura tenía en la organización?

Gonzalo no había perdido ese aire dubitativo desde el día que Alcázar lo conoció. Seguía con la mirada tímida e huidiza, esa forma tan peculiar de no querer afrontar las cosas de cara, ni siquiera ahora. Alcázar decidió darle un acicate.

—Atxaga sigue por ahí, Gonzalo. Puedo decirles a mis hombres que dejen de vigilar tu casa, puedo dejar de buscarle. Y si lo hago, lo que ocurra no será responsabilidad mía.

Gonzalo le lanzó una mirada oblicua que aseguraba que su retraimiento no era cobardía y que el chantaje era algo que le repugnaba tanto como la presencia del exinspector. Sus ojos le decían a Alcázar que no debía subestimar ni confundir su prudencia. Tal vez era como ese lobo acobardado tras la mampara, pero tenía aún dientes y podía usarlos.

—Me olvidaré de la Matrioshka, me olvidaré de Laura. Venderé la finca, haré lo que sea, dejaré que el viejo me sodomice el resto de su vida, si es lo que quiere. Pero tienes que sacar de ésta a mi familia.

—Hay un muerto, Gonzalo. No es tan sencillo.

—Mi hijo no puede ir a la cárcel, y Lola no puede verse involucrada. No quiero que señalen a Patricia por la calle. Tú eras inspector jefe, te deberán favores, pues cóbralos.

—Tu suegro está de regreso. Llegará en un par de días, ya está al corriente. Él sabe cómo manejar estas situaciones.

Gonzalo dejó salir entre los dientes apretados una sonrisita cínica.

—Mi suegro me ha metido en todo este lío. Lo menos que puedo desearle es que se estrelle el avión en el que viaja.

—Tal vez, pero es uno de los mejores penalistas del país. Tu hijo ha matado a un hombre, y todas las pruebas son concluyentes. Tal y como yo lo veo, el viejo es el único capaz de darle la vuelta a las evidencias para salvarlo. Conseguiré una pena menor, tal vez baste con tres años en un centro de menores.

Gonzalo estaba dispuesto a renunciar a todo, pero a cambio quería una certeza que Alcázar podía proporcionarle. Puede que su suegro fuese el trilerero más fino del

lugar y que sus influencias bastasen para dictar un veredicto de inocencia para Javier. Pero no era eso lo que Gonzalo esperaba del exinspector. No podía celebrarse la vista pública, y eso sólo podía hacerse de un modo.

—No me has entendido, inspector. —¿En qué momento había empezado a tutearle y a mirarle de ese modo amenazador?—. Cambia las pruebas o haz que desaparezcan. Mi hijo no irá a ninguna cárcel, ni un solo día. ¿Me has entendido?

—Tú eres abogado, y sabes que lo que me pides no es posible. Ya no.

—Te daré el nombre del confidente de Laura, me negaré a testificar contra ti y contra Agustín. Os dejaré en paz. Eso a cambio de la libertad de mi hijo. O no habrá nada que me detenga, ni tus amenazas ni las de tus amigos rusos.

—¿Y qué hay del ordenador?

—No sé quién lo tiene. Pero no importa. Si no le doy la información al fiscal será como si no existiera. Además, sin el testimonio de Siaka no tendrá ninguna validez.

En ese preciso instante comprendió el error que acababa de cometer. Se dio cuenta de su trascendencia al ver el brillo oscuro que alumbró la mirada de Alcázar.

—¿Ese jodido negro? ¿El perrito faldero de Zinóviev es la garganta profunda? —Alcázar sacudió la cabeza afirmativamente, con un gesto divertido, se dio una palmada en la frente. Debería haberlo sabido desde el principio. Tenía su lógica.

—¿Qué vas a hacer con él? ¿Lo vas a matar?

El exinspector Alcázar no había menospreciado esa opción, de hecho era la más conveniente. Y si no lo hacía él lo acabaría haciendo alguien de la organización. Anna se lo había advertido. Todo aquello había ido ya demasiado lejos, quizá hasta un punto sin retorno. Pero Alcázar tenía sus propios planes.

—Ya te lo dije una vez, Gonzalo. He hecho cosas de las que cualquier hombre se arrepentiría, pero no soy un asesino. ¿Dónde está?

—Hace varios días que no sé nada de él. Deberíamos habernos visto en una cafetería, pero el camarero me dijo que se marchó diez minutos antes de que yo llegase. Puede que a estas alturas se haya esfumado para siempre.

Ninguno de los dos lo creía. Aquel joven no era de los que se arrugaba cuando daba el paso adelante.

El exinspector se puso en pie y observó el recinto del lobo. No había rastro del animal, pero estaba ahí, entre los matojos, agazapado y esperando.

—Veré lo que puede hacerse con Javier. Entretanto, tengo que pedirte algo más. No puedo obligarte, y en realidad, ni siquiera debería importarme. Pero no deberías seguir viendo a Tania Ajmátova. No es asunto mío con quién engañas a tu esposa, pero es un buen consejo, si es que realmente quieres dejar todo esto atrás.

Gonzalo lo miró sorprendido.

—¿Qué tienes tú que ver con Tania?

Alcázar cogió un pitillo y enterró la boquilla bajo el felpudo sobre su labio

superior.

—Pregúntaselo a ella la próxima vez que la veas. O mejor, pregúntaselo a su madre.

Quien vivía en esa casa no tenía querencia por los detalles. Eso es lo primero que pensó Siaka. Con los años había desarrollado una estética imbuida de los gustos barrocos de los ricos cuyas fiestas había frecuentado de la mano de Zinóviev. Le gustaban los muebles recargados, las cortinas gruesas, las molduras retorcidas en pan de oro y las vajillas de porcelana. Cuanto más abigarrado, más lujoso, eso pensaba que era la estética del poder. Pese a su situación, esa impresión de desagrado por el entorno fue lo primero que lo incomodó.

La estancia era de techos muy altos y abuhardillados, las vigas vistas, de cemento tratado, eran el nervio visible de la estructura que terminaba en grandes y espaciosos ventanales sin cortinas con vistas al mar. Al acercarse a la ventana comprobó que la cristalera estaba convenientemente cerrada por fuera. Una terraza con el suelo de madera de iroko se abismaba sobre el acantilado en un voladizo de varios metros de ancho. A la derecha veía una pérgola con el trapo recogido y muebles de mimbre con anchos cojines de colores. Siaka retrocedió sobre sus pasos e intentó abrir la puerta de la habitación. Estaba también cerrada con llave.

—Genial la celda.

Las paredes lisas no mostraban decoración, y el único mobiliario era minimalista, una mesa de cristal con las patas de acero donde había un frutero con frutas y una bandeja con comida. Las sillas de metacrilato, a juego con las transparencias de la habitación, blanquísima, casi evanescente. Una bonita celda, efectivamente.

Todavía le dolía la cabeza. Se tocó la nuca irritada y adivinó dos pequeñas incisiones, apenas mayores que la picada de un mosquito. Una pistola eléctrica, con eso lo habían dejado fuera de juego. Tenía una venda aparatosa alrededor de la cabeza. La palpó por encima con tacto y recordó que antes de perder el conocimiento se había estrellado contra un escalón en la boca del metro. Por lo demás estaba bastante entero.

—Aún no han empezado —se dijo.

Tenía pocas dudas de por qué estaba encerrado, aunque le desconcertaba la decoración, demasiado moderna para los gustos de los torturadores de la Matrioshka. Esos cabrones venidos de las guerras sucias del Este no tenían tantos miramientos, preferían las mazmorras, los sótanos húmedos o las naves abandonadas para los interrogatorios. La sordidez era su medio, una forma de incorporar el decorado a su coreografía del terror. Y desde luego, no se les hubiera ocurrido dejarle una bandeja con huevos al baño maría, tostadas de pan de cereales y fruta fresca. Ellos le habrían obligado a alimentarse de su mierda.

—El tipo de la barra con el periódico. Ha sido él. —Después de todo, su instinto le había avisado como siempre, pero Siaka no lo había escuchado con la celeridad debida.

Se sentó en una de las sillas y se preguntó qué vendría ahora, mientras buscaba cámaras en alguna parte. La encontró en uno de los rincones más altos del techo, disimulada entre las juntas de dos vigas. Saludó con la mano en alto:

—Estoy dispuesto. Podemos empezar cuando queráis... Y por cierto, a estos huevos les falta sal.

Dos minutos después oyó la cerradura al otro lado de la puerta. Era él, el tío del periódico.

—¿Y tú quién coño eres? —preguntó Siaka poniéndose en pie, sin apartar la vista de la gruesa barra de hierro que el tipo agarraba con fuerza en su mano derecha mientras avanzaba hacia él.

El tipo metió la mano izquierda en el bolsillo y le mostró algo. Un salero.

—Te traigo la sal.

Los ojos de Siaka volaron raudos de una mano a la otra, pero no pudo esquivar el primer golpe con la barra de hierro en el costado.

—Deberías ser un poco más amable con tus huéspedes —dijo entre respiraciones entrecortadas. El golpe lo había doblado por la mitad, dejándole frente a los zapatos caros y lustrosos del desconocido.

—Y tú deberías ser menos exigente con tu anfitrión.

El segundo golpe le partió la boca. Sus dientes se esparcieron como un juego de dados sobre las baldosas de mármol del suelo. Adiós a su bonita sonrisa encantadora de serpientes para turistas incautas.

Siaka pensó fugazmente en la poli inglesa de buenas tetas; debería haberse quedado con su juguete del 22. Ahora le daría muy buen uso.

Durante los días siguientes, Gonzalo apenas salió del hospital. Pasaba las horas detrás del cristal desde el que veía la maraña de cables y máquinas que mantenían a su hijo con vida. Javier había recobrado la conciencia y eso significaba que bajo sus párpados permanentemente cerrados ya estaba despierto. Su mente volvía a funcionar, analizaba su entorno, pensaba en lo que había sucedido, en las consecuencias. Pero todavía no estaba preparado para afrontarlo.

—Es mejor no molestarle por ahora —habían recomendado los médicos.

Gonzalo respetaba su intimidad, comprendía mejor que nadie que Javier ahora necesitaba estar solo. Pero no se alejaba, quería que él supiera que estaba allí, a su lado. Que al abrir por fin los ojos lo primero que viera fuese su mano estrechándole.

Lola llegaba por la mañana temprano y se sentaba junto a Gonzalo sin decir nada. Su actitud era expectante y reconcentrada. Había perdido en aquellas semanas los

últimos vestigios de juventud, convertida en un cuerpo sin alma y sin luz propia, movida por fuerzas azarosas a las que no se enfrentaba ya. El pelo había languidecido, los ojos hundidos afilaban sus pómulos y la nariz, permanentemente enrojecida. No dormía a pesar de los ansiolíticos que el médico le había recetado y apenas comía nada. Era como si hubiese reducido a la mínima expresión todo esfuerzo para hacer acopio de energía y concentrarla en aquella espera.

Curiosamente, habían encontrado un punto de encuentro en los cigarrillos que fumaban juntos en la puerta de la cafetería del hospital.

—He mandado a Patricia a la finca de mi padre en Cáceres, hasta que pase todo. No quiero que viva esto.

Gonzalo estuvo de acuerdo. Mejor así; Lola no le había pedido opinión. Y Agustín tampoco. Apenas aterrizó en el aeropuerto, su suegro se puso al mando de la situación. De repente nada tenía más importancia que ocuparse del crimen que había cometido su nieto. La Matrioshka, la fusión del bufete, la venta de la finca y ACASA habían desaparecido de un plumazo de entre sus prioridades.

—Ya hablaremos de eso —le dijo a Gonzalo, nada más entrar en la UVI, tras abrazarse a Lola y estrecharla en un abrazo como nunca antes lo había visto. Apenas quiso ver a Javier, estaba demasiado afectado. Inmediatamente se puso a mover los hilos del juego que mejor dominaba. Y ésta era la partida más difícil que le había tocado jugar, la que requería de todas las influencias, la que le obligó a amenazar, suplicar, persuadir y agotar el crédito acumulado durante cuarenta años en la abogacía.

Gonzalo y su suegro se odiaban profundamente y esa brecha no habría modo de cegarla jamás. Pero en aquellos días, Gonzalo le estuvo agradecido, pues estaba en sus manos.

La presencia de su padre y el saber que se estaba ocupando de todo calmó en parte a Lola, permitiéndole concentrarse en su propia culpa, y dejar que ésta la fuese devorando lentamente.

—No sabía que tú también fumases.

Lola ladeó la boca aflorando pliegues de carne flácida en las comisuras.

—Lo dejé antes de conocerte, un vicio asqueroso que creía superado.

Ya no le sorprendía ninguna de las caras de Lola. Su vida juntos había sido como un baile de máscaras. Llegados a este punto, podría haberle mostrado cualquier otra faceta suya y él la habría aceptado con un encogimiento de hombros.

El silencio de Lola, su modo de observar la boquilla manchada de carmín en ese gesto que todavía resultaba incongruente con su figura, resultaban devastadores.

—¿Cómo has podido guardar algo así todos estos años? Deberías haberme dicho que me viste aquella tarde; habríamos roto o lo habríamos solucionado, pero no habríamos vivido sin vivir todo este tiempo, desperdiciando nuestras vidas.

—¿Y tú, Lola? ¿Cómo has podido tú? —Quizá esperó que ella lo confesara, atisbar un poco de remordimiento, alguna contradicción irresoluble que él habría sabido solucionar. Pero ella calló y él dejó de esperar una palabra. En aquel entonces la amaba demasiado para ceder a la posibilidad de romper por culpa de ¿orgullo, celos, fidelidad, lealtad? Nada de eso le importaba más que ella misma. Se había enfrentado a Agustín y le había vencido, arrebatándole a su propia hija, entrando en casa de aquel falangista y clavando el pendón rojo de los Gil, una victoria suprema a la que no pudo ni quiso renunciar. ¿No era ésa la verdadera razón por la que fingió no ver lo que vio? La arrogancia, más que la excusa del amor. Y cuando nació Javier, y supo en lo más íntimo que no era hijo suyo, anidó en Gonzalo el parásito larvario de una venganza sin concretar, sin definir. Un deseo de resarcirse en silencio de aquel agravio del que su hijo había pagado las consecuencias. Todo eso era despreciable, él lo era. Pero ya no tenía sentido hurgar en esa herida.

—Supongo que no serviría de nada decir que fue un error, y que lo siento, no sabes cuánto. Lo nuestro se ha acabado, ¿verdad?

—Las cosas se acaban mucho antes del epílogo. Se acabó hace mucho, sólo que ninguno de los dos quería darse cuenta. Tu padre estará contento; es lo que quiso desde el principio.

—Todavía no estamos en el final, Gonzalo.

Había traicionado a Siaka, a Laura, y se había traicionado a sí mismo. Sí, ya había tocado fondo. Quizá Javier se recuperase, puede que incluso aquel asunto de la Matrioshka acabase milagrosamente bien, incluso cabía la posibilidad de que Atxaga hubiese desaparecido para siempre de sus vidas. Pero nada cambiaría lo que ya había ocurrido. Lo que estaba roto no podía recomponerse, nunca más. Un jarrón no vuelve a ser el mismo aunque se peguen con mimo sus partes y se disimulen las grietas. Está roto para siempre.

Gonzalo pensó en Tania. ¿Era ella su punto de amarre? Sabía que no, aun incluso sin saberlo, en el mismo instante en el que había gozado con ella en su cama.

—¿Y qué harás ahora?

—Volver a ser el hijo de Elías Gil. ¿Qué otra cosa puedo ser?

Lola aplastó el pitillo, lanzando el humo por un costado de la boca. Iba a terminar con aquel vicio antes de volver a engancharse a él. Miró a Gonzalo y sintió una profunda ternura; no era amor, ya no.

—Podrías ser tú mismo. Eso estaría bien.

Tania no había dado ninguna muestra de sentirse atrapada cuando Gonzalo le preguntó cuál era su relación con Alcázar y qué sentido tenía la escena que había presenciado entre ella y su madre, cuando ésta lo sorprendió saliendo de la librería.

Habían hecho el amor en el sofá del estudio, pero desde el primer momento ella

se dio cuenta de que Gonzalo no estaba allí, por más que su cuerpo se esforzara en aparentarlo. Y era ese esfuerzo el que lo delataba.

Le contó la verdad. Y lo hizo de un modo desapasionado, tratando de alejar los acontecimientos, los datos y las fechas de aquel sofá donde yacían desnudos, marcando visiblemente la frontera entre el pasado y el ahora. Le habló de aquella vez que lo vio por primera vez en la exposición de Argelès con su madre, cuando eran mucho más jóvenes, le contó cómo la figura de Elías Gil se había adueñado de los silencios de su madre y cómo había llegado a obsesionar a Tania. Le contó que vio en la televisión la noticia de la muerte de Laura y cómo esa espoleta revivió en ella el interés olvidado durante años por aquel hombre de un solo ojo. Y cómo dio con Gonzalo y empezó a seguirlo, a estudiarlo, tratando de comprenderlo, preguntándose si también a él le obsesionaba ese pasado que todos se empeñaban en silenciar. No fue casualidad que la tarde que Atxaga le agredió ella estuviera en el aparcamiento, como tampoco lo fue que él saliera al balcón y ella estuviera allí con el poemario de Mayakovski la primera vez que se vieron.

—Conocía tu historia, lo sabía todo de ti, pero necesitaba acercarme, olerte, escucharte. Al principio era sólo algo que me afectaba como un juego, un puzle que necesitaba completar, como esas fotografías que necesito que sean perfectas, hasta en sus mínimos detalles, para decidirme a darlas por acabadas. Tú eras el punto definitorio de esa imagen que se iba aclarando. Pero entonces empecé a acercarme demasiado, me metí en tu mundo sin pedirte permiso... Y ahora estás aquí, conmigo, desnudo en mi sofá. Estamos hablando de esto después de haber hecho el amor y sé que me miras como una impostora. Yo no quería esto, Gonzalo. Pero esto es lo que tengo.

Gonzalo estaba desconcertado. No atinaba a asimilar el torrente de palabras que Tania desmenuzaba con las piernas cruzadas como los indios, con su vello púbico a la vista y sus pechos descansando a tres centímetros de su rostro. Todo resultaba incongruente.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio? Podrías haberme preguntado, sin más. No necesitabas inventarte todo esto.

—Esto no es una invención —replicó Tania, señalando el sofá y la ropa de los dos desperdigada por el suelo—. Yo no soy una invención. No debería haber pasado. Tú no lo entiendes, pero mi madre tiene razón: no es buena para ninguno de los dos esta cercanía. Sólo quería acercarme un poco, sin que tú lo notases, sin ponerte en peligro.

—¿Qué clase de peligro?

Tania dejó caer la cabeza entre los hombros. Las alas de su tatuaje tenían matices distintos bajo la luz de la lámpara. Palpitaban. Fue en busca de la caja con los recortes que su madre guardaba de Elías y se los mostró. Mientras Gonzalo buscaba sus gafas, ella se cubrió el cuerpo con una sábana.

—La primera vez que mi madre vio a tu padre fue en 1941, en Moscú, durante la invasión nazi. Ella tenía once años y tu padre casi treinta. En realidad, ésa no fue la primera vez, sino la primera impresión cierta que mi madre tuvo de él. Tu padre se había escapado a finales de 1940 del castillo militar del sur de Francia donde lo encerraron después de la guerra de España. Atravesó toda Europa para incorporarse como comisario político a una unidad de combatientes españoles.

Gonzalo pasó lentamente las páginas del anuario donde Anna había anotado cuidadosamente las fechas y los lugares donde esas fotografías fueron tomadas: Colliure en 1939 (recordaba haber visto esa fotografía hecha por Robert Capa en una exposición cerca de Argelès acompañando a su madre), Varsovia en 1940, Moscú en 1941, Leningrado, Stalingrado en 1942, 1943, 1945... Y de repente encontró una que parecía anterior a todas las demás. Pertenece a un recorte de un periódico local ruso, una especie de boletín político fechado en febrero de 1933. Sus nociones de ruso le bastaron para leer el pie que ilustraba la imagen de su padre, muy joven y sonriente y con el puño en alto, rodeado de otros tres jóvenes que posaban con idéntico entusiasmo en la plaza del Kremlin:

Los futuros talentos de toda Europa se suman a la construcción del sueño soviético.

—El pelirrojo que está a la derecha, entre tu padre y ese bajito patizambo, es mi padre. Se llamaba Martin y era inglés. No llegué a conocerle. Cuando nací yo, él tenía ya casi sesenta años. Mi madre se quedó embarazada la única vez que estuvieron juntos. Luego desapareció, sin más. Martin y tu padre son los únicos que sobrevivieron a Názino... Y mi madre.

Tania le dijo a Gonzalo que pasara las páginas del anuario, hasta el final.

—Ésa es mi abuela, Irina. La niña que sostiene en brazos es mi madre.

Aquella imagen era la misma que se había miniaturizado para encastrarse en el portarretratos que Gonzalo guardaba consigo. Por fin podía reconstruir la figura cuarteada de aquella misteriosa mujer y darle dimensión al nombre grabado en la superficie desgastada del medallón. Era una mujer hermosa, sin duda, con un porte altivo pero que no venía de una falsa pretensión de cuna o de sangre, sino de algo natural, una fuerza propia que emanaba de su interior. Los ojos (¡tan parecidos a los de Tania!), su misma nariz recta, con una simpática almohadilla que humanizaba su belleza, los labios prietos y carnosos, entreviendo sus dientes, una medio sonrisa sin despegarse del todo. Y sus manos firmes, decididas, de dedos largos y uñas romas que sostenían entre los pliegues oscuros de su falda a una niña muy pequeña con su misma actitud desafiante, segura de su fuerza. Aunque no podía equipararse, la imagen de esa pequeña con actitud de zarina le recordó a Patricia. Una mirada

inquisitiva, una sabiduría impropia. La imaginaba como una chiquilla curiosa, fisgona, sentenciosa.

—Se conocieron en la isla de Názino, en el invierno de 1933. Creo que tu padre y mi abuela se enamoraron, pero eso mi madre no puede saberlo. Allí pasaron cosas terribles, Gonzalo. Cosas que ya no tienen que ver contigo ni conmigo.

—¿Qué cosas?

—Antes te he dicho que no es bueno para ninguno de los dos remover esto. Es peligroso para los dos.

—Un poco tarde para eso.

Tania le quitó el anuario y volvió a las páginas de los años de la guerra contra los nazis. En una de ellas, se detuvo.

—¿Ves a ese coronel que está junto a tu padre con uniforme de la NKVD? Es Beria, llegó a ser la mano derecha de Stalin y el jefe más poderoso de su policía secreta. Fue el jefe directo de tu padre durante años. Ahora fíjate en este otro, el que está detrás de ellos, vestido como un industrial americano de los años cuarenta.

—¿Quién es?

Tania cerró el anuario e inspiró con fuerza.

—Él es la razón por la que Laura está muerta, el causante de todo tu dolor, el de tu familia y el de la mía. Durante años me vi forzada a llamarle «abuelo». ¿No es curioso? No conocí a mi verdadero abuelo, y si las cosas hubiesen sido distintas en Názino, podría haberlo sido tu padre. Pero fue ese hombre quien asumió el papel: se llama Ígor Stern.

Cerca de la frontera con Polonia, enero de 1941

Elías abrió la primera página y leyó: «Todas las felicidades se parecen, pero en cambio los infortunios tienen cada uno su fisonomía particular». ¿Qué significaba? En aquel instante sólo palabras. Cerró el libro y acarició el lomo de tono verdoso, *Anna Karénina*, de Tolstói, con las letras grabadas en dorado. Colocó la novela en el estante, entre *El príncipe idiota* y *La madre*. Tal vez la colección formaba parte del decorado, como el gran mural cúbico en una de las paredes. Al observarlo con cierta distancia, se tenía la impresión de que se trataba de un guerrero medieval con lanza a horcajadas de un corcel blanco, el orgullo polaco de la Brigada de Caballería Pomorska; pero al acercarse sólo se adivinaban volúmenes geométricos y manchas de pintura vistosa.

Para detener a las unidades de carros blindados alemanes, aquellos valerosos lanceros se habían lanzado en 1939 a la carga. Debió de ser un espectáculo sobrecogedor y emocionante, miles de corceles resoplando, los cascos batiendo el campo, los gritos de coraje de los jinetes contra el ruido ensordecedor de las máquinas. Tan dramáticamente hermoso como inútil. Una matanza sin sentido, miles de hombres y animales cubriendo con su sangre y sus cadáveres el campo de batalla sin que las máquinas alemanas hubieran sufrido un solo rasguño con la embestida. Pero de eso no hablaba aquella pintura.

En una silla de anea había revistas de la Escuela Militar de Oficiales y un ejemplar de *Pravda*. Los ministros de Exteriores Ribbentrop y Mólotov se estrechaban amistosamente la mano, pero las relaciones entre germanos y soviéticos ya no eran tan amistosas como el verano anterior. Por primera vez, la prensa soviética criticaba los movimientos de tropas alemanas en sus fronteras orientales y la invasión de Yugoslavia y Grecia. Todavía prevalecía el discurso del Tratado de Amistad con Alemania: «Si lo ha hecho Stalin, lo ha hecho el partido bolchevique, y por tanto, bien está». Y lo cierto era que con poco ruido. Mientras Europa asistía atónita a la caída de Francia en sólo cinco semanas, la Unión Soviética se había anexionado los territorios de su área de influencia acordados en ese tratado, pero el ambiente que Elías encontró al cruzar la frontera polaca era de guerra inminente.

El 22 de junio del año anterior Francia había firmado el armisticio. Elías se había enterado en un tren de carga, escondido entre montañas de cartón mientras cruzaba los Países Bajos, ocupados sin resistencia por las tropas alemanas. Un holandés le había enseñado el periódico que daba la noticia. La Línea Maginot, esa increíble defensa fortificada francesa, se había revelado inútil, los alemanes se habían limitado

a esquivarla, penetrando por el cerrojo de Sedán hasta el canal de la Mancha, donde habían hecho reembarcar humillantemente a los ingleses y franceses en Dunkerque. Francia estaba perdida. Hitler, tan amante de los gestos histriónicos, había obligado a firmar la capitulación en el vagón de ferrocarril de Compiègne, el mismo en el que en 1918 los alemanes reconocieron la derrota en la Gran Guerra. Después ordenó la voladura del vagón.

La Francia ocupada cubría el norte y el oeste. Esperanza seguía en el sur, la llamada Francia Libre, con capital en Vichy, pero eso no tranquilizó a Elías. El mariscal Pétain, jefe del nuevo Gobierno, estaba subordinado a las fuerzas de ocupación y la Gestapo actuaba con la colaboración entregada de la gendarmería francesa. Llegaban rumores de deportaciones, fusilamientos y detenciones masivas. Y él seguía sin noticias de su esposa. La orden era tajante. Debía presentarse en Moscú a la mayor brevedad, y solo. Apenas había tenido tiempo de hacerle llegar a Esperanza una nota a través de Pierre, contraviniendo la orden de mantener en secreto su fuga antes de escapar de Colliure. Confiaba en que la hubiese recibido.

«A la mayor brevedad» era una medida de tiempo demasiado laxa y eufemística, teniendo en cuenta las circunstancias. Aunque tras la caída de Francia se había entrado en una especie de *drôle de guerre*, el movimiento de tropas y los combates eran continuos, desde el Ártico a África, de oeste a este, los ejércitos y la aviación nazi se estaban extendiendo como una mancha. Había tenido que recurrir a todo tipo de transportes, cambios de documentación, de itinerario, peligros y peripecias para alcanzar la frontera con Polonia. Y había tardado seis largos meses en presentarse en aquel edificio magno que ocupaba el cuartel provincial de la NKVD. Se había presentado inmediatamente en las oficinas pero lo habían despachado a una sección de viviendas ocupadas por oficiales del Ejército Rojo, donde le hicieron esperar otros tres largos meses sin darle explicación alguna. Por fin, aquella fría mañana de enero de 1941 un motorista del ministerio del Interior se había presentado con la orden de escoltarlo hasta las oficinas de la NKVD.

Llevaba una hora y media esperando en aquel salón. Junto a la ventana había un gran jarrón de cerámica mayólica con motivos florales, bajo un retrato al óleo de Stalin. ¿Para qué le habían citado en un sitio así? Podía sospecharlo.

Por fin apareció el oficial de guardia. Tenía rango de comandante de artillería, el arma preferida del ejército soviético, y observó a Elías con una indisimulable desconfianza. Lanzó una mirada a lado y lado del salón y pareció darse por satisfecho. Tenía aspecto de árbol raquítico, alto y flaco, sus dedos se movían como las ramas serpenteadas de venitas azules.

Dos minutos después apareció un hombre diminuto vestido de civil con un discreto traje oscuro de corte occidental. Su cabeza redonda era casi calva, raleaba dejando sólo un poco de pelo rizado por detrás de la coronilla. Sus ojos azules eran

amables, y miraba por encima de sus lentes redondas. Observó durante unos segundos a Elías con un gesto amistoso, protector, muy distinto al del oficial artillero. No era necesario saber quién era para comprender que detentaba mucho poder, bastaba con ver el envaramiento y la rigidez con la que el oficial le saludó, antes de salir marcialmente de la sala.

—Todo en orden, camarada comisario.

Aquel hombrecillo con aspecto de administrador gris era Lavrenti Pávlovich Beria, comisario general del pueblo para Asuntos Internos, o lo que era lo mismo, el jefe superior de la NKVD, la policía política de la Unión Soviética. Georgiano, como su idolatrado Stalin, le llamaban «el pacificador de Tiflis» donde su fama como depurador del Partido se consolidó a base de purgas y asesinatos de elementos hostiles a las tesis de Stalin. En sus manos tenía a la milicia, a los agentes de aduanas, las administraciones penitenciarias, los campos de trabajo forzosos y la seguridad del Estado. Además, con el clima de preguerra, contaba con un cuerpo de ejército formado por unidades de tierra, artillería y aviación. Controlaba también, y ésa era la razón por la que Elías estaba allí, todos los organismos del espionaje y la policía secreta. De facto, era, con el propio Stalin, quien más poder detentaba en aquel tiempo en la URSS. Y nada de eso parecía pesar sobre sus hombros o su apostura de hombre tranquilo.

Invitó a Elías a sentarse y le preguntó en un francés pulcro por su viaje. Dominaba perfectamente además el alemán y el inglés. Desgraciadamente, se excusó, su español dejaba mucho que desear. Se interesó por la esposa de Elías, la conocía por su verdadero nombre y lo sabía todo sobre su pasado, detalles que ni siquiera conocía el propio Elías; prometió ocuparse de su seguridad y le aseguró que podrían reunirse a la mayor brevedad. Elías comprendió que le estaba mintiendo. Pasaría mucho tiempo, años quizá, antes de verla de nuevo.

—Supongo que comprendes la situación.

Elías asintió, sin nada que añadir. Es lo que se esperaba que hiciera. Beria lo escrutó despacio. Era esa clase de hombre que busca las grietas invisibles en la superficie lisa de una piedra.

—Han cambiado mucho las cosas desde 1934. Mis predecesores tenían otro modo de ver las cosas.

Era un modo, indirecto, de disculparse por lo que Elías había sufrido en Názino. En aquellos meses de espera, Elías había tenido tiempo para hacerse una idea de los cambios a los que Beria se refería. La primera tarea que había emprendido el georgiano había sido la depuración de la propia NKVD, la antigua OGPU. Yagoda, Berman y sus esbirros de la GULAG habían sido ahora las víctimas de sus propios métodos. Beria trató de hacerle ver que era necesario cambiar la mentalidad de los servicios de seguridad. No se trataba ahora de ejecutar sumariamente ni de

detenciones indiscriminadas como las sufridas por él y por otros miles de ciudadanos en 1933.

—Los nuevos tiempos requieren pragmatismo, observar, comprender antes de actuar. Naturalmente, ello no excluye ser contundente cuando sea necesario.

«Naturalmente». Aquella palabra sonó como un cuchillo cortando el velo de la inocencia. Elías había comprobado que la policía de Beria era un arma temible, presente en todas partes, golpeando certera donde más dolía a sus enemigos. La información y el contraespionaje eran los campos donde más necesitaba evolucionar siguiendo el aire de los tiempos que soplaban.

—La guerra con Hitler es un hecho que ya nadie discute —afirmó aquel hombre que podría haber sido bibliotecario, coleccionista de sellos o un paciente taxidermista—. Por supuesto, perderán —sonrió—: Nuestra mejor baza siempre ha sido la vastedad de nuestro territorio; desde las invasiones suecas o napoleónicas, el tiempo juega siempre a nuestro favor, pero tenemos que hacer nuestra parte. Yo diría que Alemania atacará en primavera o principios de verano. Nosotros deberemos retrasar su avance cuanto podamos, hasta que llegue el invierno. Luego vendrá el deshielo, y en esas condiciones su guerra mecánica, la «guerra relámpago», como la llaman los nazis, que ha asombrado al mundo, se demostrará ineficaz. Necesitamos personal instruido en la guerra moderna y en los servicios de inteligencia. Y aquí es donde entran hombres como tú, camarada. Pocos agentes tienen tu experiencia y tus superiores han ponderado muy positivamente tu trabajo en el SIM y luego en Argelès. Eres disciplinado, eficiente y frío. Y eso es lo que yo busco en los hombres del nuevo servicio.

Beria se puso en pie, dando por acabada la entrevista. Elías Gil lo imitó, esperando que su jefe dijese la última palabra.

—Todos los hombres tenemos un corazón, es una molestia, ciertamente, pero es inevitable. Tal vez ponemos el servicio a unos ideales por encima de las emociones, porque así debe ser, pero es incuestionable que los sentimientos permanecen, royendo nuestra determinación.

Era una amenaza en toda regla. Sin un mal gesto ni una mala cara. Pero Beria le estaba advirtiendo:

—Sé que nunca vas a olvidar lo que ocurrió en Názino, y puedo entender tu frustración.

—Con todo el respeto, camarada comisario: mi lealtad está fuera de toda duda, creo que ya lo he demostrado sobradamente.

Beria asintió imperturbable.

—He oído que un policía español fue a buscarte a Argelès y que no te detuvo. ¿Por qué?

—No me reconoció.

Beria frunció sus labios finos y acarició el brazo de un sofá.

—No te reconoció... Pero tú sí lo reconociste a él. Ramón Alcázar Suñer es amigo tuyo desde la infancia. Y estuvo bajo tu custodia en Barcelona. Misteriosamente, logró escapar con su mujer y su hijo.

Elías palideció y eso hizo sonreír a Beria. Le gustaba que la gente entendiera desde el primer momento que nadie podía escapar a su mano. Él lo sabía todo, y ésa era su baza.

—Organizaste una buena infraestructura en el campo de Argelès, muchos camaradas te deben agradecimiento por ello, les salvaste la vida a muchos. Pero me han contado historias de senegaleses descuartizados, palizas y asesinatos que no fueron ordenados por el Partido. Ese asunto de Tristán fue un terrible error, Elías. Trabajaba para nosotros, ¿no lo sabías?

Elías abrió la boca con asombro.

—Recibí el papel rojo con su nombre. Colaboraba con los guardias y...

—... Y se encamaba con uno de ellos, lo sé. Pierre y sus papelitos rojos... Ya nos ocuparemos del «panadero», cuando llegue el momento. El caso es que tomaste decisiones por cuenta propia. Y eso no puede tolerarse en las actuales circunstancias. Ya no.

Elías se preguntó qué iba a pasar ahora. Quizá sólo lo habían hecho regresar para fusilarlo. Puede que ésa fuera la intención de Beria, pero por alguna razón no podía cumplir su deseo.

—¿Qué supone la lealtad para ti, camarada? —le preguntó el comisario. Era una pregunta procelosa, uno de aquellos juegos en el límite que tanto le gustaban, una partida de ajedrez donde el jaque mate suponía un tiro en la nuca.

—Supeditar las emociones personales a las razones generales —dijo Elías sin vacilar.

La respuesta agradó a Beria, porque era sincera. Él sabía cuándo los hombres mentían, era su trabajo. Y aun así, continuaba recelando. Por eso había ideado una prueba para aquel teniente del SIM del que todo el mundo hablaba maravillas, pasando por alto sus indisciplinas y sus actos contradictorios, antes de decidir qué hacer con él.

—¿Hasta las últimas consecuencias?

—Hasta las últimas consecuencias.

Beria fue hasta el teléfono que descansaba en la cómoda, dio una orden breve y colgó, observando con una sonrisa inocente a Elías.

Dos minutos después apareció por la puerta un joven elegantemente vestido, como si fuese un industrial americano de California, bronceado y con una sonrisa de oreja a oreja. Vestía un traje entallado de raya diplomática y unos botines. Sus gemelos a juego con el reloj y la aguja de corbata eran de oro. Parecía un mafioso en

la cresta de la ola. Y lo era.

—Hola, Elías. Te sienta bien ese parche en el ojo.

Ígor Stern no había perdido un ápice de arrogancia. Al contrario, se había multiplicado exponencialmente, en la misma proporción que su fortuna, según aparentaba.

—Parece que vamos a jugar en el mismo equipo.

Elías buscó la mirada de Beria pidiendo una explicación. El comisario se limitó a escrutar su reacción ante aquella aparición repentina, antes de informarle:

—El camarada Stern colabora con entusiasmo al esfuerzo de guerra de nuestra patria. Sus servicios son muy útiles al Ejército Rojo, nos permite un aprovisionamiento de ciertos materiales necesarios que deben llegar a nuestras fronteras de manera discreta. El camarada Mólotov lo tiene en gran estima. ¿Supone eso algún quebranto de tu lealtad?

Había pasado mucho tiempo. E Ígor no se había dado cuenta de lo rápido que había cambiado su destino desde que en 1935 la puerta de la celda se abrió y vio unas botas enfangadas y un capote que chorreaba sobre el suelo de cemento. Una linterna le alumbró directamente en la cara.

—En pie.

Pensó que iban a fusilarlo, esta vez sí. Había pasado más de un año desde su fuga de Názino, y otros ocho meses desde que por fin dio con Elías y con su pandilla en fuga. A veces se arrepentía de aquel gesto que tuvo con él, dejarle con vida. Una debilidad que habría que lamentar después, como no cerciorarse de que aquel maricón de Martin estuviese bien muerto, lo mismo que su compañero Michael. Pero se sentía demasiado seguro de sí mismo, estaba eufórico. Había ganado: el abrigo de Elías humeaba en la chimenea, y la niña, Anna, estaba en su poder.

Debería haber cumplido la amenaza que le hizo a Elías, dejar que sus hombres la violasen para luego descuartizarla. Pero no lo hizo, y de eso también habría de arrepentirse. Cuando aquella patrulla lo detuvo cerca de los Urales, las pruebas estaban en su contra. El pelirrojo declaró contra él tras recuperarse: contó todo lo que había sucedido, las escenas de canibalismo, el terror que Ígor había impuesto. A favor de aquel maldito inglés podía decir que no exageró ni minimizó nada. Un tribunal lo condenó a morir y le quitaron a Anna.

Así que, una vez más, se disponía a reírse de la muerte y mirarla a la cara aquella noche de 1935 cuando se abrió la puerta de su celda y apareció aquel tipo enjuto vestido de militar. Cruzaron el vestíbulo abovedado y salieron al patio interior por una puerta lateral que estaba abierta. El hombre del capote señaló un conjunto de zaguanes y cobertizos en el extremo oeste. La puerta de la prisión estaba abierta.

—Ya nos veremos, camarada —le dijo aquel hombre, alzando la voz para hacerse

oír bajo la intensa tromba de agua que caía, inundando el patio de tierra batida y repicando como un ejército de tambores sobre las techumbres metálicas. Ígor alzó la cabeza hacia el perímetro del muro y la garita que vigilaba ese extremo del patio. Intencionadamente, o por casualidad, el guardia miraba hacia el lado opuesto.

—¿Qué significa esto? —preguntó, receloso.

—Significa que, a partir de ahora, serás un perfecto sovieta. Más vale que te des prisa. Las puertas que se abren también se cierran.

Ígor conocía toda clase de hombres y ninguno le asustaba. Pero aquel hombre que le sonreía con los cristales de sus anteojos mojados por la lluvia le hizo estremecer.

Cruzó el patio a la carrera empapándose las botas con los charcos, con el corazón acelerado y preguntándose si el soldado de la garita le dispararía o no.

No lo hizo.

Ígor pensó durante casi un año que era libre. Podía ir a cualquier parte, podía robar, violar o asesinar. Cada vez que estuvieron cerca de atraparlo, alguien destensaba la cuerda que se ceñía sobre su cuello. Y él sabía quién era el responsable, y que tarde o temprano vendría a reclamar el pago de su deuda. Lo hizo una noche, en una comisaría cercana a Leningrado. Esta vez no había hecho nada para que lo detuvieran, los policías vinieron a buscarlo y lo llevaron en presencia de aquel hombre, Beria.

—Ya te has divertido bastante; es hora de que empieces a trabajar.

Ígor empezó formando parte del reducido grupúsculo de delatores e informadores al servicio de Beria. Normalmente despachaba con su ayudante, Dekanozov, un tipo con un sentido del humor siniestro, poco amigo de las medianías con el que Ígor se entendía perfectamente. Pero a veces era el propio Beria quien le hacía llamar.

Poco a poco fue ganando responsabilidades, hasta que dos años después llegó su momento. El trato al que llegaron era sencillo: Ígor tendría carta blanca para organizar una red de comercio negro, contrabando de todo tipo de cosas ilícitas, con la condición de que una parte sustancial fuese a las reservas de la NKVD (del propio Dekanozov y de Beria). Cuando fuese requerido debería transportar otro tipo de mercancías camufladas entre las habituales: armas pesadas, prototipos de motores de aviones alemanes, minerales como el volframio, explosivos experimentales. A veces debía dar cobertura a agentes de la NKVD, camuflándolos como miembros mafiosos de su banda, trasladándolos a Polonia, Finlandia, Francia, Inglaterra o Alemania. Otras, se le pedía que actuara directamente como agente informante, infiltrándose en las redes autóctonas de delincuentes para obtener información sobre los vicios de políticos, militares o miembros influyentes de las potencias extranjeras. Un material que después los hombres de Beria utilizaban para chantajearles y obtener informaciones mucho más valiosas.

A Ígor le divertía aquel juego azaroso, siempre desmedido y al borde del

precipicio. Era consciente de que Beria se desharía de él en cuanto dejase de serle útil. Y su trabajo consistió durante aquellos años en hacerse necesario a toda costa. Cuando llegó la gran purga que acabó con Yagoda y con Berman, y Beria fue ascendido a jefe de la NKVD, la puerta del futuro se abrió completamente, de par en par.

Ahora era un rico y reconocido empresario, tolerado por el Partido, que hacía la vista gorda con su exceso de presunción. Sus negocios, una parte de ellos, tenían una cobertura legal: suministraba equipamiento al ejército, ganaba divisas en dólares y marcos alemanes que guardaba en bancos de Suiza. Sus contactos eran de alto nivel, dentro y fuera del país, podía acceder a la mayor parte de cancillerías y a altas personalidades de la cultura y la inteligencia del momento. Se había refinado, su gusto por la música, el teatro y la grandeza de los salones le había convertido en un personaje que casi hacía olvidar su origen de judío carretero. La vida le sonreía por fin, y lo único que tenía que hacer era seguir siendo imprescindible para aquel hombrecillo. Tenía veintisiete años y estaba en la cumbre del mundo.

Y desde esa cumbre observaba ahora a Elías Gil. También había cambiado en aquellos seis años, y de alguna manera su presencia en el despacho de Beria era indicadora de en qué sentido. Elías se había convertido en un funcionario al servicio de quienes lo encerraron en Názino. ¿Qué obtenía a cambio? Esa pregunta intrigaba a Ígor Stern.

Beria le había hecho una pregunta a Elías y esperaba una respuesta. Stern también. Puede que ambos esperasen en su fuero interno la misma respuesta: que Elías renunciara a trabajar con el hombre que había sido causante de sus desgracias. Pero se equivocaron.

—Mi lealtad al Partido y al pueblo soviético no sufren ningún quebranto, camarada. Puedo trabajar con Stern si con ello se beneficia nuestra causa.

—Se beneficiará, estoy seguro de ello —dijo el comisario de la NKVD dando por zanjada la reunión.

Dos días después, un coche se detuvo frente al modesto edificio de apartamentos donde se alojaba Elías. De él descendieron un hombre y una niña de unos diez años. Los testigos, atónitos ante la aparición de aquella pareja vestida con todo lujo en un barrio de carencias, relatarían que la niña parecía un ángel, vestida con un grueso abrigo de pieles que hacía juego con su bonito sombrero, bajo el que lucían unos graciosos tirabuzones dorados. Su mirada y su porte resultaban casi tan arrogantes como las del hombre que la cogió de la mano. Aquella niña era Anna Ajmátova y el hombre que cogía su mano era Stern.

—Quería que la vieras.

Elías permanecía de pie en medio de la estancia, mirando a aquella chiquilla que

ya no se parecía en casi nada a la niña que él abandonó en manos de Ígor. Stern quería que admirase su obra, lo que había hecho con ella, el modo en que, poco a poco, la estaba moldeando para hacerla a su imagen y semejanza.

—¿Quién es este hombre, papá? —le preguntó Anna a Ígor, estrechándose contra su pierna. Aquel apelativo hirió a Elías y satisfizo a Stern. Anna iba adquiriendo la misma mirada resolutiva y un instinto que todavía habría de desarrollarse más para dejarse querer por aquel hombre que le acarició entregado su cabecita rubia.

—Míralo bien, Anna, y no olvides su cara: ése es el hombre que mató a tu mamá. La dejó ahogarse en el río Názino para salvar su miserable vida. Y también te hubiese matado a ti, sin dudar.

La niña no podía comprender aquellas palabras ni su verdadera dimensión, pero con esa agudeza de los animales adaptativos entendió que se esperaba de ella que mirase al desconocido con odio y repugnancia. Y fue de lo más convincente.

—Ve al coche y espera allí. Iré enseguida.

Anna lanzó una última mirada de soslayo a Elías y éste entrevió a través de una neblina de gestos aprendidos un resquicio que le recordó a su madre. Algo en su interior le dijo que, algún día, ese espíritu heredado se rebelaría contra la mortaja donde la estaba encerrando Ígor. Una débil ilusión para reconfortarse.

—No me la comí, después de todo.

Pretendía ser un comentario cáustico. Pero era algo mucho más profundo.

—¿Beria sabe quién es ella?

Ígor abrió una pitillera de plata, sacó un cigarrillo norteamericano y lo sacudió con golpecitos en la tapa. Todo en él se había vuelto más sofisticado, pero bajo esa apariencia de civilización esforzada seguía el lobo hambriento que quizá añoraba las noches de nómada.

—Beria sabe cuántas veces caga al día el último campesino de este país. Y mientras sigan llegando las divisas y sus camiones no le importa nada más. Ese hombrecillo con cara de paleta podría devorarnos a ti y a mí de un mismo mordisco sin inmutarse. Él es el verdadero poder.

Y eso era a lo que Ígor aspiraba; se había vuelto ambicioso, mucho más de lo que siempre fue; había vislumbrado el brillo de ese bien intangible y no estaba dispuesto a dejarlo escapar. Elías pudo verlo en su mirada. Algunos hombres sucumben a las desgracias, y otros se hacen más fuertes. Ígor era de éstos, podía negociar con los rusos, con los alemanes, con los ingleses o con el mismísimo Diablo si ello le beneficiaba.

—¿Qué quieres, Ígor?

Stern encendió el pitillo y sacudió la cabeza.

—¿Todo?

«Te quiero a ti», decía su mirada furibunda: «Lo que no puede comprarse ni

venderse con dinero». «Quiero tu respeto, y si no puedo tenerlo, entonces quiero tu sumisión y tu miedo».

Continuaban, después de seis largos años, manteniendo la misma lucha, ahora en otro escenario.

—¿Existe la posibilidad de que seamos amigos? No te pido devoción, digamos que sólo una muestra de que el pasado quedó atrás.

—Acabas de decirle a esa niña que yo maté a su madre.

—¿Y no es cierto? Suena horrible, porque lo es. Hicimos lo que teníamos que hacer para sobrevivir. Como ahora. Y cuando todo esto pase nos juzgarán con mucha dureza, te lo aseguro. Tus hijos y tus nietos te señalarán con el dedo, te llamarán salvaje y asesino. De mí dirán cosas peores, lo sé. Y tendrán razón, pero ninguno de ellos estará aquí, ni en Názino. Los jueces siempre juzgan desde su atalaya. Con un poco de suerte, si la moneda cae de cara, otros escribirán que fuiste un héroe de la Revolución, un idealista comprometido y valiente. Particularmente, la posteridad me importa una mierda, pero puede que para ti signifique algo.

Elías guardó silencio. Ígor siempre había hablado demasiado, como si quisiera construirse a través de las palabras y desdejar con ellas la evidencia de sus actos. Era un miserable. Sólo eso.

—La única posibilidad de que tú y yo seamos amigos es que el cielo y la tierra se fundan. No me importa a qué clase de acuerdos has llegado con Beria, ni cómo has medrado hasta llegar donde estás; ten clara una cosa, Ígor: el ojo que me arrancaste te perseguirá y te alcanzará por muy alto que te eleves. Y un día, ahora o dentro de cien años, te arrancaré la cabeza con mis propias manos.

La aparente placidez de Ígor Stern se deshizo demasiado rápido para sus hábitos aprendidos recientemente; el fracaso de ese barniz de hombre contenido se hizo evidente. Apretó los puños y ladeó con sarcasmo la cabeza en dirección a la puerta por donde había desaparecido Anna, que le había llamado «papá».

—Todavía tengo hambre, y aún conservo a mi presa; no lo olvides.

A principios del mes siguiente, Elías fue destinado con rango militar a la Escuela Superior de Servicios de Información de Moscú, conocida popularmente como la Academia. Los alumnos seleccionados de entre las diferentes escuelas de policía que se consideraban con aptitudes eran instruidos en política general a cuenta de comisarios políticos, quienes además de adoctrinamiento, daban clases de historia del Partido Comunista. Pero la base de su formación consistía en el manejo de información, captación de potenciales agentes, tácticas de espionaje y contraespionaje, redacción de informes codificados y trabajo de campo. Cuando salían graduados lo hacían como capitanes o lugartenientes de la NKVD.

Uno de aquellos instructores era Vasili Velichko. Había ascendido desde su época

en la Academia de Aviación de Túshino hasta borrar todo vestigio del joven imberbe que en 1934 presentó su informe sobre lo ocurrido en Názino a la viuda de Lenin y al secretario del PCE, José Díaz. Ahora era coronel del arma de Aviación, y el pelo encanecido prematuramente y una perilla gruesa le habían echado muchos años encima, pese a que apenas tenía cumplidos los veinticuatro. Aquél era un tiempo de viejos prematuros para quienes la vida privada no contaba ni existía.

Velichko se había vuelto hábil y había sabido esquivar las repetidas purgas en los servicios de seguridad pese a haberse granjeado serias enemistades tras la redacción de aquel informe que terminó llegando a las manos del mismísimo Stalin. Se decía que su protector era un tío suyo, jefe de la 4.^a sección del Estado Mayor (los servicios de inteligencia militar depurados por Yéjov), y eso le mantenía a salvo. Aquel joven instructor de la academia de defensa civil había acerado su inteligencia hasta convertirse en alguien dotado de una percepción especial, tenía una alta idea de su misión y un patriotismo a toda prueba. La suma de todas esas cualidades lo hacía muy eficaz y valorado en la Academia, aunque él soñaba con ser destinado a alguna unidad de cazas.

Se alegró sinceramente al reencontrarse con Elías. Juntos recordaron el pasado, pero sobre todo hablaron del futuro. Velichko estaba al corriente de la situación de Stern y de su proximidad con el poder.

—Vienen tiempos duros, amigo mío, y necesitamos de esa clase de carroñeros. Para ellos no existen las reglas que nos constriñen a nosotros y eso los hace útiles. ¿Conoces el caso del general Kutépov? —Elías asintió. Uno de los viejos generales de la Guardia Blanca secuestrado y asesinado en París por la OGPU—. Pues siete años después se repitió lo mismo con su sucesor, el general Miller. El día que lo eliminaron, un mercante soviético, el *Marija-Ulyanova* estaba atracado en el puerto de Le Havre. Un vehículo de nuestra embajada descargó un enorme baúl que fue cargado con toda rapidez en el mercante. El *Marija-Ulyanova* levó anclas minutos antes de que llegara la policía francesa. ¿Sabes qué transportaba ese baúl?

Elías tenía una idea. El viejo general Miller.

—Exactamente. El mercante y la tripulación, como los hombres que trasladaron el baúl, todo pertenecía a Ígor Stern. Si la policía francesa hubiese abortado el dispositivo no podría haber acusado formalmente a nuestros servicios de inteligencia. Stern habría corrido con la responsabilidad. Cobra un alto precio, pero vale la pena pagarlo. Así es la realidad ahora, Elías. Mientras tú estabas en la guerra de España y en Francia, Ígor Stern no se quedó de brazos cruzados. Se ha vuelto un tipo muy importante.

—Vi a Anna, Vasili. Ígor la trajo para que viera y oyera en primera persona cómo ella lo llamaba papá.

Velichko entornó los párpados, masticando un pensamiento amargo con las

mandíbulas apretadas.

—Los cuatro primeros años estuvo en un orfanato a las afueras de Kiev. No era un sitio agradable, pero logré localizarla y me ocupé de que no le faltase de nada. Es una niña fantástica. —A Vasili se le encendieron los ojos—: Risueña, inteligente, muy despierta y comunicativa. Cuando iba a verla me hacía pasar por su hermano mayor, a veces podía alquilar un apartamento y sacarla de aquel lugar horrible durante unos días, íbamos a pasear al bosque, patinábamos en el lago... Incluso la testaruda de mi madre se encariñó con ella. Un día me enteré de que Ígor había reclamado su paternidad. Falsificó los papeles y no dudo de que fue con el beneplácito de Beria, una pequeña dádiva en pago por el secuestro de Miller. Me las he apañado para seguir viéndola cada cierto tiempo. Crece muy deprisa, y se da cuenta de qué clase de hombre es Ígor, pero entiende que no puede hacer sino fingir que le quiere. Hace un año me llamó una patrulla de la milicia. La habían encontrado sola en la estación de Moscú y había dado mi nombre. Se había escapado de la dacha donde Ígor la tiene recluida. ¿Puedes creerlo? ¡Con sólo nueve años se plantó en Moscú! Las autoridades no quisieron escucharme: Ígor la reclamó y hube de entregarla. Sé lo que creíste ver, Elías. Pero Anna es digna hija de Irina Ajmátova. Siempre que puedo la visito, sobre todo cuando Ígor está fuera, hablamos mucho y trato de que no pierda la esperanza. Pero ahora la guerra se avecina y no hay tiempo para sentimentalismos ni causas personales. Todo queda aplazado *sine die*. Y tú debes entenderlo.

Y la guerra llegó puntualmente. Inevitable. Aquel domingo, Elías estaba leyendo el diario *Izvestia*, cuya portada venía ocupada por un informe sobre las escuelas públicas, cuando Vasili Velichko irrumpió en su habitación con la expresión demudada y la mirada enfebrecida.

—Los alemanes han cruzado nuestras fronteras. ¡Voiná, Elías, voiná! —¡Guerra! Aquel grito recorrió como una descarga eléctrica todo el país. Era el 22 de junio de 1941.

Dos días después se decretó la movilización general. Velichko, con otros oficiales aviadores, fue enviado voluntario a los aeródromos de Bielorrusia. El día de la partida no estaba eufórico, pero sí tenía una actitud de firme gravedad. Había estado preparándose para este momento durante los últimos dos años y había llegado la hora.

Se dieron un largo abrazo, intercambiaron promesas de reencontrarse pronto y Vasili se despidió con un último consejo.

—Ten cuidado con Ígor. Ahora será más peligroso que los nazis. La porqueriza es su medio natural.

En pocas semanas las defensas rusas fueron arrolladas por tres grupos de ejércitos alemanes que ocupaban un frente de 3000 kilómetros, de norte a sur. El ejército norte se dirigió directamente a Leningrado, el centro tenía como meta Moscú, mientras que el del sur avanzaba con pasmosa rapidez por Ucrania, hacia Kiev y Járkov. Más de tres millones de hombres, 650.000 vehículos, cerca de 3000 carros blindados y 2000 aviones se lanzaron a tumba abierta sobre las unidades soviéticas. Sólo la primera semana de la invasión, la Luftwaffe destruyó 1200 aparatos de la aviación soviética. Y entre ellos estaba la escuadrilla de Vasili, derribado sobre la frontera con Polonia. Elías lo leyó en el parte del mando operativo del frente occidental, donde estaba destinado. El valiente Velichko ni siquiera había tenido ocasión de poner a prueba su pericia como piloto. Las noticias que llegaban al cuartel militar de la NKVD para el frente de Leningrado eran desoladoras: en el primer día del ataque, las tropas alemanas habían penetrado más de cuarenta kilómetros en el centro siguiendo el eje Minsk-Smolensk-Moscú.

En el frente de Ucrania, los prisioneros soviéticos capturados en la bolsa de Kiev superaban los 650.000 y otros centenares de miles habían caído también en Bialatov, Smolensk y Briansk. El golpe de efecto perseguido por los nazis llegó del lado de la propaganda: un oficial le mostró a Elías un ejemplar de la revista *Signal*, el órgano propagandístico nazi que se repartía entre los soldados del Eje: en las páginas interiores aparecía un ilustre prisionero que se había entregado el 16 de julio a las tropas que habían cercado su unidad de artilleros. El mensaje estaba claro: si el teniente de artillería del 7.º cuerpo, Jacob Dzhugachvili había caído en las garras del ejército alemán, ningún soldado del Ejército Rojo estaba a salvo. Aquel teniente era el hijo de Stalin.

Elías había vivido la guerra de España, la lucha intestina en Barcelona de 1937, la retirada y los campos de concentración franceses. Creía que después de todo eso y de Názino, nada podría sorprenderle ya. Pero se equivocaba. Cuando en octubre la NKVD tuvo conocimiento de que una división de voluntarios españoles iba a entrar en acción en el cerco a Leningrado, encuadrada en los ejércitos alemanes del sector norte, fue enviado allí inmediatamente.

Lo que encontró a su paso le heló la sangre. Aquélla no era una guerra que buscara la conquista de un territorio o su defensa. Era un enfrentamiento de exterminación, no se trataba de vencer al oponente, sino de borrarlo literalmente del mapa. Se combatía con una ferocidad sin tregua, un odio implacable y una crueldad infinita. Quizá el pronóstico de Beria se acabaría cumpliendo y los alemanes se terminasen desgastando ante la infinita tierra soviética que lo engulló a él mismo en Názino, pero entretanto, tal vez no quedase un solo hombre en pie de uno u otro bando.

Los soviéticos practicaban la estrategia de tierra quemada, arrasaban en su retirada pueblos enteros, ciudades, destruían las vías de comunicación y abrasaban los cultivos, matando a los animales de corral y el ganado que no podían acarrear. Los soldados muertos eran despojados de toda su equipación, abandonados al sudario del hielo. En el camino al frente de Leningrado, Elías vio escenas dantescas y surrealistas.

En medio de la nada helada, un bosque de manos desnudas emergía del hielo, como si los muertos buscasen los engañosos rayos del sol invernal. Un perro se había congelado al caer al agua y la mitad de su cuerpo asomaba en la orilla con las patas delanteras a punto de conseguirlo. Y en medio de la inmensidad aparecía de vez en cuando un punto negro y humeante, una casa de campesinos calcinada con la chimenea de mampostería humeando como si aún perdurase el calor del hogar. Los cuervos se posaban sobre las cabezas heladas de los soldados caídos, picoteaban sus ojos congelados y sus picos rebotaban contra el hielo.

Los muertos de la división de voluntarios españoles eran reconocibles por sus camisas azules. A pesar de que vestían el uniforme de la infantería alemana, se habían negado a desprenderse de sus camisas de falangistas. Empezaron a llamarlos divisionarios azules. No todos eran voluntarios, pero a Elías le sorprendió que muchos de los apresados lo fueran. Estudiantes universitarios del SEU, políticos de rango medio, profesores, médicos, sobre todo entre los cuadros intermedios y los mandos. Según las informaciones de la NKVD eran unos 18.000, divididos en tres regimientos, además de zapadores, artilleros y aviadores.

—¿Qué hacéis aquí, luchando en esta guerra que no es vuestra?

El prisionero era un sargento de infantería. Su pelotón había sido barrido una hora antes por una ametralladora de la compañía de la NKVD a la que pertenecía Elías. Le había sobrecogido que, aun heridos, muchos de aquellos soldados hubieran continuado arrastrándose dejando tras de sí un rastro de sangre y vísceras hacia las posiciones defensivas de la ametralladora. Habían muerto casi todos en el primer ataque, y habían continuado atacando a campo abierto hasta quedarse sin efectivos.

—En las trincheras hace frío. Mejor calentarse con una buena pelea —respondió aquel sargento, malherido por un disparo en el costado. Otros dos prisioneros le rieron la gracia con una risa descarnada y animal.

No dijeron nada. Aguantaron la tortura cagándose en la madre que parió a Stalin, y cuando Elías apuntó con su revólver a la frente del sargento, éste le fue al encuentro pegando la frente al cañón.

—¡Arriba España, rojo de mierda!

Elías apretó el gatillo.

Aquella noche le escribió a Esperanza.

¿Por qué este odio? Hoy le he disparado en la cabeza a un falangista. Eso me repetía a mí mismo, mientras veía su cuerpo a mis pies, retorcido como una cosa amorfa; a un enemigo. Pero la verdad es que he matado a un ingeniero químico de treinta y dos años, que se llamaba Rogelio Miranda, natural de Medellín, según constaba en la cartilla militar que llevaba encima. Un minero de Mieres le dispara en la cabeza a un químico de Medellín en un lugar que no significa nada, frente a una iglesia ortodoxa que nosotros defendemos y ellos atacan a miles y miles de kilómetros de nuestras casas, de nuestras vidas. Tenía familia, he visto la fotografía que llevaba en la cartera. Dos hijos, preciosos, de seis o siete años. Su mujer es guapa, morena, alegre. Da calor en este frío mirarla.

¿Quién le dirá que lo han matado? ¿Sabrán sus hijos alguna vez que yo he sido su asesino? ¿Entenderán por qué murió su padre aquí? ¿Lo entenderemos nosotros alguna vez, Esperanza? A los nazis les sorprende la ferocidad con la que estos divisionarios rebeldes e indisciplinados se lanzan contra nuestras posiciones, y a los comisarios del Ejército Rojo les asombra la violencia con la que responden los voluntarios españoles que luchan en nuestras filas, nos ponen como ejemplo de valentía y de soldados aguerridos. No entienden nada, ni los alemanes ni los soviéticos. Se creen que luchamos por ellos, pero sólo lo hacemos contra nosotros. No entienden que basta con que de un lado se grite el nombre de Belchite, o de Badajoz, o de Toledo, para que unos y otros se lancen al envite como perros rabiosos. Ver el pendón de los batallones divisionarios enciende a los nuestros más que la cruz gamada; alumbrar la bandera republicana desde nuestro lado es acicate más que suficiente para que ellos se lancen con ira contra nosotros. ¿Cuánto daño nos ha hecho aquella guerra? Demasiado. Me pregunto si alguna vez podremos dejar atrás todo esto, y me aterra la respuesta.

Ten cuidado, yo lo tengo. Esto acabará, de un modo u otro, y volveremos a estar juntos, te lo prometo.

En Leningrado, 23 de diciembre de 1941

Tu esposo

Elías leyó aquella carta escrita en su refugio a la luz de un candil de débil llama. Entre las ruinas de la iglesia que humeaba todavía, dormitaban los hombres agotados de matar y de evitar que les matasen. Los heridos estaban alineados en lo que quedaba del presbiterio. No gritaban, sólo se movían inquietos y de vez en cuando lanzaban un quejido quedo, sin fuerza, lloraban, imploraban a su madre, a su novia, a sus hijos que no les abandonasen en aquella noche oscura y fría. No querían morir solos. A través de las ventanas arrancadas por la metralla se veía el campo cubierto de

cadáveres, la mayoría divisionarios.

Eran pequeños montículos oscuros que iban cubriéndose de nieve. De vez en cuando se escuchaba la detonación de un fusil y se veía el fogonazo del disparo. Una patrulla estaba rematando a los que agonizaban. No podían hacerse prisioneros; no había medicinas para sanarlos ni alimentos ni agua suficiente. A lo lejos, más allá del lago, el resplandor de las bombas cayendo sobre la ciudad de Leningrado era un hermoso espectáculo de pirotecnia. No podía escucharse el estruendo de las detonaciones más que como el rumor de una tormenta que ¿se alejaba? Ni podían oírse los gritos de los mutilados, los heridos, los muertos.

Alguien dijo que en las trincheras de los divisionarios se estaban cantando villancicos. Elías sonrió. Su padre era ateo, y jamás permitió en casa aquella clase de celebraciones, pero él siempre envidió a sus amigos, como Ramón, cuando los veía desfilar camino de la iglesia para la misa del gallo con sus zambombas y sus panderetas.

Le hubiera gustado levantarse, dejar su revólver y su cinto y recorrer los cuatrocientos metros escasos que le separaban de la línea enemiga, y sentarse con ellos a compartir tal vez un poco de turrón y pedirles que le enseñaran a cantar esos villancicos que nunca pudo aprender. Pero tuvo que conformarse con la noche oscura, sin estrellas que anunciaran buena nueva alguna ni epifanía.

«Paz a los hombres de buena voluntad en la Tierra» había escrito alguien en la nieve. Tal vez en otra tierra, pero no en ésta. Los únicos hombres de buena voluntad yacían sepultados bajo la nieve.

Barcelona, noviembre de 2002

La primera piedra voló por encima de las cabezas y fue a estrellarse contra una de las excavadoras, rompiendo el cristal de la cabina. El medio centenar de manifestantes coreó la acción con gritos de júbilo, interrumpiendo los eslóganes contra los políticos y contra la familia Gil. La finca de Gonzalo había sido durante los últimos meses el reducto de los galos, el único escollo que impedía que las obras del lago prosiguieran. Pero según rezaban algunas pancartas, Gonzalo Gil y su madre se habían plegado a los «intereses capitalistas». Una vergüenza para la memoria del héroe comunista Elías Gil. El nombre de Gonzalo había dejado de vitorearse para ser vituperado en cuanto su firma quedó estampada en el contrato de venta. La policía se empleó a fondo para abrir paso a las máquinas hacia las inmediaciones del lago. Hubo carreras, enfrentamientos y golpes.

Agustín González y Alcázar observaban lo que ocurría desde un promontorio, como un general romano y su centurión que estudian las evoluciones de la batalla desde un punto estratégico pero seguro.

—¿Por qué se empeñan en defender algo que no les importa realmente? La mitad de esa gente ni siquiera es de la comarca.

El abogado parecía realmente asombrado, sin entender las verdaderas causas de aquel tumulto. Para él era una cuestión de números, un precio por metro cuadrado, un asunto que se dirimiría en los despachos de abogados, notarios, encargados de urbanismo y autoridades locales. Aquella gente era un estorbo, algo incomprensible que se entrometía en la mecánica perfecta del plan trazado.

Alcázar lo veía de otro modo menos pragmático. Aquel paisaje que recordaba vagamente al de su juventud iba a desaparecer. No experimentaba por ello ningún tipo de nostalgia o sentimiento romántico, pero comprendía que aquellos manifestantes pensaran que les estaban arrebatando algo que les pertenecía, algo de lo que se habían apropiado un montón de especuladores. Estaban en lo cierto.

—Cada cual elige sus luchas —dijo lacónicamente.

—Pues han elegido una que no van a ganar.

No se trataba de eso, pensó Alcázar. La cuestión no era vencer sino plantar cara, defender hasta el final lo que se considera justo y descargar con ello la propia conciencia. Dentro de unos años, si el lago y su entorno dejaban de existir, algunos de esos manifestantes visitarían las instalaciones del campo de golf, pasearían entre las casas de lujo y les explicarían a sus hijos lo que aquello era antes y con un vano orgullo les contarían que recibieron un golpe de porra por tratar de preservarlo. Y sus

hijos, quizá, se sentirían orgullosos de ellos, y quién sabe si en sus corazones anidaría el deseo de emular la rebeldía de sus progenitores.

Así avanzaba el mundo, despacio, con pequeños gestos heroicos y estériles. De generación en generación.

—Por fin parece que todo sale según lo previsto, eso es lo que cuenta —zanjó Agustín González, sacudiéndose el polvo del abrigo. Noviembre había llegado con una importante bajada de temperatura. No tardaría en volver a nevar en las montañas. Con suerte, pensó el abogado, soplándose en la punta de los dedos para darse calor, el complejo podría inaugurarse en un par de veranos.

Alcázar no era tan optimista. Todavía no había dado con Siaka, y aunque le constaba que Gonzalo había cumplido con su acuerdo, retirándose como parte particular del proceso de la Matrioshka, el ministerio fiscal continuaba con las actuaciones. La información extraída del ordenador de Laura seguía llegando al despacho del fiscal. Eso no parecía preocupar demasiado a Agustín González.

—Sin el testimonio en vista oral de ese testigo no tienen nada. Las pruebas documentales son circunstanciales, no están cotejadas y no hay modo de hacerlo porque no existen los originales, ya me he ocupado de eso. Es la palabra de una muerta, asesina, desequilibrada, depresiva y drogadicta, contra la nuestra.

Alcázar sintió una punzada de asco al ver pisoteada la memoria de Laura. Él mismo había ayudado a desprestigiarla hasta hacerla irreconocible.

—Pero son muchos datos. Han aparecido listas con pagos, y en esas listas estamos tú y yo. Quien se ha apoderado de ese ordenador tiene la clara intención de ir por nosotros.

Agustín González embutió la cabeza bajo el cuello alzado del abrigo, mirando con desprecio lo que ocurría unos metros más allá. La policía había abierto un hueco y las excavadoras avanzaban inexorablemente.

—No te preocupes por eso, son balas de fogueo, sé cómo moverme en esas aguas. Tú ocúpate de ese testigo. Tienes que encontrarlo y asegurarte de que no se presentará a declarar.

—¿Y qué pasará con Gonzalo?

La expresión de Agustín González cambió ligeramente. Lo sucedido con su nieto había sido una desgracia, algo que le había exigido el máximo de su capacidad y quemar buena parte del crédito que le quedaba. Pero al final, con la ayuda de Alcázar, las cosas podrían arreglarse. Carlos resultó ser un extorsionador profesional, tenía más de veinte antecedentes por todo tipo de estafas y otros delitos menores. Alguien bien conocido por policías y jueces, que no sentían ningún tipo de aprecio por aquella sanguijuela. No fue difícil dar con un juez comprensivo, que ayudado con las pruebas de colegas del exinspector, había aceptado la teoría de la legítima defensa. Carlos extorsionaba a Javier, como se había demostrado con algunas fotografías que su nieto

coleccionaba (las pocas en las que Javier no aparecía con actitud complaciente), Javier se negó a seguir pagando y amenazó con ir a la policía, Carlos trató de amedrentarlo con el revólver, hubo un forcejeo, Carlos resultó muerto y Javier malherido.

Ésa era la tesis que había que defender, aunque había que pulirla y cerrar los flecos. Cuando Javier estuviera en disposición de declarar, él lo aleccionaría para que sostuviese ese relato de los hechos. Tendría que sufrir un poco el escarnio de mostrar públicamente su homosexualidad, pero (aunque le repugnase esa actitud) eso no era ningún delito. De Lola nada se diría. Lo que pudiera pensar Agustín de todo aquello, la sensación de haber fracasado con ella como padre, no contaba ahora. Era su hija y haría lo necesario para protegerla.

Y en cierto modo, todo aquello, por dramático que resultara, le había terminado beneficiando en un doble sentido. Gonzalo no era, después de todo, tan pusilánime como él creía. Todos sus escrúpulos de abogado bienhechor se habían ido al garete ante la posibilidad de ver a su hijo en la cárcel o a su familia destruida. No había dudado en mentir, afirmando que intuía que alguien estaba extorsionando a su hijo, y que el propio Carlos le había pedido dinero, confirmando esa sospecha, ocultando ante la policía la participación de Lola. Se había plegado sin rechistar a la voluntad de Agustín como un cordero obediente y había demostrado estar a la altura con unos nervios de hierro. Si finalmente se divorciaba de Lola era algo que, dadas las circunstancias, no podía ser para Agustín González más que una victoria amarga: a fin de cuentas, su yerno se había mostrado mucho más digno que su hija.

Durante las semanas que Javier llevaba ingresado, Agustín y Gonzalo se evitaban, pero lo hacían de un modo cortés, dándose espacio como si aplazasen sus propios intereses en tanto el chico se recuperase. Y un buen día, Gonzalo se había presentado en su despacho.

—¿Cuándo crees que podremos hacer efectiva la fusión? —le preguntó, como si retomase una conversación dejada el día anterior. En la mano traía el contrato de venta de la finca firmado.

«Hubiera preferido vencer de otro modo», pensó Agustín, alejándose hacia su coche mientras las máquinas de demolición comenzaban su trabajo pese a la oposición de los manifestantes. Pero una victoria era una victoria, y eso es lo que contaba.

Alcázar tenía su coche aparcado junto al de Agustín. Se estrecharon la mano y se despidieron. El exinspector tenía algo que comprobar.

Apenas recordaba la casa. Sólo había estado allí un par de veces antes de la noche en el lago. En ambas ocasiones Elías le impidió pasar de la cancela de entrada. La recordaba más o menos igual. Tal vez algo más acogedora. Laura estaba en el

extremo del jardín, junto al pozo. Tenía trece o catorce años, y entonces Alcázar apenas le prestó atención. Recordaba que Gonzalo también correteaba por allí, descalzo y sin camiseta, un saco de huesos con las orejas separadas y el pelo rapado como llevaban entonces los niños para librarse de los piojos.

—Debió de ser aquí. Aquí ocurrió la primera vez.

El pozo estaba seco, cegado con una losa que le costó mover. En el fondo habían crecido unas hierbas blanquecinas que se enredaban con las raíces que nacían de las paredes de ladrillo mohoso. Alcázar lanzó una piedra pequeña y la vio caer rebotando contra las paredes. Así de frágil debía de sonar el cuerpecillo de Gonzalo cuando su hermana lo escondía allí, deslizándolo por la polea. ¿Cuántas horas pasó allí encerrado, muerto de miedo, con el agua hasta la cintura? Aquella noche de San Juan de 1967, cuando por fin consiguió que Laura le contara la verdad, dijo que no lo sabía. Estaba aterrada.

La mañana debió de empezar como todas las anteriores. Laura dormía en un estrecho cuartucho, abrazada a Gonzalo, que había tenido una de sus pesadillas y había corrido a protegerse entre sus brazos. Al otro lado de la pared escuchaba la respiración ronca de su padre. A su madre no la oía, pero sabía que ya tenía los ojos abiertos antes de que la primera claridad entrase por la ventana. Desde su cuarto debió de verla aparecer como una brisa, sin hacer un gesto inútil ni abrir la boca, bajar las escaleras y acercarse al fogón para aventar las brasas. Laura se vistió sin hacer ruido para no despertar a Gonzalo. Esperanza ladeó la cabeza al verla y sonrió con la triste complicidad de una suerte que ambas compartían. Como si no supiera lo que sí sabía. Su madre debió de fingir no ver que Laura tenía los ojos hinchados después de haber pasado la noche llorando. Ya no solía escucharla canturreando canciones en ruso, ni se mostraba tan dispuesta a la risa franca.

Esperanza la atrajo hacia sí, la sentó en su regazo y mientras le recogía el pelo con las horquillas le contó cómo conoció a Elías y las cosas que hubieron de pasar juntos antes de que ella naciera. Quería convencerla de que su padre era, pese a todo, un buen hombre. Le habló de los años que tuvieron que estar separados por culpa de la guerra en Europa, donde su padre combatió contra los fascistas en la batalla de Leningrado, primero para defenderla y luego para recuperarla. Le mostró orgullosa la caja donde guardaba las medallas y méritos que consiguió en aquella lucha descarnada, las fotografías en Leningrado, y luego en Stalingrado y en Berlín, el día de la victoria contra Hitler. Y cómo, por fin, tras cinco largos años, él se presentó a buscarla en la puerta de aquel taller de Toulouse.

—Y en aquellos años, ¿tú qué hiciste?

Esperanza sonrió con nostalgia.

—Esperar. Podría haber cambiado mi vida. Un famoso representante de artistas se fijó en mí y quiso llevarme a París para convertirme en una estrella. —Esperanza

recordaba con viveza los enormes edificios, los coches descapotables y el trajín de los tranvías, los vestidos de las actrices, sus moldeados de pelo, sus maquillajes, sus largas piernas y sus cinturas entalladas, la distinción al moverse o fumar. Contando aquellas cosas, se transformaba por un instante en otra persona, en la mujer que podría haber sido. Pero de repente guardó silencio y miró a su alrededor con un reproche en los ojos. Olía a estiércol, a paja húmeda. Olía a todo lo que odiaba, el cuero seco de los arreos, el sudor de los animales, su propio sudor.

—No debes aferrarte a nada que te pueda hacer sufrir, como los recuerdos. Elegí mi destino, y eso es más de lo que muchos pueden hacer. Y mi destino siempre fue tu padre.

—¿Y por qué permites que pase esto?

Esperanza había entornado las jambas de la puerta para que nadie pudiera oírlas. Respiró profundamente.

—No sé de qué hablas.

—Sí lo sabes.

Los ojos de su madre se tornaron remotos, oscureciéndose como si los atravesara una nube de tormenta. Jamás le había pegado a ninguno de sus hijos. Pero su mano se lanzó con furia contra las verdades que le escupía su hija cruzándole la boca, queriendo sellarla para no seguir escuchando.

—Ve a buscar agua al pozo —dijo en voz muy baja, contemplando sus dedos, preguntándose qué había hecho. Retrocedió hasta el dintel y se abrazó a sí misma, con un frío helador en todo el cuerpo, con expresión doliente y postrada.

Aquella mañana, víspera de San Juan, Laura seguramente bordeó de prisa un murete de piedra recubierto de enredaderas secas y helechos húmedos, llegó al pozo y cargó los baldes para acarrear el agua. Y al volverse, Elías estaba allí, observándola fijamente con su único ojo. Y lo que veía en esa mirada la aterraba.

Alcázar observó el fondo del pozo. Era imposible que nada decente pudiera manar bajo la turba donde abundaba la arcilla, tan estanca que no dejaba pasar el agua ni el aire. Alzó la mirada y contempló la fachada de la casa, condenada a desplomarse día tras día sobre aquellos campos yermos, como si se rindiera y la única clemencia que pudiera esperar fuese que la mala hierba cubriera sus ruinas hasta borrarlas de la tierra. Ése era el futuro que había para el pasado. Aquel silencio.

A las once de la noche no se veía mucha gente caminando por la calle. En los bajos del edificio había una vieja *trattoria* que cerraba tarde y las voces de los clientes se colaban a través de la ventana. Al llegar del hospital, Gonzalo se quitó los zapatos y se tumbó vestido en la cama. Escuchó aquellas voces que se iban extinguiendo. Un

borracho que tenía una hermosa voz se arrancó con un fado de Dulce Pontes que Gonzalo conocía. Acompañó la balada del borracho mientras su voz se perdía a lo lejos:

*Mãe adeus. Adeus, Maria.
Guarda bem o teu sentido
Que aqui te faço uma jura:
Que ou te levo à sacristia
Ou foi Deus que foi servido
Dar-me no mar sepultura.*

El cuarto estaba a oscuras y la luz venía de las farolas de la plaza. Estaba lloviendo y la lluvia brillaba bajo el efecto de aquella luz amarilla. Los portones del balcón estaban abiertos de par en par y las gotas estallaban contra la baranda desconchada. Se colaban mil esquirlas diminutas en el interior del cuarto, mojando el respaldo de una butaca y las baldosas del suelo. Era bonito cuando llovía con aquella música. Entraban ganas de no esconderse, sino de caminar bajo el aguacero sin paraguas, deshacerse entre aquellas gotas y ser una más.

El contestador automático parpadeaba junto al teléfono. Desde que había vendido la finca no paraba de recibir llamadas insultantes que lo acusaban de traidor, vendido, pesetero y miserable. Ninguno de ellos tenía a su hijo en el hospital con el pecho destrozado ni tenía que vivir con la preocupación de que unos asesinos secuestraran a su hija de diez años.

—Has hecho lo que tenías que hacer —le había confortado Tania—, y nadie puede juzgarte por eso.

Pero ella sí lo hacía. Aquella misma tarde, sentados en una mesa del Flight, cuando le dijo que necesitaba estar solo y decidir qué iba a hacer y ella lo miró con sus ojos grises como si fuesen dos piedras que lo hundían hacia el fondo.

—Borrón y cuenta nueva, ¿es eso?

Gonzalo asintió ligeramente, como si de alguna manera hubiera esperado esa reacción. Y aunque sintió el impulso de acercarse a ella no lo hizo. No sabía qué esperaba de ella, apenas la conocía, y por lo que había ido averiguando, Tania le había mentado desde el principio.

—Todo esto de mi padre y tu madre... Me siento atrapado por tantas mentiras, Tania. Estoy desconcertado, no sé qué hacer, no sé qué creer —repitió con la mirada propia de alguien que ha decidido dejar de luchar contra algo, aunque ese algo nunca se marche, consciente de que nunca podrá vencerlo.

La mandíbula de Tania se había contraído y sus labios apretados dibujaban una fina línea horizontal. Fue ella la que dio el primer paso. Lo hizo con lentitud,

ofreciéndole la posibilidad de rechazarla, de escuchar la voz atolondrada que le gritaba en su cerebro que aquello no estaba bien. Pero esa voz se apagó como un estertor al sentir el tacto agrietado de sus labios, el levísimo sabor a carmín y a cigarrillo rubio.

—Puedes creer que esto es cierto. Porque lo es.

¿Lo era? No lo sabía con certeza, pero Tania le hacía sentirse bien, no le pedía que fuera lo que no era, no le empujaba en ningún sentido, pensó Gonzalo mientras iba borrando los mensajes del contestador tras escucharlos. Una sarta de impropiedades que apenas calaban en él. El último mensaje era diferente:

Así que te has bajado los pantalones ante tu suegro y ese policía. ¿Y crees que así se acaba todo? ¿Crees que Laura te lo perdonaría? No puedes salir del juego hasta que acaba la partida, Gonzalo. No mientras este Aldo Rossi tenga el ordenador de tu hermana.

Era la voz de Siaka. Pero sólo la prestaba al dictado que alguien le imponía. Conocía un poco al joven, y a pesar de su tono retador había detrás una vibración de miedo.

Un tumulto de gritos se oyó en la calle. Gonzalo se asomó a ver. En los contenedores de la esquina adivinó unos bultos, tres mendigos que se peleaban por la basura, pensó.

Cerró la ventana y volvió a escuchar el mensaje. Era de aquella misma noche.

Floren Atxaga no había leído muchos libros antes de entrar en la cárcel. Al menos eso tenía que agradecerles a esa puta cubana y a su abogado. Hasta entonces, los libros le habían parecido unas tapas que al abrirse contenían páginas amarillentas de las que se caía el polvo. Los únicos libros que había hojeado eran la Biblia y el libro de salmos de la parroquia. Ahora los devoraba, aunque a veces le costaba comprender lo que decían. Había empezado por uno que le pareció apropiado: *La colmena*, de Cela, aunque tenía demasiados personajes y había terminado por confundirse. Este otro libro, *Mis paraísos artificiales*, de Umbral, le resultaba complejo, no entendía muchas palabras y eso le enfurecía, como si el escritor quisiera tomarle el pelo. Y ahora estaba con *La peste*, de Camus, demasiado triste. La vida no era tan negra como la pintaba.

Tal vez debería volver a la Biblia. Ahí se sentía seguro, pensó desconcertado y nervioso, mientras volteaba media docena de libros que habían tirado a un contenedor

sin encontrar nada que pudiera interesarle.

—¿Qué buscas, tío, comida entre la basura, como las ratas?

Atxaga se dio la vuelta y vio a un par de adolescentes. Uno de ellos balanceaba un palo con forma de bate. El otro lo miraba con insolencia, aunque podría ser su padre. Tenía las pupilas dilatadas y gesticulaba nervioso. Un millón de abejas revolotean en su paladar. Llevaba puesta encima una camiseta con una frase en inglés que no comprendía.

—Quiero todo lo que tengas.

—¿Cómo dices?

—Me estás mirando la camiseta, ¿no? Pues dice: «Quiero todo lo que tengas».

Atxaga estaba casi seguro de que no era eso lo que ponía, pero era lo de menos. Lo estaban atracando. Aquellos mierdecillas lo estaban atracando.

Observó a los chicos con una mezcla de ira y de preocupación. Esos ríos contradictorios que siempre chocaban bajo la superficie de sus sentimientos. Pensó que podrían ser sus hijos, que acabarían irremediablemente así en manos de la zorra de su madre, en un barrio asqueroso como aquél, atracando a personas decentes.

Eso no podía consentirse, de ninguna manera.

No se cebó mucho con ellos. Detestaba la violencia, pero a veces la violencia lo dominaba, como Jehová cuando se cansaba de darle oportunidades al pueblo elegido. Entonces les enviaba las plagas, los masacraba y esperaba que con ello hubieran aprendido la lección. Pero no aprendían, nunca aprendían. Y le obligaban a ser más y más severo.

Cuando dejó de golpear al que llevaba el palo, estaba ensangrentado. El chico se arrastraba como una rata, así lo había llamado, moribundo. El de la camiseta tenía la cabeza aplastada contra el guardabarros de un coche. No los había matado, sólo esperaba que hubieran aprendido la lección.

—Me obligáis a ser una plaga. Y ésta sólo es la primera.

Recogió un libro abierto del suelo. Las páginas estaban arrugadas y tenían salpicaduras de sangre.

—«En la hermosa Verona, donde acaecieron estos amores, dos familias rivales igualmente nobles habían derramado, por sus odios mutuos, mucha inculpada sangre» —leyó despacio. Miró el título: *Romeo y Julieta*. Sonrió, le gustaban las historias de amor.

Aquella noche, apostado en un zaguán mientras observaba la luz en la ventana del abogado Gonzalo Gil, descubrió que Shakespeare y él tenían un punto de vista parecido de las cosas.

El viejo *Lukas* gruñó quejándose. Reclamaba salir a dar su paseo.

—De acuerdo, gruñón.

Alcázar necesitaba despejarse. Ya no era tan joven ni su mente podía estar concentrada delante de un ordenador tanto tiempo. Al menos ya sabía una cosa: Siaka no había salido del país, no al menos con un billete de viaje ni con su nombre. ¿Y eso qué significaba? Nada. Podía haber cruzado la frontera en cualquier otro medio o con identidad falsa. Pero algo le decía que aquel joven seguía en Barcelona.

Aquella tarde había vuelto al bar donde se citó con Gonzalo, marchándose antes de que éste llegara. Era el último sitio, que él supiera, donde lo habían visto. El camarero que le atendió le explicó lo que ya le había dicho a Gonzalo. Un tipo negro, apuesto y bien vestido. Alguna vez había ido por allí, siempre acompañado por alguna turista guapa con aspecto de tener dinero. Preferentemente americanas o inglesas que se hospedaban en hoteles caros.

—Siempre pagaban ellas, pero cuando él venía solo dejaba unas propinas espléndidas. Era un buen chico, aunque un poco excéntrico.

—¿Por qué excéntrico?

—Le gustaba que lo llamase de usted. Es algo inusual en alguien tan joven. Yo creo que se le subía a la cabeza eso de andar por hoteles de lujo.

—¿Había alguien más con él?

El camarero estaba seguro de que no. Mencionó a un señor elegante que se había tomado un café en la barra.

—Parecía interesado en él, no sé si me explico.

—No.

—El chico es apuesto, y ese tipo de la barra, no sé, tengo la impresión de que era gay. Salió detrás de él en cuanto el joven se marchó.

El camarero le dio una descripción muy somera. Alto, moreno, en buena forma. Educado y bien vestido. Como otros cien mil ejecutivos que pululaban todos los días por la ciudad.

Lukas lanzó un ladrido lastimero. Alcázar se frotó los ojos y estiró los brazos. Eran casi las doce de la noche. No había comido nada, sólo había llenado el cenicero de colillas. Cogió la correa del perro y salió a la calle. Estaba lloviendo, pero nunca le molestó caminar bajo la lluvia. Se respiraba mejor. Le pareció escuchar la voz de Cecilia desde la cama: «no olvides el paraguas». Al inspector no le gustaba usarlo, pero para que se quedara tranquila se lo llevaba debajo del brazo y daba la vuelta a la manzana sin desplegarlo. No había perdido aquella costumbre, era como si ella los acompañase; dos viejos y un fantasma bajo la lluvia.

Volvió a pensar en Siaka mientras *Lukas* hociqueaba una caca reciente. No sabía mucho de él y en los archivos no constaban más que algunas detenciones por faltas menores, prostitución, hurtos a turistas... En hoteles de lujo. De pronto la lluvia le despejó la mente.

Tiró sin misericordia del perro hasta casa y buscó en internet los hoteles de lujo

cercanos a la zona centro. No había muchos, media docena.

A la mañana siguiente los recorrió con una fotografía del joven. En la mayoría lo conocían, bien porque alguna turista había presentado una denuncia, o porque se había alojado en una de las suites, siempre con terraza orientada al mar. Pero las fechas en las que recordaban haberlo visto eran anteriores a su aparición en el bar. Hasta que llegó al hotel Gran Majestic, frente a la zona de llegada de los cruceros internacionales. El jefe de seguridad se acordaba perfectamente de él.

—Intentó robarle a una turista inglesa. Dio la casualidad de que era una agente de Scotland Yard.

—¿Presentó denuncia?

—No, dijo que no valía la pena. En realidad creo que no quería escándalos. Alquiló la habitación por horas, ¿me entiende? Nos recomendó, con flema, que controlásemos mejor a quien decidíamos alojar en nuestro hotel.

—¿Pagó ella?

El jefe de seguridad buscó en el ordenador y le mostró la impresión de la factura. La fecha coincidía con el mismo día que Siaka estuvo en el bar. Unas horas antes había estado alojado allí. Aquello no significaba nada. Pero era un detalle importante; el joven sabía que la Matrioshka lo estaba buscando y en lugar de esconderse o largarse, había seguido haciendo su vida habitual, eso podía dar a entender que no tenía ninguna intención de largarse, y que o bien era un inconsciente o bien se sentía muy seguro bajo el paraguas de Gonzalo. La idea de que lo habían atrapado empezaba a rondarle por la cabeza. La cuestión era saber quién.

En realidad, se dijo, estaba como al principio. Llamó por teléfono a Gonzalo.

—¿Has recibido noticias de nuestro amigo garganta profunda?

—No, y no creo que las reciba ya. Todo el mundo sabe que me he plegado a la voluntad de Agustín González. Debería ver las delicadezas que me dejan en el contestador.

A Alcázar le pareció que aquella mañana Gonzalo estaba más locuaz que de costumbre. Tal vez el que su hijo estuviera evolucionando le había animado, o puede que su entusiasmo tuviera que ver con la hija de Anna. El muy estúpido no le había hecho caso y seguía viéndose con ella. Pero eso era cosa de Ajmátova y de ese amigo suyo, Velichko.

—Lo más probable es que se haya esfumado —añadió Gonzalo.

Alcázar debía considerar esa posibilidad, pero su instinto seguía diciéndole lo contrario.

Cuando Gonzalo colgó el teléfono se preguntó si hacía lo correcto ocultándole a Alcázar el mensaje de Siaka. De algún modo, se dijo, tal vez todavía pudiera hacer lo que debía.

La calle estaba cortada. Al parecer la pelea de la noche anterior entre los mendigos había sido bastante dramática. Había sangre por todas partes y un coche de policía preguntando a los vecinos. Una ambulancia estaba trasladando a uno de ellos con la cara convertida en un hematoma. El otro trataba de dar una descripción del agresor que resultaba bastante confusa. Gonzalo no prestó atención, tenía una idea fijada en la mente.

Apenas llegó a su despacho, cogió por el codo a Luisa y la llevó a un aparte.

—La grabación del día que me atacó Atxaga, ¿la guardaste en la caja fuerte?

—Con el resto de mi colección *gore* —respondió mordaz su ayudante—. ¿Quieres volver a ponerte a tono?

Volver a ver las mismas imágenes le hizo sentir las heridas de las que aún convalecía. Cada noche, al respirar lo hacía pensando en esas puñaladas tan cerca del pulmón. Logró superar la aprensión y empezó a pasar fotograma a fotograma, concentrándose en los detalles que pudieran habersele escapado. Ahí estaba Tania, inclinada sobre él, desesperada. Gonzalo pensó en las veces que habían hecho el amor, en ese beso en el Flight y en lo que ella le había dicho: «Puedes creer que esto es cierto». Viendo aquella imagen, no cabía ninguna duda. Tania le había salvado la vida.

La vio levantarse con las manos ensangrentadas, buscar nerviosamente el móvil en el bolso y llamar a los servicios de emergencia. Sólo cuando aparecieron los primeros destellos de los vehículos prioritarios en la rampa del aparcamiento se apartó de él, escabulléndose hacia el ascensor. Aparecían los sanitarios, y un poco después la policía. Gonzalo concentraba toda su atención en el todoterreno y en la puerta trasera, donde había dejado el ordenador. Había visto decenas de veces lo mismo, buscando algo que no sabía lo que era, y como las otras veces creyó que no lo encontraría.

Pero esta vez vio algo, imperceptible. Había estado allí todo el tiempo, tan evidente, tan obvio que no se había dado cuenta. Estaba allí, detrás, una sombra en la zona de penumbra de la cámara, apenas distinguible al variar la oscuridad del reflejo en la pared. Casi un fantasma. Al parecer, no sólo le habían estado esperando en el garaje Tania y Atxaga. Había alguien más, alguien que sabía que aquella cámara estaba allí y que conocía perfectamente la ubicación de la zona de sombra donde debía situarse para no ser descubierto. Y todavía siguió allí, agazapado, mucho tiempo, hasta que los sanitarios y los policías se ocuparon exclusivamente de subir a Gonzalo en una camilla y con extremo cuidado en la ambulancia. Apenas un minuto que bastó para que la sombra tras el todoterreno se deslizase hacia el portón lateral y cogiera el maletín con el ordenador de Laura. Después se había desplazado con discreción entre los otros vehículos, muy pegado a la pared, hasta alcanzar el ascensor.

Y en ese instante, durante una décima de segundo, su rostro se había hecho visible.

Gonzalo no tuvo dificultades en confirmar la sospecha que se había adueñado de él tras escuchar varias veces el mensaje de Siaka. Aquel rostro era el de Luis.

—En pie.

Había surgido de improviso a su lado, acercándose sigilosamente. Siaka dio un respingo al notar el puntapié. Cada vez le costaba más mantenerse alerta. Se incorporó apoyándose en el costado. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no desplomarse de nuevo. Sentía que los huesos se le movían como cristales.

—¿Otro baile? —preguntó, mirando a su carcelero de lado. El párpado estaba todavía muy inflamado y la sangre seca le apelmazaba la cara. ¿Cuánto había pasado desde la última paliza? ¿Una hora? ¿Un día? Había perdido la noción del tiempo y pronto perdería, lo sabía, la poca arrogancia que le quedaba para enfrentarse con él.

Luis acercó una silla al centro de la estancia.

—Siéntate.

Siaka obedeció con renuencia.

—Pareces un tipo educado, ¿no te enseñaron a pedir las cosas por favor?

Luis retrocedió un paso y lo examinó con detenimiento. Era más joven de lo que aparentaba, y estaba más asustado de lo que su bravuconería pretendía hacerle creer. Pero era duro, de eso no cabía duda.

—¿Sabes dónde estamos?

Luis se acercó al gran ventanal que se asomaba al mar. Lo contempló con aire ausente. Era una llanura de plomo infinita. Aquí, en esta estancia había proyectado el dormitorio principal, con la cama junto a la ventana, para que cada mañana al despertar, lo primero que vieran fuese esa hermosa salida del sol.

—Aquí debería haber construido el sueño que tú y Zinóviev me robasteis.

—Ya te lo he dicho —repitió Siaka con un vértigo en el estómago—. Yo no tuve nada que ver con la muerte de tu hijo. Le tenía cariño.

Luis se apartó de la ventana, observando con aparente interés el techo abuhardillado. Había pensado forrarlo de madera noble. A Laura le gustaba el color más rojizo del castaño o el roble, pero él prefería el haya, más diáfana. Ahora ya no importaba mucho. Después de terminar con aquello, le prendería fuego a la casa, el seguro se haría cargo. Se marcharía a Londres y jamás volvería. Jamás.

—¿Le tenías cariño? ¿Qué clase de cariño? El suficiente para ganarte su confianza y la de Laura, que los profesores del colegio se familiarizaran con tu cara, que a nadie le sorprendiese demasiado que te presentases a recogerlo cinco minutos antes de que llegase su madre. Esa clase de cariño que hizo que mi hijo no desconfiara de ti cuando le pediste que subiera al coche con Zinóviev. ¿Fue el cariño

el que te hizo conducir hasta el lago y ayudar a Zinóviev a matarlo?

Luis se había colocado detrás de la silla, impidiendo que Siaka pudiera verle. El joven estaba esposado de pies y manos con unos grilletos que le cortaban la circulación de la sangre.

—Avisé a Laura, te juro que lo hice. Pero no podía comprometerme, tenía que ir con Zinóviev. Él pensaba que yo me había ganado la confianza del niño porque me ofrecí a seguirlo y a vigilarlo... Pensé...

—¿Qué pensaste?

—... Pensé que si yo estaba con él podría hacer algo, ayudarle de alguna manera.

Lo pensó realmente, lo creyó hasta el final. Se imaginó a sí mismo saltando sobre Zinóviev, arrebatándole a Roberto mientras los veía alejarse hacia la orilla del lago. Quiso reunir el valor para hacerlo, enfrentarse a aquel hombre que había sido su dueño desde los once años, que ejercía sobre él un poder paralizante. Y cuando creyó haber reunido el valor y corrió hasta ellos, Roberto flotaba en el lago.

Ladeó la cabeza, tratando de ver a Luis. Escuchaba algo, un pequeño motor. Un taladro eléctrico.

¿Para qué sirven los remordimientos?, se preguntó. Para nada; no iba a creerle, le dijera lo que le dijera, porque ya había hecho su elección. Lo iba a machacar hasta cansarse pero antes quería humillarlo, que se postrara, que suplicase por su vida.

—¿Lo hizo Zinóviev? ¿Suplicó? Porque fuiste tú quien lo mató, ¿no? No fue la Matrioshka, ni fue Laura. Fuiste tú.

Luis agarró el cuero cabelludo de Siaka y tiró de él hacia atrás.

—Suplicó, claro que suplicó. Pero no le sirvió de nada. Y no respondió la misma pregunta que te haré, sólo una vez: ¿Por qué allí, por qué matasteis a mi hijo en el lago donde Laura pasó su infancia?

Berlín, abril de 1945

—Comandante, una fotografía para la posteridad.

Elías Gil y el comandante de la 4.^a compañía se dispusieron a posar con el uniforme de campaña de las Fuerzas de Seguridad Interior. Elías acababa de ser ascendido a comandante de la NKVD y condecorado con la orden de la Estrella Roja y con la medalla a la toma de Berlín. El Partido Comunista lo elevaba oficialmente a la categoría de héroe. Enrique Líster y la misma Dolores Ibárruri, que había perdido a su hijo Rubén Ruiz en Stalingrado, habían enviado telegramas de felicitación, y Beria dejó caer que aquel nombramiento, poco usual para un ciudadano no soviético, había sido sugerido por el mismísimo Stalin, quien estaba al corriente de sus peripecias en Leningrado, Moscú, Stalingrado, Varsovia y, por fin, Berlín. Propaganda, falsedades, probablemente. ¿Y qué importaba? Sólo quería acabar con aquella pantomima. De modo que debía poner buena cara ante los periodistas del ejército, sonreír y sostener con firmeza la bandera nazi que un propagandista le tendió medio quemada y teñida de sangre.

—Éste es un gran triunfo de todos los comunistas españoles, camarada.

Celestino Alonso era el comisario político de la 4.^a Compañía, formada en su origen por combatientes españoles bajo el mando militar del comandante Pérez Galarza. Desde el principio de la contienda habían perdido a más de tres tercios de la compañía. De modo que ese triunfo al que aludía el emocionado comisario sólo podía ser compartido por los muertos. Los últimos de sus camaradas habían caído a sólo 400 metros del Reichstag y sus cuerpos todavía flotaban en el río Spree, abatidos por los últimos francotiradores de las SS que defendían el centro de Berlín. Para honrarlos, un joven oficial se había encaramado sobre la placa de la calle Stephanstrasse rebautizándola con tinta como calle José Díaz. El nombre de los comunistas españoles tatuado en el corazón de Prusia. Pero pese al ambiente de ensalzamiento, a Elías no se le iban de la cabeza algunas decisiones cobardes e incomprensibles que había tenido que digerir en aquellos largos cuatro años de guerra.

Le escocía especialmente que las tropas soviéticas hubieran detenido la ofensiva imparable sobre Varsovia, cuando los polacos, sabiendo que las vanguardias del Ejército Rojo estaban cerca, se sublevaron contra los nazis. Stalin permitió impasible que los alemanes aplastaran el alzamiento, encarnizándose con los sublevados. Murieron en Varsovia 250.000 personas y la ciudad fue literalmente arrasada. De ese modo, los nazis le ahorraban la purga de un pueblo que no olvidaría nunca que en

1939, la URSS los había invadido en connivencia con sus entonces aliados nazis. La política y la guerra no sabían nada de ideales, ni de gestos heroicos. Todo era muerte, sufrimiento administrado a gusto de quienes organizaban aquellas matanzas por razones de cálculo que a los soldados en las trincheras y a los civiles en las ciudades martirizadas se les escapaban.

Aun así, el flamante comandante posó con sus hombres para la revista del Ejército Rojo, hizo declaraciones patrióticas y paseó sobre las ruinas humeantes con aspecto egregio seguido de cerca por una cámara del servicio de Documentación de la NKVD. Un teatro donde cada cual debía representar su papel. Alguien había escrito en una pared una frase famosa del poeta y periodista Ilyá Ehrenburg:

Las ciudades arden. Me siento feliz.

Elías tembló de ira. Seguramente aquel histriónico periodista omnipresente y tan cercano a Stalin no veía a los soldados alemanes que se amontonaban con las manos atadas a la espalda y un disparo en la cabeza bajo su ominosa frase. No eran más que chiquillos que ni siquiera habían tenido ocasión de disparar una vez sus viejos y obsoletos fusiles.

—Graba eso —le ordenó al cámara que lo acompañaba.

—Pero, camarada comandante, eso va contra las directrices. Nada de actos de crueldad.

Elías Gil escupió en el suelo calcinado que pisaban sus botas de héroe.

—He dicho que lo grabes. Puede que se le indigeste un poco el desayuno a ese imbécil de Ehrenburg, pero lo superará con uno de sus poemas épicos.

Aquello llegó a desquiciarle para siempre. Poco le importaba si antes los nazis habían hecho otro tanto en los territorios ocupados. Traían la bandera roja, desfilaban con cánticos en recuerdo de Leningrado, de Stalingrado, y mancillaban ese recuerdo violando a niñas hasta matarlas, robando, saqueando y dando rienda suelta a los peores instintos. Aquellos días, Elías no dudó en ordenar fusilamientos y ejecuciones de soldados y oficiales de su propio ejército, como lo hicieron otros mandos militares.

—No somos bárbaros. Somos soviets.

Él ya no sabía lo que era. Sólo quería volver a casa. ¿Dónde estaba eso? Junto a Esperanza.

Pero no todo era aquel horror. En Tegel, Elías había visto a soldados repartir espontáneamente sus suministros con los hambrientos chiquillos del lugar sin cámaras ni propaganda de por medio. Los hospitales de campaña y el personal sanitario militar atendían con idéntica profesionalidad a los heridos civiles y a los soldados alemanes que a sus propias tropas. Hubo también casos de enamoramientos secretos entre soldados soviéticos y chicas alemanas que con los años formarían

familias que habrían de sufrir el recelo de unos y otros.

Poco a poco las unidades volvieron a la disciplina, y tras los primeros días Berlín se convirtió en una ciudad ocupada pero no en una ratonera sin salida para los civiles. El 25 de abril las tropas soviéticas y las americanas establecieron contacto en Torgau, sobre el Elba. Cinco días después, Hitler se suicidó. El almirante Dönitz sería el encargado de firmar el armisticio del III Reich, tras intentar inútilmente convencer a los Aliados de unir fuerzas contra la Unión Soviética. El 2 de mayo, el mariscal Zhúkov le anuncia a Stalin que Berlín ha sido conquistada. La bandera roja ondea en lo alto del Reichstag sobre una montaña de 150.000 soldados soviéticos muertos en los combates. Oficialmente, la capitulación de Alemania ante las tropas soviéticas se firmó el día 9 de mayo de 1945.

Debería estar celebrándolo con el resto de soldados y oficiales que ocupaban la capital alemana; sin embargo, aquella noche Elías bebía solitario en un chamizo a orillas del Spree. Quizá los cañones ya no retronaban ni caían bombas, los carros blindados pronto volverían a los acuartelamientos y los soldados serían devueltos a casa en largos convoyes, pero para él y para la NKVD la guerra sólo acababa de entrar en un frente distinto.

El hombre al que estaba esperando apareció cinco minutos después. Lanzó una ojeada precavida alrededor y, al verse seguro, se acercó a una de las mucamas. Aquellas mujeres alemanas se prostituían por poca cosa, a veces por un poco de comida, por unos pitillos o por unas prendas de ropa. Si hubieran caído del lado americano habrían sido más afortunadas, pero estaban en el lado soviético y aquí los tipos como el que acababa de entrar no pagaban el servicio con medias de seda o bombones. Elías lo vio subir a la planta superior precedido por una pelirroja de facciones muy marcadas. Esperó otros cinco minutos apurando un pitillo y su copa y subió tras ellos.

La puerta no estaba cerrada con llave. La pelirroja había cumplido su palabra. Elías giró el pomo y entró en la habitación. Ella se estaba lavando el sexo en una bacinilla mientras él se había despojado de la parte superior de la ropa.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es usted?

Elías le lanzó una mirada significativa a la mujer, que se subió las bragas y salió apresuradamente, no sin antes coger el dinero que Elías y ella habían acordado.

—Tienes mala memoria, Pierre. ¿O ya no te haces llamar así? ¿Prefieres ser el panadero?

El panadero de Argelès se quedó boquiabierto. Debería haberle reconocido de inmediato. La guerra modificaba a las personas, pero el parche en el ojo derecho de Elías y la intensidad verdosa de su ojo izquierdo eran inconfundibles.

—¡Qué sorpresa! Vaya, mírate; me han dicho que ahora eres comandante y todo

un héroe de guerra —dijo adelantando una mano amistosamente. Sin embargo, temblaba.

—¿Qué haces en Berlín?

Pierre se encogió de hombros, buscando su camisa con la excusa de coger el paquete de cigarrillos. Elías adivinó el relieve de una pistola alemana bajo la ropa que se amontonaba en una silla.

—Ya sabes que no voy a contestar a esa pregunta, ¿verdad? Somos pececitos que vivimos en estanques separados, aunque todos estemos en la misma pecera. En cambio, puedo adivinar por qué has entrado así en mi habitación y cuál es la razón para que le hayas pagado a esa puta alemana a cambio de dejar la puerta abierta. Esto va así, lo sé. Cambio de aires que me ha cogido a contrapié.

Elías lanzó una mirada rápida a la habitación, evaluando opciones. La ventana daba a un callejón lateral que discurría paralelo al río. Era un buen sitio. Sacó un papelito rojo y lo dejó en la cama.

—Tiene tu nombre.

Pierre calculó qué posibilidades tenía de coger la pistola antes de que Elías reaccionase. Desalentadoramente bajas.

—Así que ya lo sabes.

Sí, lo sabía. Durante el tiempo que había estado en Argelès, Elías había estado trabajando buena parte del tiempo para el panadero sin conocimiento del Partido. Los papeles azules o rojos que le hacía llegar eran dictados a menudo por sus propios intereses.

—¿Por qué aquel chico, Tristán? ¿Qué mal te hizo?

Así que, después de todo, era una cuestión personal. Pierre se sentó en la cama y leyó el papel, como para cerciorarse de que no había ningún error.

—Demasiado alegre, demasiado guapo, demasiado seductor. Nunca me gustaron los tipos que parecen salidos de una película americana... Pero a mi mujer, según parece, sí.

Elías Gil tragó saliva. Todos ellos se creían llamados a una misión superior, algo que estaba por encima de ellos mismos. Pero una y otra vez sucumbían a sus propias pasiones.

—Yo podría haber hablado con él. Lo hubiera convencido de que dejara de verla, si eso te molestaba.

Pierre lanzó una risa sardónica.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? Era él, su existencia, lo que me molestaba. Mujeres como la mía las he tenido antes y después, pero hombres como ese chico... No podía permitirlo.

A la mañana siguiente, la Policía Militar encontró el cadáver de Pierre en el callejón.

Tenía el cuello rebanado y no llevaba documentación encima. Para cuando averiguasen su identidad, Elías Gil ya estaría en París con su nuevo destino y la documentación falsa que le acreditaba como inofensivo ingeniero civil. Por fin iba a reencontrarse con Esperanza.

No recordaba la calidez de sus pezones oscuros. Ni el olor de su sexo, ni el tacto de sus dedos. Todo era volver a empezar, la lenta reconquista de una geografía perdida. Hablarse sin sentir la vergüenza ajena del otro, sin tener la desagradable sensación de haber venido a entrometerse en una vida que ya no le necesitaba a su lado. Esperanza era otra, siendo la misma. Como el juego de muñecas Matrioshka que le había traído como recuerdo. Reconcentrada, más y más pequeña y auténtica cuanto más abajo llegaba. Ella le miraba de vez en cuando quizá con una sensación parecida de extrañeza, deambulando desnudo por el pequeño apartamento, fumando con las piernas recogidas sobre el alféizar de la ventana, como una gárgola viendo llover en París. Los primeros días ni siquiera se atrevía a quitarle el parche del ojo, y eso era como hacer el amor vestidos o con las luces apagadas.

Se contaron sus vidas aquellos años, en realidad fue ella la que habló. Elías la escuchaba como ausente, con una sonrisa crédula cuando ella le dijo que había hecho unas pruebas para una productora de cine. Ya no hablaban de lo ocurrido en Argelès, como si un horror superase al anterior, convirtiéndolo en un juego de niños.

—¿Te gustaría volver a España? —le dijo de repente él una mañana al llegar de la calle con los zapatos empapados y el periódico echado a perder.

Esperanza lo miró con tristeza. Ni siquiera había considerado la idea de que si ella aceptaba irse con él, perdería ese futuro posible como actriz. Ciertamente era que en aquellos meses de 1946 y 1947 apenas había participado en un par de películas como secundaria y actriz de reparto, pero no se desanimaba. Le decían que tenía talento y que ahora debía hacer acopio de voluntad y paciencia. Nada de eso preocupaba a Elías. Él tenía una misión y la cumpliría, lo siguiera Esperanza o no.

—Es peligroso volver.

—Demasiada tranquilidad terminará por aburrirnos —dijo él, con un punto de ironía que les hizo sonreír. Y esa sonrisa cerró algunos paréntesis.

Pero no era el aburrimiento en Francia lo que había empujado a Elías a pedir que lo enviaran a España.

Dos semanas antes había tenido un encuentro insospechado frente a la iglesia de Saint-Germain-des-Prés. Un mendigo que se protegía de la lluvia bajo el pórtico le llamó la atención haciendo sonar un cazo de latón. Elías lo esquivó y continuó calle abajo, pero algo familiar le hizo volver sobre sus pasos. La luz cenicienta del pórtico

desfiguraba la expresión del mendigo, que ahora contemplaba abstraído el caño de agua sucia que vomitaba una gárgola. Movía ostensiblemente la cabeza, de un modo espasmódico, como si hubiera perdido el control sobre sí mismo. Iba cubierto con una sucia capelina militar de la que apenas sobresalían la nariz y unas cejas pelirrojas que goteaban sobre el mentón puntiagudo.

—¿Martin? —El mendigo se volvió de medio lado con los ojos entornados y sin mediar palabra empezó a alejarse a paso rápido de la plaza, volviendo la cabeza de tanto en tanto con alarma al ver que Elías le seguía—. ¡Martin, espera! Soy yo, Elías Gil.

El mendigo se detuvo. Durante un instante, el sol que se ponía tras los campanarios de la iglesia alumbró con una luz rojiza e irreal su rostro desconcertado. Hacía tanto tiempo que nadie le llamaba por su nombre que Martin el pelirrojo dejó caer el fardo donde cargaba sus pertenencias temblando de emoción.

Dos horas más tarde, recién duchado en una vieja pensión de la Rue du Dragon, Martin observó las sucias ropas que había vestido durante los últimos meses sin interrupción. El contraste con su piel ahora limpia y el olor a jabón le hizo sentirse minúsculo y endeble como no se había sentido desde hacía mucho.

—Deberías haberme dejado en paz, fingir que no me habías reconocido —le recriminó a Elías.

Elías Gil contempló largo rato las heridas del inglés, las cicatrices antiguas que la tortura de Ígor Stern le dejó para siempre y también los golpes y cardenales recientes. La vida en la calle debía de ser terriblemente dura y Martin daba muestras de haber pagado las consecuencias. Durante una hora el inglés relató su periplo desde que se separaron en 1934. El relato de aquellos largos trece años era desolador y, en realidad, Elías pudo hacerse una idea de lo que su antiguo amigo había pasado sin demasiadas palabras, recurriendo a menudo a más que significativos silencios. Sólo le pidió algunas aclaraciones sobre ciertos puntos que se le antojaron oscuros.

—¿No te alistaste en el ejército inglés al empezar la guerra?

Martin dibujó una sonrisa sardónica. Quedaba poco de la ingenuidad y de la dulzura de aquel muchacho de diecisiete años con el que coincidió en un vagón de tren rumbo a Moscú en 1933.

—Cuando los soviéticos me deportaron, en la embajada me trataron como unapestado. No sé qué les hacía desconfiar más: que fuera comunista, que hubiera escapado del gulag, o mis tendencias sexuales. Me inclino a pensar que fue por esto último por lo que me declararon inútil para el servicio de armas.

El miedo y la pena le agarrotaban al intentar explicarle las cosas por las que había tenido que pasar debido a su homosexualidad. Aquellas escenas llenaban sus pupilas dilatadas de medio loco, vaciando su mente de cualquier otra cosa y haciendo que se

olvidara por momentos de dónde estaba ahora.

—Jugaron conmigo como haría cualquiera con un pichón. Me pasaron de mano en mano, sufrí lo que un hombre no puede soportar, y supongo que en algún momento mi corazón dejó de sentirse víctima y se convirtió en verdugo. Trabajé para gente poco recomendable de Londres, gané algún dinero, rompí algunos huesos y me busqué enemigos peligrosos. Así que tuve que huir, y el único sitio donde podía sentirme seguro era aquí.

—¿En la Francia ocupada?

—Los nazis no eran tan escrupulosos como sus líderes de las SS querían hacer creer al mundo. La raza, la religión y el sexo les importaban poco cuando se trataba de reclutar informadores. Fui amante de un teniente, y no puedo decir que me arrepienta de ello. Colaboré con la Gestapo, entregué a algunos ingleses infiltrados en la retaguardia alemana... En definitiva, podríamos decir que sobreviví.

Martin detuvo su relato y observó la reacción de Elías. Su antiguo amigo juzgaba sus crímenes voluntarios basando su acusación en suposiciones, cuando la verdad era que no había encontrado otro modo de mantenerse a flote. A él nadie le había reclamado en Moscú, ni le habían concedido galones, ni la oportunidad de borrar su pasado en Názino con una metralleta en una mano y los ideales en la otra. A Martin, la historia lo había arrojado a la orilla como un desecho.

—Después del 45 llegó la hora de la venganza, los ajusticiamientos y las represalias contra los colaboracionistas. Resulta curioso; cuando los alemanes se paseaban por los Campos Elíseos, los héroes se escondían bajo el ala de su sombrero, pero cuando llegó la liberación los justicieros salían de debajo de las piedras. Había que romperse el dedo señalando culpables, y hacerlo con saña y sin desmayo para que otros dedos no lo señalasen a uno. Al final, puede decirse que tuve suerte: me encerraron en la cárcel de Burdeos, durante ocho meses me humillaron, me violaron y me trataron como escoria en una celda con ocho hombres que lo único que conservaban de su condición era la maldad. Nadie puede imaginar hasta qué punto llega a ser retorcido el ser humano cuando se le otorga el papel de verdugo, qué grado de sadismo y placer encuentra en el martirio de sus víctimas. Su orgullo de poder, su grito salvaje. Yo he descubierto cada partícula de esa enfermedad que convierte a los hombres en monstruos. Pero no me ahorcaron. Salí con vida, si la vida es respirar... Y tú me has encontrado para juzgarme y tratarme con la misericordia hipócrita del vencedor, ¿no es cierto?

Elías apartó la mirada, incapaz de sostener la del pelirrojo inglés. Ignoraba, en efecto, lo que había soportado y no podía ni quería imaginarlo. Martin ya nada tenía que ver con el joven que él conoció. Este hombre que le miraba sumido en sus extrañas obsesiones mientras se abotonaba una camisa limpia que Elías le había comprado, era un desconocido.

—Yo no soy vencedor de nada, Martin. Desde Názino ya no existen las derrotas ni las victorias.

Martin se envaró y observó a Elías con recelo, como si en su paranoia se hubiese abierto camino la idea de que trataba de sonsacarle algún tipo de información.

—Le he visto. Está aquí, en París.

—¿A quién te refieres?

—A Ígor Stern. Puedo mostrarte el hotel donde se aloja, y el restaurante donde cada mañana va a desayunar con sus dos guardaespaldas.

Martin sonrió abiertamente al ver que había captado la atención de Elías. Metió el faldón de la camisa en el pantalón y comprobó alarmado que el cinturón no tenía agujeros suficientes para aprisionarlo a la cintura, de tanto que se había depauperado.

—Anna también está con él.

La terraza estaba desierta y la lluvia formaba charcos sobre las sillas y el suelo de tierra batida. Desde una ventana del bistró, Elías contemplaba la fachada gris del hotel.

—Ahí viene. —Martin señaló una encorvada figura que ascendía cansinamente la suave pendiente hasta la escalinata del Sagrado Corazón. Un hombre se encargaba de protegerle de la lluvia con un gran paraguas y otro caminaba detrás, a pocos pasos, volviéndose continuamente para asegurarse de que nadie les seguía. Los tres hombres entraron en el hotel, pero sólo el del abrigo caro cruzó el umbral. Los otros dos se quedaron bajo la marquesina.

—He conseguido el número de su habitación. Podemos hacerlo ahora, sin que esos dos gorilas se den cuenta.

Elías se preguntó de qué modo habría conseguido Martin saber la habitación en la que se hospedaba Ígor Stern, pero decidió no preguntarlo. En los ojos vidriosos del pelirrojo sólo adivinaba fiebre y desvarío. Estaba realmente loco si pensaba que podían entrar en el hotel, subir a la habitación de Stern y eliminarlo sin más. No era tan sencillo. Stern se había convertido en alguien mil veces más peligroso que cuando lo conocieron en Názino. Ahora era rico y mucho más sádico y poderoso. Contaba con la protección del Politburó y la mitad de la diplomacia europea le temía o le debía favores que él sabía cobrar. Y además, cabía la posibilidad de que Anna estuviese con él en la habitación.

—Pensaba que tú lo odiarías tanto como yo —le recriminó Martin con desprecio, tras escuchar lo que le parecieron burdas excusas.

Lo odiaba. Por supuesto que lo odiaba. Pero no del modo, ni por las razones que Martin o cualquiera que conociera lo ocurrido en Názino podría imaginar. Una parte de él, que se negaba a reconocer ni a escuchar, admiraba a Ígor Stern. Era el único hombre verdaderamente libre que Elías había conocido en su vida.

A lo largo de aquellos años se había visto obligado a colaborar con él en diferentes operaciones organizadas por Beria, y había tenido la oportunidad de estudiarle de cerca y llegar a comprenderle. Aunque no dejó atrás en ningún momento su ansia de vengarse, se dio cuenta de que Stern era distinto a cualquier hombre con el que se hubiera topado. Distinto en su forma de ser, de pensar, pero sobre todo de sentir; la inteligencia, los anhelos o los sentimientos de Ígor nunca se veían trabados por moral alguna.

Matar, robar, mentir, manipular eran medios para un fin que él perseguía con frialdad, sin apartarse un ápice de su plan diseñado minuciosamente. No encontraba placer o disgusto en cometer aquellos crímenes, y tampoco se jactaba de ser lo que era ni culpaba de ello al mundo. Menospreciaba a sus semejantes porque no sentía sus ataduras. Y eso le hacía mejor contrincante que Elías, incapaz de dejar atrás los recuerdos que supuraban y lo debilitaban día tras día.

—No eres mejor que yo —le dijo una vez Ígor. Acababan de asesinar a un confidente de la Gestapo en Kursk. Ígor lo había matado con sus propias manos y ambos habían observado la trágica pirueta que su cuerpo trazó al ser arrojado desde una terraza e irse a estrellar contra los adoquines del suelo. Mientras contemplaban la postura antinatural en que había quedado el cuerpo, Stern sonreía con cierta tristeza —: Seguramente tú eres responsable de más muertes, vejaciones, palizas y torturas que yo. He oído lo que se cuenta de ti, comandante Gil. La diferencia estriba en que tú sirves a una causa, mientras que yo sólo me sirvo a mí mismo. Pero los dos sabemos que esa diferencia es una falacia. Yo no necesito lanzarme a ninguna trinchera como tú para hacerme matar porque no me avergüenzo de lo que soy. Tampoco me enorgullezco, ambos sentimientos son igualmente inservibles. Somos lo que somos, y deberíamos aceptarlo sin más. Luchamos por ocupar nuestro sitio, lo conquistamos y lo defendemos con uñas y dientes, hasta que los años y el cansancio nos hacen débiles y acabamos derrotados por otros que se han vuelto más fuertes que nosotros. Así es, así ha sido y así será siempre. Y no deberíamos darle tanta trascendencia. Pero tú te engañas, te niegas a aceptar que tu naturaleza y la mía son idénticas. Que tú podrías ser yo, y que disfrutarías con ello... Qué paradoja tan terrible para ti, comandante: admirar a tu verdugo.

Aquellas palabras eran tan ciertas como horrendas. Detrás del gesto altivo de Elías, detrás de su lealtad y su silencio, perduraba un resabio, algo en su forma de aceptar las órdenes y hacerlas cumplir que hacía comprender que un día u otro estallaría. No era caprichoso ni anárquico como Stern, sabía que el temor que inspiraba se basaba precisamente en todo lo contrario —el convencimiento de que los castigos no eran nunca arbitrarios—, pero en su fuero interno deseaba a menudo de forma marrullera que le proporcionaran motivos válidos para mostrarse tan cruel como el propio Ígor. Y cuando eso ocurría, se revelaba implacable. Y ahí estaba su

debilidad. Ígor no tenía que demostrarse nada, ni había nada que tuviera que hacerse perdonar. No había arrepentimiento, ni recuerdos, ni culpas. Cuanto se le exigía era obedecer y hacerse obedecer a su vez, algo a lo que ya se había acostumbrado, como un perro amaestrado. En cambio, bajo esa misma crueldad, Elías ocultaba el dolor y el remordimiento.

Culpaba de su debilidad a Irina. Y ese sentimiento ambivalente lo estaba desquiciando. El recuerdo de aquella mujer se había convertido en una obsesión exasperante, la representación de todo lo odioso y despreciable de Elías, un monstruo que tenía que mantener sujeto a costa de lo que fuera. Cada vez que le daban una medalla, una felicitación o una palmada en la espalda, cada vez que sus compañeros de armas le elogiaban en la batalla, la imagen de Irina ahogándose en el río Názino venía a empañar ese momento, recordándole lo que era, un cobarde que no hubiese dudado en comerse a su hija, como no dudó en matar a su madre para sobrevivir o entregar a la misma Anna a Ígor a cambio de su vida.

Una vez vio a una chica a las afueras de Varsovia. No era demasiado alta, pero se parecía a Irina, con su mirada directa y desafiante, el rostro alargado, la boca prometedora. Una mata de pelo larguísima le cubría media espalda. Elías le pagó para acostarse con ella y durante muchas horas estuvo cubriendo aquel rostro parcialmente con el cabello, dejando a la vista sólo uno de aquellos ojos de mirada misteriosa. Comprendió entonces que buscaba en todas las mujeres a Irina hasta un extremo casi enfermizo. Dotaba a su fantasma de carne y se entregaba a una danza mutua de posesión obsesiva, hasta llegar a atemorizar a sus amantes, que siempre terminaban huyendo del papel que él les otorgaba. Y a continuación llegaba el período de hundimiento, se avergonzaba de aquel juego que podía llegar a ser ridículo, y trataba de liberarse de ella, la repudiaba, la odiaba por hacerle sentir débil y se volcaba en el trabajo para demostrarle al mundo —a él mismo— que era libre de las ataduras de aquel recuerdo. Era entonces cuando se tornaba más imprevisible, más violento, más taciturno.

Ígor Stern era consciente de ello, y no dudaba en utilizarlo en su contra. Solía presentarse acompañado de Anna, que poco a poco se iba convirtiendo en una joven tan atractiva como lo fue su madre. Se parecía tanto a Irina que Elías tenía que apartar la mirada ofendido cuando Ígor la cogía por la cintura y la besaba en el cuello de un modo obsceno, pese a forzarla a llamarle papá.

—Sé lo que sientes, Gil. Te aterra tanto que ni siquiera tú te atreves a nombrarlo, pero lo veo en tu mirada, cuando la observas, creyendo que nadie puede verte. Te recuerda tanto a Irina que no puedes evitar desearla, aunque sólo sea para destruirla, para borrarla de tu mente, ¿verdad? Yo podría ofrecértela: ¿Te acostarías con ella? ¿Con su hija? Sin duda lo harías, y luego correrías hipócritamente a arrojarte al río desde un puente o te meterías el cañón de tu pistola en la boca. Porque eres débil, y

falso. No eres más que un héroe de barro, comandante.

—Podemos subir ahora, sorprenderle. Podemos matarle, Elías.

Elías Gil apartó el visillo de la ventana y contempló a través del amplio ventanal la fachada del hotel. La lluvia arreciaba y gruesos chorros de agua desahogaban por las canaletas. Los guardaespaldas de Ígor fumaban embutidos en sus trajes con aire malhumorado.

Ella estaría en la habitación. Tal vez desnuda, de rodillas frente a él, apenas una niña de mirada decidida, consciente de su suerte, pero no vencida, no sometida. Anna era como su madre, había nacido para ser libre y preservaría esa libertad a toda costa, aunque para ello tuviera que someterse a todas las vejaciones que Ígor pudiera imaginar. No la doblaría, Elías estaba seguro de ello.

—No podemos tocarle un pelo, Martin.

Fue la última frase que cruzaron. Martin abandonó el salón acristalado y ya en el exterior se volvió a mirarle con la mano firmemente aferrada a algo que sobresalía en su cinturón. Elías se dio cuenta de que era un grueso puñal. Ambos se miraron durante un instante a través del cristal empañado, hasta que el pelirrojo inglés pareció comprender que no podría acercarse siquiera a uno de los guardaespaldas sin que lo detuvieran antes. De repente, Martin sacudió la cabeza espasmódicamente, rompió a llorar con ambas manos pegadas al cristal y luego se alejó para siempre. Elías lo vio perderse bajo la lluvia de París, desconcertado y mustio, encorvado bajo su fachada de mendigo, cabizbajo, rumiando una pena que nadie sabría comprender nunca.

«Mejor así», pensó Elías, con pesar. No quería testigos para lo que ya había decidido hacer, tan pronto había visto aparecer a Ígor Stern.

—Necesito pensarlo.

Ramón Alcázar Suñer se había vuelto un funcionario altivo y severo de la embajada española en París. Supuestamente su misión consistía en velar por los intereses económicos de empresas españolas, pero en realidad su trabajo era vigilar de cerca a los comunistas españoles afincados en Francia y en dar caza a los que habían sido condenados por tribunales militares en España. Elías era consciente de ello, y desde que regresó a Francia, ambos habían puesto especial cuidado en evitarse para no verse comprometidos por una vieja amistad a la que uno y otro debían mucho. Se diría que su relación no había entrado en el rencor mutuo ni en el recelo pese a la violencia desgarradora que uno y otro habían sufrido a manos de los contrarios que cada cual representaba. En la distancia se apreciaban sinceramente y de un modo u otro habían logrado preservar lo mejor de aquellos viejos recuerdos de la infancia y la adolescencia. Pero la amistad era tibieza en aquel tiempo de

maniqueísmos: si alguien llegaba a descubrir aquella reunión, ambos se verían en serios apuros.

—¿Pensar qué? —protestó Elías, vehemente—: Te pongo en bandeja a uno de los agentes más importantes de la NKVD.

Ramón Alcázar observó meditabundo la calle desde la ventanilla de su coche, y alzó la mano con impotencia, como si su amigo le pidiera algo que quedaba totalmente fuera de su alcance.

—Lo que me pones en bandeja es una venganza que tú no puedes cumplir.

Lo era, sin duda. Y Elías miró a su amigo intentando hacerle comprender hasta qué punto odiaba a Ígor Stern y qué lejos estaba dispuesto a llegar por ese odio.

—¿Y a ti eso qué más te da? No imaginas lo que Stern es, cómo puede martirizar a un hombre, jugar con él sin destruirlo hasta que se aburre.

Ramón Alcázar expulsó el humo de su pitillo con violencia:

—¡No soy tu mamporrero, Elías! No creas ni por un minuto que puedes manipularme o utilizarme a tu antojo. Los agentes soviéticos no son cosa mía. Matar a Ígor Stern puede acarrearos serias represalias. —La mirada seca de Ramón Alcázar se suavizó algo antes de proseguir—. ¿Es por la niña? Te reconcome la historia de Názino, ¿no es eso? Hiciste cuanto estaba en tu mano por ayudarlas, Elías. Nadie puede culparte de lo contrario. Olvídate de esa muchacha, del pasado, de Stern. Vuelve a casa con esa guapa esposa que tienes, hazle el amor, ten hijos, disuélvete en una vida confortable y anónima.

Era una idea tentadora, desde luego. Pero ambos sabían que ni siquiera la tendría en consideración.

—Cada vez que veo a una muchacha que me recuerda a Anna, siento un sobresalto. Empiezo a seguirla por la calle, la observo durante días, sus hábitos, sus amistades, su familia. Me acerco, les hablo, y en su ingenuidad no tienen ni idea de lo que me pasa por la cabeza.

Ramón se recostó con impaciencia en el respaldo del asiento.

—No necesito que sigas por ahí.

—Pero yo sí lo necesito; tienes que entenderlo, Ramón. Al ver a esas muchachas me siento horrendo, como si su inocencia vertiera sobre mí toda la culpa de lo que le hice a Irina, y de lo que le habría hecho a Anna de ser necesario. Y las odio, odio sus rostros puros, y sus cabellos rubios y sus miradas de ángeles, las odio porque me acusan y quisiera borrarlas a golpes, desfigurar esos rostros que me hacen ver el de Irina hundiéndose en el fondo del río. Es para volverse loco... Y la causa de todo es Ígor Stern. Él sabe cómo me siento, comprende mi debilidad, y me tortura con ella; por eso, sólo por eso mantiene a Anna a su lado. Ella es el recordatorio del día en que di mi abrigo, y con él le entregué lo que me quedaba de hombre, mi dignidad.

Elías cerró los ojos, fatigado. Respiró con ansiedad, abriendo la boca como si en

el interior de aquel coche faltase el aire.

—Lo quiero muerto, Ramón. Y pagaré el precio que tenga que pagar.

—Será alto.

—No me importa.

—No lo entiendes, Elías. Si entras en esto, ya no podrás dejarlo. Te pedirán más cada vez. Habrás escapado de un fuego para caer en otras llamas igual de voraces.

Desde la aparición de Martín, Elías había tenido mucho tiempo para pensar. El recuerdo de Irina se había deformado de tal manera que en ocasiones la veía encarnada en Esperanza. Observaba a su esposa como una abeja yendo de un lado al otro de su colmena en el pequeño apartamento que habían alquilado y se preguntaba una y mil veces por qué no había vuelto a querer que ella se quedara embarazada, por qué seguía inventando excusas para no traer descendencia a este mundo. Y la realidad era que tenía miedo, un miedo atroz cuando imaginaba cómo serían sus hijos al crecer, si se parecerían a él o a ella, si heredarían el mismo carácter, los mismos silencios y esa violencia que día tras día crecía en él sordamente. En ocasiones se sorprendía mirándose al espejo sin el parche. Avizoraba la oscuridad de su cuenca vacía buscando una luz en esa noche y no la hallaba. Y entonces trataba de averiguar si su espantosa deformidad, el daño irreparable que Ígor le hizo y que simbolizaba ese ojo vacío sería hereditaria.

—Lo entiendo perfectamente —asintió.

Cuando el daño afloraba, había que asumirlo, aceptar que tanto sufrimiento había destrozado para siempre una parte de su alma. Ya no era quien soñó su padre, sino el hombre en que otros hombres le habían convertido. De acuerdo: que pagasen por ello.

Extrajo un documento doblado en dos partes y se lo entregó a Ramón Alcázar Suñer. Era una lista detallada de nombres y direcciones donde la gendarmería francesa podría detener a miembros del PCE con delitos de sangre que eran reclamados por España. Seis nombres condenados a ser borrados por una venganza en la que no tenían más culpa que la de haberse cruzado entre Elías Gil e Ígor Stern.

—Cuando se sepa que ha habido una filtración desde dentro, me las apañaré para que el Partido me encargue la investigación. Daré con algún responsable —dijo con frialdad, y añadió que necesitaría una compensación.

—¿Qué clase de compensación?

Elías Gil le pasó a Ramón Alcázar otra nota.

—Ese hombre es un torturador profesional. Ha matado a varios de nuestros compañeros, y sé que vive aquí, bajo la protección de la embajada. Necesito apuntarme un tanto que evite sospechas o que las aleje de mí. Después, me las apañaré para que me manden a España. Cuando esté allí, tú te encargarás de que Ígor Stern desaparezca para siempre.

Ramón Alcázar asintió en silencio, y se mantuvo así largo rato, mirando a su

amigo como si no lo conociera, a medio camino del asombro, la repugnancia y la tristeza.

—Casi preferiría que no lo hicieras, que no te convirtieras en esto.

El ojo de Elías centelleó de ira. ¿Cómo podía exigírsele que mantuviera la dignidad después de enviarlo al fondo de toda la depravación posible? ¿Qué esperaba?! ¿Que fuese un enemigo honesto? ¿Lo había decepcionado? ¿Qué lástima! Hacía ya mucho que el resto de la humanidad lo había decepcionado también a él.

No eran héroes, sólo eran hombres mezquinos, confusos, asustados.

—Quiero a ese torturador, no es nadie para ti: tenéis mucha cantera, y a mí me irá bien como coartada.

Ramón Alcázar miró la nota. Apenas conocía a ese hombre, tal vez lo había visto un par de veces y desde luego no le resultaba simpático. Al parecer, eso era motivo bastante para inclinar el pulgar hacia abajo. Sin saberlo, aquel nombre ya estaba muerto, quizá aún paseaba por París admirando la estructura de Notre Dame u observando con melancolía las riberas del Sena. Pero estaba muerto, y Ramón se sonrojó ante la facilidad con la que acababa de disponer de una vida.

—Te diré dónde vive y cómo puedes emboscarlo.

Cinco minutos después, Elías salió del coche y se cubrió con el abrigo. Llegaba el frío a París y con él la impresión de que todo quedaba quieto, casi muerto.

—Otra cosa más —le pidió a Ramón—: Cuando Stern muera, asegúrate de que lo hace sabiendo que soy yo quien lo manda al infierno.

Ramón Alcázar asintió nuevamente, observando la lista de nombres que Elías estaba dispuesto a sacrificar para cumplir su venganza.

—¿No te importa lo que les pase a tus camaradas, a sus familias? Todavía estás a tiempo, Elías. Puedo quemar esta lista y olvidar que nos hemos visto.

Elías apretó los dientes y miró con fijeza a su amigo.

—¿Y yo, Ramón? ¿Puedo yo quemar mis recuerdos y fingir que nunca los he vivido?

—Te odiarás siempre por esto, lo sabes, ¿verdad?

Elías Gil se embozó el abrigo y se despidió de su amigo. Sí, se odiaría siempre por esto, pero no era algo nuevo. El desprecio hacia sí mismo le acompañaba desde el día que golpeó a Irina para no ahogarse en aquel río de Názino.

Barcelona, noviembre de 2002

El edificio recién inaugurado era de una blancura nuclear que contrastaba vivamente con los colores terrosos de las fachadas, entre las que aparecía encajado. La arquitectura abierta permitía una vista magnífica de las salas interiores bañadas por el sol. El mobiliario escaso y de una cierta neutralidad invitaba al bienestar. Gonzalo tuvo que reconocer que su excuñado era un arquitecto con estilo. Parecía diseñar espacios diáfanos y ligeros que encajaban con su personalidad elegante y discreta.

Los invitados a la inauguración se habían reunido en una de las terrazas superiores, creada gracias a la desaparición de la crujía que se asomaba a la plaza. Desde aquel espacio amplio y lúdico podía admirarse buena parte del casco antiguo de la ciudad, las altas torres de la catedral y las azoteas de los edificios viejos del Raval. Un pequeño ejército de camareros impolutos se confundía con el blanco de las paredes, esperando la señal del anfitrión para iniciar el desfile de bandejas, canapés y copas de cava. Sonaba una agradable música de fondo; Gonzalo escuchó atentamente y dedujo que era una pieza sacra de Bach. Muy propio de Luis.

Su excuñado había elegido aquella mañana un traje de tono neutro sin corbata, reflejo de una actitud que no caía en la desmesura pese a los encendidos elogios, proporcional al impacto visual que causaban, a la par, el edificio y su creador. Que alguien hubiera decidido bautizar la construcción como edificio Aldo Rossi, el genial arquitecto italiano, era un exceso de orgullo que no podía achacarse a Luis.

—¡Gonzalo, qué sorpresa!

Gonzalo no vio nada anormal en aquella mirada de sincera sorpresa, ni en el modo decidido y amistoso de Luis al estrecharle la mano.

—Leí en el periódico que inaugurabas este edificio y pensé que sería una buena ocasión para acercarme a saludarte.

Su excuñado asintió lentamente pero un ligero matiz de duda asomó en sus ojos, que casi imperceptiblemente se volvieron más indagadores y desconfiados.

—Acabamos de aterrizar. Pasaré la mañana aquí pero a última hora volvemos a Londres. —El plural incluía a una rubia de casi dos metros y cintura de avispa embutida en un elegante vestido perla a juego con los zapatos. Luis la atrajo delicadamente del brazo y se la presentó a Gonzalo. Se llamaba Erika y era la novia inglesa—. Vamos a casarnos en un mes —dijo, y sonó extrañamente, como una coartada.

Gonzalo intercambió unas palabras de cortesía con la chica en inglés, brindaron y ella se retiró discretamente.

—Esperaba que pudiéramos tener una conversación tranquila —aventuró Gonzalo, apartándose a un rincón de la gran terraza.

Luis le sonrió cortésmente y le entregó una copa de cava cazada al vuelo de una bandeja. Su amabilidad debía ser compartida con quien pasaba cerca.

—No es el lugar ni el momento para esa clase de conversación, como puedes ver. Y la verdad es que tengo la agenda un poco apretada.

Gonzalo apuró la copa de cava y buscó un cigarrillo. Estaba viviendo los días más exasperantes y desdichados de su vida, pese a que trataba de mantener la calma. A veces tenía la impresión de estar sumido en una larga y agobiante pesadilla, y esa irrealidad le ayudaba a sobrellevarlo mejor.

—Creo que los dos sabemos que deberías encontrar un hueco en esa agenda tuya. O puede que debas conceder tu tiempo a la policía, Luis.

Su excuñado tuvo el buen gusto de no obsequiarle con una parodia de la incredulidad ni con alguna frase estúpidamente balbuceada. Se limitó a entrecerrar un poco el puño derecho, y no lo hizo de modo amenazante sino como un gesto inevitable. Una advertencia elegante, amistosa. Así hacía él las cosas.

—Supongo que debería decirte lo que siento o pienso ahora.

Gonzalo apuró el pitillo.

—Me interesa poco lo que puedas sentir o pensar ahora mismo, la verdad. Te esperaré dentro de diez minutos en la plaza que hay al otro lado de la manzana. Si no apareces, iré a la policía.

Poco después, ambos estaban sentados frente a frente en un tugurio maloliente, con el ruido de las máquinas tragaperras de fondo. Destacaban como dos manchas extravagantes entre los pequeños delincuentes del barrio que solían encontrarse en aquella barra grasienta.

—No consigo entenderte —dijo finalmente Luis, sin dejar de mirar largamente a Gonzalo. Su expresión amable era ahora oscura, profunda y misteriosa.

—Eso mismo debería decir yo. He visto la cinta, Luis. Estabas allí el día en que me agredió Atxaga, y me robaste el ordenador de Laura. Todo estaba ahí delante, desde el principio. Era tan evidente que no podía verlo. Y no me di cuenta hasta que escuché varias veces el mensaje de Siaka.

Luis sonrió.

—Muy hábil lo de introducir el nombre de Aldo Rossi. Es un chico despierto, y muy inteligente, pero nunca se le habría ocurrido darte esa pista si yo no se la hubiera apuntado. Tenía la leve esperanza de que al obligarle a hacer esa llamada y mencionar al maestro italiano, pudieras atar cabos.

—¿Querías que te encontrase?

Luis se encogió de hombros, como si aquello no fuese con él. Llevaba tiempo

preguntándose cómo y cuándo acabarían aquellas desesperadas ansias de escapar de todo, cuánto tardarían los hombres que asesinaron a su hijo y destrozaron su matrimonio en averiguar que fue él, y no Laura, quien torturó y mató a Zinóviev.

—No soy un asesino, después de todo. No tengo el temple necesario. No me compensa el sufrimiento que causo ni el que soporto. Supongo que estoy buscando un modo de acabar con todo.

Gonzalo trató de imaginar por lo que aquel hombre debía de haber pasado desde la muerte de su hijo. Vestido siempre de luto, cuando decidió marcharse a Londres, donde se encerró entre los brazos de aquella guapa novia suya para olvidar a la mujer que había amado. Contemplaba ahora la evidencia tras la fachada de hombre triunfador: se consumía de tristeza, quizá de vergüenza, solo, incapaz ya de reparar el daño causado.

—Cuando Alcázar fue al apartamento de Laura para acusarla del asesinato de Zinóviev, ella ya sabía que fuiste tú. Pero te protegió.

—Se lo dije yo mismo. Quería que viera en qué me había convertido su tozudez, su egoísmo. Quería acusarla de transformarme en un monstruo. La esperé durante horas sentado en el viejo sofá, con las manos ensangrentadas y la pistola de clavos encima de la mesa. Cuando ella entró por la puerta, no necesité explicarle lo que había hecho.

Bajo una luz difusa, fueron reviviéndose en la memoria de Luis aquellas escenas de horror, lo que le dijo a Laura.

—Le dije que iba a entregarme, pero ella me convenció de que no lo hiciera. Su cabeza empezó a pensar con suma rapidez, y decidió que debía marcharme del país, volver a Londres, fingir que no tenía nada que ver con aquello. Podría pasar por un ajuste de cuentas entre mafiosos, eso era algo habitual... Laura sabía cómo funcionan las mentes de los investigadores y de los jueces. Después me di cuenta de que ella, mejor que yo, comprendió que tarde o temprano me iban a atrapar. Si no lo hacía la policía lo haría la Matrioshka. Laura sabía que no podría soportar ir a la cárcel y que nunca sería capaz de enfrentarme a esa gente... Así que me proporcionó la coartada perfecta... Cuando me enteré de su suicidio, supe que nadie vendría a pedirme cuentas. Ella se las llevó todas consigo... Hasta que apareciste tú con tus sospechas, encontraste su ordenador y decidiste pedir que se reabriera el caso.

Gonzalo parpadeó levemente para observar a Luis con una mirada que parecía querer hipnotizarle pero se estrellaba contra la tozuda evidencia de su rostro calmo, sus modales exquisitos, su contención y su apuesta sonrisa. Apenas había convertido su expresión en una delgadísima línea cosida a la pared amarilla del tugurio, adoptando un aire de desamparo del que ni siquiera era consciente. Y ese mismo hombre, amable, educado, sensible, era también este otro que le hablaba como si estuviera en otra parte de asesinatos, torturas, muertos. Probablemente, ni siquiera

Luis comprendía las razones por las que había actuado de aquel modo, todo fue muy rápido y cuando cesó el loco impulso que lo desquició, Zinóviev era un amasijo de carne entre sus manos temblorosas. Su mente se cubrió con un velo oscuro e impenetrable a cualquier forma de piedad o de explicación. Sólo pensaba en hacerle daño al asesino de su hijo, en arrancarle cada porción de vida del modo más doloroso posible. No pudo, no supo o no quiso frenar aquella orgía que duró horas. Cada vez que la voz ronca y profunda de Zinóviev gritaba implorando clemencia, algo le ordenaba ser más cruel con él.

—¿Por qué me robaste el ordenador de Laura? ¿Temías que algo pudiera incriminarte?

Luis se alisó el cabello con calma, como si la disciplina y el autocontrol fueran lo único importante en aquel momento crucial.

—Cuando supe que ibas a pedir que se reabriera el caso de Zinóviev y Laura, imaginé que de algún modo te habías hecho con el ordenador. Fue cuestión de seguirte, de esperar. No tenía ninguna intención de entorpecer la investigación, aunque cabía la posibilidad de que acabases descubriendo que Laura no mató a ese hombre. Pero decidí correr el riesgo. Necesitaba saber quién era el cómplice de Zinóviev, el que lo acompañó al lago aquel día que murió mi hijo. Tenía que cerrar ese círculo. Y esa información estaba en el ordenador. Pensé que si seguía enviándote los archivos mantendrías tu palabra de llegar hasta el final con la investigación, pero de repente me di cuenta de que Alcázar y tu suegro te habían convencido para que retrocedieras. Así que decidí pasar a la acción.

—¿Qué vas a hacer con Siaka?

—Todavía no lo he decidido. Necesito tu ayuda, por eso le obligué a dejarte ese mensaje en el contestador... ¿Qué crees que debería hacer?

Gonzalo fue taxativo.

—Mataste a un hombre y has secuestrado a otro. Si matas a Siaka, ellos habrán ganado, Luis. Sin su testimonio directo, todas las pruebas aportadas por Laura serán circunstanciales. Será nuestra palabra contra la suya, y jamás se hará justicia. Tienes que dejarlo libre, devolverme el ordenador y entregarte a la policía.

Luis se acarició el dorso de las manos con cuidado, siguiendo el perfil de sus nudillos y las venas. Sabía que las cosas habían llegado ya a un punto sin retorno. Cabían pocas posibilidades de regresar a Londres con la guapa Erika, casarse y volver a un nuevo proyecto de vida ordenada y feliz. De un modo u otro fracasaría, como había fracasado con Laura. Aquellos años con Roberto fueron una bonita ficción. Bonita e irrepetible.

Ya no volvería a sentir nada, absolutamente. Se había dado cuenta mientras torturaba a Siaka. No fue como con Zinóviev, brutal, tosco e impulsivo. Se había vuelto más refinado, había encontrado el gusto por el juego, la finta, la esperanza y la

desesperanza, insuflarle terror y al instante siguiente permitirle algo parecido a la piedad. Y con todo, lo que le había hecho comprender su verdadera naturaleza, era la ausencia de excusas. Por fin se había liberado; no hacía aquello en venganza por la muerte de Roberto ni de Laura, al menos no más allá de ese primer impulso que era como una frágil carcasa. Lo hacía por él mismo, y si bien podía asegurar que no disfrutaba infligiéndole dolor a aquel muchacho, tampoco experimentaba el más leve remordimiento. Simplemente necesitaba esa suerte de justicia y de orden universal, donde las cosas tienen su contrapunto.

Negó con la cabeza.

—Si hago lo que me pides, uno de los asesinos de mi hijo quedará libre. Llegará a un acuerdo con el juez, le darán otra identidad, dejarán que se marche... Y yo tendré que ir a la cárcel, porque se sabrá que fui yo quien mató a Zinóviev.

—Es posible —asumió Gonzalo.

—Y todo esto, ¿para qué? ¿Crees realmente que valdrá la pena? ¿Se cumplirá el deseo de tu hermana de ver a la Matrioshka disuelta, Alcázar y tu suegro pagarán por sus tejemanejes de estos años? ¿O quedarán todos impunes?

—Con las pruebas del ordenador de Laura y el testimonio de Siaka, ninguno de ellos quedará impune, te lo garantizo.

—Y aunque todos ellos pagaran su deuda, ¿no saldrían mil Matrioshkas más? ¿No era contra la maldad por lo que luchaba Laura? ¿Con el ánimo absurdo de vencerla? Lo que Laura nunca comprendió es que no puede vencerse a lo que vive en cada uno de nosotros. Y resulta que la maldad está en lo más profundo de nuestra naturaleza, ¿no te parece? Ella murió por nada, como mi hijo, y tú me pides que yo me arroje al altar de los sacrificios para nada. No cambiarán las cosas, nunca.

¿Qué era lo que decía su padre? ¿Aquella frase muda que Gonzalo tenía que recordar en sueños para salvar a Laura, y que siempre afloraba a sus labios demasiado tarde?

—La primera gota que cae es la que empieza a romper la piedra.

Luis lo miró de soslayo.

—Una idea un poco genérica. Tal vez apropiada para los pacientes, pero ni tú ni yo tenemos toda la eternidad para ver desmoronarse el edificio.

—Era una frase que decía mi padre. Cada uno elige las batallas en las que luchar y vencer, Luis.

Luis carraspeó, se puso en pie y pidió la cuenta.

—¿Y qué batalla has elegido librar tú?

Gonzalo se quedó pensativo. Pensó en aquel sueño tan vívido, repetido machaconamente a lo largo de su vida.

—La misma que mi hermana...

—¿Y entonces?

—Puedo ayudarte, Luis. Necesitas un buen abogado. Podríamos encontrar muchos atenuantes, pero tienes que acabar con esto. He venido a acompañarte a la policía. Si no lo haces voluntariamente, te denunciaré y vendrán a buscarte.

Luis le dijo al camarero que se quedase con la generosa propina. Sonreía plácidamente, como siempre, seguro de sí mismo, sin ser una amenaza para nadie.

—Es una pena oírte decir eso, Gonzalo. Verás, yo tengo otro modo de ver las cosas, te he escuchado, y aunque entiendo tus razones, no son las mías. Por otra parte, creo que has cometido un grave error de cálculo: no me conoces apenas, y te has presentado aquí amenazándome; y eso es algo que no puedo permitir. En realidad, hay otra razón por la que dejé que ese negro te mandara el mensaje.

La mayor parte del tiempo, Siaka permanecía en una especie de estado sonámbulo, como un feto flotando en formol, fuera de la realidad que suponía aquella inmensa habitación que tan pronto era una sala de torturas como se transformaba en una estancia desde la que contemplar el mar y dejarse llevar por la melancolía. Al despertar, el joven advirtió que Luis le había arrancado la ropa, rociándole luego con agua. Estaba tiritando y el frío le calaba hasta los huesos. Se dejó resbalar hasta quedar en el suelo con la espalda apoyada en la pared y la cabeza inclinada hacia arriba.

Debía de tener la nariz rota y en esa postura le resultaba algo más sencillo respirar. Se palpó los pómulos hinchados como pelotas de tenis, mordiéndose los labios para no gritar de dolor. Compadecerse de sí mismo era una pérdida de tiempo y de energías. Y las necesitaba todas para sobrevivir. Desde que recibió el primer golpe no existía posibilidad alguna de volver atrás; sus opciones de salir de allí con vida, tal y como lo veía, se limitaban a dos: o Siaka terminaba con Luis o aquel demente acabaría con él. Y esa idea, hallar el modo de cogerle con la guardia baja, lo obsesionaba como un cincel y un martillo: ideaba planes locos, los deshacía y volvía a idearlos. Sólo tendría una oportunidad.

Entretanto, tenía que resistir, y para ello la sumisión no era una opción válida. Conocía ya la manera de actuar y de pensar de Luis, y sabía que en el momento que suplicara por su vida estaría muerto. Eso fue lo que hizo con Zinóviev, torturarlo, masacrarlo hasta que éste le suplicó que terminara el tormento. Sólo entonces lo dejó morir, y pudo sentirse magnánimo. Perdonarle y ejecutarle. Pero Siaka no pensaba morir, y por tanto no pensaba rogar. Lo único que tenía que hacer era dejar la mente en blanco, narcotizarse con el dolor y no ceder a las debilidades que Luis ponía a su alcance: aquellas historias de vacaciones con Laura, recuerdos de Roberto para ablandarle, para forzar sus lágrimas y que emergieran aquellas palabras: perdóname.

No, debía involucrarse en el dolor, como aprendió a hacer de niño cuando lo secuestraron y lo entrenaron en la milicia o del mismo modo que podía soportar las

violaciones de Zinóviev y sus macabros números para clientes degenerados y ricos. Sólo así había salido adelante, dejando de pensar. Y sólo así podría salir de ésta.

Oyó la cerradura tras la puerta y su cuerpo se preparó para otra sesión de baile.

Luis apareció en el umbral y lanzó una mirada rápida alrededor. Luego se concentró brevemente en Siaka y le sonrió amistosamente.

—Alguien quiere saludarte.

Se volvió hacia la puerta y empujó a Gonzalo hacia dentro.

Gonzalo penetró en la habitación con cautela. El corazón se le encogió al ver el abultamiento en que se había convertido Siaka. Se volvió hacia Luis y lo miró con desprecio.

—¿Cómo has podido hacerle eso a alguien?

Luis observó atentamente a Siaka, como si lo viera por primera vez, y asintió.

—No tengo mucho tiempo, Gonzalo. Y necesito estar seguro de tu lealtad.

Caminó hasta Siaka, sacó una pistola y le apuntó a la cabeza.

—Este cabrón traicionó a tu hermana, ella confió en él, y no dudó en utilizar esa confianza para secuestrar a mi hijo y entregárselo a su asesino. Y tú te preocupas por él. ¿Qué clase de hermano eres tú?

Gonzalo se alarmó.

—¿Qué vas a hacer?

Siaka se puso en pie lentamente, mirando fijamente el cañón de la pistola. Incomprensiblemente, remontó la mirada hasta el rostro de Luis y lo desafió.

—El abogado tiene razón. Si me matas, la Matrioshka gana. Pero creo que eso, pese a toda tu palabrería sobre lo mucho que querías a Laura y a tu hijo, te trae sin cuidado. Así que si vas a matarme, hazlo ya, pero no esperes que me ponga de rodillas.

El dedo de Luis se tensó sobre el gatillo, lentamente el martillo retrocedió.

—Luis, no lo hagas...

—No lo haré, a menos que tú me digas que lo haga.

—¿Estás loco? Yo no voy a decirte que mates a un hombre.

El martillo percutió el vacío, como un chasquido decepcionado. No hubo disparo ni proyectil. Luis golpeó con la culata la cara de Siaka y se volvió con rabia hacia Gonzalo, apuntándole.

—La próxima vez, habrá una bala. Volveré a hacerte la pregunta. Y si tú la rechazas, se lo preguntaré a él y te apuntaré a ti. Y repetiré la alternancia hasta que uno decida que el otro muera.

Gonzalo miró a aquel hombre que ahora era un desconocido con una expresión de horror estupefacto.

—¿Por qué haces esto?

Luis sonrió con malicia y se encogió de hombros.

—Una vez, tu hermana me habló de cierta mujer y de su hija, que vuestro padre conoció cuando era joven. Seguro que sabes de quién te hablo. Alguien empujó a tu padre a una dicotomía irresoluble: el héroe y sus virtudes contra el hombre y sus necesidades. Venció el monstruo, tu padre tomó su elección: vivir... Yo también he elegido la batalla en la que quiero luchar, y lo hago a mi manera. He visto cómo me mirabas en el bar: tú eres el abogado virtuoso, el buen hijo de Elías Gil, y yo soy un enfermo cruel y sádico. Tu causa es la buena, la mía es la mala... ¡Me asquea tu escala del mundo, abogado! Y pienso demostrarte que tú no eres mejor que yo. Ni mejor de lo que fue tu padre. Antes de cuarenta y ocho horas me pedirás que dispare a Siaka o él me pedirá que te dispare a ti.

A Miranda le encantaba bailar al son de Compay Segundo y sus Muchachos. Había algo en esa música que le traspasaba la piel y la alejaba de las preocupaciones. Al menos, mientras no se encendieran las luces de la sala podía danzar, cerrar los ojos y soñar que seguía siendo una muchacha agarrada a su madre entre los tenderos de su vieja casa en La Habana, girando sobre sí misma entre las sábanas desgastadas de algodón, con el olor de la yuca y el jabón de piedra impregnándolo todo.

En ese estado de felicidad quebradiza se encontraba cuando salió de la sala de baile, sudorosa, cansada pero con la ligereza todavía hormigueando en los talones. Se apoyó en el capó de un coche en el aparcamiento para aliviarse los dedos. Ya no tenía veinte años y los zapatos tan apretados de tacón fino la martirizaban. Luego buscó en el bolsito de lentejuelas baratas la cajetilla de pitillos.

—¿Quieres fuego?

Oyó esa voz acariciándole el vello de la nuca y sintió ganas de echarse a llorar. Lentamente, sus ojos buscaron ayuda. Estaba sola en el aparcamiento, y las luces de la sala de fiestas eran como un faro inalcanzable para un naufrago. Sabía que aunque gritase, nadie podría acudir en su ayuda a tiempo.

Floren Atxaga también lo sabía, pero por si acaso decidió no correr riesgos. No era cosa de que algún entrometido echase al traste sus planes. Con la mano derecha agarró del cuero cabelludo a Miranda y tiró hacia atrás. Con la mano izquierda le vertió en la cara la botella de ácido.

El tipo era alto y guapo, parecía fabricado en una de esas agencias de publicidad. Alcázar lo recordaba bien.

—Qué casualidad, Luis.

Se acababan de tropezar en el vestíbulo del despacho de Gonzalo. En un primer instante, el exmarido de Laura no le reconoció, o eso hizo creer. Pero enseguida pareció recordar y le estrechó con franqueza la mano, añadiendo de regalo una

sonrisa amplia y refrescante.

—Hola, inspector.

Alcázar sintió una punzada de envidia ante aquel cuerpo fibroso y bronceado. Luis era de una especie que no parecía humana. Ni un gramo de grasa, ni una impureza en la piel, ni un cabello fuera de su sitio. Era para deprimirse. Como una pequeña muestra de autocomplacencia, el exinspector no le sacó de su error. Al menos, eso le daba cierta preponderancia.

—¿Qué te trae por aquí?

Luis no tuvo inconveniente en responder con rapidez sospechosa que estaba de paso en Barcelona y que había pasado a saludar a Gonzalo. Por desgracia, su ayudante le había dicho que no estaba allí.

Eso era un inconveniente, pensó Alcázar. Se despidió de Luis y se acercó a la mesa de Luisa. No necesitaba presentarse, él y la ayudante de Gil ya se conocían y no se caían demasiado bien.

—¿Qué quería?

Luisa miró hacia el pasillo por el que se alejaba Luis.

—¿Ese tío buenorro? Que me acueste con él, pero le he dado calabazas.

—Muy graciosa... ¿Qué quería?

Luisa le lanzó una mirada astuta. Quizá comparaba su aspecto regordete, la piel arrugada, el respirar lento de los búfalos con el equilibrio perfecto de aquella naturaleza felina que había dejado en el aire su rastro de colonia.

—Eso es secreto de cliente a abogado.

Alcázar dejó caer las manos en el escritorio de Luisa como si acabase de tirarle un pescado muerto.

—No tengo tiempo para memeces, guapa. ¿Dónde está tu jefe?

—No está aquí.

Alcázar encogió el labio y su mostacho se levantó mostrando un colmillo sucio.

—¿Cuánto hace que no pasa por aquí?

—Un par de días.

—¿Te ha llamado o has sabido algo de él?

La mirada grave de Alcázar empezaba a alarmar a Luisa, que se dejó de bromas.

—No, y la verdad es que no suele desaparecer sin dejar noticia. Al menos me llama para avisar de que no vendrá o que llegará tarde... ¿Ocurre algo?

Con más brusquedad de la necesaria, Alcázar pasó por delante de la mesa de Luisa y entró en el despacho de Gonzalo sin atender a las protestas de la ayudante.

—Ya le he dicho que no está aquí.

El despacho estaba vacío, efectivamente. Pero flotaba algo en el aire que los filamentos del mostacho de Alcázar captaron.

—Él ha estado aquí —enfaticó el pronombre.

—¿Se refiere al guaperas?

Alcázar asintió. El olor de la colonia de Luis lo impregnaba todo.

—Sólo me despisté un momento —se azoró Luisa—, fui al baño y cuando volví lo encontré aquí. Estaba sentado en la silla de Gonzalo, se disculpó amablemente, dijo que la puerta estaba abierta, que esperaba poder hablar con él... Tuve una sensación extraña...

—¿Qué sensación?

Luisa hizo un gesto con la mano, como si espantase una idea absurda.

—Nada importante, pero tuve la impresión de que había estado figoneando. Gonzalo tiene una forma muy peculiar de ordenar los papeles, y al entrar los vi ligeramente movidos.

Alcázar anotó mentalmente que tal vez debería tener alguna conversación con el ex de Laura. Pero no era ésa la razón por la que ahora estaban allí.

—Gonzalo no está en su apartamento, y tampoco ha pasado por el hospital a ver a su hijo. Lola dice que no lo ha visto desde hace dos días.

Luisa asintió, luego torció el gesto pensativa.

—No es asunto mío, pero tiene una amiga, Tania.

Alcázar tensó la mandíbula. Ya lo había comprobado, ni en el Flight, ni en la librería de Anna o en el estudio de Tania lo habían visto.

—Creo que es importante que lo sepas. Floren Atxaga ha atacado esta noche a su exmujer. Le ha destrozado la cara con ácido a la salida de una discoteca. —Luisa puso cara de consternación, pero Alcázar no le permitió decir nada—. Ella se recuperará, aunque no su rostro. Antes de marcharse, Atxaga le dejó un recado para Gonzalo. Dijo que a él no iba a desfigurarle, si no a terminar lo que empezó en el aparcamiento. Es poco probable, pero podría venir aquí; por si acaso, he puesto a un hombre armado en el vestíbulo, y tendrás que estar atenta... Deja de temblar... ¿Me estás escuchando?

—¿Cree que ese hijo de puta tiene a Gonzalo?

Alcázar lo descartó, al menos de momento.

—Su amenaza es de anoche, y parece que Gonzalo desapareció hace un par de días. ¿Crees que podrás reconocer a Atxaga si aparece? Puedo hacer que te envíen por fax su fotografía.

Luisa negó rotundamente.

—Lo reconocería inmediatamente. Lo he visto unas cuantas veces en la cinta de la agresión. —Sorprendida por la rapidez de su lengua, se sintió insegura y arrepentida de lo que acababa de decir.

Alcázar la miró con intención penetrante.

—¿Por qué razón has visto esa cinta tantas veces?

Luisa trató de eludir el cerco de esa mirada, pero Alcázar no la dejó escurrirse. La

presionó hasta que le contó la verdad.

—Gonzalo me pidió que le consiguiera discretamente una copia. Estaba obsesionado con el ordenador de su hermana y pensaba que en esa cinta estaba la clave.

—Ahí no hay nada, yo mismo la he repasado minuciosamente.

—Puede, pero creo que Gonzalo ha encontrado algo... La última vez que vio esa cinta fue precisamente hace dos días, aquí, en su despacho.

—¿Dónde la guarda?

—En la caja fuerte.

—¿Sabes la combinación?

Luisa asintió. Gonzalo no tenía buena memoria para las series numéricas: apenas recordaba su número de teléfono o el del documento de identidad, así que había recurrido a una fecha fácil de recordar:

—23.06.1967.

Alcázar meneó la cabeza con resignación. La fecha en la que Elías Gil desapareció en el lago.

Aplicó la serie numérica en el contador digital. Abrió la portezuela y encontró algunos documentos, contratos, pero ninguna grabación.

—Estaba aquí, yo misma le vi guardarla.

—¿Y quién ha entrado aquí desde entonces?

Luisa se quedó pensativa. El aroma de la colonia de Luis ya empezaba a diseminarse, entremezclado con el olor a tabaco de la ropa del exinspector.

El portero puso algunos peros y de modo educado le pidió que volviera a mostrarle la credencial de policía que Alcázar le había enseñado demasiado deprisa.

—Dame la llave de una vez si no quieres que te meta un paquete —replicó el exinspector con una contundencia estudiada para vencer reticencias.

El portero se amilanó, entregándole la copia de seguridad del apartamento.

Todo estaba en silencio, y era como si siempre hubiera de permanecer así. Lo dicho en aquellas estancias, lo ocurrido entre aquellas paredes se esfumaba para los ojos y los oídos extraños.

Gonzalo era una persona metódica, se diría que aséptica. Cada cosa ocupaba su lugar y no había nada superfluo. En realidad allí se respiraba el orden precario de algo a medio hacer. No se mostraban muchos recuerdos personales, apenas algunos libros, pocas fotografías y los muebles aparecían aislados, a la espera de una cobertura más acogedora. Podía tratarse del zulo de un fugitivo, de un piso franco o de un despacho poco visitado. Todos esos espacios respiraban idéntica vocación de paso. Un cuadro inacabado, apenas trazados los primeros esbozos de ¿una nueva vida? ¿Pensaba trasladarse allí definitivamente? ¿Lo pensaba hacer solo o con Tania?

Habían pasado algo más de seis meses desde la muerte de Laura, un tiempo en el que Alcázar había podido comprobar cuánto se parecía Gonzalo a ella a pesar de ser en apariencia tan diferentes.

Se dijo que le habría sido fácil entenderse con Gonzalo en otras circunstancias, mucho más de lo que le había resultado con el carácter iracundo y combativo de Laura. Y sin embargo, ambos eran hijos de Elías Gil, de eso no cabía duda. Puede que Gonzalo tuviera una apariencia más sosegada y propicia, como su madre, pero debajo de esa pátina se adivinaba a un Gil. El viejo Cíclope podría sentirse orgulloso de su vástago. Tan tozudo como él. Si algo odiaba el abogado era que trataran de manipularlo o atraparlo, y tanto Alcázar como Agustín González habían caído en el error de subestimarlos.

Tal vez, a juzgar por lo que el exinspector acababa de descubrir al repasar la grabación del día que agredieron a Gonzalo, ese error de cálculo podía costarles muy caro. No quedaban dudas de que Luis fue quien robó el ordenador. ¿Con qué finalidad? La respuesta estaba ahí, parpadeando en el contestador automático de Gonzalo. Quería a Siaka. Gonzalo debió de descubrir la presencia de su excuñado en la cinta después de escuchar el mensaje. Y si Luis había robado la cinta de su despacho aquella misma mañana, casi en sus narices (y eso enfurecía a Alcázar), fue gracias a que tenía la combinación de la caja fuerte. Cómo la había obtenido parecía lógico: Gonzalo se la había dado, y mucho se equivocaba o el abogado no lo había hecho voluntariamente. Tenían un acuerdo y Alcázar estaba convencido de que Gonzalo no iba a romperlo a menos que se viera forzado. La protección y la inmunidad de Javier a cambio de Siaka, del ordenador y de olvidarse de la Matrioshka.

Sin embargo, la aparición de Luis era una variable que cambiaba toda la ecuación. Su actitud resultaba desconcertante. Por un lado robaba el ordenador y secuestraba a Siaka, con lo cual invalidaba cualquier investigación sobre la Matrioshka. Pero por otro, no dudaba en enviar informes al fiscal y en hacerle saber a Gonzalo que tenía al testigo de Laura en su poder.

Gonzalo estaba en lo cierto. Laura no pudo matar a Zinóviev, y ahora el abogado ya tenía pruebas de ello. Era tan testarudo que posiblemente había intentado convencer a Luis de que se entregara. Podía imaginárselo y casi le entraba la risa. Ese hombre nunca había sabido en qué mundo vivía, era un maldito idealista: habría apelado al sentido de la lealtad de Luis, a la memoria de Laura, a mil triquiñuelas sentimentales.

Pero Luis había sufrido la muerte de su hijo, y contra eso no había embustes ni marrullerías que sirvieran. Aquel tipo elegante iba a hacer saltar la banca por los aires, y no sabía de qué modo.

Podía sentarse y esperar. Los acontecimientos jugaban a su favor, y eso es lo que

le habría aconsejado Agustín González sin dudar. Dejarlos que se destrozasen y pasar luego con el recogedor. ¿Qué importaba si Luis terminaba asesinando a Siaka y a Gonzalo? Eso les beneficiaba y satisfacía los intereses de la Matrioshka. No tendría más que esperar, y luego hacer que alguien diera caza discretamente a Luis dentro de unos meses, cuando todo se hubiese calmado. Un fatal accidente que nadie pudiera asociar a las muertes de Siaka y Gonzalo.

Entonces, ¿por qué descolgó el número de Anna Ajmátova y le dijo que tenían que hablar?

—Dentro de treinta minutos, en la librería —fue la seca respuesta.

Alcázar se quedó con el teléfono en la mano unos segundos, renegando con la cabeza. Pensó en Cecilia, cuando tenía que limpiarla después de ir al baño porque ya no podía valerse por sí misma. «A veces me sorprende la ternura que encierras», le dijo ella en una ocasión. Alcázar recordaba sus propias manos manchadas de heces, el fuerte olor de las tripas de su esposa deshaciéndose lentamente, la repulsión que tenía que reprimir cada vez que la llevaba al baño, y el amor que sentía por ella cuando la veía sufrir para evacuar una miseria. Todos los hombres caben dentro del mismo hombre, eso era cierto. Como ese juego de muñecas que tanto le gustaba a Laura. La cuestión era si uno tenía la paciencia necesaria y el valor de llegar hasta la última de sus posibilidades. Pensó en ese Cayo de Miami que enseñaba el tríptico que siempre llevaba encima y sonrió: después de todo, la humedad del mar siempre le había sentado mal a sus huesos. Y los yanquis nunca le cayeron demasiado bien.

Anna Ajmátova escuchó las explicaciones de Alcázar sin inmutarse. De fondo sonaba música de réquiem a un volumen muy bajo. Anna había colgado un cartel de cerrado en la puerta antes de llevar a Alcázar a la trastienda.

El exinspector no había estado nunca allí. El espacio se dividía a medias entre almacén con cajas de libros y vivienda. Anna se había sentado en una mecedora con un cojín de punto y una mantilla de encajes en el respaldo. El cuadro de la anciana apacible habría resultado por entero creíble si no hubiese sacado un Davidoff y lo hubiese encendido con una cerilla, como si se tratara de una camionera. Aquellos cigarrillos tenían un fuerte olor dulzón.

—¿Por qué has venido a contarme todo esto?

Anna Ajmátova sentía un frágil afecto por Alcázar. Treinta y cuatro años atrás, cuando todavía era posible pensar que había escapado para siempre de Ígor, el inspector la había ayudado. Pero a lo largo de los años, Alcázar se había cobrado ese favor con creces. Era uno de tantos hombres que malogran su vida por culpa de una ambición desmedida, que se desvirtúan a causa de la alta consideración que tienen de sus propias flaquezas, que exhiben como cicatrices de guerra. Pero bajo su cinismo aparente y su codicia indisimulada, tras su aparente ausencia de escrúpulos de la que

hacía gala, subyacía un sentimiento sincero, al menos, una afirmación en la lejanía del hombre que podría haber llegado a ser. Aquella tarde, el hombre que tenía delante libraba la última lucha entre sus dos partes irreconciliables, y por alguna razón que sólo a él atañía, la había elegido a ella como campo de batalla.

—Creo que ya sé dónde está Siaka y quién tiene el ordenador de Laura.

Anna Ajmátova alzó la barbilla y lo observó con altivez.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer.

Alcázar asintió, sin escucharla en realidad, sumido en el desarrollo de su propio pensamiento.

—No es tan sencillo. Sospecho que el hijo de Elías lo ha averiguado antes. El muy estúpido ha intentado actuar por su cuenta y me huelo que está con ese chico.

—Pues encárgate de él también —dijo Anna, sin mostrar la mínima duda.

—¿Y qué hay de tu hija? ¿No te importa lo que ella sienta por ese hombre?

Anna Ajmátova alisó una manga de su camisa de color carmesí. Un hilo casi invisible se había descolgado de un botón del puño. Lo rodeó con el meñique y lo arrancó con un tirón seco.

—Los sentimientos de mi hija no son asunto tuyo. Deberías preocuparte por tu propia suerte: si ese joven negro llega a declarar en un juicio, tú y Agustín González seréis los que más perdáis en este asunto. Es a vosotros a quien primero interesa que desaparezca.

Alcázar se acercó a un estante y acarició el lomo de un libro distraídamente.

—¿Cuántos años tiene? ¿Ochenta, noventa?

—No sé de qué me hablas.

—Es él, ¿verdad? Ígor sigue dominando tu destino. Le temes, le odias, pero al mismo tiempo te has convertido en su viva imagen. Él decide quién muere y quién vive. Fue él quien decidió el secuestro de Roberto, quien ordenó la ejecución y que arrojaran su cuerpo en el mismo lago donde todo ocurrió; él tramó su venganza contra Laura, y ahora le ha llegado el turno a Gonzalo. Y supongo que después vendrán sus hijos y su esposa. En el fondo, ese proyecto de ACASA es sólo una forma más de vengarse, de arrebatarse a Elías Gil lo último que le queda, esa absurda casa con una tumba vacía, hundirla y demolerla, sepultarla bajo toneladas de tierra sobre las que él, Ígor Stern, dará un último paseo triunfal y podrá escupirle al fantasma de Gil que, al final, él es quien ha vencido. Sigue vivo, ¿no es así? Él es la Matrioshka.

—Ten cuidado con lo que dices, Alcázar.

Pero el exinspector no se contuvo. Llevaba demasiado tiempo dándole vueltas a una misma idea.

—Me utilizaste aquella noche, sólo que yo era demasiado joven y arrogante para darme cuenta. Cuando te encontré en el lago con la camisa manchada de sangre de

Elías, todavía no comprendía que los dos estabais atrapados por el mismo dilema: el amor y el odio mutuos. Elías compartía el mismo credo que tú: no importan las reglas, ni la verdad o la mentira, no importa la moral, el bien o el mal, todo eso no son más que dogmas que es necesario superar para alcanzar una cierta paz. Tú sabías desde el principio que era un agente doble, que colaboraba con mi padre. Y que Ígor Stern continuaba con vida porque mi padre había incumplido su parte del acuerdo con Gil. De modo que la traición a sus camaradas no había servido para nada. Fuiste al lago para decírselo, Ígor Stern te utilizó para enfrentar a Elías con esa verdad terrible. Ibas a denunciarle ante los suyos, a terminar con el mito del héroe. Stern quería ver cómo se desmoronaba. Pero no imaginaste el efecto que tu revelación tendría.

»Siempre pensé que entre mi padre y Gil había algo de lo que yo quedaba excluido, una amistad que nunca entendí y que pese a los riesgos que comportaba para él ser amigo de un comunista mi padre se empeñó en mantener. Nunca supe por qué le protegía. Tal vez porque la amistad vale más que las banderas. Pero eso sería poesía, y mi padre nunca tuvo pensamientos de poeta.

»No podías imaginar que el eco de tus palabras acabaría resonando, treinta y cuatro años después, en los oídos de tu hija. Y que la onda expansiva se nos llevaría por delante también a nosotros. Los hombres astutos nunca imponen su voluntad. Hacen creer a los demás que actúan motu proprio. El esclavo más fiel es aquel que se siente libre. Lo he pensado mucho y me sorprende no haberme dado cuenta antes: Ígor está detrás de todos nosotros, nos manipula como a marionetas haciéndonos creer que somos dueños de nuestras decisiones. Han pasado muchos años, tantos que parece increíble que todavía siga librando su guerra con Elías, y en esa guerra todos nosotros somos peones y piezas prescindibles.

—¡Estás completamente loco!

—No hay nadie a quien respete..., excepto a ti. Tú eres la prueba viviente de su victoria. Pero ahora, tú también tienes miedo de él. No por ti, sino por tu hija Tania. Él nunca la ha querido, la siente como algo ajeno. Es a través de ella que te controla, ¿verdad? La espada de Damocles que pende sobre la cabeza de Tania te convierte en su títere. Tú lo sabes, sabes que no dudará en quitártela, si con ello puede dañar a los Gil.

—No sé de qué me hablas —dijo Anna Ajmátova.

—Lo sabes perfectamente, Anna. Y no deja de ser absurda esta historia de viejos rencores, sustentados por otros tantos viejos: tú, Esperanza, yo, Velichko... Ígor Stern. Nuestro tiempo ha pasado, pero nos negamos a soltar la tabla del odio porque nos ahogaremos, aunque para mantenernos a flote debemos hundir a los que sólo heredaron nuestro veneno.

Se sentó muy cerca de Anna y le acarició la mejilla.

—Es hora de levar anclas, Anna. Tienes que hablar con él. Todo esto se tiene que

acabar.

Anna Ajmátova observó a Alcázar con un brillo hilarante. Después de un largo silencio, movió la cabeza con resignación.

—No sabes lo que pides. En serio, no tienes ni la más remota idea.

Barcelona, junio de 1967

La tormenta de verano se movía como un barco con bandera negra sobre el valle, buscando dónde descargar su ira. Las primeras gotas empezaban ya a caer igual que perdigones sobre el embarcadero del lago, y aunque el niño miraba el cielo cada vez más oscuro con inquietud, su padre no se movía ni desviaba la atención del hilo de pescar.

—Concéntrate en lo que puedes controlar y olvídate del resto —le dijo a su hijo, dándole un ligero codazo para que no aflojara la tensión sobre la caña.

El niño trató de retener esa frase en la mente para descifrarla más tarde, pero como casi todo, también aquellas palabras se le terminarían olvidando con el tiempo, y sólo quedaría la ambigua sensación de que de vez en cuando su padre trataba de decirle cosas importantes mientras pescaban.

Para cuando Elías Gil decidió que era inútil permanecer allí esperando que mordiera el anzuelo algún pez, padre e hijo estaban calados hasta los huesos y la tormenta barría con rabia todo el valle, impidiendo ver más allá de unos pocos metros. Sin inmutarse, recogió los aparejos y se encaminaron hacia la casa, dejando que la lluvia los traspasara. Gonzalo levantaba de vez en cuando la cabeza y observaba el perfil goteante de su padre, con la mirada al frente, el ceño un poco fruncido y las gotas suspendidas en su nariz contrahecha antes de caer sobre el pecho abierto de la camisa. «Eso es un hombre», había oído decir a una mujer en el pueblo al verlo pasar cierto día, y eso hizo pensar al pequeño que el resto no lo era. Aunque a Gonzalo no le parecía un hombre, sino un gigante de un solo ojo, como el cíclope al que debía enfrentarse Ulises en esos libros ilustrados que la profesora les enseñaba en la escuela, hablándoles de un lugar llamado Ítaca.

A pesar de la tormenta y de que la pesca había resultado un fracaso, el niño respiraba aliviado. Notaba en el modo que su padre le estrechaba la mano que hoy estaba de buen humor. La fuerza fluía de su mano como una presencia protectora y no como una amenaza. Cruzó los dedos para que durase.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó Elías sin detenerse ni bajar hacia su hijo la cabeza.

El niño apartó la vista, avergonzado. No sabía de qué modo miraba a su padre, ni si era el adecuado. Sabía que a veces se le inflamaba el corazón de calor y otras se le encogía de frío. Aquella mañana, mientras la tormenta golpeaba los abedules y el sendero se transformaba en un caudal fangoso, sentía calor. Sucedió pocas veces, pero era una sensación extraordinaria.

—¿Estás asustado por lo que pasó anoche?

Gonzalo meneó su cabeza de orejas de soplillo, con el pelo apelmazado contra la frente. No sabía si todavía estaba asustado, pero esperaba que Laura no volviera a esconderlo en el pozo mientras duraban los gritos y el ruido de cosas rompiéndose en el cobertizo. También esperaba no volver a orinarse en las sábanas. De repente, Elías se detuvo y suspiró muy profundamente. La lluvia resbalaba sobre la superficie oscura de su parche y Gonzalo imaginó que la humedad traspasaba el trozo de tela y llenaba la cuenca vacía del ojo de su padre hasta hacerla rebosar. Entonces era como si su padre llorase, pero en realidad sólo se derramaba.

—Lo que has visto, no lo has visto. Lo que has oído, no lo has oído. Tienes que olvidar muy rápido para poder recordar otras cosas, ¿me entiendes?

Dijo que sí, aunque, por supuesto, no entendió una palabra. Tendría que sumar esa frase a la anterior y pensar en ella antes de que se borrara.

Elías miró a su hijo con recelo, y luego soltó una carcajada seca, como un relámpago.

—No puedo meter esas ideas en tu cabecita todavía. Soy un necio.

Lo único que Gonzalo retenía de la noche anterior era que brotaron las lágrimas en la oscuridad del pozo y que con ellas vino un terrible sentimiento de soledad y el pánico a que su hermana se olvidara de él, no ver aparecer su cabeza en la abertura ni sentir sus brazos tirando de él hacia arriba como las otras veces.

Pero Laura siempre terminaba por aparecer. Quería a su hermana más que a nada ni a nadie, incluso más que a sus juguetes preferidos, más que a su padre y mucho más que a su madre. Más que bañarse por las mañanas, desnudo en el lago, y más que hacer muñecos de nieve en invierno. Quizá su amor por Laura sólo podía compararse a la alegría que experimentaba cuando algunas mañanas abría los ojos con temor, palpaba la sábana y descubría que esta vez no se había orinado en la cama.

Ella le protegía, aunque Gonzalo no comprendía exactamente de qué. Pero cuando empezaban los gritos y los movimientos rápidos y nerviosos de su padre, o cuando el traqueteo de su máquina de escribir en el cobertizo empezaba a tener aquella velocidad de tren, ella aparecía y lo llevaba en brazos al pozo, lo besaba en los labios y le susurraba palabras de calma, prometiéndole que volvería a buscarlo.

Aquella mañana, Laura no se dejó ver. Estuvo en su cuarto encerrada hasta la hora de la comida y cuando su madre le dijo a Gonzalo que subiera a buscarla, el niño la encontró sentada en el suelo, entre el hueco de la cama y la ventana, hecha un ovillo. La luz del mediodía le daba en la mitad del rostro, el otro, cubierto por su pelo revuelto, permanecía en la sombra.

—No me mires así —le ordenó a Gonzalo, y el chiquillo se preguntó desconcertado por qué todo el mundo le censuraba su manera de mirar, qué había de malo en mirar para ver.

—Tienes un bulto en la mejilla. Y arañazos en el cuello.

Laura se cubrió instintivamente. Tenía trece años pero a veces parecía mucho mayor, o a Gonzalo se lo parecía, tan mayor como su madre. Sobre todo cuando se tocaba el pelo de aquel modo nervioso y esquivaba su mirada.

—Me he caído buscando moras.

En esa clase de días, Gonzalo sentía que su hermana era otra persona que él no conocía, y que todos se comportaban de un modo distinto. Su madre era más amable con ella, pero de un modo parecido a cuando venía algún amigo de su padre a casa y le ofrecía unas pastas o un café, y Laura se comportaba con ella de un modo casi ofensivo, cosa que en circunstancias normales le hubiera costado una buena reprimenda por parte de su padre. Sin embargo, él no la miraba; al contrario, procuraba evitarla.

Y algo le decía al chiquillo que no debía retener aquellas imágenes en su memoria.

Lo bueno de las tormentas es la calma que llega a continuación. Eso pensó Vasili Velichko al bajar del coche y observar desde la carretera las montañas verdes y el lago al fondo, reflejando un cielo sin nubes. El goteo tranquilo de la tierra, como el lento deshielo que siempre llega a Siberia, anunciado cuando una mañana cualquiera las estalactitas del barracón empezaban a deshacerse en los tejados, mojando los camastros de madera. La sensación inconmensurable de haber sobrevivido un invierno más en el gulag.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —Se volvió hacia la portezuela del coche. Anna había asomado la cabeza y apoyaba la barbilla en el antebrazo, fumando con parsimonia. Sus ojos acaparaban todo el entorno con avidez.

—Será una bonita sorpresa —dijo, volviendo al interior y acariciando el rostro dormido de Tania en su regazo. Su hija tenía el estómago revuelto con tanta curva y estaba pálida.

Velichko se puso de nuevo al volante.

—Hace más de veinte años que no le hemos visto. No estoy seguro de que valga la pena, Anna —dijo ajustando el retrovisor interior—. Lo más probable es que ni siquiera nos recuerde.

Anna frunció sus hermosos labios y recostó la cabeza en el asiento, contemplando el cabello pelirrojo de su hija. Era la viva imagen de Martin. El inglés hubiera dado cualquier cosa por presenciar aquel momento, estaba segura.

—Pero lo que importa, Vasili, es que nosotros sí lo recordamos a él.

La noticia de que una hermosa escritora rusa había alquilado una casa en la orilla norte del lago para veranear corrió como la pólvora por el valle. El subinspector Alcázar fue el primero en enterarse y no tardó en hacerle una visita.

—No es muy común que una ciudadana de la URSS nos visite.

Tuvo que hacer grandes esfuerzos para apartar la mirada de su generoso busto y de aquellos ojos de un gris perla que no se sabía si se burlaban de uno, si lo despreciaban, o si lo observaban con un punto irónico. Sin duda, Alcázar no estaba acostumbrado a tratar con mujeres de ese estilo. Anna Ajmátova tenía treinta y cinco años, era natural de Siberia occidental, de profesión escritora y agregada cultural en el consulado soviético, casada civilmente con Martin Balery, inglés, y divorciada un año después, y una hija, Tania Balery Ajmátova, de tres años de edad.

—La fotografía no le hace justicia —dijo Alcázar, devolviéndole el pasaporte—. Es usted mucho más hermosa en persona.

Lo era, sin duda. Cualquier hombre en su sano juicio abrigaría en su corazón la esperanza de enamorarla, o de seducirla. Y eso no tardaría en despertar también la virtuosa cólera de ciertos parroquianos. Las cosas ya no eran como a principios de los cuarenta, pero España seguía teniendo querencia por las cacerías de brujas. Guapa hasta lo ofensivo, soviética, escritora y divorciada con una hija. Era como si alguien le hubiese mandado a Alcázar una bomba envuelta en papel de regalo con un exuberante lazo.

—¿Y usted es? —preguntó, volviéndose hacia el hombre que hasta ahora se había mantenido en un discreto plano. Podría ser el padre de Anna, o su amante.

Vasili Velichko detestaba a los perros al servicio del poder, obviando por higiene mental que él mismo lo había sido durante buena parte de su vida. Incluso en los años de encierro en el gulag, tras ser liberado del campo de prisioneros de guerra en Polonia, se había esforzado en mantener la disciplina y la ortodoxia del Partido entre los reclusos. Pero él era un hombre de convicciones, creía firmemente en su causa, que no era la de los hombres, sino la de las ideas, y eso le diferenciaba con orgullo de hombres como aquel policía que le interpelaba detrás de su mostacho, con aquel ridículo peluquín. Vasili había conocido a muchos así, mercenarios al servicio de sí mismos. Le tendió el pasaporte y esperó con rigidez que le fuese devuelto.

—Es mi hermano, y no habla bien español —lo justificó Anna.

—El apellido no coincide.

—Pero el corazón sí, y eso es lo que cuenta —intervino con sequedad Velichko.

Alcázar intuyó que tendría problemas con aquel tipo. Por suerte, dijo que no pensaba quedarse en la casa. Tenía un negocio que regentar en Barcelona y sólo había venido para asegurarse de que su «hermana» y su «sobrina» estarían bien.

—Disfrute de su verano, señorita. Y espero que sea benévola con lo que escriba de nosotros —dijo el subinspector, dando por concluido el trámite y prometiéndose volver a ver a aquella mujer pronto y en circunstancias menos oficiales.

Antes de marcharse, Vasili Velichko volvió una vez más a la carga, aunque sin convicción tras tantas tentativas fracasadas, para convencer a Anna de que lo que se

proponía era una insensatez.

—Hemos venido aquí a empezar de nuevo, Anna. Y tú sólo quieres cavar debajo de los pies. Vuelve conmigo a Barcelona, criemos a Tania y dejemos atrás el pasado, por favor.

Anna miró a su querido Vasili con esa languidez de quien observa un ramo de flores marchitas que una vez fueron vigorosas. El hombre que durante toda su infancia se preocupó por ella seguía encerrado en el gulag, su espíritu al menos, no se daba cuenta de que ya no era una niña y de que lejos de necesitar su protección era ella la que ahora debía cuidar de él. Había conseguido algo insólito: tres pasaportes, una nueva vida y sacar a Velichko de la Unión Soviética, donde hubiera terminado por ser detenido de nuevo y ejecutado por su tozudez contra Krushov y los nuevos dirigentes en la URSS pos-Stalin. Y para lograrlo tenía que pagar el precio acordado.

—No puedo irme. Tengo que cumplir mi parte del trato, Vasili.

Vasili observó a Anna con resignación.

—No es sólo por lo que le prometiste a Ígor Stern a cambio de los pasaportes que estás aquí. Es algo personal, algo que quieres hacer, digas lo que digas, ¿verdad?

Anna Ajmátova se asomó a la ventana de aquella casa que aún no la reconocía como dueña. El paisaje era todavía una nube donde tenía que aposentar los pies.

—Se lo debo a mi madre. Y me lo debo a mí misma.

—Piensa en Tania, Anna. Tu madre es el pasado, como lo es Názino y Elías Gil. Tu hija es el futuro, la esperanza de otra vida distinta.

Anna sonrió. Qué ilusos son los hombres como Vasili. No importa cuántas veces les golpee la vida, siempre pensarán que puede ser distinta, y con ello, mejor.

Laura emitió un gemido al tocarse el costado. Gonzalo se dio cuenta y dejó de perseguirla por el patio con los brazos abiertos como las alas de un avión.

—¿Te duele?

Laura hizo un mohín.

—Muy adentro.

Pensó que no volvería a suceder, nunca más. Después de la última vez, Elías se había puesto de rodillas y le había abrazado las piernas, mojándoselas con sus lágrimas. Le pidió tantas veces perdón que Laura llegó a perder la cuenta, y contra su voluntad, terminó acariciando el cabello entrecano de su padre y llorando con él. Le quería, a pesar de todo, y a medida que iba cumpliendo años y aquello se repetía, se daba cuenta de que no podía impedir que aquel sentimiento creciera. Por eso quería creerle. Y al menos durante unos años, dos al menos, él cumplió su palabra y Laura pensó que todo quedaría atrás, escondido en alguna parte de su mente a la que nunca permitiría llegar a nadie. Pero había vuelto a suceder, y esta vez con una violencia que la había dejado sin capacidad para reaccionar.

Esta vez, Elías no había ido a pedirle perdón, ni le había contado aquellas historias terribles del pasado, como si comprendiera que había ido demasiado lejos y que Laura jamás lo olvidaría. Ahora pasaba las noches encerrado en el cobertizo y cuando su madre trataba de hacerlo salir discutían de un modo atroz. Se pegaban, se insultaban y se destruían. Y su única obsesión era mantener lejos de todo aquello a Gonzalo. Últimamente, había percibido el cambio de actitud de Elías hacia su hermano pequeño. Gonzalo era tan inocente, tan limpio y admiraba tanto a su padre que éste se sentía por efecto sucio y despreciable, y pugnaba con la tentación de hacerle comprender su error, como si odiase la admiración de su hijo, su respeto y su inocencia.

—Sácalo de mi vista —le había advertido en más de una ocasión a Laura, cuando el alcohol empezaba a entorpecerle la lengua y a enturbiar la mirada verdosa de su único ojo.

Laura no pensaba permitir que su hermano sufriera daño alguno. Ella podía soportar muchas cosas, algunas horribles, porque era como su padre, tenía también ese don monstruoso de la indiferencia ante el sufrimiento propio, el desprecio por cualquier posibilidad de felicidad. A los trece años ya comprendía el mundo en el que le tocaba vivir y sus reglas. Pero Gonzalo era como Esperanza, abnegado, callado, silencioso y obediente, incapaz de asumir que aunque intentes ponerte de perfil, la vida no se olvida de que estás ahí y te lo hace saber, a menudo de forma injusta. No estaba preparado para esa lucha por la supervivencia, y no lo estaría jamás. Idolatraba a su padre, y así tenía que continuar. La ignorancia era su mejor defensa.

Fue ella la primera que vio a aquella mujer en la cancela del jardín, antes de que Gonzalo se pegara a su falda y los perros se pusieran a ladrar. La mujer la estaba mirando de modo determinante, muy serio. Luego alzó la cabeza hacia la casa, vio algo que la hizo sonreír y se alejó por el sendero hacia la carretera. Un minuto después, Laura escuchó el sonido del motor de un coche alejándose. Laura retrocedió hasta la casa y miró en la dirección que había mirado la mujer. Su madre, Esperanza, estaba asomada a una de las ventanas superiores y aferraba con fuerza la baranda observando con fijeza el sendero por el que la mujer se alejaba. Laura nunca había visto en ella esa sombra de ira.

Dos minutos después, el viejo Renault de su padre apareció traqueteando tras la puerta del cobertizo. Como un perrillo faldero, Gonzalo salió disparado tras él sin que Laura pudiera retenerle. Su hermano corrió a trompicones tras el coche hasta que agotado se paró a tomar resuello, mientras el tubo de escape del Renault se alejaba dejando tras de sí una humareda espesa.

La juventud sólo humilla la vejez de los que no han vivido suficientes vidas. Y aun así, todos los dolores de la edad se acentuaron en Elías al tener frente a él a Anna. No

quedaba ni rastro de la niña que él cargaba en brazos durante las largas jornadas de marcha a través de la estepa y eso significaba que tampoco lo había del joven que se ocupaba entonces de ella. Elías iba perdiendo terreno día tras día.

—Así que eres escritora —dijo, observando la pequeña biblioteca que Anna estaba organizando en la parte baja de la casa, junto al salón—. ¿Y qué clase de escritora eres?

Anna meditó un momento la respuesta, y después le dirigió una mirada sombría:

—De las que escriben.

—¿Y pretendes hacerme creer que has venido aquí sólo para escribir un libro?

—No pretendo hacerte creer nada.

Elías estaba de pie junto a la puerta del jardín. Detrás de él brillaba la hierba y Anna vio pasar fugazmente a Tania persiguiendo mariposas.

—¿Qué quieres? ¿A qué has venido? —le preguntó Elías con hostilidad, tras un prolongado silencio.

Anna experimentó un acceso de cólera que apenas centelleó en sus ojos.

—No te alegras mucho de verme, ¿verdad?

Elías se mantuvo firme frente a la puerta.

—Lo que veo no es lo que recordaba. No soy estúpido, y me doy cuenta del desprecio que sientes hacia mí. Supongo que tantos años con Stern terminaron inoculándote su veneno. Nada de lo que yo pueda alegar en mi defensa va a cambiar tu opinión, así que mejor ahorrar saliva.

—Me gustaría escuchar tu versión de lo que pasó allí. Algo que difiera de la que conozco: un cobarde que mató a mi madre y que me entregó a una jauría de desalmados para salvar la vida.

La casa debía de llevar mucho tiempo cerrada antes de que ella la alquilara. Quedaban algunos viejos muebles de madera de pino cubiertos de polvo y aún eran visibles las densas telarañas en los rincones del techo y en los recovecos de las vigas. Al moverse hacia un lado, el pelo de Elías quedó parcialmente cubierto con esa tela viscosa. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y notó el tacto familiar del medallón de Irina. Sopesó la posibilidad de enseñárselo a Anna. A fin de cuentas le pertenecía a ella.

—Seguro que has leído el informe que Vasili redactó en 1934.

—Lo he leído. Pero no lo he escuchado de tu boca.

Los recuerdos no son pinturas clásicas en marcos barrocos, y tampoco instantáneas que decoran los estantes de un hogar. Los recuerdos son grandes espacios vacíos que a menudo se recorren en silencio. ¿De qué servía la evocación? Su discurso del pasado sonaría tan falso como lo que Stern pudiera haberle contado. Se tiende a creer aquello que se acomoda con más facilidad a nuestro carácter. Y el de Anna era frío y distante.

—No tengo nada que decirte.

Ella encendió uno de sus pitillos dulzones y lanzó el mechero de mala manera sobre una cómoda, expiró una bocanada de humo exasperada y miró con irritación a Elías.

—Había oído que no eres muy locuaz, aunque pensé que un viaje tan largo merecería un poco más de atención por tu parte. Como quieras... En cambio, yo sí tengo algo que decirte.

Abrió un cajón y le lanzó un sobre.

—¿Qué es esto?

—Amigos que te mandan recuerdos. Ábrelo.

Anna salió al jardín de la casa y lo dejó sólo con aquello. Eran fotografías de una docena larga de hombres y mujeres, todos ellos con una fecha escrita detrás, la de su muerte y el lugar donde habían sido capturados: A. S., París 1947, S. M., Lyon 1947, W. B., Toulouse 1948, G. T., Arlés 1948... Madrid, Londres, Marsella, Berlín... 1949, 1950, 1952, 1958, 1962, 1963, 1965... A todos ellos los había delatado Elías, entregándolos personalmente a Ramón Alcázar Suñer. Nada se decía de las otras docenas cuyas vidas había salvado gracias a la información que su amigo le había proporcionado sobre redadas o emboscadas a dirigentes del Partido, de los sindicatos, de asociaciones estudiantiles. Tampoco de la gente que gracias a su influencia había logrado salir de España en la última década con identidad falsa. Todo eso no servía para equilibrar la balanza, y él lo sabía perfectamente. Un clavo no quita otro clavo, eso es una patraña. Todas aquellas muertes de camaradas, agentes de la NKVD, activistas en España o en Francia contra la dictadura de Franco, anarquistas o viejos cenetistas, eran responsabilidad suya. Y también lo eran los policías españoles, los agentes infiltrados que gracias a la información de Ramón la NKVD había neutralizado, creyendo que la información provenía de Elías. Peones blancos y negros prescindibles en una y otra vanguardia con tal de salvaguardar los movimientos de las piezas maestras.

Tardó unos minutos en salir al jardín con el manojo de muertos en la mano. Le quemaban, le gritaban, le insultaban y le mordían los dedos. Anna Ajmátova correteaba inocentemente tras su hija en el prado. Por fin lucía un sol propio del tiempo y los colores saturaban el aire. Una hermosa escena bucólica en un pastoril día de junio.

Al ver a Elías, Anna le dijo a su hija que corriera a jugar sola a la otra parte de la casa. La niña lloró un poco, pero obedeció.

—¿A qué viene esto? —le preguntó Elías, apuntándola con las fotografías que apretujaba en la mano.

Anna escogió cuidadosamente las palabras.

—Creo que ya sabes lo que significa. Desde 1947 colaboras con la policía

española de Franco, aunque conservas tus contactos con el Partido y, oficiosamente, sigues trabajando para él... Pero tranquilo, ellos no lo saben, todavía.

Concibió la amenaza para que calara despacio en el entendimiento de Elías. Éste se sentó en un tronco talado a pocos metros y durante un largo intervalo de tiempo permaneció silencioso y cabizbajo. No daba muestras de sentirse derrotado, sino de reordenar la situación y calibrar sus siguientes pasos. Si Anna había esperado desmontar sus nervios, ahora se daba cuenta de su error de cálculo. Pero le quedaba todavía el golpe que tenía que doblarlo y mandarlo al suelo:

—Tu amigo español te ha mentado todos estos años. Has cometido todas esas traiciones para nada; Ígor Stern continúa con vida y te manda saludos.

Elías Gil examinó a la hija de Irina con atención exhaustiva, tratando de discernir si lo que veía en su rostro era desprecio, indiferencia, odio o simplemente cansancio. Ni rastro de aprecio, ni atisbo de afecto o duda. Ella ya le había juzgado y lo encontraba culpable. Tras el impacto de la noticia, Elías sintió un zumbido en el estómago y unas ganas de vomitar que pudo controlar con esfuerzo. Necesitó un minuto para dejar de sudar y recomponer su cuerpo que, de repente, se había desmembrado como si hubiese desaparecido el esqueleto.

—¿Qué es esto? ¿Un chantaje?

Anna Ajmátova negó lentamente:

—Me temo que no va a ser tan sencillo. Quiere verte, mañana.

—Ígor. ¿Está aquí, en Barcelona?

—Nunca se ha alejado mucho de donde quiera que estuvieras. —Anna pensó lo que iba a decir, como si a ella misma le resultara ilógico—: Tiene fijación contigo. Dice que eres el único hombre al que no ha podido vencer.

Elías soltó una carcajada rota, casi un aullido, levantándose de golpe.

—Consiguió mi abrigo, y te consiguió a ti. ¡Qué más quiere ese hijo de la gran puta!

Anna Ajmátova no se dejó impresionar por aquel rapto de ira.

—Te quiere a ti.

Elías se sosegó al ver aparecer a la pequeña pelirroja de grandes ojos. Le recordaba vagamente a alguien.

—Y te lanza contra mí porque sabe que eso es lo que más daño me puede hacer. Y tú, Anna, te prestas a su juego con gusto.

Anna Ajmátova miró a su hija con ternura y recordó la noche de tres años atrás en que la concibió con Martin. Nunca le agradecería bastante a aquel pelirrojo endeble, casi loco, que hubiese arriesgado su vida para ayudarla a escapar de las garras de Ígor en aquel hotel de París, cuando era una adolescente. Aquel pobre mendigo que desvariaba fue capaz de llevarla hasta la estación del Norte y subirla en un tren rumbo a Le Havre. Pero Ígor no tardó en dar con ella. Años más tarde, volvió a encontrar a

Martin en Fráncfort. Había rehecho su vida con un diplomático canadiense con quien vivía un romance secreto. Se le veía contento, y de nuevo intentó ayudarla, consiguiendo de su amante un visado que le permitiese viajar a Canadá. Aquella escapada duró un par de años, y Anna pensó que con la ayuda de Martin podría volver a soñar con una existencia normal.

Empezó a trabajar en una tienda de ropa de Ontario, conoció a un chico francófono, tuvieron un romance, que acabó abruptamente una noche, cuando el muchacho no se presentó a una cita para ir al cine y en su lugar apareció Ígor Stern frente a la puerta de su apartamento. Fue durante aquellos dos años en Canadá cuando Martin le contó más cosas de Elías y de su madre, Irina. También hablaba con nostalgia de Claude y de Michael, sobre todo de este último, que siempre fue el gran amor de su vida. Martin odiaba profundamente a Ígor, y Anna era consciente de que ésa era la razón básica por la que se empeñaba en ayudarla. Quería derrotarlo de algún modo, quitarle lo que él consideraba de su propiedad.

Tal vez por eso se avino, hacía ahora tres años, cuando lograron reencontrarse, esta vez en Moscú, a hacer por primera y única vez el amor con una mujer, a la que sacaba casi veinte años de diferencia. Aquella noche, Martin la había convocado en el gran hotel Lenin, estaba de viaje acompañando a su compañero diplomático en una gira por media docena de países. Anna lo encontró más viejo y cansado y Martin le confesó sin dramas que se estaba muriendo. Bebieron mucho, demasiado, y cuando el pelirrojo la acompañó hasta su apartamento en la calle del Bolshói, y Anna lo besó en los labios, no se sorprendió y no se opuso. Se dejó arrastrar por ella con placidez, pero sin curiosidad ni pasión. Y se derramó dentro de ella con una ternura contenida. Martin murió dos meses después cerca de Turkmenistán en un vagón de primera clase del transiberiano, recorriendo de un modo muy distinto aquel paisaje nevado que treinta años atrás se llevó todas sus esperanzas de juventud. Nunca llegó a saber que dejaba una hija, y que con ella era el único capaz de haber derrotado a Ígor Stern.

Sin duda, Anna le debía lo mejor de su vida a Martin, como le debía amor y lealtad a Vasili. Pero lo único que sentía por Elías Gil era lo que sentía por Ígor Stern. Un asco profundo y seco, porque eran dos perros rabiosos que sólo buscaban la destrucción del otro, y para ello no dudaban en valerse de cuantos estaban a su alrededor. No había nada en ellos salvo muerte y destrucción.

—Ojalá pudiera mataros a los dos con la misma bala —dijo.

Ígor aparentaba una lozanía que empezaba a ser quimérica. A sus cincuenta y tres años se empeñaba en lucir un *look* juvenil, pantalones anchos, camisas ceñidas de cuello ancho y unas gruesas patillas. El color de la piel había adquirido el tono de la miel, y sus formas se habían suavizado hasta el extremo de que aquella elegancia al coger un tenedor o limpiarse la comisura de los labios con el pico de la servilleta

parecía heredada y no aprendida. Como si fuera consciente del efecto que causaba en Elías, unió las manos e inclinó la cabeza hacia adelante. Se veía tan seguro de sí mismo y del personaje tras el que se ocultaba que estaba dispuesto a mostrarse paternal con su viejo enemigo.

—Veo que los años no te han tratado como te mereces, Elías —dijo con una sonrisa benévola.

—No me ha ido mal, hasta ahora.

No estaban solos en el salón del hotel. A cierta distancia, tres hombres de Ígor no le quitaban los ojos de encima. Stern se había vuelto respetable, y ésa era la victoria secreta de los proscritos, el verdadero triunfo no era la riqueza, ni la influencia que ahora pudiera tener sobre políticos, militares o policías, sino la respetabilidad, un palco en el Liceo, una habitación en un lujoso hotel de cada capital reservada durante todo el año, la compañía de altos burgueses y de gente de la cultura oficial. Coleccionaba fotografías de actores, músicos, escritores, científicos, aristócratas y clérigos como si coleccionase cabezas disecadas de piezas cobradas en un safari. Sólo de tanto en tanto bajaba ya a la sala de máquinas de su imperio, al mundo del estraperlo, las drogas, la prostitución y el juego ilegal, y cuando lo hacía era a causa de una cierta nostalgia de sus principios.

—¿Pensabas que no me enteraría de que te vendiste a Ramón Alcázar por un precio tan miserable como mi cabeza? —Elías podía notar la cólera de Ígor, aunque éste siguiera con aquella expresión de *bodhisattva* por encima de las cosas mundanas.

Ígor era un superviviente nato, y eso era algo, dijo, que Elías nunca había sabido valorar. Negociaba con quien hiciera falta, adquiría y rompía compromisos con idéntica facilidad y sus lealtades jamás iban más allá de su interés. Nunca cedía, pero sabía hacer que los demás lo creyeran y se quedasen felices. Ígor trabajaba también para ciertos poderes de la dictadura franquista, importantes empresarios a los que hacía ganar muchísimo dinero, y lo hacía desde mucho antes de que Elías le propusiera aquel trato a su amigo Ramón Alcázar.

—No se lo tengas en cuenta. Él no lo sabía y por lo que respecta a su parte del trato, te aseguro que intentó cumplirla. Si sus superiores en París no me hubiesen puesto sobre alerta, ese amigo tuyo me habría volado la tapa de los sesos. —Su actitud dio un giro brusco, mostrándose imperativo—. Si tanto interés tenías en verme muerto, deberías haberlo intentado tú mismo.

—Las fotos. ¿Qué quieres a cambio de ellas?

Elías sintió el peso plomizo de aquella mirada que se hundía en su rostro, presionándole.

—Recuerdo que antes eras más difícil de convencer.

A Ígor le gustaba aquel juego, era como abrir un armario lleno de disfraces y probárselos uno tras otro. Eso le había enseñado el poder y el dinero, a ser cualquier

hombre que las circunstancias requiriesen, y se preguntaba qué papel debía desempeñar ahora. El instinto le decía que por una vez se quitara la máscara y aplastase sin compasión a Elías. Bastaría una sola llamada a Moscú, y antes de veinticuatro horas Gil estaría metido en un baúl rumbo al Kremlin. Pero no debía obviar su propia posición y sus cartas. Él también llevaba muchos años practicando un doble juego del que, estaba convencido, unos y otros estaban al corriente. Lo toleraban porque les era muy útil usarle como ariete o caballo de Troya según sus intereses. Y también empezaban a temerle, lo que no le convenía.

A lo largo de todos aquellos años, Ígor Stern había cuidado mucho las formas, haciendo creer a unos y otros que era un nuevo rico, un estúpido sin seso que sólo soñaba con gastarse el dinero con amantes y zorras de lujo, como un vulgar actorcillo francés de la Costa Azul. Había desempeñado tan bien su papel que para cuando quisieron darse cuenta de la farsa, ya estaba demasiado lejos de sus tentáculos, era demasiado influyente, demasiado rico y tenía en su poder demasiados secretos. ¿Jaque mate? No en aquella partida que nunca se terminaría.

De modo que no había esperado todos aquellos años para entregar a Elías sin más y darles al mismo tiempo la ocasión de quitárselo a él de encima. Había pensado algo mejor, a la altura de la pelea que ambos sostenían desde hacía tanto.

—No hace falta que te explique lo que significaría que lo que sé saliera a la luz, para ti y para tu familia, ¿verdad?

—¿Desde cuándo te gustan las preguntas retóricas?

Ígor dejó silbar una risita, ajustándose innecesariamente la cadena de su reloj.

—Desde que soy un sofisticado bizantino. He leído algunos libros y he conocido a algunas personas en estos años; unos y otras me han enseñado que existe un placer sublime en la elegancia de la violencia con que expresamos lo que sentimos. Un aria no es muy distinta al grito de guerra de cualquier batalla, expresa la misma potencia desesperada y a menudo habla de las mismas cosas: el miedo, el valor, el heroísmo. Pero lo que es *bel canto* en un escenario es salvajismo en un campo repleto de fango, explosiones y muertos. Eso es ser civilizado, y le reconozco muchas ventajas. Por ejemplo, he aprendido que el verdadero dolor se inflige con una aguja y no con un hacha.

—No sé a dónde quieres ir a parar.

—Al punto exacto en el que estamos. Aquí es donde he querido venir a parar desde el primer día que te vi en ese tren cochambroso y me obligaste a sacarte ese ojo por un absurdo abrigo. Quise ser tu amigo, Elías. Te he respetado tanto como te he despreciado, y me consta que tú sientes algo parecido. Atracción y repulsa, la virtud y la ignominia. Tú quieres lo que yo soy, y tú eres algo de lo que yo quiero. Podríamos haber sido hermanos y nada de esto sería necesario, pero la naturaleza separa a los pares para enfrentarlos, como con los cachorros en las camadas de lobos. Es

inevitable que terminen despedazándose. Y una vez más, aquí estamos.

Ígor Stern se puso de pie. Sus guardaespaldas alzaron las orejas como los doberman que eran, pero él les hizo un leve gesto para que se relajaran, no se sentía amenazado.

—Puesto que no podemos ser enemigos, y tampoco amigos, vas a trabajar para mí. Serás mi subordinado, mi esclavo, propiamente. Me entregarás tu virtud, el reconocimiento que tienes de tu familia y de los demás, tus medallas... Me lo darás todo, te arrastrarás en la pocilga, y no lo harás por ideales sino porque yo lo necesito: sólo para hacerme a mí más rico, más poderoso. Y lo harás para que no te quite lo único que te importa: el respeto de la historia, esa memez de inmortalidad a la que los necios como tú aspiráis. He oído que tienes una hija muy guapa. ¿Cuántos años tiene? ¿Trece? También sé que tienes un chico de cinco años. ¿Qué pensará del gran héroe cuando crezca y sepa la verdad?

Elías se había ido acercando hacia la puerta del vestíbulo. Calculó que tenía a los dos guardaespaldas a tiro antes de decidirse a sacar la 45 Colt automática y disparar dos veces seguidas a cada uno.

Todo fue tan rápido que cuando se volvió apuntando con el arma amartillada hacia Ígor éste todavía estaba con la boca abierta.

—Martin tenía razón. Debería haberte matado con mis manos cuando tuve la oportunidad de hacerlo en París.

Metió el cañón en la boca de Ígor Stern y pensó en Irina, en aquellas noches que se amaban en silencio rodeados de extraños. Pensó en las sofocantes caminatas con Anna a cuestas, en la agonía de Claude, en los gritos de Martin mientras era torturado con Michael desangrándose a sus pies. Pero por encima de todo, revivió el dolor de aquella astilla haciéndole estallar el glóbulo ocular, aquel dolor que se había quedado para siempre tatuado en su mente y que le atormentaba como una ola que iba y venía con diferente intensidad, pero que nunca desaparecía. Aquel dolor que a veces le volvía inhumano, una bestia enloquecida capaz de torturar a sus seres queridos, un degenerado que sólo encontraba límites en sí mismo.

Apretó el gatillo y los sesos de Ígor Stern se esparcieron varios metros a la redonda.

Y por fin Elías lanzó un aullido de victoria.

Barcelona, noviembre de 2002

Según el registro de la compañía aérea, Luis debería estar volando rumbo a Londres para casarse con aquella preciosidad que había estado esperándole inútilmente en el aeropuerto hasta la última llamada de su vuelo. Pero en lugar de relajarse en su asiento de primera clase, y agradecer su suerte, Luis había dejado plantado aquel regalo del cielo y conducía un Mercedes de alquiler por la carretera de la costa. Alcázar le seguía a una distancia prudente, moviendo la cabeza con un gesto de desaprobación mientras escuchaba las noticias en la radio. Los altercados entre la policía y grupos de ecologistas en la zona del lago se habían recrudecido. Al parecer dos agentes estaban heridos y un cóctel molotov había incendiado una excavadora. Las obras, de momento, continuaban su curso. Imaginó que aquellas noticias no serían bien recibidas por Agustín González. Las empresas de ACASA no necesitaban todo aquel ruido; a los ricos les gustaba la política de hechos consumados y que sus planes se deslizaran como la seda, cuando la realidad era que en torno al proyecto del lago no hacían sino crecer los problemas. Uno de ellos, y no el menor, era del que le habían ordenado encargarse.

Agustín González era de la misma opinión que Anna. Tenía que cerrar la vía de agua que suponían Siaka y el ordenador de Laura. Alcázar le advirtió de que probablemente su yerno estaría allí, pero la respuesta del abogado fue taxativa.

—Muerto el perro, se acabó la rabia.

Eso le hacía pensar en la escena vivida la tarde anterior con Anna, después de acabar su encuentro y de que ella se negara a hablar con Ígor Stern. Ante la insistencia de Alcázar, Anna le cerró la boca besándole suavemente en los labios. Estaban en un callejón oscuro y el rostro de ella flotaba como algo inconcreto entre los cercos de luz de las farolas.

—Después de todo, sigues siendo un pobre chico que nunca estuvo a la altura de su padre. Podrías haber sido un hombre magnífico, Alberto —ella nunca lo llamaba por su nombre de pila—, el hombre que quería tu esposa Cecilia. Pero ya es tarde para este tipo de nostalgias.

Fueron palabras dichas sin acritud, con verdadero cariño. Pero le hicieron sentirse terriblemente solo y vulnerable. Y en aquel preciso instante, mientras aquella anciana venerable se apoyaba en su brazo y encendía con una cerilla un Davidoff, entendió lo que aquel beso quería decirle.

No había ningún Ígor Stern.

Fuera del horario de atención al público, el Flight se convertía en un tranquilo mausoleo con un punto de luz en la trastienda donde Vasili Velichko preparaba su plato favorito para Tania: cerdo asado con bolas de masa hervidas y chucrut, regado con un buen vino tinto. Era un plato demasiado opíparo para su castigado estómago, pero disfrutaba comiendo por boca de Tania y con sus ojos.

—¿Quieres repetir?

Tania no tenía hueco para nada más, y para disgusto de Vasili se echó hacia atrás en la silla de la cocina y se palmeó las piernas satisfecha.

—Me tomaría un café bien cargado.

Vasili le sirvió el café y la acompañó con una botella de vodka y dos vasitos de cristal. Aquello sorprendió a Tania.

—Nada de alcoholes fuertes. Orden del médico, por si lo habías olvidado.

Velichko encogió su ancha nariz y mordió el aire con un gruñido.

—Esta mañana he cagado sangre otra vez. Sé ver lo que veo. Un poco de vodka no va a resucitarme, y tampoco va a acelerar lo inevitable.

Tania alargó la mano por encima del mantel floreado y estrechó los dedos arrugados de Velichko. De repente se dio cuenta de que era un anciano que había vivido más de lo que probablemente viviría ella.

—¿Cuántos años tienes, tío Vasili?

Velichko se frotó con el nudillo una ceja espesa y blanca.

—No lo sé. He nacido varias veces. —Soltó una carcajada que terminó en tos y en un trago de vodka.

Tania le limpió con el pulgar una gota que le había quedado entre los labios. Se sentía segura en aquel cerco de luces que trazaban las velas en torno a ellos, manteniendo el resto del bar a oscuras. La penumbra le permitía escaparse de la mirada inquisitiva de su tío. Pero no lo suficiente.

—Te has comido mi comida, te has bebido mi café y mi vodka, así que creo que me merezco que digas qué te pasa.

—Los dos sabemos qué me pasa, Vasili.

El anciano se puso en pie muy despacio y empezó a recoger los platos. Tania lo retuvo por el brazo.

—Tienes que ayudarme. A ti te escuchará.

Velichko se deshizo de la mano de Tania y arrastró los pies hasta el fregadero.

—Anna Ajmátova sólo escucha a los escritores clásicos de su librería, y si están muertos mejor. Le molestan los vivos porque le discuten; la paciencia nunca fue su don. Ya deberías saberlo.

—Pero tú eres como su hermano.

Velichko apoyó sus manos en el mármol y cabeceó molesto.

—Vive a cien metros y no se ha dignado visitarme en un año.

—Todavía no entiendo este absurdo enfado entre vosotros. Nunca queréis decirme qué os pasó.

—Te lo acabo de decir. A tu madre no le gusta que le lleven la contraria ni que le canten las verdades.

—¿Qué verdades le cantaste para ofenderla de ese modo?

Vasili había empezado a colocar boca abajo los vasos del fregadero. Como si no le gustase el modo en que quedaron alineados, volvió a colocarlos.

—Cuando murió ese pobre niño, Roberto, le dije lo que le tenía que decir, y no me lo ha perdonado, ni me lo perdonará. Tu madre es como era él, ¿sabes? Igual que Stern. Si no estuviera convencida de mi lealtad, y sobre todo de que moriré pronto, ella misma se habría ocupado de callarme.

—No digas eso.

Velichko golpeó el mármol con el puño.

—¡Lo digo, claro que lo digo! Y si no estás dispuesta a aceptarlo, será mejor que salgas por esa puerta. Nadie, escúchame bien, nadie conoce mejor que yo a tu madre. Sé de sus virtudes y sé de sus defectos, he tenido pruebas de lo uno y lo otro durante más de sesenta años. La vi cuando era una niña sucia en un orfanato y la vi ocupar el trono de Ígor Stern, convertirse en la Matrioshka. Tu madre no me escuchará, Tania. Y yo no sé si quiero ayudarte.

—Ella me juró que lo de ese niño fue un accidente, que nunca le ordenó a Zinóviev que lo secuestrara y mucho menos que lo matase.

Vasili Velichko alzó la cabeza y deseó que le estallara. Volvió a la mesa, se llenó el vaso de vodka y mandó a la mierda al médico y al ardor de estómago. El vaso le tembló en los dedos y vertió parte del líquido.

—Y tú la creíste porque te convenía creerlo. Tú eres un alma limpia y pura, ¿verdad?

Tania no quería seguir escuchando. Ella nunca quiso saber nada de los negocios de su madre, por eso se marchó tan joven de casa, y por eso siempre existía ese duelo secreto entre ellas, ese choque de fuerzas. Ella no tenía que ver con la muerte de Laura ni de su hijo, no sabía nada de la Matrioshka ni de Ígor.

—Estás bebiendo demasiado, Vasili.

El anciano cogió la botella y la estampó contra la pared con inusitada energía.

—Podría beberme el puto bar entero y eso no cambiaría lo que sé y lo que sabes. ¿De dónde crees tú que salió el dinero para este bar, para la librería de tu madre, para tu universidad y tus escapadas de rebelde? Es la Matrioshka la que nos mantiene, sus negocios podridos que nosotros disfrazamos de honradez, de recuerdos y de nostalgia. Y todos lo sabemos y lo aceptamos. Tomamos una decisión aquella noche de San Juan de 1967. Y nunca hemos dado un paso atrás. Y tú rompiste la regla.

—¡Esa regla nunca tuvo que ver conmigo!

—Le mentiste a Gonzalo desde el principio, Tania. ¿Por qué no le dijiste quién eras, quién era tu madre y lo que hacía?

Tania negó obcecada.

—Yo no soy mi madre. No tengo nada que ver con el odio contra Elías Gil que le obsesiona. ¡Por Dios bendito! Sólo era una niña cuando pasó aquello. Ni siquiera puede recordar el rostro de la abuela Irina. Además, tú lo escribiste en ese informe: Elías trató de salvarlas a ambas mientras fue posible.

Vasili Velichko se había apaciguado. Contemplaba los cristales rotos esparcidos por el suelo y los pequeños charcos de vodka que acumulaban. Una hormiga agonizaba en ese mar destilado.

—No lo comprendes, y nunca lo has comprendido. El rencor que ha convertido a tu madre en lo que es no viene de Názino. Tal vez empezó a anidar allí, pero fue creciendo bajo la sombra de Ígor. Ciertamente, ella se resistió durante muchos años a dejarse devorar por esa maldad que no le pertenecía. A través de mí, y luego a través de Martin, se escapó, resistió, peleó. Yo estoy seguro de que tu madre habría vencido a Stern, que no se habría convertido en una criatura moldeada a su gusto. Tu nacimiento le dio fuerzas para huir, una vez más. Pero aquella noche de 1967 murió la verdadera Anna Ajmátova y su lugar lo ocupó la Matrioshka. Y todo fue culpa de Elías Gil. Es una paradoja interesante, ¿verdad? Elías e Ígor se odiaron toda la vida y llevaron su guerra allá donde se encontrarán. Curiosamente, después de dispararle en la cara y matarlo, Elías le entregó la última victoria a Ígor unas horas después, en aquel lago.

»Con aquella Anna yo podría interceder por ti y por Gonzalo, como podría haber hecho más por Laura y por su hijo, pero con esta mujer que es ahora tu madre, dura como el pedernal, créeme, las palabras son humo que se esfuma con el primer soplo. Te lo advertí, te avisé de que tarde o temprano esto pasaría. Tu madre nunca lo permitirá, nunca aceptará que estés con el hijo de Elías. Pensaste que podrías intercambiar con él algunas bromas inocentes, acercarte a fisgonear en su vida sin que hubiera serias consecuencias. Coqueteaste con él con una temeridad que sólo puede ser cosa tuya, sabiéndote a salvo, mimada a pesar de todo. Y seguiste adelante, indiferente al aviso de peligro que corría, no tú, sino él. Y lo metiste en tu cama... ¿Esperabas de verdad que Anna se quedaría con los brazos cruzados, sin hacer nada?

—Tienes que hablar con ella, por favor —le suplicó Tania—. Ella sabe dónde está, puede devolvérmelo. No será ningún peligro, ninguna amenaza. Nos iremos de aquí, lejos, para siempre.

Vasili se inclinó y empezó a recoger los cristales rotos.

—Ya es un poco tarde para eso. Tu madre lo ha dispuesto todo.

El Mercedes azul oscuro de Luis salió de la carretera nacional y se dirigió hacia una

comarcal que seguía tortuosamente el perfil abrupto del litoral, atravesando pequeños pueblos de veraneo que en noviembre eran como erizos que dormían recogidos sobre sí mismos. Cuando se detuvo frente a una casa en construcción en lo alto de un risco rodeado de pinares era ya de noche.

El último tramo, Alcázar tuvo que seguirle con las luces apagadas y a una distancia lejana para no verse delatado. Pero el sendero sólo conducía a aquella casa, cuyos cimientos se habían construido sobre la roca viva, ganando el espacio a la montaña. La estructura exterior estaba acabada y prometía ser una catedral de hierro, cristal y piedra, tres plantas encajonadas en superficies distintas como una escalera gigantesca, enormes ventanales y unas vistas de vértigo sobre el mar. Un lujurioso sueño inacabado, tal vez a causa de la fatiga del soñador. Luis era un arquitecto de imaginación desbordante, y también estaba podrido de pasta. Alcázar lanzó un silbido de admiración. Nunca logró entender del todo cómo Laura podía compaginar su vida de policía con aquella suntuosidad.

El vehículo estaba aparcado en un zaguán. No vio luz ni movimiento en el interior de la casa. Las cosas no tenían por qué ser complicadas. Abrió la guantera y sacó una Glock sin número registrado. Nunca en su vida había matado a nadie, y mucho menos a sangre fría. Pero eso no significó jamás que no pudiera hacerlo si era necesario. Afirmó el puño cerrado sobre la culata y observó que no temblaba. No tenía el corazón acelerado, ni le atosigaba la premura. Por una vez, pensaba con frialdad clarificadora. Conocía esta sensación, la reconcentración de los músculos, la contención de la respiración, agudizar la vista y el oído. El ritual del cazador antes de explotar como una fuerza devastadora.

Tenía que reconocerlo. Estaba hecho para esto.

Salió del coche con el arma en el bolsillo de la americana, el dedo fuera del gatillo pero una bala en la recámara sin seguro.

—Hazlo rápido y hazlo bien —se dijo, mientras buscaba entre los escombros y el material de construcción un hueco por el que colarse en la casa.

La luna proyectaba un círculo intermedio entre las ventanas de la planta baja. Alcázar observó desde fuera un buen rato antes de encontrar una lama abierta por la que pudo colarse y aparecer en lo que parecía ser un baño de cortesía. Ya estaba colocada la loza, pero sobre la bañera se amontonaba el polvo y un pájaro muerto. Una lástima de baño, pensó, admirando fugazmente los materiales nobles ahora abandonados.

La planta de abajo era diáfana, Alcázar calculó que tenía unos ciento cincuenta metros cuadrados. En algunos tramos el suelo era de parqué y en otros todavía era visible el planché de cemento. Las paredes estaban a medio pintar y colgaban los cables de apliques y enchufes. Detrás de una columna vio un resplandor vacilante. Se acercó despacio, intentando no pisar sobre los escombros. Había una chimenea de

hierro empotrada en un frontal de basalto gris. La chimenea estaba encendida y los leños secos crepitaban. A la derecha había un gran sillón y en el suelo una botella de alcohol. Luis estaba apoyado en el respaldo del sillón, contemplaba el fuego de espaldas.

—¿Qué clase de policía era usted, inspector? Desde luego, no de los discretos —dijo, sin volverse, frente al fuego, la mirada abatida, el pelo oscuro revuelto sobre su rostro ceñudo, la casa en ruinas donde debían haber compartido sus vidas él y Laura con Roberto. Y el mar de fondo, rugiendo como si la tormenta estuviera dispuesta a convertirse en la banda sonora de aquel encuentro.

—¿Me estabas esperando?

Luis sonrió, aunque la penumbra no permitía percibirlo.

—Desde el mismo día que maté a Zinóviev. Además de poco discreto, es usted muy lento, inspector.

La figura de Luis se apartó de la lumbre para erguirse desafiante frente al exinspector. Mostró las manos desnudas para demostrar que no suponía amenaza alguna. Pero lo era, y el peligro venía de su mirada extraña, centrifugadora.

Alcázar no se dejó atrapar por esos ojos en forma de enredadera. Se movió con cautela a su alrededor, observando con atención.

—Bueno, pues ya me tienes aquí —dijo de forma sinuosa—. ¿Me vas a decir dónde están Siaka y Gonzalo? ¿O tendremos que discutirlo?

Luis vaciló antes de contestar. Instintivamente la mirada se le escapó en dirección a la escalera y el detalle no le pasó inadvertido a Alcázar.

—Ahora están meditando sobre un juego que les he propuesto. No tardarán en tomar una decisión. —Era evidente que no iba a negar ninguna acusación. Al contrario, parecía ansioso por hablar.

—Ella no cree que usted sea capaz de hacerlo...

—¿Hacer qué? ¿Y quién es ella?

—Matar a Siaka y a Gonzalo. Por eso me ha llamado, para advertirme de que usted me seguiría hasta aquí.

Alcázar comprendió que hablaba de Anna. Ese beso fugaz, esa ironía en su despedida. Qué estúpido había sido al formular aquella sospecha de que Ígor era la Matrioshka. Anna Ajmátova debía de haberse reído mucho todos aquellos años a su costa, haciéndole creer que existía un hombre en la cúspide de la organización para la que trabajaba. ¿Y por qué un hombre? Porque Alcázar era de la antigua escuela y pensaba, estúpidamente, que ciertas cosas sólo podían hacerlas los hombres.

Luis consultó su reloj. ¿Cuánto tiempo necesitaban allí arriba para decidirse?

—¿Cómo cree que pude llegar hasta Zinóviev? Nunca lo habría logrado si ella no me hubiera facilitado las cosas. Y tampoco habría llegado a saber nunca que usted traicionaba a Laura aceptando sobornos de la gente que ella trataba de destruir.

Alcázar miró largamente a aquel hombre, preguntándose qué estaba sucediendo en su cabeza, que torcía de un modo extraño y nervioso.

—¿Y Laura llegó a saberlo?

—¿Que era un policía corrupto? —Luis asintió—. Lo descubrió poco antes de suicidarse.

—Podría haberme denunciado.

Luis negó con la cabeza.

—¿Estando usted bajo el paraguas del abogado más importante del país? ¿En qué hubiese quedado esa denuncia? Y por otra parte, Laura llegó a descubrir gracias a Siaka que usted la protegió varias veces de la ira de la Matrioshka. En realidad, inspector, la estaba protegiendo de Anna, aunque usted no lo supiera. No, ella quería mantenerle al margen, a pesar de todo.

Alcázar recordó aquella mañana en el merendero de la playa, cuando fue a decirle que Zinóviev estaba muerto y que iban a acusarla a ella del asesinato. Pensó en su mirada. Laura lo sabía todo en aquel momento. Sabía que Luis había matado a Zinóviev, y conocía la relación de Alcázar con la Matrioshka. ¿Sabía también quién era realmente Anna Ajmátova? ¿Sospechaba siquiera que estaba al frente de la organización? Era posible.

Luis intuyó la pregunta que se estaba abriendo entre las revelaciones del exinspector.

—Tenía una deuda con usted desde aquella noche de 1967 en el lago. Algo que nunca quiso contarme, pero que era lo suficientemente fuerte para no traicionar su confianza ni siquiera después de que muriese nuestro hijo. Siempre me he preguntado qué clase de deuda podía ligar de esa manera a Laura con alguien como usted.

Alcázar se apartó hacia uno de los grandes ventanales que se abismaban al mar. A lo lejos se veían las luces de Barcelona describiendo un arco amplio y en el horizonte palpitaban como pequeños corazones las luces de posición de los cargueros que se acercaban al puerto. Una vez Laura le contó que a su padre le encantaba pescar en el lago, y que solía llevar con él a Gonzalo, que pasaba el rato pegado a su padre sin rechistar. En cambio, a ella aquella espera la aburría y no le gustaba ir con él de excursión.

—¿Cómo puede ser que Anna te haya llamado para decirte que yo te estaba siguiendo? Ella es, en última instancia, la responsable de la muerte de tu hijo.

Luis negó con energía esa posibilidad.

—Anna no ordenó que Zinóviev matase a mi hijo, y tampoco que lo secuestrara. Él actuó por cuenta propia. Ya lo he dicho antes; ella fue quien permitió que le diese caza y no hizo nada para impedírmelo.

Alcázar miró a Luis con desprecio.

—Simplemente te utilizó; eso es lo que hace con todos nosotros. Ella ordenó ese

secuestro, y ahora entiendo la razón. Te convenció para que tú matases a Zinóviev, haciéndote creer que él era el único responsable de la muerte de tu hijo. Y con ello mató dos pájaros de un tiro: eliminaba a Zinóviev, que se había vuelto indiscreto y peligroso, y sacaba de en medio a Laura, que se estaba acercando demasiado a los negocios de la Matrioshka. Se hubiera contentado con que la acusaran del asesinato de Zinóviev y la metieran en la cárcel, pero apareciste tú y para Anna fue una suerte que Laura se suicidase. Y ahora nos ha traído a todos aquí, a esta ratonera, para cerrar el cepo.

—Todo muy melodramático, como una gran ópera rusa.

—¿No me crees? Hará que nos matemos unos a otros y luego se limitará a limpiar la sangre. Para eso tiene a Agustín González.

—No importa lo que yo crea, inspector. Importa lo que ahora vaya a suceder.

—¿Y qué va a suceder?

—Ella me ha dicho que le ha mandado a usted aquí con la misión de matarme.

Estaba loco, completamente fuera de la realidad. Alcázar se dio cuenta al advertir una mueca irónica en su boca, al tiempo que hacía el gesto de abalanzarse sobre él. El exinspector sacó la Glock y le apuntó al pecho.

—No seas gilipollas, hombre. Ya has hecho bastantes barbaridades.

Luis saltó sobre Alcázar con rapidez y su puño logró impactar contra el rostro del exinspector, aunque no con la fuerza suficiente para derribarlo. Alcázar, sorprendido, trastabilló pero logró mantener el equilibrio.

—¡Basta! —le gritó a Luis, empuñando el arma. Pero éste no se detuvo. Sonreía desquiciado, como si quisiera que él le disparase... ¿Y no era eso lo que quería? Alcázar apuntó a la rodilla y le disparó cuando se disponía a volver a la carga. Luis se derrumbó lanzando un aullido de dolor, sujetándose la pierna ensangrentada.

Alcázar sacó unos grilletes y arrastró a Luis hasta esposarlo a un pesado molde de hormigón.

—Y ahora, ¿me vas a decir dónde están el negro y el abogado?

—Que te den por el culo —masticó entre dientes Luis, reprimiendo el deseo de sollozar como un chiquillo—. Llama a una ambulancia, me has dejado cojo.

—Lo superarás. En la cárcel no tendrás que correr mucho, el patio de ejercicio es pequeño.

En aquel instante se escuchó una detonación seca en el piso superior.

—¿Qué coño ha sido eso?

Siaka y Gonzalo se miraron perplejos todavía con su suerte. Ninguno de los dos tenía un rasguño y el arma que Luis había dejado sobre la mesa estaba ahora en el suelo. El juego perverso ideado por aquel lunático disfrazado de vengador llegaba a su fin.

—Casi en el límite —dijo Gonzalo, consultando su reloj de pulsera. Luis había

sido preciso: en diez minutos volvería a la habitación, para entonces un disparo debería haber sonado y uno de ellos tendría que yacer en el suelo muerto. Si no era así, pasado ese tiempo abriría la habitación y los mataría a ambos.

—Podríamos haber ahorrado la bala. Al menos habríamos tenido una oportunidad de defendernos cuando entrase por esa puerta.

Siaka era quien había efectuado el disparo. El orificio de la bala era visible a pocos centímetros de Gonzalo, incrustado en la pared.

—Pensé que ibas a dispararme —murmuró Gonzalo.

—Y lo he hecho, pero he fallado —dijo Siaka.

Gonzalo no pudo adivinar si ese fallo había sido casual o voluntario. Unos instantes antes ambos habían estado mirando aquella pistola de manera hipnótica, negándose a decir algo o a mirar al otro por miedo a lo que pudieran intuir. Y cuando finalmente Siaka empuñó el arma y miró a Gonzalo con aquella mirada vacía, el abogado pensó que después de todo se había equivocado al mantenerse firme en su convicción de no ceder al chantaje de Luis. Pensó que las convicciones sólo sirven para morir más arropado.

Pero intencionadamente o no, Siaka había fallado, y los dos seguían con vida.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

Siaka se acercó a la puerta a escuchar. Gonzalo lo vio tensar los músculos y prepararse para la lucha. Siaka era un soldado, un hombre acostumbrado al dolor, a causarlo y a sufrirlo. La pelea, la violencia, eran su medio. Había soportado durante días las torturas, los golpes y las palizas de Luis y estaba tan quebrantado físicamente que no tenía ninguna posibilidad de vencer contra Luis, pero su mirada era feroz y determinada. Gonzalo no era así; él no habría resistido ni una décima parte del tormento que el joven había soportado y el miedo lo tenía clavado al suelo como si las tachuelas le atravesaran los pies.

—No puedo hacerlo. No puedo enfrentarme a él.

Siaka le lanzó una mirada furiosa.

—Todo hombre puede hacer cualquier cosa; yo lo he visto, basta dejarte llevar por la desesperación y el miedo se convertirá en ira, te lo aseguro. Piensa en tus hijos, o en esa pelirroja de la que me has hablado. Piensa en algo que te agarre a la vida y pelea por ella con saña. Pelea, Gonzalo.

Los pasos al otro lado de la escalera se hicieron más evidentes y en pocos segundos el pomo de la puerta giró desde fuera. La hoja de la puerta doble apenas se abrió, dejando penetrar un poco de la luz del vestíbulo.

Lo primero que vio Alcázar fue la imagen patética de Gonzalo plantado en medio de la estancia. A sus pies había una pistola. La huida de la mirada del abogado hacia la derecha previno al inspector justo a tiempo de percibir una silueta que se echaba sobre él con una pata de la mesa en la mano. No le costó demasiado echarse a un lado

y esquivar el golpe, revolviéndose a su vez con un fuerte puñetazo que impactó en las costillas de aquel bulto.

Antes de que el otro pudiera reaccionar, Alcázar le propinó un fuerte puntapié que le hizo doblarse sobre sí mismo con un gemido seco.

—¡Basta ya! —gritó, Gonzalo.

Alcázar volvió la atención hacia el abogado.

—¿Qué crees que estás haciendo con eso, Gonzalo?

Gonzalo había recogido el arma del suelo y apuntaba a Alcázar, con la esperanza de que éste no hubiera supuesto que estaba descargada.

—¡Apártate de él!

Alcázar observó con indiferencia a Siaka, que se arrastraba fuera de su alcance como una lombriz pisoteada.

—No voy a hacerte daño, Gonzalo. He venido a ayudarte. Baja el arma.

—¡Te he dicho que te apartes de él!

Alcázar empezaba a perder la paciencia. Dejó salir un soprido molesto y se tocó la sien con la punta del cañón de su Glock.

—¿O qué harás? ¿Escupirme? Sé perfectamente que esa pistola sólo tenía una bala, y según parece, ambos la habéis desperdiciado. En cambio a mí me quedan todavía seis, y las utilizaré si no dejáis de tocarme los cojones. Empiezo a estar más que harto de todos vosotros.

Gonzalo tuvo que rendirse a la evidencia. Alcázar se acercó y le quitó de las manos la pistola. La examinó para cerciorarse de que efectivamente no quedaba munición y la guardó en el cinturón. Luego se sentó en una silla y observó las maniobras de Siaka para ponerse en pie con la ayuda del abogado.

—¿Te mandan ellos para acabar con nosotros?

Ese plural le hizo gracia.

—No existe ningún ellos. Nunca existió. Sólo existe ella. La encantadora anciana Anna Ajmátova no es una suegra muy recomendable —se aventuró a bromear Alcázar—. La madre de Tania es la Matrioshka, Gonzalo. Y sí, es ella la que me ha mandado aquí para acabar con todos vosotros: contigo, con él —señaló a Siaka con la pistola— y con el demente de tu excuñado, que está desangrándose en la planta de abajo.

—No tienes que hacerlo, Alcázar. Luis tiene el ordenador.

—Ya lo sé. Repasé la grabación del día que te agredieron después de toparme con él en tu despacho. Y escuché el mensaje que Siaka te dejó en el contestador. Deberías haber acudido a mí en lugar de jugar a los héroes. —Alcázar observó con cierta simpatía al abogado y chasqueó la lengua—. Siempre has querido ser como tu padre y como tu hermana, ¿no? Lo lleváis en la sangre, eso de ser como polillas suicidas que se lanzan contra las bombillas incandescentes porque no soportan la oscuridad.

Preferís morir antes que aceptar la realidad de la noche.

Polillas, no, mariposas incandescentes. Eso parecían Gonzalo y Laura cuando eran niños y corrían uno tras otro jugando a los aviadores con el sol del atardecer cayendo sobre la casa del lago, prendiendo fuego a sus risas y a sus cabellos de niños. Seres valientes que no querían aceptar lo que estaba fuera de ellos y de sus juegos.

—No vayas, sigamos volando —le pedía Gonzalo cuando en la puerta del zaguán aparecía el único ojo furibundo de Elías y llamaba a su hermana.

¿Lo había olvidado? No, no lo había olvidado, seguía allí, en el fondo de su mente, como una huella petrificada de otra vida que muchas capas de tierra no habían conseguido enterrar del todo. Como la mirada valiente de Laura acariciándole las mejillas.

—Ve al pozo, que él no te atrape.

—No, al pozo no. A la oscuridad no.

Quería seguir en aquel juego, volar con su hermana, perseguir la cola de sus cabellos rubios, rodar con ella por tierra con la cazadora de aviador republicano de su madre, rozarse con la pinaza las rodillas y los codos y que ella viniera a curarle. Quería correr a sus brazos después de aquella pesadilla donde no recordaba la palabra, la frase que debía decir para salvarla hasta que era demasiado tarde. Y sentir el alivio de encontrarla en su cama, durmiendo y abriéndole los brazos sin abrir los ojos para acogerle en su mismo sueño. Juntos, fundidos en la misma cosa. Luciérnagas incandescentes que habían seguido siéndolo hasta el final de sus días. Él siempre pensó que quería ser un lobo flaco como Elías Gil, como su padre, un alma rebelde en pos de no sabía qué absurda idea de libertad. Pero ahora comprendía que siempre fue una de esas luciérnagas, por eso le fascinó desde el primer momento Tania, con sus alas ardiendo como un fénix, renaciendo de sí misma, inventándose para ser cualquier cosa que quisiera ser. Porque así fue Laura.

Y entonces, ante la boca del cañón de la pistola de Alcázar, vio aquella noche, la vio sin veladuras, su mente se negó a seguir mintiéndole y permitió que el muro se desmoronase, piedra sobre piedra: el cobertizo, la imagen de Laura tirada en el suelo con la falda levantada por encima de la cadera, llorando. Y él en la puerta del cobertizo.

—Te dije que te quedases en el pozo.

Pero él tenía miedo, miedo de la oscuridad. Y entonces vio a su padre, la espalda inclinada sobre la máquina de escribir. ¿Cómo era ese verso? ¿Cómo era? Y Gonzalo murmuró, casi para sus adentros: «la primera gota es la que empieza a horadar la piedra». Y el ojo de Elías Gil se volvió, buscándole en la oscuridad. Hasta descubrirle en aquel rincón del zaguán.

—Estabas allí, en la comisaría. Hablabas con mi madre, le decías lo que había pasado. Y ella intentó arañarte la cara, pero tú le sujetaste las muñecas. Y luego la

amenazaste. Le dijiste que si se atrevía a ponerle una mano encima a Laura te encargarías de ella, y de que todo el mundo supiera la clase de héroe que era Elías Gil.

Alcázar tragó saliva. Le brillaban las pupilas, diminutas bajo aquellas espesas cejas suyas. Eran como núcleos duros y lejanos de un universo que se expandía, el centro de una tristeza profunda. Recordó aquellos caramelos amargos y caducados que ofrecía a Laura, las risas juntos y las horas en las que casi se dejó arrastrar por su entusiasmo y su fe contra la Matrioshka. Ella creía en la bondad de las personas, creía que se podía vencer al mal, y casi estuvo a punto de hacerle militar entre sus filas. Laura era, tras la muerte de Cecilia, lo único que había tenido algo de decencia en su vida. Y la traicionó.

—Demasiado tarde para abrir esa puerta, abogado.

Se acercó a Siaka y le apuntó a la sien.

Gonzalo trató de impedirlo.

—Deja que se vaya. No dirá nada, y yo tampoco. Te lo juro.

Siaka apoyó la cabeza en la pared y arrastró hacia arriba los hombros. Tragó saliva y se enfrentó a la mirada de Alcázar.

Había visto a demasiados como él. Cobardes que sólo son valientes con un arma en la mano. Débiles que se hacen fuertes con el temor de los demás. Desde niño los había sufrido en sus carnes. Estaba cansado. Laura tenía razón, siempre la tuvo: podía vencerse, y no era necesario derrotarles, bastaba con enfrentarlos de cara. Una y otra vez, uno tras otro, hasta desnudarlos por entero, hasta dejarlos solos frente a sus debilidades de seres enfermos e incompletos. Bastaba con empezar, con ser el primero. Los otros vendrían después. Y ella ya lo había hecho. Era su turno.

—No le haga caso al abogado, inspector. Si no aprieta ese gatillo y me vuela la cabeza aquí mismo, le prometo que me arrastraré hasta el despacho de ese fiscal y se lo contaré todo, absolutamente todo de la Matrioshka. Y a por quien iré primero será a por usted. Así que más le vale acabar con esto, aquí y ahora.

Alcázar escuchó al joven sin dejar entrever un atisbo de emoción o de perplejidad.

—Tienes razón, hijo. Ya no se pueden cambiar las cosas.

El disparo retronó en la habitación y de allí voló por toda la casa junto al grito desesperado de Gonzalo, mientras el rostro de Siaka resbalaba hacia el suelo sin dejar de mirarle con los ojos muy abiertos.

El lago. Noche de San Juan de 1967

Elías ignoraba cuánto tiempo permaneció oculto como una criatura del páramo hasta que se decidió a acercarse a la casa pisando las amapolas que crecían en las veredas del sendero. El aire de la noche era suave, pacífico, y sin embargo él sudaba por todos los poros de su piel y su corazón martilleaba con tanta fuerza que temió que lo delatase.

A través de la ventana le llegó el rumor alegre de la *Obertura 1812* de Tchaikovsky en el tocadiscos. Bajo la luz de unas velas, Anna bailaba dando vueltas alrededor del salón con su hija cogida de las manos. La niña reía fuera de sí, girando en volandas guiada por su madre. Y esa risa tardaba mucho en llegar a Elías. Durante aquel breve instante en el que pudo observar a Anna y a su hija sin ser visto se preguntó aturdido si la sangre que manchaba su camisa y sus manos era real, o si tan solo había soñado que acababa de asesinar frente a una docena de testigos a Ígor Stern y a sus guardaespaldas.

Contempló sus dedos temblorosos. La policía ya debía de andar buscándole con el hijo de Ramón a la cabeza de la jauría. Y esta vez su amigo no podría ayudarle como en otras ocasiones.

La música se había detenido y al mirar de nuevo a través de la ventana, Elías se topó con el rostro enrojecido de Anna que lo miraba fijamente. Se inclinó, le dijo algo a su hija y la niña desapareció escaleras arriba. Durante un instante Anna permaneció indecisa, pero enseguida fue hasta la puerta de la casa y se detuvo frente a Elías, con los brazos cruzados sin franquearle el paso. Elías se dio cuenta de la cara que puso al ver la camisa y las manos manchadas de sangre y anticipó con brutalidad la respuesta a la pregunta que Anna le demandó en silencio.

—Lo he matado —dijo sin rastro de orgullo o de culpa.

Anna lo miró con algo parecido a la náusea, se tocó levemente el vientre pero enseguida se recompuso y sus ojos lo observaron inquisitivamente.

—¿Y qué esperas de mí?

En ese momento atronaron a lo lejos los primeros petardos. Era la noche de San Juan, la noche de las brujas, de la magia, la noche en la que el fuego y la luna lo purificaban todo. Simultáneamente ambos alzaron la cabeza hacia un cielo preñado de estrellas y contemplaron cómo una explosión de color se abría como una onda para derretirse en mil partículas de colores que iluminaron la superficie tranquila del lago. Cuando el resplandor se apagó, volvieron a mirarse en silencio. La luz del interior de la casa cosía la silueta de Anna al quicio de la puerta pero mantenía oculto

su rostro. El de Elías era delatado parcialmente por la luna. Ambos parecían seres ilusorios. Pero eran reales. Elías adelantó el brazo y quiso tocar el rostro de Anna, pero ésta lo esquivó con un gesto de repulsa.

—No te atrevas a tocarme.

Desconcertado, Elías se frotó la frente.

—Ahora ya eres libre.

Anna lo miró con los ojos muy abiertos, como si estuviera loco. Soltó una carcajada que sonó con hondura, como si le costara emerger a la superficie. Movié la cabeza, realmente asombrada.

—¿Hablas en serio? ¿Pretendes hacerme creer que lo has matado por mí?

—Por ti, por Irina, por Claude, por Michael, por Martin, por mí.

La risa de Anna se volvió nerviosa hasta alcanzar un punto rabioso. Odiaba a aquel hombre, Dios, cómo lo odiaba. Casi tanto como había odiado a Ígor Stern.

—¿Esperas que me eche en tus brazos, Elías? ¿Esperas que te reverencie, que te bese los pies como a mi salvador? Llegas tarde, treinta y cuatro años tarde — masculló sin poder impedir que sus últimas palabras estallaran en un llanto doloroso, contra el que quiso revolverse, fregándose violentamente el dorso de la mano contra los ojos enrojecidos.

La gente que se dice honrada se contenta con no hacer nada temerario y si puede, ni siquiera hace nada. Se dejan arrastrar por la inercia, asumen sus pequeños vicios con venialidad y agrandan sus virtudes con notables golpes de pecho. Todos se atreven a juzgar, todos se sienten a salvo en su carro alado de decencia y honradez. Pero en el país de los bárbaros creado por Ígor Stern las reglas civilizadas no servían para nada, y Anna había cruzado hacía ya tiempo al otro lado del Rubicón. Sí, Ígor le había hecho el dudoso regalo de su imperio, y con él lo peor de sí misma. Ojalá no hubiera mordido aquella manzana del conocimiento, ojalá hubiera resistido un poco más sin doblarse a su voluntad, pero ahora ya era tarde: conocía el poder, el dominio y lo absurdamente delgada que es la línea que separa eso que ingenuamente llaman el bien y el mal.

—¿Dónde estabas cuando tenía tres, cinco, ocho, diez, doce años? ¿Dónde cuando gritaba de miedo por las noches, cada vez que Ígor me entregaba a sus hombres para violarme, para hacerme padecer toda clase de humillaciones? ¿Dónde estabas tú cuando me escondía debajo de la cama temblando de frío para que no me encontrase cuando aparecía borracho? No viniste en mi ayuda las veces que intenté escapar, ni me protegiste del mundo. Aprendí a hacerlo sola, y aprendí deprisa, hasta que por fin lo comprendí. Era una criatura suya, y sólo dejaría de sufrir cuando aceptase mi naturaleza.

Y cuando lo comprendió dejó de ofrecer resistencia a las manos que moldearon su alma, cerró los ojos y se dejó caer sin importar ya nada, y descubrió que en la

oscuridad no se estaba tan mal. Se convirtió en una joven flexible y complaciente, demostró dotes para la astucia y la manipulación de los hombres, paciencia para aprender, escuchar y callar.

—¿Qué aprendí? Más de lo que deseaba y mucho más de lo que necesitaba sobre la naturaleza humana.

A medida que pasaron los años se fue sintiendo más aislada y más lejos de lo que acontecía fuera de los muros del mundo de Ígor Stern, de sus prostíbulos, negocios sucios, drogas y armas. Creció bajo esas rígidas normas, las asumió como propias y llegó a ganarse el respeto de Ígor y de sus hombres. ¿Llegó él a comportarse alguna vez como un padre, a quererla al menos, aunque fuera a su manera salvaje y enfermiza? Nunca, aunque a veces sabía crear la ficción de un cuento de hadas donde las princesas la sentaban a su lado en los palcos de la ópera, donde París era una postal de madrugada desde una limusina bordeando el Sena de madrugada, o donde los mares se apaciguaban bajo el canto de un gondolero en Venecia.

Anna llegó a admirar el miedo y el respeto que inspiraba, siempre inseparables el uno del otro, cercanos a la admiración que le profesaban incluso sus enemigos. Llegó a convertirse en un dandi que nunca alzaba la voz ni discutía los detalles de sus operaciones. Pero cuando tomaba una decisión ésta debía cumplirse a rajatabla y sin dilaciones, y todos lo sabían. Nada ni nadie era capaz de conmoverlo. Y acaso, ¿no es ésa la virtud de los dioses?

—Nunca fui esa niña que tú crees recordar; y si lo fui, dejé de serlo muy pronto.

Su voz era seca, pero se ablandaba con un matiz de ansiedad. «Mírame —le decían sus ojos irritados por las lágrimas— porque nunca volverás a ver, ni tú ni nadie, una muestra de debilidad en mí». La noche de San Juan se extendía ante ellos, en el pueblo ya ardían las hogueras y esos fuegos fatuos no llegaban sino en forma de débiles resplandores hasta la casa. Debía de ser una noche hermosa, donde los novios se arrebataban y donde el cielo y la tierra parecían más cerca que nunca. Las familias se reunían en la verbena de la plaza con sus mejores galas, los abuelos sacaban las sillas y las guitarras, se tocaban los tambores y las *grallas*, se reía, se bebía y se olvidaba. Pero aquella alegría se iba infectando de algo maligno a medida que la cola de la música se introducía en el valle, ascendía hasta el lago y envolvía a Elías y a Anna.

Hubo un momento de silencio y después Anna irguió el cuello y alzó los hombros. Había recuperado el control.

—¿Crees que la muerte de Ígor cancela todas las deudas? No, claro que no. Tú y Stern tenéis la misma raíz: el poder, el orgullo y la vanidad. Tú lo disfrazas de virtud y en eso él al menos fue más honesto; convirtió el dominio de los demás en su obsesión, en su ejercicio más fascinante, se preciaba de conocer todos los recovecos del alma, pero tú te le resistías una y otra vez. Como esa absurda historia del abrigo

por la que perdiste el ojo; no dejaba de repetirlo, de contarlo una y otra vez, y lo hacía con admiración, como si fuese algo digno de él mismo, de un hijo suyo, de un hermano. Ésa es la paradoja: te odiaba cuanto más te admiraba; se hacía más detestable cuanto más creía tu leyenda de héroe, porque quería ser como tú, tener el reconocimiento de sus iguales. Y sin embargo, ambos sois el resultado de la misma simbiosis. Tú finges que te interesan los principios, pero no dudas en traicionarlos si ello te conviene: lo hiciste con mi madre, la dejaste ahogarse para salvarte. Me entregaste a Ígor para salvar la vida, y no dudaste en vender a tus camaradas a la policía española para ver cumplida tu venganza contra Ígor... Él nunca te lo censuró, porque es exactamente lo mismo que hubiera hecho de encontrarse en tu situación.

»Lo que le ofendía era tu cobardía, la negación a aceptar tu verdadera naturaleza. Tú apelabas a la ética para torturar y matar y él simplemente lo llamaba pragmatismo. Él estaba convencido de la inevitable naturaleza corrupta del ser humano y tú lo escondías todo en una repugnante teoría del idealismo.

»No, Elías. Tú no eres mejor que él, puede que seas incluso peor. Te presentas en mi casa, me muestras tus ropas manchadas con la sangre de Ígor y piensas que yo te voy a absolver, que voy a conservar tu honestidad.

Anna Ajmátova miraba ahora serena y alerta a Elías:

—Es una idea tentadora, ¿verdad? Abrazarnos, fingir que no somos lo que somos, perdonarnos en aras de un pasado que no es el mismo para ninguno de nosotros. Pero no te engañes: eres un cobarde. Has matado a Ígor delante de todos esos testigos, a plena luz del día, porque prefieres que te recuerden como el asesino de un mafioso soviético que como un traidor y un hombre, en definitiva, con los pies de barro. Pensaste que iba a delatarte, que saldría a la luz el informe de Velichko, tu colaboración en los asesinatos de Beria y en las operaciones sucias de Ígor durante la guerra; pero lo que más te aterraba era que saliera a la luz tu colaboración con Ramón Alcázar, ese amigo tuyo comisario de la brigada político-social. Los nombres de todos los camaradas muertos, huidos o encarcelados por tu culpa. Y eso es algo que la vanidad de un gran hombre no puede aceptar. Quieres tu lugar en la historia y en la memoria de ese hijo tuyo. Esperas que te admiren después de muerto. En el fondo, sólo es eso, puro narcisismo.

Volvió a callar y sopesó cuidadosamente lo que iba a decir a continuación, arrojando las palabras con calculado peso para aplastar a Elías.

—Ígor Stern está muerto... Pero yo sigo con vida y sé lo mismo que sabía él.

Elías Gil respiraba con fuerza. De nuevo sentía la punzada en el ojo vacío, los gusanos comiéndose esa oscuridad, penetrando hasta su cerebro hasta enloquecerlo. Se sujetó la sien como si la cabeza fuese a estallarle.

—No me amenazas, Anna. No me lo merezco, no es justo. Tú no puedes recordar lo que fue aquello.

Anna Ajmátova se permitió un gesto insólito. Alargó los dedos y acarició el parche de Elías.

—He estado allí, muchas veces, después de lo que pasó. Es curioso, pero la hierba lo ha cubierto todo, la gente no recuerda, y es como si nunca hubiera pasado. No, no puedo recordarlo, tienes razón... Pero sí todo lo que vino después.

Instintivamente, Elías aprisionó la muñeca de Anna y apartó sus dedos. Había peleado toda su vida contra Ígor Stern, pero nunca pudo vencerlo. Creía que al matarlo podía arrebatarse a Anna, su mayor creación, pero incluso después de muerto Ígor se burlaba de él. Anna se le escurría como la extraña que era y podía sentir cómo le quemaba el odio en la punta de los dedos.

—¿Y qué pretendes? ¿Qué quieres de mí?

Era una pregunta terriblemente ingenua porque esperaba que ella aventurase una conjetura. Anna movió los dedos como los filamentos de una medusa atrapada en el puño cerrado de Elías.

—Me decepcionas mucho... ¿Qué esperas, qué supones que voy a hacer? ¿Por qué razón crees que he venido tantos años después? ¿Por nostalgia, por curiosidad? No seas absurdo.

—Vas a denunciarme.

Anna le dirigió una mirada inquisitiva.

—Puede que espere a que tu hijo mayor crezca para contarle la verdad. Puede que me convierta en una sombra sobre la vida de tu hija mayor, esperando el momento de caer sobre ella... O puede que no haga nada de eso, que siga mi camino y me olvide de los Gil, si haces algo por mí.

El rostro de Anna era ahora como el del lago. Tranquilo, sin honduras ni riesgos.

—¿Qué quieres?

—Dos cosas que me pertenecen por derecho.

—¡Déjate de rodeos, maldita sea!

—Quiero que me devuelvas el medallón de mi madre. Nunca te perteneció, ni ella tampoco.

Elías Gil la miró perplejo. Sintió una ráfaga de frío proveniente de Siberia, la Siberia que vivía dentro de él y que se asomaba al mundo por el balcón de su ojo vacío.

—¿Cuál es la otra?

Anna dio un paso hacia el borde del cono de luz junto a la puerta de la casa. Más allá se veía el reflejo de la luna en la superficie del lago.

—Tu vida, la que debiste dejar en aquel río. Quiero que te suicides en ese lago donde traes a tu hijo a pescar.

Elías le miró con asombrado dolor.

—Te salvé la vida en ese río, Anna.

—Para entregarla un poco más allá —respondió ella, inflexible.

Un cansancio infinito envolvió a Elías. Cerró los ojos y permaneció inmóvil mientras la frustración lo atravesaba.

—¡No! —Fue la rotunda negación.

Anna sonrió. Lo esperaba.

—¿Sabes lo que eso significará para ti y para los tuyos mientras yo viva?

Elías apretó los puños con tensión, alcanzando a divisar el sombrío perfil de otra posibilidad.

—Mientras tú vivas...

Se abalanzó sobre ella, la alzó a dos palmos del suelo estrechándole el cuello con una mano y la tumbó violentamente en el suelo, tratando de sujetarla con las rodillas y con la mano que le quedaba libre. Anna no era una mujer sumisa, se revolvió, pateó y le mordió con ferocidad. Tuvo que golpearla con fuerza para que dejara de resistir y entonces le apretó la tráquea con ambas manos. Estaba furioso, fuera de sí, y toda la rabia de una vida le manaba en oleadas desesperadas a las manos y le gritaba: «¡Mátala! ¡Ponte a salvo!».

—¿Mamá?

La voz de la niña saltó por encima de sus hombros. Elías ladeó la cabeza y la vio reluciendo en el quicio de la puerta, con el pelo rojo suelto sobre sus pequeños hombros, huesudos y pecosos. Sus ojos eran como el cobre, dilatados de miedo. Y Elías se vio en ellos convertido en lo que tanto odiaba; se vio tumbado entre los raíles de una vía, moribundo y derrotado, contemplando cómo se apagaba el ojo de cuero de un alce majestuoso abatido a pocos metros mientras la sangre manaba de su boca y se hacía río sobre la nieve. Vio la mano de Irina tendiendo hacia él sus dedos y diciéndole: «Ponte en pie».

La memoria se revolvía maníaca, se resistía como Anna. Asombrado de sí mismo, Elías aflojó la presión sobre su cuello y se contempló aquellos apéndices que no reconocía como sus dedos. Y como un gran árbol talado que sólo espera un empujón para caer, bastó que Anna lo apartara con una rodilla para que Elías se desplomara a un lado, con un temblor de sollozo que le sacudió el cuerpo. A duras penas, Anna logró ponerse en pie, se arrastró hasta Tania, tomándola en brazos con urgencia y se encerró en la casa, cerrando puertas y ventanas.

Elías seguía tumbado, ahora boca arriba. El firmamento lo observaba desde su efusión de estrellas y luces confusas. Y en aquellos fulgores, Elías Gil contempló sus oportunidades perdidas.

—Cobarde —masculló—. ¡Puto cobarde!

Si esperaba la réplica de aquel millón de estrellas titilando sobre su resquemor, no la obtuvo.

El pequeño Gonzalo disimulaba su miedo a los petardos con una sonrisa nerviosa. A cada explosión se pegaba más al cuerpo de su hermana, y Laura, que conocía su pánico, decidió que no era ocasión para burlarse de él. Sin decir nada que pudiera avergonzarlo, le pasó el brazo por el hombro y sugirió que debían regresar a la casa. Aquella excusa permitió a Gonzalo una retirada airosa de la verbena donde los otros chiquillos del valle continuarían durante buena parte de la noche saltando sobre las hogueras, lanzando petardos y correteando entre las mesas donde los mayores esperarían el amanecer entre risas, chismorreos y música.

La ladera iniciaba un suave declive, de modo que antes de descender la pendiente se tenía una vista completa del valle y de las casas que bordeaban la zona del lago. No eran muchas, tres o cuatro en un radio de dos o tres kilómetros. Laura le preguntó a Gonzalo si era capaz de reconocer la suya y el niño señaló la que quedaba en el extremo sur, algo más apartada del lago que las otras. Las luces estaban encendidas y desde lo alto era como una lámpara de gas flotando en la oscuridad. Laura asintió, pero su atención se había concentrado en el sendero que discurría paralelo al lado este del lago; los faros de un coche y un lejano ronroneo mecánico discurrían en línea recta hacia su casa. Laura reconoció el ruido del viejo Renault de su padre, miró hacia el origen y vio que procedía de la casa de veraneo que había alquilado aquella mujer con su hija, de la que todo el mundo hablaba en el pueblo.

Ella todavía no había tenido la ocasión de verla más que de lejos y le había parecido una mujer muy guapa, o en todo caso, muy distinta a las mujeres con las que Laura estaba acostumbrada a tratar. Además paseaba a su hija por el pueblo y los niños la seguían a una distancia prudente como si la chiquilla fuese una atracción de feria. A todos les llamaba vivamente la impresión el color tan rojo de su pelo y el brillo tan gris de sus ojos. Unos días antes, Laura había sorprendido a madre e hija cerca del embarcadero, observando a su padre y a Gonzalo pescando. Se preguntó por qué estaban allí, y tuvo la sensación de que en su actitud, medio escondida detrás de los pinos negros, aquella mujer demostraba algo que no estaba bien.

Laura hizo ruido para anunciar su presencia y la mujer se volvió y la vio de lejos. Sonrió tímidamente, cogió a su hija de la mano y se alejó por el sendero opuesto. Al acercarse al rincón desde donde había estado espiando a su padre y a su hermano aquella mujer, Laura vio que la niña que la acompañaba había estado dibujando en la tierra, abriendo un hueco entre la pinaza. Miró entre las ramas las figuras tranquilas, sedentes de su padre y su hermano, que no se habían dado cuenta de su presencia, y por alguna razón decidió guardar aquella escena en secreto. Para el instinto de Laura no había pasado inadvertido que, desde que aquella mujer y su hija habían aparecido en el valle, la actitud de su padre había vuelto a ser nerviosa e imprevisible como en sus peores épocas. La novedad estaba en que también su madre, Esperanza, parecía alterarse al oír mencionarla.

Que su padre viniese de la casa que esa mujer tenía alquilada no podía traer nada bueno para ella. Laura se estrechó indecisa la camisa de lana descolorida. No tenía más opción que descender por la pendiente, que en el último tramo se hacía más agreste, y cruzar los dedos para que él no estuviera esperándola.

Tomó a Gonzalo del brazo y emprendió el descenso, apoyando los talones y dando pequeños brincos para no caerse. Gonzalo la imitaba con naturalidad de cabra montesa entre risas que Laura le ordenó sofocar con un dedo sellando los labios. Algo desconcertado por aquel repentino cambio de humor en su hermana, el niño se avino.

Antes de levantar los tablones de la cerca, Laura le pasó revista a su hermano, asegurándose de que no había motivos para provocar la furia de su padre. Por supuesto, él no los necesitaba, bastaba cualquier excusa para detonar su carácter, pero Laura siempre trataba de minimizar las oportunidades de enfurecerlo. Ella misma se ajustó los calcetines, estiró la cinturilla de la falda y frotó con el dorso de la manga de la camisa sus zapatos y los de Gonzalo.

—Escucha bien lo que te digo; si te miro y te señalo que vayas al pozo lo haces sin rechistar, ¿estamos?

Gonzalo negó tercamente. El pozo le daba miedo, y más esta noche de petardos que le sacudían los nervios. Pero Laura no le dio opción de protestar. Lo cogió por los hombros y lo zarandó con urgencia.

—¡Sin rechistar, Gonzalo!

Laura aferró con tanta fuerza su mano que le hizo lanzar un gemido de dolor. Estaba tan asustada que no se daba cuenta de que no aferraba a su hermano para protegerle sino para asirse ella misma a algo; algo que no la hiciera sentir tan sola mientras caminaban despacio hacia la entrada entreabierta de la casa. «Al menos, la luz del cobertizo está apagada», pensó Laura buscando alivio en cualquier detalle que desmintiera su intuición. A la derecha de la casa vio la sombra de su madre entre la ropa tendida. La llamó, pero no fue su madre quien apareció, trastabillando y llevándose por delante una sábana. Al incorporarse, cubierto ridículamente como un fantasma, su padre lanzó una injuria. Hubiera resultado una escena de lo más cómica, de no ser por la botella que llevaba en la mano derecha y por la camisa manchada de sangre seca que llevaba puesta. La luna le daba de espaldas y lo hacía brillar como un líquido reflectante.

—Una luciérnaga gigante —dijo Gonzalo. Laura le tapó la boca. Pero su padre ya los había visto y caminaba hacia ellos, balanceándose en un precario equilibrio.

—Ve al pozo —murmuró Laura.

—No quiero.

Laura tuvo que clavarle las uñas en la carne para hacerle obedecer. Sólo sintió un leve alivio al verle desaparecer tras la casa. Al volverse hacia el tendedero sólo tuvo tiempo de ver la enorme mano de su padre cogiéndola del pelo.

—Shhh, no grites; no queremos despertar a tu madre, ¿verdad?

Laura negó mecánicamente.

—Esta noche me apetece escribir mientras te escucho recitar a Mayakovski. Repasaremos juntos lo que has aprendido. —El aliento de Elías era abrasivo y la lengua se tropezaba con las palabras dejándolas inconclusas.

Laura sabía que si permitía al llanto aparecer sería mucho peor. Su padre no soportaba la debilidad, sus súplicas sólo lo enfurecían más. Lo mejor era quedarse quieta, hacerse piedra y esperar a que pasase el temporal. Solía darle resultado casi siempre, él se limitaba a gritar, a beber y a escribir, a veces se golpeaba contra la pared o la insultaba. Eso era casi siempre, pero algunas veces no bastaba con volverse estatua. Y en la mirada verde de su padre vio que aquélla sería una de esas noches en las que nada ni nadie podría evitar que pasara lo que iba a pasar.

No lograba recordar la primera vez. A veces pensaba que había nacido con ese estigma, y durante años creyó que formaba parte de la normalidad que su padre le hiciera daño, hasta que empezó a discernir en la mirada esquiva de su madre la culpa silenciosa y en los amaneceres del día después el remordimiento retorcido de su padre, que era cruel y distante con ambas. Una vez, la única que le dijo a su madre lo que pasaba en el cobertizo, Esperanza la golpeó con tal furia que le hizo saltar gotas de sangre de la nariz. La insultó, la llamó puta, la arrastró por los pelos. Laura pensó que iba a matarla. Hasta que se calmó y se quedó muy quieta, mirando el manojo de pelos que le había arrancado. Irguió los hombros y apretó las mandíbulas.

—Mientes. Y si te oigo repetir esa mentira delante de quien sea, yo misma te echaré de esta casa.

Laura tenía once años, y pensó que todo aquello era culpa suya, puesto que su padre y su madre se empeñaban en hacérselo creer. Vivía tan aterrada ante la idea de que no la quisieran, de que su madre cumpliera la amenaza de echarla de casa, que nunca más volvió a mencionar lo que ocurría en el cobertizo.

Aunque seguía ocurriendo, no siempre, no del mismo modo, pero nunca desaparecía del todo la pesadilla, pasaban meses, incluso años, pero el monstruo que se apoderaba de su padre siempre volvía a buscarla.

Gonzalo sabía que su hermana se enfurecería si descubría que no la había obedecido. Pero aquella noche estaba tan asustado y tan nervioso que no se vio con ánimo de afrontar solo la espera en la oscuridad húmeda del pozo. En lugar de hacerlo, empujó la puerta atrancada de la puerta y entró en la casa, procurando no hacer ruido. Su madre padecía de jaquecas y migrañas y había que moverse sin hacer ruido, como fantasmas en un monasterio abandonado, a oscuras.

—¿Te has limpiado los zapatos?

La voz de su madre dejó a Gonzalo paralizado en medio del pasillo. Ladeó la

cabeza y la vio sentada frente a la chimenea apagada, contemplando la boca tiznada y la leña seca acumulada. En el regazo acariciaba su hermosa cazadora de aviador republicano y tenía un medallón entre los dedos. Debía de haber estado llorando. La nariz enrojecida y los ojos irritados la delataban. Una guedeja se le había escapado de la horquilla y le colgaba como una cascada gris.

—Sí, madre —dijo Gonzalo, mostrando los zapatos en ambas manos, como si fueran dos conejos recién cazados. Esperanza sonrió como ausente y alargó un brazo para que se acercara. El niño avanzó sin miedo hasta su regazo y se dejó acariciar el pelo rapado y las orejas demasiado separadas del cráneo. Quería a su madre, no tanto como a Laura, claro.

—¿Dónde está tu hermana?

—En el cobertizo, con padre.

La mirada de Esperanza era como esa grieta que se abre bajo el peso de una pisada en el hielo, justo antes de romperse. Sin que Gonzalo entendiera la razón, lo estrechó con mucha fuerza, y luego se inclinó sobre él, pasó su brazo por una de las mangas de la cazadora y después por el otro, le abrochó la cremallera, y sonrió.

—В первом раскрывающемся списке, падает, начинает вырваться из камня.

Gonzalo sólo entendió algunas palabras. Su madre no solía hablarle en ruso.

—Что означает?

—Significa algo así como que tras la primera gota, la catarata emerge de la piedra. Es parte de un viejo poema que tu padre y yo solíamos recitar juntos.

Gonzalo no comprendió lo que su madre trataba de decirle, y ésta, como si hubiera reparado de repente en la evidencia de que su hijo sólo era un niño, acarició el parche de su cazadora y le dio un beso.

—Es tarde. Sube a tu habitación.

—¿Puedo dormir con la cazadora?

Esperanza asintió.

Aquella noche las polillas se lanzaban con tontura suicida contra el pequeño foco que alumbraba el cobertizo. Desde la ventana de su habitación, Gonzalo casi oía cómo se incendiaban sus alas. No tenía sueño, y aunque el peso y el forro de la cazadora de su madre le hacían sudar, no tenía ninguna intención de quitársela. Durante un rato estuvo mirando en el alféizar el medallón con la imagen bastante borrosa de aquella mujer y la niña que sostenía en brazos. Su madre lo había olvidado en el bolsillo interior. Gonzalo pensó que debía de ser importante para ella, así que lo devolvió a su sitio.

Y mientras miraba las últimas luces de la verbena empezó a repetir aquel largo verso que su madre le había enseñado. Le resultaba difícil memorizar el difícil idioma en el que ella y su padre hablaban a veces, sobre todo cuando estaban enfadados. Laura no lo necesitaba, ella aprendía muy rápido, pero Gonzalo esperaba poder darle

una sorpresa. Sin embargo, al cabo de unos minutos, casi había olvidado todas las palabras.

Tenía miedo de lo que le diría Laura cuando volviera del cobertizo y fuera al pozo en su busca para descubrir que no estaba allí. A él no le gustaba estar solo en la casa cuando su padre se encerraba con Laura. Lo oía gritar y lanzar cosas contra las paredes, y en la casa por el contrario todo se quedaba muy quieto, como si su madre y todos los muebles que había quisieran ser invisibles o ponerse de lado, muy pegados a la pared para que él no los encontrara.

Pero ahora Gonzalo tenía la cazadora de su madre, y estaba seguro de que a su hermana se le pasaría el enfado cuando lo viera con ella. También a su padre se le pasaría el mal humor si él lograba recitarle en ruso ese verso antes de olvidarlo por completo. De su corazón infantil salió la necesidad imperiosa de salir por la ventana, descolgarse por el gran abedul y correr al cobertizo. No importaba que su madre le tuviera terminantemente prohibido acercarse allí cuando su padre estaba encerrado. Algo le decía que su hermana lo necesitaba.

En la última rama se le enganchó la mano y se llevó un buen arañazo. Pero lo que más le preocupó fue que la cazadora no tuviera un siete. Estaba entera y eso le alivió. Caminó hasta el cobertizo descalzo sin notar las agujas de la pinaza en las plantas de los pies. Podía guiarse con los ojos cerrados en el espacio de la finca, la casa, el granero, el cobertizo, más allá el pozo, el arroyo y el puente de madera que salvaba la hondonada hasta el pinar. Se acercó hasta la ventana del cobertizo y se puso de puntillas para mirar al interior. Sobre su cabeza, las alocadas polillas iban y venían sin decidirse por lo uno o lo otro.

En el interior del cobertizo vio a su padre inclinado sobre la máquina de escribir. Gonzalo podía escuchar el traqueteo de las teclas y el silbido del rodillo. Buscó a Laura y la vio de pie tras él, a unos pasos. Tenía las manos fuertemente apretadas y estaba muy rígida. La luz de una bombilla de baja intensidad le alumbraba parcialmente la cara. Gonzalo se dio un susto de muerte, retrocedió y casi se cayó al suelo. Laura tenía la cara amoratada y llena de sangre.

La puerta del cobertizo estaba entornada. Gonzalo veía el cono de luz proyectando la sombra agigantada de su padre y escuchó su voz aguardentosa hablarle a Laura en ruso. Le preguntaba algo, y Laura respondía con una voz que no parecía suya sino prestada, de tan bajito que hablaba. Gonzalo se puso a gatas, entró en el cobertizo y permaneció en el lado donde la luz de la bombilla no alcanzaba. Y entonces vio a su padre lanzar con tanta fuerza la máquina de escribir contra la pared que el nácar que protegía las teclas saltó hecho pedazos. Una esquirla de «ñ» se clavó en el tobillo del chiquillo. Luego su padre se abalanzó sobre Laura, se encaró a dos dedos de su rostro, gritándole, le rasgó la blusa haciendo que saltaran todos los botones y dejando sus pequeños pechos al aire. Luego la alzó dos palmos del suelo y

la arrojó con violencia contra el suelo.

—¿Cómo continúa el poema? ¡Te lo he enseñado mil veces!

No lo recordaba. Laura no lo recordaba, y trataba desesperadamente de hacerlo, pero era inútil. Su padre la atosigaba y el miedo le borraba la memoria. Sintió escozor en la cara y vio cómo su sangre se deshacía de ella para alejarse como un pequeño meandro sobre el piso del cobertizo. Intentaba no escuchar a su padre, no pensar en lo que iba a pasar ahora, cuando él la obligara a ponerse a horcajadas con las piernas abiertas. Y entonces, concentrada en ese rumor de su sangre goteando sobre la piedra, vio parcialmente el abultamiento del cuerpo de Gonzalo. Y fue como si la sangre que aún no había derramado se hiciera hielo.

El niño la miraba presa del pánico, sin comprender qué estaba sucediendo. Laura trató de alargar la mano hasta él para tranquilizarlo, pero su padre la arrastró por los pies alejándola de él y obligándola a dar la vuelta.

—La primera gota que cae...

Elías Gil miró hacia la oscuridad de la que acababa de surgir aquella voz. Su ojo histérico y enloquecido se afiló hasta descubrir la sombra temblorosa de su hijo pequeño. Soltó a Laura y se acercó al rincón.

—Déjalo; a él déjalo —imploró Laura, pero Elías no le hizo caso. Agarró con la mano a Gonzalo y tiró de él hacia la luz.

El niño empezó a llorar con desconuelo, mirando alternativamente a su padre y a su hermana, sin reconocer a ninguno. Quería desembarazarse de la mano de su padre pero éste lo estrechaba cada vez con más fuerza.

—¿Qué has dicho? ¡Repítelo!

Pero el chiquillo estaba aterrado y no lograba articular ninguna palabra, y cuanto más lloraba más estallaban punzadas de agudísimo dolor en la cabeza de Elías, hasta el punto de hacer que el cielo hirviera como un horno.

—¿Dónde lo has aprendido? ¡Ese verso...!

Necesitaba tranquilizarse, pero no lo lograba. El ojo vacío le palpitaba como el corazón de una planta carnívora, ciego de ira, ahíto de rabia.

—Deja de llorar, maldita sea: no soporto el llanto.

Pero el pequeño no paraba. No paraba, y a él iba a estallarle la cabeza. No tenía que estar allí, su hijo no tenía que recordarlo de aquel modo. Ninguno de ellos tenía que hacerlo. Se volvió hacia Laura, que se había puesto en pie y ahora pugnaba con él por arrebatarle de las manos a Gonzalo. ¿Por qué? Era su hijo, no iba a hacerle daño... No iba a...

Durante un minuto miró a su hijo, como si él fuera el último rescoldo de luz antes de que su único ojo verdoso se cerrara para siempre. Luego su mano intentó tocarse la espalda y los dedos se toparon con el mango de madera de un cuchillo. Joder, un cuchillo en su espalda, hasta la empuñadura. Se dio la vuelta lentamente y observó la

figura rígida de Laura, su modo de mirarlo con un odio que de repente era frío y seco como el de Anna Ajmátova. Se parecían tanto, las dos, sin conocerse, y ambas le recordaban a Irina. Podrían haber sido las hijas de ambos.

Respiró con dificultad. No estaba muriéndose, no todavía. El cuchillo no era de hoja profunda y su hija no tenía fuerza para clavarlo hasta el fondo. Pero si no iba a un hospital se desangraría.

—No lo toques; a él, no.

Elías parpadeó, soltó un jadeo y cayó de rodillas entre los dos hermanos. Laura lo rodeó con miedo, como si temiera ser alcanzada por un zarpazo de aquel oso herido pero no vencido, y abrazó con fuerza a Gonzalo, tratando de calmarlo.

¿Cómo dejaba un hombre de serlo para convertirse en una aberración? ¿En qué punto perdió la brújula de sí mismo y se perdió irremisiblemente? Fue en Názino, en aquel tren que le llevaba de Moscú a Tomsk, o en España durante la guerra civil, o en Francia, o tal vez en las batallas contra los alemanes. O tal vez el monstruo había estado latiendo siempre en su interior y había esperado pacientemente su momento para devorar el caparazón que lo ocultaba a los demás. Porque sólo una aberración, un monstruo puede herir con tanta saña aquello que más ama.

Ojalá hubiera tenido un libro de bitácora para llegar hasta el fin sin depender de la voluntad azarosa de un destino que se había cebado con él hasta desfigurarle. No había sido así, y su razón se apagaba en medio de la ofuscación y la culpa. Ya no recordaba el rostro ni las voces de sus amigos, apenas soñaba ya con las noches de amor con Irina, con su voz y el tacto de su piel. Apenas lograba recordar quién era ese hombre amargado y loco que lo miraba cada año al otro lado del espejo. Así que, bien estaba acabar así. Borrarse en la memoria de su hijo, que no le recordase como lo que ahora era, sino como lo que quiso ser.

Elías sonrió, ladeando la cabeza adelante y atrás. Dijo algo en ruso, y se quedó así, de rodillas, con la cabeza inclinada hacia adelante y el dorso de las manos dobladas sobre el suelo. No iba a morir. No iba a morir, pensó, hasta que el dolor fue alejándose, como una ola que ya le había pasado por encima. Un océano calmo en el que relajarse por fin, y flotar. Y no se estaba mal, nada mal.

Después de que Laura le clavara el cuchillo a su padre, Gonzalo corrió a buscar a su madre y le explicó atropelladamente lo que había ocurrido. Al volver con ella al cobertizo, vio a Laura sentada con la espalda apoyada contra la pared y las piernas extendidas en el suelo. Elías yacía de costado a sus pies. Todavía respiraba aunque su rostro se estaba pintando del color de las aceitunas en septiembre.

—Ayúdame a levantarlo —le ordenó Esperanza a Laura, pero ésta no se movió; estaba como ida, lo único que hacía era rascar el suelo con una uña partida y darse leves golpes de nuca en la pared. Esperanza le dio un fuerte bofetón y la sacudió por los hombros.

—¡Ayúdame a moverlo!

Laura parpadeó asustada, como si la hubieran arrancado bruscamente de un mal sueño. Vio el cuerpo yacente de su padre, observó consternada la sangre, miró a su madre y a su hermano alternativamente y sin pronunciar palabra, obedeció.

Elías pesaba como un fardo de piedras y no fue fácil para la mujer y la muchacha cargar con él hasta la parte trasera del viejo Renault. Esperanza se puso al volante y arrancó el motor.

—Vuelve a casa y mete a Gonzalo en la cama; volveré enseguida. Y si aparece alguien preguntando por tu padre, ni media palabra, ¿me has entendido? —Tuvo que repetir la pregunta con firmeza para arrancar de Laura un indeciso asentimiento.

Gonzalo vio los faros traseros del coche alejándose por el sendero hasta perderse tras un recodo en dirección al lago. La luna se colaba a través de las copas de los árboles y le devolvió la imagen petrificada de Laura junto a la puerta del porche. Ahora que ya había desaparecido el cuerpo de su padre y que el sonido del motor del coche se perdía en el silencio, parecía de nuevo su hermana. Bastaba con no mirarla a los ojos para creerlo.

—Aquí no ha pasado nada, Gonzalo. ¿Lo entiendes?

Gonzalo asintió; en aquel momento, con sólo cinco años, cuando su mente apenas comenzaba a acumular recuerdos, decidió que aquella noche, efectivamente, jamás había existido.

Barcelona, noviembre de 2002

Desde la terraza de la casa en construcción se divisaba la espesa arboleda que acababa a pocos pasos del mar. Alcázar supuso que Siaka ya debía de haber alcanzado la carretera al otro lado. Procuró no pensar en ello para no arrepentirse de su decisión. Al dejarlo escapar, escapaban con él las últimas opciones de que aquello terminase bien de algún modo para el exinspector. Alcázar abrió el bolsillo de la chaqueta y palpó hasta dar con la cajetilla de cigarrillos. Le ofreció uno al abogado. Gonzalo estuvo a punto de rechazarlo, empujado por la costumbre, pero algo en su interior sonrió con ironía. Qué absurdos gestos de resistencia se inventa uno para creer que sigue luchando contra sí mismo. Aceptó el pitillo y le dio una larga calada.

—Pensé que ibas a matar a Siaka —dijo, mirando en la misma dirección. El mar estaba tranquilo, y se levantaba poco a poco el rumor de la marea subiendo sobre los acantilados. El cielo empezaba a tener el tono crepuscular de cada atardecer, bañando sus rostros de colores violentos, naranjas, rojos, amarillos y violetas.

Alcázar fumó despacio, paladeando el tabaco como haría un condenado a muerte.

—Yo también lo he pensado —admitió—, pero ya te dije una vez que no soy un asesino; no he matado a nadie en mi vida, y no voy a empezar ahora.

En cualquier caso, no le dijo a Gonzalo que cuando había disparado contra Siaka sólo en la última décima de segundo había desviado lo justo el arma para rozarle la mejilla y espolvorearle el rostro con el yeso de la pared. Sólo en ese último instante algo le había dicho que ya bastaba de tanta muerte absurda.

—Espero que haya captado el mensaje. «Corre y no mires atrás».

Gonzalo volvió la cabeza hacia el interior de la casa. Luis seguía esposado junto a la chimenea de la planta baja y su quejido no era ya más que un suave gemido, como si estuviera soñando. La pernera del pantalón había adquirido el tono parduzco de la sangre seca y de los orines.

—¿Qué vas a hacer con Luis?

Alcázar se encogió de hombros. Gonzalo podía llevarlo a un hospital y dejarlo en la puerta de urgencias. Lo que pudiera decir o hacer carecería de importancia en un par de horas.

—Es lo único que necesito —dijo, acariciando con el pulgar la superficie lisa del ordenador portátil de Laura. Su hostilidad se había convertido en una resignación triste que conturbó a Gonzalo. Conocía ese sentimiento que se adueñaba de quien está a punto de abandonar la lucha. Lo había visto cientos de veces en soldados que ya habían decidido desertar o cambiar de bando, y también en los que habían tomado la

decisión de lanzarse a pecho descubierto contra el fuego enemigo en el próximo contraataque porque ya no tenían fuerzas para seguir peleando.

—¿Qué va a suceder ahora, Alcázar?

El exinspector apuró el pitillo y contempló la pavesa que se iba apagando despacio. Tenía una extraña placidez en el rostro.

—Lo que tenga que suceder. ¿No ha sido desde el principio así? Cada paso que hemos ido dando creyendo que nos pertenecía, que era el acto de nuestra voluntad, no era sino un baile dirigido por Anna. —Alcázar sonrió con ironía al recordar que le había hablado a Anna de Ígor como si éste existiera todavía y fuese el sumo pontífice de la Matrioshka. Pensó en los años que hacía que conocía a Anna, en los detalles, en la intransigencia de sus palabras amables que no permitían resquicios ni dudas, en su inflexible voluntad mostrada a través de su mirada gris. Ella había estado allí siempre, detrás de cada decisión que se había tomado, detrás de cada muerte.

Se volvió hacia Gonzalo y lo observó con algo parecido al aprecio. Aunque era demasiado grave para poder sentir verdadero cariño por él. Una de las cosas que siempre admiró de Laura fue su alegría, en los primeros tiempos, cuando volvieron a encontrarse al cabo de los años, después de aquella noche en el lago. Su sonrisa que lo llenaba todo de posibilidades. Esa sonrisa le hacía a uno sentirse mejor persona de lo que era. Cecilia era igual.

—La gente buena, si se piensa, suele reír más que el resto. Y no sé la razón, pero el caso es que uno termina por recordar de ellas esa risa y su alegría. Tú eres como tu padre, Gonzalo. Nunca ríes, eres demasiado consciente de todo.

Alcázar consultó su reloj.

—Dame un par de horas. Bastará para hacerle una visita al fiscal amigo de Laura. Luego lleva a tu excuñado al hospital y ve a ver a tu suegro. Cuéntale lo que ha pasado y asegúrate de que comprenda que tú no has tenido nada que ver con la huida de Siaka ni con que yo me haya quedado con el ordenador de Laura. Miénteles, dile que te he amenazado, lo que quieras.

—Sin Siaka, las pruebas de ese ordenador no valen para nada.

Alcázar lanzó una profunda expiración. Anocheceía muy deprisa en noviembre, se dijo. A Cecilia le gustaba más el verano, contemplar los atardeceres que nunca se terminaban sentada frente a la ventana. A él también le gustaba ponerse de pie detrás de ella con el cuerpo muy pegado a su cabeza y acariciarle distraídamente la nuca hasta que ella inclinaba un poco el cuello aprisionando su mano entre los pliegues de su piel y cerraba los ojos y decía que era hermoso vivir. Sí, lo era. Lo fue.

—Ya no hace falta que declare. Creo que el fiscal preferirá mi testimonio.

Gonzalo parpadeó.

—Irás a la cárcel o algo peor.

—O algo peor... Lo bueno que tiene el miedo, Gonzalo, es que cuando te libras

de él es como si nunca hubiera estado doblándote la espalda. Estoy harto, y viejo, y cansado de que me utilicen y me manipulen. De un modo u otro, mi suerte está echada, pero tú sólo tienes algo que hacer y es en eso en lo que debes concentrarte. Ocúpate de la seguridad de tu familia. Cuida de tu hijo y de tu hija, y no permitas que la Matrioshka les haga daño.

Gonzalo lo vio alejarse con su bigote enorme y gris, la cabeza afeitada hundida entre los hombros, las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Lo hubieras hecho?

Alcázar se volvió y lo miró con una ceja enarcada.

—¿Si hubiera hecho el qué?

—En el espigón, aquella tarde en la que me amenazaste con secuestrar a mi hija si no me apartaba de tu camino y del de mi suegro... ¿Le habrías hecho daño?

La mirada de Alcázar fue tan fría que hacía daño.

Dos horas después, Luis había perdido casi el conocimiento. Gonzalo contempló la herida de la rodilla. No tenía buen aspecto: podía ir olvidándose de la escalada, el esquí, la hípica o el motociclismo. Su perfecto cuerpo de patricio romano necesitaría apoyarse de por vida en una muleta. Utilizó las llaves de los grilletes que Alcázar le había entregado para liberarlo y lo cogió de las axilas para ayudarlo a ponerse en pie. Luis masticó una palabrota con los dientes apretados al moverse.

—Necesito las llaves de tu coche.

—¿Me vas a entregar a la policía?

Gonzalo no había pensado qué iba a hacer con él.

—Por lo pronto te voy a llevar a un hospital... Aunque tal vez debería dejar que te desangrases aquí. No eres más que un hijo de puta mal nacido y enfermo.

Luis se apartó una onda de pelo de la frente en un absurdo afán de mantener el tipo. Miró a Gonzalo con un punto de ira contenida.

—No deberías haber dejado que ese negro se marchase. Y tampoco deberías haber permitido que ese inspector se vaya como si nada. Ellos la traicionaron.

Gonzalo apretó los grilletes a modo de puño americano, conteniendo los deseos de aplastarlos contra la bonita cara de su excuñado hasta desfigurar sus facciones perfectas.

—¿Y tú? ¿No la traicionaste tú? ¿No fuiste tú quien la empujó a quitarse la vida?

Agarró por la solapa a Luis y le pateó la rodilla maltrecha. Su excuñado lanzó un aullido de dolor y se desplomó como un árbol podrido. Gonzalo lo contempló retorcerse sin un ápice de compasión. Los labios le temblaban, como todo el cuerpo, de una rabia que le salía a borbotones, vieja y seca, que revivía al contacto con el aire.

—Cuando Roberto murió, ¿qué hiciste? La acusaste a ella, la destrozaste por

dentro porque sabías cómo hacerlo, porque en el fondo eres esa clase de carroñero que sólo se alimenta de la carne más débil. ¿Y luego? Te largaste a Londres, te divorciaste y la dejaste sumirse en una espiral de destrucción y desde la distancia disfrutabas con tu castigo porque pensabas que ella lo merecía. ¿Quién coño te crees que eres, Dios? ¡Eres mierda, una alimaña cobarde! No me hables de justicia, porque si te hago caso, la única justicia que ahora se me ocurre es aplastarte la cabeza con una barra de hierro. Así que cierra tu puta boca si no quieres que me arrepienta de mi decisión.

Luis se arrebujo como una lombriz partida por la mitad pero no abrió la boca. Sabía que Gonzalo, ahora con una furia en los ojos que nunca le había visto antes, cumpliría sin vacilar su amenaza.

Bajaron los últimos metros hasta el coche de Luis moviéndose cuidadosamente. Luis pesaba demasiado para la fuerza de Gonzalo, que piafaba como un caballo agotado. Tras interminables paradas, logró acomodarse en el asiento del copiloto. Metió la llave en el contacto y enseguida sonó música en el reproductor. Un nocturno de Chopin.

«Qué oportuno», pensó Gonzalo, arrancando.

No tardó más de quince minutos en entrar en la ronda de Dalt y en llegar al hospital del Valle de Hebrón. Entró por el aparcamiento de urgencias reservado a las ambulancias y cuando un miembro de seguridad vino a recriminarle, le dijo que traía a un hombre malherido por arma de fuego. El vigilante avisó inmediatamente por radio y le pidió a Gonzalo que no se moviera hasta que llegase la policía.

No pensaba ir a ninguna parte. Contaría toda la verdad, por rocambolesca e inverosímil que pudiera resultar. Tal vez a esa misma hora, Alcázar estaba firmando una confesión ante el fiscal amigo de Laura y ante el juez de instrucción y estaría contando la misma versión que había decidido contar a la policía. Alcázar le había dado un buen consejo: que cuidara de su familia, de sus hijos, y eso era lo que iba a hacer. No pensaba permitir que Anna Ajmátova los manipulase a su antojo.

Llegaron los camilleros y el médico de guardia y se ocuparon de Luis mientras Gonzalo se hacía a un lado.

—Ella me contó una vez lo que vuestro padre le hacía cuando era niña —le dijo Luis cogiendo por la muñeca a Gonzalo. Éste apenas le entendió entre las voces de los camilleros y sus gemidos de dolor... O no quiso entenderle.

El sol le daba en los ojos cuando salió de la comisaría. Las calles todavía desiertas olían a humedad. Acababa de llover y flotaba en el aire el frío del amanecer. Gonzalo echó de menos no tener un pitillo a mano. Los párpados le pesaban después de horas declarando. En el bolsillo de la americana arrugada llevaba la citación para comparecer ante el juez en los próximos días, en principio como testigo. Una patrulla

estaba custodiando a Luis en la habitación del hospital donde convalecía tras ser operado de urgencia. Los agentes esperarían a que despertara de la anestesia para comunicarle formalmente su detención, acusado de asesinato, torturas, detención ilegal y tentativa de homicidio. ¿Satisfacía esto a Gonzalo? En absoluto. Descubrir que su hermana era inocente sólo para averiguar que el asesino era su esposo no era lo que había previsto.

Nada era como lo había previsto.

Unos ojos lo esperaban al otro lado de la calle desde la ventanilla de un coche en marcha. Gonzalo no negó que se alegró al encontrar a Tania. Quizá, después de lo que Alcázar y él mismo acababan de poner en marcha, la hija de Anna Ajmátova no era una compañía con la que convenía que le vieran en la puerta de una comisaría, pero estaba agotado y necesitaba descansar, aunque fuera unos minutos, en la sonrisa de aquella pelirroja de la que, ya no le cabía duda, se estaba enamorando.

Tania no pudo disimular su nerviosismo cuando Gonzalo entró en el coche. Ella le acarició el mentón de carne descolgada, pálida, sin afeitar.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

Tania le besó los labios reseco, y hubiera querido demorarse más en ellos, calmarlos, pero Gonzalo cerró sin fricciones esa puerta por el momento. Era inevitable, pensó Tania con desazón, que la desconfianza se hubiera establecido como una sombra entre ellos. De ella dependía que no se convirtiera en muro. Y la mejor manera de hacerlo era sin tapujos ni ambages.

—Alcázar llamó a mi madre para contarle lo que había pasado y lo que pensaba hacer. Si no me equivoco, a estas horas ya habrá declarado y probablemente la policía judicial estará registrando con una orden del juez el despacho de tu suegro... Y no descartaría que el tuyo también.

Gonzalo pensó en llamar a Luisa. Pero resultaba innecesario; si Tania estaba en lo cierto, seguro que su ayudante ya estaría al corriente, y en cuanto ocurriese sería ella la que lo llamaría para avisarle.

—¿Y qué hay de tu madre?

Tania le quitó las gafas y se puso a limpiarlas. Gonzalo no se había dado cuenta hasta ese momento de lo sucias que estaban. Durante un minuto, el rostro de Tania se volvió borroso, aunque su voz le llegó nítidamente.

—No tienen nada contra ella. Mi madre jamás se dejaría atrapar por un papel o una firma que pueda comprometerla. Stern la adiestró demasiado bien. Oficialmente sólo es una anciana que regenta una librería de barrio. Por supuesto, esto acarreará consecuencias; las empresas investigadas del consorcio de ACASA que hasta ahora representaba tu suegro se retirarán inmediatamente del proyecto del lago.

—Eso significa que...

—... Que las obras se paralizarán. Ya ha habido demasiado ruido con todo ese

movimiento ecologista, las cargas policiales y las protestas vecinales. Y ahora, la imputación de Agustín González será la puntilla. A los socios de mi madre no les entusiasma el ruido. Volverán a sus guaridas, y esperarán otra oportunidad. En este país nunca faltan.

Gonzalo no estaba pensando exactamente en eso, y aunque la idea de que finalmente su suegro diera de bruces en el suelo con su arrogancia no le disgustaba, le preocupaba la posición en la que quedarían Lola y sus hijos. Posiblemente Lola ya se habría enterado, o lo haría durante la mañana, y necesitaría que Gonzalo estuviera a su lado, tranquilizándola. Y allí estaba, dejándose mimar por Tania, con ganas de ir a su apartamento y hacerle el amor hasta quedarse exhausto y profundamente dormido entre sus brazos y con el aroma de su pelo rozándole la nariz.

Sin embargo, en lo que pensaba era en algo diametralmente alejado de todo eso. Pensaba en Laura, y en su madre, y en esa tumba vacía donde sólo florecían los matojos y se enterraban las raíces de las malas hierbas. Si el lago no se desecaba, posiblemente nunca llegaría a saber qué pasó aquella noche con el cuerpo de su padre, si fue arrojado allí como sostenía su madre o si fue llevado a cualquier otra parte como siempre afirmó Alcázar. Quizá, pensó, era lo mejor. Dejar aquellas aguas tranquilas y los secretos que escondían. Y tal vez era mejor bajarse ahora de ese coche, despedirse para siempre de Tania, olvidarse de esa hermosa mariposa que aleteaba en su nuca como una promesa y volver junto a Lola y los niños, prometerles que se ocuparía de todo, asumir el papel que ellos esperaban que asumiera, que se hiciera cargo del bufete de Agustín y plantase cara sin tregua a Anna Ajmátova hasta desenmascararla como había hecho Laura.

Olvidar unas ofensas para afrontar otras, elegir un bando y permanecer fiel a él.

Tomó las gafas de las manos de Tania y se las ajustó para devolverle al rostro de la mujer todo su relieve. La examinó con ansiedad mal disimulada y negó con la cabeza.

—No sé si puedo fiarme de ti, Tania. No sé qué es verdad en ti. Eres su hija.

Tania escuchó en silencio. Luego, se limitó a decir:

—Tú también eres hijo de Elías Gil y de Esperanza. Pero estamos aquí, y nos toca vivir nuestra propia historia.

Durante los siguientes veinte minutos, Tania le contó todo lo que sabía sobre la Matrioshka, lo que sabía, lo que intuía y lo que sospechaba. Y también trató de convencerle de que Anna no los odiaba a él y a su hermana, que siempre había intentado mantenerlos al margen de sus luchas y sus rencores con Elías, y que no tuvo nada que ver con la muerte de Roberto.

—Ella nunca hubiese permitido algo así. Aquel asesino actuó por cuenta propia, se asustó ante la presión de Laura y perdió los nervios.

—Estás muy convencida de eso.

—Para Laura o para ti, para Alcázar o para Agustín González, Anna Ajmátova es la Matrioshka. Pero para mí es mi madre, yo la conozco mejor que nadie. No hubiera cometido esa salvajada.

—Una atrocidad que no es muy distinta de todas las que investigaba Laura, las pruebas que se acumulan en ese ordenador portátil y de las que tu madre, esa anciana venerable, es responsable: drogas, armas, prostitución infantil, extorsión, sobornos...

Tania ensombreció el rostro.

—Me estás juzgando a mí a través de ella. O es a ella a la que pretendes juzgar a través de mí. ¿No podría decir yo que tu padre era un asesino, un torturador, un traidor... y un violador de su propia hija?

Gonzalo se tomó tiempo para ordenar sus pensamientos. Hasta ese momento, nadie lo había verbalizado con tanta brutalidad, ni siquiera Alcázar en la casa a medio construir tras liberar a Siaka, y tampoco Luis en el hospital.

Todos esos sueños con su hermana en el cobertizo no eran tales. Durante años se había negado a aceptar lo que en el fondo de su mente sabía, la clase de hombre que era su padre, lo que sucedió aquella noche y muchas otras noches anteriores. Toda aquella historia de la policía franquista que le hizo creer su madre, todo lo que había construido sobre recuerdos inventados o prestados no era más que un castillo de arena que una simple palabra, dicha sin acritud, pero sin disimulo en boca de Tania, tiraba por tierra. Tal vez ese hombre inventado por la mitología propia y ajena fuera en parte cierta, pero el hombre de aquella noche existió, y ahora resultaba inútil el esfuerzo de todos aquellos años para fingir lo contrario. No lo había soñado. Lo había vivido. Y Laura, su hermana, nunca lo olvidó.

Tanto dolor, durante tanto tiempo en su cuerpo de niña, esa niña asustada que gritaba cada vez que la mujer en la que se convirtió veía a otros niños sufriendo ese mismo dolor, implorándole que hiciera algo, que no permitiese que volviera a suceder. Y él, necio, estúpido, ciego, no comprendió nunca que ella quiso cargar sola con el peso para protegerlo, que mató a su padre aquella noche porque no estaba dispuesta a permitir que Elías le rozara un pelo. Y todos aquellos años de amargura silenciosa, sólo para que él viviera libre de todo pecado, de toda culpa, permitiéndole juzgarla, despreciarla por aquel artículo en el que, al menos parcialmente, contó la verdad.

La evidencia de su injusticia y la imposibilidad de repararla le hicieron contraerse dentro del coche de Tania. Por muchas Matrioshkas que cayeran, por muchas Anna, muchos Alcázar o muchos Agustín González que dieran con sus huesos en la cárcel, nada repararía nunca, jamás, aquel agravio, aquella injusticia de amor tan terrible. Pensó en su hijo Javier, en que había estado a punto de perderlo; pensó en Lola y en el modo en que uno al otro se habían robado sus mejores años por no saber perdonarse y pensó en su pequeña Patricia, siempre cerca de la piscina, como esas

luciérnagas brillantes que esperan que llegue el mañana. Y lloró.

Lloró como aquel niño que también él llevaba tanto tiempo dentro, escondido entre las piernas de su hermana, tapándose los oídos para no escuchar los gritos de su padre, los golpes que caían sobre su hermana, los llantos de su madre en la habitación a oscuras, cobardemente escondida. Lloró sin consuelo por Laura, y por su pequeño hijo tirado en una cuneta, y por todos los niños que habían terminado convirtiéndose en Siaka, y por los que nunca lograrían salir adelante, que se quedarían en el camino.

Lloró porque nunca podría volver a volar con la cazadora de Esperanza tras el rastro brillante del cabello de Laura, ni escucharía su risa, ni sus burlas, ni sus enfados, ni sus canciones.

Tania lo dejó venir a su regazo y acarició el pelo encanecido de aquel hombre que había crecido a trompicones, sin culpa. Y lo amó como nunca había amado a nadie en su vida. Y se prometió que haría lo que fuera necesario para protegerlo. Lo necesario.

La arboleda que rodeaba la residencia estaba desnuda y un sembrado de oro cubría los caminos y los bancos y el cenador de la plaza. El temporal había arreciado el fin de semana arrancando las últimas hojas que resistían desde principios del otoño y los días se habían vuelto inhóspitos, pero Esperanza se negaba a renunciar a su paseo matinal hasta la bancada de piedra del paseo marítimo desde donde veía el mar. El viento soplaba con fuerza revolviendo su pelo gris y cubriéndole el rostro. Bajo el manto de su chaqueta, diminuta e inmóvil, se confundía con la niebla.

A veces pensaba en cosas, importantes o anecdóticas, pensamientos que ella no invocaba sino que venían sin avisar y de la misma manera se marchaban a su antojo. Otras, como aquella mañana, no pensaba en nada, la mente se quedaba en blanco y lo agradecía. Podía permanecer así una hora, sin pestañear apenas, observando la grisura que de vez en cuando se abría para permitir ver a lo lejos la silueta de algún barco o la roca desde la que giraba sin cesar el faro de entrada al puerto. Aunque no podía verlas, escuchaba a las gaviotas y el rumor de las olas que en la pleamar le llegaban casi a lamer los pies. Notaba la humedad y el frío penetrando a través de los filamentos de la chaqueta, y bajo su grueso jersey de lana negro sentía la piel gélida. No le importaba, como tampoco prestaba ya atención al hormigueo que en manos y pies precedía a un entumecimiento del que tardaría en salir.

Era vieja, y los viejos tienen achaques, y en uno de éstos te vas. Ése era su razonamiento, y su anhelo secreto: que un día cualquiera, mientras estaba allí sentada, lejos de los pensamientos o de los recuerdos, en soledad, su corazón dijese «basta» y que su vida, larga, azarosa, perturbadora y demasiado culpable se apagase sin aspavientos. Ya lo había hecho todo; sus cosas estaban en regla, ya que no su conciencia, sus libretas ordenadas, las cartas a Elías finiquitadas al fondo de un cajón que Gonzalo encontraría cuando llegara el momento. Incluso la noche anterior,

mientras la tormenta azotaba la ventana de su habitación y los truenos reventaban el silencio en crujidos, había intentado ponerse a buenas con eso que llamaban Dios. Había sido extraño tratar de dirigirse a algo o a alguien en quien nunca había pensado con seriedad. Le costó encontrar las palabras, y sintió un cierto pudor, imaginando la risa sarcástica de Elías, escuchándola decir aquellas cosas sentado en la silla a los pies de la cama.

Lo había visto como en un sueño sentado con las piernas cruzadas, su único ojo atento y un poco burlesco, la sonrisa torcida y el pitillo en la comisura de los labios. Pero no hizo caso a esa visión, siguió intentando encontrar un modo de comunicarse con ese supuesto ser creador que debía darle sentido a todo lo que se hacía en esta vida y en la otra, si existía tal cosa. Le habló de su miedo, de las cosas que por amor pueden hacerse, hasta descubrir que el amor y la esclavitud no son lo mismo aunque a veces se sientan del mismo modo.

¿Debía pedir perdón por haber amado a Elías más allá de lo concebible? ¿O podía ese sentimiento justificar todos sus silencios cómplices? ¿Lo entendió Laura? ¿Lo entendería ahora Gonzalo? ¿Podrían perdonarle alguna vez sus hijos?

Dios no tenía respuestas para esas preguntas, y Esperanza le agradeció su silencio comprensivo. Intentó recordar una de las oraciones que le enseñaron de niña, una vieja canción de cuna que hablaba de un niño Jesús que jugaba con los otros niños y que les enviaba ángeles rollizos y graciosos a proteger las cuatro esquinas de su sueño por las noches. Y luego, durante muchas horas, casi hasta que llegó el alba, se quedó en la cama con los ojos abiertos mirando la visión de Elías a los pies de la cama, hasta que con la primera claridad, él se puso de pie, se acercó a besarle los labios y antes de desvanecerse le dijo:

—No hay cielo ni hay infierno, Esperanza. Sólo está el océano.

Y allí estaba ahora, esperando a que su momento de fundirse con ese océano llegase. Estaba convencida de que sería hoy. Lo sabía porque así lo había decidido. Hoy dejaría de plantarle cara a la muerte. Un sistema completamente armonioso.

Al principio no fue consciente de la presencia que se sentó a su lado, en el extremo de la bancada. Tuvo que ser su voz quien la anunciase:

—Hola, Caterina. Ha pasado mucho tiempo.

Esperanza no necesitó girar el cuello hacia ella. Apretó los labios y movió lentamente la cabeza en señal de desaprobación.

—Has tardado mucho en aparecer —dijo en ruso.

Anna Ajmátova la desafió con una sonrisa mientras la observaba sagazmente. Habían pasado treinta y cuatro años desde que Esperanza se presentara en la puerta de su casa con el cuerpo malherido de Elías en el coche, pero en esencia, seguía siendo la misma persona arrogante de entonces. Ni siquiera para pedir un favor como el que le pidió aquella noche estaba dispuesta a suplicar. Esperanza la había odiado

incluso antes de conocerla, desde la primera vez que Elías le mostró el medallón de Irina. Y aquel odio, como una rama seca, seguía entorpeciendo el camino.

—Sigues sin pensar con claridad —la reprendió como una hermana benévola.

Esperanza adoptó una actitud brusca, irguió el cuerpo e hizo un gesto con la mano, en señal de advertencia.

—Ahórrate tus monsergas; las dos sabemos a lo que has venido y si esperas de mí más de lo que puedo darte es que no has entendido nada a lo largo de todos estos años.

Anna Ajmátova sonreía, complacida con su incomodidad, rechazando la objeción de Esperanza. Los tiempos heroicos habían terminado; ya no era la mujer que aquella noche invocó con retórica inflamada la necesidad de preservar la memoria histórica y política de Elías, el daño que podía hacerse a generaciones enteras pasadas y futuras si llegaba a saberse en qué clase de hombre terminó convirtiéndose el héroe en el que tantos habían confiado. La política se desnudaba como un juego de poder y no había compasión posible en la historia, sólo el rodillo de los hechos incuestionables. Y ella debía preservar ambas cosas.

Aquella noche, Anna decidió ayudarla, convencida por aquel discurso encendido, pero con el paso del tiempo, al descubrir lo que Elías le hacía a Laura y lo que Esperanza callaba, se dio cuenta de que lo que la esposa de Elías pretendió salvar aquella noche no fue la memoria de su esposo, sino su propia invención de una vida perfecta. No estaba dispuesta a aceptar nada que no fuera la fe total, el amor completo y la admiración absoluta. La idea de no merecer nada de eso la carcomía.

—Siempre lo supiste, o al menos lo sospechabas. Conocías lo que sucedía en aquel cobertizo cuando él enloquecía y se emborrachaba, pero te negaste a aceptarlo porque eso te hubiera obligado a actuar. —Vaciló, renuente, antes de continuar—: Aquella noche, cuando dijiste que todo había sido un terrible accidente, que Elías no pretendía hacer lo que hizo y que tu hija se asustó, que no podías permitir que ella cargase con la culpa, en realidad me mentiste. No te importaba la carga de Laura, ni lo que había pasado. Sólo te preocupa tu propio prestigio, qué dirían todos de saberse que una madre había consentido durante tanto tiempo que su hija fuese maltratada y violada por su padre.

Era más sencillo, prosiguió Anna, fingir un ajuste de cuentas con la policía o con los matones de Stern. A esas horas ya sabía todo el mundo en el valle lo del tiroteo en el hotel, y que la policía lo estaba buscando. No tardarían en conocerse los antecedentes de Ígor, y convertido en asesino de un mafioso o asesinado a manos de la policía franquista, la memoria del gran hombre perduraría firme y consolidada. Y ella, Esperanza, sería la guardiana de su legado, la rusa venida con él a España por amor, la madre abnegada, una Pasionaria moderna que se encargaría en las décadas siguientes de alimentar esa leyenda. Así fue como creció Gonzalo, con esas certezas

que ella seleccionaba cuidadosamente para él, y así lo creyó todo el mundo, excepto Laura.

Durante un tiempo, su hija aceptó horrorizada aquel silencio, acaso paralizada por el anatema que Esperanza lanzó sobre ella, asesina de su padre. Cómplice del tejido de silencios tácitamente diseñado entre Esperanza y Anna, la muchacha se sintió atrapada, asfixiada en esa mentira que con el tiempo cobró la sustancia de la única verdad posible. Si alguna vez se le ocurría comentar algo con su madre o tratar de abrirle los ojos a su hermano, Esperanza la tachaba de loca y de fantasiosa. ¿Lo había visto muerto acaso? ¿Sabía dónde estaba el cadáver? Y por contraste, sostenía lo que sus seguidores querían oír: al gran hombre lo mató la policía franquista y se deshizo del cadáver.

Y la única bisagra de la verdad era Laura.

—En el drama clásico, la balanza se mueve entre la venganza, el olvido y la necesidad de reparación. Está claro que tú optaste por el olvido. Y por eso nunca le perdonaste a tu hija que años después escribiera ese artículo sobre Elías que demostraba sus conexiones con la policía española a partir de 1947... En realidad no era eso lo que más temías, ¿verdad?

—Tú no eres quién para juzgarme.

—¿En serio? Yo creo que sí tengo todo el derecho. Con aquel artículo, Laura te daba una última oportunidad de que aceptases la verdad; quería, necesitaba perdonarte, y lo único que tú debías hacer a cambio era decir públicamente la verdad, contársela al mundo y sobre todo a Gonzalo. Pero te enrocaste como la vieja seca y testaruda que eres. Preferiste repudiarla. Hiciste que todo su odio y su rabia y su dolor se focalizasen en los negocios que yo llevaba, la herencia de Ígor. Traté de ayudarla, puedes creerme, quise protegerla porque conocía su historia, el origen de aquella efervescencia destructora y mesiánica. Pero fue demasiado lejos, y cuando Zinóviev se sintió acorralado, reaccionó como uno de sus perros de pelea, se revolvió y la destruyó...

Anna se había sonrojado y parecía sentir vergüenza. Sus propias palabras la habían conducido hasta una conclusión que hubiera preferido no obtener. Ella era tan culpable como Esperanza, y no tenía sentido negarlo.

—Quiero reparar el daño que hemos hecho en la medida de lo posible.

—Muy elogiabile —dijo secamente Esperanza—, aunque un poco tarde.

Anna Ajmátova se puso en pie y se recogió el pelo tras la oreja. Contempló el mar gris sin emoción y dirigió una mirada aprensiva a aquella octogenaria que apenas sostenía ya la vida pero que seguía obstinada en una dignidad absurda.

—Dejaré en paz a Gonzalo y a su familia. No me importa lo que pueda declarar contra la Matrioshka. No encontrarán nada contra mí, sólo soy una pobre librera vieja. Los lobos me pedirán venganza, claro: les entregaré a Alcázar y a Agustín

González. Creo que es lo justo.

Esperanza la miró con ironía.

—¿Y desde cuándo nos ha preocupado lo justo?

Anna fingió no escucharla. El frío se le había metido en el cuerpo, como si la cercanía de Esperanza la hubiese enfermado con su agonía lenta. Tenía prisa por marcharse.

—Pero pongo una condición. Y deberás cumplirla tú. De ti depende que tu hijo y su familia puedan seguir con sus vidas.

Habían pasado tres semanas desde que Alcázar declarase contra la Matrioshka y de que el juez ordenase su ingreso en prisión sin fianza. Agustín González también estaba imputado, pero por ahora había esquivado la prisión a cambio de una fianza elevadísima y de quemar los últimos cartuchos con amistades y cobrando favores. El suegro de Gonzalo se había quedado solo, lo sabía, y era cuestión de tiempo que cayera. Lola, consciente de la fragilidad de la situación, se había desplazado con Patricia hasta la finca de Extremadura donde su padre esperaba acontecimientos.

A Gonzalo le preocupaba más Alcázar. No sentía simpatía por él, desde luego, pero a fin de cuentas podía decir que le había salvado la vida. El exinspector podría haber matado a Siaka también, deshacerse del ordenador y marcharse del país, a uno de los Cayos de Florida de los que le hablaba cada vez que iba a visitarlo a la cárcel. Pero había decidido suicidarse, porque al declarar como lo hizo, sentenció su propia condena. Él lo sabía, y cada vez Gonzalo lo encontraba más desmejorado, más nervioso y cansado.

—Cualquier día aparecerá alguien en el patio que no veré venir y me rajará la garganta. No me van a dejar llegar muy lejos.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

Alcázar no le contestó. Las razones de un hombre para hacer lo que hace sólo le incumben a él.

La última vez que lo vio tras el cristal de la sala de comunicaciones había adelgazado. Para sorpresa de Gonzalo se había rasurado el mostacho y parecía un hombre distinto, casi inofensivo con un gran labio leporino que había disimulado todos esos años. Cuando Gonzalo se dispuso a marcharse, el exinspector llamó su atención.

—En respuesta a tu pregunta, no. Nunca le habría hecho daño a tu hija, ni habría permitido que nadie se lo hiciera. Quería que lo supieras.

Dos días después, un funcionario del módulo lo encontró cosido a puñaladas en un rincón de su celda, acurrucado como un ratón entre la pared y el camastro.

Durante los días siguientes, la policía le puso escolta a Gonzalo. Sin embargo, el agente que custodiaba la habitación de Javier no estaba allí para protegerle.

—Creo que tendré el resto de mi vida un cristal por corazón. Cada vez que respire, lo haré con miedo de que se rompa —le saludó Javier. Acababan de darle el alta condicionada. Gonzalo le ayudó a vestirse con calma y a recoger la maleta.

Javier alzó la mirada hacia la chica que esperaba en el pasillo. Podía verla a través de la puerta entreabierta.

—Es guapa —reconoció.

Gonzalo asintió.

—He pensado que quizá sea hora de que os conozcáis. Tania es una mujer extraordinaria en muchos sentidos. Creo que os entenderéis bien.

Javier torció el gesto, observando la espalda del policía que había junto a la puerta.

—Dile que venga a verme los domingos al centro de menores. Tendremos nueve largos años para conocernos.

La mirada de Gonzalo envolvió a su hijo con un manto protector. No podían cambiarse diecisiete años en pocas semanas, y sabía que recorrer la distancia que aún les separaba era todavía mucha, pero quería demostrarle que era otro y que estaba dispuesto a comportarse como su padre.

—Eso no será necesario. Tu abuelo y yo lo hemos arreglado todo. Tú cíñete a la versión de los hechos que hemos acordado, ¿de acuerdo? Carlos quiso extorsionarte, tú te negaste, él sacó un arma, te defendiste, le disparaste accidentalmente y antes de morir él te alcanzó. Las pruebas que Alcázar manipuló así lo corroborarán. Saldrás indemne.

Javier le devolvió una mirada muy seria y sostenida, cuyo alcance Gonzalo no adivinaba. Se sentó en la cama y negó lentamente con la cabeza.

—No es tan sencillo.

Gonzalo se sintió tentado de contestarle. No, claro que no lo era. Él mismo había tenido que sacrificar muchas cosas para llegar a este punto, pero no le importaba. Sin embargo, comenzó a percibir que algo en Javier había cambiado, convirtiéndose en un joven distinto, más sutil consigo mismo, pausado y entero. Definitivamente la experiencia por la que había pasado le había arrancado el cascarón. Ahora no tenía ante sí a un muchacho arrogante y atribulado, sino a un hombre que pretendía afrontar las cosas con serenidad y de frente.

—Hay que acabar con esto —dijo Javier—. En algún punto hay que quebrar la cadena. Yo maté a Carlos, y las razones fueron el odio y los celos: odio y celos hacia mi propia madre. Eso es lo que pasó y eso es lo que le contaré a la policía cuando salgamos por esa puerta.

Gonzalo se sentó a su lado, bajando mucho la voz, y le apretó el antebrazo.

—No tienes que hacerlo, Javier. Si con ello crees que nos castigas a tu madre y a mí, de acuerdo, aceptaremos nuestra parte de culpa. Pero tú no tienes que pasar por esto; tiene que haber otra manera.

Javier se encogió de hombros y miró a los ojos a su padre. Tenía el orgullo innato de su madre y la suspicacia de su abuelo, pero en resumen era su hijo, no importaba cuál fuera el germen. Seguía teniendo en el fondo esa mirada soñadora de los Gil, esa creencia voluntariosa de que si uno se esforzaba, el destino podía torcerse.

—No hay otra manera, papá. Los dos lo sabemos.

—Te engañó; ese hijo de puta bastardo se aprovechó de ti, te utilizó y sedujo a tu madre para dañarte. No le debes nada, Javier. Nada.

—Las propias mezquindades son más tolerables que las virtudes de los demás. ¿Es eso lo que intentas decirme?

Gonzalo le dirigió una mirada prolongada y después añadió fríamente:

—Fue culpa mía; debí estar más atento a tus llamadas de auxilio. Pero estaba demasiado enfurecido con tu madre, con tu abuelo, contigo. Estaba en realidad ofuscado conmigo mismo, y no me di cuenta. Nada de esto habría sucedido si hubiese hecho lo que debía hacer; ahora puedo arreglarlo, hijo. No quiero que vayas a la cárcel; no podría perdonármelo.

Javier miró a su padre con tristeza. No podía contenerse siempre la tapa de la olla aunque se sentara encima. El silencio y las mentiras eran soportables sólo hasta cierto punto. Javier no era un apóstrofe en la vida de nadie, y no quería que le sucediera lo mismo que a sus padres, no estaba dispuesto a pagar las servidumbres de ese silencio durante el resto de su vida, esperando el momento en el que alguien apareciera en el futuro para cobrarse el favor.

—No quiero deberle nada al abuelo, ni a ese exinspector, ni a mi madre... Ni a ti, papá.

Gonzalo apreció la franqueza de su hijo, pero no podía elogiar aquella insensatez suya.

—Siempre le debemos algo a alguien, Javier. Nuestras vidas están encadenadas unas a otras. Tomamos una decisión pensando en nosotros mismos, pero afecta a muchas otras personas, y pocas veces lo tenemos en cuenta.

Javier negó con expresión enfática.

—No quiero ser como tú, ni como mamá. No quiero que los silencios me pudran. Es mi decisión y tienes que aceptarla.

—¿Y qué pasará cuando te encierren? Se parará tu vida, y esos años serán como si nunca hubieran existido. Cuando salgas estarás incompleto, sentirás que te falta algo, y será ese agujero. Piénsalo.

Javier se encogió de hombros. No lo quería pensar. Le asustaba demasiado.

Enmudeció un instante y vio que Tania le miraba desde el pasillo. Se sonrieron y ella le saludó tímidamente con la mano.

—Empezaré de nuevo cuando salga, lejos de vosotros.

—¡Deja que te ayude, hijo, por favor!

Javier sonrió sin acritud. Adiós a esa universidad de élite en la que su abuelo esperaba verle ingresar, adiós a los amigos que empezarían a chismorrear corroyendo la historia con el ácido de sus lenguas. También su madre y su padre tendrían que afrontar la vergüenza y el escarnio de un juicio público. El mundo sabría cómo huelen las entretelas de una familia perfecta, y les juzgarían severa e hipócritamente. Luego, con suerte, pasaría el tiempo y se olvidarían de ellos, y tal vez, con el paso de los años, él lograra perdonar a sus padres y sus padres podrían perdonarlo a él.

Dos meses después, y atendiendo a su condición de menor de edad en el momento de los hechos y con la apreciación de algunos atenuantes, Javier fue condenado por homicidio a una condena de ocho años a cumplir en un centro de menores.

Después de leerse la condena se abatió sobre Gonzalo el desánimo. Ni siquiera prestó atención al llanto de Lola, sentada un banco más atrás. Agustín González había preferido no comparecer para no cargar mediáticamente el asunto y perjudicar a su nieto. Apenas pudo abrazarse con su hijo y charlar toscamente unos minutos antes de que la policía se lo llevase esposado. Ver las muñecas de su hijo aprisionadas con aquellos grilletes fue algo superior a sus fuerzas.

—Los dos sabemos que podría haber sido mucho peor —trató de consolar a Lola una hora después sentados en una cafetería frente a los juzgados. Fumaban ya sin disimulo, y aunque sus dedos se entrelazaron por encima de la mesa un momento, lo hicieron sin énfasis, como dos montañas de recuerdos que entrechocaban sin ánimo de solidificarse, separándose de nuevo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó mecánicamente Lola, jugando con un sobre de azúcar que terminó por romperse y desparramar el contenido sobre el plato de su taza de café. Estaba avejentada y unas grandes ojeras ensombrecían sus bonitos ojos. La comisura de los labios le colgaba con fatiga y una profunda arruga le cruzaba la frente.

—Cuidar de Patricia, ocuparte de los asuntos de tu padre en previsión de lo que pueda pasar con su enjuiciamiento. Seguir trabajando en tu agencia y visitar a tu hijo todos los domingos, poner buena cara al mal tiempo y demostrarle que aquí fuera estás luchando para preservar el mundo y que él lo encuentre tal cual era al salir.

Lola apartó con el dorso su taza de café y dibujó una curva entre los granos de azúcar.

—Me refiero a nosotros, Gonzalo. ¿Qué va a pasar con nosotros?

Nada; lo que debía pasar ya había pasado, pensó. Lo que quedaba era un triste y

penoso epílogo de papeles, acuerdos y firmas de divorcio. Luego llegaría un intento de convivencia civilizada, marcado por la necesidad de seguir en contacto a través de Patricia. Discusiones desapasionadas sobre su educación, cuestiones prácticas que poco a poco los alejarían definitivamente.

Lola entrevió lo que Gonzalo estaba anticipando y sintió que el fracaso se adueñaba de ella.

—¿Tendríamos alguna posibilidad si Tania no estuviera en medio?

Sólo se habían visto una vez, apenas habían cruzado un saludo tirante, pero ninguna de las dos había olvidado a la otra.

—No necesitamos excusas, Lola. Nosotros no.

Gonzalo estaba dispuesto a acabar con aquel asunto cuanto antes y regresar a casa. Ahora su apartamento alquilado era algo parecido a un hogar. Tania se había trasladado allí contraviniendo los deseos de su madre. Parecía que su sino era discutirle las parejas a su madre, pero no le preocupaba. Anna y Gonzalo habían llegado a un acuerdo del que Tania no sabía nada.

Y en cuanto saliera de aquella cafetería con Lola podría cumplir su parte del acuerdo.

—Tengo un mensaje de mi padre —dijo Lola, cuando vio que Gonzalo se disponía a levantarse.

—¿Qué mensaje es ése?

—Las obras del lago se han paralizado. De hecho, el proyecto no se llevará a cabo. Los inversores de ACASA se han retirado.

Aunque desconocía los detalles exactos, Gonzalo no se sintió demasiado sorprendido.

—¿Y qué significa eso?

—Mi padre está dispuesto a venderte la propiedad de la finca; ya no le es útil. Te la cederá por un precio simbólico a cambio de que tu declaración en el juicio, si llega a producirse —puso énfasis en el matiz—, sea poco agresiva.

Gonzalo soltó una carcajada.

—Bonita manera de decirlo. Aunque en realidad, ahora que ha muerto mi madre, yo no tengo ya ningún interés en esa casa.

Era cierto, sólo a medias. Esperanza había muerto a principios de diciembre de un infarto.

Una muerte por claudicación, así la definió el médico de la residencia. Sencillamente, su madre había ordenado a su corazón que dejara de latir. No había testamento ni últimas voluntades y sí un heterogéneo papeleo que Gonzalo recibió en una caja de cartón y que ahora descansaba al fondo del armario junto a sus libros y sus libretas de anotaciones. Todavía no había querido revisarlos.

—En cuanto a lo de no ser agresivo, no entiendo a qué se refiere tu padre. En

realidad, ¿qué sé yo que no sepa el fiscal, el juez y a estas alturas toda la prensa? O mucho me equivoco o tu padre saldrá bien de ésta. Conoce los entresijos del sistema, es su juego, y apuesto que está disfrutando con esta última batalla. Está a su altura, cosa que nunca consideró de mí.

—Pero está esa mujer, ¿verdad? Esa anciana y la organización que dirige. Ella puede hacernos daño, no sólo a mi padre, sino a mí y a nuestros hijos.

Gonzalo no disfrutaba en absoluto viendo esa triste claudicación en la mirada de Lola. No quería verla arrastrarse, ni suplicar. Consultó la hora en el reloj. Llegaba tarde, y Tania, que había concertado la cita en el Flight para cerrar el acuerdo, le había advertido de que Anna no soportaba que la hicieran esperar.

—No os molestará a ninguno de vosotros, excepto a tu padre. Tienes mi palabra.

—¿Cómo estás tan seguro?

«Porque ahora soy uno de los suyos, lo quiera o no. Tania está embarazada y espera un hijo que yo le he dado. Y Anna es, pese a todo, una anciana tradicional que sueña con una casa llena de niños que corran a darle las buenas noches antes de ir a dormir, nietos y bisnietos a los que malcriar, grandes cenas de Navidad y un yerno al que, algún día, cederle el trono. Y ese yerno, aunque le pese, seré yo».

Eso es lo que estuvo tentado de contestar, porque era la verdad esencialmente. Pero era una verdad que ni siquiera estaba todavía en condiciones de aceptar para sí mismo. Metió la mano en el bolsillo y sintió entre los dedos el tacto ferroso del medallón de Irina.

Alzó la cabeza hacia el televisor en una repisa de la pared. Estaban en el mes de enero y en el noticiario anunciaban una gran borrasca con caída de temperaturas y copiosas nevadas en cotas bajas. El invierno estaba allí con toda crudeza.

—Porque tengo algo con lo que saldar nuestra deuda con ella.

Gonzalo nunca llegó a esa cita para cerrar el pasado y abrir la puerta a un futuro incierto pero posible.

Apenas puso el pie en la acera, vio a Tania al otro extremo junto al coche. Le desagradó verla fumar, pensaba en su hijo creciendo en ese vientre todavía terso y liso. Apretó el medallón de Irina en la mano y cruzó la calle decidido a dejar atrás todo aquello.

—Eh, abogado. ¿No crearás que me he olvidado de ti?

Gonzalo sintió un escalofrío. «Ahora no», pensó, al reconocer la voz de Atxaga.

Pero el presente siempre es más terco que el futuro.

Durante una décima de segundo, Gonzalo creyó que todo estaba conectado. La voz de Atxaga, el sonido de su propia saliva tragando con miedo, el grito de Tania, el fognazo, el estallido en su sien, y el tiempo fundiéndose al negro.

Y ya en el suelo, apagándose, la confirmación de que el hombre del tiempo tenía

razón.

Empezaba a nevar.

Epílogo

Febrero de 2010 - enero de 2014. Barcelona

La mujer con la que me había citado por teléfono tenía una voz agradable, pero eso no evitó que yo estuviera nervioso. Aquella mañana me afeité a conciencia, busqué en el armario una camisa decente y una corbata de mis tiempos del instituto. Podría decirse que estaba medianamente presentable, pero no podía dejar de sentirme ridículo. Bajo la lluvia, delante del local donde nos habíamos citado con la persiana bajada, esquivando varillas de paraguas asesinos, me preguntaba qué estaba haciendo allí, a qué pretendía jugar. En la dicotomía eterna entre Hemingway y Fitzgerald, yo soy de los que prefiere las luchas contra uno mismo que los campos de batalla reales.

Empezaba a plantearme la retirada como una victoria (a fin de cuentas, había cumplido mi parte acudiendo a la cita). Y entonces la vi. Supe que era ella antes de que echase hacia atrás la capucha roja de su chubasquero y me mirase con unos increíbles ojos grises que nunca he olvidado y que dudo que vuelva a ver alguna vez.

—¿Eres el escritor? —me preguntó con seriedad, calibrando la posibilidad de haberse equivocado. Cuando contesté afirmativamente no pudo disimular una cierta decepción, como si sospechase que yo no estaría a la altura del reto.

Me examinó de arriba abajo sin contemplaciones.

—¿Cuántos años tienes?

Titubeé y eso me hizo parecer un embustero. Recuerdo sus cejas perfiladas como con un cincel y una gota de lluvia que resbalaba por su nariz. Debía de tener entonces cerca de los cincuenta años, pero era esa clase de mujer sin edad con la que uno sueña toda la vida.

—Por teléfono parecías mayor —me dijo, y sonó a reproche, como si yo hubiese impostado el tono de gravedad de mi timbre.

Buscó una llave en el bolso y se inclinó a abrir el candado de la persiana. Al hacerlo pude ver un tatuaje bajo su pelo tintado de negro. Parecían unas alas de mariposa descoloridas, pero no me atreví a preguntarle. Me agaché y la ayudé a subir la persiana del local, que chirrió como el puente levadizo y oxidado de un castillo medieval.

—¿Esto era el Flight?

Olía a excrementos y a cerrado. Apenas quedaba mobiliario, unas mesas cubiertas de polvo y algunas sillas rotas. La barra estaba destrozada y el suelo lleno de tablones, cristales y basura.

—Voy a vender el local —dijo a modo de justificación—. Desde que murió Vasili nadie ha vuelto a ocuparse del negocio y yo no puedo hacerlo.

—¿Cuándo murió Velichko?

Ella se había abierto el chubasquero, que goteaba sobre el piso de polvo formando pequeñas marcas de barro. Su figura delgada con aquella prenda roja contrastaba vivamente con la grisura del local.

—En marzo de 2003. Pocos meses después de que se publicara su informe junto al estudio del Instituto de Estudios de Historia de Rusia y el Memorial para Názino. Para él fue su éxito. Creo que vivió hasta verlo publicado y entonces decidió que ya podía marcharse.

Yo había leído recientemente esos informes y lo que sucedió en la isla de Názino en 1933. Un amigo librero, Alfonso, fue quien me puso en las manos aquella documentación recapitulada a partir de la Glasnost, gracias al informe de un comisario político llamado Vasili Velichko. Me pareció inmediatamente algo que merecía ser estudiado más a fondo, y tal vez sacar una historia novelada de los sucesos. Pero pronto me desanimé, apenas encontraba material escrito y mucho menos testimonios. Así que puse un anuncio en una página web solicitando información.

Y dos semanas después, ella me llamó.

Durante algo más de dos horas me contó la mayor parte de lo que aquí he escrito. En realidad, y ahora lo comprendo, no me lo contó a mí.

Mientras se paseaba arriba y abajo por el Flight con una tristeza melancólica, colocaba una taza, levantaba una vieja fotografía del suelo, desempolvaba una maqueta y hablaba, hablaba sin cesar. A veces no se daba cuenta de que lo hacía en ruso y yo, aunque no la comprendía, no quería interrumpir aquel flujo de pensamientos y de historias que de momento sólo consiguieron aturdirme, convencido de estar escuchando algo irrepetible y al mismo tiempo frustrado porque mi incapacidad me impediría explicar aquello con justicia.

Así me sentía, mientras la escuchaba y la observaba. Por momentos, tenía la sensación de que estaba irritada y enfurecida, como si todo lo que me contaba hubiese sucedido unos días, unos meses atrás y aún estuviera fresco en su retina. En otros momentos la veía languidecer, emocionarse, casi llorar. Siempre casi...

Apenas le hice preguntas. Aunque se me acumulaban en la cabeza. Sólo se me ocurrió una, y fue estúpida.

—Si Gonzalo sabía qué clase de cosas hacía Anna, ¿cómo podía estar dispuesto a formar parte de ello? Eran esas mismas cosas contra las que luchó su hermana.

O tal vez no fue una pregunta tan estúpida. Por un momento, vi un brillo de complacencia en sus ojos.

—Eso nunca lo sabremos.

—No es una respuesta muy justa.

Ella me sonrió, realmente divertida con mi ingenuidad. Creo que fue en ese

momento cuando decidió confiar en mí de verdad, ya que no en mi talento. Abrió el bolso y me entregó un sobre con una carta.

—Léela, y luego decide si quieres contar esta historia. No te pondré objeciones, pero sí una condición. Si escribes esta historia, esta carta tendrá que aparecer, literalmente.

No me gusta que me impongan condiciones, pero creo que si ella me hubiese pedido en aquel momento que me lanzase contra el primer autobús, lo habría hecho. Tal era su fuerza de atracción. Le prometí que lo estudiaría. Ella asintió, dio una última mirada al local de Vasili Velichko con mirada nostálgica.

—Te he traído aquí porque quería que vieras cómo los personajes se convierten en historias. —Y antes de que pudiera darme cuenta, sacó una pequeña cámara y me sorprendió haciéndome una fotografía—. Para mi galería personal —dijo con lo que me pareció un punto de malicia.

Al llegar a casa leí la carta. Venía acompañada de un artículo publicado en una revista cuyo nombre no diré y fechado en 1988. Ese artículo lo firmaba Laura G. M. y llevaba por título: «Un millón de gotas». Lo leí atentamente y encontré un alegato lleno de pasión y de tristeza contra la construcción del mito de Elías Gil. Desgranaba su vida pública, y aunque en ningún momento hacía referencia a su ámbito privado, parecía evidente que las sombras lastraban el relato. Me parecía imposible creer que quien conociera de cerca el viaje vital de Elías —Gonzalo y Esperanza— no supieran leer entre líneas. Por último, Laura denunciaba a Gil como doble agente durante más de tres décadas. Por ello recibió el repudio de los que seguían admirando a Elías. Entre ellos, Esperanza.

La carta que aquella mujer me entregó era de Esperanza, escrita en 2002, poco antes de morir, y dirigida al fantasma Elías Gil. Apenas eran unos párrafos de letra muy menuda que me costó horas desentrañar:

Querido mío.

Querido fantasma.

Ésta es mi última carta, tú y yo lo sabemos. Y no la escribo por propia voluntad, sino porque Anna Ajmátova me lo impone como condición para dejar en paz a nuestro hijo.

Siempre quise preguntarte si me amabas, si me amaste alguna vez durante los más de treinta años que estuve contigo; nunca obtuve una respuesta cierta, y en ello mismo estuvo tu respuesta, que no quise entender. La verdad es que quien ama sin ser amado queda en una posición terriblemente vulnerable, como si sólo pudiera respirar, vivir, sentir a través del otro, temiendo que a cada segundo, a cada paso el ser amado decida con un golpe de prepotencia alejarse y dejar al amante convertido en cenizas. Así me he sentido toda mi vida a tu lado, como un montón

de cenizas barridas por un viento caprichoso. Mendiga, indigente, de una caricia tuya, de un pestañeo, de una simple palabra que muy pocas veces llegó.

No te censuro por ello, ni te censuraré jamás. Yo elegí apagarme para que tú brillases, escogí mi destino de sombra cosida a ti. Y a mi manera, casi sin tu permiso, a veces fui inmensamente feliz a tu lado, con una mezcla embriagadora de deseo y ansiedad, bajo el agrisulce triunfo de los celos; nunca sentí paz, nunca me la diste ni yo te la pedí. Acepté que debería luchar siempre contra ese enemigo invisible que dormía todas las noches entre nosotros, Irina. Y luego su hija, Anna. Pensé que los vencería, el tiempo jugaba a mi favor. Deseé tantas veces verte viejo y cansado para acudir a ti con los brazos abiertos y protegerte... Me hiciste tanto daño como bien. Y no fuiste consciente de lo uno ni de lo otro.

El amor es una decisión propia. Y duele. ¿Qué hay de nuevo en eso? Si yo hubiese aceptado que nunca serías del todo mío, mas que cuando quisieras serlo, si ante la primera sombra de duda hubiese dejado así las cosas, con un adiós, todo podría haber sido diferente. Quién sabe si habría alcanzado los escenarios de París, o si antes uno de aquellos pilotos republicanos hubiera vuelto a buscarme. ¿Por qué nunca fui capaz de engañarte durante los años que duró la guerra y que estuvimos separados? ¿Por qué no me permití ni un solo sueño lejos de ti, por pequeño que fuera? No fue el caso. Como dice el dicho de mi tierra, supongo que tenía que machacar el clavo hasta el final.

Y el final llegó demasiado tarde, aquella primera vez que vi la puerta entreabierta del cobertizo cuando nuestra hija tenía apenas ocho años. Estaba tumbada en un rincón, tenía el cuerpo muy lastimado, el rostro y los brazos y aquella mirada que atravesaba las paredes en un terco silencio que no pude romper. Fue como si me hubieras metido la mano por la espalda y me hubieses arrancado el corazón y aun así yo seguía caminando, mientras tú lo contemplabas palpitando en tu mano. Recuerdo que corrí fuera del cobertizo y vomité con una náusea violenta.

¿Por qué no te dejé entonces? ¿Por qué no cogí a mis hijos y salí corriendo de aquella casa y de aquella vida? Me he dicho muchas veces que Gonzalo era apenas un bebé, que yo era una extranjera en un país extraño que apenas sabía hacerme entender, que no podía ir a ninguna parte. Busqué mil excusas, pero la verdad era que no podía ni quería creer que aquello hubiera sucedido. Mi mente se negaba tercamente a reconocer la evidencia. ¿Yo le había entregado mi vida, mi lealtad, mi amor a un desconocido, a un monstruo? De ninguna de las maneras.

Caí entonces en la peor de las perversiones que puede caer una madre. Tomé partido por ti, y aunque intentaba proteger a Laura, en el fondo de mi ser caló un odio creciente hacia ella, la acusaba de ser la culpable de despertar eso en ti, de ser la evidencia viva de mi fracaso.

Destrocé la vida de mi hija porque no estaba dispuesta a admitir que la mía había sido una farsa y un terrible error.

Aquella noche, cuando te metí en el coche para llevarte a un hospital le rogué a Dios que no te murieses, que no me dejases sola con aquella carga en mi alma. Estaba desesperada y recuerdo que casi me salí de la carretera porque las lágrimas me cegaban.

Y entonces tú, el hombre por el que yo di mi vida y vendí la inocencia de mi hija, balbuceaste aquellas palabras. Siempre se me quedarían grabadas en el alma, Elías. Siempre.

Dijiste: «llévame con ella. Llévame con Anna».

Nadie sabe cuánto dolor me causó aquella petición tuya. Te estabas muriendo, estabas desangrándote a mi lado y yo te estrechaba la mano, y me pediste que te devolviera al lugar del que nunca quisiste salir. Aquel río, aquellas estepas, aquella gabarra.

Y lo hice. Paré el coche en el arcén. Recuerdo que los últimos resplandores de las hogueras de San Juan se apagaban con el alba. Te miré mucho tiempo y luego puse mi mano en tu boca y tu nariz. Y apreté, apreté hasta que tu ojo verde, intenso y hermoso se fue apagando sin ofrecer resistencia.

«Te llevaré con ella», te dije. Con Irina. Para siempre.

No sé dónde está el bien y dónde está el mal, Elías. Sé que las generaciones que vengan nos juzgarán y no serán benévolas con nosotros. ¿Por qué habrán de serlo? ¿Acaso somos merecedores de su perdón, de su piedad? ¿Acaso la necesitamos?

Sí, al menos yo sí. Perdí a mi hija, la repudié por ti, por una memoria inventada que te mantuviera a salvo. Pudiste ser un buen hombre, Elías. Y tal vez yo pude ser una buena mujer. Hicimos méritos y esfuerzos, ¿verdad? Soportamos más de lo que nuestros hijos jamás entenderán. Llegamos al límite del sufrimiento y resistimos. Pero lo cierto es que en alguna parte perdimos la brújula, extraviarnos el camino y no supimos volver a él.

Llega el tiempo del escarnio, de la justicia y del rencor. Nos odiará tu hijo, que tanto me preocupé por proteger de ti mismo, nos odiará nuestra hija, nos odiarán nuestros camaradas de lucha, nuestras víctimas; nos odiará el Tiempo y nos odiará la Historia.

Pero quién sabe, con el tiempo nuestros nombres se llenarán de polvo, nuestro hijo envejecerá y tal vez les hable a nuestros nietos de nosotros sin rencor. Para el mundo seremos olvido. Una gota entre un millón de gotas, nos fundiremos en esa inmensidad llamada humanidad.

Porque eso, ahora lo entiendo, es lo que siempre fuimos. No héroes, no villanos. Sólo hombres y mujeres. Y vivimos.

Bien sabe Dios que vivimos donde muchos perecieron.

Dos años después, en marzo de 2012, publiqué esta historia. Pasó sin pena ni gloria, yendo a engrosar los fondos de biblioteca de algunas librerías amigas. Apenas suscitó alguna tibia reacción, protestas sin acritud y elogios más benévolos que pasionales.

Nunca recibí noticia de Tania Ajmátova ni de su opinión al respecto de lo que hice con lo que me contó. Traté de localizarla sin éxito. Sí pude dar en cambio con Luis, el excuñado de Gonzalo. Había pasado diez años en un centro penitenciario, y aunque cumplida parte de su condena, fue imposible entablar una conversación coherente con él. Se pasó todo el tiempo de la entrevista frotándose la rodilla maltrecha por el disparo de Alcázar, lanzando frases inconexas y comentarios que nada tenían que ver con el motivo que me llevó a verlo. Lo único que me conmovió fue ver que en el cabezal de su cama colgaba una fotografía muy sobada de su hijo Roberto.

Por lo que yo sé, Agustín González nunca fue a la cárcel. Logró dilatar el juicio con recusaciones y terminó por salir absuelto de los cargos de blanqueo de capitales y colaboración con el crimen organizado. Tengo entendido que murió en la cama de una prostituta de lujo cuarenta años más joven que él en Bangkok en 2008. Ni su hija, Lola, ni sus hijos, Patricia y Javier, consintieron nunca en hablar conmigo. Javier cumplió su condena sin rechistar y cuando salió se marchó a Estados Unidos. Patricia cursa primero de Derecho, como hubiese querido su padre, y piensa hacer las prácticas en el bufete que Luisa, la ayudante de Gonzalo, mantiene en el mismo edificio de entonces. Lola volvió a casarse con un adinerado joven australiano. Viven en la finca que su padre le dejó en herencia en Extremadura.

Conocí a la exmujer de Atxaga. Se había convertido en una alcohólica depresiva que se vendía por cuatro euros en las esquinas. Tenía la cara completamente desfigurada y no me atreví a molestarla con un pasado que para ella era presente cada vez que se miraba al espejo. La invité a comer y le di cincuenta euros. Y me marché sintiéndome un miserable despreciable. A Floren Atxaga lo mataron en la cárcel, curiosamente en el mismo centro donde murió Alcázar, aunque en otro módulo, y es más que probable que nunca llegasen a saber el uno del otro. Según el funcionario que entrevisté y que recordaba a Atxaga, lo encontraron colgando en los barrotes de la celda. Nadie lloró demasiado su ausencia.

Visité las tumbas de Gonzalo y de su madre y el columbario donde reposan las cenizas de Roberto y de Laura. Pero no hay emoción en las cosas muertas. Sólo silencio.

Como silencio encontré en las ruinas de la casa del lago, colonizada ya sin remedio por las malas hierbas y las raíces que han reventado paredes y techos. La

presa que la gente llama «el lago» sigue allí, y me pregunto si en el fondo permanece el cuerpo de Elías. Si alguna vez estuvo allí realmente. Me hubiera gustado conocer a Alcázar y a su padre; quizá ellos son los únicos que supieron alguna vez qué fue realmente lo que ocurrió al final de aquella noche con su cuerpo.

Nada supe de Anna Ajmátova. Visité el lugar donde debería existir la librería Karamázov, pero hoy es una droguería y los dueños actuales nunca oyeron hablar de ella. Curiosamente, al preguntarle a un amigo *mosso d'esquadra* sobre algo parecido a la Matrioshka, me miró como si oyera llover, y me dijo que conocía decenas de mafias que operaban en Barcelona, pero que ningún grupo tenía esa denominación, y que desde luego ninguna era o había sido dirigida por una mujer.

Pensé que así acababa esta historia, como casi todas. Esperanza tenía razón en su carta. Todo se convierte en polvo y en olvido si se tiene la paciencia para esperar.

Pero un día, después de otros dos años, en 2014, cuando ya esa historia era para mí algo casi tan nebuloso como para sus protagonistas, recibí un paquete postal. Venía certificado desde alguna parte de la Rusia asiática.

Lo abrí y encontré una fotografía de un chico guapo, de unos doce años de edad. Estaba junto a Tania y posaban frente a una cruz oxidada clavada en un alto prado. En la base de cemento podía leerse:

Názino 1933-1934.

En memoria de los incrédulos
que vieron realizarse lo incomprensible.

Junto a la fotografía había un medallón de plata. El corazón me dio un vuelco. En la parte posterior estaba grabado el nombre de Irina. Pude tocarlo, acariciarlo con mis propios dedos, y fue como si sintiera los dedos de Elías, de Esperanza, de Anna, de la propia Irina y me embargó una extraña emoción.

Abrí el medallón. Dentro había una fotografía de Gonzalo y de Laura, de niños: dos chiquillos risueños con los dientes separados él, con correctores ella. Inocentes, limpios, con todo el amor por delante aún.

En la cara interior, Tania había mandado grabar dos versos:

La primera gota es la que empieza a romper la piedra.

La primera gota es la que empieza a ser océano.

Agradecimientos

Una historia como la aquí narrada no puede nacer exclusivamente de la imaginación del escritor. Muchas personas me han ayudado a darle sentido, a todas ellas va mi agradecimiento. Gracias a la asociación Memoria, a Robert de Torcatis en Perpignan por ponerme en contacto con tantas personas que vivieron la retirada, gracias a Gildas Girodeau por acercarme con una visión distinta a las playas de Argelès y por nuestro viaje al pasado en el castillo de Colliure, gracias a Carlos Pujol por confrontar algunos recuerdos familiares con mi narración, ubicando exactamente algunos escenarios de la Barcelona de la época, mi gratitud a Alfons Cervera por su discurso lúcido sobre el valor de la memoria y por nuestras charlas sobre dignidad y utopía, gracias a Alfonso de la librería Maite por ponerme en la pista de la tragedia de Názino.

Y sobre todo, mi inmensa gratitud a todas aquellas personas anónimas que de un modo u otro vivieron lo que aquí se narra, gracias por romper su silencio para compartirlo conmigo. La palabra no siempre es justa, pero vaya esta pequeña victoria para todos ellos, con la esperanza de no haber traicionado ni defraudado sus expectativas.

Y desde la intimidad, gracias, infinitas, a mi padre.

Barcelona, febrero de 2014



VÍCTOR DEL ÁRBOL (Barcelona, 1968). Su vida bien pudiera servir como argumento de una novela. Es el mayor de seis hermanos y su madre le dejaba en la biblioteca desde la salida del colegio hasta la hora de cenar para poder acudir a su trabajo de limpiadora. Esto le permitió leer multitud de libros que alimentaron su vocación de escritor.

Fue seminarista durante cinco años, en el seminario de Ntra. Sra. de Montealegre, para más tarde cursar estudios de Historia en la Universidad de Barcelona y trabajar, actualmente, de *Mosso d'esquadra* para la Generalitat, trabajo que le ha permitido acercarse, desde 1992, al aspecto más humano de las personas, a las que describe de forma magistral en sus obras.

Ganó el Premio Tiflos de Novela con *El peso de los muertos* (2006) y quedó finalista en el premio Fernando de Lara con *El abismo de los sueños* (2008).

La tristeza del samurái (2011), traducida a diez idiomas en Europa y Estados Unidos, recibió Le Prix du Polar Européen (Premio a la mejor novela negra europea) concedido por la prestigiosa revista especializada en este género literario, *Le Point*, en el marco del Festival de novela negra de Lyon 2012. Del Árbol es el primer escritor español en conseguir este galardón.